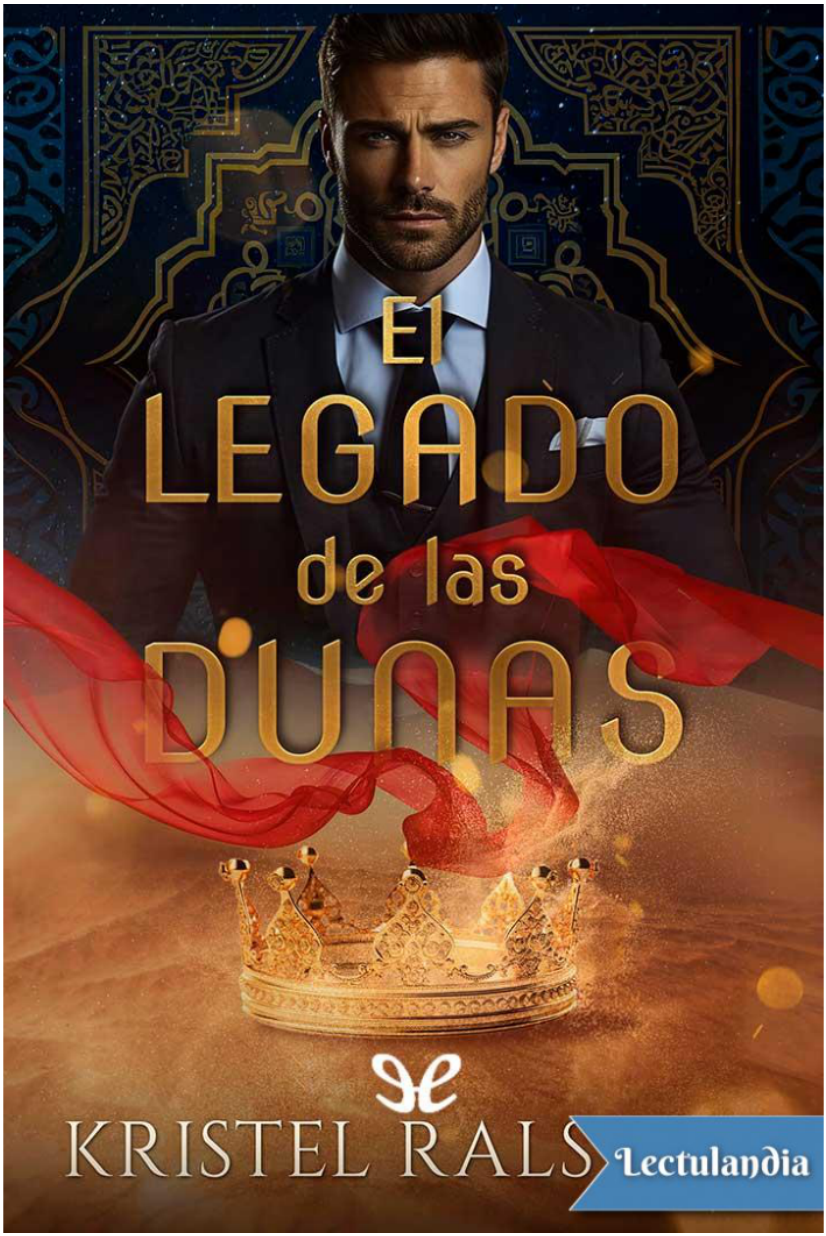
El
LEGADO
de las
DUNAS
KRISTEL RALS
Lectulandia

El príncipe Zarik Al-Sarkham nació entre los albores de una revolución social que marcó su carácter férreo y reservado. El propósito de modernizar su país no conoce barreras, aún si esto implica contratar, en su equipo de asesores, a la única mujer que tiene en su lista de personas indeseadas. Zarik utilizará esta oportunidad para castigar a Arienne por sus osadías y por la distracción que representa, en especial cuando el roce de su piel lo tiente a desear un futuro diferente al que ya ha sido trazado para él. Un conflicto de lealtades impulsa al príncipe a cometer un error que lo dejará en una encrucijada, cuya solución podría ser tanto su gloria como su perdición.

Arienne Johansen creció en un entorno de carencias, inestabilidad y al amparo del sistema social, pero su espíritu guerrero la impulsó a romper paradigmas restrictivos, hasta que logró convertirse en estratega política. Su desafío más importante será trabajar bajo las órdenes del arrogante príncipe Zarik de Nariem, así como ignorar el efecto de su cercanía. La distancia emocional, que ambos intentan mantener con el otro, empieza a desdibujarse, pero ninguno está dispuesto a reconocerlo. Cuando una situación inusitada la empuja al filo del abismo, Arienne entrará en un dilema que marcará para siempre su destino.

Cuando la traición y la ambición se ocultan entre las sombras, el amor puede ser el jugador más débil del tablero. ¿Qué hará falta para que Zarik y Arienne desgarren el velo de sus propios límites?

Kristel Ralston

El legado de las dunas

ePub r1.0
Titivillus 02.02.2024

Título original: *El legado de las dunas*
Kristel Ralston, 2024
Diseño de cubierta: Kramer H.

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

El legado de las dunas

Cita

Capitulo 1

Capitulo 2

Capitulo 3

Capitulo 4

Capitulo 5

Capitulo 6

Capitulo 7

Capitulo 8

Capitulo 9

Capitulo 10

Capitulo 11

Capitulo 12

Capitulo 13

Capitulo 14

Capitulo 15

Capitulo 16

Capitulo 17

Capitulo 18

Capitulo 19

Capitulo 20

Capitulo 21

Capitulo 22

Capitulo 23

Capitulo 24

Capitulo 25

Capitulo 26

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

«Ven a dormir conmigo: no haremos el amor, él nos lo hará».

Mario Benedetti.

CAPÍTULO 1

Sangre. Sus manos se habían manchado de ese líquido viscoso cuando intentó contener el sangrado de una de sus heridas. La impotencia y el desconcierto se mezclaron con la adrenalina y la furia por haber sido atacado en un sitio que había considerado neutral y seguro para su visita. Su cuerpo estaba magullado y le costaba mantener los ojos abiertos. Durante el traslado en helicóptero desde el desierto, él perdió la conciencia por varios segundos. De hecho, no recordaba cuánto tiempo transcurrió en ese trayecto aéreo. La única certeza que ahora importaba, en medio de su somnolencia e incomodidad física, era que ya se encontraba en las inmediaciones de un hospital. Desde la camilla escuchaba cómo los doctores y enfermeras se apresuraban a seguir los protocolos para ingresarlo al quirófano. Iban a operarlo.

Quería encontrar a quienes intentaron cercenar su vida, y acabar con ellos. Pero no era un asesino a sueldo ni un mercenario, sino el príncipe Zarik Al-Sarkham, heredero al trono de la Casa Real de Nariem. Debido a su rango y perfil público, aunque quisiera y tuviera las herramientas a disposición, no podía ejercer justicia por mano propia dando caza a los responsables del atentado sufrido instantes atrás. Las investigaciones estarían a cargo del equipo de inteligencia táctica y las agencias de seguridad, pero Zarik exigiría que los culpables recibieran un castigo personalizado.

El dolor físico del príncipe era potente, pero le habían inyectado una medicación que lo ayudaba a sobrellevarlo. Sus heridas consistían en tres impactos de bala en el cuerpo. Uno de los proyectiles entró muy cerca de una arteria principal, provocando gran pérdida de sangre; otro, en el brazo; el tercero, en el hombro.

Fue casi un milagro que no se hubiera desangrado durante el traslado desde el desierto, al que había ido para hacer una visita protocolaria a una tribu aliada de la casa real, hasta el centro médico privado. La situación sociopolítica en Nariem era tensa. Los grupos de ideologías radicales, a favor y en contra del progreso para implementar nuevas tecnologías en diferentes ámbitos, estaban creando caos en un clima global adverso.

Debido a las constantes disputas religiosas y territoriales, en otras naciones menos desarrolladas de Oriente Medio, especialistas de Nariem habían llevado a cabo gestiones para propiciar la promulgación de leyes, así como aprobar la ejecución de ciertas estrategias militares, con el fin de evitar caer en el error de sus vecinos de entrar en guerra. La casa real estaba muy involucrada en los procesos de poder, porque Nariem era un país con una monarquía constitucional. El rey Soldon bin Ramek Al-Sarkham era el Jefe de Estado y comandante de las Fuerzas Armadas con una amplia facultad de veto en el sistema legal. El poder legislativo le correspondía a la Cámara de Representantes, elegidos por voto popular; así como al Senado, cuyos treinta y tres integrantes eran escogidos por el rey. Sin embargo, aún se conservaba el Consejo de Ley, un grupo de consejeros que existía desde el tiempo del bisabuelo del actual rey; sus integrantes podían intervenir en la elaboración o modificación de leyes específicas, y también se encargaban de vigilar que se mantuvieran las tradiciones de Nariem.

Las más recientes pugnas sociales, a través de protestas en las calles y desmanes en zonas rurales, tenían que ver con opositores que estaban reacios a aceptar las medidas de modernización que el régimen quería implementar en Nariem. Zarik sabía que el ataque que sufrió provino de los disidentes y detractores que estaban en contra de usar nuevas tecnologías en manufactura, agronomía y educación, a gran escala. Los disparos ocurrieron cuando él terminaba de estrechar la mano del líder de los Baoras, una tribu amiga y que llevaba setenta años en el desierto, y se preparaba para abordar el helicóptero que lo llevaría a un destino adicional dentro de la ruta del día.

La emboscada sufrida por él y su comitiva real fue una sorpresa, porque los estándares de seguridad eran siempre exhaustivos y

detallados. Por eso, Zarik barajaba dos teorías: o bien los rebeldes hallaron por sí solos la forma de vulnerar el sistema para obtener la información del protocolo de seguridad de esa mañana, o bien tuvieron ayuda interna. En el primer caso, la ley contemplaba la cadena perpetua, trabajos forzados y torturas ocasionales, hasta que murieran. Los derechos humanos no se aplicaban a los asesinos, violadores ni pedófilos. Nariem era un país que, a diferencia de otros más desarrollados en el mundo, usaba el sentido común. ¿Cómo iban a preservar los derechos humanos de quienes atentaban contra los de otros?

En el segundo caso teórico del príncipe, sobre la emboscada, si se trató de una traición de Estado y contra la casa real, el castigo era la silla eléctrica. No existía posibilidad de un indulto del rey, o cambio en el veredicto final, una vez que existía una sentencia en firme. La deshonra pública del traidor era una mancha en la reputación que afectaba a quien cometía el crimen y a toda su descendencia.

Zarik quería respuestas de inmediato y una jodida explicación del incidente. Pero, no podía largarse del hospital como le hubiera gustado, porque estaba demasiado débil y tenía tres balas alojadas en el cuerpo que le impedían levantarse de la camilla. Lo frustraba estar inactivo y sentirse impotente ante las circunstancias.

—Doctor… —farfulló Zarik en tono bajo—. Necesito que se dé prisa…

—Su alteza —replicó el médico al instante—, me va a disculpar, pero tengo que pedirle que intente no hablar. Está débil. Entrará al quirófano en diez minutos. La herida no es tan fácil de sanear, porque la radiografía muestra la bala demasiado cerca de la arteria, así que utilizaremos más tiempo del necesario para evitar causar daño. Los proyectiles restantes serán menos complicadas de extraer.

Zarik tragó saliva. Tenía sed y sentía la garganta rasposa.

—Quiero agua —murmuró. El doctor Murat le permitió unos breves sorbos—. Gracias… Mis guardaespaldas… ¿Cuántos de ellos están también heridos? —preguntó en tono inquieto, una vez que terminó de beber—. Dígame —exigió.

Su equipo de seguridad personal estaba integrado por los compañeros que tuvo en el ejército, el entrenamiento militar era obligación para el heredero al trono y los demás hijos del rey, y

Zarik sabía que eran hombres honorables. Los había elegido él y el salario lo pagaba de su propia fortuna. Pero el grupo de seguridad que le asignaba el Estado, como integrante de la familia real, era diferente. Aunque estos últimos también eran excelentes en su trabajo, Zarik confiaba solo en pocos elementos.

—Llegaron tres heridos graves en el mismo helicóptero que lo trajo a usted, su alteza —dijo el doctor pasándose una mano por la barba abundante—. Lamento informarle que no sobrevivieron… —expresó meneando ligeramente la cabeza.

El príncipe apretó los ojos con enfado. Sus asesores le habían sugerido que demorara varios meses la visita a las comunidades amigas, así como también la aproximación a aquellas hostiles. Lo anterior debido a las amenazas existentes contra la casa real, así como contra los políticos que estaban a favor de los grandes cambios que se avecinaban en el territorio. Sin embargo, Zarik los desoyó, porque estaba empecinado en recorrer, cuanto antes, las regiones de Nariem que se oponían a la inminente y necesaria renovación tecnológica del país. Su intención era asegurarles a los líderes políticos y religiosos que este proceso no implicaba una amenaza.

Se sentía responsable y eso lo cabreaba muchísimo.

—Carajo… —murmuró—. Llame a las familias. Dígales que yo, personalmente, una vez que salga de este hospital voy a recompensarlos —dijo, aunque sabía que esa no era la clase de responsabilidad que tenía un doctor. Pero, al decirlo, sentía que estaba tomando alguna acción, en lugar de quedarse callado.

—Por supuesto —replicó el doctor. Alrededor, los murmullos continuaban, el aroma a desinfectante se percibía fuerte y el acondicionador de aire trabajaba a tope en uno de los meses más calurosos del año—. Ahora, por favor, no se agite.

—Llame a mi visir —dijo Zarik con su voz profunda, aunque ahora débil.

—Sí, su alteza —contestó el hombre de cabellos entrecanos y bigote.

El príncipe tan solo cerró los ojos. Agotado y frustrado.

Esta no era la primera ocasión en que ocurría un atentado que afectaba a la familia de Zarik, desde que su padre era rey, pero sí la primera que lograba acercarse lo suficiente para herir a un objetivo

de forma casi mortal. Los recuerdos del príncipe sobre esas épocas eran todavía vívidas, porque aún en las noches tenía pesadillas. Aunque las cicatrices de su cuerpo se habían desvanecido con los años, no así aquellas que quedaban en la mente y que lo atormentaban cuando menos lo esperaba.

Veinte años atrás, cuando Zarik tenía diez, Nariem estuvo sumergida en una revuelta social sin precedentes. Los precios de los productos estaban por las nubes, el nivel de pobreza era altísimo, las plazas de trabajo eran escasas y las guerras en países vecinos implicaban un elevado número de inmigrantes que no era sostenible. En aquellos tiempos, el rey Soldon había tratado de mantener a toda costa un régimen de paz, llegando a acuerdos complicados para no caer en el caos. No obstante, la tensión alcanzó un punto de inflexión. Las protestas en las calles, que empezaron tímidamente, pronto se convirtieron en turbas salvajes, hasta volverse violentas.

Ante la amenaza a la seguridad e integridad física de los Al-Sarkham, el Consejo de Ley, como organismo más cercano a los asuntos de la realeza, se trasladó a continuar su trabajo de forma secreta en un sitio remoto con protección militar. Los funcionarios de la Cámara de Representantes y el Senado continuaron operando en una ubicación que solo era conocida por los agentes de inteligencia táctica. El palacio en el que usualmente residía la familia real fue acordonado y cerrado, al igual que el resto de propiedades del portafolio que les pertenecía a lo largo de Nariem.

Los procedimientos se manejaron con absoluto secretismo. Los Al-Sarkham al completo se refugiaron en una fortaleza ubicada en las afueras de la capital, Carpal, a la que solo entraban personas autorizadas. Desde ese lugar, el rey y su esposa recibían con estupor y gran pesar las noticias de lo que estaba ocurriendo en las calles.

El país entró en un estado de convulsión y aumentó la pobreza. La guerra interna duró dos largos meses, hasta que organismos internacionales se dieron cita para intentar ayudar en la crisis, así como lo hicieron líderes de países amigos. En este período brutal los más afectados fueron los que se ganaban la vida de manera sencilla, pero eligieron apoyar al bando equivocado: los rebeldes. La gente adinerada salió del país hacia otras naciones que les ofrecían tranquilidad y estabilidad, pero la familia real no podía marcharse,

por ley y por lealtad hacia su legado, aún en peligro de muerte.

Doscientos soldados de la guardia real estuvieron destinados para resguardar las inmediaciones de la fortaleza donde estaban los Al-Sarkham. En el interior había francotiradores y también en el exterior. Ningún pasillo, puerta o ventana quedaba sin revisarse en turnos continuos. Cuando la comida que se servía, primero la probaban los soldados. Se revisaba cada ítem que los reyes y sus hijos utilizaban. La situación fue una absoluta locura para Zarik, porque apenas veía a su madre o su padre, ya que ambos estaban aislados por seguridad y estrategia. Su hermano menor, Bursit, tenía siete años en esa época, y pasaba llorando la mayor parte del tiempo, porque extrañaba sus juguetes y a sus amigos. En el caso de Dhalia, la menor de los tres y con solo tres años, permanecía con la reina Esme, porque no podían confiarla a una niñera.

Para continuar dirigiendo Nariem, el rey recibía en la fortaleza solo a un representante del Consejo de Ley, otro del Senado y otro de la Cámara de Representantes, para analizar los pasos a seguir. A la reunión acudían dos estrategas militares; dos expertos en armamento y tácticas de guerra; un diplomático; un traductor y un experto en comunicación de crisis. En medio de todo ese escenario, Zarik había tomado la situación como una aventura. Aunque era un niño de diez años educado para reinar un día en Nariem, que seguía desde su nacimiento un régimen estricto de preparación en diferentes ámbitos y con alta exigencia, también mantenía su espíritu curioso propio de su edad. Rodeado de un ambiente diferente al habitual, Zarik se sentía invencible, porque así percibía a los soldados que lo custodiaban.

Una tarde, el príncipe se había escabullido entre los pasillos de la fortaleza, pero nadie le prestó mayor atención, porque las medidas de seguridad mantenían todo controlado. O eso creyeron, al subestimar a un niño que podía encontrar, en una vieja estructura, pasadizos secretos dejados por sus antepasados en otras épocas de guerra.

—¿A dónde vas? —le había preguntado Bursit. Ambos hermanos compartían el cabello oscuro. Zarik tenía ojos negros, como el rey. Bursit, ojos verdes, porque la reina tenía antepasados ingleses y españoles—. Yo quiero ir contigo, por favor.

—Shhh, cállate, no puedes ir porque eres pequeño —había dicho

Zarik, mientras agarraba una linterna muy pequeña y se la guardaba en el bolsillo de la túnica—. Voy a explorar el pasadizo que encontré el otro día. Cuando regrese te contaré todo lo que vea o descubra —había sonreído con entusiasmo a su hermano—. La segunda ocasión que vaya, entonces, ahí sí, vendrás conmigo. ¿De acuerdo?

—¡No, Zarik, siempre te diviertes! —había exclamado con un puchero.

—Pero es nuestro secreto, Bursit, no puedes decirle a nadie.

—Solo porque eres el favorito de todos —había rezongado—, te permiten hacer lo que tú quieres, pero cuando yo quiero jugar o salir, me lo prohíben.

—Claro que no, Bursit, no seas tonto. Yo seré el rey algún día, pero papá siempre te ha dicho que también vas a ayudarme. Si no sales a jugar es porque no logras buenas calificaciones con los tutores —había dicho meneando la cabeza—. Pero, en verdad, te prometo que voy a regresar y la segunda vez iremos juntos.

Bursit se había cruzado de brazos, enfadado, y luego se encogió de hombros.

—Supongo… —había murmurado.

—Ahora solo guarda este secreto, ¿vale?

—Vale —había torcido el gesto—, no le diré a nadie lo del pasadizo.

—Genial —había dicho frotándose las manos con emoción.

Cuando Zarik salió de la habitación le dijo al soldado que la custodiaba, usualmente apostado en el exterior, que quería ir a la biblioteca. El hombre, bastante joven en las filas militares, tan solo se había encogido de hombros ante la inocente petición del heredero. Después de notificar a su compañero de turno hacia dónde se dirigía, este tampoco consideró una novedad el asunto e hizo un asentimiento. El soldado acompañó al joven príncipe, hasta la entrada de la biblioteca, y para no interrumpir el tiempo de lectura optó por quedarse del otro lado de la puerta. En ningún instante consideró peligroso que Zarik se quedara solo, porque nadie podría entrar o salir de esa fortaleza sin antes pasar por un filtro inexpugnable de seguridad.

Una vez que Zarik estuvo a solas fue directo al pasadizo que había descubierto semanas atrás, accidentalmente, después de una

de sus clases. Recorrió el caminillo viejo y maloliente, sin importarle demasiado, porque él consideraba todo esto como parte de una hazaña especial. La fortaleza en la que estaban resguardados los Al-Sarkham tenía más de quinientos años de antigüedad. Este caminillo que encontró el heredero había sido utilizado por sus antepasados para escapar en el caso de que hubiera un ataque. La salida del túnel era un punto ciego que daba al desierto.

Lo anterior tan solo lo supo Zarik, después de largos minutos de recorrido en el que usó la linterna para iluminar sus pasos. En el instante en el que vio la luz brillante del sol avanzó con celeridad y con una sonrisa de triunfo, porque no podía esperar a contarle a Bursit de su aventura. Sin embargo, apenas su bota fue tocada por la luz exterior, unas manos lo agarraron de los brazos y le taparon con firmeza la boca. No tuvo oportunidad de pelear o defenderse, porque su tamaño y peso no eran una amenaza para los hombres que lo capturaron con pasmosa facilidad. Zarik se había convertido en ese instante, sin saberlo, en un punto débil del Estado y su familia.

Los rebeldes habían esperado, sigilosos y bajo las inclementes condiciones climáticas, alguna oportunidad para atacar. Les había tomado un gigantesco esfuerzo, y varias semanas, encontrar el sitio en el que estaban resguardados los Al-Sarkham. Aunque intentaron burlar la seguridad, porque la intención era matar a toda la familia real y luego posicionar a sus propios reyes y políticos, notaron que la fortaleza era impenetrable. Con el paso de los días, ellos empezaban a perder las esperanzas, pero no se rendían en la cruzada que habían emprendido para erradicar el régimen.

Por eso, al reconocer al príncipe heredero, saliendo de un sitio inusitado, libre de guardias y caminando hacia ellos, lo consideraron un milagro para la causa por la cuál luchaban. No perdieron el tiempo y lo capturaron. De inmediato se lo llevaron a un sitio hostil, aquel en el que los rebeldes estaban acampando. A ellos no les importó que Zarik fuese solo un niño o que estuviera indefenso o asustado. Lo golpearon con brutalidad, y lo aterrorizaron, obligándolo a comer carne de rata; se burlaron de su aspecto físico, insultaron a su familia y lo forzaron a observar torturas y violaciones.

Fue en ese lapso que Zarik tuvo su primer encuentro visual con

el cuerpo desnudo de una mujer, a través del salvajismo de esos hombres que las forzaban a tener sexo frente a él. El príncipe cerraba los ojos, pero los sonidos eran igual de abrumadores para alguien protegido emocional, física y mentalmente, y criado bajo estándares de privilegios; un niño con ilusiones imposibles e ideas inocentes.

Zarik había sido rescatado, once días después, por el equipo de inteligencia de la casa real. Los captores fueron detenidos y juzgados en un tribunal, pero el príncipe jamás volvió a ser el mismo. Sus padres buscaron ayuda psicológica, pues durante un largo tiempo él se negó a hablar. En las noches se despertaba gritando y los reyes decidieron cancelar los viajes que involucraran a sus hijos, en especial para no exponer a Zarik a las posibles preguntas sobre lo que ocurrió durante su cautiverio. Esa información era confidencial y jamás saldría de las páginas de los archivos reales.

La paz finalmente regresó a Nariem, cuatro meses después de aquellos infames sesenta días de desasosiego y rebeldía constante en los alrededores, cuando el rey, el general del ejército y el representante de las demás organizaciones llegaron a un acuerdo con los líderes del grupo rebelde más grande, Istam, y con otro dos medianos, Jafa y Pasih. También había otra célula antagonista, más letal y compacta, los Pamisaj.

Estos últimos, para plegarse al acuerdo de paz general en Nariem, pidieron terrenos para construir sus casas con titularidad de propiedad sin tener disputas de legalidad y exigieron acceso gratuito a la educación de todos los hijos de sus integrantes. Lo único que no fue negociable fue perdonarles la vida a los captores y torturadores de Zarik, integrantes de Istam. La sentencia que recibieron del juez fue la silla eléctrica.

Cuando la estabilidad se afianzó, el palacio real fue remodelado, la capital contrató nuevos expertos en inteligencia militar y rediseñaron todo el espectro de seguridad del país. Desde entonces, la calma había reinado, al menos dentro de los estándares tolerables en cualquier sociedad mediamente moderna. Pero todo volvió a agitarse cuando Zarik, con la intención de volver más competitivo al país, planteó ante los líderes locales renovar los sistemas de trabajo agrícola, así como los procesos de producción industrial y la

educación, a través de instaurar nuevas tecnologías.

Los rebeldes amenazaron con tomar medidas, porque argumentaban que estaban robándoles los trabajos a obreros, cultivadores, recolectores de agua y especies, con siglos de tradición, y reemplazándolos con máquinas. También manifestaban que los niños no necesitaban contaminarse con estupideces de la tecnología de Occidente. Los subversivos enviaron comunicados de descontento expresando que querían preservar la calma, pero eso estaba condicionado a que detuvieran el plan de modernización del príncipe heredero. Lo anterior no ocurrió, porque todas las instancias estatales y la casa real apoyaban la idea de hacer un cambio. Claro que había opositores, pero constituían una minoría y tenían que acoplarse.

Zarik ni siquiera se inmutó por las amenazas o comunicados. Si algo le había enseñado su horrible experiencia del secuestro fue a ser fuerte, así que continuó con su intención de materializar su ambicioso proyecto. Tenía que hacer lo mejor para su país, en especial considerando que los fondos económicos, a causa de la sequía y los acuerdos bilaterales con otras naciones que estaban pendiente de renegociarse, no eran tan boyantes. Los ultimátums de los rebeldes eran lo que menos necesitaban en Nariem, porque si el país entraba en conflicto interno, los negocios sufrirían una recesión. Por eso, el mantenerse en la precariedad, por el miedo de unos cuantos a aceptar la necesidad de un cambio y de romper viejos lazos comerciales, sería peor.

Él no iba a tolerar un levantamiento ni tampoco someterse a los dictámenes de unos imbéciles radicales. Además, contaba con el apoyo de los reyes para utilizar su posición como heredero al trono para empezar a marcar un nuevo precedente. De esa manera, el día en el que le tocara convertirse en rey lo haría bajo una estructura diferente y con cimientos más fuertes, reestructurados y competitivos. El príncipe estaba preparado para reinar en cualquier momento, inclusive si en pocos días el rey decidía abdicar en su favor, tal como había ocurrido en España.

Zarik no solo tenía entrenamiento en defensa personal, armamento, logística, humanidades, arte, diplomacia y política, sino que hablaba cinco idiomas, sabía lenguaje de señas, y poseía una cosmovisión propia de quienes tenían los privilegios de

rodearse de entornos multiculturales. Él era el llamado a trabajar los lineamientos de las alianzas estratégicas de su país con otras naciones vecinas. Pero compartía responsabilidades con sus hermanos menores. Bursit, representaba a la familia real en eventos internacionales. Dhalia, que acababa de cumplir veintitrés años, estaba en Londres estudiando medicina y planeaba regresar a Nariem para ayudar en los hospitales, así como emprender misiones de salud en el país junto a la reina. Los tres hermanos tenían una línea clara de trabajo y su compromiso era inquebrantable.

El sonido del timbre de un móvil hizo parpadear a Zarik.

Al recordar el sitio en el que se hallaba, así como los motivos, intentó que la rabia no lo alterase. Estaba imposibilitado de ejecutar en persona sus gestiones, hasta que las balas hubieran sido removidas y él estuviera recuperado. Pero su condición física no le impedía dar órdenes, al menos que la somnolencia cortara temporalmente la claridad mental una vez que estuviera bajo los efectos de los medicamentos.

Por ahora, le quedaba todavía algunos minutos antes de la cirugía.

—Acaba de llegar el anestesista de la familia real y el médico de cabecera, porque sin ellos no podíamos empezar la intervención. El príncipe tiene que ingresar de inmediato al quirófano, ¡los quiero a todos listos en menos de cuatro minutos! —dijo el doctor Murat en un tono dictatorial y preocupado, a una de sus asistentes, mientras dos enfermeros movían al príncipe, con cuidado, a otra camilla más fuerte.

—Doctor… —murmuró Zarik.

—Está todo controlado ahora, su alteza, el equipo médico está listo.

El príncipe hizo un breve asentimiento.

—Hamur —balbuceó Zarik con poca fuerza, pero su visir sí lo escuchó y se acercó de inmediato. El doctor Murat, a regañadientes porque sabía la urgencia de la operación, aceptó darles unos segundos de privacidad; en esos instantes su mente era la de un médico y no la de un plebeyo—. Quiero a los responsables… Necesito cambiar las estrategias de aproximación política en este país… —dijo apretando los dientes, mientras el puto dolor parecía extenderse en todo su cuerpo.

Un hombre con las heridas que Zarik acababa de sufrir probablemente no habría resistido, pero la ayuda para el príncipe llegó a tiempo, así como el traslado al centro de salud. Fue una suerte que una de las balas solo hubiera pasado cerca de una de las arterias principales de su cuerpo, en lugar de impactarla. Caso contrario, él ya no estaría respirando. Por otra parte, su juventud y excelente estado físico eran dos ventajas extras que lo mantenían con vida. No solo eso, sino que la tozudez del heredero y su sentido del deber, ante la necesidad de hacer justicia, redoblaban su voluntad de batallar. Él sabía que estaba forzando su capacidad de resistencia al máximo, pero no podía entrar en ese quirófano sin hablar primero con su visir.

—Su alteza, por favor, no se agite —dijo Hamur. El anciano llevaba seis décadas al servicio de la familia real Al-Sarkham y, como consejero especial del príncipe heredero, su trabajo era velar por cumplir protocolos socio-políticos bajo los mandatos establecidos por el rey Soldon—. Ya están investigando lo ocurrido.

Zarik odiaba perder el control y eso era lo que ocurriría durante las largas horas en las que estaría bajo el bisturí médico. Su vida estaría en manos de terceros.

—El pueblo necesita comprender que el progreso no es amenaza… Consigue los mejores especialistas… Hamur, consigue… Consigue estrategias… Para…

—Haré todo lo que esté en mis manos, su alteza —dijo el hombre, luego le hizo un asentimiento al médico y este a su vez les indicó a los enfermeros que guiaran la camilla al interior de quirófano de inmediato—. No podemos continuar dilatando su ingreso a la sala de operaciones, su alteza. A partir de ahora el doctor está a cargo.

—Mierda, Hamur… Encárgate de… —balbuceó.

Esas fueron las últimas palabras del príncipe heredero antes de que cerraran las puertas del quirófano dejando a todos sus guardaespaldas y asesores fuera del área. Los medios de comunicación estaban agolpados en el exterior del hospital. La familia real había sido informada del atentado y estaba camino al centro médico, pero el perímetro de seguridad ya había cercado todo el lugar. Por otra parte, los agentes de inteligencia trabajaban en el sitio del atentado para dar con los responsables.

El pueblo estaba conmocionado y los noticieros locales se enfocaban en cubrir la noticia de lo sucedido. Zarik era un hombre muy querido por su gente, pero hermético con sus opiniones y en su vida privada. De sus hermanos era el más popular, en especial con las mujeres, porque estas lo veían como una aspiración romántica. Él no fue siempre el hombre cabal y autocontrolado que todos conocían ahora, pero lo aprendió a ser con las experiencias y el paso del tiempo. De hecho, en sus años de rebeldía, su familia tuvo grandes dolores de cabeza tratando de apaciguar las noticias sobre sus juergas y las mujeres con las que salió durante el tiempo que estudió en Oxford. La prensa amarillista se dio un festín con los titulares y fotografías.

Zarik seguía siendo uno de los billonarios solteros más codiciados del mundo y continuaba disfrutando de mujeres guapas en su cama, pero era más discreto que en sus tiempos universitarios. Inclusive su fama pública de mujeriego se había ido aplacando, poco a poco, desde que el equipo de relaciones públicas de la casa real transformó su imagen cuando él regresó del Reino Unido. Ahora, los medios de comunicación le daban más relevancia a sus compromisos como heredero. Lo anterior no implicaba que la prensa amarillista dejara de buscar información sobre su vida privada o si acaso existía alguna mujer en particular que le hubiera interesado.

Por otra parte, él solo buscaba pasar un buen rato. Una vez que acababa la novedad de la conquista, o la noche de placer, ordenaba que le enviasen a su amante de turno un obsequio costoso como despedida. Zarik tenía claro que las mujeres que lo rodeaban no se interesaban por conocerlo, sino en conseguir el prestigio y privilegios que venían vinculados a su apellido. Pero lo anterior le daba igual, pues él solo buscaba compañía temporal para entretenimiento sexual. Las reglas eran claras.

Además, Zarik sabía que ningún vínculo con el sexo opuesto sería duradero o podría considerarlo como algo a largo plazo, porque iba a que casarse con alguien de sangre real que aportara en linaje y beneficios estratégicos, mutuos, para la continuidad de Nariem. De hecho, no existía nada más importante dentro de su camino que el deber de reinar con equidad para los nariemus, su gente.

El amor era un término desconocido para él, así como lo fue para su padre y su madre cuando se casaron en una alianza política y social pactada. Con el tiempo ambos se habían acoplado y se respetaban, sin embargo, Zarik nunca vio demostraciones de afecto entre los reyes. Sabía que para él y sus hermanos sería igual. No aspiraba a otra cosa. Él consideraba el matrimonio desde un punto de vista muy clínico: sexo, trabajo, linaje y expansión. Su vida podría parecer fácil ante los ojos de la gente común, envidiable inclusive, pero, en realidad, no lo era. Si bien Zarik tenía privilegios, él carecía del derecho más importante de cualquier ser humano: el libre albedrío. Su camino estuvo trazado desde el instante en el que nació en la realeza.

—¿Cómo se siente, alteza? —preguntó el doctor Murat, cuando notó que el príncipe abría los ojos. La anestesia había pasado y ahora estaba en la *suite*. La operación duró casi tres horas, porque tuvieron que trabajar un fuerte desgarro ocasionado por uno de los proyectiles—. Acaba de salir del quirófano hace una hora.

El cuerpo fuerte y musculado de Zarik tenía varios puntos de sutura, así como también vendajes en el tobillo izquierdo, pues en el jaleo para sacarlo del inmediato del desierto se lo había luxado. Le estaban pasando suero mezclado antibióticos y analgésicos, a través de la vía. Las heridas ya no dolían y solo quería largarse.

—Estoy perfectamente —dijo con arrogancia. Quería conocer los avances de la investigación sobre la emboscada—. Deme el alta en este instante —exigió.

—Me gustaría seguir sus dictámenes —dijo con una sonrisa amable, muy consciente de que se debía al país y también a su juramento hipocrático—, pero está aún bajo efectos de sedación y necesitamos monitorear su estado. Luego se procederá a su traslado al palacio real para que así continúe con su recuperación.

—¡Estoy perfectamente, maldición! —explotó, pero luego se calmó porque sabía que el hombre estaba en una posición complicada—. Joder… Llame a mi visir.

—Por supuesto —murmuró el doctor Murat.

Los Al-Sarkham estuvieron visitando a Zarik instantes atrás. El rey se mostró contrariado por la situación y amonestó a su heredero por imprudente. La reina, en cambio, lo había mirado con expresión desolada y le acarició el rostro con afecto. Fue de esos gestos pocos comunes entre ellos, pero que, cuando ocurrían, significaban mucho. Bursit y Dhalia le pidieron que se recuperara pronto, porque no querían asumir sus responsabilidades. Zarik se rio y agradeció a sus hermanos. Aparte de su familia no hubo más visitantes autorizados. El ala del hospital en la que se encontraba el príncipe estaba ocupada solo por él. Cada hospital y clínica privada del país tenía destinada un ala de atención, daba igual el tamaño, solo para la familia real.

—Su alteza, me alegro que la operación haya sido exitosa —dijo Hamur—. El pronóstico de su recuperación física es excelente. Los jefes de las diferentes divisiones de su oficina han venido al hospital y están siguiendo el protocolo de crisis que se activó cuando entró al quirófano —comentó mirando al príncipe.

Desde que había salido Zarik del quirófano, el anciano permaneció en el exterior de la habitación junto a una pequeña comitiva que incluyó el secretario, el jefe de relaciones públicas y el de comunicación de crisis del príncipe. El asistente personal de Zarik, Kirian, estaba en la oficina para acatar cualquier orden inmediata, así como para instruir a los demás subalternos, según las novedades y decisiones que surgieran desde el hospital. La seguridad se había triplicado dentro y fuera del centro de salud.

—Gracias, Hamur. ¿Hay novedades sobre los atacantes? —preguntó.

—Se trató de cinco hombres, el que le disparó ya fue capturado. Los otros, que se batieron en un intercambio de balas con sus guardaespaldas, murieron en el desierto. Están tratando de determinar más datos de su atacante. Al parecer es arqueólogo y alega que es inocente y que lo incriminaron. Está en custodia policial.

—Quiero celeridad en el proceso y que el culpable reciba un castigo ejemplar —expresó—. Me da igual si es un arqueólogo o creador de tormentas desérticas.

Hamur hizo un asentimiento leve.

—Hay otro detalle que es importante recordar, su alteza —dijo

en un tono incómodo, porque sabía que este tópico no era del agrado del príncipe—. El país necesita aliarse con un mayor productor de petróleo y que posea más recursos hídricos que Nariem. Requerimos incrementar las rutas de comercio agrícola y afianzar los lazos dinásticos en la región con un país que tenga el liderazgo económico, después de Emiratos Árabes Unidos, Arabia Saudita, Qatar, Kuwait y Bahrein. Estamos en una postura algo débil frente a nuestros competidores de la liga árabe y no es saludable. Usted le propuso al rey la creación del Ministerio de Inversiones, para incrementar los ámbitos de expansión de recursos financieros en apartados no tradicionales, y fue aprobado con éxito. Sin embargo, pronto dejará de ser suficiente. Después de su recuperación física es necesario retomar un tema que ha postergado, porque optó por dar prioridad a otros. Se trata de que busque esposa —expresó.

Zarik apretó los dientes y soltó una maldición. Tomó una profunda respiración y el gesto hizo que le dolieran levemente las costillas. Aunque prefería los días de juerga, y sus escapadas discretas para disfrutar de follar libremente, él sabía que la línea del deber estaba trazada y tenía seguirla. Sus padres eran reyes que pertenecían a la vieja escuela, aunque muy queridos y respetados, pero era preciso inyectar sangre nueva como referente de la población joven. Esto solo podría ser a través de un matrimonio, en este caso del heredero al trono. Aunque todavía quedaban muchos años para que Zarik fuese coronado rey de Nariem, ya era necesario tomar acciones para reafirmar la percepción de que habría una continuidad del legado Al-Sarkham.

—¿Cuál es la mujer que se supone que debe ser la próxima reina de nuestro país, Hamur? —preguntó él con aburrimiento y tratando de acomodarse mejor.

—La princesa Rihanon Al-Dirahel —replicó el visir con un tono cauteloso.

El anciano sabía que el príncipe no tenía especial afinidad con esa casa real, pues el rey Pasco bin Rabi Al-Diharel había rechazado, en dos ocasiones, las propuestas de altos oficiales nariemus para hacer intercambios de recursos agrícolas. La excusa detrás de la negativa había sido que solo avalaría e impulsaría transacciones comerciales a gran escala, entre Mubián y Nariem, si

había una alianza matrimonial.

—¿No estaba saliendo con Tarek Suad, el dueño de una de las cadenas de televisión más grandes de Oriente Medio? —preguntó frunciendo el ceño.

Aunque de cara al público no había mucha información de la vida personal de los integrantes de la realeza árabe, razón por la cual la prensa era mucho más insistente en tratar de conseguir datos al respecto, en un nivel privado era distinto. Los visires, y ciertos allegados a las familias de abolengo, conocían ciertos entresijos de lo que ocurría detrás de las puertas de los palacios. No obstante todos estaban blindados por severos contratos de confidencialidad. Lo anterior no implicaba que dejaran de comentar lo que sabían a sus jefes: reyes, ministros, príncipes y princesas. La información era un arma y como tal era preciso que se utilizara estratégicamente.

—La relación no es pública y son muy discretos. El visir de la princesa, usted sabe que todos los visires mantenemos una relación cordial y una red de contactos como parte de nuestro trabajo, me comentó que ella está al corriente de lo que dicta la tradición —explicó sin mencionar el detalle importante: Rihanon y Tarek podían estar juntos, sí, pero la virginidad de una princesa heredera era para su esposo. Las reglas arcaicas en ese aspecto no habían cambiado y Zarik, que no era partidario de ellas, no podía hacer nada para modificarlas, hasta que fuese rey—. Aunque usted puede pensar en otras candidatas, pero, considerando la bonanza de Mubián, ella sería la mejor elección para nuestras tierras —expresó desde el sillón en el que se hallaba.

—Tendré que analizarlo con calma, Hamur —dijo Zarik, mientras el monitor registraba sus signos vitales—. Entiendo que estamos en un período de transición social, pero quiero salir de este hospital antes de tomar esa decisión —expresó.

Atarse a una persona en matrimonio no le parecía nada agradable, a pesar de que estaba consciente que le correspondía cumplir con esa responsabilidad. Él amaba fieramente su libertad, así que tener que dar ese paso lo cabreaba. La mujer que llevara su anillo siempre sería un recordatorio de la pérdida de su libre albedrío. Jamás podría amarla y no esperaba que ella lo hiciera. De hecho, su intención era continuar disfrutando con una mujer diferente entre las sábanas, cuando le apeteciera, porque la

fidelidad no sería parte del acuerdo matrimonial, pero sí la discreción.

Bajo ninguna circunstancia humillaría públicamente a su esposa. ¿Si acaso permitiría que se acostara con otros? La probabilidad no le parecía un inconveniente, porque no existiría amor. Lo anterior solo lo consentiría cuando ella le hubiese dado herederos. No se arriesgaría a comprometer su legado, porque lo más importante de un matrimonio pactado en la realeza, además de los lazos comerciales y beneficios en términos sociales y financieros, era la descendencia. Serían el matrimonio ideal ante las cámaras y Zarik trabajaría en ser un buen padre y el mejor rey para Nariem.

—Lo comprendo, su alteza —replicó el hombre asintiendo—. Quizá en los próximos eventos, en los que coincida con la princesa Rihanon, podría conversar sobre este tema —sugirió—. Voy a hacer una actualización de datos para analizar otras opciones que beneficien a Nariem, a través de un contrato matrimonial.

Zarik no le dio importancia al comentario, porque su interés primordial era saber quién carajo estaba detrás de la emboscada. No tenía tiempo para idioteces. Además, la razón principal detrás del atentado era su interés de modernizar el país.

—Eso es secundario. Por ahora, encárgate de formar un equipo con los mejores estrategas políticos, relacionistas públicos y expertos en *marketing*. Me da igual de dónde salgan, pero tienen que empezar a trabajar de inmediato. Ofréceles un excelente salario y bonificaciones por objetivos cumplidos —dijo en tono determinado—. Mi plan, Insignia, va a empezar a implementarse sin más retrasos. La primera fase incluirá cambiar la percepción negativa de la ciudadanía, a una positiva, sobre lo que implica modernizar nuestro país. Resulta imprescindible emitir el mensaje de que Nariem es una nación pequeña, pero capaz de competir con altura —expresó mirando a su visir—. Ese será el objetivo del grupo élite que vas a reclutar, Hamur… —dijo acomodándose, la jodida herida del hombro le cimbró y apretó los dientes ante el escozor—. Sé que existe miedo al cambio, a lo nuevo, y voy a trabajar en ese frente… Entre los profesionales que elijas debe existir diversidad.

—¿A qué se refiere al mencionar la diversidad, su alteza? —preguntó, mientras en su libreta digital, que todavía estaba aprendiendo a utilizar, tomaba notas.

Ante un protocolo de intento de asesinato en el que un integrante de la familia real estaba herido, salvo que fuese el rey, el único llamado a acompañarlos era el visir principal de cada uno. Además de los médicos y agentes de seguridad militares. Los protocolos variaban según el nivel gravedad y del rango de los Al-Sarkham.

—Que sean hombres y mujeres. Los mejores en sus profesiones. Procura también que sus edades sean diversas. Distribúyelos para que trabajen entre mi palacete, que será la sede principal; el edificio de la fundación de mi familia; y en la segunda ciudad más poblada. Utiliza tu criterio de selección de perfiles profesionales… —dijo cerrando los ojos, porque era imposible mantenerlos abiertos más tiempo, en especial porque los potentes medicamentos estaban goteando en la vía y llegando a su torrente sanguíneo—. ¿Queda todo claro, Hamur? —preguntó sin esperar la respuesta de su visir, porque sus sentidos se rindieron a los analgésicos.

El príncipe Zarik podía preveer muchos escenarios y trazar planes. Pero su alcance jamás llegaría al punto de saber que su petición a Hamur iba a traerle muchos problemas, en especial uno que tenía ojos verdes y cabellos del tono del sol de verano.

CAPÍTULO 2

El aroma de las especias y del arroz caliente con azafrán se mezclaron haciéndole agua la boca a Arienne. Aunque no era una cocinera experta, le gustaba hacer experimentos gastronómicos. Esta noche había preparado una cena especial por su cumpleaños. Veinticinco años era una edad en la cual la mayoría de mujeres en Nariem ya estaban casadas y tenían al menos un hijo. Pero Arienne era distinta a ese estereotipo y sus aspiraciones de vida eran bastante diferentes. De hecho, desde pequeña su espíritu rebelde la impulsó a retar a sus compañeras de clases a actuar fuera de las normas. Esto desembocó en castigos y reprimendas por su temeridad.

En la adolescencia estuvo más interesada en los libros de historia y política, además de formar parte de grupos de debate en la secundaria y asistir a escondidas a conciertos de *rock*, que entretener la idea de casarse. Sus amigas, en cambio, ya tenían matrimonios arreglados a la espera de concretarse cuando terminaran la secundaria.

Arienne creía que las mujeres podían explotar sus capacidades como seres individuales sin estar a la sombra de un hombre, pues esto último era lo que se esperaba de una esposa nariemu y en todo Oriente Medio. Cuando ella se graduó de la secundaria, la avidez de conocimiento no disminuyó. Pero a ese interés se agregaron las ganas y la curiosidad de experimentar placer. Esto la llevó a sumergirse en experiencias interesantes durante sus viajes a Occidente. Seguía siendo virgen, pero los toques sensuales recibidos fueron un verdadero y revelador descubrimiento.

Su mejor amiga, Malin, solía decirle que la convicción de que

siempre podía desafiarlo todo se debía a que sus orígenes no eran de Nariem, sino por haber nacido en Inglaterra. Ella pensaba que en cierto modo su amiga tenía razón. Arienne era huérfana, y había sido adoptada cuando tenía cinco años por Jamil y Tarina Al-Kahaleel en Gran Bretaña. Ambos fueron diplomáticos de Nariem en Londres. No pudieron concebir naturalmente, así que hicieron el papeleo para llevarla con ellos.

Arienne, después de haber pasado por varias casas de acogida, nunca imaginó que otras personas pudieran quererla. Pero el destino le tuvo preparada una sorpresa hermosa con los Al-Kahaleel. Junto a ellos su vida estuvo llena de amor, protección, enseñanzas, viajes al desierto, aprendizajes de la cultura nariemu y de otros países que visitaba al ser hija de diplomáticos. Sus padres la instaron a confiar en que era capaz de conseguir todo cuanto se propusiera, aún cuando Oriente Medio era una sociedad extremadamente machista. Cuando ella cometía alguna falta, la castigaban, pero, a diferencia de sus compañeras de clases u otras amigas en Nariem, los Al-Kahaleel poseían formas civilizadas, sin golpes ni humillaciones, para reprenderla.

Ella consideraba que el carácter liberal de sus padres, así como la forma de criarla, estuvo influenciado por la vida cosmopolita propia de los viajes constantes alrededor del mundo como diplomáticos. Jamil y Tarina poseían prestigio político y social en Nariem, además de otros países en los que tenían contactos importantes en áreas estratégicas y gubernamentales. Si no hubiera existido lo anterior, entonces no habría sido posible que adoptaran a una niña extranjera con agilidad y rapidez.

Arienne reconocía que, a pesar de todo y en comparación a otras naciones árabes, Nariem era bastante moderna. Las mujeres no tenían obligación de usar abaya ni niqab, como parte de su vestimenta, a diferencia de países muy conservadores del Golfo Pérsico que sí lo exigían. En su país solo se sugería el uso del hiyab, el velo que cubría la cabeza y el cuello, porque las altas temperaturas del desierto y las ciudades desérticas eran brutales y peligrosas. No era un asunto de restricción, sino de salud. Sin embargo, gran parte de la población prefería que todavía se mantuvieran ciertas tradiciones antiguas que incluían el uso obligatorio de esa prenda, hiciera o no calor.

Ante las posturas mentales obsoletas, Arienne se enfadaba, así que intentaba seguir sus propias normas. En las ocasiones estrictamente necesarias se acogía a las reglas sociales usuales, porque era la única manera en que podía ejercer su trabajo como asesora política y mantener el respeto de los profesionales de ese ámbito. Sin embargo, en más oportunidades de las que quería, su ideología se unía a su espíritu indómito y poco podía hacer para contener la retórica con la que se enfrentaba a quienes tenían posturas antiguas. Lo anterior implicó que, en dos ocasiones, la despidiesen de un par de proyectos, pero a Arienne no le importó. Llevaba claro que siempre le costaría el doble hacerse escuchar en un nicho laboral que necesitaba una visión moderna urgente, pues la estructura ideológica mantenía cimientos arcaicos.

Una de sus ventajas era que tenía doble nacionalidad, así que, a veces, podía jugar un poco a pretender ser extranjera para optar por seguir las normas que eran menos estrictas para los turistas. Su aspecto físico era también diferente al de las mujeres locales: morenas, cabellos negrísimos y ojos de tonos oscuros. Arienne tenía el cabello rubio y unos ojos verdes del tono de los árboles en pleno verano europeo. Su cuerpo poseía curvas marcadas y sensuales; ella sabía combinar su vestimenta para no tener momentos incómodos en la calle o que la acusaran de ser provocativa.

En una sociedad machista, como la suya, ir contra corriente era toda una proeza, en especial si solo intentaba vestirse para sentirse guapa. Arriesgarse no era inteligente. En el pasado, cuando los hombres violentaban o abusaban de una mujer en Nariem, la justicia le echaba la culpa a la víctima y la enviaban a la cárcel. Sin embargo, esto ya había dejado de ocurrir, gracias a los cambios profundos que el rey Soldon había implementado al respecto, a pesar del rechazo que sus decisiones provocaron en el ala ultraconservadora. Lastimosamente, en otras sociedades de Oriente Medio seguían responsabilizando a las mujeres de los actos de terceros, en especial de los hombres incapaces de contener sus instintos animales y lascivos.

Pero, en estos instantes, la visión de Nariem no le interesaba. Ella solo quería tener una noche tranquila de cumpleaños con su mejor amiga. Malin estaba esperando a que sacara el postre del frigorífico. La amistad entre ambas no se medía por celebrar solo la

bonanza, sino por ayudarse mutuamente a sobrellevar las épocas tristes.

—¡Feliz cumpleañooos, Ari! —exclamó su amiga entregándole un dije de oro con un diseño de la estrella del norte. La familia de Malin, los Darek-Sahl, tenían un negocio de joyería, y el esposo de ella, Ramma Kabaas, compraba y vendía piedras preciosas. Malin tenía gran habilidad creativa, así que era la encargada de diseñar el catálogo de joyas—. Que este nuevo año, Alá te dé muchas bendiciones.

Arienne esbozó una gran sonrisa e hizo un asentimiento.

—¡Este obsequio está hermoso y es del color de mis ojos, gracias! —exclamó, mientras se ajustaba la cadena en el cuello, emocionada por el detalle. Luego abrazó a su amiga con fuerza—. Eres la mejor. Pero no debiste cancelar tu viaje, ni decirle a Ramma que se fuera a Italia sin ti —dijo, sentándose. El esposo de Malin no era un hombre conservador, quizá porque su familia materna era francesa, así que se mostraba comprensivo y entendía cuando su esposa quería hacer cosas diferentes.

—Bah, lo más probable es que esté disfrutando de nuestro restaurante preferido en Roma, así que no sientas pena por él —se rio—. Además, mi esposo es tu principal aliado desde que lo ayudaste a organizar la cena en la que me pidió que me casara con él —dijo sirviendo una copa de champán para cada una.

Menos mal habían quitado la prohibición de que las mujeres bebieran alcohol dentro de sus casas. El consumo de bebidas alcohólicas seguía siendo ilegal en público para hombres y mujeres en todos los países musulmanes. Si alguien era pillado en la calle con una lata de cerveza, o inclusive ligeramente achispado, lo llevaban preso.

—Lo recuerdo muy bien —replicó sonriendo al pensar en aquella ocasión, y tomó un trago de champán—. Te daré la mitad de la tarta de almendras que compré esta tarde, o me la devoraré toda, y también del dulce que preparé en la mañana.

—Por supuesto, gracias, porque este baklava está delicioso —expresó con gusto y saboreando el clásico dulce árabe—. Quizá deberías considerar cocinar más seguido, porque los pocos platos que te has atrevido a hacer son buenísimos.

—Oh, pero ya sabes que solo cocino para mí cumpleaños o en

Navidad, porque, aunque no es una fiesta musulmana, lo hago en honor a mis orígenes —murmuró. Le quedaban pocos recuerdos de la vida en los orfanatos o las familias temporales con las que vivió. Entre esas memorias estaban los villancicos, las decoraciones preciosas y la alegría durante las fiestas navideñas en Londres.

—Ari —dijo Malin en un tono suave y consciente de las súbitas sombras que aparecieron en los ojos verdes—, yo sé que esta es una fecha complicada, pero tú eres de las personas más valientes que conozco. En donde sea que ellos se encuentren estarán celebrando que su hija ha logrado abrir un camino profesional prometedor.

Arienne sintió un nudo en la garganta, porque sabía a qué estaba refiriéndose.

Soltó una exhalación temblorosa y luego hizo un asentimiento, mientras agarraba la copa y tomaba varios sorbitos de champán. Le dedicó una expresión de gratitud a su gran amiga por estar a su lado. Malin tenía el cabello negro abundante y largo; su cuerpo era esbelto. La piel era del tono de la canela y los ojos cafés siempre estaban bien delineados con kohl. Sin duda era una belleza digna de Oriente Medio.

Ambas mujeres se conocían desde pequeñas, porque sus padres estuvieron vinculados a los círculos diplomáticos de Nariem. Desde la primera vez que interactuaron, la química fue instantánea y se volvieron inseparables. Sus familias se hicieron muy amigas, hasta que Arienne perdió a la suya de la noche a la mañana.

—Sí… —replicó con una sonrisa triste e intentando contener las lágrimas—. Hoy, más que nunca, me hacen falta. Si no hubieses venido, entonces yo estaría como una posesa buscando empleo en internet —murmuró, llevándose un trozo de tarta de pistachos con almendras—, en lugar de tomarme un respiro. Cada año duele un poco menos recordar, pero sí los extraño cada vez más. ¿Tiene sentido lo que te digo?

Malin extendió la mano y la posó sobre la de su amiga.

—Fueron unas personas excepcionales, Ari, así que tiene mucho sentido lo que me estás diciendo —replicó con sinceridad—. La entereza que posees para afrontar escenarios adversos requiere agallas, en especial en un entorno con profundos tintes misóginos para tu profesión. Así que persistir en tus metas, sin rendirte, no sería posible si Jamil y Tarina no te hubiesen criado bien —sonrió

—. Tus padres fueron los principales partidarios de los primeros proyectos de modernización que el rey Soldon empezó a impulsar en Nariem. Que tú adquirieses la audacia y determinación de ellos, así como su fortaleza, da cuenta de que dejaron una huella.

Arienne asintió lentamente, aunque el dolor de la ausencia lastimaba.

—Gracias por tener siempre palabras que me hacen recobrar la certeza de que la única forma de enfrentar el mundo es con valentía… —susurró con emoción y se limpió las lágrimas—. Además, es lo que mis padres hubieran esperado de mí…

—Estarían orgullosos —expresó Malin sonriéndole con cariño.

El día en el que Arienne cumplió veintiún años su mundo se derrumbó.

Esa noche, los bocadillos, el humus, el caviar, los dulces y el cordero, además de la música, habían estado a disposición de los invitados para festejar. Se trató de un grupo pequeño de amigos, pero muy animado. Sus padres la felicitaron por teléfono desde el avión, deseándole un gran día de cumpleaños, pues acababan de aterrizar en Nariem, después de un viaje diplomático en el golfo de Omán. Ella les comentó que esperaría a que estuvieran en casa, antes de cortar la tarta, como era la costumbre.

Los Al-Kahaleel vivían en una propiedad con muchas comodidades. El clóset de Arienne siempre estaba lleno de vestidos y zapatos de diseñadores reconocidos. Además, tenía un círculo de social selecto. Fue por sus padres, así como por las increíbles aventuras que implicaron viajar en familia conociendo otras culturas, que se sintió inspirada a estudiar la carrera de ciencias políticas en la universidad.

Se interesó por el análisis del clima político, la coyuntura, los procesos y los antecedentes sociales para crear acercamientos, solucionar conflictos o gestar proyectos sólidos de progreso. Ella intentó siempre lograr sus propias metas sin pedirle favores a sus padres o utilizar su apellido como carta de presentación, menos lo hizo para dar sus primeros pininos en el campo laboral. Pero sí había aceptado atender las invitaciones a eventos sociales que recibían como familia, inclusive estuvo en un par de recepciones en el palacio real de Nariem. Gracias a sus padres, Arienne empezó a crear su red de contactos, además tuvo una base sólida de

conocimientos de primera mano sobre los asuntos diplomáticos, sociales y políticos de Nariem.

Su sueño siempre había sido abrir una oficina de consultoría, pero no existían leyes que permitieran a una mujer tener un negocio propio sin autorización de un familiar masculino o un esposo. Por esa razón, Arienne se frustraba ya que solo podría trabajar como *freelance* o para terceros. Cuando se quejó al respecto con Jamil y Tarina, ellos le habían dicho que era más eficiente enfocarse en buscar la solución a sus problemas, en lugar de afligirse por lo que no podía cambiar. Los Al-Kahaleel tenían confianza en que el rey Soldon cambiaría las circunstancias laborales a futuro.

Para Arienne, el esperar a sus padres para cortar la tarta de cumpleaños era especial, porque esa misma fecha coincidía con el día en el que la adoptaron.

—¡Hey, Ari, esta música está genial! —había exclamado una de sus amigas, Varka, sonriente. El ambiente era relajado y la decoración consistía en dos carpas de tela palo rosa, cojines blancos alrededor de mesillas bajas con sendos bocadillos.

—Pues es que veintiún años hay que festejarlos —había sonreído, mientras bebía una copa de vino y se movía al compás de las canciones. Junto a ellas, porque no podía ser de otra manera, también estaba Marlin instando a todos a pasarla bien.

Al cabo de un rato, el teléfono de la casa había empezado a sonar.

La mayor parte de las llamadas a lo largo del día fueron de felicitaciones para Arienne. Ella quería continuar bailando, pero sabía que podría tratarse de sus padres. A veces, cuando regresaban de algún viaje, la llamaban para notificarle si había algún retraso previo al arribo a casa. Lo anterior no sería nada inusual esta noche, así que Arienne se alejó de su grupo de amigos, que celebraban a gusto en el jardín trasero de la casa, no sin antes sonreír y dar una media vuelta al son de la música.

—Buenas noches, ¿hablo con la señorita Arienne Johansen Al-Kahaleel? —había preguntado una mujer al otro lado del auricular. Jamil y Tarina le dieron a Ari el apellido Al-Kahaleel, sin quitarle el que recibió al nacer cuando fue registrada en el Reino Unido. Ellos le dijeron que ambos formaban parte de su identidad.

—Sí, la misma, ¿quién habla? —había respondido algo distraída.

—Soy la doctora Marasana Duhamel del Hospital General Nusara —había dicho en tono neutral, mientras Arienne apretaba con fuerza el aparato. Un frío gélido le recorrió la columna vertebral, porque de inmediato la invadió un mal presagio—. Usted consta como la persona principal de contacto en la lista de Jamil y Tarina Al-Kahaleel. Ambos se encuentran en la unidad de cuidados intensivos. Sufrieron un accidente de tránsito y acaban de ser ingresados con pronóstico reservado.

—No… —había dicho con un nudo en la garganta y deslizándose, tenía la espalda apoyada contra la pared, hasta quedar sentada en el piso de mármol de la sala interior. No le importaba que su vestido verde oliva estuviera subido, hasta medio muslo. Las palabras de la mujer parecían llegar desde lejos—. No… Doctora…

—¿Está en condiciones de conducir? Porque si no es así, le recomendaría que le pidiese a un familiar o a un amigo cercano que la acompañe. Necesitamos que venga al hospital, por favor, porque existen documentos y decisiones por tomar.

—Yo… Ellos… Ellos son mi familia —había dicho llorando sin ser consciente de que, en lugar de susurrar, estaba gritando. Pronto sintió los brazos de Malin rodeándola—. Por favor, dígame algo más… Dígame que se van a poner bien…

—Lo lamento tanto, señorita Johansen, pero no puedo darle más información salvo que se acerque de inmediato al hospital. Cuando llegue, pregunte por mí.

—De acuerdo… —había susurrado con terror, cerrando la llamada.

Después había mirado a Malin con desesperación y esta la ayudó a incorporarse. Todos sus amigos contemplaban su estado de histeria, la música había cesado por completo, pero ninguno se atrevió a criticarla o hacer preguntas imprudentes, sino que le habían ofrecido ayuda si ella la necesitaba. Pero Arienne entró en un estado de nervios, no quería escuchar a nadie, y solo agarró por inercia sus documentos de identidad. Se había dejado guiar por su mejor amiga y por Korbos, un compañero de la universidad, hasta el hospital. Sentía que estaba en piloto automático. Cuando llegó al centro médico, la doctora Marasana la había recibido en el exterior de la sala de cuidados intensivos. Arienne solo necesitó ver un

instante la expresión del rostro de la mujer para entender que había llegado demasiado tarde.

—Doctora… —dijo en un tono casi agónico, porque sabía que había perdido lo más significativo e importante que tuvo jamás en la vida: su familia.

—Lo siento muchísimo, señorita Johansen, acabaron de fallecer hace dos minutos —había expresado en tono solemne—. Las quemaduras de tercer grado eran demasiado graves. Sufrieron un paro cardíaco, pero uno de los enfermeros escuchó sus últimas palabras… —había murmurado, mientras Arienne gritaba de desesperación. Sus lágrimas rodaban incesantes por las mejillas y su cuerpo temblaba.

Ante la escena, Malin había pedido que le dieran un calmante, algo que la doctora avaló de inmediato. Korbos sostuvo a Arienne contra su cuerpo para que no cometiera una tontería como irrumpir en la sala de cuidados intensivos. Ella se debatió entre los brazos de su amigo y exigió a gritos que la soltara, pero él no cedió.

—Dígame… —había exigido Arienne, después de tomarse el tranquilizante, entre sollozos y completamente rota. Acababa de perder a los pilares de su vida, sus padres adoptivos. Pero ella los consideraba padres biológicos, porque fueron los únicos que le dieron una oportunidad de tener amor y un hogar de verdad—. Por favor, dígame lo que ese enfermero escuchó de ellos… Quiero saber…

La doctora, que había estado siempre habituada desentenderse de esta clase de escenas, porque también era humana y le causaba un gran pesar ser portadora de malas noticias, se sintió conmovida por la situación. Había guiado a Arienne, junto a los dos amigos, a una pequeña salita en la que intentó confortarla sin mucho éxito.

—El señor murmuró: «Mi Ari…». Y la señora: «Pequeña Ari…» —había dicho la doctora agarrando la mano de Arienne—. Señorita Johansen, le doy mis condolencias por su gran pérdida. Los trámites a realizar de ahora en adelante serán tediosos, pero quiero que tenga la certeza de que hicimos todo lo que estuvo en nuestras manos para darles a ambos los mejores cuidados y sacarlos adelante.

—¿Sabe si atraparon a los culpables del accidente…? —había preguntado Ari.

—Tengo entendido que fallecieron instantáneamente…

—Justicia universal —había farfullado con sarcasmo y profundo dolor.

A partir de ese día, Arienne tuvo que sortear las dificultades emocionales de arreglar todos los documentos de sus padres. El reconocimiento de los cadáveres fue la parte más impactante y brutal que podría recordar jamás. El sepelio casi acaba con ella, en especial cuando quedo fijada la lápida de mármol con la inscripción de los nombres de ambos. En los entierros musulmanes no se habituaba a poner flores, pero Arienne no podía ignorar que era mitad inglesa y sus padres siempre la habían reconocido como tal, así que dejó dos preciosos ramos de flores blancas. No prestó atención a las personas que asistieron, ni reparó en ellas cuando le dieron el pésame.

El testamento de sus padres la señalaba como única heredera. En ese mismo documento se había especificado que el abogado de la familia, y quien leyó la voluntad de los Al-Kahaleel, tendría que vender la casa del lujoso barrio de la capital de Nariem. Arienne se opuso e intentó apelar al testamento, porque le dolía que otros ocuparan el lugar que guardaba todos los recuerdos de sus padres. Pero fue en vano, porque en la cláusula también se estipuló que ella no podría ser la compradora. Arienne, con el corazón hecho añicos, se había resignado a que el abogado ejecutara esa diligencia.

Ella usó ese dinero para comprar una casa, más pequeña, en un barrio diferente al que había crecido. Arienne había guardado en una bodega, que hizo construir en su nueva residencia, todos los objetos y recuerdos de sus padres, así como otros de su infancia. Después de todos esos procesos, trámites y demás eventos que fueron un cambio de vida completo, su estado fue más parecido al de un *zombie* que al de un ser humano. Pero, todos los días, Malin y Korbos iban a visitarla para que no dejara de comer, porque debido a la depresión perdió muchísimo peso. Entró a terapia y necesitó medicarse para complementar el proceso para superar el duelo.

Inclusive, animada por la psicóloga y con el apoyo moral de Malin, decidió homologar sus materias de la universidad e ir a terminar la profesión en Inglaterra. Esos años fortalecieron a Arienne y le brindaron un nuevo inicio: amigos, fiestas, experiencias, conexiones sociales, placeres por explorar y un título

académico.

A pesar del gran dolor que sabía que jamás la abandonaría del todo, ella decidió que no iba a dejarse morir, porque sus padres se habrían decepcionado. Así que al regresar a Nariem empezó a buscar un empleo. Los contratos que había encontrado eran pésimos, en cuanto a horarios y remuneración. Pero de todas maneras, ella los había aceptado. Aunque no necesitaba dinero para subsistir, porque con la herencia que tenía era suficiente, sí buscaba un propósito para despertar cada mañana. No era soberbia y sabía que cualquier experiencia laboral, por mínima que fuese, ayudaba.

Arienne no estaba interesada en los bienes materiales, sino en dejar un precedente profesional para abrir el camino a otras mujeres que, como ella, quisieran sobresalir en un mundo laboral machista. Los retos de poner en práctica sus capacidades de mediación, resolución de conflictos y asesoría política, la motivaban. Sus vivencias, en especial desde los veintiún años, la hicieron madurar con rapidez.

—Arienne —llamó Malin, instando a su amiga a regresar al presente—. ¿Escuchaste sobre la emboscada que sufrió el príncipe heredero días atrás?

Ella parpadeó un par de veces. Frunció el ceño y luego asintió. Por supuesto que recordaba las noticias al respecto. Estuvo en todos los noticieros durante días.

—Mmm, sí, ¿qué hay con eso? —preguntó con desinterés.

El presumido de Zarik no le caía particularmente bien. Ella no era amiga del príncipe, pero se lo presentaron en un evento al que había ido con sus padres. Después, se vieron un par de veces más, pero las conversaciones coloquiales de Zarik le parecían arrogantes y Arienne no encontró problema de decírselo a la cara.

En una ocasión, él tuvo la osadía de comentar que sería mejor si las mujeres continuaban un camino menos complicado, fuera de la política, porque el panorama solía ser muy hostil con ellas. Luego, insistió en que existían otros ámbitos laborales en los que podrían sentirse más a gusto. Arienne, aprovechando la distracción, cuando otro tema surgió entre los integrantes del pequeño grupo en el que se hallaban interactuando en esos instantes, le había dicho a Zarik lo que pensaba sin reparos.

—¿Acaso usted cree, alteza real, que las mujeres tenemos menos

fortaleza de espíritu y capacidad de entereza que los hombres? —había preguntado, elevando el mentón. Sus palabras fueron dichas en un tono sutil, tanto así que parecían ser más bien un cumplido para quien no estaba mirándola a los ojos. Algo que, aunque era por completo fuera del protocolo y decoro, sí estaba haciendo el príncipe Zarik.

—No es la primera ocasión en la que carece de tacto al hablarme como si usted y yo fuésemos amigos —había contestado con actitud altiva—. No pierda de vista que está en una fiesta de Estado, no con sus pares, señorita Johansen. Usted y yo no somos iguales, así que le sugiero tomar unos cursos de protocolo y ceremonial.

Arienne había sentido ganas de abofetearlo.

—Alteza real —había replicado con suavidad y tintes de burla en su voz, aprovechando que la música continuaba sonando y las risas de los invitados opacaban la interacción de ambos—, esta tampoco es la primera ocasión en que realiza comentarios de pésimo gusto sobre el género femenino. Por supuesto que no somos iguales, porque si eso fuese así, entonces los derechos de hombres y mujeres en Nariem serían equitativos —había dicho mirándolo con desafío—. Además, las mujeres no tenemos porqué evitar contextos que nos interesan experimentar, aunque sean complejos; tampoco necesitamos protección. ¿Acaso la ha necesitado usted cuando tiene escenarios difíciles por resolver? En sus entrevistas suele mencionar su interés en lograr que los derechos de las mujeres se validen, pero, ¿qué clase de validación puede pedir alguien que mide la entereza del ser humano, ante circunstancias complicadas, basándose en una percepción de diferencia de género?

Los ojos de Zarik, que en aquella época habría tenido veinticinco años, y ella, dieciocho, brillaron de un modo peligroso. Sin embargo, alguien había intervenido, interrumpiendo sin saberlo, para emitir un comentario sobre el tema principal: el petróleo. A partir de esa ocasión, los dos solían tener esta clase de intercambios cuando coincidían en un evento. Lo anterior no era usual, pero la dinámica entre Zarik y Arienne siempre persistía: ella no se callaba lo que pensaba, y él tampoco.

Así que no, a Arienne no le interesaba si Zarik había sufrido una emboscada.

—¿Cómo que qué hay con eso, Ari? —preguntó Malin riéndose

—. Muchas veces me has dicho que te cae mejor el príncipe Bursit, porque es más gentil, e inclusive que la princesa Dhalia, porque se comporta con más cercanía, pero fue el heredero al trono el que recibió varios impactos de bala y tuvo que ser intervenido quirúrgicamente. No es un evento menor —explicó—. De hecho, resulta un milagro que el país no se haya abocado al caos por ese intento de asesinato.

—En el contexto político y social, sin duda —murmuró, porque ella había hecho un profundo análisis de la situación, pues ningún asesor político, desempleado o no, podía estar ignorante de los eventos coyunturales del país—. Estamos atravesando un período bastante turbulento, porque las comunidades rurales y las tribales no aceptan, o no quieren entender, que Nariem no puede quedarse atrasado en el tiempo, mientras las demás naciones árabes intentan progresar…

Malin bebió más champán e hizo un asentimiento.

—Mis padres comentaban el otro día que el equipo del palacio real y del Estado manejaron todo esto con cautela por la delicada situación que vivimos, a causa de las protestas contra el plan del príncipe de modernizar Nariem —expresó—. ¿Sabes? Algunas personas, a puerta cerrada, dicen que Zarik estuvo en riesgo de morir.

Arienne no podía explicarse el porqué de la súbita incomodidad que la invadió, ante la posibilidad de que el insufrible príncipe pudiera fallecer. Quizá era porque no le deseaba el dolor de la muerte a nadie. Lo anterior sería lo que hubiesen experimentado los reyes y sus otros hijos, así como la parte del país que apoyaba la monarquía, si los rebeldes hubiera tenido éxito en su cometido. Por otra parte, Arienne había aprendido a ocultar sus emociones o negarlas, cuando la confundían o no podía explicarlas, este último era el caso en relación a Zarik. Por esa misma razón estaba procurando restarle importancia a la noticia que estaba comentando Malin.

—Seguramente se lo merecía por bocazas —replicó tomando más champán—. Si me hubieses confirmado que estaba en el reino de los cielos, entonces me habría apenado, porque ningún ser humano merece sufrir a causa de otros. Pero, lo que has implicado es que sigue vivo, entonces se repondrá y continuará con su

arrogante cara paseándose por los medios de comunicación, mientras el país se cae a pedazos.

Malin soltó una carcajada y se llevó un trozo de baklava a la boca.

—Ari, ¿por qué lo detestas tanto? —preguntó meneando la cabeza—. El hombre es encantador en todas sus entrevistas, además muy querido entre la gente.

—Porque no tiene sentido de las cosas que dice, Malin, y considerando que se crio con los mejores profesores del mundo, pues me resulta imperdonable. La gente que lo adula e idolatra es porque se tragó el cuento que el equipo de relaciones públicas ha trazado sobre Zarik. Pero, si conversaran en persona con él, fuese distinto.

—Eso ocurrió mucho tiempo atrás y ya no has vuelto a verlo desde hace, cuánto, ¿cinco años atrás? —Arienne asintió—. Quizá, en esa época, la visión de ambos sobre la sociedad tenía matices diferentes. Inclusive sus opiniones, de parte y parte, pudieron interpretarse equivocadamente. Las personas cambian, Ari, y maduran con el tiempo. Así que el príncipe heredero no sería la excepción en ese sentido.

—No es importante, Malin —replicó—, porque la persona que manda es el rey. Nuestro monarca es muy coherente y con eso es suficiente para mí.

Malin se rio de buena gana y luego se encogió de hombros.

—Supongo que Zarik no tiene oportunidad de reivindicarse ante tus ojos.

—Supones bien —dijo sonriendo, mientras bebía más champán.

—Por cierto, Ari, ¿por qué no has aceptado salir con Salman Birjasa? —preguntó refiriéndose al joven político que aspiraba a ser uno de los integrantes más jóvenes del Consejo de Ley. Él tiene treinta años y su familia era tradicionalmente opuesta al régimen de los Al-Sarkham, pero mantenían, al igual que otros políticos, una relación cordial y distante—. Ustedes podrían convertirse en la nueva pareja con mayor influencia en Nariem —dijo con una sonrisa—. Además, creo que es tiempo de que le des la oportunidad a alguien de que conquiste tu corazón.

Arienne soltó una carcajada e hizo una negación. Ella había conocido a Salman durante una salida con Malin y Ramma, así

como con otros amigos de la pareja.

—Salman es un problema en construcción —dijo con simpleza —. Aunque aparentemente su discurso es

pro-derechos

de las mujeres y

pro-modernización

del país, yo no siento que sea del todo cierto. Si llegase a ser parte de ese grupo de carcamales, Salman generará conflictos y no soluciones, porque él está en contra de la monarquía. Además, su aspiración política es contradictoria, pues el mayor propósito del Consejo de Ley es trabajar a favor de la casa real y sus tradiciones —explicó—. Creo que, él y yo, estamos bien tan solo como simples conocidos.

Malin ladeó la cabeza y frunció ligeramente el ceño.

—Está bien que tengas tus opiniones muy claras, Arienne, pero, podrías considerar ser un poco más flexible en ciertos aspectos —dijo con sensatez—. No puede ser posible que entre tantos hombres atractivos, que han tratado de invitarte a salir, ninguno haya logrado conseguir un «sí» para una segunda cita. No creo que todos sean pésimos candidatos. En el caso de Salman, el día en que los presenté, noté que desplegaba todo su encanto en ti. Aparte del tema político. ¿Qué ocurrió?

—Ninguno ha logrado sacudir las fibras de mi cuerpo, hasta el punto de considerar invertir mi tiempo en ellos —dijo con franqueza—. Pueden ser guapos, pero si no logran despertar mis sentidos, pues de nada sirve. En el caso de Salman, él fue encantador, porque quería contratarme para que fuese su asesora política adjunta.

—¿Qué dices? ¿Es en serio? —preguntó asombrada.

—Por supuesto —se rio—. En cuanto empezamos a conversar de mi profesión, él vio una oportunidad para reforzar su falso discurso de que hombres y mujeres merecen el mismo espacio de desempeño profesional. Por eso me ofreció trabajar con él —explicó—. Pero, Malin, una asesora adjunta en Nariem no tiene voz ni voto, porque se limita a acatar las órdenes del asesor en jefe: un hombre. Le dije que no estaba interesada en trabajar para su aspiración política. Le comenté que tengo opiniones firmes y eso implica debatir si no estoy conforme con algún punto de vista.

—Pues, al parecer tu negativa de trabajar para su equipo político no ha borrado el interés que tiene contigo en un plano personal, ¿no? —preguntó sonriendo.

—Aunque reconozco que Salman es guapo, él solo complicaría mi vida —replicó—. Su punto de vista es muy opuesto al mío. Podemos ser amigos, sin duda, porque, al fin y al cabo, mi profesión se nutre de los contactos que pueda lograr agregar a mi red de trabajo. Pero, Malin, yo busco tranquilidad en mi vida personal, en lugar de constantes confrontaciones. Eso no lo tendría con alguien como él.

—Porque cuando existe la política como eje principal en la relación, el amor no queda libre de esa mancha —completó Malin —. Veamos el lado positivo de la situación. Eres una mujer libre. En la cama, el placer no tiene convicciones políticas, Ari. Salman es guapo y tiene fama de ser buen amante, ¿por qué no te acuestas con él? Lo tomas como una experiencia pasajera, luego sigues tu camino y listo.

—Eres la peor consejera del mundo —se carcajeó y tomó más champán—. No quiero acostarme con un hombre tan solo por perder la virginidad y experimentar esas sensaciones íntimas —expresó sin tapujos, pues Malin era su confidente, y viceversa. Los únicos secretos entre ambas eran los que cada cual tenía derecho a poseer. Si bien eran mejores amigas, las dos respetaban el espacio ajeno—. He tenido placer de otras formas, pero, ¿por qué apresurarme, si aún puedo esperar a encontrar a la persona idónea para vivir esa experiencia? Quiero que sea una decisión que de verdad importe en el instante y que, al mismo tiempo, me dé igual a futuro.

Malin esbozó una amplia sonrisa e hizo un asentimiento leve.

—Lo entiendo. Quieres que sea algo memorable, pero que tampoco te agobie con expectativas a largo plazo. Eso es muy occidental —dijo, y ambas soltaron una carcajada, porque ese pensamiento era parte del desenfado inusual de Arienne.

—Supongo que sí… —dijo en tono meditabundo—. Amo este país, pero no me visualizo como una mujer florero a la que anulen su individualidad, porque las leyes siguen privilegiando a los hombres, como si estos fueran nuestros guardianes y mandamás. Eso me resulta inconcebible —expresó con franqueza.

—Me alegro que sepas lo que quieres, Ari, pero, hay un factor que debes considerar: elegir enamorarte estará siempre fuera de tu control. El amor es una decisión, eso, sin duda, pero enamorarte no es calculable, ni medible, simplemente ocurre; ni siquiera puedes impedirlo, porque es impredecible —comentó porque tenía experiencia al respecto—. El sexo puede desdibujar muchos límites.

—Lo entiendo… —murmuró y giró la copa de cristal, agitando el líquido ambarino y burbujeante—. Pero he perdido a la gente que amo, Malin, ¿cómo crees que podría soportar pasar por lo mismo si me enamoro de la persona errónea? —preguntó, porque sabía que su amiga tenía razón. Esta era uno de los motivos por los que había preferido no tener sexo y tan solo limitarse a unos cuantos besos.

—Sería diferente, Ari —dijo con cariño, porque sabía cuánto había afectado a Arienne la muerte de los Al-Kahaleel—. No puedes evadir siempre el amor, pues este va a encontrarte. No hay escape. Estamos destinados a vivir ambas caras de la moneda: el amor y el sufrimiento. Tú, ya has tenido bastantes reveses. Sé que pronto llegará el momento en el que el universo compense todo lo que te ha quitado. En mi caso, con Ramma, todo surgió cuando menos yo lo esperaba —dijo en tono soñador al recordar a su esposo—. La primera vez que me besó, todos los besos que pude haber tenido dejaron de existir. Me arriesgué con él, Ari. No me arrepiento de nada.

Arienne conocía muy bien la historia de su amiga y cuánto sufrió cuando supo que su exprometido, el hombre que estuvo antes de Ramma, le fue infiel con su prima. Ahora, Dhalila y Kurat estaban casados, pero no eran felices. Dhalila había sido la prima más cercana a Malin y por eso, no por Kurat, la traición la afligió mucho.

—Puedo decir que Ramma bebe los vientos por ti —sonrió Arienne.

—Lo hace, y yo por él —sonrió—. No quiero nada diferente para ti, eh —dijo. Ambas ya estaban bastante pasadas de copas—. Cuando encuentres a ese hombre que te haga vibrar con una mirada, y la irrefrenable necesidad de que te posea y te consuma sea innegable, cede a ese deseo. ¡Vive, Arienne! Da igual si te casas o no con él. Da igual si te enamoras y quiebras tus propias normas. Sigue siendo rebelde, pero no solo en tu profesión o lo cotidiano;

atrévete a hacerlo en ámbitos que jamás imaginaste. Rompe tus propios esquemas. Que solo la mujer que aspire a ser esposa del príncipe heredero, probablemente una princesa, tiene que ser virgen. Tú, querida Ari, eres libre de disfrutar de un buen revolcón. Ya es tiempo —le hizo un guiño.

Ambas estaban a punto de terminarse la segunda botella de champán.

—Malin, estás loca, pero te quiero —dijo Arienne arrastrando las palabras. No recordaba la última vez que había bebido tanto y perdido la noción del tiempo. El reloj de pared del comedor marcaba la una de la madrugada—. Me muero de sueño. Dile a tu chofer que te venga a recoger mañana. La habitación de invitados está lista para ti. Aunque tengas guardaespaldas no quiero que te arriesgues, ¿vale?

—Gracias, Ari —murmuró poniéndose de pie al mismo tiempo que su amiga. Luego le dio un fuerte abrazo—. Feliz cumpleaños de nuevo. Deseo que en los próximos doce meses de este ciclo de vida, las estrellas te traigan muchas sorpresas.

—Que así sea —replicó la rubia elevando su copa—. ¡El último brindis por una amistad que transforma días agridulces, por unos memorables y con risas!

—¡Que todas las constelaciones escuchen desde los sitios más remotos de la galaxia! —completó Malin con una amplia sonrisa chocando su copa con la de Ari.

Ambas, tambaleándose al caminar, subieron las escaleras para ir a dormir.

Entre las dunas del desierto, las leyendas eran tan variadas como misteriosas. Pero elevar una copa, invocando a las estrellas para que interviniesen en el destino, era una de las más conocidas, porque aparentemente los deseos más profundos y escondidos del corazón se concedían. Aunque, en el caso de Arienne, solo el tiempo diría si esa clase de leyendas eran una fantasía más o si acaso se volvían una realidad.

CAPÍTULO 3

Cuatro semanas después del atentado, Zarik estaba de regreso en la oficina y enfocado en su agenda de trabajo, así como en cambiar el rumbo de Nariem. Él se tomaba muy en serio la rehabilitación física y, en gran parte, ese era el motivo de que su cuerpo estuviese funcionando con agilidad, a pesar de las heridas sufridas. La piscina y el gimnasio privado de su palacete, con ejercicios guiados por el fisioterapeuta, fueron sus aliados. Por otra parte, su equipo de asesores, así como el de sus hermanos y su padre, se habían reunido para delimitar un nuevo protocolo de seguridad para toda la familia real. Al ser el rey Soldon el comandante de las Fuerzas Armadas procedió a la aprobación de las nuevas medidas que creía necesarias para proteger a su familia. No solo eso, sino que realizó una depuración en las filas de las principales organizaciones por lo ocurrido a Zarik en medio del desierto.

Los servicios de inteligencia de Nariem jamás debieron fallar de una forma tan vergonzosa. Se había determinado que los rebeldes consiguieron el itinerario de Zarik, así como la dinámica de la seguridad que utilizó el día del atentado, porque lograron vulnerar la red de comunicación del departamento de Protección de la Corona. Lo anterior ocurrió porque uno de los jefes, encargado de distribuir el protocolo de Zarik a los agentes de seguridad, le delegó la tarea a un subalterno. Este último se saltó un paso dentro del proceso de envío de datos y esto fue aprovechado por los rebeldes. Ninguno de los dos hombres involucrados seguían trabajando para el rey.

—Creo que deberíamos ser un poco más prudentes con todo esto de la modernización, hermano —le había dicho Bursit, en tono

preocupado, una tarde, mientras lo visitaba—. Lo que te ocurrió ha puesto la mirada de ejecutivos importantes de otros países árabes, con los que suelo conversar en mis viajes, en Nariem. No desde un punto de vista positivo, sino como un salto demasiado grande y abrupto. Tomémonos este paso con calma. Estuvieron a punto de matarte, joder.

—Estoy vivo, Bursit, es lo que cuenta —había dicho, mientras bebía una taza de humeante café arabigo—. Si retrocedo en mis intenciones, entonces estaré enviando el mensaje equivocado como futuro rey. Nuestro padre está de acuerdo en continuar con la cruzada de implementar cambios profundos. No estamos en épocas de cautela, porque esa ha sido siempre la política de Nariem, la que nos ha mantenido en desventaja competitiva con el resto de países. ¿Acaso crees que su preocupación es porque creen que lo que está ocurriendo aquí va a replicarse en sus territorios, en el caso de que quieran cambiar sus tradiciones o permitir la fusión de otras culturas o tecnología en sitios rurales? —había preguntado riéndose con sarcasmo—. Estás perdiendo de vista lo importante: si progresamos, ellos decaen. A eso le temen.

Bursit se había pasado los dedos entre los cabellos negros.

—Todas las visitas que he cumplido en mi agenda regular, mientras tú estabas recuperándote, me indicaron lo contrario. La negociación más importante que se está llevando a cabo, lo sabes muy bien, es el asunto de las armas para surtir a nuestro ejército con nuevo equipo de defensa. Si uno de esos países, que está involucrado en las transacciones, se siente amenazado por los cambios dentro de Nariem, entonces los millones de dinares en juego entrarán en riesgo —había expresado con inquietud. La moneda local era el dinar, sin embargo, cuando eran negociaciones fuera de los países árabes se estandarizaban las transacciones usando como referencia el euro—. Uno de esos países, el más prudente en su política social, es Qataram.

Zarik había mirado a su hermano con paciencia.

Sabía que Bursit era impulsivo, pero también que quería que le diesen más protagonismo, lo cual se traducía en más responsabilidades. Lo anterior no era posible, porque en la casa real todos tenían bien delimitadas sus funciones. Aunque el trabajo asignado a Bursit era realizar visitas comerciales, desde un punto de

vista meramente social, él era competitivo y procuraba ir más allá de los límites de sus compromisos. Las personalidades de ambos hermanos eran opuestas, pero la relación que tenían era estrecha y compartían también la afición por la hípica y la Fórmula 1.

—No es algo que debe preocuparte, Bursit —había expresado mirándolo—, sino a los expertos que trabajan directamente en transacciones con materia bélica. Además, eso entra en el terreno comercial de nuestro padre, al completo, al ser el comandante de las Fuerzas Armadas. Tú, solo procura calmar las aguas si surge la ocasión de discutir este tema con los empresarios locales o de Qataram. ¿Okay?

Bursit lo había mirado con frustración, pero luego soltó una exhalación.

—Sí, tendré que reconfigurar mi agenda de visitas con los asesores de nuestro padre para comentarlo —había dicho lleno de preocupación—. He visto que Hamur parece muy cercano al equipo de comunicación de la casa real Al-Diharel, ¿vas a casarte con la princesa Rihanon? —había preguntado cambiando el tema.

Zarik hizo una mueca ante el recordatorio. Ese asunto del matrimonio ya no empezaría a discutirse solo entre su familia, los visires de la casa real, y los tres líderes principales del Consejo de Ley, sino que se extendería en otras esferas de los entramados de poder de Nariem. Este aspecto era lo que siempre lo había cabreado, porque él no daba explicaciones a nadie. Ni iba a darlas. Si bien cumplía con sus obligaciones, Zarik manejaba su vida según sus propias convicciones, pero intentaba acoplarlas a conveniencia con lo que se esperaba de él como príncipe heredero.

Aunque él comprendía que la situación del país ameritaba una urgente fusión, que creara la percepción de estabilidad, no dejaba de enfadarle la súbita y silenciosa presión. Mubián, el país de Rihanon, era conservador, pero poseía toques modernos que empezaban a notarse. Por ejemplo, el año anterior se había aprobado que las mujeres pudieran tener carné de conducir y abrir una cuenta bancaria. Inclusive en ese aspecto, un matrimonio entre ambas casas reales sería un gran acierto político.

—No he tomado una decisión en firme —había contestado apretándose el puente de la nariz con los dedos—, pero ella no es una opción que pueda descartar.

—Al menos, yo no tengo que casarme por obligación, no te envidio, Zarik. Espero que cualquiera que sea la decisión que tomes no solo sea beneficiosa para Nariem, sino que también pienses un poco en ti y en lo que podría hacerte feliz. Después de todo, el divorcio no es una opción para el heredero a trono, así que podrías elegir a una persona que sea interesante y que al mismo tiempo ayude al país.

—Cumplir con mi deber es todo lo que necesito.

—Puedes enamorarte de la mujer que elijas para casarte, Zarik…

—¿Acaso no te ibas a un almuerzo? —había preguntado cortando la conversación. Su hermano se había encogido de hombros y luego salió de la *suite*.

Bursit tuvo menos restricciones al crecer y tenía más libertad. Lo que se esperaba de él era mantener los contactos de la cartera comercial y social en buen funcionamiento; no estaba obligado a casarse por temas políticos. En el caso de Dhalia, ella era la más libre de sus hermanos, porque podía ejercer la profesión que quisiera, pero siempre que involucrara proyectos de beneficio para Nariem. El rey Soldon y la reina Esme habían acordado que su hija sí se casaría por amor.

Después de esa conversación con su hermano menor, Zarik se volcó de lleno en el asunto que le había impedido continuar su rutina habitual de trabajo: el intento de homicidio en su contra. El hombre al que habían apresado en un inicio, como sospechoso del atentado, fue liberado después de comprobarse que él había dicho la verdad. Sí era un arqueólogo oriundo de Bahrein y tenía permiso estatal para realizar exploraciones en Nariem. Su gran error fue estar en el momento y sitio equivocado cuando el caos explotó. Por otra parte, sí se logró identificar a los hombres que murieron en el desierto, durante el enfrentamiento con los guardaespaldas y el equipo de seguridad de Zarik, como integrantes de los Pamisaj. Los tres terroristas que sobrevivieron fueron capturados y ahora estaban en proceso de ser enjuiciados.

El ambiente en Nariem era agitado, pero las autoridades mantenían el control y los nariemus estaban seguros. Los rebeldes, que eran partidarios de mantener el esquema tradicional de trabajo y educación, querían que se cambiara la sentencia a la que se abocaban los tres acusados. El juicio era tan solo para seguir un

protocolo, pero no existía forma de apelar a la inevitable sentencia: cadena perpetua. Los trabajos forzados dentro de la prisión estarían acompañados de torturas, eran un secreto a voces, y en esta ocasión serían atroces. Nadie se enfrentaba a los Al-Sarkham y salía indemne. La familia era civilizada, cercana inclusive, y hacía filantropía, pero también era inclemente en sus dictámenes cuando atacaban a uno de los suyos.

Zarik tenía la certeza de que el autor intelectual de la emboscada era uno de los dos hermanos líderes de Pamisaj, Bostan y Gassmal Tajari, pero no existían pruebas para realizar acusaciones en firme. Los dos eran jóvenes, la edad exacta no era conocida, y heredaron el liderazgo de la agrupación al morir asesinado su padre, Mohelo, a manos de un grupo contrario. La venganza de los hermanos no se hizo esperar. Fue una carnicería, pero no involucró civiles ajenos a las bandas rebeldes.

Por otra parte, los hombres detenidos y acusados de haber intentado matar a Zarik jamás revelarían pistas que guiaran al paradero real de los Tajari o sobre la clase de planes que podrían tener contra la corona. Los Pamisaj poseían suficiente información para extorsionar y matar a las familias de los miembros de sus filas, en el caso de una traición. Si alguno era capturado este preferiría morir antes que delatar o dar pistas de sus líderes. Esto había ocurrido con los capturados por la emboscada.

La llamada a la puerta del salón del comedor, un solo golpe suave, sacó a Zarik de sus cavilaciones. Dejó el higo, que había estado comiendo, a medio terminar y después agarró la taza de té caliente de menta. Dio varios sorbos. Después, relajó la espalda contra el respaldo de la silla con filos de oro, y con un breve asentimiento le indicó a uno de los empleados que dejara entrar a la persona que estaba esperando.

—Su alteza, me mandó a llamar, ¿en qué puedo servirle? —preguntó Hamur.

Llevaba la barba abundante y blanca recortada con precisión. Su andar era calmado y contrastaba con la manera en que su cerebro funcionaba. La expresión amable del anciano de ojos del tono del carbón despistaba a la gente, pues lo confundían con alguien bonachón y manipulable. Pero Hamur Al-Jaffar había servido como estratega en la guerra del Golfo Pérsico. No solo era alguien letal,

sino sabio.

Zarik le hizo un gesto a su visir para que se acomodara frente a él. Hamur se acomodó en la silla opuesta a la del príncipe y de inmediato le sirvieron café.

—Quiero pruebas para incriminar a los Tajari —expresó Zarik en tono firme—. Esos hijos de puta no van a desestabilizar el régimen. Llevan años intentando aniquilar a mi familia. Esta vez tuve suerte de salir vivo, pero las autoridades no pueden descuidarse y darles cabida para que intenten atacar otra vez —le dijo a Hamur, mientras terminaba la taza de té. El anciano hizo un asentimiento—. ¿Qué ocurrió con la reunión pendiente con Tom Remington, el Primer Ministro Británico? —preguntó, revisando con rapidez la compilación cronológica de las noticias de prensa que solía prepararle diariamente su asistente, Kirian Ballad—. Es importante delimitar nuevas posturas económicas en materia petrolera y renegociar los precios de productos derivados que ya comercializamos. Mi padre envió a Bursit a Texas hace cinco días, mientras mi hermana participa en eventos benéficos con mi madre dentro y fuera de Nariem, y a mí me urge resolver mi parte en Gran Bretaña, Hamur.

—Hay un equipo élite especial detrás de las pistas de los hermanos Tajari. Los Pamisaj son sumamente esquivos, en especial porque tienen conocimiento de inteligencia militar, sin embargo, se han reforzado los sistemas de vigilancia de todos los grupos terroristas y rebeldes, su alteza. Lo mantendré informado —dijo en un tono eficiente—. En cuanto a Gran Bretaña, los delegados de ambos países estamos coordinando los itinerarios, su alteza. Una vez que los protocolos de seguridad estén completos, usted podrá elegir la fecha de la reunión para concretarla —explicó.

Zarik le hizo una seña al mayordomo y este le llevó el plato de frutas.

Él trataba a todo su *staff* con distante amabilidad y le pagaba muy bien. Su palacete tenía dos pisos, con amplias áreas verdes, piscina, establos, cancha de tenis, *jacuzzi*, salón de masajes y gimnasio, trabajaban treinta personas. Todos los empleados sabían cuán valiosa era la privacidad y estaban entrenados para ignorar todo lo que escucharan o viesen. Ellos le debían su lealtad a la corona y al príncipe. Además, habían firmado un contrato de

confidencialidad herméticamente blindado.

Aunque cada príncipe, y la princesa, tenía un ala privada del palacio real en la que podían vivir, todos decidieron vivir de forma independiente cuando tuvieron la edad para hacerlo. Zarik había elegido como residencia oficial, hacía cuatro años, una de las propiedades del portafolio de los Al-Sarkham. Todas las medidas de seguridad estaban redobladas y todo el circuito poseía la tecnología más avanzada.

—De acuerdo, Hamur —dijo incorporándose. Esta mañana, Zarik llevaba una túnica azul oscuro y el *keffiyeh* blanco, la pañoleta que rodeaba la cabeza, sujeto con un cordón de tres vueltas con hilos de oro. Los hombres que no eran de la realeza usaban un cordón con solo dos vueltas. Durante los viajes al extranjero, el príncipe utilizaba trajes occidentales—. ¿Qué tengo en mi primer punto de la agenda? —preguntó, mientras caminaba por el pasillo de suelos de mármol y paredes blancas.

La decoración del palacete era una mezcla de Europa y de Oriente Medio. Zarik solía realizar fiestas o recepciones en las que consideraba importante, a través de la decoración, dar a entender que era un hombre moderno, pero fiel a sus raíces.

—Los especialistas, que van a conformar el grupo de asesores que usted me ordenó reclutar, ya están esperándolo en el salón principal de reuniones. Si usted decide que alguno de ellos no se ajusta a sus estándares, le pido disculpas anticipadas. Sin embargo, estoy convencido de que he realizado una depuración concienzuda de todos los candidatos que tuve que entrevistar en las semanas anteriores. Los contratos fueron firmados y están pautados para un número específico de meses. Pero, usted decidirá si prefiere despedirlos antes o no renovar el acuerdo laboral —explicó.

Zarik tenía demasiadas preocupaciones como para agregar una depuración de candidatos, cuyos contratos eran temporales. Confiaba en el criterio de su visir.

—¿Cuántos especialistas son, Hamur? —preguntó, mientras caminaba.

—Diez personas. Dos de ellas van a trabajar aquí en su residencia, en el área que envió a construir para que funjan de oficinas externas, y las demás serán asignadas a los otros puntos que me ordenó: el palacio real, para contribuir al equipo de su majestad,

el rey; el edificio de la fundación; y al palacio de la segunda ciudad más poblada, Kurfan —explicó con rapidez. Se detuvieron ante los guardias que custodiaban el exterior de la puerta del salón de reuniones. Al ver a Zarik, le hicieron una venia y abrieron las puertas de par en par, antes de anunciar su presencia.

—¿Quiénes permanecerán en las oficinas de este palacete? —preguntó.

—El experto en *marketing*, un norteamericano con doble nacionalidad y que vive en el país desde que tiene quince años. Y la doctora especialista en asuntos políticos, ella es británica con doble nacionalidad y no nació en Nariem —explicó.

—De acuerdo —farfulló el príncipe, pues su mente estaba lidiando con varios frentes al mismo tiempo. Los tratados sobre energías renovables, asuntos del petróleo, y la modernización del país. A eso tenía que agregarle la elección de su futura esposa y reina de Nariem—. ¿Están firmados los acuerdos de confidencialidad o elegiste que lo harían el primer día en que empiecen a trabajar oficialmente? —indagó.

—Lo están, su alteza —replicó Hamur—. Kirian envió los contratos firmados días atrás, y el anexo con las cláusulas de confidencialidad, al departamento legal.

Zarik entró con su porte majestuoso en el salón. Los altos vitrales permitían que entrara la luz de la mañana con fuerza. El techo estaba decorado con patrones geométricos hechos de oro y lapislázuli, en polvo esparcido, para rellenarlos. La mezcla era un guiño al pasado. Una gran alfombra persa recubría todo el suelo.

Los candidatos estaban en una línea esperando para saludar al heredero de la corona. El príncipe los observó uno a uno, pero su atención se quedó fija en una persona. La última que hubiera esperado encontrar, en especial porque creía que ella se habría mudado de Nariem, después de la muerte de Jamil y Tarina Al-Kahaleel.

—Buenos días y bienvenidos a mi palacete, así como a este gran proyecto —dijo en un tono de voz similar al de un barítono. Su expresión no dejaba entrever sus verdaderas emociones o intenciones, sino que permanecía calmada—. Mi visir me ha informado que ustedes ya tienen definidos los roles que van a cumplir, los salarios a percibir, así como la plena conciencia de que,

a pesar de ser este un trabajo temporal de varios meses, existe la posibilidad de que se extienda el contrato. Todo dependerá de la capacidad de crear resultados ajustados a las expectativas. Estas son altas.

Todos hicieron un leve asentimiento. Todos, menos la mujer que Zarik hubiera preferido que no se encontrase entre los candidatos contratados por Hamur.

Ataviada con una falda negra, que le llegaba unos centímetros bajo las rodillas, una blusa celeste de mangas largas y zapatos de tacón con punta fina, ella era el epítome de la elegancia y el decoro, bajo las normas de vestimenta modernas en Nariem. Arienne era de las mujeres más bellas que el príncipe conocía, pero también poseía un espíritu rebelde que él no estaba dispuesto a tolerar en su círculo laboral.

Los saludos protocolarios se llevaron a cabo individualmente. La dinámica fue similar a la que solía adoptar la Casa Real Windsor: los visitantes hacían una línea, mientras el príncipe los saludaba uno a uno. Cuando Zarik llegó al final, sus ojos se cruzaron con unos de color verde que lo observaban con indiferente serenidad.

—La doctora en ciencias políticas, Arienne Johansen Al-Kahaleel. No solo tiene experiencia, sino impecable reputación profesional —dijo con discreción y rapidez el asistente personal del príncipe, antes de que el aristócrata quedara frente a frente con la mujer. El trabajo de Kirian consistía también en recordarle los nombres de todas las personas a las que saludaba en los diferentes eventos—. Ella trabajará en las oficinas del palacete. La doctora es defensora de los derechos de las mujeres.

«No me sorprende esto último», pensó Zarik.

—Doctora Johansen —dijo en tono cordial y extendió la mano —, bienvenida a mi equipo de especialistas para impulsar la transformación de Nariem. Espero ratificar el criterio de Hamur de que usted es la opción idónea, entre todos los profesionales que fueron convocados, para contribuir en el área política del proyecto.

—Su alteza, buenos días —replicó Arienne con una sonrisa y estrechó la mano de Zarik. De inmediato un ligero sacudón le recorrió la piel. Notó que el príncipe fruncía levemente el ceño. El casi imperceptible gesto le confirmó que no estaba imaginando las reacciones y que estas, al parecer, eran en doble vía—. El proyecto

de mejorar el enfoque sobre la modernización de Nariem es interesante y estoy entusiasmada de formar parte de este equipo de estrategas. Los cambios son necesarios, en especial si existe un compromiso. Realizar estrategias progresistas, sin incluir un verdadero sistema de soporte interior, arruinaría todo el esfuerzo.

—Espero que recuerde que usted es una asesora política y que las decisiones u opiniones finales están en mi absoluta potestad —expresó Zarik, mientras sus dedos sentían ganas de tocar un instante más la suave piel de las manos de Arienne. «Esto es una estupidez», pensó al soltarla—. Si hay alguna parte del proceso de ejecución con el que no esté conforme, basándose en argumentos sólidos y verificables, lo podrá comentar con mi visir o mi asistente personal. Ambos atenderán sus opiniones.

—Su alteza, ¿qué propósito tendría para nosotros, los especialistas contratados para este proyecto, discutir con un intermediario los resultados o las dudas sobre algo tan prioritario en su agenda socio política? —preguntó con suavidad, pero enfadada por la idiotez de sugerir hablar con terceras personas temas que podrían requerir una respuesta o solución urgente—. La burocracia es uno de los impedimentos por los que muchas intenciones buenas se pierden y si este proyecto entra en ese bucle, entonces podría correr con la misma suerte. Los esfuerzos invertidos serían en vano.

Ella fingía que era la primera vez que veía a Zarik y hablaba con él.

Lo anterior tenía que ver con el hecho de que no quería que sus colegas del grupo, aunque trabajarían en diferentes puntos geográficos, dejaran de considerarla una igual si creían que ella había sido seleccionada por alguna preferencia o conexión. Arienne prefería que se dieran cuenta de que merecía estar en este equipo por mérito propio, pues así había sido. En un mundo machista, lo anterior era indispensable.

—La paciencia es una virtud, doctora Johansen, en especial cuando las reglas están dictadas por una casa real, mas no por el libre albedrío de un ciudadano de a pie —replicó mirándola con una sonrisa soberbia. La súbita urgencia de agarrarle las muñecas, apoyarla contra la pared más cercana, y devorarle la boca, para borrarle esa expresión de suficiencia, le pareció un problema—.

Hará lo que se le ordene.

—Ah, comprendo, su alteza —dijo Arienne con un brillo de desafío en la mirada y manteniendo el mismo tono cordial. La tensión en su cuerpo desdecía a la serenidad de su voz. Nadie estaba escuchándolos, porque sus demás colegas, una vez que el príncipe los saludaba, podían conversar entre ellos o bien dispersarse para disfrutar del bufete de bienvenida que había en el salón. Los asesores de Zarik, en cambio, se mantenían a una distancia prudencial—. La modernización y flexibilidad en el país no están en realidad orientadas a un cambio profundo de la estructura, sino a algo superficial, porque todas las innovaciones estipuladas en el plan de Insignia se realizarían solo a la medida de su conveniencia personal y como heredero al trono. ¿Lo he interpretado de forma correcta? —preguntó con una sonrisa dócil.

Arienne estaba segura de que si el príncipe hubiera sabido que ella estaba entre las candidatas, entrevistadas por Hamur Al-Jaffar, la habría descartado. La última vez que vio a Zarik fue cinco años atrás, así que nada la preparó para notar que él lucía más fornido e imponente; infundía autoridad y rebosaba virilidad. Aunque no quería, reconocía que estaba más guapo que antes. Ninguno de los diplomáticos ni hombres de negocios, en círculos laborales y de corte social, sabía lucir un traje como si hubieran nacido para llevarlos. Pero este príncipe, atractivo e insufrible, parecía sacado de un catálogo de modas y caminaba como si el mundo le perteneciera.

La relación de Arienne con él era cordial, pero recordaba que Zarik detestaba que le hablasen con osadía y sin filtros. Él nunca había contestado a sus réplicas, u opiniones descaradas, con toda la ferocidad de un carácter que se veía obligado a modularse, en especial porque los encuentros de ambos se daban siempre en eventos de Estado. Lo anterior exigía contención y mesura de los asistentes. «¿Cómo sería el verdadero Zarik, el que no se guardaba nada y no actuaba conforme a un protocolo social? ¿O sería siempre controlado y reservado?», se preguntó de repente Arienne.

Zarik dio un paso hacia delante de forma inconsciente. Estaba enfadado.

Arienne no retrocedió y elevó más el rostro. Él era más alto que ella.

—Insignia Regional no busca cambiar la Casa Real Al-Sarkham, ni complacer los intereses personales de sus integrantes. Este es un importante asunto de Estado en el que se juega el futuro de Nariem —dijo en tono peligrosamente suave, mientras su cuerpo irradiaba una fuerza potente que lo exhortaba a mantener el control con esta insolente mujer—. Si no ha entendido el principio de su trabajo, aunque sea acertada en temas de asesoría política, le ordenaré a Hamur que termine su contrato.

Ella ladeó un poco la cabeza al notar, por el ligero y súbito brillo de advertencia en los ojos negros, que Zarik estaba enfadado. Sus colegas, al verlos interactuando, dirían que estaban manteniendo una diáfana conversación. Arienne podía reconocer que el príncipe poseía una gran capacidad para controlar su temperamento. Lo que no comprendía de sí misma era la necia intención de seguir provocándolo.

—Los cambios políticos son importantes, pero más vitales son los que se realizan en la estructura base desde los cuales se pretenden implementar dichas transformaciones, su alteza —expresó sin amedrentarse por la amenaza, que sabía que Zarik cumpliría, sobre su empleo—. Además, estoy haciendo bien mi trabajo desde hoy, el día previo al arranque del proyecto, al instarlo a reflexionar conmigo. ¿No lo cree? —preguntó con una sonrisa amplia y haciéndole una venia burlona, pero ante los ojos de los demás demostraba que mantenían un intercambio coloquial.

Después de su cumpleaños, Arienne había considerado marcharse una temporada a Londres y quedarse en casa de uno de sus mejores amigos, Lucianno Moretti. El sentido del humor irreverente y espíritu libre de él era justo lo que necesitaba para aplacar la decepción de no encontrar un empleo que la satisfaciera en Nariem. Lucianno y ella se habían conocido en una fiesta, mientras los cócteles corrían por las venas, y contarse sus vidas fue lo más espontáneo a lo que pudo exponerlos el alcohol. Desde esa noche, la relación de ambos se volvió sólida.

En algún período de confusión, durante una de las visitas de Arienne a Londres, se habían besado. Sin embargo, no dejaron que eso prosperara, porque sabían que lo que existía entre los dos era una amistad demasiado valiosa para echarla a perder por un vínculo que, en realidad, nunca sería más que admiración, cariño y

camaradería. Olvidado el incidente, ambos continuaron siendo el apoyo del otro.

Arienne lo echaba en falta y esperaba que pudieran reencontrarse pronto.

En medio de esas ideas de abandonar Nariem, le llegó la invitación a participar en un proceso exclusivo y confidencial de selección convocado por Hamur Al-Jaffar, visir del príncipe Zarik. En un inicio, consideró ignorar la convocatoria, pero, luego lo pensó mejor, en especial cuando revisó las responsabilidades que le asignarían, y porque el empleo ofrecía todos los desafíos que ella necesitaba profesionalmente.

La posibilidad de asesorar en esta cruzada de cambio en su país, le parecía importante y algo de lo que, estaba segura, sus padres se habrían sentido orgullosos si estuvieran vivos. Así que ese fue el impulso que la llevó a completar los tediosos test psicológicos, revisión de antecedentes de toda clase y la firma, una vez realizada la oferta económica, del contrato de trabajo. Tan solo esa mañana, en que llegó al palacete del príncipe, Hamur le informó que ella y Oriol Maruk, el experto en *marketing*, trabajarían en las oficinas ejecutivas ubicadas en esa residencia real.

Arienne quería ver prosperar a su país.

Este proyecto, que era un satélite de apoyo a las estrategias macro que estaba trabajando el rey, sí resultaba muy importante. No se podía gobernar un pueblo si antes no se instauraba una ideología que generara esperanza y fortaleciera el sentido de pertenencia, borrando miedos, ante los cambios de la modernidad. Lo anterior era lo que quería hacer Zarik, al traer tecnologías, pero creando una campaña informativa; al remover los sistemas agrarios caducos, pero ofreciendo programas de inclusión y financiamiento, a través de alianzas internacionales; al implementar aulas de clases digitalizadas, a través de internet; al capacitar a los profesionales de zonas marginales y desérticas con poco acceso a las ciudades principales. No se podía abarcar todo el país, pero los grupos escogidos, como objetivos de Insignia Regional, eran un excelente inicio. Arienne se sentía emocionada de participar como asesora política.

—Lo que creo, doctora Johansen —dijo el príncipe mirándole la boca, pero fue tan rápido el gesto que ella creyó haberlo imaginado,

y hablando en un tono distante—, es que su contrato, en adelante, estará a prueba, salvo que sus resultados sean sobresalientes en la primera sesión de análisis. —Ella abrió y cerró la boca—. Las horas serán extenuantes y tendrá que hacer sacrificios a su vida personal. Aún está a tiempo de desistir y así Hamur podrá encontrarle un reemplazo de inmediato.

Arienne se recordó que era preciso calmarse. Ella intentaba ignorar el exquisito aroma de la colonia, con toques picantes y amaderados, que emanaba del príncipe. Si no fuese tan apuesto y no pareciera salido de la portada de la famosa revista GQ, entonces sería mucho más fácil ignorar su presencia, tuviera un título real o no.

—He encontrado en mi vida situaciones realmente apabullantes, ante las que no me amedrenté, mucho menos tomé la decisión de darme por vencida, así que, en este caso, ¿dónde estaría el reto si renuncio, su alteza? —replicó ella con humor.

Zarik no necesitaba la tentación de querer descubrir qué otras fragancias se escondían bajo la piel que llevaba ese perfume de almendras con vainilla. Ella no había respondido sobre la pulla de que tendría que sacrificar en gran medida su vida personal a causa de este trabajo. «¿Habría algún hombre que estuviera disfrutando de la boca de esta mujer, más allá de escuchar sus réplicas rápidas y afiladas?», se preguntó él, pero al instante se cabreó por permitirse pensar de ese modo tan ridículo.

El príncipe tomó la decisión de convertir las siguientes semanas en una prueba compleja para Arienne. Así mediría la capacidad de resistencia de ella en esta cruzada que significaba mucho para Nariem y que él no estaba dispuesto a poner en riesgo. El tiempo con el que contaba para que su pueblo comprendiera los beneficios de la inversión extranjera y la modernización, era valioso, así como el que tenía para establecer alianzas exitosas con otros países regionales. Pero Zarik iba contra reloj.

—Una persona con gran preparación y recursos disponibles, encuentra retos y victorias en momentos inesperados —dijo el príncipe con expresión impasible.

—Supongo que este proyecto puede ser eso y mucho más, tal como está planteado, su alteza. No dudo de que el camino será complejo, pero cualquier reto que exista o pueda surgir lo asumiré

sin problema —replicó consciente de que Zarik no estaba contento con su presencia y menos de que trabajara en este proyecto. «Qué pena, porque no iba a darle motivos para terminar su contrato antes de tiempo».

—Hasta pronto, doctora Johansen, espero que sus horas de trabajo reflejen su profesionalismo —zanjó en un tono de voz neutral. Su capacidad de autocontrol, en lo que a Arienne se refería esta mañana, estaba a punto de desaparecer.

Lo anterior era inusual en él y no le gustó. Por lo general, las personas sabían mantener a raya los comentarios que pudieran resultar inapropiados o fuera de lugar. Pero, al parecer, Arienne necesitaba un recordatorio especial. Sin embargo, sabía que este no era el sitio ni el momento, así que optó por terminar la interacción con ella y se apartó sin mediar más palabras. Hamur, en ese instante, se acercó para comunicarle que tres de los especialistas querían hablar sobre un aspecto en específico del plan de trabajo. Esto le dio la distracción perfecta a Zarik por unos instantes.

Al cabo de un rato, el príncipe se marchó del salón seguido por su *staff* de asistentes y asesores, llevándose así esa aura de poder, autoridad, y arrogancia con él. Tan solo cuando Arienne vio las puertas del salón cerrarse, tras la salida de Zarik, soltó una larga y silenciosa exhalación. «Estos serán meses complicados», pensó ella.

CAPÍTULO 4

Durante las siguientes cinco semanas, Arienne no vio ni escuchó a Zarik, pero tampoco hizo falta. El hombre no cesó de enviar incontables directrices de trabajo, a través de asesores y correos electrónicos, por lo que fue imposible tratar de ignorar su existencia. Nada parecía satisfacer sus estándares laborales. Él exigía de Arienne múltiples revisiones en los análisis finales de la dinámica política de Nariem, así como en los informes de perfiles de autoridades influyentes del extranjero. Ella no era ufana y sabía que podía equivocarse, por supuesto, pero no cinco ni ocho veces sobre el mismo detalle, como parecían insinuar las observaciones enviadas por el príncipe.

Todo ese proceso de rectificaciones, innecesario a juicio de cualquier persona que estuviera en su posición, la enfadaba. De hecho, su desempeño era impecable, mas no estaba dispuesta a quejarse, menos cuando eso implicaría que la juzgaran como la única especialista incapaz de lidiar con las demandas y expectativas que exigía el cargo. Ese sería un error táctico, pues ella buscaba marcar un precedente diferenciador para su trayectoria profesional y quería que este proyecto tuviera éxito. Arienne creía que indistintamente de lo arrogante que pudiera ser Zarik, el propósito por el que estaba apostando era vital para que Nariem se volviese más próspero y competitivo.

El estrés que experimentaba resultaba tolerable, porque el presupuesto era flexible y tenía acceso a cualquier recurso que hiciera falta para cumplir con los objetivos trazados. La vista de la que disfrutaba, a través del ventanal de su despacho, era hermosa y daba al amplio patio lateral que estaba lleno de flores y un césped

muy cuidado. El anterior era un despliegue de opulencia propio de la realeza del desierto.

Los palacetes, castillos y palacios de Nariem poseían reconocimiento de la UNESCO como patrimonio cultural de la humanidad. En el caso de la residencia de Zarik, esta había sido sometida a un cuidadoso rediseño arquitectónico que protegía la impresionante infraestructura ancestral y la mezclaba con toques sofisticados. El trabajo que habían hecho los diseñadores de interiores y los historiadores era brutal.

Por otra parte, Arienne sospechaba que Zarik estaba tratando de amedrentarla con exceso de trabajo, hasta que ella se hartara y renunciara. Pero, claro, eso no iba a ocurrir, porque la determinación de establecer su valía profesional era firme. Aunque le pagaban las horas extras, el ritmo laboral era mucho más complicado que el de cualquier otro trabajo que ella hubiera tenido. Cada día, empezaba la jornada a las ocho de la mañana, pero salía casi a la medianoche e inclusive a la una de madrugada.

Arienne y Oriol, el experto en *marketing* que trabajaba en la oficina contigua a la de ella, tenían asignado un automóvil para que los trasladara a los sitios que requiriesen, sin importar la hora o el destino, por asuntos laborales. Él nunca usaba ese beneficio, pero Arienne prefería no arriesgarse en las noches conduciendo por la carretera, así que aprovechaba esa ventaja del traslado para ir segura a casa. Ella llegaba tan agotada que no tenía tiempo ni siquiera para retomar las actividades de su rutina personal: salir con su mejor amiga, conocer nuevas cafeterías e ir al gimnasio.

Lo anterior implicaba que no tenía formas de desfogar sus niveles de estrés. Esto la incomodaba, pero necesitaba hallar la manera de remediarlo pronto. Quizá ir a un masaje o una clase vinculada a temas creativos que la ayudara a desconectar. Malin le enviaba invitaciones para ir de fiesta a casa de amigos o a cenar a algún sitio de moda, pero Arienne no tenía más remedio que declinarlas, porque sus bajos niveles de energía solo le exigían dormir. Pero, si el príncipe Zarik creía que ella iba a darse por vencida, porque él actuaba como un dictador laboral, estaba equivocado.

Arienne siempre perseveraba para conseguir sus objetivos, en este caso consistía en llegar al final del proyecto, extender su

contrato laboral o usar esta experiencia en su currículo profesional para encontrar buenas oportunidades de empleo futuras. Su carácter no era dócil, así que consideraba una proeza personal no reaccionar ante las compulsivas ganas que tenía de ahorcar a Zarik con sus propias manos y decirle unas cuantas verdades. Pero si él la veía perdiendo los estribos, asumiría que no era capaz de soportar la presión laboral y se sentiría victorioso. Ella no podía permitir que eso ocurriese, pues tampoco le regalaba triunfos a nadie.

La cabreaba que Zarik hiciera comentarios severos en los documentos que ella remitía o analizaba, porque las observaciones estaban matizadas por gustos personales del príncipe. Estas no tenían relación con el enfoque bajo el cual habían sido elaborados los textos. Esto resultaba frustrante, porque antes de subir un archivo, a la red interna que usaban todos los asesores de Insignia Regional y a la que accedían Zarik y sus asesores, Arienne contrastaba su trabajo con varias fuentes. Ella enviaba todos los informes con soportes informativos y antecedentes comprobados. Pero Zarik nunca parecía conforme y hacía correcciones, aunque fuesen innecesarias.

Ella era eficiente en hacer análisis de vídeos, informes, y datos estadísticos, con la finalidad de establecer patrones, tendencias y posibles implicaciones de los actores políticos en escenarios específicos. Su tesis doctoral había sido en política comparada y opinión pública. ¡Era una jodida doctora y se había graduado con honores! Lo que estaba sucediendo la agobiaba. El mayor problema era que todos los documentos estaban en la red interna de Insignia Regional, así que sus compañeros podían leer los comentarios afilados y tajantes que hacía Zarik a su trabajo como asesora.

Este escenario la dejaba en una postura incómoda, en términos profesionales, ante los otros especialistas. «¿Por qué la quería el príncipe fuera del proyecto? ¿La estaba castigando por las veces en las que expresó lo que pensaba o por la conversación en el salón, semanas atrás? ¿O tenía que ver con el hecho de que ella fuese mujer?», se preguntaba. Si trataba de lo anterior, entonces él era completo hipócrita y Arienne se lo diría a la cara. La paciencia no era su mayor virtud.

Ella apartó la mirada del ordenador al escuchar a alguien acercándose y su mente se desligó de lo ocurrido a lo largo de las

semanas anteriores. Dio varios sorbos al té de canela. Su oficina era silenciosa, así que en ocasiones solía poner música clásica de fondo en bajo volumen para sentirse más a gusto, pero esto no le impedía darse cuenta de lo que ocurría alrededor. Esbozó una sonrisa al ver quién era su visitante.

—Arienne —dijo Oriol asomando la cabeza, a través de la puerta de la oficina que estaba ligeramente abierta—, ¿tienes un segundo? Quiero consultarte algo.

Él era dos años mayor a ella y con su gran sentido del humor solía sacarle alguna que otra carcajada a Arienne cuando coincidían en la hora del almuerzo. Oriol era la versión física del actor Oliver Jackson-Cohen, pero con ojos color celeste.

—Por supuesto —replicó haciéndole un gesto para que se acomodara en una de las sillas de la mesa central de reuniones—. ¿De qué se trata? —preguntó.

—La próxima semana es la presentación oficial de la campaña nacional de Insignia Regional, ante la prensa, en el Hotel Ruyal Fayar. —Arienne tenía conocimiento al respecto, pero su trabajo no estaba relacionado con esos eventos, porque ella se limitaba a asesorar y emitir informes políticos—. Hace unos días leí la lista final de invitados que fue aprobada —dijo mirándola, un poco incómodo—. Una de las asistentes es mi exprometida. La situación entre los dos se acabó hace un tiempo, pero en términos bastante hostiles. La verdad es que preferiría no ir solo.

—Lo siento, no puedo remover a nadie de esa lista, porque inclusive está aprobada por Hamur y el príncipe —dijo en tono de disculpa—. Además, tampoco tengo influencia entre el secretario de la oficina real, menos del relacionista público que es el encargado de realizar todos los listados. Qué pesar no poder ayudarte.

Oriol se aclaró la garganta y luego se pasó los dedos entre los cabellos.

—Creo que no me expliqué correctamente —dijo con una sonrisa leve—. No quiero que cambies la lista, porque entiendo que es imposible al ser un asunto de la familia real… Sé que no es apropiado pedirte esto, porque apenas nos conocemos y seguro que tienes planes personales un viernes por la noche, pero, ¿podrías ser mi cita en ese evento? —preguntó con expresión inquieta—. El hombre con el que mi ex me puso los cuernos es uno de los

magnates petroleros que estará presente —expresó esto último en tono desdeñoso—. Si lo veo soy capaz de romperle la cara y no se vería bien. Me gusta el trabajo que tengo en estas oficinas y no quisiera ponerlo en riesgo.

Arienne sabía que los hombres árabes eran muy orgullosos y jamás confesarían algo como esto fuera de su círculo más íntimo. Sin embargo, Oriol era mitad norteamericano y se había criado, hasta la adolescencia, en Boston. Su forma de actuar no estaba dictada del todo por la cultura árabe, al igual que le ocurría a ella. La mentalidad de una persona criada en entornos de culturas híbridas era más abierta.

—Me apena que tuvieras que pasar por algo así —dijo con sinceridad. Ella jamás había tenido una relación que hubiese llegado a instancias tan profundas, pero podía ser empática con la situación—. Dame un momento —murmuró revisando en el móvil la lista de invitados—. Oh, ya veo, se trata de Rafiq Salman, el dueño de casi todos los centros comerciales de Nariem y lo acompaña Mayah Ripol —dejó el teléfono a un lado—. Vaya, pues no podemos arriesgarnos a que tengas un momento de incomodidad o un *impasse*, porque necesitas estar enfocado en ese evento.

—Arienne, sería un asunto estrictamente laboral, lo prometo. Aunque eso no implica que no te considere una mujer muy guapa —dijo con sinceridad.

Ella soltó una risa suave e hizo un asentimiento.

—Te entiendo, Oriol, no pasa nada. El próximo viernes no tengo planes, así que puedo asistir como tu acompañante y de paso relajarme un poco —sonrió.

Él le estaba dando la excusa perfecta para tomarse un respiro de la oficina. El evento estaría lleno de invitados de alto perfil. La música, la comida y el buen ambiente jamás faltaban en las actividades organizadas por el equipo de trabajo de la realeza, así que este no sería la diferencia. Entre tantas personas, el príncipe Zarik no repararía en su presencia y ella no tendría la necesidad de tolerarlo, lo cual sería un alivio.

—Te debo una, Arienne, muchas gracias. Pasaré por ti el próximo viernes a las ocho de la noche. ¿Me das tu dirección? —preguntó, incorporándose de la silla.

—Claro, te la enviaré por WhatsApp. Menos mal, este país

permite el uso de aplicaciones de comunicación global —replicó riéndose—. Estoy segura de que todo será un gran éxito y que también tendremos tiempo de pasarla bien. Además, estarás muy ocupado recibiendo felicitaciones, junto a resto del equipo que ha elaborado esta campaña, que ni siquiera vas a recordar que Mayah está alrededor —dijo.

Oriol esbozó una sonrisa e hizo un asentimiento, sintiendo menos estrés.

—Tendré una excelente compañía: tú. Gracias de nuevo —murmuró y Arienne hizo un asentimiento—. Por cierto, ¿cómo va la elaboración de las estadísticas que tienes que presentar para el Cumbre Global Shara? Si necesitas ayuda, aunque sé que tienes colegas en otros países a los que consultas temas políticos, yo también tengo contactos que podrían contribuir. Sé que es un aspecto importante de todo el plan de Insignia Regional —expresó con una sonrisa amable.

Arienne se frotó las sienes y soltó una leve exhalación.

—La verdad es que las horas extras que estoy haciendo están relacionadas a la cumbre —replicó—. No es nada fácil, te lo puedo asegurar, pero estoy logrando interesantes avances y sé que el equipo que está organizando el evento quedará muy bien. Después de todo, los gestores contratados para marcar las pautas de negociación, exposición y resolución, dependen de mi trabajo. Por ahora me las estoy arreglando muy bien, pero, gracias Oriol, voy a avisarte si requiero soporte.

—Sé que el evento es decisivo, así como sé que este proyecto para el que fuimos contratados va a dejar al príncipe heredero en una postura de liderazgo e imagen pública más fortalecida, pero, en especial, cambiará para bien este país —dijo en un tono serio y expresión serena—. Tú serás un punto angular en todo esto.

—Si hay éxito, pues será de todos. Me das demasiado crédito, Oriol.

—Quizá, tú te das muy poco —dijo haciéndole un guiño, y salió de la oficina.

La cumbre de líderes era el punto medular de su contrato como asesora. Pero también el que estaba dándole más quebraderos de cabeza por la complejidad y el alto perfil de los asistentes. El evento estaba previsto para dentro de un mes y las constantes críticas de

Zarik, a su trabajo diario, la distraían de poder enfocarse más en la Cumbre Global Shara. Indistintamente de que sospechara que él la quisiera fuera del proyecto, Arienne presentía que él no confiaba del todo en su capacidad como asesora. Esto la enfadaba mucho. Si bien Hamur fue quien la eligió de entre varios candidatos para Insignia Regional, ¿acaso Zarik no confiaba en el criterio del visir?

Arienne era responsable de que los organizadores de la cumbre contaran con datos actualizados, cada setenta y dos horas, sobre cómo estaba moviéndose la dinámica política entre los representantes sectoriales de los nueve países invitados a participar. Se trataba de una actividad no abierta al público. El tema central era la modernización de los procesos de agricultura en el país y se buscaba establecer alianzas, en bloque de naciones, para concretar procesos de inversión. Este era un asunto sensible, pues había sido el motivo principal de las protestas recientes, así como el motivo aparente detrás de la emboscada contra Zarik. Las tribus y pequeñas empresas locales no querían inversión extranjera por temor a desaparecer.

Pero el sistema agrícola era precario debido a las condiciones climáticas severas, aparte, la pandemia había afectado profundamente las cadenas de distribución de productos. La única vía para no caer en estadísticas de alta hambruna era implementar formas de agricultura sostenible, infraestructura agrícola vertical, robots, y cambiar el riego, así como la cosecha manual, por maquinarias automatizadas.

Arienne se frotó la nuca y volvió la atención al ordenador. Le encantaba su trabajo, porque sabía que el bienestar futuro de su país adoptivo era posible con los cambios adecuados. Si sus padres estuvieran vivos habrían apostado todo su talento para contribuir en el proceso de Insignia Regional. Ella ignoró la sensación de añoranza, porque no podía lidiar con ello ahora. Fijó la mirada en los documentos que tenía por revisar. Cuando sintió muy tensa la espalda y le empezaron a arder los ojos, al cabo de un rato, decidió que era momento de terminar la jornada del día.

Al ver el reloj de pared soltó una maldición, porque era la una de la madrugada. «Demasiado tarde. Otra vez», pensó con resignación. Dejó todo apagado y luego agarró sus pertenencias. Estos no eran meses de frío, sino lo contrario, así que llevaba ropa

fresca. Pantalones *beige* y una blusa fucsia con zapatos azules de tacón alto.

Gracias a la reina Esme, la indumentaria de las mujeres nariemus ya no era tan estricta y existía una importante influencia de Occidente en los estilos que se llevaban. Arienne mantenía el toque conservador en su atuendo, al menos cuando estaba en Nariem, pero cuando viajaba a Inglaterra u otro país no se preocupaba del decoro. Ella disfrutaba probando nuevos diseños que contribuyeran a destacar su figura.

Arienne salió del despacho para ir a casa, pero antes de llegar al pasillo principal del palacete escuchó una risa femenina, juguetona, y queda al mismo tiempo. A causa del silencio de la madrugada, el sonido retumbó con claridad. Arienne no podía evadir el camino del que provenía la voz, porque era el único que, desde su oficina, le daba acceso a las diferentes salidas de la propiedad. Entre esas la que necesitaba para ir al automóvil que estaba ya esperándola. Con renuencia, ella continuó caminando.

Las luces del palacete, a esa hora, eran tenues, porque la mayor parte de los ejecutivos se solía marchar más temprano. Arienne avanzó varios pasos más y encontró una inesperada escena en el *hall*. Se quedó de piedra al ver, en la mitad del inmenso y lujoso espacio, a una mujer de cabellos negros, arrodillada sobre la alfombra gris, con los pechos al aire y en bragas. Pero no fue la desconocida quien dejó a Arienne en un estado que mezclaba el *shock* y una incomprensible rabia. No.

El príncipe Zarik no llevaba la túnica, sino tan solo una elegante camisa blanca, desabotonada, y pantalones caqui. La mujer, que tenía de rodillas ante él, le estaba quitando el cinturón. Una vez que el accesorio quedó a un lado, los dedos de uñas pintadas de rojo abrieron la pretina del pantalón con una intención muy clara y que Arienne no quería presenciar. La sorpresa de la situación la dejó de piedra. Esa fue la única razón de que sus pies se hubieran quedado estáticos, en lugar de obedecer los gritos de su cerebro que los instaba a moverse de ese condenado sitio con rapidez.

Reaccionando al fin, abochornada, y sin otra opción que pasar cerca de la pareja, intentó ser lo más rápida posible. Pero cuando dio el primer paso, Zarik pareció salir del estado de concentración en el que se hallaba, es decir, con el interés fijo en la mujer que

estaba a punto de hacerle una felación, y dirigió la mirada hacia donde se encontraba Arienne. Sus miradas colisionaron brevemente. Los ojos negros denotaron sorpresa, y los verdes, una mezcla de desdén e incredulidad.

—Detente, Freya —exhortó Zarik a la mujer que había conocido en una fiesta, entre sus amigos de confianza, y que era lo suficientemente guapa para aplacar sus ganas de tener a otra persona que prefería mantener lejos de él. Una persona que, en estos jodidos instantes, era testigo de esta escena—. Será mejor que vayas con mis guardaespaldas y ellos te llevarán a casa —agarró el cinturón y se lo ajustó con rapidez—. No puedo continuar por esta noche. Ha surgido otra circunstancia.

—¿Por qué? —preguntó la pelinegra con un puchero y tocándose los pezones—. Me dijiste que podíamos pasarla bien. Eso es lo que pretendo, Zarik.

El príncipe apretó los dientes, porque era consciente de que Arienne se encontraba a pocos metros de distancia. «Maldición», pensó enfadado y experimentando una inexplicable incomodidad de que ella lo hubiese encontrado con Freya en este contexto. Él sabía que Arienne solía quedarse pasada la hora regular de trabajo, pero esta noche, en el informe que Zarik había recibido de Farid, uno de sus agentes de seguridad del palacete, se señalaba que solo quedaban los empleados de turnos rotativos: chef, ama de llaves, chofer y agentes de seguridad. Todos ellos permanecían en un ala opuesta a la que él se encontraba en estos instantes.

El príncipe estaba verdaderamente cabreado por este jodido error e iba a despedir a Farid. Lo ocurrido era inconcebible. Además, se sentía frustrado porque llevaba cinco semanas sin hallar alivio sexual, pues no tuvo descansos debido a viajes y a eventos impostergables de su agenda regular. Así que cuando conoció a Freya, exuberante y dispuesta a pasarla bien, lo había considerado el escape idóneo. Todo se iba a ir al garete en estos instantes por la negligencia de su agente de seguridad.

—Lo sé, Freya, no es tu culpa, pero ha surgido una situación —expresó.

En ese instante la mujer siguió la dirección de la mirada del príncipe y la enfocó en Arienne. Le dedicó una sonrisa que tenía impregnado tintes de picardía.

—Me encantaría hacer un trío si es eso lo que insinúas —dijo la mujer de ojos grises, incorporándose de la alfombra y sin molestarse en cubrirse el cuerpo. Al menos llevaba bragas, así que no estaba completamente desnuda—. ¿Te interesaría? —le preguntó a Zarik, pero luego dirigió su atención a la mujer de cabellos dorados.

—Oh, por mí no se corten —intervino Arienne, sonrojada por el comentario y todo lo que estaba pasando, cuando finalmente encontró la voz. Usó un tono indiferente y frío—. Por favor, continúen disfrutando su… —hizo un gesto con la mano, porque la tal Freya la observaba con una sonrisa ladina—. Su velada.

Arienne no sabía qué carajos la mantuvo de pie, como una idiota, mirando algo que no debió nunca presenciar. ¿Morbo? ¿Consternación? ¿Curiosidad? ¿*Shock*? ¿Enfado…? «Por Alá, no tenía la más jodida idea». Se imaginaba que su mejor amiga, Malin, se habría echado a correr o tal vez se habría carcajeado al ver la escena, mas no se hubiera quedado atontada mirándola. «¡Trágame desierto!», pensó Arienne, sin esperar a escuchar lo que Zarik pudiera responder a la oferta osada de la mujer.

No le interesaba tampoco lo que él tuviera que decir, porque no era su asunto. Al menos se trató de convencer de ello, mientras la bilis de su cuerpo alcanzaba niveles ponzoñosos. Ella no recordaba haber caminado tan rápido en tacones como en ese instante, alejándose para llegar a la puerta e ir a casa. Prácticamente corrió hasta el coche que esperaba para transportarla. Una vez que se acomodó en el asiento de cuero del pasajero le dijo al conductor, un hombre muy discreto y gentil, que se diera prisa.

Tan solo cuando el vehículo se internó por las calles de Nariem, Arienne se llevó la mano al corazón, que le latía desbocado, y soltó una exhalación. La estúpida imagen de Zarik, a punto de recibir una felación, no se borraba de su mente. «¡Además, la tal Freya la había invitado a hacer un trío!», pensó con incredulidad y apretándose el puente de la nariz. Súbitamente, Arienne soltó una inesperada carcajada, nerviosa e incómoda, por lo ocurrido. «Solo a mí me pasa esto, joder».

—¿Se encuentra bien, doctora Johansen? —preguntó Boric, el conductor, en un tono cauto y amable mirándola por el retrovisor, después de aparcar el coche. Llevaba años trabajando para la familia real, y le quedaban pocos para jubilarse.

—Sí, tan solo ha sido una noche algo fuera de lo usual —replicó con una sonrisa. «Ahora el conductor piensa que he perdido la cabeza», pensó con ironía. No podía esperar a que esta jornada terminara por completo—. Hasta mañana, Boric.

—A las órdenes, doctora Johansen —replicó con amabilidad.

Una vez que estuvo en casa, Arienne dejó los zapatos de lado, luego hizo su rutina nocturna de belleza para dormir: una ducha caliente, hidratación facial y una taza de té frío. Estaba mentalmente cansada, pero no dejó de preguntarse cuántas amantes tendría Zarik o a cuántas mujeres se habría llevado a la cama durante estas cinco semanas, desde que ella trabajaba en Insignia Regional. ¿Por qué estaba enfadada? Porque mientras ella se quedaba, hasta altas horas de la noche trabajando, ahogada en un mar de correos y documentos que estaban marcados con correcciones absurdas del príncipe, este se dedicaba a ligar con quien le diera la gana. «Por supuesto que ese era el único motivo de su enojo», pensó, satisfecha con su razonamiento para explicarse a sí misma el porqué de las ganas que sintió de lanzarle a Zarik un tacón o la bolsa a la cabeza, al verlo con la pelinegra. Arienne optó por apartar esa imagen de su mente y prefirió disfrutar su té de menta, mientras terminaba de ver el *reprisse* informativo del telediario nocturno. Las noticias no eran alentadoras. La decepcionó enterarse de las recientes guerras que empezaban a detonar en el mundo.

Un conflicto armado era de las acciones y reacciones más estúpidas existentes. Lo más increíble es que siempre era un hombre, presidentes y/o líderes de las naciones involucradas, la cabeza hueca de semejantes barbaries. El motivo era el mismo desde que existía la humanidad: desacuerdos por religión, política y territorio. ¿Cómo era posible que un grupo de diez o doscientos hombres con poder y dinero tuviera más fuerza que un ejército de miles de soldados y que millones de civiles?

Todo esto la enfurecía como ciudadana del mundo. Desde un punto de vista profesional, la hacía sentir responsable de marcar una diferencia desde su profesión como asesora política. Si podía contribuir a mejorar Nariem, evitando *impasses* y brindando opciones para que la Cumbre Global Shara tuviera éxito, entonces seguiría dando lo mejor de sí. Arienne dejó a un lado el control de

la televisión.

Después fue hasta su habitación y se acomodó entre las sábanas. Iba a necesitar un sueño reparador, porque la reunión que tenía temprano en la mañana era importante para Insignia Regional. Apagó la luz de la mesita de noche y cerró los ojos.

Dio vueltas en la cama durante un rato para tratar de encontrar la postura más agradable, pero no lograba dormir. Estaba agitada. En otras ocasiones, ella había encontrado la manera de relajarse por completo. Que no tuviera pareja no implicaba que ella viviera castamente. Arienne sabía cómo darse placer a sí misma. En noches como esta, en la que su mente estaba cansada, pero su cuerpo aún vibraba sin una explicación coherente, solía acariciarse e imaginar que un hombre magnífico e irresistiblemente viril la tocaba con destreza y la hacía delirar para llevarla al clímax.

No se detuvo cuando el rostro del hombre que tenía en su mente tenía ojos negros, cabellos abundantes del color de las alas de un cuervo, rasgos faciales cincelados con esmero producto de la magia del desierto y una boca de labios sensuales que apetecían mordisquear. Sus fantasías no estaban regidas por la coherencia, porque solo eran instintos y necesidades sin culpa. O eso intentaba decirse, pues era incapaz de reemplazar el rostro masculino de su mente, por otro.

Arienne deslizó la mano izquierda bajo el elástico de las bragas, hasta llegar al sexo. Se frotó los labios íntimos con suavidad y esparció su humedad. Soltó un jadeo ante el movimiento rítmicamente suave, tentándose, pues no quería apresurar la meta. Llevó los dedos de la mano derecha bajo de la tela de la blusa y se acarició los pechos. Un gemido brotó de su garganta y contoneó las caderas. Sus dedos se volvieron más insistentes, mientras las imágenes del hombre sensual de ojos negros le abría los muslos, penetrando su carne y besándola de forma tan posesiva que dolía de placer.

Cuando estaba a punto de llegar al clímax, el súbito sonido del timbre la detuvo abruptamente. Jadeante, desconcertada y frustrada, Arienne apartó los dedos de sus pliegues y sus pechos. Fue al baño a lavarse el rostro con agua fría y luego salió de la habitación con curiosidad por ver quién podría buscarla a las dos de la madrugada. Lo más importante: el porqué. Al vivir sola, Arienne

prefería ser precavida y le pagaba a una empresa de seguridad para que monitoreara su residencia. Ellos le enviaban informes diarios, pero el reporte que leyó, al llegar de la oficina, señalaba que todo alrededor estaba bien. «¿Qué habría ocurrido?». Se acomodó la ropa y el cabello.

Fue hasta la puerta y observó por la mirilla.

Se quedó estupefacta. «Mierda».

Permaneció en completo silencio, pero casi podía escuchar los latidos de su corazón retumbando contra el pecho. «¿Qué rayos está haciendo Zarik, aquí?», se preguntó indecisa, entre dejarlo entrar o ignorarlo por completo. Si acaso él esperaba que se disculpara por haber interrumpido su faena sexual, pues eso no iba a suceder. Ella era consciente de que el palacete era la residencia de Zarik y que estaba en el derecho de buscar compañía femenina u organizar una orgía si se le daba la gana.

Sin embargo, la imprudencia era de él. «¿Qué le costó exigir que se asegurasen de que no quedaba nadie del *staff* de ejecutivos regulares ni de Insignia Regional en los alrededores, en especial si él quería tener una noche pasional?», pensó, ajustándose la salida de cama sobre el pijama. Se frotó los párpados y exhaló silenciosamente.

—Sé que está despierta, doctora, ábrame la puerta —dijo Zarik con firmeza.

—Esta es una hora inadecuada para visitar a una mujer soltera —dijo con desparpajo y altanería en el tono de voz—. Qué falta de decoro de su parte.

—Usted es mitad inglesa y mitad nariemu, así que ese comentario que pretende utilizar no tiene sentido. Vamos a hablar. Abra la puerta, doctora Johansen.

—¿Por favor? —preguntó notando, a través de la mirilla, la manera en que la mirada de Zarik parecía volverse más oscura—. Creo que es el protocolo de cortesía, en lugar de ordenar, cuando se está fuera del terreno apropiado, su alteza.

Zarik elevó ligeramente hacia arriba la comesura de la boca, pero no sonrió.

—Los protocolos en este país los marca mi familia. Usted y el resto de nariemus, los han aprendido y tienen que acatarlos. — Arienne apretó los puños a los costados—. Lo que hago y digo jamás

se discute ni se cuestiona, así que no tengo ningún inconveniente en convocar a una reunión con mi *staff*, con usted incluida, y mencionar la importancia de ser prudentes para evitar presenciar escenas privadas en mi palacete. Comentar lo ocurrido esta madrugada sería un excelente ejemplo y algo anecdótico —dijo, aunque obviamente su motivación era otra. No iba a decírselo, porque lo que buscaba es que abriera la jodida puerta—. Todos tienen un contrato de confidencialidad conmigo y con la casa real. Lo que yo mencione jamás va a divulgarse, pero no tengo potestad de contener lo que puedan pensar sobre usted.

«Insoportable malnacido», pensó Arienne, furiosa.

—¿Es esa la táctica que utiliza con todas las mujeres? ¿La intimidación? —preguntó respirando agitadamente, aunque él no pudiera verla—. Interesante.

Zarik dio un paso breve, hasta que estuvo más cerca de la mirilla. A ella le parecía que la barrera de la puerta de madera oscura, entre ambos, era inexistente.

La decisión del príncipe de ir a la casa de Arienne tenía que ver con la reunión que se llevaría a cabo a la mañana siguiente. Aunque no era parte de su trabajo regular, ella había sido notificada que ejercería como asesora política secundaria en el equipo de Hamur, pues uno de los ejecutivos regulares del visir estaba enfermo. A ella, le pagarían un generoso bono. Por otra parte, Zarik no quería una integrante en su equipo que lo provocara con comentarios afilados, tal como estaba habituada a hacer Arienne, porque él necesitaba concentración plena en esa junta en la mañana.

La reunión era de vital importancia y estarían presentes veinte asesores nacionales, varios representantes del Consejo de Ley y su padre, el rey Soldon. El tema principal, entre otros, consistía en decidir si liberaban más fondos estatales para Insignia Regional. Aunque el presupuesto actual del plan era bastante flexible, Zarik requería invertir más millones de dinares por las contingencias surgidas súbitamente. Si bien podía usar su fortuna, este proyecto no era un asunto personal, así que tenía que someterlo al criterio del rey. Este último no hacía concesiones especiales.

Por otra parte, él no se justificaba con nadie. Nunca. Así que esta visita ocurría solo porque era preciso limar posibles asperezas con Arienne antes de la reunión. Él no quería actitudes hostiles que

pudieran ser percibidas tras la máscara de aparente ecuanimidad en Arienne. No podía dejar nada al azar. Tampoco consideró delegar esta conversación, sobre lo ocurrido en el palacete, a su visir. Primero, porque eran las dos de la madrugada; segundo, porque él podía lidiar con este asunto por sí solo.

—Usted conoce la respuesta a esas preguntas, porque ha estudiado mi perfil y el de mi familia. Así que no utilice una retórica incongruente, doctora, porque está pisando un terreno peligroso —replicó con suficiencia—. Decida si esta conversación será en público o en privado, pero va a ocurrir lo quiera o no —concluyó.

Ella tragó saliva y se frotó el puente de la nariz. El hombre tenía unas cláusulas draconianas en los condenados contratos de confidencialidad, así que estaba blindado de toda posibilidad de cotilleo. Arienne, en cambio, estaba expuesta a lo que pudieran comentar terceros, si Zarik cumplía su amenaza si ella no accedía a hablar con él.

—Usted es aborrecible, su alteza —expresó sarcástica, apretando los dientes.

—Al menos tiene una elección, doctora Johansen, ¿acaso no soy magnánimo?

—Un dictador y libertino, más bien —replicó burlona y con fastidio.

Arienne pensó en que no le importaría dejar al príncipe de pie, al otro lado de la puerta, hasta que él se diera cuenta de que no le interesaba tener una conversación. Menos a las dos de la madrugada. Aparte, la crispaba que hubiera estado a punto de tener un orgasmo pensando en él. Pero en toda situación compleja existían varias formas de afrontarlas, ella lo sabía muy bien, así que decidió que iba a utilizar esta ocasión para decirle al príncipe lo que llevaba semanas guardándose. Si bien Zarik era el heredero al trono real, en esta madrugada él estaba en su casa, así que las reglas las marcaría ella. Arienne agarró la manilla y la giró entre sus dedos para abrir la puerta.

—Tiene tres segundos para abrir la puerta y hablar conmigo. Uno… —empezó a contar, pero se detuvo cuando el rostro de ella apareció ante él.

—Su alteza, verlo siempre es un gran honor como nariemu, en

especial en plena madrugada —dijo con sarcasmo abriendo parcialmente la puerta—. Esta visita súbita de un integrante de la familia real, el heredero al trono nada menos, es una pésima decisión. Creo que vivir en una ciudadela cerrada me da la ventaja de que no hay posibilidad de que entren los *paparazzi*, así que, usted, inclusive debería agradecerme. No solo eso, sino que su osadía de presentarse a estas horas habría podido representar un verdadero problema en otro sitio de la ciudad, afectando mi reputación. Pero supongo que siempre piensa solo en usted y sus deseos, mas no cómo afectan a otros, ¿verdad? —preguntó, fingiendo estar pensativa, sin dejarlo entrar—. ¿Por qué está aquí? Estoy intrigada por conocer su respuesta —dijo, irónica.

Él llevaba el cabello ligeramente húmedo y peinado hacia atrás. Se había cambiado de ropa, porque ahora estaba usando una túnica negra, aunque no llevaba *keffiyeh*, porque esta no era una visita de Estado. En Nariem no se exigía el uso de la pañoleta en la cabeza, pero debido al clima era necesario; en el caso de la familia real, el uso de la prenda era tradicional para el día a día y de cara al público. Dado que la presencia de Zarik en casa de Arienne no era posible de categorizar, la falta de *keffiyeh* daba igual. Pero, indistintamente de cómo vistiese, el hombre era muy apuesto.

Arienne suponía que él se habría terminado acostando con la tal Freya y solo cuando tuvo el alivio sexual que necesitaba, decidió que la buscaría para asegurarse de que mantuviera la boca cerrada. «¿O pretendía que se disculpara por haber interrumpido inicialmente la faena?», se preguntó ella, indignada ante la idea.

—Doctora Johansen —dijo en tono serio. Alrededor de él estaban siete guardaespaldas, aunque a una distancia prudencial para no escuchar la conversación. Además había cuatro coches de seguridad en las cercanías—. Es perfectamente decorosa mi presencia, porque estoy acompañado de todo mi equipo de seguridad. Sin embargo, me parece que su atuendo, para recibir visitas, deja mucho que desear —expresó apretando los dientes al notar cómo se marcaba la silueta femenina bajo la salida de cama —. La que incurre en un posible escenario indecoroso es usted.

Ella fue consciente de que los hombres podrían ver sus pies descalzos o especularían sobre su cuerpo, al estar cubierto por telas finas debido al calor. Aunque todos los integrantes de la guardia

real estaban entrenados para jamás mirar a las mujeres que, en privado, se acercaban a los príncipes. Arienne lo sabía, porque sus padres siempre le enseñaron detalles que otros ciudadanos «normales» ignoraban. A pesar de ello, su instinto inmediato fue cerrar de un portazo, pero a cambio controló su respiración. En ningún sitio se vería bien que una plebeya le lanzara la puerta en las narices a alguien de la realeza, menos al príncipe heredero, pero a ella no le importaba. Esta era su casa, su tiempo y su intimidad. Él estaba invadiéndolos.

—Quiero que te marches de inmediato, su alteza —dijo tuteándolo, porque si quería respeto, entonces tenía que empezar por no traer a un ejército de protección a la puerta de su casa e intentar lanzar acusaciones ridículas—. Me estás dejando en una situación incómoda. La segunda, en menos de dos horas. No solo eso, sino que tienes la osadía de hacer acusaciones que no tienen fundamento. ¿Yo, estoy incurriendo en escenarios indecorosos? —preguntó riéndose—. No seas absurdo, príncipe Zarik, esta es mí casa y hago lo que se me da la gana. Quiero dormir y para eso debes irte.

Ella creyó que él había comprendido su réplica cuando lo vio, a través de la mirilla, apartarse de la puerta. Apagó la luz con la intención de ir a su habitación. Se preguntaba por qué rayos el universo tenía que otorgarle rasgos físicos impresionantes a hombres insoportables. Estaba convencida de que si Miguel Ángel todavía estuviese vivo, habría decidido esculpir a Zarik como una de sus obras maestras. El príncipe poseía la clase de masculina belleza que merecía estar expuesta en un museo.

Arienne estaba a punto de llegar a su habitación cuando sonó de nuevo el timbre de la puerta. Cabreada regresó sobre sus pasos y abrió de sopetón, sin importarle nada, porque había perdido todo rastro leve que hubiera quedado en ella de paciencia. No solo estaba cansada, sino que llevaba demasiados días soportando críticas laborales injustas, trabajando horas extras, no veía a su mejor amiga con la frecuencia que estilaba, su vida social estaba en suspenso, sus puntos de desfogue para el estrés eran nulos, ¿y ahora recibía críticas en su propia casa? «¡Qué tortura!».

CAPÍTULO 5

—Listo, todo está despejado —dijo el príncipe cuando ella abrió la puerta.

—¿Qué es lo que…? —preguntó, pero no terminó la frase, pues notó que Zarik estaba solo. Ya no había guardaespaldas ni tampoco eran visibles los coches de seguridad. Ella frunció el ceño y luego soltó una exhalación—. Si removiste tu seguridad y algo terrible ocurriese, como lo del desierto meses atrás, la que estará bajo investigación seré yo. No sería algo que apreciaría —dijo cruzada de brazos.

Zarik ladeó la cabeza en una actitud de suficiencia.

—Están en una posición discreta, pero pueden tirar a matar sin problemas en el caso de que exista la necesidad. Además, si alguno incurriese en el deshonor de mirarla, doctora Johansen, lo despediría. Tienen órdenes de mantener la mirada en lo importante: mi seguridad y nada más. —Ella enarcó una ceja—. Doctora…

Arienne elevó la mano, para que se callara, en un gesto que se consideraría irrespetuoso. Pero a ella le daba igual, porque el que estaba contraviniendo ciertas reglas básicas era él. Por supuesto, si hubiesen estado en Londres, la situación habría sido algo normal. Sin embargo, se hallaban en un país de Oriente Medio en un periodo de transición cultural y Zarik era todo menos una personal «regular» y «común».

—Acabas de perder el derecho a que no te tutee, en horas no laborables, en el instante en el que irrumpiste mi descanso, sin notificarme con antelación o preguntarme si yo estaba de acuerdo con tu visita —expresó—. Eres un príncipe y propietario de medio Nariem, pero en mi espacio se aplican mis reglas. En estos

momentos no me siento partidaria de los formalismos, como acabas de darte cuenta, pero seguro volverán mañana en horario de oficina. Así que, príncipe Zarik, puedes tutearme también —dijo en tono cansado. Le dolían los hombros y la espalda.

Él esbozó una sonrisa de medio lado. Ella no se andaba con medias tintas. En un entorno habitual de personas que procuraban complacerlo, las ocasiones en las que Arienne expresaba lo que se le pasaba por la mente le parecía refrescante. Real. Sin embargo, no iba a tolerar este comportamiento al día siguiente en la reunión.

Arienne despertaba en él un deseo fiero por domar la efervescencia que subyacía en ella. A ratos, su mente divagaba sobre cómo sería conocer el tacto de su piel y escuchar de esos labios brotar un gemido con su nombre cuando alcanzara el éxtasis. Su instinto animal acicateaba el deseo de conocer la sensación de penetrar la carne femenina, ensancharla y sentir su miembro viril lubricándose en ella con cada embestida. Esta clase de pensamientos no era nuevo con respecto a Arienne, pero los había ignorado. Ahora, que él era consciente de su presencia en el palacete, esas ideas eran recurrentes. Sabía que Arienne se educó entre Londres y Nariem, así que lo más probable es que tuviera experiencia sexual. Aunque era absurdo, él se cabreó al pensar en otros hombres tocándola y dándole placer; conociéndola en descontrol y lujuria.

Desde el día en que la conoció, Zarik supo que ella sería un quebradero de cabeza si le daba la oportunidad de vincularse a su entorno más cercano. Por eso, a pesar de que los padres de Arienne fueron apreciados amigos de los suyos, él jamás intentó actuar como le gritaban sus instintos: besándola y seduciéndola. Zarik consideraba una burla del destino que su propio consejero, el hombre llamado a precautelar su cordura, hubiera elegido a Arienne como la asesora política del proyecto más importante de su camino previo a heredar el trono de Nariem.

—¿Quieres que hable contigo en la entrada de tu casa? —preguntó, finalmente tuteándola—. No tendría inconveniente en hacerlo, pero…

—No existe ninguna razón para que yo te escuche, lo que vi en tu palacete ya se me olvidó, si es sobre lo que necesitabas hablar —expresó—. En unas horas me despertaré y escribiré la página de una

nueva jornada de mi día a día. Listo.

Zarik la sorprendió con una carcajada. Ella no creyó que un sonido tan corriente y común entre los seres humanos pudiese sentirse como una caricia.

—Arienne —dijo pronunciando, por primera vez, su nombre—, ¿podemos hablar un instante? —preguntó con calma acercándose, cuan alto era, hasta ella.

—No eres mi persona favorita, príncipe Zarik —dijo sin darle a entender lo bonito que sintió al escucharlo decir su nombre con esa voz de barítono, en lugar del usual tono pretencioso y formal—. Tus guardaespaldas te verán entrar y querrán de inmediato marcar algún ridículo protocolo de seguridad. No tengo paciencia para…

—Lo que hago se acepta y se respeta —interrumpió—, y con eso me refiero a que tienen la orden de no acercarse en estos instantes. Les pago muy bien por callarse y fingir ceguera, porque de lo contrario serían dados de baja. Ningún integrante de la guardia militar quiere vivir con el estigma de la deshonra —comentó él.

—Solo tengo cinco minutos para ti, luego me iré a descansar —replicó dándole la espalda, consciente de que él cerraría la puerta por sí mismo—. ¿Por qué viniste? —preguntó, mientras se sentaba en el sofá y le hacía un gesto para que se acomodara en el sitio frente a ella. Zarik, en cambio, se sentó a su lado a prudencial distancia.

«No soy la única que actúa con rebeldía», pensó Arienne y giró el cuerpo hacia la izquierda para observarlo. Era consciente de que su imagen distaba del usual profesionalismo y compostura. Ella no solía bajar las barreras que implicaban abandonar su escudo del vestir prolijo e impecable maquillaje, ante otros, así que se sentía un poco vulnerable. No debería interesarle la opinión de Zarik, pero una pequeña parte de sí quería saber si acaso la encontraría menos atractiva. «¿Qué carajos te importa?», se amonestó de inmediato. Se acomodó un mechón de cabello.

—Nunca debiste ser testigo de un aspecto de mi vida privada como aquel —dijo mirándola—. Sin embargo, eso no implicó que estuviera bien que Freya te hubiera considerado una mujer a la que podía hacer una proposición obscena, faltándote el respeto. No alcancé a hablar contigo en el instante que todo sucedió, así que decidí que era adecuado venir y extenderte mis disculpas sin

importar la hora —expresó.

Ella era consciente de que Zarik se había criado en un entorno de privilegios, bajo estándares que los ciudadanos comunes no podrían entender. Arienne no formaba parte de ese grupo porque sus padres, como intelectuales con acceso a dinámicas sociales privilegiadas, le enseñaron cómo funcionaba la realeza en contextos diversos. Por eso, sabía que un hombre como Zarik consideraba al mundo como su patio de juegos, sin ninguna clase de limitaciones, pues ningún objetivo era demasiado ambicioso. Él estaba siempre en control, así que extender una rama de olivo o trazar una línea de ataque, sin importar los participantes o elementos vinculantes, tan solo reafirmaban el orgullo de ser el que dominaba los tableros variopintos de su entorno. Una disculpa dicha de la boca de un miembro de la realeza no se podía considerar banal, pero tampoco un regalo del cielo. Arienne no trataría jamás al heredero como otras personas poseían la tendencia a hacer: servilmente.

—Claro, porque cuando el príncipe Zarik quiere algo, le da igual el tiempo de otros y lo que estén haciendo, ¿verdad? —preguntó retóricamente enarcando una ceja. Ahora que comprendía el porqué estaba en su casa, ella reconocía que esta disculpa la sorprendía, aunque también sospechaba que existía un motivo detrás. Ninguna persona con semejante estatus daba un paso sin que fuese calculado —. Esto parece muy magnánimo —dijo sarcástica—, pero pudiste esperar hasta la mañana.

Zarik apretó la mandíbula. Estar frustrado sexualmente no era una buena combinación con la tentación que representaba Arienne en esos instantes. Ella no llevaba maquillaje y la delicadeza de su rostro destacaba; estaba descalza; el cabello lo tenía lustroso y suelto bajo los hombros; y la jodida salida de cama no hacía méritos para cubrir más las curvas del cuerpo femenino. Se pasó los dedos entre los cabellos.

No constaba dentro de los estándares morales de la sociedad de Nariem que él estuviera a solas con Arienne, pero, para Zarik, los jodidos protocolos podían irse al garete esta vez. Para él era más importante la junta que se realizaría en la mañana.

—Estoy haciendo lo que considero correcto, porque trabajas para mí —zanjó—. Mañana es un día importante, porque, ya te habrá llegado el brief de uno de los asistentes de Hamur, se

analizará la ampliación del presupuesto de Insignia Regional. Pero también se tratarán otros temas cruciales de mi cartera de Estado como príncipe heredero. Lo que exijo mañana de tu parte es absoluta obediencia, en lugar de crear distracciones mentales en tu entorno con opiniones no solicitadas.

—Soy una persona libre y puedo expresarme como tal —replicó. *Obediencia* era una palabra que detestaba. Daba igual que este fuese un contrato adicional, al regular, que tenía con Insignia Regional. Daba igual que ella solo fuese el reemplazo de otro ejecutivo—. Eso implica que puedo dar mi opinión, respetuosamente, cuando quiera.

Él esbozó una sonrisa de medio lado y su expresión se volvió oscura.

—¿Respetuosa es lo que eres, Arienne? —preguntó mirándole la boca. Las ideas sobre lo que podría hacer con ella y enseñarle lo interesante que podría ser cuando obedeciera sus órdenes, lo excitaron. Se cruzó de brazos para no tocarla.

—Sin duda —dijo tragando saliva—. Pero no soy responsable de cómo la contraparte asimile mis comentarios, en especial si está muy pagada de sí misma.

—Para ser una mujer que conoce de protocolo y ceremonial, tu indisciplina y rebeldía necesitan domarse —replicó en tono profundo ante la pulla contra él.

—No me digas, ahora eres experto en mi psique y comportamiento.

—Tengo asuntos más importantes en los cuales ser experto —dijo con arrogancia, y ella quiso lanzarle un almohadón por la cabeza—. En la reunión de mañana no voy tolerar reproches velados o comentarios cortantes hacia mí, en la junta, aunque sean simples condenados susurros, Arienne. Si dejas aflorar tus usuales descaros solicitaré tu despido. No creo que eso luzca bien en tu carrera profesional —dijo Zarik en tono gélido—. Mi presencia aquí en tu casa es para zanjar tus impresiones sobre lo que presenciaste en mi palacete y para hacerte esta advertencia. La junta de mañana es medular para varios temas de mi agenda real, pero también para Insignia Regional. No admitiré disrupciones —expresó—. ¿He sido claro?

—Sé comportarme perfectamente en entornos de diferente

índole social, Zarik, y lo sabes muy bien. Así que no confundas mi desempeño profesional con tu falta de costumbre de que te digan opiniones reales, en lugar de solo adulaciones —replicó—. Si te comento lo que pienso es porque nadie lo hace, y un toque de realidad siempre le viene bien a cualquier líder que quiera ser más empático —concluyó.

—No estás recibiendo un salario como mi asesora, Arienne, así que prefiero que mantengas tus conjeturas para el trabajo por el que estás contratada —dijo altivo.

—Tómalo como una cortesía por el bienestar del país —dijo sardónica.

—¿He sido claro, Arienne, en cuanto a la junta de mañana?

Ella se cruzó de brazos y elevó el mentón. Jamás había estado a solas con él, pero no era la primera ocasión en la que percibía la exquisita mezcla del aroma masculino con la costosa colonia que utilizaba. Zarik era devastación pura en un traje elegante, hecho a medida, por los más costosos hilos y diseñadores de la región.

Arienne se quitó esas reflexiones de la cabeza y se incorporó del sofá.

—Sí, ya lo has hecho —replicó—. Mañana no emitiré ninguna opinión si no me la piden y procuraré mantener la distancia contigo, así podrás escuchar solo a tus habituales aduladores. Ahora que está todo claro, entonces será mejor si regresas a tomar un merecido descanso —dijo con sarcasmo—, a tus reales aposentos.

Zarik se puso de pie con lentitud, tal como lo haría un león que se acercara a una presa, que estaba demasiado cerca, dándole tiempo a decidir qué haría a continuación. Notó cómo el cuerpo de Arienne se puso tenso y ella tragó saliva.

—Suelo recibir reportes de mi entorno de trabajo. Sé que te quedas hasta tarde en las oficinas del palacete, pero esta noche tenía la notificación de que ya no había nadie alrededor… —dijo, permitiendo que ella asimilara esa información. Zarik ya había ordenado que despidieran a su agente de seguridad por incompetente—. ¿Por qué te quedas hasta tan tarde en mi palacete? ¿Es acaso complicado lograr la eficiencia y terminar a tiempo tus tareas? —preguntó, mientras se detenía justo frente a ella.

—Me parece una pregunta cínica de tu parte cuando estas semanas, desde que empecé a trabajar como asesora política, has

colapsado mi agenda laboral con tus requerimientos. Y no estoy quejándome, porque puedo manejar todos los retos que traces para mí —aclaró con determinación—. Pero, para hacer frente a tus demandas inusuales de correcciones infinitas e innecesarias, he tenido que quedarme varias veces hasta altas horas de la noche. Caso contrario, no sería posible para mí abarcar todos los objetivos esperados. Esta madrugada fue solo un día de aquellos —replicó.

—He enviado los comentarios para que mejores tus puntos de vista y la forma en que se presentan las impresiones en ciertos ámbitos —replicó—. Si no eres capaz de aceptar críticas constructivas, Arienne, entonces este breve tiempo en el palacete quizá te servirá como aprendizaje. Busco la excelencia y si eso implica que tienes que corregir varias veces un mismo párrafo o un mismo estudio, lo haces —dijo.

—¡No seas cínico! —exclamó—. Puedo equivocarme, pero jamás con la frecuencia en que tú intentas hacerlo ver, príncipe Zarik. Todo este tiempo, desde que empecé a trabajar, me demostraste que no estabas contento con mi contratación. Sin embargo, no rechazaste la sugerencia de Hamur, porque sabes que tengo las credenciales adecuadas —espetó—. Te incomodaban mis réplicas directas, así que has hecho lo posible para que yo renunciara. ¿No? —preguntó retóricamente.

El príncipe sabía que había presionado a Arienne, más de lo que hubiera hecho con cualquier otro profesional, durante estas semanas. Así como también reconocía, para sí mismo, que ella era una mujer inteligente y la única que osaba plantarle cara. Arienne parecía capaz de descontrolar sus estructuras de comportamiento calculados con otros. En alguna medida, el tirar de los hilos para presionarla y saber si era capaz de cumplir con los resultados esperados, le provocó un placer perverso.

—Cínico… —repitió esa palabra con desprecio—. Lo que no tolero, Arienne, son comentarios velados ante otras personas. Aunque no puedan escuchar, sí están atentos a mis gestos. Por eso, contestarte, en las reuniones en las que nos hemos topado a lo largo de los años, como merecían tus descaros, habría implicado escándalos indeseados —dijo en tono peligroso—. Todas las instancias que se manejan en mi oficina, y las dependencias de esta, requieren altas exigencias.

Zarik notaba que Arienne no tenía idea de cuánto lo afectaba, lo cual era idóneo en estos momentos. Pero seguramente se daría cuenta si, en lugar de mirarlo con expresión furiosa, se fijase en la dureza que presionaba la tela del pantalón en estos instantes. Ella no era consciente de la imagen sensual que le ofrecía, en la manera más natural en que una mujer podría captar su atención: sin proponérselo. Con el cabello cayéndole en cascadas doradas bajo los hombros y sin maquillaje que robara un vistazo a esas ligeras pecas, la doctora Arienne Johannsen Al-Kahaleel seguía siendo la mujer más bella que él recordaba haber visto. Lo anterior estaba respaldado en la experiencia de haber tenido un variopinto catálogo de amantes en su cama.

—Existe una diferencia entre ser exigente y ser injusto, Zarik —replicó.

—Todavía estamos a tiempo de contratar a otra persona que recoja las bases y continúe en tu puesto. Nos tardaremos en reajustar, pero nadie es indispensable. Si tienes disyuntivas con las exigencias, ya sabes, siempre puedes renunciar.

Ella meneó la cabeza sintiéndose impotente, pero no iba a quedarse callada.

—Que no fueses tú el que eligió la terna de expertos para integrar Insignia Regional, no significa que yo no sea la persona idónea para el cargo que tengo.

—Eso no está en duda —replicó apretando los dientes—. Los resultados de tu trabajo han sido útiles para sustentar los aspectos de las diversas estrategias.

Arienne elevó los brazos al techo con frustración y luego los dejó caer. No fue consciente que ese ligero movimiento agitó sus pechos bajo la tela de la ropa. Zarik no pudo evitar fijar su mirada en las formas de las tetas generosas que deseaba conocer con su boca y su tacto. Estaba ante la única mujer que podía impulsarlo a tomar decisiones estúpidas si seguía sus instintos básicos. Arienne no se percató de cómo los ojos de Zarik flameaban, porque su concentración se enfocaba en replicarle.

—Entonces, si es así, explícame, ¿por qué no optas por reunirte conmigo y hablar cara a cara de tus inquietudes o dudas? —preguntó respirando agitadamente a causa de la frustración—. Los comentarios que envías sobre mis documentos, los pueden leer

todos mis colegas, porque usamos la misma carpeta en la intranet del servidor para el proyecto. ¿Tienes alguna idea de lo que cuesta ganarse el respeto profesional en un país machista, príncipe Zarik? —preguntó en un tono furioso.

—Hay cambios que necesitan realizarse sobre el asunto del machismo —replicó con seriedad y mirándola a los ojos. ¿Si acaso había ido demasiado lejos con ella? No del todo. Él solo decidió probar qué tan aguerrida podría ser ante circunstancias incómodas. No se decepcionó. Los resultados entregados habían sido precisos y útiles. Arienne dijo que podía asumir cualquier reto, él lo propició —. Por otra parte, si no me reúno contigo es porque tengo prioridades nacionales. Así que utiliza la vía de contacto con Kirian o Hamur o alguno de mis asesores —espetó.

—Te dije desde un principio que la burocracia obstaculiza el progreso —replicó—. Lo mínimo que puedes hacer es agilizar mi trabajo, en lugar de saturarlo con peticiones sin sentido. ¿Es que no te das cuenta que avanzo rápido, a pesar de tus tonterías, pero, podría hacerlo con más velocidad si dejaras de criticar en vano?

Zarik dio otro paso hacia ella, y Arienne tan solo elevó el mentón.

—Estoy consciente ahora —replicó enarcando una ceja.

Ella soltó una risa sin alegría. Necesitaba que él se marchara de inmediato, porque estaba a punto de hacer algo que odiaba cuando estaba demasiado enfadada: llorar. Esa era una de las más grandes preocupaciones con este hombre. La sacaba de quicio, lejos o cerca, ausente o presente, así que, después de esta noche, lo que más necesitaba era quedarse a solas, dormir y esperar que el día siguiente fuese mejor.

—¿Entonces estás consciente de que perjudicas mi valía profesional, entre el equipo de Insignia Regional, cuando leen cómo el príncipe heredero me hace quedar como una persona ineficiente, cuando, en realidad, no he cometido errores dignos de ser mencionados como tales? —preguntó cabreada, presionando el dedo índice contra los pectorales fuertes. No le importaba si él era el primo de Zeus o la réplica de Hércules—. Todo queda en la carpeta compartida del proyecto.

Zarik le agarró la muñeca y la atrajo contra su cuerpo. Ella, al notar la erección presionando en esos momentos contra su cuerpo,

abrió los ojos de par en par.

—Jamás fue mi intención menoscabar tu valía profesional, Arienne, porque eres de las mujeres jóvenes con mejor preparación en su rama. Jamás me disculpo con nadie, pero al parecer contigo tengo que hacerlo dos veces en menos de treinta minutos —dijo acariciándole el pulso que latía en el lado interior de la muñeca de piel suave—. Estoy procurando combatir el machismo, pero he actuado de manera egoísta e inconsecuente con mis propias ideas. Por eso, Arienne, me disculpo.

Ella se quedó estupefacta por el tono sincero. Que pudiera aceptar errores daba cuenta de su nobleza. Como ahora. Sin embargo, era consciente de que Zarik jamás haría este tipo de concesiones de forma pública. Esta clase de situaciones agitaba las barreras que impedían que ella continuara viéndolo bajo un lente de fastidio y animadversión, al menos esta noche. Este hombre le provocaba sensaciones que creía que solo formaban parte de las fantasías de Malin o sus amigas inglesas.

—Me has perjudicado, consciente de ello o no, porque no soportas que sea parte del equipo. Si tanto desprecias mi existencia profesional, no seas tan ruin para intentar que renuncie y hacerme ver como alguien que no dio la talla para el reto y que no merece el cargo —dijo con fuego en su mirada—. No voy a renunciar. Jamás renuncio, su alteza real, porque mis padres no adoptaron a una cobarde. Si quieres deshacerte de mí, entonces tendrás que hacerlo con pruebas de que he fallado a mi contrato y a los objetivos encomendados en Insignia Regional. Despídeme ahora, no mañana, si es que no soy lo suficientemente silenciosa, sino hoy. Sé muy bien cómo salir de los atolladeros de mis caminos, así que puedo recuperarme del golpe.

Él esbozó una sonrisa leve por el ardor de sus palabras.

—Arienne —dijo Zarik agarrándole las mejillas. No podía controlarse más tiempo, pero tampoco iba a hacer un avance que podría cambiarlo todo—, estás equivocada si piensas que quiero que te marches. También estás equivocada si crees que no soporto tenerte cerca o que considere que eres una profesional incompetente —expresó con franqueza. Sabía que Arienne podía sentir su erección—. Mi país es mi responsabilidad y deber, el que tiene mi absoluta lealtad y prioridad. No dudaré en despedirte a ti o

cualquier persona por circunstancias que lo justifiquen, pero, esta vez, Arienne, lo has comprendido todo mal —dijo con una ligera sonrisa.

El pulso de ella empezó a latir desbocadamente. Las manos de Zarik, a diferencia de otros hombres que la habían tocado, no eran las de alguien que se dedicaba solo al trabajo de oficina, sino las de uno que sabía usar sus puños y las armas para defenderse. La cercanía física de él le nublaba la razón. Arienne no tenía idea de qué rayos estaba haciendo, pero sí tenía la certeza de que no quería apartarse.

—Si lo entendí mal, entonces, explícame —dijo mirándolo a los ojos.

—El deseo que he sentido por ti siempre lo consideré una distracción, así que he preferido mantenerte lejos. Esto es un gran inconveniente —expresó, mientras le acariciaba el labio inferior con el pulgar varias veces—. ¿Lo comprendes?

La declaración de Zarik la dejó ojiplática. Creía que siempre la había detestado. «Esto era una completa locura», pensó Arienne. Estar tan cerca de él se asemejaba a Ícaro tratando de volar cerca del sol y no querer quemarse. Esta era la primera vez que esos ojos negros dejaban la indiferencia y se convertían en pozos ardientes.

—Sí, pero eso no te da derecho a haberte comportado como un…

—¿Malnacido? —preguntó él completando la frase de buen humor.

—Algo así —dijo Arienne—. No quiero que me sigas tocando, Zarik.

Las caricias en los labios femeninos se detuvieron de inmediato.

—¿Son indeseados mis avances? —preguntó frunciendo el ceño.

Llevaba muchos años siendo muy consciente de las reacciones e interés de las mujeres hacia él, así que no creía que estuviese equivocado con Arienne. Ella tenía las pupilas dilatadas, el pulso acelerado, la boca ligeramente abierta, y su cuerpo estaba inclinado hacia el suyo. Pero nunca utilizaría este raciocinio, o experiencia, para imponer sus toques o caricias o hacer presunciones con alguien. Con calma dejó caer las manos a los costados y se cruzó de brazos, porque o si no, la volvería a tocar.

Arienne abrió y cerró la boca. Después miró hacia otro lado.

—No… —murmuró, porque se sentía fuera de su elemento. La pérdida del calor de las manos del príncipe en sus mejillas no le gustó—. No son indeseados.

Zarik soltó el aire que estaba conteniendo con suavidad.

—Arienne —llamó tomándole el mentón para que lo mirase—, ¿qué es?

—Esto no está bien, príncipe…

—Mi nombre es Zarik, así como el tuyo es Arienne. Lo hemos establecido a lo largo de esta conversación, así que no vas a cambiar de parecer súbitamente. Mientras no existan otras personas alrededor prefiero que me llames de esa manera. ¿De acuerdo? —Ella hizo un asentimiento—. Ahora, dime, ¿qué es lo que pasa?

—Te acabo de ver a punto de que una mujer te haga sexo oral —dijo con súbito enfado, porque creyó que él la estaba considerando una opción para suplir la faena interrumpida—. No soy el reemplazo de tus frustraciones, Zarik, si acaso las tienes, ni tampoco el envase de placer adicional en una lista de nombres.

—La escena que presenciaste no continuó cuando te marchaste —dijo consciente de que, si bien no estaba dándole explicaciones, sí dejaba claro el escenario que estaban atravesando ahora—. No eres un reemplazo, sino la razón de todas mis frustraciones de las últimas semanas y ninguna otra mujer me vale, Arienne.

—Lo que sea que creas que puede ocurrir no tiene sentido —murmuró, cuando él bajó ligeramente la cabeza—. Eres un príncipe y esto…

—¿Quieres apostar que estás equivocada? —preguntó rodeándole la cintura con una mano y sosteniéndole la nuca con la otra, mientras se miraban.

Arienne bajó las manos que había apoyado contra los pectorales de Zarik.

—Zarik —susurró e hizo una negación—, ni siquiera sé a qué le estoy apostando, porque, indistintamente de tu respuesta, la que saldría perdiendo sería yo.

—Un *affaire* discreto —dijo contra los labios de ella, sin tocarlos. Arienne quiso reírse, porque al parecer el príncipe creía que tenía experiencia—. Estarás protegida, Arienne, no te pondría en una posición en la que fueses señalada o humillada —replicó subiendo y bajando la mano sobre la espalda femenina.

Arienne se sentía delicada y fuerte al mismo tiempo.

Encajaban a la perfección en esta posición, no tan íntima. Zarik tenía la certeza de que en la cama serían fabulosos juntos. Su deseo por ella era innegable, así que necesitaba una respuesta clara que no diese pie a confusiones. El príncipe era consciente de que Arienne, debido a su formación y bagaje académico, sabía que él tendría que casarse con una mujer virgen y de sangre real. Esta medida era una de las reglas más arcaicas que conocía y que, cuando él fuese coronado rey, aboliría.

Él estaba tratando de aprender los modos occidentales sobre las libertades y equidad de género. No resultaba tan sencillo aceptar ciertos conceptos, pero Zarik no era un príncipe de mentalidad retrógrada. Por otra parte, un *affaire* era todo lo que podría ofrecerle a cualquier pareja, hasta que en el Consejo de Ley, junto al criterio y aprobación de los reyes, y su propia decisión, eligiera una prometida. Su destino no era reinar por amor, sino por deber y para dejar un legado en Nariem.

—Lo voy a pensar, ¿de acuerdo? —preguntó Arienne, sintiendo que, de repente, todo esto era demasiado para sobrellevar en una madrugada. Se apartó lentamente, porque conocía las responsabilidades de Zarik como heredero al trono—. No es algo que podría responder ahora con ligereza, porque compartir el cuerpo con otra persona jamás resulta algo banal. Hay mucho de por medio.

Ella necesitaba hablar con su mejor amiga, pues Malin sabía escuchar sin juzgar. No solo eso, sino que era una persona que la instaba a razonar y a no mentirse a sí misma. Esto resultaba difícil de afrontar, pero siempre era mejor una verdad que sacudiera los cimientos para reestructurarlos. Por otra parte, Arienne tenía la certeza de que el día en que decidiera contraer matrimonio lo haría con un hombre que correspondiera su amor y fuese el puntal de su progreso profesional.

Buscaba equidad y quería que el sexo fuese una parte importante con la persona que eligiera como su compañero de vida. Pero no quería hacerlo en desventaja de conocimiento. Por eso pretendía disfrutar la vida, adquirir experiencias que enriquecieran su álbum de memorias; quería disfrutar y expandir sus alas en todos los sentidos. Existía una diferencia entre la represión y la prudencia.

Ella podía ejecutar esta última, mas no la primera, porque su lado occidental siempre estaba presente. Arienne no compartía los tabúes de Oriente Medio, pero sabía manejarlos.

—De acuerdo, Arienne —dijo el príncipe mirándola—. Si es lo que requieres.

—Por ahora, acepto tus disculpas, Zarik —expresó con humor—. Las cuales dan cuenta de que, a pesar de tu arrogancia, posees un toque de humildad.

Lo percibía como un hombre que tomaba lo que quería en ámbitos profesionales, pero le gustaba constatar que él no aplicaba el mismo principio en ámbitos personales. De hecho, los hermanos Al-Sarkham tenían una fundación para ayudar a las mujeres víctimas de violencia y maltrato. El dinero era de fondos privados de la familia real, así que el Estado no podía intervenir o cerrarla. Si bien era un gran paso en una sociedad compleja, en la que una mujer era culpada y castigada, si sufría abusos de cualquier clase a manos de un hombre, aún quedaba mucho por hacer.

El príncipe enarcó una ceja, altivamente, pero sonrió de medio lado.

—Piensa en mi propuesta —replicó. Aunque su jodida erección era dolorosa, él sabía que no tendría alivio penetrando un cuerpo cálido a estas horas de la madrugada, pero su mano podría funcionar perfectamente—. No sirve de mucho tratar de ir contra la marea del deseo —le dijo al oído y luego le mordió el lóbulo de la oreja tenuemente. La sintió temblar y sonrió complacido—, porque la mejor forma de flotar y llegar a la orilla, en medio de la marejada, es sumergirse y dejarse llevar.

Cuando el príncipe se marchó, dejando su mundo vuelto del revés, Arienne regresó a la cama. Su cerebro había colapsado y, al fin, el sueño la atrapó.

Sin embargo, esta vez no fue un descanso plácido como hubiera esperado.

Cada cierto tiempo, los recuerdos de su infancia solían atraparla y la sacudían en medio de la noche, despertándola de repente. Arienne se levantaba bañada en sudor y con la respiración agitada. En esta madrugada ocurrió exactamente de ese modo. Ella apartó las sábanas y trató de calmarse. Más que una pesadilla era la sensación de que algo no terminaba de encajar. Como si fuese un

rompecabezas. Pero, por más que lo intentaba nunca lograba encontrar las piezas para darle sentido.

Todos guardaban secretos, pero el que Arienne mantenía no solo le pertenecía a ella. Ni siquiera lo había comentado con Malin. No se sentía capaz, porque implicaría recordar la expresión de desesperación, impotencia y dolor en sus padres.

Ella prefería evocar la imagen de Jamil y Tarina sonriendo. Siempre.

Fue a lavarse el rostro con agua fría al lavabo y luego regresó a la cama. Agarró un frasquito de aceite esencial de lavanda del cajón de su mesa de noche y aspiró varias veces el aroma. Solo cuando los latidos de su corazón se volvieron estables, ella soltó una exhalación, cerró los ojos. Al cabo de varios minutos logró dormirse.

CAPÍTULO 6

Arienne. 10 años de edad
Nariem

La parte más alegre del día para Arienne era cuando sus padres regresaban de la oficina y Jamil le contaba historias sobre los reyes de diferentes partes del mundo, mientras Tarina intervenía con sus propias anécdotas, durante la cena. La dinámica en la casa era serena y los Al-Kahaleel siempre tenían tiempo para su hija. Les daba igual qué tan complicada fuese la agenda de trabajo, pues procuraban que ella supiera que era una prioridad y que no la abandonarían. Fue así que Arienne dejó de mirar instintivamente hacia la puerta, tal como lo hizo durante sus primeros cinco años de vida en Londres, antes de ser adoptada, con temor a que un representante de servicios sociales apareciera y la llevara con otra familia. Su adaptación a Nariem no fue fácil.

Lo anterior tuvo que ver con que ella tenía un carácter muy independiente y también desconfiado. Además, provenía de una cultura diametralmente opuesta. Los Al-Kahaleel no erradicaron la esencia de su hija, incluyendo su cultura e idioma, sino que la moldearon para que pudiera tener una vida social más integrada y conociera más de su tierra natal, así como la adoptiva. Ellos no solían estar demasiado tiempo en Nariem, porque los viajes que realizaban por asuntos laborales eran frecuentes. Así que procuraban llevar siempre a Arienne, tutores incluídos, a los destinos pautados en la agenda. Esto último fascinaba a la niña por lo variopintas que eran las ciudades que visitaba, así como por los fastuosos hoteles y casas en los que se hospedaban.

Junto a sus padres había conocido reyes, dignatarios estatales, líderes de tribus nómadas e inclusive un par de actrices de Hollywood y Bollywood. Para ella, los rostros de esas personas eran borrones de

oropeles, brillos y sonrisas. A Arienne no le resultó difícil adaptarse a estudiar, durante los viajes con sus padres, en sitios distintos al aula de clases en Nariem. Sin embargo, la parte complicada fue hacer amistades, porque le daba temor a que la rechazaran. Lo anterior estaba relacionado a lo que había vivido los primeros cinco años de su vida en Londres. Ella salía del orfanato a las casas de acogida que, después de unas semanas, la devolvían a los servicios sociales como si se tratara de una encomienda y no un ser humano. Eso había dejado una huella profunda en Arienne. Sin embargo, los Al-Kahaleel le demostraban cada día que era valiosa, asegurándole que estaban para quedarse.

Ninguna niña debería experimentar la sensación de no ser suficiente o ser desechable. Pero el día en el que Arienne fue oficialmente adoptada y recibió su pasaporte nariemu todo cambió para siempre. La vida la impulsó a madurar desde pequeña, con más celeridad, porque sus circunstancias fueron atípicas. A pesar de los sinsabores, ella no era una niña egoísta, sino lo contrario. Se esforzaba en aprender todo lo que podía de sus padres, porque no quería decepcionarlos ni perderlos.

Los Al-Kahaleel no eran personas que se dieran de gritos cuando discutían, menos se mostraban fueran de control. Sus intercambios solían ser firmes, pero nunca inquietaban a Arienne. Sin embargo, esta noche la niña se levantó de la cama, porque escuchó la voz de Tarina en una mezcla de llanto y enfado. Su corazón se aceleró de inmediato, preocupada, y sintió miedo de que algo malo estuviese ocurriendo.

No quería dar a entender su presencia, porque no sabía con qué podría encontrarse al bajar las escaleras, así que salió despacio de su habitación. El reloj marcaba aproximadamente las once. Sus pasos fueron ahogados por el material de la gruesa alfombra persa del pasillo. Las voces de sus padres provenían del estudio que solían utilizar a modo de oficina y que ella usaba para tocar el laúd. Este era un instrumento de cuerda de las culturas árabes, más pequeño que la guitarra.

La puerta estaba ligeramente entreabierta. Esa fue la razón, sumado el silencio nocturno, de que Arienne hubiera podido escuchar a Tarina. La niña se mantuvo en una posición que le permitió ver de forma breve el interior sin delatarse. Notó que sus padres no estaban solos, sino que había un chico de espaldas a la puerta. Frunció el ceño. «¿Quién era él? ¿Iban a echarla?», se preguntó asustada. El intruso estaba sentado en una de las sillas, parecía delgado, aunque no podría decirlo con certeza. El cabello era negro, pero no existían detalles adicionales que pudiera

notar, porque para eso tenía que empujar más la puerta y esto no sería posible sin revelar su presencia.

—¡Me dijiste que había muerto! —exclamó Tarina, sollozando, mientras miraba a su esposo con incredulidad, para luego acuclillarse frente al chico—. ¿Cómo es esto posible? —preguntó, mientras extendía la mano temblorosa para acariciarle el cabello, pero luego se retractó y la bajó—. Yo creía… Yo… Lo siento tanto… Todo este tiempo te buscamos —murmuró—. Perderte fue lo más duro que vivimos.

—El único motivo por el que accedí a venir fue porque tenía curiosidad de recordar quiénes fueron las personas que me olvidaron y dejaron que me llevaran al desierto —dijo el chico en un tono impregnado de hostilidad y resentimiento.

—Oh, no, no —dijo Tarina con la voz rota—. Jamás te olvidamos. Los últimos años fueron un proceso de aceptación y resignación, pero jamás te hemos olvidado. Me aflige que hayas tenido esa idea en tu mente durante todo este tiempo, Khanul. Pero estamos tan agradecidos con Alá, porque estás aquí —susurró, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano, pero estas seguían cayendo a borbotones. La mezcla de dolor y alivio en su voz eran evidentes—. Ahora estás aquí —repitió.

—Las autoridades nos informaron que habían encontrado los restos de un niño con las mismas características tuyas en el incendio, y que no había nada que se pudiera hacer. Todos los datos coincidían y eran irrefutables —expresó Jamil mesándose los cabellos con agobio—. La tecnología de hace diez años no era la misma de ahora, así que aceptamos con dolor las pruebas de que ya no estabas con nosotros… Tus amigos de aquellos años continúan en prisión por lo que hicieron esa noche. Nos aseguraremos de que eso no cambie —dijo con determinación.

—No debiste enviar a buscarme, Jamil —expresó Khanul con indiferencia, porque esta pareja le daba lo mismo. Los reconocía como progenitores, porque recordaba haberse despegado de ellos muy pequeño, pero no experimentaba ninguna clase de empatía. A lo largo de este tiempo su familia de la tribu había sembrado en él resentimiento hacia la clase social pudiente de Nariem. Le habían explicado cómo oprimían a los tribales e intentaban diezmarlos con reglas de impuestos e irrespetaban sus tradiciones y linajes. Para él, los Al-Kahaleel pertenecían a este grupo—. La vida que tengo en el desierto es la única que conozco. Mi familia me rescató, me curó y me protegió cuando yo

lloraba pidiendo que ustedes llegaran a por mí. Pero jamás lo hicieron. Que esos agentes entraran en la casa de mis padres, hoy, amenazándolos con detenerlos si no me dejaban marchar, no se va a quedar sin castigo. Lo sé.

Tarina hizo una negación y agarró las manos del chico. Lo hizo con firmeza, aún cuando él intentó apartarlas. Ella era fuerte, así que mantuvo el agarre y lo obligó a que la mirase. A pesar de las lágrimas, Tarina poseía una determinación de acero.

—Tu entorno de nacimiento es este. Tú, eres nuestro hijo. Aunque no te haya parido, te elegimos. El día en que esos niños te encerraron, amarraron y golpearon, para después incendiar la cabaña del campamento infantil, contigo adentro, una parte en mí y en tu padre también murió —dijo con la voz rota. Se aclaró la garganta y siguió—: No tenía idea de que mi esposo había recibido una llamada del departamento de investigación, menos que inició un proceso de búsqueda sin decírmelo…

—Me da igual —intervino Khanul, empleando un tono de voz desafiante.

—No quería darte falsas esperanzas —irrumpió Jamil, para explicarle a su esposa—, tenía que cerciorarme de que esto no era una equivocación. Hemos sufrido suficiente… —apretó los labios al recordar el infierno de todos estos años—. Cuando me llamaron del departamento de investigación policial, para informarme que existió un error y que el caso había sido reabierto, me quedé en shock. *Lo último que hubiera querido es lastimarte, pero habría ocurrido si no hubiese tenido primero las confirmaciones de que Khanul nuestro hijo, el que creíamos muerto, vivía.*

—¿Por qué no te llamaron a la estación de policía? —preguntó ella.

—Porque saben que trabajamos para el Estado y al cometer un error tan brutal como este, el jefe de la policía sabe que se le avecina no solo una demanda millonaria, sino que más le vale colaborar en lo que haga falta. Así que exigí que todo ocurriese de un modo discreto y por eso trajeron a Khanul a casa. Este estudio es isonorizado, así que también fue algo táctico, porque no quiero que Arienne se entere, hasta mañana —dijo preocupado y sin saber que su hija estaba escuchándolo y llorando en silencio, ante la posibilidad de que Khanul la desplazara de la vida de ellos.

—Esto es demasiado impactante para mí —dijo mirando a su

esposo, en esta ocasión ya sin reproche, y luego fijó su atención en Khanul—: Hijo, este es tu lugar.

—No —zanjó el chico poniéndose de pie para apartarse—. El único motivo por el que estoy aquí es que hubieran amenazado a mis padres si no accedían a dejarme marchar con esos agentes. Ustedes dejaron de ser mis padres cuando yo grité pidiendo ayuda, pero me dejaron de buscar. Padres son los que me encontraron, a pesar de no tener lujos, e hicieron lo posible para darme cobijo. Quiero irme de aquí.

—Nunca dejamos de buscarte… —empezó Tarina con un nudo en la garganta. Se incorporó del suelo y Jamil le rodeó los hombros para darle apoyo, pero también para dárselo a sí mismo—. Eres menor de edad todavía y las personas que te cuidaron estos años recibirán una recompensa, pero no pueden quedarse contigo. Los documentos demostrarán que no son tus padres legítimos. Las autoridades los acusarían de cometer secuestro. No queremos que eso ocurra —dijo con entereza. La adopción de Khanul, ocurrida durante los primeros tres años de su matrimonio, fue un momento especial en la vida de ambos. Luego llegó la tragedia, pero el paso de los años les dio el regalo de tener a una hija maravillosa a su lado. «Ahora todo sería mejor», pensaba Tarina. Ella quería a su familia junta—. ¿Comprendes? —preguntó.

Khanul se cruzó de brazos y los miró con rabia.

—Tengo dieciséis años y puedo pensar por mí mismo. Esto que los rodea no lo quiero para mí. Prefiero el desierto —dijo. Su rostro demostraba contrariedad y resentimiento—. Quiero regresar a la tribu. Allá es a donde pertenezco. Mi hermano y yo trabajamos para ayudar en la casa, así que no pienso dejarlo de lado.

—No lo dejarás de lado. Si quieren venir aquí a visitarte son bienvenidos. Estamos agradecidos con ellos, porque te cuidaron —dijo Jamil consciente de la ligera marca de quemadura que tenía su hijo en el rostro y en la mano izquierda.

Durante un campamento exclusivo para familias adineradas de Nariem, al que iban niños entre los ocho y catorce años, un grupo empezó a hacer bullying *a niveles extremos contra Khanul. Los Al-Kahaleel no lo supieron, hasta que las autoridades los llamaron para darles la noticia del incendio. El campamento cerró, los dueños pagaron una alta idemnización a los afectados, el director fue a prisión por negligencia, y los pequeños delincuentes asesinos estaban en la prisión juvenil. Pero ahora que se había descubierto que Khanul estaba vivo, lo*

más probable es que quedasen libres. Sin embargo, Jamil tenía la intención de intervenir, manipulando las conexiones sociales de poder que poseía, para que cumplieran los años pendientes de condena.

—Si, después de que cumplas dieciocho años, aún quieres marcharte, lo entenderé —dijo Tarina con lágrimas rodando por las mejillas y apoyando la mano en el hombro del chico—. Pero, por favor, danos la oportunidad de demostrarte todo lo que tenemos para ofrecerte: nuestro cariño, soporte, y ayuda para que obtengas de regreso todas las oportunidades que te fueron arrebatadas. No quiero volver a perderte ahora que te hemos encontrado, Khanul. Por favor, quédate con nosotros.

—Ustedes, representan todo lo que mi tribu desprecia. Sé que los de su clase utilizan las leyes sin importarles los que vivimos en el desierto. Los nariemus nacimos para honrar las dunas, en libertad y con acceso a mejores situaciones de vida. ¡Mi familia pasó hambre y frío, pero los que nos ayudaron fueron los de las tribus amigas, no el Estado! ¡El Estado no lleva su ayuda al desierto salvo que necesiten servidumbre por contratar, salvo que quieran esclavos que paguen impuestos, y no es justo! Los reyes no deberían existir. Debería abolirse la aberración social que ellos representan. ¡No soy un traidor, no quiero vivir en este lugar, ustedes no son mis padres! —gritó gesticulando con las manos, ante la expresión atónita de Jamil y Tarina.

Arienne se acercó un poco más, silenciosamente. Jamás había visto llorar a su mamá de esta forma. Su papá parecía desolado y también consternado. Ella, en cambio, estaba boquiabierta. «¿La presencia de este chico implicaba que la dejarían de lado? ¿Tendría que regresar a Londres e iría con otra familia?». Decenas de preguntas empezaron a formarse en su mente y un escalofrío ansioso le recorrió la columna.

Toda esta conversación la llenaba de angustia y el tal Khanul le causaba desconfianza y miedo. Ahora que estaba él de pie, lo podía ver un poco mejor y notaba que era bastante larguirucho, nariz aguileña y expresión tanto contrariada como rabiosa. Ella no estaba habituada a la violencia ni a los gritos, pero él parecía no tener problemas en actuar de ese modo. Durante todo este tiempo, aunque quiso entrar para preguntar más información sobre lo que estaba sucediendo, había logrado mantenerse callada y ahogado sus sollozos. Sin embargo, ante los insultos contra sus padres y los reyes, soltó un quejido leve. En ese instante, Arienne se tapó la boca esperando a que no la hubieran

escuchado y contuvo la respiración. No tuvo suerte.

Lo que estaba sucediendo al interior del estudio se detuvo abruptamente.

Tres pares de ojos miraron hacia la puerta. Antes de que ella diera media vuelta y echara a correr hacia su habitación, Jamil abrió la puerta de par en par. La miró con una expresión de incredulidad y luego preocupación al notar las lágrimas en las mejillas sonrosadas. Tarina se unió a su esposo y juntos abrazaron a la niña que, por supuesto, empezó a debatirse entre los brazos de ambos. No quería que la castigaran por haber escuchado a escondidas, pues sabía que era mala educación. No quería decepcionarlos por haber contravenido las reglas. «¿Y si este era el motivo para que la enviaran a los servicios sociales de Nariem?», se preguntó sollozando y tratando de escapar a su habitación. Cerraría la puerta con seguro para que no la echaran.

—No quiero que me lleven… —hipó cuando se dio cuenta de que ni su padre ni su madre la soltaban. Ella hundió el rostro en el cuello de Tarina.

—Arienne, cariño —dijo la mujer con dulzura, a pesar de su corazón era una marejada de contradicciones por todo lo ocurrido con su hijo al que creyó muerto tantos años—. Mírame, por favor, todo estará bien —pidió con suavidad.

—Hija, no estamos enfadados, solo nos sorprendimos porque creíamos que estabas dormida —dijo Jamil—. ¿A dónde crees que te van a llevar? —preguntó, consternado de que la niña hubiera escuchado la conversación. Miró a su esposa en una comunicación silenciosa, comprendiendo la razón de las lágrimas de su hija.

—Lejos de ustedes, porque escuché a escondidas… —dijo apartando el rostro del cuello de su mamá. Al hacerlo y mirar por sobre el hombro de ambos, que estaban acuclillados frente a ella, notó la expresión de odio de Khanul—. Porque él es su hijo, entonces, pues… —tembló ligeramente—. Yo… Tal vez, ya no me quieran aquí… Y yo no me quiero ir… Por favor, no me quiero ir —dijo soltando varias lágrimas.

Jamil le limpió las lágrimas con los pulgares e hizo una negación.

—Tú eres nuestra hija, tesoro, ¿cómo crees que te vamos a dejar marchar con las alegrías que nos das desde que te conocimos? —dijo Tarina—. Te amamos y la presencia de Khanul ha sido una bella sorpresa. Eso significa que tienes un hermano.

—No quiero tener nada que ver con esa niña que ni siquiera es

nariemu —intervino el chico mirando a Arienne como si no tuviera derecho a existir. Se acercó con una actitud amenazante. Los Al-Kahaleel, aún bloqueando la salida del estudio, rodearon los hombros de su hija—. ¿De qué callejuela se sacaron a esta rubita? —preguntó con desdén y satisfacción al notar que la niña arrugaba el rostro, ofendida.

—Entiendo que todo esto es complicado, pero vamos a resolverlo juntos —dijo Tarina con una expresión conciliadora y más calmada. Sabía que tendría un gran reto por delante para tratar de que su familia se adaptara a este gran cambio—. Este es el hogar de los cuatro, así que tenemos mucho por compartir por delante. Ella no fue encontrada en ninguna callejuela, a ti tampoco, Khanul. Ustedes fueron niños que el destino nos trajo —aclaró—. Y dan igual las circunstancias que nos unieron.

Khanul hizo un gesto burlón con la boca. Mitad cinismo y mitad desprecio.

—Quítense de mi camino. Quiero volver a mi tribu —replicó el chico cruzado de brazos y respirando con dificultad—. Estoy retenido en contra de mi voluntad.

—Entonces aprenderás que la libertad de movimiento es un derecho, pero, en este caso en particular, debes ganártelo. No te faltará nada, aunque no volverás al desierto. Las comunicaciones con las personas de la tribu serán vigiladas —expresó Jamil—. No, no vas a reprochar al respecto. Si bien estamos agradecidos de que te mantuviesen vivos, los Higaru son una tribu que está bajo vigilancia de las autoridades por ayudar con información a las células rebeldes. No queremos que acabes en prisión o en situaciones de riesgo innecesario por buscar comida o ropa. Aquí no te faltará nada. Aunque entendemos que esta situación es muy dura para ti, las reglas de esta casa están hechas para cumplirse. Vamos a navegar juntos este camino, hijo.

—Khanul, ella es Arienne —dijo Tarina mirando a su hijo con expresión empática. Estaba apesadumbrada al notarlo tan hostil. Sin duda, tenía la huella de la crianza a manos de la tribu Higaru, considerada paria entre las mismas tribus—. Su nacionalidad es mitad británica y mitad nariemu. La amamos tanto como a ti. —Miró a su hija, quien estaba tensa y alerta. Si su esposo le hubiese avisado a tiempo, entonces Tarina sabía que habría podido manejar esta situación mejor. Pero no podía cambiar lo sucedido, sino tan solo intentar acoplarse—: Arienne, él es Khanul. Nuestro hijo, tu hermano, y espero

de todo corazón que ambos aprendan a conocerse y quererse.

—¡Por Alá, Tarina! —exclamó Khanul—. Esto es ridículo —dijo, agotado esta vez de intentar hacerlos entrar en razón—. No puedes obligarme a querer quedarme.

—Lo sé, pero puedo intentar que comprendas que no te abandonamos y que sí te buscamos. Podemos intentar que entiendas que no somos tus enemigos, así como nosotros aceptamos que la tribu que te adoptó tampoco son los nuestros.

El comentario consiguió que Khanul soltara los brazos y apartara la mirada. Era evidente que creía que los Al-Kahaleel querían remover los recuerdos de su tribu, pero al escuchar a Tarina se calmó un poco. No implicaba que estuviera a gusto.

—Hay un guardaespaldas asignado para ti —dijo Jamil con seriedad —. Puedes intentar huir, pero no vas a conseguirlo. No es un reto, sino una realidad. Somos diplomáticos y pronto te darás cuenta de que todo lo que te han enseñado en la tribu no es del todo cierto. Hay partes buenas y partes no tan buenas de Nariem. Intenta conocer siempre la otra parte de la historia, Khanul. Arienne es nuestra hija también. En esta casa no está permitida la violencia ni las agresiones verbales, ni físicas.

Arienne podía sentir miedo, pero también notaba cómo le temblaba la mano al chico. «A lo mejor era de enfado o a lo mejor nerviosismo o a lo mejor temor».

—Aquí siempre vas a tener comida —dijo ella tímidamente—. No te van a echar, porque a mí tampoco me han echado, a pesar de vivir cinco años con ellos.

Jamil sonrió por primera vez en toda la noche y Tarina se rio con suavidad. El ambiente pareció perder la tensión, al menos un poco, pero no duró demasiado.

—No me interesa tu opinión —dijo Khanul.

—No te la estaba dando. Solo te decía la verdad —replicó Arienne en un tono más serio, porque ahora que sentía el apoyo y amor de siempre de sus padres, entendió que no la dejarían de lado. Aunque todavía necesitaba entender cómo iba a compartir la atención, que siempre había sido solo para ella, con otra persona—. Mis padres no mienten y jamás rompen sus promesas. Te conviene saberlo —dijo con sinceridad. Jamil le dio palmaditas en la espalda y Tarina le acomodó un mechón de cabello rubio.

—Eres ingenua, niña —replicó Khanul. Luego, resignado a su suerte, miró a Jamil—: ¿Dónde voy a dormir y a vivir? —preguntó de mala gana a Tarina.

—Esto me ha tomado por sorpresa, así que esta noche te acomodaré en el cuarto de invitados. Mañana podremos charlar mejor de todo. ¿De acuerdo? —preguntó sin esperar respuesta—. Esta es tu casa, Khanul, y estamos felices de tenerte.

—Arienne —dijo Jamil mirando a su hija—, no importan los imprevistos que hallan en nuestra familia. Lo que jamás va a cambiar es cuánto te queremos. ¿Sí?

—Vale… —replicó.

—Ya es tarde. Mamá se quedará ayudando a Khanul a instalarse, mientras yo te acompañó a que vuelvas a dormir —dijo Jamil—. Vamos, que mañana hay escuela. Ya es medianoche y se aproximan los días de exámenes finales. Debes descansar.

Arienne hizo un asentimiento. Ahora que sus padres le habían asegurado que este reencuentro, con el primer hijo adoptivo de ambos, no era una amenaza en cuanto a afecto, atención y estabilidad para ella como parte de la familia, se sintió un poco más tranquila. Sin embargo, tenía muchas dudas sobre la historia de Khanul. Resultaba obvio que él no estaba interesado en quedarse alrededor, pero ella estaba segura de que, poco a poco, empezaría a entender lo genial que era la vida que tenían.

Así que decidió poner en práctica un consejo que siempre le daba Tarina cuando había niños tímidos o que preferían mantener la distancia de otros, más que ella al menos, en las fiestas o eventos infantiles a los que asistía. «Nunca sabrás lo que otras personas pueden estar viviendo, lo mejor es no juzgarlos prematuramente. Siempre utiliza una sonrisa o un gesto amable, que sea sincero, si quieres darles a entender que quieres ser su amiga o conversar con ellos. Si te rechazan no pienses que es contra ti o que hay en ti algo malo. Solo sonríeles y sigue tu camino, porque ya lo intentaste. Esto, querida hija, es muy importante: intentarlo». Ella miró al chico.

—Khanul —dijo Arienne, mirando por sobre el hombro, antes de salir con su padre—. Luego del desayuno, antes de irme a la escuela, puedo mostrarte mi colección de estampitas de todos los países que he recorrido con papá y mamá. ¿Qué tal?

—No, gracias —replicó el chico dándole la espalda, mientras

agarraba la maleta que los agentes le exigieron armar con todas sus pertenencias. Lo más duro fue despedirse de sus padres y su hermano, Phuma—. Mantente alejada de mí.

—¿Por qué? —preguntó con suavidad. No le gustaba hablarle a la espalda de las personas, pero imaginaba que no había otro remedio con Khanul.

—No eres mi hermana y nunca voy a considerarte como tal. Así como tampoco considero que Tarina y Jamil son mis padres. Me iré pronto de aquí.

—Son solo dos años, como dijo mamá, luego puedes decidirlo —murmuró.

—Déjame en paz —replicó.

—Te haré un recorrido de la casa y te explicaré cómo funciona cada aspecto, Khanul. Después iremos a tu habitación para que puedas ducharte y descansar. Mañana empieza un nuevo día para nosotros, los cuatro Al-Kahaleel —intervino Tarina. Luego le dio un beso de buenas noches a Arienne, mientras veía a Jamil marcharse con la niña para asegurarse, esta vez, que durmiera sin interrumpciones.

Ante el rechazo de su oferta, Arienne dejó caer los hombros. Soltó un bostezo que fue acompañado por un hipo. Elevó el rostro hacia su padre y se rio con suavidad. Este hizo lo mismo y la llevó primero a por un vaso de agua a la cocina, mientras le explicaba que no tenía que sentirse desmotivada por el rechazo de su otro hijo.

Luego fueron escaleras arriba. Jamil le dio un abrazo, no sin antes decirle lo orgulloso que estaba de que fuese una niña generosa al haberle ofrecido a Khanul mostrarle su valiosa colección de estampillas. Después se marchó cerrando la puerta.

Una vez que Arienne estuvo acostada en la cama, la casa volvió a estar en silencio, tal como era lo habitual. Ella imaginaba que Khanul rehusaba hablarles a sus padres. Pero si ellos habían elegido a ese chico como su hijo, así como la eligieron a ella, entonces implicaba que en el fondo él era buena persona. Arienne seguiría el consejo de su madre de no juzgar antes de conocer los hechos. Después de haber escuchado parte de la conversación, era obvio que el chico había estado en manos de las tribus que vivían en áreas inhóspitas o alejadas de las urbes modernas.

Además, ¿cómo podía Khanul hablar mal de los Al-Sarkham, que solo buscaban ayudar al país? Ella jamás había conversado

directamente con los príncipes ni tampoco los conocía en persona. Pero siempre en la televisión solía pasar documentales o noticias de ellos. Le parecía que el mayor de todos, Zarik, era demasiado serio. El menor, Bursit, lucía más divertido. Pero Arienne admiraba la compostura y formas de vestir de la princesa Dhalia, quizá porque era la más cercana a su edad y por eso podía identificarse con ella. De hecho, le encantaba mirar las revistas en las que hablaban de los vestidos que la princesa usaba y sobre los lugares que visitaba, junto a la reina y el rey. Nariem era un gran país y la familia real muy querida. Ella no comprendía cómo podía Khanul desear que no existieran.

Arienne jamás pensó que podría existir un nuevo integrante en su familia, menos que tuviera una historia tan terrible. Ella siempre escuchaba los relatos de sus amigas, en la escuela, sobre los hermanos que tenían. Secretamente, Arienne se había preguntado cómo habría sido si hubiese tenido hermanos. Ahora, el destino le estaba dando la posibilidad de averiguarlo. No compartían lazos de sangre, claro, pero sus padres le enseñaron que la elección para amar a otro ser humano y considerarlo familia no tenía relación con el ADN. La perspectiva de un hermano la emocionaba, porque implicaba que tendría una persona más con la que podría conversar y llamar familia.

Con eso en mente, la niña cerró los ojos y soltó una exhalación.

¿Cómo podría prever, en su inocencia, que buscar el lado bondadoso de Khanul la llevaría a experimentar el desespero de la incertidumbre y el dolor?

CAPÍTULO 7

El gran salón Tawasae del palacio real había recibido a varios integrantes de los círculos de poder del Estado, entre ellos el rey y los dos príncipes. Algunos de los tópicos que se discutieron tomaron más del tiempo previsto, así que el reloj contaba cinco horas desde que inició la reunión. Al menos, el presupuesto para Insignia Regional había sido aprobado, treinta minutos atrás, para beneplácito del equipo del príncipe heredero. La discusión fue tensa, porque varios de los representantes no consideraban importante avalar un incremento financiero para un proyecto que generaba incomodidad debido a su naturaleza. Sin embargo, el príncipe Zarik realizó una contundente exposición de las tendencias y estadísticas recabadas desde que empezó a desarrollar su plan. Lo anterior zanjó por completo más objeciones.

—Antes de terminar esta junta, su majestad, sus altezas reales y señores representantes, creo que existe un tema pendiente de resolver que considero oportuno exponer —intervino Mudhar Vadal, vinculado a la cartera legislativa de relaciones bilaterales—. Nariem requiere una decisión rápida y que cumpla con el propósito ancestral de unión de los pueblos. La alianza más significativa y duradera que asegurará el progreso en muchos frentes —dijo, desde el podio del escenario central, rodeado por mesas que formaban una gran U ante él—. Me refiero al vínculo matrimonial del heredero al trono de Nariem con una mujer de sangre real, cuyo país de origen enaltezca los valores morales y económicos de nuestra nación. Pero, en especial, que posea los recursos y conexiones para ampliar la bonanza nariemu. Esta sería la vía más rápida que resolvería actualmente muchos frentes al mismo tiempo.

Al instante, en la sala se levantaron varios murmullos. Todos empezaron a hablar al mismo tiempo en tonos quedos. El rey elevó la mano y se hizo silencio. Zarik estaba sentado, junto a su padre y su hermano, en la mesa principal. Procuró que sus manos permanecieran aferradas a los brazos del sillón de oro y madera, en lugar de apretar los puños. No imaginó que un tema como este fuese a exponerse, pero Mudhar era un hombre que no dejaba pasar las oportunidades. Esta ocasión, al estar reunidos inclusive varios integrantes del Consejo de Ley, resultaba óptima.

Sin embargo, el comentario del hombre estaba fuera de lugar. Que sugiriese meterse en asuntos propios del círculo más cercano de asesores de la familia real, creyendo que el matrimonio de Zarik le ahorraría tiempo de trabajo al Estado, era una bizarra desfachatez. El príncipe no podía intervenir en este instante, por más que quisiera, porque primero tendría que hacerlo su padre por un asunto jerárquico.

El rey era la clase de líder que prefería escuchar todas las versiones, en cualquier escenario. Después, sus resoluciones eran contundentes. Incontables personas habían sufrido la furia del rey en forma de expulsión de círculos de poder, altas penalidades económicas y también siendo despojados de sus cargos de forma inmediata. No obstante, el rey Soldon tenía un lado compasivo, aunque lo usaba mesuradamente.

—Su majestad y altezas reales —intervino otro legislador, Tham Radam, en tono respetuoso—. Concuerdo en que este es un punto importante que se suma a los cambios que está atravesando Nariem. Es la única solución pronta y con efecto a largo plazo. Sugiero hacer una votación y elegir las casas reales de los países que tienen mejores perspectivas para consolidar la posición de nuestro país en la región, a través de un matrimonio real —expresó notando la aprobación de varios de sus colegas.

Zarik sentía ganas de levantarse y darle un puñetazo a este hombre. Lo enfureció que expusiera un asunto que no le competía para hacerlo pasar como parte de una puta agenda socio económica. Si bien su matrimonio poseía implicaciones de Estado, él no tenía porqué discutirlo con estos idiotas. El trabajo de elección de una prometida era para sus asesores más cercanos y el veto final era suyo, sumada la aprobación de los reyes y un par de representantes

del Consejo de Ley.

Pero el legislador Radam no estaba, al parecer, dispuesto a callarse todavía.

—Además, hoy he tenido la grata sorpresa de encontrarme con la hija de unos amigos del país y que hace varios años ya no están entre nosotros —continuó Radam con elocuencia—. Se trata de la doctora Arienne Johansen Al-Kahaleel. En esta jornada ella es parte del equipo de asistentes del visir del príncipe heredero. Le propongo a la sala que, por haber sido hija de diplomáticos, sea considerada para los temas que debería tratar una mujer: la familia, no la política —dijo. Al hacerlo se escucharon risas quedas como si estuviesen de acuerdo—. Es decir que sea vinculada al proceso de elección de la prometida de su alteza real, el príncipe Zarik.

Arienne, que se había mantenido en un discreto silencio detrás de los asesores oficiales de Zarik para este evento, se quedó de piedra. Sendas miradas empezaron a buscarla entre los asistentes, porque, para bien o para mal, muchos sí la conocían debido a las reuniones a las que había acudido junto a sus padres. No era difícil, pues era la tercera mujer en la sala y estaba en el grupo de Hamur. Un nudo en la garganta e inexplicables ganas abandonar el lugar se apoderaron de ella, pero no podía.

Antes de entrar al salón, Arienne se había encontrado con Tham. Cuando este le preguntó qué estaba haciendo en una junta de carácter reservado, ella se lo explicó brevemente. Lo que menos hubiese esperado es que la dejara en evidencia o que se creyera en la potestad, por haber sido amigo de sus padres, de exponerla de esta manera. Menos le gustó que denostara su capacidad intelectual y la redujese a una simple mujer con criterio solo para asuntos de familia. «Misógino de mierda».

Estar ante el escrutinio público no la incomodaba, pero sí el motivo detrás. ¿Cómo iba ella a hacer comentarios sobre la idoneidad de las candidatas para futura reina de Nariem? La idea de mencionar alabanzas o puntos débiles de otra mujer, con la que Zarik pudiera relacionarse íntimamente para procrear un heredero, le escocía. De hecho, la perspectiva le parecía humillante y nauseabunda. Además, ella no se había quemado las pestañas estudiando para ayudar a elegir aspirantes a esposa.

—¿Permiso para retirarme? Creo que he completado mi parte —

preguntó en un murmullo muy leve tras la espalda de Hamur, pues este estaba acomodado en la fila delante de la suya. La respuesta del visir fue agarrar un esferográfico y moverlo sutilmente de izquierda a derecha. *No*. Así de simple y fácil de comprender.

—Doctora Johansen —dijo Hamur mirando por sobre el hombro con eficiente disimulo—, por favor, mantenga al día los detalles de la jornada. Salvo este.

—Por supuesto —susurró, porque sabía que era la forma del visir de recordarle que ignorase a esos legisladores—. Los puntos importantes quedarán resaltados.

Arienne permaneció sentada y entrelazó los dedos de las manos entre sí y bajó la mirada para fijarse en las notas que había redactado. Prefería no hacer contacto visual con nadie, porque sus ojos verdes darían a entender fácilmente cuán cabreada estaba. Resultaba evidente que gran parte de este salón consideraba a las mujeres como ciudadanas de segunda categoría y cuyas credenciales académicas no servían sino de nimios adornos. El comentario del legislador Tham se lo acababa de ratificar.

Su cabeza intentaba distraerse de las idioteces de los carcamales que la rodeaban, pero su ruido mental fue interrumpido cuando resonó la voz del monarca. De inmediato, el salón se volvió silencioso y todos observaron la mesa central, en la que estaban los dos príncipes y el rey presidiendo la reunión. Ellos no necesitaban acercarse al podio para hablar; un asistente les facilitaba el micrófono.

—Si bien este es un asunto de Estado, legisladores Vadal y Radam —dijo el rey en un tono de voz serio y moderado. Arienne sí elevó la mirada esta vez, algo nerviosa, porque cuando el rey intervenía era capaz de cambiar el rumbo de toda la reunión y la obediencia era la única opción—, mi sucesor al trono, el príncipe Zarik, conoce cabalmente sus obligaciones. No les compete, como integrantes de la Cámara de Representantes, intervenir al respecto. Consideraré que sus comentarios fueron de buena fe y producto de una salida de tono accidental, en medio del interés por continuar la mejora de Nariem, en lugar de un exabrupto ofensivo y fuera de lugar. Existe una línea fina entre lo público y privado, pero al ser individuos intelectualmente capacitados sé que pueden comprender la diferencia. ¿He sido claro, señores legisladores, y demás

representantes? —preguntó de forma retórica a la sala.

—Sí, su majestad —murmuraron todos, casi al unísono, incluidos Vadal y Radam. Los dos hombres inclinaron la cabeza a modo de disculpa y respeto.

Zarik miró a su padre. El rey Soldon hizo un breve asentimiento, porque conocía a sus hijos muy bien y no solía necesitar palabras, a veces, para entenderlos.

—Señores —dijo el príncipe en tono firme—, los diversos temas tratados hoy, en especial Insignia Regional, no están vinculados a la elección de mi futura esposa. Aunque algunas de mis decisiones personales pudieran estar asociadas con el Estado, en cierta medida, no están sujetas a votación ni inspección colectiva —miró a todos con determinación, pero evitó a propósito mirar a Arienne. No quería desconcentrarse—. La doctora Johansen Al-Kahaleel tiene un trabajo como asesora política. Sugerir que utilice sus conocimientos para una causa que no le compete es un desatino. Mi estatus civil no es una ley que tenga que discutirse. Les agradezco el interés, así como también que mantengan sus agendas lejos de la mía, salvo que sean temas vinculantes y objetivamente profesionales —concluyó con firmeza.

Cuando Zarik entregó el micrófono, el rey Soldon tomó la palabra y dio directrices sobre otros aspectos. Luego intervino Bursit para expresar la necesidad de cambiar varias políticas de seguridad, porque eran precisas para la negociación que él estaba llevando a cabo con Qataram en tema armamentístico. Solo una hora después, la junta llegó a su final. Pero, en ningún momento, Arienne buscó la mirada de Zarik. Lo único que ella quería era irse lo antes posible, porque estaba de pésimo humor.

Le agradeció a Hamur por la oportunidad de tener esta experiencia. No era usual que una mujer estuviera en un salón con altos mandos nariemus, misóginos aparentemente en su mayoría, pero le servía de referente para su carrera. Esta vez, su desafío particular consistió en no llevar el hiyab, pues, aunque fuese opcional que las mujeres lo utilizaran, para estos hombres sí era imperioso su uso. Arienne se sentía muy satisfecha de su decisión. Aunque, eso sí, su estilo de vestir lo había elegido meticulosamente: pantalones anchos de tono oscuro, blusa de cuello alto y mangas largas, zapatos de tacón, cabello recogido en una trenza elegante y

maquillaje discreto.

Por otra parte, que el príncipe heredero hubiera negado la sugerencia de Tham Radam, le generó una sensación de alivio a Arienne. Lo bueno de todo esto era que había logrado aclarar su cabeza y decidió que rechazaría la oferta de ser la amante de Zarik. No quería complicaciones. La experiencia del sexo la podría buscar en Londres, la próxima vez que visitara a su mejor amigo. Ella confiaba en el criterio de Lucianno y sabía que le presentaría a alguien, que no sería un cretino, para esta aventura.

Arienne recogió sus pertenencias y salió del salón.

Ella ya había estado en otras ocasiones en los alrededores del impecable y lujoso palacio, en actividades puntuales con sus padres, así que no le era del todo desconocido. Al menos, las áreas sociales. Pero, porque era lo correcto, le pidió a uno de los guardias que le indicara en dónde estaba el aseo más cercano. Sin embargo, para acortar camino y poder marcharse pronto, ella optó por un atajo que creía recordar de años anteriores. Pronto se dio cuenta de su error y de que estaba en una zona diferente a la esperada, porque se habían realizado remodelaciones.

Arienne maldijo por lo bajo. Ni siquiera tenía el móvil, porque se había levantado a toda prisa y se le olvidó en casa. No quería que la encontrasen deambulando en el palacio, porque la guardia real la podría detener. Ella tenía las credenciales de acceso, pues había pasado los estrictos filtros de seguridad para ingresar a la junta, pero eso no iba a eximirla de pasar un momento incómodo.

—¿Qué hace aquí? —preguntó una voz femenina a su espalda.

Arienne se giró de inmediato llevándose una mano al corazón. Asustada.

—Princesa… —murmuró al instante al reconocerla—. Lo siento, yo…

—¿Arienne? —preguntó Dhalia con una sonrisa—. Oh, por Alá, cuánto tiempo sin verte, ¡qué ilusión! —expresó acercándose para darle un abrazo que la otra chica devolvió con afecto—. Nada de princesa —se rio meneando la cabeza—. Jamás hemos tenido formalismos entre las dos, así que no vas a empezar ahora, eh.

—Esta sí que es una verdadera sorpresa, Dhalia —sonrió—. ¿Qué tal va todo en Londres? Han sido un par de años desde la última vez que coincidimos.

La princesa hizo un asentimiento.

—Me queda poco para acabar la carrera de medicina en Inglaterra, pero siempre vengo a Nariem para participar en actividades filantrópicas con mi madre. De hecho, esta mañana estábamos en el oeste de la ciudad inaugurando una escuela para niños con dificultades motrices. Solo vine al palacio para saludar a mi padre, pero ya tengo que marcharme a otro evento —miró el reloj—. Cada vez que estoy en el país, la agenda que tienen preparada para mí no me da un respiro —se rio—. ¿Qué hay de ti, Arienne? Me contó Lucianno, la última vez que lo vi en la apertura de una galería de arte en Notting Hill, que ya tenías tu título doctoral en ciencias políticas.

Arienne le hizo un resumen de sus últimas semanas, sin mencionar nada sobre Zarik o lo imbécil que se había comportado durante ese tiempo. Le comentó sobre la importancia de Insignia Regional y que se sentía orgullosa de ser parte de ese plan.

—En conclusión me quedan algunas jornadas muy largas para lograr que Cumbre Global Shara sea un rotundo éxito —dijo Arienne—. Es un trabajo interesante y quiero que el proyecto tenga el impacto que este país merece.

Ambas mujeres se habían conocido en una actividad cultural, cuando eran adolescentes, y desde entonces se llevaban bien. Luego, durante el tiempo en el que Arienne estaba a punto de terminar sus estudios universitarios en Londres, volvieron a coincidir. Esa vez fue en un *pub*, por amigos que no sabían que tenían en común, entre esos Lucianno Moretti. Formaron un grupo y hubo varias salidas de fiesta, las cuales propiciaron que ambas mujeres se volvieran cercanas. A esas idas de *pub* en *pub* solía unirse Bursit, cuando visitaba a su hermana en Inglaterra, a diferencia de Zarik, cuya agenda nunca había coincidido con la de Arienne fuera de Nariem.

—Estoy segura de que te irá muy bien. Aunque trabajar para mi hermano mayor debe ser un quebradero de cabeza —sonrió—. Es muy tozudo, pero visionario —dijo con convicción, porque era la verdad—. Me quedaré unos días más en el país y haré una reunión con amigos en mi palacete. No sé si lo sepas, pero llevo años que me independicé. Así que quisiera invitarte y así poder conversar con más calma.

—No lo sabía, pero será genial conocer tu palacete. Gracias por

invitarme. Será como en los viejos tiempos en Londres, pero sin el exceso de alcohol o amanecidas con jaquecas —replicó riéndose, mientras anotaba en un papel, porque no tenía el móvil, la dirección de la princesa y, al mismo tiempo, le dictaba la suya.

Dhalia soltó una risa suave e hizo un asentimiento. La princesa tenía veintitrés años y su estilo de vestir era sofisticado. En esta ocasión llevaba el cabello negro en un precioso tocado y joyas de esmeraldas con diamantes. El maquillaje destacaba los profundos ojos cafés y las tupidas pestañas, propias de las mujeres de Oriente Medio, así como los pómulos altos. Su contextura era grácil, así como esbelta y delicada.

—Te enviaré con mi asistente una invitación, así mis guardaespaldas pueden leer el código y sabrán que no hay infiltrados —dijo como si fuese lo más natural del mundo; en su mundo lo era, claro—. Se trata de una tarde de música en vivo, té y también juegos de mesa. Ya sabemos que aquí en el país no hacemos apuestas, porque es contra la ley —le hizo un guiño—, pero ser princesa tiene ciertas ventajas. —Arienne soltó una risa—. Por cierto, ¿hacia dónde te dirigías? —preguntó de pronto.

La mujer de cabellos rubios recordó el porqué se encontró con Dhalia.

—Estaba buscando un lavabo, además de que necesitaba un poco de aire fresco, y recordé que había uno cerca de la biblioteca que queda junto al jardín —explicó—. Pero creo que me confundí. De hecho, habría pasado un momento complicado si los que me hubiesen encontrado hubieran sido los guardias reales.

Dhalia esbozó una sonrisa y ladeó la cabeza.

—Mamá decidió cambiar algunos aspectos significativos cuando los tres hermanos optamos por vivir fuera del palacio. Puedes ir a mi antigua habitación, Arienne, porque tiene una vista preciosa hacia el desierto. Sube las escaleras, recorre el pasillo de la derecha hasta el final, es la penúltima puerta. Está el acondicionador de aire central encendido y el silencio te ayudará a relajarte, después de esa junta —explicó—. Le diré al jefe de seguridad que te deje pasar. ¿Vale, Ari?

—No hace falta —replicó—. Aprecio el gesto, pero con que me expliques cómo llegar a un lugar menos personal, y que sirva para mi propósito, es suficiente.

—Te considero una amiga de la casa, así como lo fueron tus padres —dijo con suavidad, porque era la verdad. Los Al-Kahaleel siempre fueron muy gentiles con ella cuando era una pequeña princesa—. Tómate tu tiempo y dejaré una orden de que te suban algo de comer, y luego te lleven a donde sea que necesites. Esa habitación no la uso hace años, así que no es como si estuvieras ocupando un sitio personal, Ari —explicó—. Según me comentaste, hace unos instantes, tienes libertad de comer en el sitio que te plazca. Pues, qué mejor, aprovecha este trato de tu amiga la princesa.

Arienne soltó una carcajada.

—Es muy generoso de tu parte, gracias —dijo, porque no había tenido precisamente un sueño reparador. La oferta de su amiga, la princesa, le venía estupendamente para respirar un poco del agobio en esa junta. Luego reorganizaría todo lo que tenía pendiente para volver a la oficina y su trabajo regular.

—¡Te veo en unos días, Ari! —exclamó Dhalia antes de marcharse.

Arienne empezó a subir las escaleras. No se sentía intimidada por la riqueza, aunque este fuese un nivel de brutal diferencia a lo que solía estar habituada. Los guardias reales del piso superior, tal como le dijo la princesa, no le impidieron el paso. Cuando abrió la puerta que le indicó Dhalia, Arienne esbozó una sonrisa. La habitación era preciosa, amplia y llena de luz proveniente del gran ventanal.

El acondicionador de aire, al igual que en el resto del palacio, mantenía la misma temperatura agradable. Cuando salió del baño llamaron a la puerta. No debería sorprenderla que todo fuese tan rápido, pero esa era la vida de privilegios a la que Dhalia estaba habituada. Una asistente le llevó una bandeja con humus, cordero asado y ensalada. La acompañaba una porción de higos con frutas y un vaso de zumo de uvas. El estómago le hizo *run-run* y disfrutó en silencio de la comida. Al terminar, satisfecha y también somnolienta, fue hasta el ventanal que tenía vista al desierto.

El reloj le indicaba que todavía tenía una hora antes de regresar a la oficina. Fue hasta la cama y se sentó sobre el colchón soltando una breve exhalación. Decidió que iba a cerrar los ojos tan solo veinte minutos y después bajaría para marcharse. Apoyó la cabeza

en la almohada y fue como si el material hubiera sido hecho para ella. «Solo veinte minutos», se repitió, hasta que su mente prefirió el silencio.

Después de que se hubiesen marchado los representantes políticos y consejeros del palacio real, así como su equipo de asesores, el príncipe fue convocado por el rey a una de las salas privadas que solo usaba la familia. Su padre era un hombre que sabía reconocer los logros de otros. De hecho, lo felicitó por los resultados y estadísticas recabadas, hasta el momento, en Insignia Regional. No solo eso, sino que también conversaron sobre los proyectos paralelos que Zarik desarrollaba, tanto comerciales como humanitarios, y en los que invertía gran parte de su tiempo.

El príncipe no pensaba que su padre lo hubiese llamado solo para reconocer su desempeño de esta jornada o sobre los últimos meses. Pero sí se sorprendió cuando retomó el tema mencionado por los dos legisladores en el salón Tawasae. Esto lo cabreó, porque creyó que el rey había comprendido que estaba priorizando aspectos más trascendentales a un puto matrimonio. De hecho, Zarik ya había empezado a dialogar con Hamur para analizar sus opciones en la elección de una esposa, pero a su propio tiempo. Su intención era comprometerse en seis meses y casarse en un año. Lo anterior le daba espacio suficiente para reorganizarse, al ritmo que le apeteciera.

Que su padre lo presionara para anticipar esa decisión no le sentó nada bien.

—He recibido un reporte de que los rebeldes se muestran cada vez más agitados con tu agresiva campaña de
pro-modernidad
. Los culpables de la emboscada fueron ejecutados en sus celdas por otros internos. —Zarik maldijo en silencio, porque pensó que más pronto que tarde podrían quebrar la lealtad de esos imbéciles y lograr alguna pista—. No se pudo confirmar tus sospechas de que el grupo Pamisaj, a través de sus líderes, los hermanos Tajari, estuvo detrás de todo el asunto —había dicho el rey frotándose la barba

abundante. Soldon era corpulento e intimidante.

—Esta situación no impide que dejemos de seguir la pista de los Tajari, porque en algún momento cometerán un error —había contestado al recordar el operativo que mantenía la vigilancia sobre ellos—. No habrá clemencia para ninguno, padre.

El rey había hecho un asentimiento breve.

—Sé que las amenazas de muerte no son ninguna novedad para nuestra familia, así como también que el grupo de seguridad que tienes actualmente está mejor equipado que antes. Pero ya existió un atentado que casi logró su objetivo principal: matarte. Esa vez tuviste suerte, pero la suerte no es un factor con el cual contar en el día a día. Nuestro país necesita de manera urgente un cambio de foco de atención.

—¿Qué es lo que sugieres, padre? —había preguntado sintiendo la espalda tensa. Él sabía el trasfondo del comentario, pero prefería escucharlo con claridad—. Porque, ciertamente, estamos en un período de transición que conlleva riesgos.

—La elección de una esposa, bajo tus términos y características, fue tan solo una concesión de mi parte. Pero has dejado el asunto sin concretar, Zarik. El tiempo se ha agotado. Nuestra gente necesita la certeza de que mantendrás las riendas con firmeza desde ahora, no que sigues siendo, para las revistas, el soltero de oro de Oriente Medio y Europa —había expresado con irritación—. Tu matrimonio y un heredero son el ancla que Nariem requiere, el futuro de nuestra familia, así que es tu deber otorgársela. A partir de hoy cuentas con tres meses para elegir esposa.

—Padre…

—Si en ese lapso no has tomado una decisión y esta no ha sido anunciada oficialmente, te revocaré el privilegio de elección. Luego designaré a la candidata que me parezca más adecuada para ser la próxima reina de Nariem —había zanjado sin darle tiempo a su hijo de hacer ninguna clase de réplica. Porque esta era una orden.

Él había observado a su padre, en silencio, varios segundos.

—No he olvidado mi responsabilidad —había aclarado con una calma que no sentía. Creía que todavía le quedaba más tiempo de aprovechar su libertad, antes de atarse a un matrimonio; más tiempo para lograr que la mujer a la que deseaba follar con ardor, hasta saciarse, aceptara ser su amante—. Se hará tal como estipulas.

El príncipe salió de la sala con la intención de regresar a su palacete y pedirle a su asistente personal, así como a Hamur, que coordinasen la visita a Mubián, apenas el calendario de la princesa Rihanon coincidiese con la suya. Aunque ella era la opción más lógica, por conexiones y asuntos económicos, el príncipe no descartaba la posibilidad de dialogar con otras personas de la lista que Hamur le había enviado.

No tenía idea la clase de exigencias «adecuadas» que podría considerar su padre, para elegir una persona como futura nuera, así que Zarik iba a darse prisa en tomar él sus propias decisiones, mientras le quedaba tiempo. Una mujer iba a llevar su apellido y su descendencia, así que pretendía ser quien eligiese su propio veneno.

Cuando estaba a punto de girar hacia la salida se encontró con su hermana menor. No solía ver a Dhalia con frecuencia, así que se detuvo para hablar. Pero su intercambio fue breve, porque ella estaba próxima a irse a un evento con la madre de ambos. Sin embargo, lo dejó con una inesperada información que retrasó su intención de abandonar los alrededores y disminuyó, a la vez, el efecto del ultimátum del rey.

Subió las escaleras y se dirigió hacia el sitio mencionado por Dhalia.

La idea de estar a solas con Arienne, en un entorno protegido de habladurías, le pareció estimulante. En toda la noche no había logrado quitar de su mente las fantasías en torno a ella, así como las formas en las que deseaba acariciarla y escucharla gemir su nombre, una y otra vez. Pero imaginarse en la cama con Arienne no fue un asunto de la noche anterior, sino de años. Años intentando relegarla de su cabeza, con éxito, eligiendo a otras mujeres, porque Arienne le parecía insoportable. Al menos esa fue la idea que se contó y se creyó durante un largo tiempo. Su fórmula de divertirse con amantes y enfocarse en su agenda oficial funcionó, hasta que volvió a verla.

Zarik llamó a la puerta un par de veces, pero no recibió respuesta.

Así que giró la perilla para constatar que Arienne aún estuviera dentro.

Desde el vidrio de la ventana se filtraba la luz del sol y esta creaba un halo tenue sobre los cabellos dorados volviéndolos más

brillantes. El pecho femenino subía y bajaba al compás de la respiración suave. Lo que menos hubiese esperado era encontrarla dormida. En reposo, la mujer seguía siendo una absoluta belleza. Pero, aunque hubiera querido contemplarla más que solo un minuto, él tenía un vuelo que tomar en unas horas, así que se obligó a hacer notar su presencia. La manera de despertarla no sería la más gentil, pero lo prefirió a quedarse de pie sin hablarle.

—Quizá debería considerar descontarte el resto del día de tu salario, pues al parecer disfrutas descansando en horas laborables —dijo la voz profunda de Zarik.

Arienne se levantó con rapidez, algo asustada y desorientada, porque no recordaba en dónde estaba. De forma instintiva agarró uno de sus zapatos de tacón y se lo lanzó al príncipe. Le dio de lleno en el hombro sin provocarle ningún daño. Luego intentó hacerlo mismo con el otro, pero Zarik se acercó rápidamente y le quitó el zapato de la mano para dejarlo a un lado. Durante esa súbita combinación de movimientos, los dos perdieron el equilibrio y cayeron, sobre el otro, en el colchón.

—¿Qué diablos haces aquí? —preguntó ella, agitada, elevando el rostro.

—Es lo que debería estarte preguntando yo a ti, porque son horas de oficina todavía, doctora Johansen —dijo en tono burlón con sus bocas a pocos centímetros de distancia. Podía sentir los pechos femeninos presionando contra sus pectorales y notar cómo Arienne encajaba a la perfección bajo su cuerpo. Las ganas que tenía de quitarle ropa y descubrir su piel empezaban a superarlo—. De hecho —murmuró fijando su atención en esos expresivos ojos verdes—, debería penalizarte. Esta noche viajo al Golfo Pérsico y tengo entendido que hacen falta las notas políticas, para que así pueda tener el informe final, que necesitaré para mis reuniones en Omán.

Las respiraciones de ambos eran ligeramente agitadas por la circunstancia. Ella podía sentir todo el exquisito peso de puro músculo sobre su anatomía, en especial la dureza que presionaba, a través de la tela de la ropa, contra su centro. Él estaba sosteniéndole las muñecas, con las manos, sobre la cabeza sin ninguna dificultad. Si bien podría instarlo a soltarla, Arienne no podría explicar el porqué no lo hacía.

Ese toque de sus pieles, sumada a la posición en la que se hallaban, envió una descarga potente de pura electricidad que les recorrió el cuerpo. Zarik frotó su nariz contra la de Arienne. Ella sentía que el corazón le iba demasiado de prisa y el aroma masculino del príncipe, junto a la colonia con toques amaderados y de sándalo, incrementaba la velocidad de su pulso. Esta no era la situación ideal para Arienne, porque, aunque en otras ocasiones había sentido deseo y excitación, su cuerpo jamás había parecido estar ardiendo. Su centro femenino se sentía cálido y húmedo.

—Zarik… —expresó consternada por la manera en que su cuerpo no atenía a las órdenes del cerebro que le gritaba que se controlase. Lo peor de todo era que él tenía razón. Ella tenía pendiente el envío de ese dato para la reunión en Omán—. No creía que esto pudiera pasar… Dhalia… Anoche no pude dormir… —farfulló más para sí misma—. Aún me queda tiempo para emitir el reporte —dijo con altivez.

El príncipe hizo una negación y se sintió complacido al notar cuánto le afectaba su cercanía a Arienne. El pulso de ella latía desbocado, igual que el suyo. Las mujeres, con las que solía tener sexo, se sometían a él con facilidad; ni siquiera tenía que intentar seducirlas, porque inclusive las ofertas para follar jamás le hacían falta. Pero eso no lo excitaba ni estimulaba. Lo que le gustaba a Zarik era la posibilidad de ganar dominio, así como la satisfacción de la conquista a base de esfuerzo. Lo anterior no era recurrente con las mujeres que lo rodeaban, pero sabía que esta rubia era distinta.

Él había notado que Arienne disfrutaba ante los retos y no se amedrentaba con los obstáculos del camino. De hecho, en estos instantes, la expresión de ella era retadora. Como si lo estuviera desafiando a que dijera algo que la instara a replicar con descaro y darle una excusa para apartarse. Él no se la daría, porque no era idiota.

—El tiempo de entrega era hace media hora —replicó en tono bajo—. Son las cuatro de la tarde, doctora Johansen. —Ella abrió y cerró la boca. «Los veinte minutos, en los que pensó que solo cerraría los ojos, se habían convertido en una larga hora», pensó, consternada por su falta de cuidado—. Una parte de mi equipo de trabajo ha sido incapaz de brindarme una respuesta definitiva para asuntos importantes, porque la persona a cargo de la parte política

decidió tomar una siesta a media tarde. ¿Crees que debería castigarte, Arienne? —preguntó en un tono sensual llamándola esta vez por su nombre de pila—. Porque tengo ideas creativas sobre cómo hacerlo. ¿Huh?

Arienne estaba embriagada de la masculinidad, fuerza y potencia que irradiaban de Zarik. Si pudiera hablar con su yo del pasado, le diría que algo como esto no solo era ridículo de imaginar, sino de aceptar como viable. Pero, aquí estaba, incapaz de apartarse y muy a gusto con las sensaciones que este escenario provocaba en ella.

—No tengo excusas, más que haber sido interrumpida esta madrugada por cierta persona, cuando estaba en la pacífica calma de mi hogar, así que tuve pocas horas de descanso. Luego me levanté muy temprano para cumplir con mi agenda, como era lo esperado. Eso es lo que diré en defensa por mi tardanza —replicó—. Puedo emitir el informe escrito o puedo decírtelo en estos momentos, Zarik.

Él esbozó una sonrisa de medio lado y le miró la boca.

—Esa interrupción en la madrugada te dejó una propuesta —dijo ignorando el asunto de trabajo—, si mal no recuerdo. ¿Has pensado al respecto?

Arienne se acomodó ligeramente, moviendo el cuerpo, y su gesto le valió un gruñido de Zarik. Ella lo miró y notó el fuego que se cocía en los ojos negros. Tragó saliva y de forma inconsciente se humedeció los labios. Él apretó la mandíbula.

—Después de ser expuesta como asesora política entre todos los representantes principales del Estado, así como ante el rey y tu hermano, lo que menos me apetece es tener complicaciones —dijo conteniendo las ganas de mordisquear el labio inferior de Zarik que lucía suave y provocador. Ella no solía fijarse en la boca de los hombres, sino en los ojos. Pero con este príncipe sus sentidos preferían estar en sintonía con todos los detalles, porque ninguno era menos atractivo que otro—. La respuesta sobre un *affaire* contigo es no. Además, tampoco hay suficiente química.

Zarik no pudo evitar soltar una carcajada ronca y profunda.

Por el temblor en la voz de Arienne, y la manera en que esos ojos verdes parecían una pócima sensual en ebullición, sabía que la decisión de rechazarlo no era la falta de química. Comprendía que

la carrera profesional y la reputación personal eran para ella importantes, pero él no era descuidado como para improvisar esta situación. Zarik tenía modos de ser discreto, porque era parte de su vida el actuar con bajo perfil en el plano privado, así que no perjudicaría a Arienne. Procuraría las medidas necesarias para que un eventual *affaire* con ella se mantuviese siempre en la ignorancia pública. Pero no iba a permitir que perdiesen la posibilidad de explorar la pasión que vibraba entre los dos, porque ella se negaba a enfrentar esa verdad.

—El último adjetivo que hubiera elegido para ti, Arienne, es mentirosa —dijo inclinando la cabeza, hasta que su boca quedó cerca de la oreja de ella—. ¿Sabes qué hago con las personas que intentan mentirme? —preguntó con sensualidad.

—No… —susurró sintiendo su piel en llamas, a pesar de estar vestida.

—Les demuestro, con pruebas, que están diciendo falsedades. Creo que esta es la ocasión perfecta para aplicar el mismo principio contigo de una manera muy específica y particular —le mordió el lóbulo de la oreja con suavidad y esta vez, ella soltó un gemido bajo —. Puedes pedirme que me aparte por completo si eso es lo que quieres —dijo y le besó el cuello. Aspiró el aroma exquisito del suave perfume que mezclaba toques de almendras y vainilla—. Aunque eso implicaría otra mentira.

—No necesito que hagas demostraciones —dijo y acomodó las caderas para removerse, pero al hacerlo el miembro erecto creó fricción contra su centro. Se quedó estática unos instantes, mientras el fuego que se desprendía de ambos parecía empezar a elevar más su calor—. Además, estar en esta posición tan escandalosa me impide tomar decisiones imparciales —expresó con altivez y satisfecha de que su tono de voz no flaqueara. No podía hacer nada por el pálpito inquieto de su traicionero sexo.

—El placer no es imparcial —dijo sonriendo contra el cuello femenino y mordisqueando el sitio en el que latía el pulso—. Se trata de dejarte llevar, entregar y recibir, hasta el punto en el que no te reconozcas, porque el instinto toma las riendas.

—En este instante no siento ningún placer —dijo Arienne. Zarik tan solo sonrió de medio lado, arrogante, porque las respuestas del cuerpo que tenía bajo el suyo comunicaban lo opuesto con

elocuencia—. No quiero ser una burla profesional por una indiscreción y tampoco voy a ser la amante de un hombre que va a casarse —zanjó esto último en un tono serio, ligeramente vulnerable—. ¿Te queda claro?

Él apartó el rostro del cuello para volver a mirarla a los ojos. Notó que parecía debatirse entre empujarlo para que se alejara o acortar la distancia de sus bocas para besarlo. No por placer, sino para castigarlo por agitar en ella el deseo carnal; por desequilibrar sus certezas y agitar la zona de confort en la que prefería habitar.

—Ninguna de las dos cosas van a pasar. La primera —dijo mordiéndole el labio inferior sin poder resistirse más. Ella dejó la boca entreabierta por la sorpresa—, porque seremos discretos. Segundo —le mordió de nuevo el labio inferior, pero esta vez halándolo ligeramente—, mi padre acaba de darme un plazo de tres meses para casarme, pero, hasta que eso ocurra, la mujer que quiero en mi cama eres tú. Cuando me case todo acabará —dijo esto último consciente de que no estaría con otra persona que no fuera su esposa, hasta que concibiera a su heredero. Además, tenía suficiente experiencia para saber que la novedad de un *affaire* se diluía pronto. Ninguna mujer había conseguido mantener su interés demasiado tiempo.

—No estoy interesada —replicó y maldijo en silencio el gemido que brotó de su garganta cuando Zarik movió las caderas haciéndola más consciente de la erección.

—¿No? —murmuró soltándole las muñecas. Apoyó las manos, una a cada lado de los hombros de Arienne, para mirarla—. Dos mentiras en unos pocos minutos.

Arienne contuvo la respiración brevemente. Nunca había visto los ojos de Zarik tan oscuros y llenos de ardor. Parecían resplandecer en llamaradas, abrasando sus sentidos y haciéndola sentir agitada bajo la intensidad de su mirada. Tragó en seco.

—Zarik…

—Con la experiencia que tienes como mujer, Arienne, luego de tu vida universitaria en Inglaterra, así como esos viajes por el mundo, creo que sabes muy bien la diferencia entre el placer, el deseo y la química —dijo instándola a separar las piernas para que lo sintiera mejor, aún con la barrera de la tela entre ambos, justo en el centro del sexo. Ella estaba sonrojada y su corazón latía como si

hubiese corrido un triatlón. Con lentitud, y mirándolo con desafío, ella separó los muslos—. Esos son los tres elementos que existen entre nosotros. Te lo voy a demostrar con pruebas, tal como te acabé de decir, porque es la única forma en que dejes de intentar mentirte.

Arienne abrió la boca para aclararle que su experiencia no incluía el sexo, pero Zarik inclinó la cabeza y le mordió un pezón erecto sobre la tela de la blusa. Eso nubló por completo la posibilidad de que ella le dijera lo erróneo de sus presunciones. Le impidió verbalizar que jamás se había acostado con un hombre. Su cuerpo tomó el mando. Ella arqueó la espalda y tomó el rostro del príncipe con las manos. Lo sujetó con firmeza, jadeante y acercándolo, pero no para que la besara, sino para que no volviera a torturarla mordiéndole el pezón de ese modo. Porque, Dios, lo que necesitaba era sentirlo piel con piel; esa boca sobre sus pechos, pero sin barreras. Esto era una locura y sentía que no tenía el control tanto como lo hubiera deseado.

—No te soporto —susurró con un jadeo cuando él contoneó la pelvis—. Este encuentro es indecoroso, prohibido y tu arrogancia es altamente irritante, Zarik.

Se preguntaba si él podría darse cuenta de cuán mojada estaba con la fricción que estaba ejerciendo en su centro. «¿Cómo sería si sus labios íntimos se abriesen a él, mientras el miembro se frotaba entre ellos?». Se sonrojó y apartó el rostro, porque no quería que notara lo mucho que lo deseaba, pues con esa misma intensidad intentaba negar su propia lujuria. Este hombre la llenaba de sensaciones viscerales.

—Este encuentro es una interesante coincidencia de tiempo y espacio. Pero no hace falta que me soportes, ni el decoro, para que yo desmienta tus mentiras sobre lo mucho que deseas esto como yo, *jamila*, hermosa —replicó con suficiencia—. Dime en este preciso instante que no deseas que te devore entera. Dime en este preciso instante que no anhelas sentir mis labios sobre los tuyos —exigió con el último hálito de autocontrol que le quedaba—. Si lo haces, me apartaré por completo.

—Eres despreciable —susurró, porque ambos sabían que no iba a pedírselo.

—Una vez más —murmuró muy cerca de la comisura de los

labios de ella—, tu aprecio no es requerimiento para sentir y disfrutar el placer, Arienne Johansen.

Sin darle tiempo a refutar, Zarik bajó la cabeza para reclamar esa boca que lo había tentado más allá de la razón. Su urgencia de probarla era irrefrenable. En un acto reflejo, pero consciente, Arienne abrió los labios para recibir la lengua de Zarik y entrelazarla con la suya. Le rodeó el cuello con los brazos, no sin antes quitarle el *keffiyeh*, para luego enterrar los dedos en el espeso cabello negro que había deseado acariciar. Él soltó un gruñido y se sumergió en la delicia del sabor de la tentación.

Si Zarik era fuego incandescente, Arienne era dinamita pura. Este beso conjuraba una mezcla de gemidos y ansias de devorar al otro; un intercambio de mordiscos que castigaban por motivos que ninguno podría verbalizar o comprender, pero que también premiaba con la satisfacción de provocar más anhelo y rendición.

Las manos de Zarik empezaron a desabotonar la blusa de Arienne con prisas. Ella lo dejó hacer lo que estaba buscando, mientras lo besaba febrilmente como si no fuese capaz de tener suficiente. Sus lenguas danzaban juntas, sus dientes chocaban con desespero y se mordisqueaban para probar la ambrosía que emanaba del otro.

Arienne quería todo lo que pudiera darle en esos instantes. No existía moral o restricción que la hiciera romper el hechizo que estaban fraguando juntos, entre gemidos y besos voraces. La descarnada pasión que ella experimentaba la sorprendía a sí misma, porque jamás había vivido estos niveles tan inconmensurables de necesidad y codicia por alcanzar el clímax; por encontrar la erótica liberación. No se reconocía en la mujer que ahora gemía con abandono bajo el tacto de Zarik, cuyas manos le recorrían el cuerpo en un proceso inconexo que parecía crear un mapa de ruta.

El príncipe estaba lleno de lujuria, lascivia y deseo, mezclados con una dosis alta de promesas prohibidas. Él continuaba frotando su sexo sobre el de Arienne, le dolía su dureza insatisfecha, pero esta vez su placer estaría en segundo plano. Quería penetrar la carne de Arienne, conocer su sabor y ensanchar su entrada más sensible con su miembro; quería hundirse profundamente en ella, conquistar cada recodo de su cuerpo. Antes de sucumbir ciegamente a sus anhelos sexuales, Zarik necesitaba que la respuesta de Arienne

a su propuesta de tener un *affaire*, que sabía que volvería a ser un «no» cuando la razón regresara por completo a ella, fuese una entrega voluntaria. Así que la solución sería volverla loca de necesidad, hasta que tanto la lógica y el instinto de la belleza rubia lo aceptaran por entero en una rendición que disfrutaría.

Los labios de Zarik apenas le permitían respirar, porque el único aire que necesitaba era el que él estaba ofreciéndole con cada paladeo de su boca. Sentía los pechos ligeramente pesados, los pezones doloridos y erectos, el sexo mojado y su piel vibrante. Él no dejó de besarla, hasta que sacó del camino la blusa y luego abrió el broche del sujetador. Zarik se detuvo por completo, jadeante, observándola.

—Arienne, joder, tus tetas son perfectas —dijo en tono gutural y reverencial al observar los montículos blancos coronados por picos rosáceos y puntiagudos.

—Zarik… —susurró recorriéndole los labios, inflamados por sus besos, con la yema de los dedos. Con la otra mano le acarició los cabellos—. Yo…

—¿Me vas a decir qué quieres? —preguntó inclinando la cabeza, mirándola con sensualidad y soplando aire cálido sobre uno de los pezones, sin tocarlo—. Porque, hasta que lo hagas, no voy a mamarte las tetas. Al contrario, te voy a torturar, poco a poco —sopló el otro pezón y notó cómo la piel se le enchinaba a Arienne—, hasta que no tengas más remedio que gritar lo que deseas por simple frustración.

Ella tenía los labios hinchados, por el beso tan brutal y erótico, y las mejillas sonrojadas. La manera en la que él le hablaba le causaba un cosquilleo en los sentidos; era crudo y directo. Por otra parte, Arienne no estaba habituada a verbalizar en temas sexuales lo que quería, pues a lo largo del tiempo solo se había dejado llevar por las caricias de los chicos con los que se permitió tener ciertas libertades. Pero Zarik era un hombre en toda regla y dominaba con aplomo. No quería sentirse inadecuada. Sabía que él había estado con mujeres sofisticadas, ella no lo era, ni pretendía serlo.

La certeza de la cantidad de amantes que habrían pasado por la cama de Zarik, le causaron algo muy parecido a los celos. Esto la descolocó, porque era ridículo. Así que optó por hacer lo mejor que se le daba cuando no tenía respuestas o explicaciones de sus propios

comportamientos: fingir valentía o conocimientos, sin tenerlos.

—Exactamente lo que estás pensando hacer tú conmigo —replicó Arienne en un modo que respondía sin hacerlo—. Ni más ni menos. Ahora, no te detengas.

Zarik soltó una risa ronca.

—Mmm, me gusta que tengamos la misma idea —dijo antes de cerrar la boca alrededor de la exquisita punta y empezar a succionarla.

Su mano libre amasaba el otro pecho con codicia. Si algo disfrutaba Zarik eran las tetas de una mujer, pero ningún par tenía parangón con las que tenía ante él. No solo tenían el tamaño perfecto, para caber en sus manos, sino que, con cada succión y lametazo, los gemidos que arrancaba de la garganta de Arienne resultaban un glorioso estímulo que impactaba directo a su miembro viril. No iba a lograr tener alivio sexual esta tarde, entre los pliegues de Arienne, porque así lo acababa de decidir. Quería que ella se rindiese a él, por completo, pero antes tenía que torturarla de placer.

—Oh, por favor… Sí… —dijo sujetando con fuerza los cabellos de Zarik, guiándolo para que continuara este exquisito tormento. Ella ondulaba sus caderas, porque su sexo palpitaba en búsqueda de alivio—. Nunca me había sentido así…

—¿Cómo exactamente? —preguntó en tono carnal y dándole un mordisco en el otro pezón. Ella gritó y Zarik apaciguó el dolor con la lengua—. ¿Mmm?

—¿Aplicas este método con tus amantes? ¿Tocarlas, hasta que digan lo que quieres? —preguntó en un tono frustrado, excitado y también enfadado.

Zarik no le dijo que a sus amantes regulares él las prefería en silencio, porque el único sonido que necesitaba era cuando llegaban al orgasmo. Una vez que estaba saciado, le daba igual lo que pudiera ocurrir con ellas. Tampoco le expresó que las mujeres le hacían insinuaciones sexuales y propuestas eróticas, en lugar de intentar rechazarlo o pretender negar la necesidad sexual que las agitaba. Pero él no era un patán para hacer esta clase de aclaraciones con alguien como Arienne. Se calló.

—No —zanjó sin más explicación—. Una pregunta no se responde con otra. Alguien con tu formación debería saberlo. Pero,

¿sabes qué deberías conocer principalmente, Arienne? Que succionarte las tetas puede convertirse en una adicción interesante con efectos beneficiosos para ambos —dijo haciendo exactamente eso y al instante ella se retorció bajo su boca—. Me pregunto si, cuando pruebe tu sexo con mi lengua, contonearás tu cuerpo como ahora lo haces para alcanzar el clímax. Un clímax —le mordió el pezón—, que solo yo decidiré darte esta tarde. Dependerá de tus respuestas. Así que, cuéntame, ¿aceptas que hay química? ¿Tienes interés en este intercambio de placer? ¿Cómo te sientes? —indagó mirándola a los ojos.

—¡Eres un manipulador…! —gimió con los pechos ligeramente doloridos por las atenciones, el cuerpo sensible y con ganas de descubrir cómo era Zarik desnudo.

El príncipe apartó la boca y detuvo por completo sus caricias. Arienne, soltó un gruñido de frustración que hizo que Zarik sonriera. Ella hundió los dedos entre los cabellos negros y los agarró con fuerza, como si quisiera castigarlo por hacer que lo deseara, pero también por convertirla en alguien ajena a la mujer mesurada que ella solía ser. Este estado desesperado, en una búsqueda fuera de toda lógica, la asustó.

—Arienne —susurró el nombre contra los labios de ella—, responde.

—Me siento fuera de control y con ansias de ser tocada —replicó con un jadeo—. Y sí… Maldito seas, Zarik, sí hay química entre los dos —concedió a regañadientes—. ¿Interés de mi parte? Puede que un poco —dijo para salvar el orgullo, pero la expresión complacida de Zarik dejaba claro que conocía muy bien cuál era la verdad—. ¿Estás satisfecho ahora con tus respuestas?

El contraste de su piel blanca con la piel morena de Zarik era parte del magnífico hechizo de este momento. Le había fascinado sentir la barba contra sus pechos, la lengua caliente paladeándola, como si fuese el más exquisito postre, mientras lo escuchaba gruñir, pero no quería que esto se detuviese todavía. Luego lidiaría con las consecuencias, porque ella sabía que su lado lógico crearía un caos.

—En este instante, sí —dijo él besándola, mientras con una mano amasaba una teta. La otra mano la deslizó bajo la pretina del pantalón y las bragas—. Joder, estás empapada —dijo tocando los pliegues íntimos con los dedos, lentamente.

—Lo sé —murmuró ella—, así que acaba con este suplicio.

—¿Te refieres a esto? —preguntó con lascivia frotándole el clítoris. Luego apartó los dedos para lamerlos—. Mmm, Arienne, tu sexo sabe a gloria.

Él deseaba destrozar el resto de la ropa y desnudarse para follarla, hasta que no quedara ni un solo resquicio de cordura en ninguno de los dos. Pero quería tomarse el tiempo necesario con ella. La iba a ir envolviendo en su red de placer, gradualmente.

—Sí, quiero más, Zarik —dijo posando una mano sobre la de él, presionando con firmeza para que continuara estimulándola. Con la otra mano atrajo el rostro masculino para acercarlo a su boca y besarlo con el hambre que sentía por Zarik.

—Arienne… —murmuró con el miembro pulsando dentro del bóxer.

—Oh, Zarik —dijo en un gemido contra la boca libidinosa.

A ella no le importaba lo que pudiera ocurrir en esos instantes. Se podía venir el mundo abajo, pero lo único en lo que estaba enfocada era en disfrutar. Los dedos masculinos se movían en su interior con facilidad, porque estaba muy resbaladiza. Le frotó los pliegues varias veces y luego introdujo uno, luego dos dedos, en su sexo.

—Eso es, Arienne, mueve las caderas y busca el placer en mis dedos —dijo bajando la cabeza para agarrar un pezón y chuparlo con fuerza. Luego lo soltó para besarla en los labios otra vez, volcando en ella todo su deseo—. Córrete, no te contengas —dijo hundiendo un tercer dedo, entrando y saliendo—. ¡Mírame!

—No, no puedo…

—Hazlo, Arienne —zanjó y ella obedeció en el preciso instante en el que su cuerpo fue catapultado a aquel espacio en el que la única odisea era competir con mayores niveles de placer. Su sexo se contrajo alrededor de los dedos de Zarik, su cuerpo y sus sentidos estaban inmersos en un delicioso letargo momentáneo.

—Oh, Dios… Oh… —gimió arqueando la espalda y echando ligeramente la cabeza hacia atrás, porque ya no era posible mantener los ojos abiertos.

—Qué hermosa eres en éxtasis —susurró Zarik sin dejar de mover sus dedos en el interior femenino. Pero lo hizo en un ritmo más suave, mientras le besaba la piel del vientre, las costillas, el

canal que separaba los pechos, le recorría con la lengua las areolas y luego posaba sus labios en los de ella para mordisqueárselos con lentitud.

Arienne mantuvo los ojos cerrados varios segundos a la espera de que su respiración volviera a la normalidad. Su sexo estaba sensible. Su cabeza era un hervidero de pensamientos y autocuestionamientos. No quería mirar a Zarik, pero era imposible ignorarlo cuando él continuaba sobre su cuerpo, así como tocándola íntimamente, besándole la piel desnuda y mordisqueándole la boca. Unos mordiscos que ella estaba devolviendo de forma voluntaria y anhelante. Una locura absoluta.

—Yo… —empezó, porque no podía quedarse con los ojos cerrados el resto de la tarde. Además necesitaba regresar a la oficina. El golpe de la realidad fue más duro del esperado. Poco a poco, sintió cómo Zarik removió los dedos de su sexo.

—No hace falta que digas lo que está en tu mente —dijo él acomodándole un mechón de cabello rubio a un costado. Le acarició las tetas con el dorso de la mano y luego se inclinó para besarla en los labios—. Sé exactamente que tu cerebro va a tratar de crear argumentos para calificar lo que acaba de ocurrir como un error. ¿Verdad? —preguntó con un toque de humor en su voz, pero también sexualmente frustrado. No iba a conseguir otra mujer para aliviarse, porque con la única que tenía pensado compartir la lujuria que lo perseguía era con esta rubia sensual y tozuda.

—Zarik… —dijo Arienne, consciente de que, sin importar cuánta experiencia tuviera, el hombre también necesitaba alivio. Pero no sabía cómo decirlo sin aceptar la propuesta de tener un *affaire* abiertamente. Necesitaba tiempo—. Esto, la verdad…

—¿Aún insistes en que no existen razones para ser amantes, Arienne? —interrumpió levantándose de la cama a regañadientes, mientras ella se cubría los pechos y se acomodaba la ropa. «Ella va a ser mi ruina», pensó. No sabía de dónde salía esa idea súbita, aunque estaba seguro de que era más bien una certeza.

Arienne se pasó la lengua sobre los labios para humedecerlos. Tragó saliva y luego se sentó, pero optó por fijar su atención en el horizonte que ofrecía la ventana.

—Sí, mi decisión sigue siendo *no*. Esto ha sido un lapsus. Nada más —dijo, pero ni ella misma se creía sus palabras, aunque las

había dicho con convicción.

—De acuerdo, me marcho al Golfo Pérsico —dijo agarrando el *keffiyeh*.

En ese instante, Arienne apartó la mirada para posarla en el príncipe. Lucía regio y llenó de un aura de poder que irradiaba toda la habitación, pero también había sensualidad contenida; deseo no satisfecho. Se preguntaba por qué él no habría buscado el placer y el alivio que acababa de proporcionarla a ella. No entendía.

—¿Por qué no buscaste la misma satisfacción que me diste? —preguntó. De repente, la respuesta de que no la consideró lo suficientemente sofisticada o hábil en los asuntos sexuales, y por ende incapaz de complacerlo, le causaron inseguridad. No le gustó la sensación, porque este era un campo que no dominaba. «¿Iría a buscar a alguna mujer que lograra lo que no quiso con ella?», se preguntó—. Olvídalo. Que tengas un buen viaje, Zarik —murmuró, mientras le daba la espalda para acomodarse el sujetador y luego hacer lo mismo con la blusa. Los botones estaban completos.

—Arienne —dijo él agarrándola de los hombros para que lo mirase—. Si quieres que sienta placer contigo no hace falta que yo tenga un orgasmo, porque besarte ha sido suficiente para volverme loco. —Ella abrió y cerró la boca—. Pero si te preguntas el porqué no busqué el clímax, así como penetrar tu cuerpo como deseo, la respuesta es muy fácil —expresó al notar la confusión en esos expresivos ojos.

—¿Acaso no es una tortura reprimirte? —preguntó ella en un susurro.

Él esbozó una sonrisa de medio lado y le soltó el rostro con lentitud.

—Sin duda, pero no tanto como lo es para ti, al saber que quieres sentir cómo penetro tu carne suave y mojada, sin embargo, te niegas a aceptar lo único que conseguiría que eso sucediera —dijo en un tono gutural—. Buenas tardes, Arienne.

CAPÍTULO 8

La noche estaba fresca en la terraza del restaurante más lujoso de Carpal, la capital de Nariem, el cual ofrecía una vista espectacular del desierto. El ambiente era cálido y también discreto, pero sobre todo alegre. La decoración ofrecía luces tenues, lámparas con cristales de colores, y las mesas de madera tenían intrincados diseños de mosaicos en la superficie. Sin embargo, lo más bonito era contemplar las pequeñas luces en el horizonte que tilitaban. Estas pertenecían a las tribus de las dunas.

Secretamente, Arienne se preguntaba qué habría sido del chico que siempre había considerado su hermano. A pesar de cómo acabó todo con Khanul, él era una pieza de su vida que continuaba causando estragos. Aunque había tomado varias sesiones de terapia psicológica, la sensación de pérdida y desconcierto se mantenía. Jamás podría comprender qué impulsaba a un ser humano a causar tormento a otro.

Arienne había querido muchas veces hablarle a su mejor amiga sobre Khanul, pero al final se arrepentía porque no tenía sentido revivir memorias amargas que no tenían solución. Así que apartó la mirada del horizonte. Optó por enfocarse en la conversación que ambas tenía ahora, pues era la razón de que se hubieran reunido. Además, por supuesto, estaban también celebrando que pronto la familia de Malin abriría una nueva tienda de joyas en una de las calles de negocios de lujo en Carpal.

—¿Por qué estás tan inquieta sobre este asunto con el príncipe? —le preguntó Malin—. No has hecho nada malo, sino tan solo disfrutar —dijo con una sonrisa.

Arienne le había contado sobre su encuentro con Zarik, aunque

omitiendo las partes más íntimas. Si bien sentía la confianza de hablar con su amiga, le parecía que existían ciertos detalles que prefería mantenerlos para sí misma. Resguardados.

—Jamás había sentido que perdía el control, hasta el punto de comportarme de esa manera tan… —se quedó callada unos segundos y contempló el cielo estrellado—. Tan libre —dijo mirando de nuevo a su mejor amiga—. Fue como si Zarik hubiera activado un botón en mí que yo no sabía que existía. Despertó sensaciones que lograron que mi cuerpo se sintiera ávido de ser tocado. Fue algo de verdad muy fuera de mi carácter, Malin. De hecho, cuando él se marchó, sentí como si me hubiesen lanzado de golpe contra la arena para aterrizar en la realidad. Me costó comprender en qué momento surgió ese lado pecaminoso y desenfrenado en mí.

Malin soltó una risa suave y cómplice.

—Ari, en realidad ese lado siempre ha estado en ti. Muchas personas ignoramos de todo lo que somos capaces de hacer o sentir, hasta que llega la situación que provoca que nos encontremos con esos aspectos —comentó—. ¿Qué hiciste una vez que te quedaste a solas en la habitación? —preguntó, mientras comía *tabbūle*.

—Esperé varios minutos para salir. Después regresé a la oficina del palacete. Pero Zarik, supongo, estaba preparando su viaje a Omán, así que no volvimos a coincidir —dijo—. Quisiera sacármelo de la cabeza, pero no parece posible. Detesto experimentar esta situación, porque me parece inconcebible —concluyó, frustrada.

—Vaya —dijo llevándose a la boca un trozo de faláfel—, así que ese encanto legendario, entre las mujeres, sobre nuestro príncipe es cierto, ¿eh? —dijo riéndose.

—No sé si puedas calificarlo de encantador —replicó poniendo los ojos en blanco—, pero puede llegar a ser muy persuasivo. Además, tampoco me especificó si el desearme en su cama implicaba exclusividad o si piensa tener más amantes —murmuró, porque esto último le daba vueltas en la cabeza, en especial al recordar lo de Freya. Sabía que ni siquiera debería contemplar estas hipótesis, menos cuando pensaba decirle a Zarik que no quería nada más con él. Aún así, la idea del príncipe con otra mujer le provocaba un enfado injustificable—. Aunque se tratara de una aventura, pues quiero que la experiencia sea solo mía. No quiero a

otra involucrada.

Malin hizo un asentimiento con una expresión meditabunda. Comprendía el punto de Arienne, pero los hombres necesitaban claridad en las palabras, porque no eran intuitivos. Si ella quería condiciones específicas, entonces necesitaba decirlas.

—Si tu respuesta es un «sí», para tener un *affaire*, tendrás que comentarle a Zarik que no habrá terceras personas, hasta que llegue el momento de que sus caminos se separen —dijo—. Tendrías que imponer tus condiciones. Dime algo, si el hombre que tuvieras alrededor como posible amante, para iniciarte en el sexo, no fuese Zarik. ¿Te importaría si, después de acostarse contigo, buscara al mismo tiempo a otra?

—No lo sé —dijo Arienne en un susurro. Pues esa era la verdad. No tenía idea si esa inequívoca sensación de territorialidad estaba relacionada al hecho de que quería que su primer amante, sin importar cuánto duraran, fuese solo suyo o si tenía que ver con el hecho de que se trataba de Zarik. Esa falta de respuesta la descolocaba por completo—. Ha pasado una semana desde que se fue a hacer negocios a Omán. No lo he visto… —dijo—. Me envió un mensaje para invitarme a cenar, pero como no era un asunto de trabajo, la verdad es que preferí ignorarlo. Estar a solas con él, como te acabo de contar, ha resultado un caos para mis sentidos y autocontrol —murmuró.

Malin arrugó la nariz y ladeó la cabeza.

—¿Temes que provoque que cambies de opinión? —preguntó.

—Es que ni siquiera tengo una opinión definitiva —dijo con frustración y escondiendo el rostro entre las palmas de las manos—. No sé qué hacer, Malin.

—Ari, no tienes compromisos y quieres esa experiencia sexual. ¿O no?

—No es tan fácil —dijo haciendo una mueca, mirándola—. No sé si logre complacer en la cama a alguien como él. Además, Zarik cree que porque viví en Londres y he viajado tanto, mis estándares son menos conservadores que las nariemus y, por eso, también tengo experiencia sexual. —Malin enarcó una ceja—. Él esperará algo de una amante que no sé si, dada mi inexperiencia, sea capaz de entregar. Además, lo más importante, es que mi reputación profesional estaría en la línea de fuego si esto sale mal; lo cual es

muy probable si no sé controlarlo. No sé si puedo permitirme un desliz por más apuesto o *sexy* que sea Zarik —concluyó soltando una exhalación.

Malin se echó una carcajada y miró a su amiga con cariño.

—Al menos admites que ya no es insoportable —dijo de buen humor.

—Malin… —dijo en tono serio.

—¿Por qué estaría en riesgo tu reputación? —preguntó en tono sensato—. Me acabas de decir que él te aseguró que sería discreto y sé que tú también eres capaz de serlo sin problemas. Sumado a ello, Ari, no puedes pretender controlar todo, porque no controlamos nada. Lo único que sí puedes hacer es tomar una decisión, ceñirte a ella y tratar de que salga lo mejor posible —dijo con sinceridad. Quería que Arienne dejara los miedos y las excusas de lado. Zarik no era el primer hombre que intentaba seducirla, pero sí el que había conseguido sembrar suficiente curiosidad, hasta acercarse físicamente en niveles más íntimos que ninguno—. Déjate llevar, Ari.

—¿Qué garantías me puede dar él? En un país en el que su rostro y el de todos los Al-Sarkham está en monumentos, museos y periódicos, ¿cómo podría ser discreto? —preguntó sintiéndose cada vez más arrinconada—. Si, por ejemplo, alguien del equipo de trabajo se enterase que Zarik y yo somos amantes, lo que yo he construido contra viento y marea, en este entorno machista, se vendría abajo. Me juzgarían como una mujer, cuyos éxitos se los debe a su vagina, no a su cerebro. Sería fatal…

Malin la miró con incredulidad. Sabía que Arienne estaba tratando de encontrar todas las excusas e hipótesis para que le recomendara que no era conveniente ese *affaire*. Por supuesto, no iba a decirle semejante idiotez, sino que haría lo opuesto. Malin era consciente de que estas reticencias habrían ocurrido con cualquier otro hombre que hubiera logrado sacudir los sentidos de Arienne. El riesgo de la reputación tenía que ver con el entorno, sin duda, pero el príncipe era una persona con recursos infalibles, para pasar desapercibido del ojo público, así que Malin tenía la certeza de que su amiga estaría blindada. Caso contrario, ¿iba a dejar de disfrutar? ¿Merecía la pena dejar de vivir por las posibilidades catastróficas de la mente? No.

—Ari, si hay un grupo elitista que puede mantener información bajo siete llaves, es la realeza. En cualquier parte del mundo. Deja de crearte eventos adversos en la mente, porque son solo trucos de autosabotaje —dijo con convicción.

—Sí, tienes razón, Malin. A veces dejo que mi mente se llene de posibilidades trágicas, pero lo hago, porque los antecedentes de mi vida no han sido muy amables.

Malin la miró con cariño.

—Lo sé, Ari, pero el pasado no puede ser la vara con la que mides tus decisiones del presente. Eso solo va a conseguir que el futuro al que llegues sea un desastre continuo —replicó la pelinegra —. Por cierto, hay algo que dijiste hace un rato que me pareció fuera de sitio y quería aclararlo contigo. ¿Por qué crees que no complacerías a Zarik o a cualquier hombre en la cama? —preguntó.

—Por mi inexperiencia, Malin —susurró apartando la mirada un poco.

—Pero, Arienne, ¿es que no te miras al espejo? —preguntó en tono incrédulo—. Eres guapísima y tienes un carisma que logra que la gente quiera orbitar en torno a ti. No me sorprende que uno de esos sea Zarik indistintamente de cómo han sido sus interacciones a lo largo de los años. Aparte, tu cuerpo es voluptuoso de una manera que muchas mujeres envidiarían. Pero lo más importante es que en la cama, llévalo claro, no hace falta experiencia, sino química y ganas de disfrutar el momento. Lo sé por mi matrimonio —dijo haciéndole un guiño y Arienne sonrió meneando la cabeza—. Tú y el príncipe tienen, además, mucho fuego, ¿me equivoco?

Arienne quedó mirando a su amiga e hizo un leve asentimiento.

—Sí… —susurró, porque Zarik revolucionaba sus hormonas—. He salido con hombres muy atractivos y que tienen conversaciones interesantes, pero ninguno ha logrado que mi cuerpo se estremezca como con Zarik. Sin embargo, él consigue que me planee romper mis propios límites para probar algo que considero prohibido.

Malin esbozó una sonrisa cómplice.

—Entiendo tus contradicciones, pero la decisión final será siempre tuya. Además, si quieres tener sexo en un ambiente social más liberal y en el que no tengas que proteger tanto tus pasos, pues cuentas con un amigo que podría hacerlo posible —dijo Malin—. Me refiero a Lucianno Moretti. Bien sabes que él posee excelentes

vínculos sociales en Inglaterra. Él te encontraría a un candidato idóneo. Aunque, nunca he llegado a entender cómo no te has acostado con ese bombón de ascendencia italiana —dijo sonriendo —. Mi esposo está buenísimo, sí, pero no estoy ciega, eh.

Arienne soltó una risa suave y meneó la cabeza.

—Una vez nos besamos, pero nos dimos cuenta de que no teníamos esa clase de conexión. Así que optamos por preservar la amistad y no tienes idea cuánto me alegro de que así haya sido —dijo girando la cucharilla en la taza de té frío de anís—. Quizá debería olvidarme de todo esto y dejar que la ocasión adecuada llegue. ¿No?

—No existe el momento «correcto», Ari —dijo mirándola—. Pero si quieres esperar, mientras tomar una decisión sobre el *affaire*, entonces es mejor que colecciones más orgasmos, con o sin Zarik, pues dicen que es saludable —sonrió.

Arienne casi escupe el té, lo bebió a duras penas, y soltó una carcajada.

—Te pasas, Malin —dijo—. No sé cómo Ramma te tiene tanta paciencia.

—Si quieres saber uno de los motivos, entonces tienes que decirle que «sí» a Zarik y conocer de primera mano lo que es tener a un hombre babeando por tus encantos físicos y tus sonrisas —replicó haciéndole un guiño.

—Lo tendré en cuenta —dijo Arienne sonriendo, mientras pedían la cuenta.

Después de los saludos protocolarios, el discurso que dio a los asistentes sobre Insignia Regional y luego de posar, durante la sesión usual de rigor, para los medios de comunicación, Zarik consideró que su siguiente punto en la agenda debería consistir en deslizar la punta de un cuchillo en la yugular de Oriol Maruk. Desde el instante en el que el hombre entró al evento, llevando del brazo a Arienne, el humor de Zarik se agrió por completo. Lo sorprendió que ella estuviese alrededor, porque este acto estaba reservado para un número específico de expertos del proyecto, pero no asociados a

temas políticos. El hecho de que Arienne hubiera aceptado ser la cita de ese tarado, sí cabreó a Zarik, porque cuando le envió un mensaje, desde Omán, para invitarla a cenar, ella lo había ignorado sin más. Así que, ver que optaba por la compañía de otro hombre, le parecía un desafío en toda regla que él iba a resolver.

Después de haber probado el placer de esos besos y saboreado la ambrosía del suave sexo en los dedos, Zarik tuvo dificultad para concentrarse durante las reuniones con los empresarios de Omán. Su mente se desvió más de una ocasión hacia las imágenes de cómo sería deslizar su carne entre los pliegues de Arienne. Que no hubiera podido enfocarse al cien por ciento, como era su estándar, resultaba inaudito, porque él poseía facilidad para separar un aspecto de su vida con otro. Así que este era otra razón para cabrearse aún más al verla del brazo con Maruk.

Arienne lucía elegante, pero jodidamente sensual. Lo más cabreante de todo era no poder actuar en consecuencia: besarla y follarla. El príncipe sabía que ella tenía conocimiento de la etiqueta al vestir en Nariem, y por ese preciso motivo también parecía encontrar la manera perfecta de jugar con los límites entre lo decoroso y lo atrevido. El vestido de tono celeste, hecho con organza, seda y bordados dorados, cubría las curvas femeninas de forma tentadora. El escote era discreto, pero la tela marcaba los pechos con sutil provocación. Ni qué decir de cómo el trasero firme y las caderas redondeadas se movían al compás del caminar de su dueña. Zarik quería un «sí» a su propuesta y no iba a darse por vencido, hasta que Arienne dejara de negar lo inevitable. Después, cuando él se saciara de ella, recuperaría al fin su concentración.

—Hermano —dijo Bursit interrumpiendo los pensamientos de Zarik sin saberlo—, creo que has conseguido explicar con claridad todo lo que harás con este proyecto durante los siguientes meses. Se nota a la gente entusiasmada. Bien por ti.

Bursit tenía el cabello negro peinado hacia atrás y su expresión era siempre animada. Destilaba optimismo y el carisma era la marca de su personalidad. Estas cualidades hacían que los demás lo percibieran como alguien cercano, pero ignoraban lo letal que podría llegar a ser con las armas y los cuchillos. Él también había sido entrenado por los militares de Nariem, después del secuestro de Zarik, años atrás. La princesa Dhalia, en cambio, había obtenido

cinturón negro en Karate-Do.

—Gracias, Bursit, finalmente siento que empezaré a marcar la apertura de un camino importante. Cuando herede el trono —dijo contemplando el gran salón en el que estaba llevándose a cabo el evento—, tendré un entorno menos hostil. Al menos en términos de políticas progresistas. Necesitamos también marcar un precedente, porque al cambiar las estructuras de ejecución también lo harán nuestros aliados.

Bursit se acarició la barba perfectamente recortada. Pensativo.

—Después de nuestra última conversación, me reuní con varios empresarios de Qataram. Me comentaron que veían tus ideas progresistas como una amenaza a las tradiciones de negocios en la región —dijo mirándolo—. Me temo que se extienda el mismo pensamiento hacia nuestro padre y a sus objetivos monárquicos.

—Eso no va a ocurrir —zanjó Zarik con certeza—. Si bien tengo su apoyo en esta cruzada con Insignia Regional, los proyectos que yo pudiera implementar no están fusionados con su agenda regular como monarca, así como tampoco con la de Dhalia o la tuya. Los países como Kuwait, Bahrein, Emiratos Árabes Unidos, Arabia Saudita y Qatar están entre los más ricos, porque aprendieron que en la flexibilidad está el éxito de progreso. Me cabrea que Qataram, siendo menos influyente, actúe tan ufanamente —dijo cruzándose de brazos. Esta noche llevaba una túnica azul oscura y su porte regio, así como viril, le daban una energía vibrante y de gran dominio.

Bursit ladeó la cabeza e hizo un leve asentimiento.

—El punto fuerte de ellos es la producción de armas de alto alcance e inclusive negocia sus productos bélicos al nivel de Israel y Japón. Los integrantes del ejército y encargados de negociación a gran escala del Estado están logrando avances. Pero, en mi caso, como príncipe, estoy algo estancado en la apertura de estos nuevos frentes que me encargó mi padre para surtir armas al ejército —dijo en un tono que mezclaba frustración y cabreo, porque los millones de dinares que estaban en juego, si no se concretaba la transacción, afectarían su reputación—. No seas tan drástico, Zarik.

—No voy a retroceder todo el esfuerzo realizado —dijo con entereza—. Si tus gestiones no resultan como esperas en Qataram, entonces habla con nuestro padre para que traces una nueva línea

de colaboración bélica con Japón. No puedo cambiar las estrategias multimillonarias, de un plan pensado para cambiar el país, por un negocio de armas. No solo es ridículo, sino también egoísta de tu parte sugerirlo.

Bursit apretó los labios. En los negocios que trabajaba para Nariem, fuera y dentro de la región árabe, también introducía una cuota de sus intereses personales. Él intentaba que los esfuerzos de sus viajes, así como gestiones, tuvieran una parte de beneficio económico para su fortuna privada. No eran movimientos ilegales, por supuesto. En este caso de las armas, las ganancias que podía incrementar en su patrimonio eran altísimas. Así que no solo estaba su prestigio en juego, por lograr cerrar el trato con los empresarios de Qataram, sino la consistencia y aumento de su capital personal. Además, las conversaciones con ese país tenían un trasfondo con un plan más grande que estaba todavía en proceso e investigación. No podía decírselo a su hermano, porque, antes de hablarlo, primero necesitaba hallar ciertas certezas.

—No se trata de egoísmo, sino de equilibrio —replicó Bursit con desenfado, muy a su estilo—. Los rebeldes también están creando discordias y arengando a las tribus de otros países con los que hacemos negocios. Eso no resulta un panorama alentador. Quieren que cesen tus intentos de expansión, a través de los contratos con las empresas de Estados Unidos y el Reino Unido que van a proveer gran parte de la fibra óptica y la tecnología agrícola. No se trate de que retrocedas, ni más faltaba. Lo que te sugiero es que apliques las estrategias menos drásticas y que sea paulatino.

Zarik apretó los puños a los costados, porque esta información sobre los rebeldes ya se la había comunicado Hamur. Además, tenía los informes de su equipo de seguridad, así como los proporcionados por su padre en una junta de emergencia reciente. Lo que sí lo cabreaba era que su hermano sugiriese que ralentizara la estructura de cambio que ya se estaba implementando, porque los rebeldes o los imbéciles de otro país se sentían amenazados o en desacuerdo. «¿Acaso Bursit estaba demente?», se preguntó desconcertado. Era consciente de la ambición de su hermano menor, pero también de que a veces podía llegar a comportarse de forma absurda.

—Tú estás a cargo de las relaciones internacionales y sé que

conoces mejor que nadie algunos tratados que son importantes —dijo Zarik, mientras con el rabillo del ojo notó, a lo lejos, la mano de Oriol sobre la espalda media de Arienne guiándola hacia el bufete—. Encárgate de que nuestro vínculo comercial armamentístico sea de beneficio mutuo con el gremio empresarial de Qataram. Haz lo que tengas que hacer, mas no confundas mi ecuanimidad con la complacencia, Bursit —dijo en un tono hostil que, en realidad, no estaba dirigido del todo a su hermano, sino a la escena que tenía enfrente—. Los rebeldes serán neutralizados. La seguridad ha sido reforzada. Así que consideraré una traición si vuelves a sugerir que haga prevalecer los caprichos de unos imbéciles al avance de nuestra sociedad. ¿He sido claro, hermano?

—Que amenaces con llamarme traidor, Zarik, está fuera de toda regla —replicó cabreado, aunque su expresión continuaba siendo afable de cara a los invitados. Este era parte del entrenamiento al que él y sus hermanos fueron sometidos para poder interactuar en público sin denotar sus verdaderas emociones—. Te estaba haciendo una sugerencia. Entiendo que eres el mayor y el heredero, pero no menosprecies mi lealtad —dijo—. Hay muchos millones de dinares involucrados.

—Ninguna cantidad de dinero vale la libertad y el progreso de este pueblo —dijo Zarik a cambio, sin modificar su tono crispado. Vio cómo Arienne esboza una sonrisa a Oriol y permitía que estuviera demasiado cerca. No pudo evitar preguntarse si ella y ese idiota habrían sido amantes; si Arienne le habría entregado sus gemidos y el almizcle de su delicioso sexo—. Sé que mi padre te hubiera respondido igual.

—Mi padre es el rey, Zarik, tú aún no eres coronado como tal —replicó, mientras intentaba pensar qué le diría a los empresarios de Qataram para no perder su tajada del negocio que estaba en la cuerda floja—. Te respeto y entiendo tu postura, porque te ha costado sacar adelante Insignia Regional. Pero yo también trabajo duro por nuestro país, así que no confundas un asunto con otro —dijo.

Ambos se miraron retadoramente.

—Espero que continúes trabajando como lo has hecho —replicó Zarik—. He dejado claro mi punto de vista, así como tú has dejado claro el tuyo, hermano.

—Hace un rato conversé un poco con Arienne —dijo Bursit cambiando por completo el tema, en especial al notar hacia dónde se enfocaba, a ratos, la atención de su hermano mayor—. Sigue siendo igual de amable que cuando éramos más jóvenes.

—Supongo —dijo cortante.

—Creo que es una excelente adición a tu equipo al ser de las pocas doctoras versadas en temas de política local y joven. De hecho, ella me ha parecido siempre una persona con carisma que puede llevar una conversación y sabe divertirse —comentó al recordar las ocasiones en que coincidieron en Londres—. Imagino que tiene perfecta noción de cómo funcionan esta clase de actos gracias a los Al-Kahaleel —dijo, mientras se dirigían hacia un área llena de empresarios que, al notar la presencia de los dos príncipes, les hicieron una ligera venia de reconocimiento.

—Siempre te has llevado bien con ella, ¿no? —dijo Zarik en tono neutral. Porque en las reuniones en las que se habían topado, años atrás, Busit siempre parecía tener una expresión honestamente relajada y sin pretensiones con Arienne—. Imagino que sabrás si es de aquellas mujeres que, luego de haber vivido en Occidente, adquieren las mismas costumbres liberales de ir de un hombre a otro sin restricciones.

Bursit esbozó una sonrisa discreta y miró a su hermano con curiosidad.

—Jamás ha ocurrido nada entre nosotros si es parte de tu pregunta —explicó—. Ambos coincidimos en Inglaterra, varias veces, porque el círculo social de Arienne es bastante elitista y resultó que también se llevaba bien con nuestra hermana. Pero, más allá de presentarme a sus amigos y pasarla bien en algún *pub*, nuestra relación ha sido siempre cordial —comentó—. Cómo lleva o no su vida personal, no tengo la más remota idea, hermano. Pero, dime, ¿por qué te interesa saber?

—Trabaja para mí y no quiero cerca a una persona que deje un precedente cuestionable —replicó consciente de que Bursit no le creía ni una mierda, además de que él mismo estaba siendo hipócrita en su pregunta—. Esa es la razón.

Bursit soltó una carcajada y meneó la cabeza. Ambos se conocían las jugarretas del otro, aunque sabían respetar la necesidad de mantener en secreto ciertos detalles. La regla que

jamás rompían era acostarse o tocar a la mujer que hubiera sido o fuese del otro. Esto los diferenciaba de los demás miembros de la realeza, en general.

—Por cierto, después de la junta de hace una semana, ¿quién será la persona con la que vas a casarte? —preguntó en tono casual —. Sé que la mujer más adecuada para ese rol es la princesa Rihanon Al-Dirahel, pero tú no te has pronunciado ni ante nuestros padres, menos ante el Consejo de Ley. Si estás interesado en Arienne, entonces, ¿vas a postergar ese anuncio? —preguntó en tono cauto, pero curioso.

Zarik lo miró enarcando una ceja.

—Arienne no es diferente a las demás mujeres. Todas tienen un tiempo y una función —expresó sin responder con más especificaciones de las necesarias. No iba a darle pistas a nadie de lo que se empezaba a fraguar con la belleza de ojos verdes.

—De acuerdo —replicó Bursit, mientras miraba el reloj—. Me marcharé a la cena de negocios que tengo con unos amigos escandinavos. —Los guardaespaldas, que sabían cuándo darle privacidad a los miembros de la realeza, se acercaron con sigilo—. Nuevamente, tienes mi apoyo siempre, Zarik. No quiero que haya mala sangre corriendo entre nosotros ni malos entendidos. Nos vemos pronto.

Zarik tan solo hizo un breve asentimiento, mientras Bursit se alejaba.

Su tiempo máximo de presencia en cada evento era de quince o veinte minutos. En esta excepcional ocasión, al tratarse de Insignia Regional, había extendido su estancia a una hora. Además, Hamur le aconsejó que era necesario que los invitados supieran cuán comprometido estaba con el proyecto, pero que si se marchaba pronto pensarían que era un plan sin trascendencia. Lo anterior destruiría el propósito de la gigantesca inversión económica y el trabajo monumental de todos los involucrados. Así que el príncipe estaba tratando de hacer su mayor esfuerzo para no convertirse en un homicida, en especial cuando Maluk le dijo algo al oído a Arienne y esa se rio.

Zarik apretó los puños, pero al instante relajó los dedos. Prefirió enfocarse en la comitiva de representantes el sector agrícola, proveniente de una tribu desértica que apoyaba la modernización,

que llegó hasta él. Pero tampoco podría quedarse hasta pasadas las once de la noche. El motivo siempre era el mismo: trabajo. En el hangar privado del aeropuerto lo esperaba su *jet* privado. Al amanecer tenía un desayuno de negocios con una corporación de ingenieros civiles que quería contratar para Nariem, así que esta noche tenía que volar a Jordania. Dentro de su itinerario de viaje también estaba contemplada la visita a otros países. Sin embargo, antes de marcharse iba a hacer algo que involucraba a cierta mujer que lo había tentado y enfadado esta noche.

—Kirian —llamó a su asistente personal, cuando los representantes se alejaron—, quiero que esta noche, en mi vuelo, el menú del chef sea comida tailandesa. Para dos. Ordena que la tripulación se reduzca al mínimo indispensable.

—Su alteza, por supuesto. ¿Algo más que pueda hacer por usted?

—Llama a un atelier de modas que lleve sus mejores diseños. Prepara todo.

—Su Boeing MAX 7 estará listo con todos los requerimientos.

—Ah, Kirian —dijo en tono autoritario.

—¿Sí, su alteza?

—Encárgate de que haya suficiente chocolate en la cocina del chef.

—Absolutamente —replicó el hombre con una venia. Aunque sintió curiosidad por la petición, su trabajo no era hacer preguntas, sino cumplir órdenes.

CAPÍTULO 9

Arienne había pasado toda la jornada de trabajo bastante agobiada. El volumen de documentación por leer y los nuevos datos para revisar eran altos. Sin embargo, lo que de verdad estaba logrando que sus sentidos estuvieran en perenne conflicto era el recuerdo de las caricias de Zarik. Lo ocurrido en aquella habitación del palacio le había dejado una huella en la piel. Ella se consideraba sensual, le gustaba darse placer a sí misma y tener fantasías en su mente, sin embargo, el toque de Zarik fue como un relámpago que detonó y despertó una fibra de anhelo carnal. Quería olvidarlo y enviar esa escena a lo más profundo de su memoria, pero no podía porque, cuando lo intentaba, su sexo parecía revivir el toque con el que él la había marcado. Este era un gran problema, en especial por las implicaciones sobre las que conversó con Malin.

En su naturaleza no estaba huir, menos en su tozuda personalidad, aunque su sentido de preservación la instara a renunciar para no estar alrededor de Zarik. Se sentía acorralada por la disyuntiva de sus propios anhelos y posibles riesgos en su reputación. Si bien ella tenía una posición económica consistente, el nivel no llegaba a ser alto para independizarse y tener una oficina aún. Aparte, la paga como integrante de Insignia Regional era fabulosa, así que le permitía aumentar su capital financiero.

Lo más importante, aquello que detenía sus ganas de buscar otro empleo, era su compromiso personal de marcar un precedente para las mujeres profesionales en una sociedad machista como la de Nariem. Tan solo una situación insostenible la haría abandonar el país, pero por ahora tal cosa no existía. Así que tenía que tomar una decisión sobre esa propuesta sensual de Zarik o no iba a tener calma

consigo misma.

Pero también consideró entre sus opciones la idea de Malin de ir a Londres. Encontrar a alguien con quien tuviera suficiente química para tener una bonita aventura de una o dos semanas. Porque, quizá, lo único que le quitaría de la cabeza al príncipe sería conocer a un hombre que tuviera el mismo encanto, si acaso era posible, pero que no estuviese en el ojo público. Arienne quería vivir experiencias como cualquier mujer de su edad. Este fue el motivo de que hubiera llamado a su mejor amigo.

—Ari, *cara mía*, ¿cómo se te ocurre que voy a buscarte un acompañante sexual para una o dos semanas? —le había preguntado Lucianno, la noche anterior, riéndose con incredulidad cuando ella le dijo que quería que la ayudara a encontrar alguien que le permitiera explorar el placer—. ¿Es que acaso tengo una agenda de gigolós?

—No, pero tienes una lista de contactos y puedes presentarme a tus amigos. Además, no te estoy pidiendo un gigoló, no seas absurdo —rio—. Solo que me presentes a alguien que tenga el potencial de ser un amante temporal. Si, después de eso ocurre algo adicional, pues lo iré viendo. De momento quiero vivir un poco.

—Esos idiotas son unos pervertidos, aunque seguramente pasarías un buen rato con ellos, no creo que sea lo que busques —había replicado—. Sería mejor la idea de ligar en un *pub* o en una fiesta. Que tú hagas la elección por ti misma. Además, *bellisima*, eres una mujer preciosa e inteligente y he visto cómo los hombres orbitan a tu alrededor. La que ha optado por mantener las barreras de la cautela eres tú.

Arienne había soltado una exhalación.

—Eso significa que no vas a ayudarme, ¿o qué? —le había preguntado.

Lucianno había soltado otra carcajada.

—Ven a visitarme, *amore*, que ha pasado un año desde la última vez que estuviste en Londres. Así podremos conversar personalmente y nos vamos de fiesta como en los viejos tiempos. Estoy seguro de que conocerás personas interesantes.

—¿Qué hay de Sheyenne? —le había preguntado en relación a la última mujer sobre la que él le contó—. Si mal no recuerdo llevaban dos meses juntos.

—En pretérito, exacto —había dicho con una sonrisa en la voz y Arienne había soltado una risa, porque Lucianno era un mujeriego encantador, mas no cretino—. Hay una sudafricana a la vista. Charlize Theron es un monstrete al lado de esta belleza que conocí hace unas noches. Quedamos para comer algo ligero pronto.

—Creo que si Tom Hardy supiera que su doble está arrasando con las conquistas, entre Italia e Inglaterra, se pondría furioso —había dicho, entre risas, porque Lucianno y el actor de Mad Max eran muy parecidos—. ¿Por qué mejor no vienes a visitarme en Carpal? Puedes quedarte en mi casa como en otras ocasiones. Además, sé que a Malin y Ramma les hará ilusión que estés alrededor. ¡Es más! Dhalia ahora viene a Nariem con más frecuencia. Hace unos días estuve en su palacete y me contó que su agenda tendrá más actividades en el país, porque pronto terminará sus estudios en Inglaterra. Sé que no se han visto desde hace años, así que, ¿qué mejor ocasión que poder encontrarse aquí? —había preguntado con entusiasmo.

—No, *cara*, ese país es demasiado complicado y yo tengo especial inclinación a romper las reglas —había dicho con desenfado—. Me quedo en Europa.

—Nariem no está tan mal, al menos si eres extranjero. Lucianno, en relación a cierta persona en particular, ¿la has vuelto a ver…? —había preguntado Arienne.

No hizo falta que mencionara a quién se refería. La exesposa de Lucianno era un tema sensible. Él se había casado por obligación y la mujer lo engañó. La historia no era bonita y Lucianno no se había recuperado de ese episodio, aunque no lo comentaba. La ex intentaba contactarlo, cada cierto tiempo, pero él no la atendía.

—Sí, pero ya sabes que mi tiempo es para follar y trabajar, Ari —había respondido con calma—. Eso es todo lo que realmente me interesa en la vida.

—Lucianno, quizá solo tengas que escuchar a Gabriella. Luego será más fácil para ti encajar partes de la historia que, tal vez, no conoces —había susurrado.

—Ven a visitarme pronto, *amore*, ¿de acuerdo? Si tienes que tomar riesgos, asúmelos, siempre que tu seguridad física esté garantizada. Sé que no eres una mujer que se acostaría con cualquiera, pero también sé que quieres explorar. Lo anterior está

en la naturaleza humana y es lo más saludable —había dicho cambiando el tema—. Te estaré esperando en Inglaterra. Mi mansión tiene suficientes *suites*. ¿Vale?

—Gracias, Lucianno —había dicho con una sonrisa.

—Ve a portarte mal. Yo, ahora, voy a entrar a una reunión. *Ciao*.

—*Ciao* —había dicho riéndose por el comentario.

La coversación tuvo lugar dos días atrás.

Esta noche ella asistiría con Oriol a una gala. El papeleo de la oficina lo había traído a casa para avanzar, mientras, al mismo tiempo, hacía malabares para maquillarse y peinarse. No quería demorarse en la entrega de informes o notas, breves o extensas, que necesitaran sus compañeros de trabajo. Ella se consideraba una persona responsable, así que el lapsus de haber perdido la noción del tiempo, como sucedió al quedarse dormida en la *suite* del palacio real, no pensaba repetirlo.

Por otra parte, sabía que esta noche existía una alta probabilidad de que Zarik no la saludara o se acercara a ella, porque solo lo harían quienes constaban en la lista elegida por el equipo de la casa real. Arienne sabía que hablaría con Zarik, más pronto que tarde, pero la incertidumbre al respecto la inquietaba. No sabía cómo navegar esta clase de circunstancias luego de una vivencia erótica. ¿Cómo sería si fuesen amantes? ¿La falta de certezas sería igual o peor? Quizá decirle que «no» a Zarik implicaría que mantendría su paz y tranquilidad mental. Lo anterior también significaría que jamás sabría cómo sería ser seducida por él y sentir cómo se deslizaba en su interior.

Sus pensamientos fueron interrumpidos cuando Oriol llamó a la puerta y luego la guio hasta el coche. El trayecto lo hicieron con una conversación amena y bastante divertida sobre el último capítulo de una serie española que estaban pasando en Netflix. El acceso a ciertas plataformas de *streaming* era limitado y se requería un permiso especial. Pero ella podía ver lo que le diera la gana, en casa, porque Lucianno le envió como obsequio, tiempo atrás, una portátil con un sistema de seguridad especial y blindado. Él no solo era experto en tecnología, sino que tenía conexiones que Arienne jamás llegaría a comprender. Dirigía una corporación multimillonaria.

Algunos rumores decían que Lucianno pertenecía a la mafia siciliana, pero ella jamás había detectado comportamientos fuera de lugar. En realidad, a ella no le importaba. Por otra parte, las limitaciones en Nariem tenían que ver, más allá del tema moral, con el sistema de fibra óptica. El internet de gran velocidad solo podían pagarlo las personas de clase media y alta. La programación a la que se podía acceder en el catálogo de contenidos internacionales era restringida. Esa serie española llevaba un par de años en el mercado, pero recién había sido autorizada para verse en Nariem.

—Arienne, sé que te lo dije hace un rato cuando pasé por ti, pero quería reiterarte que aprecio que vinieras esta noche como mi acompañante. Además, por supuesto, eres la más guapa en la gala —dijo Oriol mirándola con una expresión que era una mezcla de sinceridad, pero también un ligero toque de aprensión.

—Oh, gracias, tú no te ves nada mal tampoco —replicó riéndose —. Pero también entiendo que tu ex nos está mirando en estos instantes y estás furioso. ¿No? —preguntó de buen humor, porque Oriol era una pareja de fiestas muy entretenida.

La exprometida en cuestión no solo era una mujer bonita con aires de grandeza, sino que tuvo la osadía de acercarse para presumir de su prometido multimillonario frente a Oriol; el mismo magnate con el que lo había engañado. Para Arienne no existía nada más bajo que el engaño a una persona que te había entregado su confianza. Se alegraba de haber acompañado a su amigo para enfrentar a esa víbora.

—Debería haberlo superado, pero la traición no fue lo peor de todo… —dijo con un asentimiento—. La casa que compré para vivir juntos —meneó la cabeza—. Fui un idiota, Arienne, la puse a su nombre. Todos los ahorros de mi vida…

—Hey —murmuró, apoyando la mano sobre el antebrazo cubierto por un elegante esmoquin—, el dinero se recupera. Esto solo te enseñará a ser un poco más precavido, pero tampoco permitas que arruine tus posibilidades de amar de nuevo.

Él la quedó mirando e hizo un asentimiento.

—¿Lo dices por experiencia? —preguntó.

—Oh, no —sonrió—. No me he enamorado, Oriol, pero soy la clase de amiga a la que muchos le cuentan sus problemas —le hizo un guiño y ambos se rieron—. Así que he aprendido de las

experiencias de otras personas. No siempre necesitas vivir un desastre o tristezas para darte cuenta de las señales correctas y las que no lo son. Claro, no se puede aplicar a todos los campos de la vida, pero tú me comprendes.

—Eso es cierto —replicó Oriol, mientras observaba alrededor—. No creo que mi ex regrese para hablar conmigo. Entiendo que verla, hoy, es un cierre. Al fin.

Arienne esbozó una sonrisa e hizo un asentimiento.

—Me parece estupendo que lo veas de esa manera.

El Hotel Ruyal Fayar, en el que se encontraban, era precioso.

En el salón del evento, grandes cortinas cubrían los ventanales a prueba de balas. Las gotas de cristales de bohemia en las lámparas del techo brillaban con la luz. Las mesas del bufete brindaban una oferta gastronómica variada y el escenario en el que se presentó el vídeo del proyecto, con pantalla gigante, completaban una puesta en escena de lujo. Sin embargo, lo más bonito para Arienne fue el cuarteto de cuerdas que estaba amenizando la velada. Ella, desde los diez años, continuaba tocando esporádicamente el laúd. Pero ya no era un instrumento que solía tocarse en esta clase de actos. Por eso, le pareció bello escucharlo esta noche, después de tanto tiempo.

En el salón, las medidas de seguridad eran estrictas y solamente un mínimo número de políticos, representantes sectoriales y personajes reconocidos, saludaron a la familia real. Para Arienne fue un inmenso alivio comprobar su teoría de que, al no estar en la lista oficial de invitados, no tuvo que estar frente a los Al-Sarkham. A toda costa evitó cruzar la mirada con Dhalia, porque entonces su amiga la llamaría y Arienne no tendría otra opción que saludar a los reyes y a los dos príncipes. Estrechar la mano de Zarik, mientras otros los observaban, consciente de la libertad que le había permitido tener con su cuerpo, le habría provocado un síncope. Sabía que tenía que darle la respuesta pendiente, pero se alegraba de que no tuviera que ser esta noche.

—¿Sabes, Arienne? Estar aquí hoy me hace dar cuenta de que he llegado lejos en mi carrera. Así que voy a enfocarme en la gigantesca responsabilidad que tenemos como equipo, en especial ahora que el proyecto se ha presentado públicamente —expresó él de repente, interrumpiendo el curso de los pensamientos de

Arienne, y cambiando el tema por completo—. El discurso del príncipe Zarik fue muy elocuente y logró que la gente se enganchara con su explicación. Creo que es uno de los pocos *royals* jóvenes que actualmente posee tal capacidad para cautivar al público.

—Eso no voy a discutírtelo —reconoció ella, porque era la verdad—. Sin duda, la preparación que ha llevado a cabo a lo largo de su vida ha rendido frutos. Hay muchos matices en los Al-Sarkham, pero creo que, como equipo dinástico, están bien complementados. Imagino que protegerse como familia no debe ser nada fácil.

—Probablemente tengas razón. Los privilegios siempre llegan de la mano con un precio alto que pagar. En el caso del príncipe prefiero enfocarme en notar que él utiliza sus recursos para intentar que Nariem se convierta en un mejor país. Jamás llegará a los niveles de Occidente, porque Oriente Medio es una sociedad tan compleja como anclada en estrictas condiciones tradicionales. Pero lo está intentando.

—Casi le cuesta la vida, ¿no? —dijo en un comentario retórico —. He visto las noticias y hay grupos que continúan opuestos a insertar nuevas vías de crecimiento —murmuró con un ligero tono de inquietud—. Resulta una lástima cómo el miedo a cambiar puede detener el desarrollo de una sociedad. Espero que el caos no llegue.

—Sin duda —replicó Oriol, pensativo—, pero no me parece que el príncipe sea la clase de líder que se amedrenta por obstáculos o amenazas. Saldrá todo bien.

—Esperemos que sea así… —dijo pensando en la seguridad de Zarik.

Ella, desde la audiencia, había escuchado al príncipe dando el discurso inicial y explicativo sobre las motivaciones detrás de Insignia Regional. No era la primera ocasión en la que Arienne presenciaba un discurso de Zarik, pero sí la primera que, luego de saber que la deseaba tanto como ella a él, pudo admirarlo a gusto. Se había tomado el tiempo que quiso, sin parecer indecorosa o mucho menos indiscreta a causa de la intensidad de mirada, para absorber cómo dominaba Zarik el salón.

Arienne tampoco dejó de notar, tal como ocurrió en otros eventos en los que ambos coincidieron, años atrás por temas

diplomáticos de los Al-Kahaleel, cómo las mujeres parecían querer acariciarlo con la mirada. Intentaban llamar la atención del príncipe con sutileza y también lograr la autorización para acercarse y saludarlo. Lo anterior nunca ocurría debido a las medidas de seguridad. En el evento de esta noche, al estar la familia real al completo, los protocolos eran más estrictos. Zarik, si acaso notó la actitud de las mujeres, mantuvo una expresión impasible ante ellas. Este último aspecto, a Arienne, le había causado alivio y no se explicaba el porqué. «Absurdo».

—A veces, me comentas sobre la familia real como si la conocieras —dijo Oriol al cabo de un rato con una sonrisa, mientras la guiaba hacia el bufete.

—Mis padres fueron diplomáticos durante muchos años y trabajaron para la familia real —replicó ella de manera distraída—. Así fue como recorrí incontables países, conocí a muchísimas personas de diferentes estratos de poder y, por supuesto, también tuve la oportunidad de asistir a eventos en los que me codeé con la realeza.

Oriol la miró con intriga e interés, porque le parecía una de las mujeres más inteligentes con las que había tenido el gusto de trabajar. Además, buena persona.

—Vaya, ¿están por aquí tus padres? —preguntó con curiosidad.

Ella soltó una exhalación e hizo una negación.

—No, fallecieron en un accidente de tránsito —murmuró, mientras se servía un poco de comida, aunque no tenía demasiado apetito—. Fue hace unos años.

—Lo siento, Arienne —replicó, al tiempo que caminaban hasta la mesa que tenían asignada—. Debe ser duro para ti en una actividad de esta categoría, sin ellos.

—Los extrañaré toda mi vida, sí, pero sé que de algún modo velan por mí —sonrió con amabilidad—. No siempre íbamos juntos de viaje o a eventos, aunque tengo bonitos recuerdos de la vida de gitanos que teníamos a causa de sus empleos.

—De seguro estarían orgullosos de ti —dijo él con sinceridad.

Ella tan solo sonrió e hizo un breve asentimiento.

La falta que le hacían sus padres era un espacio en su corazón que difícilmente lograría suplir. Si bien el dolor ya no la paralizaba, sí había momentos en los necesitaba el abrazo de su padre o las

palabras de apoyo de su madre. No era fácil estar sola en el mundo, pero desde pequeña aprendió que los constantes cambios, a causa del trabajo como diplomáticos de sus progenitores, eran tan solo un reflejo de la vida.

Aprendió a adaptarse. Además, gracias a la avidez de conocimiento continuo de su padre, ella se había preparado aprendiendo varios idiomas y también sobre culturas autóctonas de Nariem. Si bien no pertenecía a la realeza, los Al-Kahaleel la educaron con un nivel académico muy similar al que utilizaría cualquier casa real.

—Menos mal, nos han tocado unos compañeros de mesa interesantes para conversar —murmuró ella con una sonrisa al notar a las personas que se le hacían vagamente conocidas. Dos de ellos eran integrantes del Banco Islámico de Desarrollo y otros tres integrantes de la Fundación Nobel—. Qué bien que estén los nombres de cada uno en las mesas, porque o si no pasaría vergüenza recordándolos todos.

El protocolo ahora era un poco más relajado que al inicio del evento. Así que hubo las presentaciones entre Arienne y Oriol con el resto de personas. Las charlas que se llevaron a cabo resultaron más profundas de lo esperado, pero educativas.

—Arienne —dijo Oriol en un susurro, al cabo de un rato—, nos marcharemos cuando quieras. Aunque ha sido una velada laboral y personal bastante interesante, mañana tengo que viajar temprano a Kurfan. Así que no hace falta que nos quedemos más tiempo. Además, sé que prefieres más estar en tu cama que en una fiesta.

Ella soltó una risa suave sin saber que estaba siendo discretamente observada.

—¿He sido tan mala acompañante, Oriol? —preguntó sonriendo.

—Claro que no, pero somos colegas de trabajo y sé que hoy empezaste muy temprano para poder salir a tiempo y acompañarme. Lo menos que puedo hacer es comportarme de forma considerada contigo —replicó haciéndole un guiño.

—Sé que te ha interesado mucho la charla de las personas del Nobel —dijo, mientras comía lo que se había servido—. Te sugiero que aproveches en hacerles más preguntas, si las tienes, porque pueden ser buenos contactos. Nos marcharemos luego.

—¿Estás segura? —preguntó él con una expresión de ilusión.

—Totalmente —dijo ella agarrando una copa de *sharbat* de rosas.

Pronto, en la mesa empezaron a debatir teorías sobre la inteligencia artificial. Arienne sí quería marcharse, porque estaba agotada por el ajetreo del día. Sin embargo, notaba que Oriol estaba pasándola bien y no quería ser aguafiestas. Además, las personas que estaban alrededor solo acudían a eventos de la realeza o de multimillonarios. Si su compañero de trabajo tenía la oportunidad de crear estos contactos, que quizá le servirían de algo a futuro, ella no iba a ser un impedimento.

Al cabo de un rato, un hombre que Arienne jamás había visto, se acercó hasta Oriol y le entregó un pequeño sobre. Su amigo abrió el contenido para leerlo. Luego, la miró con una expresión de disculpa que ella no comprendió. Parecía de repente incómodo, todo lo opuesto de lo que había sido a lo largo de la velada. Ella frunció el ceño. Las personas de alrededor no se inmutaron y continuaron sus diálogos.

—Me siento muy apenado, Arienne, pero al parecer confundí por completo mi itinerario de viaje —dijo meneando la cabeza, mientras se incorporaba de la silla con lentitud y extendía la mano para que ella la tomara—. Acabo de recibir una nota emitida por el jefe del equipo de *marketing* de Kurfan. El viaje no es mañana, sino que estaba preparado para hoy —miró el reloj—, hace una hora. Solo tenía que quedarme en este evento unos minutos y se me ha pasado el tiempo —dijo con inquietud—. Me enviaron un boleto de avión nuevo —dijo al guardar el sobre recibido y constatar la información en el móvil—, pero tengo que marcharme.

Ella, aunque lo conocía poco, consideraba a Oriol un profesional metódico y atento a los detalles. Le parecía curioso que él hubiera confundido algo tan simple como un horario de viaje con un evento. Pero todos comentían errores, claro.

—No hay problema. Si ya tienes el boleto, entonces es momento de ir al aeropuerto —dijo en tono afable, pero cansado. Se había tomado un café, pero, según notaba, la cafeína estaba de vacaciones —. Yo podría conducir tu coche, sin embargo, al regreso me detendrían. El vehículo está tu nombre y las autoridades pueden pensar que he huido de casa o que estoy siendo infiel —suspiró—, la policía local vive en la era de piedra —dijo, mientras seguían

caminando hacia la salida del hotel.

—Diablos, qué pesar, Arienne —dijo pasándose los dedos entre los cabellos—. Te has portado tan bien conmigo, pero mi mala cabeza me ha hecho una jugarreta. No es justo que tengas que marcharte sola, cuando yo debería llevarte a casa.

—Puedo pedir que me asignen un coche —sonrió dándole una palmadita en el hombro—. En verdad, lo importante es que llegues pronto a tu destino.

—Aparte creía que mi reunión en Kurfan era en la tarde, pero también esto lo he mirado mal —frunció el ceño—. No era un almuerzo, sino un desayuno corporativo. Tengo que estar a las siete de la mañana, Arienne. Supongo que la posibilidad de ver a mi ex me arruinó la concentración del día. Lo lamento. Al menos —dijo con una sonrisa de disculpa—, nos pagan bien si trabajamos los sábados.

Arienne soltó una risa suave e hizo un asentimiento.

—Le pudo ocurrir a cualquiera, Oriol. Han sido unas semanas muy agotadoras y demandantes, porque nos dieron un margen de tiempo bastante estrecho para dar resultados. Ahora, llegará la parte más compleja: ejecutar cada uno de los pequeños proyectos dentro del proyecto matriz. Lo haremos bien, pero tampoco te machaques por este pequeño lapsus —sonrió y luego llamó al encargado de asignar transporte a los invitados, que lo necesitaran esa noche, para pedirle que le consiguiera un coche.

—Te compensaré, en verdad, Arienne —dijo Oriol con remordimiento.

—Lo tomaré en cuenta para un futuro, así que más te vale estar preparado para lo que se me pueda ocurrir como compensación si me meto en algún embrollo.

Él finalmente pareció relajarse y esbozó una sonrisa.

—Seguro será algo manejable. ¿Me envías un mensaje al llegar a casa? Tan solo para asegurarme de que te veré el lunes de nuevo en la oficina —replicó con humor.

—Los taxis, al ser asignados por los organizadores del evento, garantizan la seguridad de los pasajeros —dijo, mientras su amigo asentía—. No te vas a librar de mí el día lunes. Saluda a todos de mi parte en Kurfan y buen viaje, Oriol.

—De acuerdo —murmuró él, antes de recibir las llaves del valet

parking.

Al cabo de pocos minutos, le informaron a Arienne que un taxi ya estaba esperándola. Después de subirse en el asiento del pasajero, le dio la dirección de su casa al conductor. Sacó el móvil para aprovechar el trayecto y revisar la disponibilidad de su estilista regular en la página web de la peluquería. Pero no había espacio, hasta dentro de cinco días. Así que se apuntó en el primer horario abierto. Estaba lista para disfrutar de su fin de semana, porque había anticipado bastante trabajo.

Sería su primer sábado y domingo libres de estadísticas y lecturas. Quería aprovechar este tiempo para quedar con Malin y cotillear a gusto. Inclusive podría agregar en su lista un masaje, porque sentía los músculos de la espalda contracturados y las piernas, al estar sentada frente al ordenador casi todo el día, tensas. Uno de los mejores aspectos que tenían las culturas árabes, hindúes y asiáticas era el culto al bienestar corporal, a través de las prácticas que disipaban el estrés. Cuando el automóvil se detuvo, al cabo de varios minutos, y Arienne esbozó una sonrisa.

Apartó la mirada del teléfono y lo guardó en la bolsa. Lista para bajarse.

—Buenas noches, doctora Johansen —dijo Hamur abriendo la puerta del coche—. Espero que haya tenido un placentero traslado hasta aquí.

Ella miró con sorpresa al visir del príncipe. Observó a su alrededor. Sí que había estado concentrada en el móvil y por eso no notó el sitio al que se dirigía el coche. Una idiotez de su parte, aunque supiera que estos vehículos, para los invitados, no solo eran taxis con vidrios antibalas, sino que estaban controlados por radar.

—Eh, buenas noches, ¿por qué estoy en un hangar, en lugar de mi casa, Hamur? —preguntó en tono confuso y mirando alrededor. Mientras bajaba del coche.

El avión privado con la insignia de la casa real estaba estacionado en la pista de despegue. Sendos automóviles negros de seguridad se hallaban las inmediaciones. El viento soplaba con fuerza y el cielo estaba salpicado de estrellas. Las luces alrededor del avión estaban encendidas. La escalera principal se hallaba desplegada. Arienne consideró seriamente en regresar al interior del coche que la trasladó desde el hotel. No era posible, claro, pues se

había marchado. Estaba en un hangar privado.

—Lamento este cambio súbito y sin previo aviso, doctora Johansen —dijo él sin realmente ser sincero al respecto—, pero sus servicios profesionales como asesora política son requeridos de manera urgente para un asunto confidencial. Espero que no tenga inconvenientes al respecto —expresó con tono serio y ceremonioso.

—¿Asesoría política por un tema urgente? —preguntó frunciendo el ceño.

—Se le proveerá ropa, protección militar y también alojamiento. Su trabajo consistirá en dar breves informes sobre los personajes con los que se llevarán a cabo varias reuniones. No solo eso, sino que se contempla en agenda algunas actividades en las que estarían involucrados miembros de la realeza de la zona árabe. Con respecto a ellos también se requerirían, si acaso fuese imperioso, su punto de vista profesional. Su puesto en la oficina estará cubierto —dijo con eficiente simpleza.

—¿No puede darme más detalles? —preguntó Arienne. Por lo general, este *modus operandi* en los asuntos de Estado solía darse con cierta frecuencia cuando sus padres eran diplomáticos, pero, por supuesto, jamás le había ocurrido a ella—. Estoy con este vestido y si se trata de un asunto político, pues no creo que…

—Doctora Johansen, no estoy autorizado para darle más información —interrumpió en un tono amable, pero que no daba opción a que ella discutiera—. Tan solo le comunico que sus servicios profesionales como experta política son requeridos de manera urgente y no hay vuelta atrás. —Arienne comprendió las palabras entre líneas: no era una propuesta, sino una orden que Hamur estaba cumpliendo—. Los detalles los recibirá en el avión, así como implementos de trabajo. Eso es todo.

—¿Mi atuendo…? —dijo y se miró a sí misma. Imaginaba que, luego del retraso de Oriol, algo habría pasado en relación a algún asunto. En su contrato figuraba una cláusula que la obligaba a atender emergencias. Pero, a ver, ella era una experta en política, mas no un médico presto a realizar una cirugía. Así que, cualquier cambio, que se hubiera suscitado, sí, lo contestaría, pero por teléfono—. No comprendo cuál es la razón de que me trajeran a este hangar, Hamur.

—Por favor, doctora Johansen, suba al avión. Todo ha sido

resuelto para usted y las respuestas que busca no se las puedo ofrecer yo —replicó el anciano. Acto seguido, le hizo una señal a unos guardias y estos empezaron a caminar. No solo escoltándolo a él, así como al séquito del príncipe Zarik, sino también a Arienne.

Arienne tan solo hizo un asentimiento y tragó saliva, mientras era guiada hasta el interior de la aeronave. La recibió una azafata muy amable y sonriente en la puerta de embarque. Ella apretó los labios, mientras el pálpito de su pulso empezaba a vibrar con más velocidad. Por supuesto, solo había un pasajero principal en ese vuelo.

CAPÍTULO 10

Arienne no podía creer esta situación. Estaba más despierta que unos minutos atrás, así que su mente ató cabos con rapidez. No era tonta y ahora comprendía que el viaje súbito de Oriol no fue una coincidencia. Se sintió furiosa, pero lo disimuló. Zarik estaba habituado a dar órdenes para que los escenarios se ajustaran a sus intereses. Ella consideraba que, esta vez, se había pasado de arrogante al obligarla a desviar su rumbo de destino. Así que decidió que esta circunstancia le brindaba el contexto perfecto para impulsarla a inclinar la balanza hacia una respuesta: no.

—Doctora Johansen, buenas noches. Ha sido muy amable al aceptar asesorarme en este viaje —dijo el príncipe en un tono arrogante, mirándola.

No llevaba túnica, sino tan solo una camisa blanca y pantalones a tono. Estaba en su avión privado, pero por simple costumbre todavía mantenía el *keffiyeh* sobre la cabeza. Tenía los musculosos brazos cruzados sobre el pecho. Él había ordenado a su asistente que hiciera lo necesario para que Oriol Maruk desapareciera al instante del evento. El príncipe consideró que le daría un bono a Kirian por su eficiencia.

—Su alteza, buenas noches —dijo consciente de que Hamur estaba a su lado. La mirada de Zarik, sin embargo, la golpeó como una centella, atravesándole los sentidos, ardiente y poderosa, hasta la punta de los pies. La tensión en el avión parecía crujir, pero sabía que en esta sensación solo estaban envueltos ella y el príncipe—. Cuando mi país requiere de mis conocimientos sería imposible negarme. ¿Me podría comunicar, si no es un atrevimiento, cuál es el destino? —preguntó con falsa sumisión y con unas ganas

gigantescas de borrar esa sonrisa de suficiencia masculina.

—Jordania, para empezar, después alguien le informarán los siguientes destinos de la agenda —replicó con simpleza y luego pareció desentenderse de ella.

«¿Destinos? ¿En plural? ¡Será idiota!», pensó Arienne. Su contrato laboral no estaba solo ligado al proyecto de expansión, sino también a cualquier requerimiento de temas políticos específicos que tuviera el heredero al trono, durante el tiempo que su acuerdo laboral estuviera vigente. El detalle es que ella nunca imaginó que algo como esto podría ocurrir: viaje laboral fuera de los límites geográficos de Nariem.

—Gracias —replicó ella con indiferencia—. Por cierto, su alteza —dijo Arienne en un tono de burla que solo Zarik comprendería—, con respecto a la pregunta que me hizo hace varios días, sobre las perspectivas políticas para los próximos meses en materia social, la respuesta, tajante y contundente, es no. Simplemente, no —insistió, porque ambos sabían a qué estaba refiriéndose. A la propuesta—. En esta noche me ha bastado un instante para notar que sería un error.

Zarik se acomodó mejor contra el respaldo de cuero. Estaba en la cabecera de la mesa, pues Hamur había guiado a Arienne hasta el área en la que estaba el comedor. Observó a Arienne sin disimulo, pero su lascivia tenía una mezcla de admiración, mas no vulgaridad. El corte del vestido no revelaba nada, aunque marcaba estratégicamente los sitios que él quería explorar por completo. Anhelaba acariciar y mordisquear cada trozo de Arienne. Quería volverla a sentir bajo su cuerpo, gimiendo.

Él llevaba años viviendo una vida de situaciones que provocaban estrés, emoción, adrenalina, aburrimiento o interés, pero ninguna que recordase le había creado este deseo visceral de conquista. Que Arienne creyera que podía estar con otros hombres, mientras lo hacía esperar por una respuesta no le sentaba nada bien. Pero, que ella negara el deseo entre ambos, le parecía una hipocresía cuestionable.

Hamur abandonó el comedor privado para ir con Kirian a la zona general de la aeronave y finiquitar detalles de las visitas de los siguientes días. El piloto anunció que despegarían en cinco minutos de la pista privada de Carpal, capital de Nariem.

—Ah, esa respuesta es todo un reto, sin duda, Arienne —dijo, pronunciando ese nombre en un tono sugerente. Le gustó notar que él la afectaba, pero ella no apartó la mirada. La mujer había heredado el espíritu guerrero de sus ancestros británicos, en especial una belleza que traspasaba el alma. El tipo de belleza que utilizaban los antiguos para engañar a los hombres y destrozarlos desde las entrañas.

—Tan solo es la verdad, Zarik —replicó enfadada. Este escenario no era ideal, pues la cercanía de este hombre creaba combustión en sus sentidos—. Has sido arbitrario al manipular las circunstancias y traerme aquí para ir a no sé qué destinos, ¿acaso no tienen asesores políticos de planta fuera del proyecto? —preguntó cruzándose de brazos sin ser consciente que sus pechos se elevaban. Él, sí lo notó.

Zarik sonrió de medio lado.

—Gracias por comunicarme tu aparente decisión —replicó con una expresión neutral, pero el brillo potente de sus ojos desdecía por completo su tono de voz indiferente—. Los otros asesores políticos carecen de cierta sagacidad, sensibilidad e instinto que tú sí has demostrado en tu trabajo. Para este viaje son necesarios los tres. Así que decidí usar la cláusula del contrato que te compromete a colaborar en proyectos externos a Insignia Regional. Leo lo que haces y no solo para corregirlo, tal como me comprometí a hacer, sino evaluarlo —dijo con sensatez. La dejó sin opción a reproche al recordarle que él cumplía su palabra—. ¿Lo llamas manipulación?

Arienne enarcó una ceja. Zarik era tan experto como ella, en jugar con las palabras y acomodarlas en frases que daban un mensaje diferente al esperado, cambiando de perspectiva. Pero ella no iba a evadir el tema. Iba a aclararlo.

—Sí —zanjó—. Oriol estaba pasándola muy bien en el evento y yo también me estaba divirtiendo —dijo entre dientes—. Él creyó que había fallado en su trabajo, lo cual no fue justo porque es un buen profesional. Y yo, me privé de disfrutar un fin de semana libre a causa de tu intervención. Así que sí, Zarik, se llama manipulación.

—Oriol… —repitió ese nombre con burla, ladeando la cabeza, e ignorando el asunto del fin de semana. Lo que tenía planeado para ella sería mucho mejor—. ¿Es él la pobre excusa que estás tratando de utilizar para respaldar tu mentira y negar, una vez más, que la química sexual entre nosotros es ineludible? —preguntó en tono

sereno, pero que escondía peligro—. Siéntate, por favor, la cena está servida.

Arienne sabía que matar a Zarik sería un escándalo social y moral. No quería acabar en la cárcel, pero él parecía darle pocas razones para contenerse. En la mesa de ocho puestos todos los platos tenían la cobertura de metal para mantenerlos calientes. Pero imaginaba que lo que sea que hubiera sería exquisito. En el evento, ella casi no comió, así que ahora tenía hambre, pero no iba a comentárselo. De hecho, todavía contaba con la posibilidad de pedirle a Zarik que la liberara de este viaje.

—No tengo hambre —dijo en el mismo instante en el que el piloto anunció que toda la tripulación y pasajeros tenían que prepararse para inminente despegue—. Quiero que detengas este vuelo. Si necesitas mi ayuda, entonces me puedes llamar por teléfono o me puedes enviar correos electrónicos en horarios de oficina.

Zarik esbozó una sonrisa lenta.

—Me parece interesante que creas que tú puedes dar las órdenes.

—No es una orden —dijo entre dientes. Se preguntó si podría agarrar el florero central y lanzárselo a la cabeza a Zarik—. Es una solicitud laboral que, como parte de Insignia Regional, tengo derecho a hacer en momentos como estos.

—He detectado que posees inclinación a ignorar mensajes. Imagínate que eso ocurriese durante una consulta indispensable en este viaje. —Arienne enarcó una ceja con una expresión de fastidio —. Siempre es mejor evitar cualquier posibilidad de riesgos, ya sabes. Medidas de contingencia. ¿Acaso no es esa la mejor vía que, como experta en política y manejo de crisis, sugerirías en este caso? —preguntó, burlón.

—Tal vez, lo que podría sugerir es que implementen de nuevo la genial idea de la Revolución Francesa. La guillotina en la realeza. No se vería mal. ¿Qué opinas?

Zarik soltó una inesperada carcajada. Ella lo observó con fingida indiferencia. Pero escuchar la risa de toques profundos y melódicos fue como recibir una caricia íntima que le agitó los sentidos. La piel se le erizó y quiso dar media vuelta e irse.

—Cena conmigo, Arienne —replicó—. Toma asiento, por favor

—agregó con un gesto de la mano—. El chef ha preparado cordero en salsa de *curry*.

—¿Es esta la recreación de la cena a la que querías invitarme? —masculló sintiendo que se le hacía agua la boca. La comida hindú era de sus preferidas.

—Oh, Arienne —dijo con una sonrisa de suficiencia—, no soy el estándar de la clase de hombres que de seguro has conocido, inseguros y petrimetes, como para intentar reemplazar una cena por otra. —Ella enarcó una ceja con altivez—. Además, cada ocasión que pases conmigo —dijo mirándole la boca—, siempre será única.

—No serán muchas ocasiones, entonces —farfulló de mala gana.

—¿Es esa una apuesta que quieres hacer? —preguntó observándola.

—Prefiero no hablar contigo —replicó indignada. Esta clase de confrontaciones con Zarik no deberían excitarla ni gustarle, pero, carajo, lo hacían.

Ella tenía que sentarse, sí o sí, porque iban a partir. Así que a regañadientes, lo hizo. La comida parecía un minibanquete. El único espacio libre para sentarse, preparado con los utensilios y el mantel, era el que estaba junto al príncipe.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó con suavidad al cabo de un instante. Estaba refiriéndose a Oriol y ninguno pretendería que no comprendía que ese era el tema.

Zarik, que tenía a Arienne sentada a la derecha, extendió la mano y recorrió con el pulgar la barbilla, luego le agarró la nuca con gentil presión. Los ojos de ella se pusieron en alerta y las pupilas se dilataron. Porque, indistintamente de lo que Arienne dijera, el deseo era muy claro en su expresión. Él se inclinó hacia adelante, como si fuera a besarla, y de forma instintiva los labios de Arienne se abrieron de modo leve.

—Ver a otro hombre tocándote me cabreó. Si deseas a alguien con tanto ardor, la evasión solo va a conseguir aumentar ese anhelo. Esto último es lo que estás haciendo tú —dijo mirándola a los ojos—. Nosotros, no vamos a escapar del otro.

—Según la historia, el famoso Nostradamus ya está muerto —expresó.

—Pero yo estoy muy vivo y no me hace falta ser adivino para saber que, si en este instante te toco, estarás mojada. —Arienne lo

miró con incredulidad por su crudeza. Lo odió, porque su sexo parecía palpitar como si supiera que era Zarik quien podría darle alivio—. Así que, entre más rápido lo comprendas, más disfrutaremos el tiempo que podríamos tener juntos. Ahora, si estás acostándote con Oriol Maruk —dijo en tono siniestro—, lo trasladaré a otra ciudad y elegiré un reemplazo. Si no quieres ser mi amante, lo respeto. Pero vas a tener que mirarme, tal como lo estás haciendo ahora mismo, a los ojos, y decírmelo con convicción. Sin mentiras de por medio. No quiero medias tintas. ¿He sido lo suficientemente claro? —preguntó.

Arienne rompió el hechizo apartándole la mano. Él la dejó caer y empezó a abrir los cobertores de los platos de comida. El piloto anunció que ya era posible quitarse los cinturones de seguridad y moverse libremente en el interior de la cabina.

—Te puedo dar la respuesta que me dé la gana —replicó.

—Sin duda alguna —dijo Zarik—. No necesitas hablar para que eso ocurra.

—Bastardo… —farfulló sonrojándose, mientras comía un trozo de cordero.

—Creo que eres la única mujer a la que le permito hablarme de este modo sin repercusiones —dijo Zarik entretenido con las reacciones de Arienne.

Ella puso los ojos en blanco y dejó el tenedor a un costado.

—Porque no estoy interesada en complacerte ni en ganarme tu voluntad. No dependo de ti y puedo hacer lo que quiera con mi vida, porque mi doble nacionalidad me permite irme a vivir a cualquier otro país que me dé la gana —dijo con altivez.

—Oh, Arienne, me complaces con tu cercanía y me complaciste al permitirme llevarte al orgasmo el otro día —dijo con una media sonrisa, pícara—. De hecho —deslizó la mirada con lentitud sobre los pechos cubiertos por la tela celeste—, al decírtelo, lo estás recordando. ¿O me equivoco? Si no fuese así, entonces, cuéntame a qué se debe que tus pezones estén erectos —dijo y notó el sonrojo en ella.

—Tus comentarios son indecorosos —murmuró sintiéndose ridícula al mencionarlo. En realidad lo que buscaba su curiosidad era tener más información, más detalles de lo que él podría hacer con su cuerpo y con qué intensidad.

Zarik soltó una carcajada que reverberó con exquisita suavidad en ella.

—¿Es ese el motivo por el que te excitan? —preguntó—. Porque lo que hice con tus magníficas tetas aquella tarde, Arienne, y la sensación de tu humedad en mis dedos, no sería nada comparado con la forma en que penetraría en tu interior. Cómo me deslizaría en tu carne y me anclaría, tan profundo, que olvidarías a cualquier otro que haya tenido la osadía de tocarte antes que yo —dijo con arrogancia.

Arienne abrió y cerró la boca. Esta era la oportunidad para decirle a la cara que ella no se había acostado con nadie, pero él creería que estaba planteándole un reto.

—Zarik… —dijo en tono de advertencia y apretando los muslos entre sí, porque de repente se sentía demasiado expuesta, aún vestida. Quería aliviar ese ligero pálpito en su sexo—. No te he pedido descripciones soeces, así que haz silencio.

Él soltó una risa ronca y se encogió de hombros.

—¿Te ha gustado la cena? —preguntó a cambio y complacido al verla sonrojada. Arienne hizo un asentimiento. Luego, él presionó un botón que tenía debajo del tablero de la mesa y de inmediato llegaron dos asistentes—. Si te apetece cenar algo más solo tienes que pedírselos a ellos. No hay límites, ni horarios.

Arienne hizo un leve asentimiento.

—Lo que he cenado ha sido suficiente, gracias —replicó ella, mientras notaba que el rostro de Zarik era distante y desdecía el brillo de lascivia que le había dedicado, hasta hacía solo unos segundos—. Así que no me apetece nada adicional.

Él tan solo asintió sin emoción y cambió de actitud ante los dos asistentes. Su expresión ya no tenía vestigios de lujuria o sensualidad, sino de dominio. El dominio que utilizaba cuando presidía una junta o estaba en medio de una negociación. Para Arienne siempre era interesante ver cómo las personas, con rangos públicos notorios, al estar en privado podían actuar bajo su verdadera naturaleza, pero también eran capaces de transformarse en la imagen que el público esperaba de ellas. Como ahora.

—Díganle a la atelier y a la diseñadora de modas que estén en la sala de reuniones de inmediato —ordenó con autoridad—. Una vez que aterricemos en Jordania ambas deben regresar a Nariem. La

ropa debe quedar en valijas con protección y organizadas en cada viaje, según la doctora Johansen lo decida —dijo refiriéndose a ella en un tono formal, porque era su manera de demostrarle con este ínfimo detalle que, si fuesen amantes, no lo daría a entender ante otros—. Las minucias las tienen que hablar con Kirian y su equipo. Infórmenle a mi visir que no quiero interrupciones durante las próximas horas del vuelo. Recojan la mesa.

—Por supuesto, su alteza —murmuraron los dos al mismo tiempo. Quitaron el mini *buffet* y después se marcharon con igual sigilo con el que entraron.

Una vez a solas, el príncipe se puso de pie. Le extendió la mano a Arienne. La expresión dura de su rostro e impasible, ya no lo era más, al estar sin testigos.

—Quiero explicaciones —dijo Arienne levantándose por su propia cuenta.

Él ladeó la cabeza y la miró con media sonrisa bailando en los labios.

—¿Es así? Mmm, ¿sobre qué serían? —preguntó enarcando una ceja.

Ella elevó el mentón. Estaban muy cerca. A palmos de distancia.

—Quiero saber el porqué de haberme traído aquí y cuál es el trasfondo.

Zarik miró su reloj, Audemars Piguet, y luego abrió la puerta del comedor.

—Primero, porque tenemos una conversación pendiente. Mi método de vida no contempla permitirle a otro evadir los temas que me interesan. Darte la opción de seguirte acostando con ese imbécil no va a resultar bien para Maruk, te lo acabé de decir, Arienne —expresó apretando los dientes—. Segundo —dijo en tono serio—, el responsable de asuntos políticos internacionales es un sabio vejestorio, pero que no lograría empatizar con la reina Ramari de Jordania. Le falta sutileza y empatía.

—¿Quieres que yo te dé mis puntos de vista sobre la reina, sus conexiones sociopolíticas actualizadas, antes de que negocies con el rey Abdul? —preguntó con interés. Porque esta era la clase de reto que le parecía fascinante. Una conversación con la reina sería todo un honor. Le parecía una mujer distinguida.

—Correcto —replicó haciéndole un gesto para que avanzara por

el pasillo del avión—. Estarás junto al resto del equipo que me acompañará. Ellos ya están en Jordania. Los pormenores te los dirán en su momento. Entra aquí, Arienne.

La aeronave era como un mini apartamento con áreas privadas e insonorizadas. Contaba con una sala de reuniones, un comedor, dos *suites* bien equipadas con baño individual, en cada una, la zona delantera con asientos comunes y una cocina con todas las medidas de seguridad e implementos para los vuelos. En este momento, Arienne y Zarik se hallaban en el pasillo y había dos puertas. Cerradas.

—Espera —dijo ella de repente—. He venido prácticamente secuestrada. —Zarik enarcó una ceja—. ¿Qué? Lo puedo considerar como mejor me parezca.

—Tuviste la potestad de marcharte en cualquier momento o bajarte del avión.

—¡Me habrías despedido! —exclamó elevando ambas manos.

—Pero no puedes decir que es un secuestro cuando todas las vías de salida estaban disponibles para que las tomaras, Arienne —replicó mirándola.

—Eres insoportable —masculló—. Aparte, no tengo implementos de trabajo ni acceso a información. El teléfono, como todos los que hay en este país, tienen un rango de cobertura limitado, así que no puedo acceder a mi usuario de Insignia Regional o a mis contactos regulares con los que trabajo. No solo eso, sino que —se señaló a sí misma—, tampoco tengo otros atuendos. Y, por lo que noto, esta reunión con los reyes de Jordania tendrá lugar mañana. No tengo tiempo para prepararme.

—El itinerario completo lo tendrás cuando haga falta que lo conozcas. El tiempo fuera de Nariem, lo calcularé, según el avance de mis conversaciones con dignatarios y líderes. Mi asistente personal te avisará las horas de las reuniones.

—No eres un robot y conoces lo que hacen tus subalternos. Dame tú la información que quiero saber, Zarik, así sabré a qué atenerme —dijo, obstinada.

La forma de responder del príncipe fue abrir una de las dos puertas. Al hacerlo, dos señoras le hicieron una venia. Cuando ambas miraron a Arienne esbozaron una sonrisa amable. Ellas estaban vestidas de ropa oscura y elegante, además llevaban un

maquillaje impecable. Ambas lucían como las entrevistadas que estaban en las secciones principales de las revistas contando qué era la moda y cómo cada prenda.

—Su alteza real, buenas noches —murmuraron las señoras.

—Buenas noches —replicó con simpleza—. Ella es la doctora Arienne Johansen. —Intercambiaron saludos entre las mujeres—. Tienen noventa minutos.

—¿Qué es esto? —preguntó Arienne mirando a Zarik al notar que, en el equivalente al tamaño de una lujosa *suite*, había dos percheros de ropa.

—Ellas son ateliers y diseñadoras de modas, doctora Johansen —dijo con formalidad, porque tenían compañía—. Le ofrecerán los trajes para trabajar que hagan falta. Se ha incluido maquillajes. Todo lo que elija estará cubierto por la casa real. Usted tiene capacidad de elegir lo que más le convenga y ellas la asesorarán.

Arienne se frotó las sienes. Le parecía demasiado. Elevó la mirada hacia él.

—¿Para cuántos días voy a necesitar ropa, su alteza? —preguntó fingiendo estar agradecida y con actitud dócil—. Porque creo que olvidé ese dato en particular. Admiro la rapidez con la que gestiona sus planes de trabajo, príncipe Zarik.

Zarik, que ya conocía los tonos de voz de Arienne, esbozó una sonrisa leve.

—Usted es una profesional responsable y ha aceptado ayudarme en esta importante gestión en la que ha tenido poco margen de tiempo. Así que creí justo ordenar a mi equipo que lo tuvieran todo listo, en menos de dos horas, para cuando usted arribara al hangar privado —replicó con simpleza, mientras notaba que las dos mujeres parecían querer aplaudirlo por ser un príncipe considerado con el *staff*.

—Siempre he admirado a los líderes magnánimos —dijo Arienne con sarcasmo, pero las dos mujeres no podrían notarlo, porque no conocían su tono—. Aunque no me ha comunicado para cuántos días tendría que pensar mis elecciones.

—No manejo esa clase de minucias, lo puede consultar con mi asistente.

—Ah, por supuesto —farfulló Arienne—. No quise importunarlo.

Si las miradas pudiesen envenenar el torrente sanguíneo, Zarik

estaría ya en su funeral. Había alejado a Arienne de Oriol, porque creía que estaba acostándose con él para evadir darle una respuesta, muy sincera, sobre el *affaire*; y también, porque reconocía su valía profesional y la necesitaba en ese viaje. Ante esos dos opuestos argumentos, ella no sabía definir qué rayos pasaba. ¿Debería sentirse más halagada que enfadada o viceversa? ¿Debería exigir un paracaídas y lanzarse por la escotilla?

—No lo ha hecho —replicó él conteniendo las ganas de besarla para borrar la expresión furiosa, y el ceño fruncido, por una más sensual—. Esta será su *suite* durante el vuelo de seis horas a Jordania. Buenas noches, doctora Johansen.

—Igualmente, su alteza —murmuró de mala gana.

Elegir la ropa le tomó aproximadamente una hora. Las mujeres eran amables y conocedoras de su arte. Le hicieron sugerencias excelentes y fueron eligiendo prendas que se ajustaran a lo que a Arienne le gustaba y en los colores que prefería. Ella quiso agregar a los clásicos blanco, negro y azul, un poco de rojo y turquesa.

—Mmm, no tengo ropa interior —dijo Arienne cuando habían terminado con la elección de maquillajes, así como accesorios—. ¿Qué hago ahora?

—Oh, no hace falta, doctora Johansen —dijo Massara, la atelier, mientras le ajustaba la manga de una camiseta blanca—. Está todo en orden y contemplado.

—¿Cómo así? —preguntó Arienne frunciendo el ceño.

—Justo íbamos a esa parte, la de la ropa interior, antes de marcharnos —dijo Roura, la diseñadora de modas—. Aunque nunca nos la piden, la verdad es que siempre asumimos que es parte del servicio y la proveemos. Aquí están las prendas para que usted elija: material y diseños. Encaje, seda, algodón. Lo que le guste.

—Qué hermosas… —susurró al ver los delicados materiales y colores.

No era ropa interior erótica, obviamente, sino prendas delicadas y finas. Ella podría pedirle a estas dos mujeres que le enviaran la factura, porque tenía los fondos para pagar sin problema. Pero estaba considerando que el acceso a todas estas prendas de lujo eran una compensación, que podría exigirla como bonificación económica, a causa del modo en el que Zarik manipuló los eventos para tenerla en el avión.

—Solo lo mejor para nuestros clientes —dijo Roura con orgullo —. Queremos que usted se sienta conforme y a gusto. Si es tan gentil, por favor, coméntele sus impresiones sobre nuestro servicio de asistencia de moda a su alteza real.

Arienne le dedicó una sonrisa e hizo un asentimiento.

—¿Trabajan siempre con el príncipe Zarik? —preguntó de repente sintiendo un ramalazo de celos al pensar que él hacía esto con todas las mujeres que le interesaban—. Es decir, además de otros integrantes de la familia real —se apresuró a aclarar—, en estos temas urgentes o súbitos cuando hay viajes o eventos.

—Oh, sí, doctora Johansen —intervino Massara, sonriendo—. Pero es la primera ocasión en que lo hacemos para una mujer que no sea la princesa o la reina. En nuestra empresa también tenemos otro socio que es sastre. Cuando se trata del heredero al trono, el príncipe Bursit o su majestad, el rey Soldon, el equipo que los asiste suele ser de cinco personas o seis, en lugar de dos o tres. Usted debe ser una persona considerada, en un altísimo grado, por la familia real —concluyó.

Arienne no quiso darle explicaciones, así que solo esbozó una sonrisa.

Por otra parte, sintió una curiosa sensación de alivio al saber que era la primera mujer que recibía esta clase de atenciones de Zarik. No iba a tratar de leer más de lo que realmente existía detrás de este gesto: él era un dictador insoportable que pretendía hacer su voluntad. Por eso proveerle indumentaria, así como implementos de trabajo fuera de Nariem, al haber sido este un viaje manipulado, era lo mínimo.

—Intento ser una buena asesora política —expresó Arienne cuando terminó de elegir varias piezas de bragas y sujetadores. En el clóset había sendas maletas en las que Roura guardó la ropa con sumo cuidado—. No hacía falta que guardaran la ropa.

—Es parte de nuestro trabajo y nos pagan muy bien por ello —dijo Roura con una risa suave—. Usted es una mujer bellísima, doctora Johansen, si alguna vez está interesada en ser modelo embajadora de nuestra agencia de moda, nos encantaría conversar al respecto —le extendió una tarjeta de presentación—. Considérelo.

—Oh, vaya —dijo sonriendo—, qué inesperado. Lo tendré en

cuenta.

Las mujeres empezaron a recoger todo con rapidez. Pronto, la *suite* quedó como si por allí jamás hubiese pasado un vendaval de Fendi, Prada o Chanel. O de zapatos L.K. Bennett y Stuart Weitzman. O ropa interior de Chantelle y La Perla.

—Hágalo, por favor, sé que los encargados de estos temas en la agencia estarían muy contentos de conocerla. Su perfil es idóneo para atraer a las familias y personajes públicos que son guapas y también buscan tener una identidad al vestir.

—Pues, lo aprecio de verdad —murmuró. No podía negar que le hacía ilusión vestirse con todo lo que acababa de elegir. No se sentía comprada ni chantajeada, porque esto era lo justo que podría hacer Zarik, después de la jugada que había hecho al sacarla de este modo de Nariem—. Por ahora, creo que me daré un baño rápido.

—Doctora Johansen —dijo Massara de repente y se detuvo con la mano sobre la manilla de la puerta de metal y madera oscura—, al saber que es usted una asesora política y que trabaja con el príncipe Zarik, entre decenas de profesionales de esa rama en la que solo destacan hombres, me siento orgullosa de ser mujer y nariemu. Hemos visto en las noticias, antes de venir aquí, que Insignia Regional es un plan para modernizar el país. No sé si usted sea parte de él. —Arienne asintió con orgullo—. Vaya, le contaré a mi nieta, de nueve años de edad, que es posible romper esquemas.

Arienne no pudo evitarlo y se acercó para darle un abrazo.

—Gracias por decir algo como eso —expresó con emoción en la voz.

—Es la verdad —intervino Roura sonriendo—. La dejamos a solas, doctora Johansen, porque tenemos que regresar a la cabina principal. Se nos exigió que no nos tomáramos demasiado tiempo. Ha sido un verdadero placer asistirla y conocerla.

—Gracias por todo —murmuró antes de que Roura y Massara salieran.

Arienne se había emocionado con las palabras de la atelier, porque le ratificaba que estaba haciendo algo bien por las mujeres de su país adoptivo. Su propósito de permanecer en el empleo del palacete tenía sentido. Con una sensación renovada de propósito, en la privacidad de la bañera, se permitió relajarse por completo.

Le quedaban varias horas para aterrizar en Jordania, así que se

tomó su tiempo bajo el grifo de agua caliente. Este era un verdadero lujo al estar en un avión, cuyo entorno parecía salido de una revista de decoración moderna. Mientras se enjabonaba el cabello, ella se preguntaba si podría utilizar su breve tiempo, con la reina Ramari, para hablarle de lo que vivían las mujeres en Nariem y preguntar por programas conjuntos de ayuda. En muchas ocasiones, aunque estuviera fuera de protocolo era necesario tomar riesgos por un mayor bien. Por otra parte, Arienne no tenía idea de qué era lo que se esperaba de ella y eso la inquietaba, porque le gustaba estar informada y preparada con antelación para enfrentar asuntos de su trabajo. Ir a ciegas, la incomodaba. Pero la única solución era esperar que le dieran pronto el *briefing*.

Agarró el secador de cabello y al terminar se puso el pijama. Llevaba *shorts* y una blusa de tiras finas de algodón muy suave. Las bragas que había optado para usar eran de seda gris y se sentían comodísimas. Arienne decidió ver el lado gentil de toda esta circunstancia tan rocambolesca en la que se hallaba. Así que lo vería como una posibilidad de incrementar su experiencia fuera de sus límites geográficos.

Arienne se sentía en calma. «Mañana todo se percibirá con más claridad».

Cuando abrió la puerta se quedó de pie en el umbral. Mirando a Zarik.

CAPÍTULO 11

La *suite* solo estaba iluminada por una lámpara de pie en una esquina. El aroma a chocolate era leve y a ella se le hizo agua la boca. Notó una mesita alta y redonda, que al entrar al baño no estaba alrededor, con un *bowl* de color oscuro. Sin embargo, fue la presencia de Zarik, sentado en el borde del colchón, lo que consiguió que no pudiera moverse. Estaba descalzo y no tenía el *keffiyeh*. Parecía haberse dado también una ducha. Llevaba una camisa azul y pantalones del mismo tono.

—¿Qué haces aquí…? —preguntó en un susurro con desconcierto. El peso de la mirada de Zarik sobre ella creó un zumbido en su cuerpo. La intensidad de los ojos oscuros se sentían como si estuviera encendiéndola en llamas—. Alguien pudo verte.

Él sonrió de medio lado e hizo una negación.

—Este es mi avión y nadie cruza de un sitio a otro sin mi consentimiento —dijo contemplándola—. Hay algo que nos quedó pendiente en esa cena, Arienne.

—No sé de qué estás hablando —replicó sintiéndose vulnerable.

—Ven aquí —pidió con sensualidad, mientras se ponía de pie.

Su deseo por ella iba más allá de una satisfacción carnal. Zarik necesitaba poseerla como si ella fuese la fórmula química que hacía fluir a su torrente sanguíneo. Rebatía toda lógica y razón, a la vez. Se conocían desde hacía muchos años, pero solo bastó verla de nuevo, siendo ya más adultos, para realmente observarla. Sabía que existían más capas detrás de la belleza de Arienne y, a diferencia de lo que le sucedía con otras mujeres que le interesaban, con ella quería conocerlas y explorarlas. Lo anterior, al plantearse un *affaire*, era un completo desatino. Mas no podía evitarlo.

La luz del fondo del baño la iluminaba a contraluz, los cabellos dorados estaban sueltos y ella destacaba en esta sencilla pose. Natural y simple. Bella. Los *shorts* revelaban unas piernas torneadas, los pies desnudos tenían las uñas pintadas de laca rosada y, además, era posible adivinar la forma de los pechos, así como los pezones erectos. Quedarse en su propia *suite* no fue jamás la intención de Zarik.

—¿Por qué habría de hacer algo así? —preguntó ella, cruzándose de brazos, para cubrirse ante la posibilidad de que pudiera ver sus pechos, a través de la tela. Pero no creía que lo hubiese hecho a tiempo, a juzgar por la expresión carnal de él.

El príncipe sonrió con arrogancia.

—Porque yo lo deseo tanto como tú, Arienne —murmuró en tono gutural.

—No me respondiste qué hizo falta en la cena. Aparte, te comenté que no quería nada contigo —replicó, sin creerse sus propias palabras y eso la irritó bastante—. Además, si tú eres el que ha estado gestando toda esta locura, pues no seré yo quien me acerque, Zarik. Así que puedes permanecer de pie toda la noche.

Él ladeó la cabeza contemplándola. Notó el instante en el que Arienne, brevemente, bajó la mirada y notó la erección que presionaba contra la tela del pantalón. Pero, casi al instante, fijó esos cautivadores ojos verdes hacia otro punto.

Zarik enarcó una ceja y Arienne hizo una mueca que lo instó a sonreír.

—Podría, sin duda. Pero, ya que lo sugieres, Arienne, en las batallas de conquista hay que ceder, lo comprendo, en especial cuando hay una contraparte en negación —dijo él, muy seguro de sí mismo, mientras acortaba la distancia. Le agarró el mentón entre el índice y el pulgar—. ¿Sabes qué ocurre después?

—No estoy interesada al respecto —farfulló con deseos de empujarlo para que la dejara en paz, pero sus manos no se movían para nada. Sus feromonas acababan de organizar una fiesta y la cercanía de Zarik parecía ser la música que las agitaba—. No soy un territorio a conquistar. Soy un ser humano, pero eres tozudo y lento.

Zarik soltó una carcajada ronca, porque Arienne no notaba cómo su cuerpo parecía inclinarse más hacia el de él. No iba a hacerla

consciente de ello, por supuesto.

—Como soy tan generoso —dijo frotándole el pulgar sobre el labio inferior—, entonces te lo voy a decir —murmuró—. Una vez que estés tan inflamada y dolorida de deseo, cuando sientas que el alivio que te brinden mi boca y mis manos no es suficiente, entonces serás tú quien venga a mí. La que me dirá que sí, no solo con tu cuerpo, sino también con tus labios. Entonces, no será una conquista, sino una victoria mutua —murmuró—. ¿Lo he explicado correctamente, Arienne?

—Haces presunciones fantasiosas, Zarik —dijo contenta de que su voz no hubiese temblado cuando él le recorrió también el labio superior. Contuvo las ganas de morderle la yema del dedo—. Cuando alguien incurre en ese error, el de crear ciertas expectativas sobre algo o alguien, corre el riesgo de darse de bruces.

Él sonrió de medio lado e hizo una negación.

—Te he tocado y escuchado llegar al clímax. No hay nada de fantasioso en saber que eres una mujer sensual en la cama. Ahora, sobre lo que faltó en la cena, creía que lo habrías deducido por el aroma que se percibe en la habitación —dijo en un tono bajo y gutural, mientras con la mano libre le acomodaba un mechón de cabello detrás de la oreja. Acortó más la distancia de sus rostros—. ¿No lo has hecho?

Las hormonas de Arienne estaban en una pista de carros chocadores, dándose de trompicones unas con otras, porque querían llegar a la meta. Esa última era el placer, el gozo y el delirio de las caricias que solo este hombre podría prodigarle.

—No… —susurró cuando los labios de Zarik estuvieron cerca de los suyos.

—Voy a besarte, Arienne, y después te diré qué hizo falta. Primero, te voy a hacer una pregunta —dijo mordisqueándole levemente el labio inferior—, y después, te daré cinco segundos para pedirme que me marche de esta *suite* —expresó.

—No suena a mucho tiempo —murmuró respirando agitadamente. Cuando hablaba sus labios rozaban los de Zarik y ella también quería mordisquearlo. «Dios, estoy empezando a perder el control», pensó envuelta en el aroma del príncipe.

—Darte tiempo para que inventes excusas sin un rastro de verdad no consta en mis planes. ¿Te acostaste con Oriol? —

preguntó mirándola, pero no se apartó.

Ella permaneció en silencio un par de segundos. Podría decirle que sí y, tal vez, él la dejaría en paz o podría también cumplir su palabra de que transferiría a Oriol a otra ciudad. Arienne no podría vivir con la conciencia de algo como aquello.

—Que hagas esa clase de preguntas, me parece irrelevante —susurró.

—No estamos aquí para juzgar mis cuestionamientos —dijo con humor al notarla nerviosa. Con la mano que no le sostenía el mentón la tomó de la cintura. La apegó a él con firmeza y ella soltó un levísimo gemido cuando sus cuerpos ya no tenían más que solo pocos centímetros de distancia del otro—. Respóndeme —exhortó con un marcado tono sombrío en la voz que contenía matices posesivos.

—Jamás te he preguntado por tus amantes —replicó sintiendo cómo los dedos de Zarik le apretaban la carne sobre la tela. Como si estuviera furioso a la espera de una respuesta tan tonta, pero que, al parecer, él no la consideraba de ese modo.

Los toques de sándalo y el aroma masculino tan propio de Zarik, que ahora ella ya conocía, la envolvieron en un halo leve que despertó más sus anhelos. Este hombre había logrado que los instintos, en ella, predominaran más que la razón.

—No ha habido amantes en un largo tiempo, aunque estoy seguro de que eso no es relevante para ti. Ahora, responde, sí o no, Arienne —dijo entre dientes.

Se inclinó y le haló el labio inferior con fuerza, ella gimió, pero no devolvió el gesto. A cambio elevó una mano, él no sabía si para abofetearlo o para tocarlo. Al final, Arienne la apoyó sobre su pectoral derecho y la dejó allí. El toque lo quemó y la sensación eléctrica se filtró por cada vena en una sucesión de destellos. Los ojos verdes brillaban con una mezcla de anhelo y cautela. Una contradicción y una respuesta silenciosa a lo que ambos buscaban en un juego de posibilidades.

Él no sabía qué carajos tenía Arienne que lo instaba a desear tocarla o tenerla a su alrededor con frecuencia. Le gustaba escuchar su voz, a pesar de que le lanzara pullas sutiles o verdades frontales sin miramientos. Durante semanas, antes de que fuese a buscarla a la casa, había logrado con éxito mantenerse alejado. Pero le bastó

un poco de su adictiva cercanía, y el roce de su piel, para cambiar su propósito.

—No, maldito seas, Zarik —susurró pensando en que no quería que Oriol fuese transferido. Además, que él le hubiera dicho que no tuvo amantes en un buen tiempo era satisfactorio. Supuso que eso confirmaba que no pasó nada con Freya aquella madrugada—. Deja en paz a mi compañero de trabajo. No ha hecho nada.

El príncipe sintió que esa noticia aligeraba la tensión de sus hombros. La mano que estaba en la cintura femenina, la empezó a subir lentamente, mientras observaba cómo el pecho de Arienne subía y bajaba con la respiración acelerada. En el sepulcral silencio de la *suite* no era posible escuchar nada que no fuesen ellos. Cuando los dedos de Zarik llegaron a los bajos de los pechos, la soltó, y le tomó el rostro con ambas manos. Porque no quería apresurar lo que tenía planeado para esta noche.

—Ahora, Arienne —dijo acariciándole las mejillas con ambos pulgares, murmurando las palabras contra los labios sensuales—, tienes cinco segundos. Si no me dices con claridad que me detenga, entonces te besaré y estarás a mi merced.

Ella sentía la erección de Zarik presionaba contra su cuerpo, tembloroso de euforia. Las telas de las prendas de ambos, esta vez, eran más ligeras. No importaba cuántas veces quisiera rechazarlo, porque en cada una estaría mintiéndose a sí misma al negar que lo deseaba. Jamás había anhelado tanto romper las reglas e ignorar los peligros como el día en el que Zarik le propuso el *affaire*. No tenía miedo de vivir, no tenía miedo de experimentar, lo que temía era su reputación como asesora.

Pero, tal como le dijo Malin, ninguna institución cuidaba mejor la privacidad del ojo público o de curiosos como una casa real. No obstante, Arienne no quería darle la satisfacción a Zarik de decirle que sí, todavía, porque, aunque su cuerpo se rindiera, ella quería que su cabeza también estuviese de acuerdo para verbalizarlo.

Pero iba a continuar autotorturándose. El condenado hombre poseía la habilidad de leer sus expresiones y saber que, cada vez que le daba un «no», en realidad estaba mintiéndole. Él parecía conocer muy bien lo que ella quería, porque si algo tenían en común los dos, aparte del deseo, es que eran personas altamente sagaces.

—Siempre eres muy mandón… —susurró cuando se cumplió el tiempo.

—Lo sé —replicó reclamando la boca de Arienne con crudeza desenfrenada.

Ella soltó un gemido y le rodeó el cuello con los brazos, al tiempo que ondulaba la cadera consciente de que estaba presionando contra la erección. Lo escuchó soltar un gruñido leve y se alegró de tener ese efecto en un hombre poderoso y varonil como él. Arienne se dejó llevar por los sentidos y por el sabor de sus bocas que creaban un dulce gozo. El paso doble que jugaban sus lenguas no tenía comparación, así como tampoco la manera en que sus cuerpos se contoneaban.

El hambre de Zarik, por ella, lo consumía a medida que el beso se volvía más tórrido. Cada seductora caricia de la lengua femenina, él la sentía como si estuviera tallando, en los contornos de su alma, letra por letra su nombre. La quería entera, desnuda, bajo el toque de sus manos y su lengua; anhelaba frenéticamente amoldarla y cautivarla, hasta que Arienne se abandonara al éxtasis con el nombre en sus labios.

—Zarik… —gimió cuando él le agarró las nalgas con ambas manos y las apretó con ansias. Ella le enterró los dedos entre los cabellos—. Esto es una locura.

—Rodéame la cintura con tus piernas —dijo en tono ronco y ella accedió—. Prefiero la locura a estar cuerdo y olvidar lo que se siente tenerte entre mis brazos.

—Jamás había sentido esto… —dijo Arienne halándole el labio inferior.

—Lo sé —replicó con arrogancia, pero la risa de ella se ahogó entre los labios que no le iban a permitir utilizar las palabras, para intentar racionar el deseo. Ya no.

Sin romper el beso, porque a medida que la besaba quería más de esa ambrosía, él caminó hasta sentarse en el colchón. Arienne, por instinto, apoyó las rodillas a cada lado de las piernas de Zarik sobre el edredón. Él le parecía demasiado adictivo. Este contacto era lava ardiente y desbordante. Se podía definir el deseo con palabras y versos, pero jamás usando la lógica. Así que ella decidió rendirse a él por un instante.

Zarik tenía a Arienne a horcajadas sobre él, mientras se seguían

besando. Le acariciaba los muslos desnudos, sintiendo la seda de esa piel bajo la yema de sus dedos. Ella empezó a moverse justo sobre su erección, lo cual era una tortura. Él quería castigarla por haberlo mantenido distraído, durante horas de trabajo, pensando en cuándo volvería a tenerla. Zarik le mordió el labio inferior con dureza. Ella jadeó.

Arienne abrió de repente los ojos y rompió el beso. Se miraron, agitados.

—Quizás creas que tengo mucha experiencia en estos temas, pero no es así —dijo en un susurro con un toque de vulnerabilidad que Zarik asoció al deseo.

Él notó cuán inflamados estaban los labios. Le sonrió y le acarició la mejilla sonrojada, luego le frotó la boca con el pulgar. Ella le mordió la yema del dedo. Zarik tenía una dolorosa erección, pero sabía que podía causar el mismo dolor en ella de otra forma. Le agarró los bajos de la blusa de tiritas y empezó a subirla con lentitud deliberada, mirándola. Arienne estaba en un trance de sensualidad, su sexo estaba mojado y solo deseaba que él la tocara como la ocasión anterior. Elevó los brazos.

Zarik lanzó la blusa a un lado. Tener a Arienne en esta posición era una vista magnífica. Las tetas en forma de pera, amplias y con pezones duros, lucían más que apetitosas y caían llenas. Un fruto hecho para degustar y embriagarse en su sabor.

—Tienes las tetas más adictivas que he conocido nunca y tus pezones tienen la forma perfecta para jugar con ellos —expresó en tono gutural. Tomó los pechos en ambas manos, elevándolos, al tiempo que sus pulgares frotaban los picos duros.

Ella apoyó las manos sobre los hombros de Zarik.

—No sé qué hacer ahora… —murmuró consciente de que él tenía más acceso a todo su cuerpo, desde esta posición, y que ella estaba a su merced.

—No hace falta que sepas qué hacer, lo que necesitas es dejarte ir, Arienne —replicó mirándola, apretándole los pechos, mientras ella echaba la cabeza ligeramente hacia atrás con un gemido abandonado. Él esbozó una sonrisa y succionó con firmeza un pezón —. Me fascinan cuán sensibles son tus tetas —murmuró contra la areola, recorriéndola con la lengua. Luego cambió al otro pecho para chuparlo.

—Gracias… —dijo ella con sinceridad bajando la mirada para conectar con la de él—. No sé qué estás haciendo con mi cuerpo, pero me enloquece, Zarik…

—Esa es una confesión por la que merece la pena darte más que solo caricias eróticas —dijo mordiéndole el pezón con fuerza. Ella gritó de dolor, pero de inmediato él lo calmó con la lengua y leves succiones. No se sintió satisfecho, hasta que la piel blanca tuvo la marca de su barba y los contornos estuvieron sonrojados. La sentía ondulando las caderas contra su erección—. ¿Qué tanto me deseas?

Arienne apartó la mirada. Zarik le mordió un costado del pecho izquierdo.

—Un poco, puede ser, no lo suficiente —replicó sintiendo la exquisita fricción de sus bragas húmedas contra el miembro que presionaba sobre la tela.

Zarik soltó una risa sensual y le mordió un pezón de nuevo, pero la caricia llegó acompañada de sus dedos deslizándose bajo el elástico del *short* del pijama. Se detuvo en la vulva. Luego apartó la boca de los suculentos montículos de carne suave y tentadora. Ella lo miró de nuevo. Ambos tenían los ojos más oscuros que de costumbre. La mezcla de lujuria y expectativa carnal era como un embrujo potente.

—Eso significa que quieres esto tanto como yo, ¿verdad?

—Probablemente —susurró moviendo la pelvis para instarlo, silenciosamente, a que moviera los dedos hacia su zona sur. Él le amasó el pecho y ella gimió.

—¿Quieres que te toque el sexo, Arienne? —preguntó. No creía que pudiera resistir mucho tiempo sin poseerla—. Porque si no respondes, me detendré.

—Sí, tócame —dijo.

—Mmm, este es un gran avance en admitir la verdad completa, bella Arienne —dijo deslizando los dedos, hasta el centro de los labios íntimos. Le empezó a frotar el clítoris, mientras su boca succionaba los pechos. Luego le dio golpecitos suaves que resonaron a causa de la humedad en ella—. ¿Quieres correrte Arienne?

—Sabes que sí… —gimió cuando él le introdujo un dedo y ahogó un sollozo quedo. Su melena rubia era un desastre por la forma en que se habían besado momentos atrás, agarrándose el cabello con frenesí, tocando al otro con ferocidad.

—¿Más? —preguntó lamiéndole una teta y luego otra. La mujer era macilla entre sus dedos y no podía esperar a penetrarla. Arienne era una amazonas cabalgando sobre sus piernas en la búsqueda del placer, frotándose contra su mano con ansias. No podía esperar al momento en el que pudiera anclarse en ella por completo.

—Sí… Oh, sí… —jadeó cuando él le introdujo otro dedo. Luego un tercero. En ningún momento dejó sus pechos sin atender. Con una mano la masturbaba y con la otra le recorría la cintura, la espalda y le apretaba las nalgas—. Oh…

Zarik estaba absorto en cada mínima reacción de Arienne. La mujer era un espectáculo erótico para sus sentidos y tocarla era desplegar las estelas del placer más puro. No fingía ni intentaba complacerlo, porque estaba concentrada en disfrutar las posibilidades que él le proveía para lograr el alivio. El príncipe entró y salió del interior femenino, una y otra y otra vez; ella onduló las caderas, sosteniéndose de sus hombros, agitando con el movimiento las tetas que él devoraba sin miramientos.

Con la mano libre la acariciaba como si creyese que jamás podría saciarse de ella. Lo anterior era lo más probable y no quería saber qué ocurriría cuando su pene conquistara el canal más íntimo de esta belleza rebelde de ojos verdes. Él acababa de probar una nueva droga en forma de mujer y quería todas las dosis posibles.

—Arienne… —murmuró atrayéndole el rostro para besarla con posesión—. ¿Me deseas tanto como yo a ti? —le preguntó en tono gutural acariciándole el clítoris.

—Sí… —gimió contra la boca de Zarik.

—¡Mírame! —exigió. Ella a duras penas era capaz de algo así—. Repítelo…

—Sí, te deseo —jadeó, cuando él continuó masturbándola con rapidez, mirándolo a los ojos tan como le había pedido. Zarik leyó la verdad en ellos.

—¿Quieres tener un *affaire* conmigo? —preguntó con una sonrisa que mezclaba picardía y también un toque de demencia a causa del deseo reprimido.

La respuesta de Arienne fue agitar más las caderas sobre los dedos de Zarik, que continuaban bajo la tela de las bragas, hasta que sintió que sería imposible contenerse más, porque su cuerpo empezó a rebelarse a la calma. Quería dar paso a la dulce tormenta

de caleidoscópicas sensaciones que solo el éxtasis podía ofrecer.

—¡Zarik! —gritó con desespero cuando él detuvo sus caricias. Se sentía frenética, alocada, ansiosa y desesperada por ese alivio que lograría pronto, pero que este idiota estaba negándose—. Maldito seas, príncipe infame, ¡dame un orgasmo!

Zarik soltó una carcajada ronca y miró la expresión delirante de ella. Estaba seguro de que era exactamente como la que tenía él en estos instantes.

—No has respondido mi pregunta —dijo sintiendo que iba a eyacular de un momento a otro, dentro de los pantalones, como un idiota precoz y sin experiencia.

—No… —dijo mirándolo a los ojos, pero sabía que él leería su mentira.

—Después lo aceptarás —murmuró y apartando la boca de la de ella, la bajó a una de las tetas y le succionó el pezón con fuerza, al mismo tiempo volvió a mover sus dedos. No pasaron ni tres segundos que el cuerpo de Arienne colapsó sobre el suyo, mientras ella soltaba un grito abandonado de placer. El sexo femenino palpitaba alrededor de sus dígitos y ella mantenía la cabeza apoyada en su hombro, jadeando.

—Oh, Dios, Zarik… Esto es… Siento que… —dijo en un sollozo placentero.

Arienne sentía la mano de Zarik acariciándole la espalda y jugueteando con su sexo, suavemente, a medida que su visión se aclaraba. Poco a poco, ella se apartó. No sentía vergüenza, sino más curiosidad por él. Seguía vestido, pero al mirarlo de nuevo a los ojos notó la determinación que existían en ellos. La conexión de ambos era innegable, porque habían creado un cordón invisible de atracción sexual y eléctrica.

—Eres hermosa cuando te corres entre mis dedos —dijo acomodándole un mechón de cabello detrás de la oreja—. Sé que será mejor con mi sexo en el tuyo.

Ella tragó saliva. Zarik la instó a que se pusiera de pie frente a él, después le tomó el bordillo del *short* con ambos pulgares y los bajó, junto a las bragas, al suelo. Arienne nunca había estado desnuda ante ningún hombre. Su primer instinto fue cubrirse, pero se obligó a sentirse segura de sí misma y no hacerlo. Prefirió ser consciente de que el fuego que se cocía en los ojos del príncipe eran

causados por ella.

—Me dejas asombrado con tu belleza —dijo y se levantó de la cama—, porque es magnífica. Eres la clase de mujer por la que los hombres son capaces de morir.

—¿De placer? —preguntó en un susurró cuando Zarik caminó a su alrededor y le agarró ambas nalgas desnudas, luego le dio un ligero azote. Ella gimió, porque su sexo aún estaba sensible y las vibraciones leves, lo agitaron—. Zarik…

Él se ubicó frente a ella.

—Y por imbéciles también, Arienne —dijo con absoluta franqueza, mientras se quitaba la camisa y el pantalón. Completamente erecto y gloriosamente desnudo.

—¿Qué hay de los guerreros del desierto? —murmuró en un tono asombrado por lo magnífico que era este hombre. Había ligeras cicatrices en los costados del torso, pero imaginaba que estaba relacionado con la emboscada de los rebeldes, así como también con el secuestro que sufrió a los diez años. El cuerpo de Zarik estaba tallado con cinceles precisos. Cada músculo tenía una definición concisa.

Si bien él era musculoso, pues no lo era en forma grotesca. Él era mucho más grande que ella. En lugar de sentirse intimidada se sentía protegida, lo cual era curioso porque no era esta la clase de vínculo que él pretendía afianzar con ella. Se acercó y agarró el pene con una mano, pero tuvo que usar la otra. Zarik era grueso y largo.

—Estás muy excitado y no tuviste alivio —susurró elevando la mirada. Al hacerlo, notó cómo él se contenía de tocar para permitirle a ella explorarlo.

La expresión del rostro masculino denotaba tortura y Arienne se preguntaba si él intuiría que ella era virgen y por eso no la tomaba con rapidez. Pero él no podría saberlo. Así que continuó explorándolo, jugueteando con la punta roma y esparciendo el líquido preseminal. Subió la mano libre, mientras con la otra le seguía acariciando los testículos y el pene, para tocar las abdominales. En sincronía, Zarik jugueteaba con los pezones de ella a destiempos y los apretaba cada tanto para hacerla jadear.

Arienne intentó probarlo con la boca, pero antes de que eso pasara él sintió que no podía darle más tiempo para explorarlo. Así

que la agarró en volandas y la dejó sobre el colchón sin ceremonias. Ella se incorporó y se apoyó sobre los codos.

—¿Te incomodó mi toque? —preguntó en un susurro con desconcierto.

—Haz hecho todo demasiado bien, pero hoy no voy a entrar en ti, porque primero voy a devorar algo que me quedó pendiente, Arienne —dijo, porque su intención de correrse era totalmente distinta y una fantasía que iba a cumplir.

—¿Pendiente? —preguntó cuando lo vio acercarse a la mesilla alta, y que a ella se la había olvidado por completo, que estaba alrededor.

—Me quedó pendiente el postre, Arienne —dijo acercándose a ella, con una cuchara de madera con chocolate líquido—. Separa los muslos y déjame verte.

Arienne abrió los labios. Zarik lucía soberbio. El pene vibraba contra el abdomen, furiosamente y clamando alivio, pero era la expresión oscura y pecaminosa, lo que consiguió que su cuerpo temblara de anticipación. Le pedía una osadía.

—Yo… —susurró mordiéndose el labio inferior—. De acuerdo.

—Te haré sentir bien, pero también me sentiré bien yo —dijo cuando ella, con lentitud, empezó a separar poco a poco los muslos —. Qué bonita eres… —murmuró contemplando los labios íntimos lubricados por el orgasmo y sus caricias.

Ella se sentía tímida, pero intentaba luchar contra sus inseguridades. Daba igual que fuese esta la primera vez que hacía todo esto con un hombre. No quería que él la tratara diferente. Arienne quería la fuerza de la pasión de Zarik sin restricción.

—¿Qué haces? —gimió cuando, en lugar de verter el chocolate, como creyó que era lo que él quería, sobre sus pechos o su abdomen o su boca, lo hizo en su vagina. La calidez del líquido espeso la hizo contraer inconscientemente el sexo, porque el estímulo era uno que jamás había sentido—. Oh, Zarik, qué perversidad…

—El postre, Arienne, eres tú —dijo antes de dejar la cuchara de madera a un lado. Después se colocó los muslos femeninos sobre los hombros, en una posición cómoda para ambos, y que a él le daba completo acceso al delicioso sexo—. Mmm, una delicia absoluta — expresó en tono gutural al darle un lametazo largo y profundo.

Arienne agarró la tela del edredón con ambos puños y gimió.

—Tu lengua en mi sexo es una locura —sollozó, cuando las manos del príncipe le agarraron los pechos y la boca le devoraba el sexo. Una y otra vez, con la lengua, él le recorrió los labios íntimos, succionado y mordisqueando—. Oh… Sí…

Zarik no creía que pudiera haber encontrado un coño más *sexy* que el que estaba paladeando. La mezcla del chocolate con la esencia de Arienne era adictiva. No se detuvo, hasta que la escuchó gritar de placer y el sexo estuvo libre de chocolate. Solo entonces, él se agarró el miembro y empezó a masturbarse, mirándola.

—Eres una estampa erótica, Arienne —gruñó, mientras ella lo observaba boquiabierta, saciada y con la respiración entrecortada —. Tócate las tetas.

—Ya me he corrido dos veces… —gimió apretándose los pezones, súbitamente absorta en el espectáculo lascivo que tenía ante sus ojos. No había vergüenza—. Verte en este estado, en descontrol, me provoca lo mismo…

—Lo sé —jadeó Zarik y apretó el agarre de su propia longitud, apoyado sobre las rodillas en el colchón, entre los muslos femeninos que permanecían abiertos para él. Sus movimientos se volvieron más acelerados—. Tócate el clítoris.

—Estoy muy sensible… Voy a correrme de nuevo si lo hago… —murmuró, mientras empezaba a acariciarse con rapidez, al ritmo en el que lo necesitaba. Estaba en un estado en el que no se reconocía, porque era presa de la libertad de la lascivia.

—Lo sé —dijo apretando los dientes, pero sin dejar de masturbarse. Pronto perdió por completo toda posibilidad de pensamientos coherentes. En el momento en el que ella arqueó la espalda, al alcanzar el orgasmo por tercera vez, él se corrió como nunca antes y se vertió justo sobre la vulva con un gemido ronco y fuerte.

Zarik cubrió a Arienne con su peso. Sonrió contra los cabellos dorados cuando ella le rodeó la espalda con ambos brazos como si no quisiera que se marchara. Él había tenido muchas mujeres, inclusive tríos, pero esas experiencias palidecían con la candidez de la sensualidad que emanaba genuinamente de Arienne. Porque no era ella quien intentaba obtener algo de él, ni mucho menos. Este deseo era sincero y la potencia de esa certeza lo instó a apartar el rostro del cuello femenino para mirarla.

—Hola —murmuró ella sonrojada y mordiéndose el labio inferior conteniendo una sonrisa—. Nadie me había elegido antes como postre.

Zarik sintió un orgullo masculino, casi primitivo, por el comentario.

—Probablemente, porque fueron unos imbéciles —replicó con fastidio al pensar en que otros habrían tocado a Arienne. Era irracional—. ¿Cómo estás…?

Por simple instinto, ella extendió la mano y le acarició la mejilla. Ante el gesto, él cerró un instante los ojos. Al abrirlos, su potente conexión con Arienne lo sacudió.

—Muy bien… —dijo sonriendo con una sensación de sosiego inesperada.

Zarik la besó y después se apartó sin mediar palabra. Al hacerlo, Arienne perdió la sonrisa, porque pensó que se marcharía al haber obtenido lo que buscaba. Pero se equivocó al verlo entrar en el baño. Ella usó ese momento para recrearse con la vista del trasero duro y firme, así como con la espalda, cuyos músculos se flexionaban con los movimientos que hacía al andar. Luego escuchó el grifo de agua y a continuación él regresó a su lado. Zarik tenía una semierección y se movía muy cómodamente en su desnudez por la *suite*. «¿Quién podría avergonzarse con un físico y unas habilidades en la cama que rebasaban cualquier fantasía?», se dijo ella.

Se acercó y empezó a limpiarla con cuidado. Después le dio un beso en el sexo, haciéndola sonreír, para luego empezar a vestirse con movimientos eficientes. Arienne aprovechó para agarrar el edredón y cubrirse también. Una vez que él terminó de ponerse la camisa se acercó hasta ella. Apoyó ambas manos a sus costados y le tomó el rostro con una mano. La expresión del príncipe era de placidez y determinación.

—Aquí hay chocolate —dijo ella al recordar que él había usado una cuchara de madera para ponerle el líquido dulce. Abrió los ojos de par en par—. Oh, Dios, cuando limpien esta *suite*, entonces se preguntarán qué pasó y pensarán que…

Zarik posó un dedo sobre los labios inflamados por sus besos.

—Es solo chocolate, Arienne —interrumpió con seguridad—. Lo que ha pasado entre los dos es asunto nuestro. Nadie viene o pasa a

esta área del avión sin mi consentimiento. Si las mucamas tienen el más mínimo sentido de preservación laboral, entenderán que, si tienen sospechas o ganas de jugar a las posibilidades del porqué hay chocolate en tu habitación, lo tendrán que dialogar con mis abogados.

—Tendré que bañarme de nuevo —murmuró.

—Yo también, pero la próxima ocasión lo haremos juntos —dijo.

Ella se echó a reír con suavidad.

—Estás demasiado seguro de ti mismo, Zarik, puede que esto haya sido todo lo que estaba dispuesta a ceder —dijo, mientras él le acariciaba el labio inferior—. Además, hoy no parecías interesado en… —hizo un gesto con la mano—. Ya sabes.

Zarik esbozó una sonrisa lobuna.

—Ah, tendrás que ser específica, doctora Johansen —dijo en tono sensual.

—Olvídalo —dijo apartándole la mano, pero él no la soltó.

—Si me quieres dentro de ti —dijo verbalizando lo que sabía que ella pensaba—, entonces responde a mi pregunta. Pero con absoluta sinceridad —expresó con firmeza e inclinándose, hasta que sus bocas estuvieron muy cerca.

—Dime de qué se trata la pregunta —dijo en un susurro, pero ya lo sabía.

—¿Quieres tener un *affaire* conmigo? —preguntó por segunda vez esa noche.

Ella tragó saliva mirándolo a los ojos.

Estaban en la *suite* de un avión, a miles de pies de altura, en donde nadie los veía ni escuchaba. Pero, al aterrizar, la realidad iba a golpearla. No sabía si estaba preparada para repetir algo como esto en tierra firme. En secreto o no. De repente, Arienne, contrario a lo que experimentó momentos atrás, perdió la osadía.

—No —murmuró y al instante él se apartó por completo.

—Mentirosa —dijo dirigiéndose a la puerta—. Buenas noches, Arienne.

CAPÍTULO 12

Zarik sonrió para las cámaras que captaron el apretón de manos con el rey Abdul, después de la firma de un convenio para incorporar un sistema de gestión de residuos sólidos, entre cinco ciudades principales de Nariem y cinco de Jordania, en una primera etapa. La duración sería de tres años. El objetivo era promover la reutilización de desechos para minimizar su impacto ambiental. Este acuerdo era el primero internacional y de alto rango que se firmaba bajo el plan Insignia Regional.

Después de concluir la ceremonia, los reyes realizaron una recepción con una comida en el palacio real. Lo único que mantuvo a Zarik alejado de Arienne fueron los protocolos estrictos y la prudente discreción de este tipo de visitas. La noche anterior, él disfrutó lo que era la redimensión del placer al tenerla entre sus brazos. No solo era receptiva y generosa en la forma de entregarse, sino que poseía un halo de aparente inocencia con picardía. Esa combinación era, para él, un afrodisíaco.

Antes de reunirse con los reyes, Zarik la vio perfectamente ataviada con un fabuloso traje de chaqueta entallada y un pantalón sobrio en tono *beige*. El cabello rubio, lo tenía en un tocado bajo y delicado. Llevaba un maquillaje que resaltaba los ojos y destacaba los pómulos. Si no hubiera sido por la inminente agenda que tenía que cumplir, así como la comitiva que los esperaba y la necesidad de secretismo, Zarik la habría agarrado en volandas para llevarla al orgasmo una y otra vez. Sin embargo, al ser una visita oficial, los rangos estaban marcados. Él, estaba quedándose en un palacio ofrecido por los reyes; su comitiva de colaboradores, en un hotel de lujo.

Zarik no se sorprendía, porque la había visto actuando en otros eventos, de que Arienne rivalizara con el porte de mujeres que estaban, aparentemente, más preparadas para asumir un rol importante en actividades con personas que pertenecían a círculos de poder, incluidos los de la realeza. La presencia de ella era también una declaración en firme de que el progreso en Nariem no sería solo de estructuras, sino de fondo. Por eso, él iba a empezar a darle más cabida y exigir, dentro de las instancias en las que fuese posible, la contratación de mujeres con alta preparación académica, en áreas profesionales en las que, hasta ahora, solo prevalecían los hombres.

Si bien no fue él quien contrató a Arienne, sí se alegraba de haber confiado en el criterio de Hamur. Ciertamente, el anciano poseía una visión más aguda y experimentada para comprender la magnitud de las implicaciones del progreso. Este no sería dado solo por cambiar sistemas de mercado y demás, sino exigiendo la ejecución de un derecho básico: oportunidades equitativas para hombres y mujeres.

—Lo que estás haciendo por tu país, Zarik, es arriesgado por todo lo que mi esposo y yo hemos visto en las noticias, pero lo aplaudo, porque nuestras sociedades lo merecen —dijo la reina Ramari. Entre la realeza se tuteaban, pues existían, en la mayoría, lazos de amistad e inclusive de familia—. Estamos contentos de poder contribuir a tu cruzada comprometida como heredero al trono —concluyó.

El príncipe sonrió con amabilidad. Relajado.

—Estamos luchando contra las corrientes arcaicas, pero sé que voy a lograr cambiar el rumbo de mi país —replicó bebiendo café. Estaban en una sala que daba al patio y desde la que se veía la piscina iluminada y las luces exteriores.

—Mi esposa ha quedado gratamente impresionada con tu asesora política —intervino el rey. Solo estaban reunidos los tres, porque era una velada nocturna y privada entre amigos—. Le sugirió crear un programa especial para llevar educación financiera a las mujeres de escasos recursos económicos. Le preguntó a Ramari si nosotros teníamos algún plan similar o si estaríamos interesados en aliarnos.

Zarik hizo un asentimiento. Aunque Arienne había transgredido

los límites y roto el protocolo, algo por lo que él hubiera despedido a cualquier otro colaborador que hubiese osado ignorar las jerarquías sugiriendo ideas sin consultarlas primero, se alegraba de que ella hubiera dejado buena impresión. La consigna para la reunión con la reina era que Arienne se mostrara empática y amable, mientras se llevaban a cabo otros asuntos entre el rey y Zarik. El príncipe no había establecido un lineamiento específico de veto de temas que ella pudiera, o no, utilizar en la conversación. En este viaje, Arienne ocupaba el rango de asesora política oficial, así que confiaba en el criterio que había utilizado para hablar con Ramari, porque era en favor de Nariem.

—La doctora Johansen posee una alta preparación intelectual, y es eficiente —replicó Zarik. Arienne le había entregado, a pesar de haber contado con poco tiempo de aviso, un texto conciso con su opinión de las recientes conexiones políticas de Ramari—. Además, cuenta con la experiencia de vida como hija de diplomáticos.

El rey hizo un asentimiento leve. Aunque Jordania era una sociedad más moderna, en ciertos aspectos, que varios países de la región, el sistema de contratación equitativo seguía siendo una utopía para cientos de miles de mujeres jordanas.

—Sí, me habló de sus padres —intervino la reina—. Los conocimos hace años. Me relató también que, en un par de ocasiones, me había visto a lo lejos cuando ella era pequeña. La doctora Johnsen tiene interesantes anécdotas. De hecho, la conversación que tuvimos fue interesante y el tiempo pasó muy rápido. Se refirió con mucha pasión a Insignia Regional. Ella cree en ti como futuro rey —dijo.

Zarik se sintió humilde ante el comentario. Él consideraba la opinión profesional de Arienne con seriedad. A lo largo de los años, en los ratos en los que no existían pullas disimuladas entre los dos, había escuchado la manera en la que ella estructuraba argumentos y razonaba de temas sutiles o complejos. Por eso, sabía que Arienne tenía integridad y que solo invertiría esfuerzos si creía en algo. Que le hubiese extendido esa cortesía a él, mencionándoselo a la reina, lo dejaba sorprendido.

—Zarik, nos gustaría que te quedaras un par de días más en Asmán y fueses nuestro huésped de honor —intervino el rey—. Tu llegada coincide con una fiesta de máscaras que hemos organizado

entre amigos. Salvo que tengas alguna emergencia en Nariem, entonces comprenderemos si nos das una negativa —concluyó.

Zarik tenía establecido en su itinerario marcharse a la mañana siguiente. No estaba contemplado ampliar su estancia en este *tour* de cinco días, pues le faltaba un destino por visitar. Pero el rechazo a una invitación espontánea y sincera sería una afrenta cuando las dos casas reales eran amigas ancestrales. Aparte, se avecinaban días complejos, pues ya se habían activado todas las estrategias para implementar de lleno el plan de modernización, en su primera fase. Él no sabía qué sorpresas, buenas y no tan buenas, podría llevarse a cabo, pero confiaba en que estaba del lado correcto de la historia. Quizá esta era la oportunidad de disfrutar un descanso, previo al caos.

—Sería un honor quedarme un par de días en Asmán, Abdul —sonrió Zarik al rey, el cual tenía cincuenta y ocho años, cuatro más que la reina Ramari—. Estoy seguro de que la pasaré muy bien. Como siempre que vengo a Jordania. Gracias.

—Excelente —replicó el monarca—, la invitación la tendrás disponible al llegar a tu residencia —dijo refiriéndose al palacio Raghadata, el sitio oficial en el que se hospedaban los visitantes extranjeros de alto rango—. Será una gran ocasión.

—Estoy seguro de ello, Abdul —dijo y bebió otro trago de café.

Esta iba a ser una fiesta entre amigos, que pertenecían a la realeza y alguno que otro millonario, para ser simplemente ellos, relajarse, reír y pasarla bien como cualquier ciudadano de a pie, en la intimidad. El príncipe de Nariem lo sabía, porque ocurría lo mismo en todos los países con monarquías, sultanatos, emiratos y reinos.

—Zarik, ¿crees que a la doctora Johansen le gustaría asistir a la fiesta? —preguntó la reina con una sonrisa—. Me ha caído muy bien. Además, mi hijo mayor festeja su cumpleaños a la medianoche de ese día, así que será una doble celebración. Me gustaría que él conociera a una profesional, que tiene más o menos su edad, y que ha logrado hacerse un espacio en tu importante proyecto —dijo en tono amable.

Zarik era amigo de Saed, el heredero al trono de Jordania, aunque no tan cercano. Ambos habían coincidido en un par de juergas por Europa y Asia. No le agradaba que conociera a Arienne,

pero tampoco tenía excusas para privarla a ella de la invitación tan especial y generosa que estaba haciendo Ramari. Así que asintió.

—Se lo comentaré, pero no puedo obligarla a asistir. No es un tema laboral, así que no está contemplado dentro de su contrato —dijo Zarik en tono amable.

—Lo sé —se rio la reina—. Pero creo que es una mujer muy lista y sabrá aprovechar una oportunidad de codearse con personas que podrían enriquecer su experiencia como asesora política, en algún momento. ¿No lo crees así?

—Estoy seguro de que se sentirá honrada de la invitación, Ramari.

—Como nuestro invitado —dijo el rey incorporándose—, tienes a disposición la caravana de seguridad y vehículos, hasta el día de tu partida. El más mínimo requerimiento estará cubierto, así como Nariem es con nosotros cuando visitamos.

—Lo aprecio, Abdul y Ramari. Gracias —replicó Zarik con amabilidad.

Se despidieron y el príncipe regresó, seguido de su equipo de seguridad, al palacio en el que estaba hospedándose. El grupo de trabajo que lo acompañaba en este viaje, salvo los integrantes de la seguridad y los guardaespaldas adicionales asignados por los anfitriones, estaba hospedado en un suntuoso hotel. Ellos no tenían vínculos reales, así que no podían ser huéspedes en el palacio de Raghadata.

Lo anterior podría implicar que ver a Arienne, en un escenario más personal, sería algo complicado, porque tendría que ser más discreto. Si ella no trabajara en el proyecto, entonces la circunstancia fuese menos compleja. Pero él hallaría la manera de conseguir lo que ambos deseaban, sin poner en riesgo la reputación de ella. Zarik no era impulsivo, sino estratégico, y utilizaba esa destreza para encajar con equilibrio el placer con la responsabilidad. Así que, aunque la mujer de ojos verdes era muy tentadora, él también iba a enfocarse en los eventos de las semanas venideras.

La agenda de trabajo estaría desfasada, por esta súbita extensión de su estancia en Jordania, así que tendría que ejecutar sus diligencias en un horario más rígido. Esto no era idóneo, pero contaba con profesionales a los que les pagaba muy bien para

acomodarse a circunstancias inusitadas. Por ahora no tenía tiempo para meditar al respecto, así que Zarik subió hasta la inmensa habitación palaciega y después de ducharse concienzudamente abrió la portátil. Llevaba un par de semanas elaborando un plan específico, fuera de Insignia Regional, pero no lo había mencionado a nadie.

Este consistía en una estrategia que, él sabía muy bien, causaría incomodidad y bastantes protestas, porque Nariem era un país ultranacionalista. Lo que él pretendía implicaría empezar a quebrar ese molde. Por esa razón mantenía completo secretismo, hasta hallar el momento correcto y oportuno de poner en marcha su importante idea. Primero hablaría con Hamur, y según el consejo que pudiera darle su visir, entonces Zarik aumentaría o no el tono de la intensidad de su estrategia: Tadmin. No era una palabra clave, sino que su significado englobaba lo que buscaba: inclusión.

La gente en Nariem estaba apegada de forma extrema a sus orígenes y no aceptaban que hubiera extranjeros diciéndoles qué hacer con sus vidas. Lo anterior se traducía en que en ninguna de las esferas de poder, alto o bajo, se contrataban extranjeros. Daba igual si había vacantes en plazas administrativas o si estaban mejor calificados que los propios ciudadanos. Los nariemus consideraban una humillación que alguna persona extrajera fuese una autoridad, porque creían que la más mínima influencia de otras culturas afectaría la esencia sutil que caracterizaba a Nariem. Esto a Zarik le parecía una idiotez, pero no podía cambiar su sociedad de manera ruda, sino que tenía que ser muy sutil. Las modificaciones tenían que ser graduales.

Su pueblo necesitaba la visión cosmopolita de extranjeros de alta preparación y experiencia que ocuparan rangos de poder en Nariem, discretamente. La única manera de hacerlo era realizar contrataciones con responsabilidades de bajo alcance, pero solo de cara al público, para que así pudieran trabajar sin levantar sospechas. Para esto, Zarik no necesitaba autorización de nadie, sino tan solo conversarlo con su visir y analizar la viabilidad, antes de comunicárselo a su padre, el rey.

Crear plazas laborales para infiltrados no era nada nuevo, lo hacían desde hacía décadas en todo el mundo. La diferencia esta vez era que no se realizaría para espiar ni causar daños, sino lo

opuesto, y se llevaría a cabo a sabiendas del rey y su familia. Zarik tenía planeado realizar la auditoría de las funciones que les asignara a los expertos, provenientes de países fuera de la región árabe, con los que ya estaba teniendo conversaciones. La finalidad de todo esto era ayudar a implementar una visión distinta, métodos de trabajo innovadores y perspectivas más amplias, a Nariem.

Ese era su estrategia, Tadmin. Desde las sombras del secreto, al menos hasta que Insignia Regional estuviera del todo anclada en el país, Zarik pretendía aportar luz a las versiones oxidadas de pensamiento que se mantenían arraigadas como hiedra. Para él no era posible avanzar si no existían mentalidades diferentes y de choque.

Sabía que era un alto riesgo, porque causaría incomodidad y reclamos si se descubría prematuramente. Sin embargo, esto sería difícil ya que Zarik tenía planeado reclutar para Tadmin un equipo diferente al que trabajaba con él a diario. La línea de tiempo de ejecución de la estrategia estaba marcada de tal manera que, cuando todo se descubriese o él lo revelara, el impacto de las protestas sería bajo y disperso.

De repente el teléfono de la habitación sonó, él frunció el ceño.

Dejó a un lado la portátil y se frotó los ojos. Estaba algo agotado. No creía haberse olvidado de nada en el palacio real, así como tampoco tenía reuniones pendientes. Nadie podría saber este número salvo que tuviese vínculos con los reyes jordanos. Observó el reloj de oro que estaba en la pared. Las once de la noche.

—¿Sí? —preguntó algo malhumorado por la interrupción, mientras agarraba la invitación a la fiesta de máscaras. El traje era formal y el tema: Mitología Egipcia y Griega. No le gustaban esa clase de fiestas temáticas, pero, esta vez, era ineludible.

—Su alteza, lamento llamarlo a este teléfono y a esta hora, pero intenté contactarlo varias veces al móvil —dijo Hamur del otro lado de la línea en un tono calmado—. Ha ocurrido un evento algo desafortunado hace unos instantes.

Zarik frunció el ceño y miró el móvil. Sí, lo tenía descargado. «Carajo».

—Te escucho, Hamur, y espero que sea importante —replicó—. Estoy tratando de encontrar la manera de resolver varios frentes futuros en Nariem.

—La doctora Johansen sufrió un ligero accidente en el hotel —dijo en un tono sospechosamente quieto—. Ella está con los médicos en estos momentos.

—¿Qué clase de accidente? —preguntó apretando el teléfono con fuerza—. Explícate, Hamur, porque en este momento tu mesura al hablar me enfada —dijo, incorporándose de la cama y sacando ropa del clóset. No necesitaba la estupidez de tener una persona a su servicio para que lo ayudara a vestirse o a elegir qué atuendo usar. Eso lo dejaba para las idioteces usuales de los Windsor en Inglaterra.

—La doctora Johansen, puesto que Jordania no prohíbe que las mujeres beban alcohol en sitios públicos, estaba disfrutando de un cóctel en el bar —dijo y carraspeó—. Un hombre, aún están revisando las cámaras para saber si era un huésped o un extraño que decidió entrar a tomar algo, al parecer echó algo en la bebida de la doctora con intenciones poco honorables —continuó—. Ella empezó a sentirse mal, pero logró pedirle al bartender que lo llamara a usted, su alteza. Por supuesto, creyeron que estaba delirando, pero contactaron al servicio de médicos del hotel. Luego, la doctora Johansen les dio mi nombre y bajé inmediatamente.

Zarik sentía cómo todo su cuerpo se llenaba de adrenalina y enfado.

—Es el mejor hotel de la ciudad —dijo cabreado—. En este instante voy para allá, Hamur, y quiero que los dueños se hagan responsables. Vacía el jodido hotel en veinte minutos y no me importa si tienes que llamar a la casa real para que esto ocurra.

—Su alteza —dijo Hamur preocupado—, no lo llamo desde el hotel.

—¿De dónde coño me llamas entonces? —preguntó, mientras bajaba a toda prisa las escaleras, haciéndoles señas a su equipo de seguridad, para ir al coche.

—Nos trajeron al Hospital Nacional Reina Layla. Al ser parte del equipo de trabajo de Nariem, la doctora Johansen tiene privilegios, así que ordené que la llevaran al ala privada —expresó el visir, consciente de que la situación era delicada. Le apenaba haber encontrado a la joven asesora asustada, mientras la llevaban al hospital—. En estos momentos están haciéndole exámenes. No tengo más detalles.

Zarik se contuvo de soltar una maldición.

—No quiero a nadie en las habitaciones contiguas, Hamur. Sabes que mi presencia levantaría comentarios conflictivos y especulaciones sobre si tengo alguna condición física o alguna tontería. Quiero evitar exponer el rostro de la doctora Johansen en tabloides, porque ella es una persona reservada —expresó Zarik.

—Lo conversaré con la gente de relaciones públicas de inmediato y con Kirian —dijo consciente de que su trabajo era solo aconsejar a Zarik. Pero el joven príncipe confiaba mucho en su capacidad de liderazgo. Por eso solía otorgarle funciones de un jefe de *staff*, un cargo que ya estaba cubierto. Eso a veces creaba fricciones que Hamur manejaba diplomáticamente de manera interna, porque la familia real no tenía que enterarse de las minucias, sino de los resultados. Hamur jamás se quejaría, pues siempre, al final de cada cuatrimestre, recibía varios cientos de miles de dinares como compensación por su esfuerzo. Además, su familia gozaba de inmensos privilegios. Los Al-Sarkham eran buenas personas, así como para él era un honor servirlos.

—Habla con Kirian, sí, y dile que tiene pocos minutos para vaciar esa área del hospital y armar un protocolo, con mi jefe de seguridad local en coordinación con el de Jordania, para yo poder entrar sin tener que lidiar con curiosos. ¿He sido completamente claro, Hamur? —preguntó, mientras pensaba en reemplazar al chofer, porque no iba lo suficientemente rápido, a través de las calles de la ciudad.

—Por supuesto, su alteza —replicó.

—De acuerdo —dijo Zarik—. Por cierto. Nuestro trabajo previsto en el país acaba mañana, pero nos quedaremos unos días más por cortesía de los reyes. Quiero tu consejo sobre un par de asuntos en nuestro siguiente y último destino. Envíame una agenda reajustada con los pendientes que hay que considerar con urgencia.

—Reorganizaré los lineamientos a seguir, su alteza —replicó el anciano.

—Bien, Hamur —dijo Zarik mirando por la ventana las luces de la ciudad.

Al cabo de varios minutos más llegó al hospital.

La reacción que tuvo, al escuchar que Arienne había sido drogada, no podía racionalizarla, así como tampoco las ganas de

encontrar a la persona que la agravió. Quería conocer la identidad del malnacido y molerlo a golpes. Él no se consideraba alguien violento, pues, después del secuestro sufrido cuando era un niño de diez años, aprendió a canalizar su rabia e impotencia de varias formas. Sin embargo, el trauma de esos días en manos de los rebeldes, a veces, era detonado de repente. Como ahora.

Durante aquella horrenda experiencia, Zarik fue obligado a ver injusticias contra mujeres que gritaban desesperadas por ayuda, sin obtenerla. Para él, que alguien hubiese drogado a una mujer no era una broma ni un accidente, sino un crimen. Si a eso se le agregaba la intención detrás, robar o abusar sexualmente de la víctima, iba a peor. Por eso, cuando escuchó a Hamur decir que Arienne fue drogada, se disparó en él la misma sensación de angustia y desespero que cuando vio a esas mujeres incapacitadas, en las vetustas carpas desérticas, para defenderse ante sus agresores.

Pero esta no era cualquier mujer sin nombre ni pasado, sino alguien a quien conocía desde hacía años y contribuía para que él pudiera cumplir sus ambiciones más grandes como heredero al trono. Además, también era la persona a quien deseaba. Todos esos componentes juntos eran peligrosos, pero él ya había sufrido situaciones de vida o muerte, así que podría sobrellevar este escenario. Al final, este era su período de gracia, antes de que el tiempo se agotara y tuviera que elegir una esposa. Si bien tenía muchas mujeres para disfrutar esta última etapa de breve libertad, hasta tener herederos, la única que podría cubrir sus fantasías y deseo sexual era Arienne.

Después del largo día y la experiencia con Zarik, ella necesitó relajarse. Por eso consideró que un cóctel sería perfecto. Así que bajó al bar, mientras pensaba en cómo podría resistirse al apuesto príncipe. Zarik había conseguido darle una de las vivencias eróticas más deliciosas que pudo imaginar. Sabía que si se entregaba por completo a él, estos meses serían magníficos. Pero también existía un final y ese era el que temía, porque le bastó probar la boca de Zarik para entender que podría ser de esos hombres que, en la vida

de una mujer, se volvían inolvidables. Ese era un alto riesgo.

¿Si acaso podría ocurrirle a él, con ella? Por supuesto, pero no eran las emociones o posibilidades de Zarik las que necesitaba revisar, sino las suyas. Además, quería decirle «sí», porque lo deseaba con una pasión que la desconcertaba. Pero también necesitaba decirle la razón de sus reticencias para aceptarlo por completo.

Con eso en mente, Arienne le sonrió al barman y pidió su orden.

Al cabo de un rato, un hombre, amable y simpático, se le acercó para preguntarle qué opinaba del hotel, argumentando que a él no lo terminaba de convencer. La pregunta le pareció inofensiva, así que la respondió. La conversación continuó en torno a los servicios hoteleros del mundo, pero ella no le prestaba mayor atención, pues regresaría a Nariem al día siguiente y quería ir a dormir temprano.

Arienne estaba tomando el Cosmopolitan y había mucha gente alrededor. En ocasiones alguien pasaba demasiado cerca y la empujaba sin querer. De repente sintió la garganta seca y dificultades para concentrarse en lo que el hombre le decía. Empezó a ver todo en cámara lenta, como una película en *slow motion*, pero también que, a ratos, iba súper deprisa. Los sonidos de alrededor eran como zumbidos de abeja.

Asustada, ella intentó levantarse, pero su cuerpo no respondió. Entonces miró aterrada al hombre y este sonrió. Fue una sonrisa siniestra y Arienne hizo todo lo posible para aclarar su cabeza. Quería llorar, porque nadie le estaba prestando atención; el sitio estaba a tope al ser sábado. No sabía qué estaba ocurriéndole.

El hombre le hablaba, pero ella no comprendía lo que decía. Luego él hizo una llamada por el móvil. Arienne se sintió más asustada, el corazón le latía como si tuviera taquicardia. Estaba en estado de *shock* y su cuerpo no reaccionaba con coherencia. Le gritó al barman el nombre de Zarik. Después le gritó que llamara a Hamur. El tipo agarró el teléfono, pero ella entró en desesperación. El hombre que estaba a su lado le agarró el brazo. Arienne empezó a llorar y nombró a los veinte integrantes de la comitiva que estaban en Jordania. No sabía si el barman la entendía. No sabía si su boca estaba moviéndose o si todo estaba en su cabeza. La gente la miraba, curiosa.

Después, todo ocurrió en una secuencia distorsionada para ella.

No sabía cuánto tiempo habría transcurrido. ¿Horas, días…?

Pero, ahora, solo escuchaba silencio.

No quería abrir los ojos, porque no sabía con qué podría encontrarse. Vagamente recordaba haber escuchado sirenas de ambulancia, médicos y responder, si acaso lo habría hecho, preguntas que ya ni siquiera podía traer al presente. Con suavidad movió la mano y sintió un pinchazo que le hizo abrir los ojos por simple reacción instintiva. Arienne parpadeó varias veces, hasta que se habituó a la luz.

Tenía una vía conectada y estaba recibiendo fluidos. Quería agua y también respuestas. Giró el rostro hacia la ventana y vio la silueta inconfundible de Zarik. Estaba de espaldas. Al menos, ahora ella sabía que no estaba en el hospital, pero tampoco en un hotel. Se pasó la lengua por los labios tratando de hidratarlos y tomó una profunda respiración. Debió hacer algún ruido, porque él se giró hacia ella.

—Arienne —dijo en un tono suave y profundo. Se acercó hasta la cama y se sentó a su lado, hundiendo ligeramente el colchón—. Hay una doctora que vendrá a monitorearte, ahora que ya estás despierta. ¿Cómo te sientes? —preguntó.

No pudo evitar extender la mano y acariciarle la mejilla con suavidad. Ella lo mantuvo preocupado desde la llamada de Hamur. Solo se calmó, un poco, cuando su visir le informó que el culpable ya había sido detenido y estaba en custodia policial.

Pero eso no mitigó la impotencia que sintió cuando entró a la habitación en la que ella estaba. La encontró en estado de *shock*, llorando y con un ataque de ansiedad, mientras los doctores controlaban el ritmo cardíaco, la respiración y signos vitales, para estabilizarla. Al estar desorientada y rodeada de médicos, no reparó en su breve presencia. Él tampoco quiso hacerse notar, porque sabía que ella jamás habría querido que presenciara algo como aquello. Solo se marchó del hospital cuando la vio dormida, en calma, y el doctor le aseguró que Arienne estaba fuera de peligro.

—Tengo sed… —murmuró. El príncipe agarró la botella de agua de la mesa de noche y sirvió un vaso. La observó bebiendo con sorbos lentos, hasta que se acabó todo el contenido—. Gracias —dijo devolviéndole el vaso—. ¿Qué sitio es este…? —preguntó carraspeando. El aroma del perfume del príncipe le dio un confort

inesperado. En una tierra lejana, rodeada de extraños, aunque fuesen sus compañeros de trabajo, la presencia de Zarik era la única que le resultaba cercana de verdad.

—El palacio Raghadata —replicó Zarik con simpleza y dejó que ella procesara la información—. Has pasado entre dormida y despierta catorce horas.

—No debería estar aquí, este palacio es solo para invitados de…

—Arienne —dijo posando el dedo índice sobre los labios para que hiciera silencio—, los reyes son mis amigos. Se enteraron de lo ocurrido y me dijeron que estaban profundamente apenados por ti. Te enviaron un ramo de flores —señaló una mesa esquinera en la que reposaba el precioso adorno—, así como también insistieron en que te quedaras en el ala sur de este palacio. Yo estoy en el ala norte. Te asignaron a su doctora personal, que es la que está esperando afuera para chequearte, y también una dama de compañía para lo que pudieras necesitar. Esa misma dama de compañía fue quien empacó tus pertenencias del hotel para que las trajeran. Te quedarás aquí.

Ella frunció el ceño al notar la expresión seria de Zarik. No discutió, porque no le apetecía regresar al hotel. Aunque tampoco quedarse aquí. Sin embargo, no tenía opciones, porque ella estaba en este país por trabajo. Oponerse era absurdo.

—Debiste irte, Zarik, no soy tu responsabilidad.

—Eso lo decido yo. No quiero réplicas de tu parte al respecto —zanjó, porque sí se sentía responsable y ya había reflexionado al respecto, pero no se lo diría.

Ella, por supuesto, no se quedó callada.

—Regresar a Nariem en un vuelo comercial no habría sido problema para mí y ya estoy casi recuperada. —El príncipe enarcó una ceja—. Sí, dormí mucho, lo sé, pero estaré perfecta en un par de horas y lista para trabajar —dijo con inquietud, al recordar que el *staff* tenía previsto quedarse en Jordania solo cuarenta y ocho horas.

—Nos quedaremos un par de días más en el país, porque, antes de que te ocurriera lo del bar, el rey y la reina me invitaron a alargar mi estancia. Acepté, así que la agenda se modifica —expresó —. De hecho, la reina quería que fueras a una fiesta de máscaras que será de carácter privado. Como bien sabes esa es una altísima

consideración. —Ella asintió—. Le dejé saber que tú tomarías una decisión, porque no estaban dentro de tus obligaciones los eventos personales. Dejaste una grata impresión en Ramari, Arienne, buen trabajo —dijo con una sonrisa sincera.

—Gracias… —expresó mirándolo. La conexión chispeante entre ambos se acrecentó. Que él, siendo tan gruñón y arrogante, reconociera su trabajo era importante—. Zarik, si la comitiva se queda más días, ¿permanecerá en ese hotel?

—Sí, los dueños les dieron a todos una estancia gratuita de por vida, cada que vengan a Jordania junto a su familia, a modo de compensación. A ti, te extendieron la cortesía a los cien hoteles de la cadena que están repartidos en Oriente Medio —dijo apartándole un mechón de cabello del rostro—. Nadie va a hablar de tu estancia en este palacio, porque para eso tienes la acompañante que te enviaron del palacio.

Ella se rio con suavidad.

—¿Y qué haces aquí, mientras ella se queda afuera? —preguntó en broma—. Porque si la asignaron a estar comigo, por decoro, tú estás anulando el propósito con tu presencia —hizo un gesto con la mano libre de la vía—, al estar solos —dijo.

No dudaba de que su acompañante, a la que no conocía aún, ya tendría firmado un acuerdo de privacidad, blindado en cláusulas legales complejas, elaborado por los abogados de la casa real de Jordania y la de Nariem. Esos contratos de confidencialidad eran estándares básicos, entre billonarios y la realeza internacional.

—Saben que estás en cama y en recuperación. Las circunstancias son diferentes. Aparte, los lineamientos en privado los marco yo. Otros, los cumplen.

—Solo era una broma, Zarik… —murmuró. Él la miró con una intensidad que ella no logró descifrar—. Gracias por estar aquí cuando desperté. No me gusta estar en un lugar desconocido y encontrarme en una situación vulnerable. Lo que me pasó me ha dejado abrumada, pero sé que todo estará bien —confesó. Sin embargo, ella no podía decirle que esta sensación de indefensión, a causa de la droga que echaron en su bebida, detonó también recuerdos de miedo creados por Khanul. Un hermano al que no había visto en muchos años y del que no hablaba jamás.

Él tan solo hizo un asentimiento.

—Arienne, ahora que estás más alerta, me gustaría saber, si no te causa estrés, ¿qué tanto recuerdas de lo que te sucedió? —Ella empezó a contarle un resumen—. ¿El imbécil te tocó de alguna forma? —preguntó con tensión en su cuerpo. Porque le habían enseñado los videos de seguridad. El bar estaba lleno. Aunque hicieron un acercamiento de imagen no fue posible distinguir ciertos movimientos del hombre.

Arienne hizo una negación suave.

—Él parecía la clase de persona que se sienta, hace conversación y se marcha. Sin embargo, después de sentir que todo se volvía una confusión y que mi cuerpo no respondía, noté la expresión malévola con la que me sonrió. Entré en pánico, pero, a partir de ahí, solo tengo borrones en la memoria —continuó su relato—. Sabía que estuve en el hospital, pero no cómo llegué allí o qué hice para que me ayudaran. La cabeza me daba vueltas. Escuchaba a los médicos, pero todo lo que quería era salir corriendo, porque la ansiedad me corroía. Al mismo tiempo, la respiración me faltaba, como si hubiera estado en una carrera de atletismo. Me sentía desamparada e impotente, porque mi cuerpo no respondía. Fue tan horrible, Zarik —susurró.

Él le agarró la mano y le frotó con el pulgar el sitio en el que latía el pulso. Se alegraba de que alguien en ese puto bar del hotel hubiera pedido ayuda.

—Lo puedo entender —replicó con sinceridad. Si bien sus experiencias eran diferentes, el trasfondo sobre la incapacidad de actuar para defenderse o encontrar respuestas era el mismo—. Estás relevada de todas tus funciones, hasta que regresemos a Nariem. Como tu principal objetivo era con la reina Ramari, y ya lo has cumplido, mi asesor político regular se unirá en el siguiente destino del viaje.

—Zarik, yo puedo hacerlo —dijo preocupada, porque no solo se trataba de este tema de asesorarlo en el viaje, sino que ella tenía la responsabilidad de la Cumbre Global Shara, a pocas semanas de celebrarse—. Ya me siento bastante bien y…

El príncipe le soltó la muñeca y le tomó el mentón entre los dedos.

—Es una orden, Arienne —zanjó inclinándose, hasta quedar muy cerca de ella—. ¿Te ha quedado claro? Yo doy las órdenes, no

tú. Aparte, si no te sientes del todo bien para ir a la fiesta de máscaras, entonces envíale con Hamur tus excusas al palacio real. No tienes la obligación de asistir —dijo pensando en el príncipe Saeb.

—¿Cuándo es la fiesta? —preguntó con interés. Porque sí, la invitación era una deferencia inusual y se sentía halagada por ello. Por supuesto que asistiría.

—En dos días —dijo apretando los dientes—. Hamur y Kirian ya tienen órdenes de no darte información laboral —comentó apartándose, porque ella no estaba en condiciones de que la besara. Y él quería fundir su boca con la de Arienne, hasta que supiera cuánto lo afectó verla en *shock*, así como lo frustrado que estuvo al no poder abrazar para confortarla, porque no era posible ante otras personas—. Recibiste una dosis alta de escopolamina —dijo—. Si hubiera sido tan solo un poco más, Arienne, un poco, entonces el desenlace habría sido por completo diferente.

Ella no tenía intención de rebatir. Los doctores, cuando aparentemente estuvo más calmada, le habían explicado lo sucedido y lo afortunada que era de estar viva. Este era un recordatorio de que solo existía un momento para actuar: el presente.

—¿Qué pasó con el culpable? —preguntó en tono bajo.

—Está detenido y no hace falta una declaración. Mis abogados lo han solucionado todo. La orden de que lo dejen tres años en prisión ha sido ejecutada. En tres días más se procesarán todos los documentos para hacer efectiva la decisión.

Arienne lo miró con expresión de sorpresa.

—¿Sin un juicio ni audiencia? —preguntó—. ¿Cómo es eso posible?

—Soy un príncipe —dijo como si eso explicara todo. Lo anterior era muy cierto, en gran medida. Por otra parte, él necesitaba largarse de inmediato de esa *suite*, porque esos cálidos ojos verdes parecían un oasis que lo tentaban a sumergirse en sus aguas. No iba a sucumbir, hoy—. El problema ya fue solucionado —concluyó.

—Entiendo —dijo. Al instante, Zarik se apartó. Parecía contrariado, pero ella no comprendía la razón—. Si hace falta alguna sugerencia o revisión de temas políticos, ¿podrías considerar consultarme, antes de que venga el otro encargado de la cartera de asesoría, los próximos días? —preguntó con suavidad. No iba a

decirle que le gustaba que estuviera alrededor, así que optó por otro ángulo para intentar que se quedara un instante adicional a su lado —. Esta es una condición temporal…

—Podría, pero no voy a hacerlo —replicó con la mano en el pomo de la puerta. Lo apretaba con más fuerza de la necesaria. Al notar que ella apartaba la mirada con un asentimiento resignado, Zarik apretó los dientes—. Arienne —dijo—, por una ocasión en tu existencia, estando a mi alrededor, obedece una jodida orden.

—Si lo pides con tanta dulzura, claro —murmuró con sarcasmo.

—Dulzura es lo que probé en tu sexo y volveré a paladear cuando estés completamente recuperada. —Ella abrió y cerró la boca—. Decide si irás a la fiesta y se lo comunicas a Kirian. Él está al corriente del tema y coordinará todo para ti.

—Claro que voy a ir, Zarik, no le haría un desaire a la reina —murmuró. Sabía que nunca iría al mismo evento en el coche con el príncipe. A menos que fuese una actividad de trabajo y fuesen en una delegación, tal como el día anterior, en el caso de la fiesta no era posible—. Estoy segura de que será una ocasión divertida.

—Nos veremos, entonces —dijo el príncipe antes de salir sin mirarla.

Solo esperaba no tener que partirle la cara a Saeb si este hacía algo fuera de sitio o intentaba pasarse de listo con Arienne. Los protocolos usuales ya no tendrían validez en esa fiesta, porque no se trataba de una reunión abierta al público. Ese recordatorio le gustó al príncipe, porque Saeb, si bien era su amigo, no le caía bien.

Una vez que Zarik estuvo fuera de la habitación llamó al rey Abdul y le comunicó que estaría listo en dos horas para partir hacia Petra. El viaje duraría noventa minutos en helicóptero. Los escenarios que observaría serían soberbios y mejores que desde un *jet*. Pero no era ese el motivo por el que tenía prisas de abandonar la ciudad, durante las siguientes cuarenta y ocho horas. Sino por salud mental. No podía estar alrededor de Arienne sin tratar de acariciarla de nuevo.

Se sentía como un adicto, pero que no había disfrutado aún la experiencia compleja de un viaje que no tendría regreso. Porque Zarik sabía que cuando se deslizara entre los muslos de Arienne la adicción sería más intensa. «Quizá se trataba de una atracción más intensa, porque ella tenía una mente fascinante. A diferencia de

otras mujeres, con las que él ya se había acostado, que solo tenían un físico follable». Ese pensamiento, lo serenó un poco. Antes de marcharse, les ordenó a la doctora y a la acompañante que entraran a la *suite* porque la paciente acababa de despertarse.

CAPÍTULO 13

Arienne. 12 años

—Hermanita, ¿te has olvidado de que hoy tenemos nuestra apuesta preferida? —preguntó a gritos desde la planta baja de la casa—. La piscina espera, ¿estás lista?

La voz de Khanul, en ese tono burlón y juguetón, le causó miedo a Arienne. Fue como si le hubiesen dicho que era el momento de caminar sola en el cementerio de la ciudad a medianoche, sin linternas ni fósforos. Su hermano adoptivo, al que ella ingenuamente le dio su cariño y empatía, le gastaba bromas de mal gusto, en especial cuando los padres de ambos tenían que viajar fuera de la ciudad o de Nariem.

En un inicio, cuando Khanul empezaba a adaptarse a las costumbres familiares, o eso parecía, Arienne pensó que él estaba siendo obtuso, a propósito, cuando rechazaba sus invitaciones. Se trataba de cosas sencillas como ver programas de televisión juntos, hacer karaoke en casa, jugar videojuegos e inclusive le quiso enseñar su técnica de hacer vasijas pequeñas con arcilla. A todo se negaba. El argumento de él era decirle que le parecía una niña aburrida y que lo dejara en paz.

Así que un día, Arienne perdió la paciencia y le habló a su madre al respecto.

—Sé que ha pasado mucho tiempo, desde que él regresó a casa, y también que no logras entender el porqué de sus rechazos —le había dicho Tarina, mientras la abrazaba y veían una película—. Pero también sé que eres una niña bondadosa —le había acariciado los cabellos con dulzura—, y que has tratado de hacer tu mayor esfuerzo para que Khanul te vea como su hermana. Sé paciente, un poquito más, y verás cómo tus buenas intenciones serán recompensadas, mi vida. ¿Vale?

—Mamá, pero es que suele ser muy grosero conmigo y me dice cosas horribles. Como que soy una paria para él, porque no soy cien por ciento nariemu —había dicho con temblor en la voz y ganas de llorar—. Yo me defiendo, pero igual me enfada.

—Tú eres nuestro tesoro, no una paria. Eso, ni siquiera él, tiene derecho a decírtelo, así que hablaré con Khanul —le había respondido con firmeza, mientras la abrazaba con fuerza—. Por otra parte, Ari, él ha pasado años siendo adoctrinado por una tribu, extremadamente nacionalista, y que está, además, en contra del régimen. El discurso de vida, bajo el cuál lo criaron estos años, es de rechazo a los extrajeros y a la realeza. No te lo tomes personal. Ustedes son dos hermanos, mas no dos enemigos.

—Me ha hecho pasar momentos vergonzosos. Como aquella ocasión en la que vertió sangre de un pichón en mi proyecto final de geografía. No solo fui la burla de la clase, sino que el profesor se negó a recibir un nuevo proyecto por la misma calificación. Perdí puntos y la posibilidad de ser la primera del curso el año pasado —había dicho con resentimiento—. No se trata de ser paciente, sino que Khanul no me quiere y tampoco hace intentos por conocerme. Me detesta solo por existir…

Tarina le había tomado el rostro entre las manos.

—No, mi vida, Khanul detesta estar confundido y viviendo una vida que cree que no le pertenece —había replicado—. ¿Qué te parece si le das otra oportunidad?

—Ya van a ser dos años, mamá… No solo me hace bromas pesadas, sino que me cuenta historias horribles de torturas y muertes en el desierto. Dice que un día, ustedes me obligarán a casarme con un hombre que va a tocarme y hacerme daño.

Tarina había mirado a Arienne horrorizada.

—No está bien que Khanul haya pasado los límites de esta manera —había dicho esta vez, a diferencia de toda la conversación, en un tono furioso—. Arienne, tienes todo el derecho a estar muy enojada. Hablaré con él y más le vale obedecerme.

—¿Me obligarás a casarme con alguien…? —le había preguntado.

—No, mi muñeca —le había contestado—. El día en que tú te cases será con el hombre que tú elijas. Uno que te respete y apoye tus sueños. ¿Pero lo más importante? Cuando estés con él, el corazón va a agitarse de alegría y sabrás que cualquier esfuerzo, grande o pequeño, merecerá

la pena para estar juntos. El hombre que esté contigo te dará abrazos que te harán sentir amada y querida, no lastimada.

Arienne había soltado una exhalación de alivio y creyó en su madre.

—Gracias, mamá —había sonreído—, pero no voy a enamorarme nunca. Los hombres, ya ves, son demasiado sosos e idiotas. Estoy mejor con mis amigas.

Tarina tan solo se había reído antes de asentir y seguir viendo la película.

Después de la reprimenda que recibió de Tarina y Jamil, Khanul, si bien detuvo los relatos de horror y sangre, que conocía por lo que había escuchado en la tribu, no hizo lo mismo con las bromas de mal gusto. Si Jamil lo notaba, entonces le llamaba la atención a su hijo de manera inmediata y lo castigaba. Lo anterior, lejos de darle una lección al chico, conseguía que sintiera más rabia contra su hermana adoptiva. Con el paso de los meses, esas bromas pesadas, como dejarle una rata en la cama, ponerle laxante al plato de sopa, echarle la basura del baño en el escritorio, entre otras, pronto fueron tonterías en comparación al nuevo tormento que ideó Khanul para Arienne.

Todo surgió un día cuando ella, inesperadamente, lo descubrió tratando de escapar de la casa en plena madrugada. Al notarlo, Arienne fue a despertar a sus padres para alertarlos, porque se había preocupado por el bienestar del chico y también porque no quería ver sufrir a los Al-Kahaleel. No obstante, esta buena acción trajo como consecuencia que su hermano tuviera restricción de salidas y necesitara reportarse con más frecuencia, ante sus padres, sobre sus actividades fuera de casa.

Por supuesto, el muchacho no podía permitir que tal castigo, y seguimiento continuo a sus pasos, solo le causara cabreo a él. Así que empezó sistemáticamente a atormentar a Arienne. Como se había dado cuenta de que ella era muy competitiva, la solía retar a hacer actividades arriesgadas. Una tarde, le dijo que hicieran una carrera en la piscina. Ella le respondió que no sabía nadar muy bien. Él la acusó de ser cobarde. Por supuesto, Arienne había elevado el mentón y aceptado el reto.

—No soy cobarde, Khanul, pero, en lugar de estar peleándote conmigo todo el tiempo deberías ser más inteligente y entender que dos personas son más fuertes que una. Eso dicen los libros: la unión hace la fuerza. Vivimos en la misma casa y tenemos los mismos padres. ¿Puedes acordar un tiempo de paz y dejar de hacer bromas o intentar escapar de

la casa? Si aceptas —había sonreído con sinceridad—, entonces te perdonaré todo lo que me has hecho para fastidiarme la vida, desde que vives con nosotros. ¿Tenemos un trato? —le había preguntado extendiendo la mano.

Khanul había hecho una negación.

—Te odio, Arienne, así que no importa todo lo que hagas para tratar de ganarte mi aprecio o de considerarme tu aliado, niña idiota y cotilla, jamás va a pasar.

Ella había dejado caer la mano con decepción.

—Aquella vez no te delaté por cotilla —había dicho meneando la cabeza—, sino que, si te escapabas, les habrías causado dolor a nuestros padres. Ellos no merecen esa clase de tristeza. Tú, además, no hubieras estado a salvo fuera de la casa.

Khanul había soltado una carcajada.

—Qué ingenua eres, Arienne, yo tengo una capacidad de orientación muchísimo mejor que cualquiera de los idiotas que protegen a tus padres. Así que, el día en el que me largue de este infiernito, no tendré problemas en llegar a mi tribu.

—¿Por qué me odias si, en todo este tiempo, solo he tratado de ser amable? —le había preguntado cerca del borde de la piscina. Ella se había esforzado, mas no dejado de dar sus opiniones ni de discutir cuando era preciso, para que este chico se sintiera aceptado y parte, porque lo era, de la familia. No entendía a Khanul.

—Porque eres una extranjera. Una mestiza usurpadora de lugares. Una mezcla rara que en este país no necesitamos —le había dicho con crueldad—. Tú, eres parte de aquella casta que se mezcla con la gente rica tan solo porque viene de otro país, pero no entiende ni merece ser nariemu. No lo mereces. Pero lo que sí te garantizo es que si vuelves a delatarme con tus padres, en cualquier circunstancia, haré todo lo posible para que ellos sufran. Así que vas a tener que cerrar la boca y hacer lo que yo te diga y cuando yo te lo diga. ¿He sido claro? —le había preguntado.

—Son también tus padres… —había murmurado. Ella no sabía de qué era capaz Khanul, pero le bastaba notar el brillo de malicia en su mirada para no intentar descubrirlo. Él siempre tenía una actitud intimidante. Con ella, al menos, no con los Al-Kahaleel. Así que prefería no tentar su suerte—. Ellos ya te contaron su versión. No te abandonaron ni dejaron de buscarte. Siempre serán nuestros padres,

Khanul.

—No respondiste —había dicho él ignorando el comentario—, ¿fui claro?

Arienne, jamás le diría cuánto la herían sus palabras, porque le pareció mucho más importante tomar en consideración la necesidad de evitar el sufrimiento de los Al-Kahaleel. Ella sabía lo importante que era Khanul para ellos. Quería protegerlos, así como sus padres la protegían. Por eso, había aceptado guardar silencio.

—Sí, lo has sido —había replicado mirando la piscina con terror. Le daban miedo las profundidades, así que, cuando iba a las albercas de sus amigas, tan solo se quedaba sentada en el borde y mojaba los pies. Khanul, a quien pocos detalles le pasaban desapercibidos cuando de fastidiar a Arienne se trataba, lo había notado. Por eso estaba aprovechando el miedo de ella para importunarla—. ¿Cuál es la apuesta?

—La primera persona en llegar al otro lado de la piscina tiene el derecho a elegir un castigo para el perdedor. No es negociable. Fácil, ¿no lo crees?

—No, no es fácil, pero puedo enfrentarme a un reto sin problemas —había dicho con valentía—. ¿Qué pasará si empatamos? ¿Cómo sería el castigo?

—Eso no va a ocurrir, niña tonta —había replicado.

—Vale… —había murmurado, mientras trataba de que los dientes no le castañearan. Veía los azulejos oscuros y le daba miedo ahogarse —. A la una…

—¡Ahora! —había gritado Khanul, súbitamente, sin dejarla terminar.

Arienne se había tomado varios segundos en reaccionar, pero apenas su cuerpo chocó contra el agua entró en desesperación. La angustia y zozobra, ante la perspectiva de morir ahogada, consiguieron que, en lugar de mover sus brazos con lentitud para tratar de salir a la superficie sin problemas, chapuceara a toda marcha y tragara agua. Al cabo de un instante, Khanul la había halado hacia la escalera de metal.

—Eres la perdedora de la tarde —había dicho, riéndose, mientras la veía sobre la moqueta tratando de recuperar el aliento y escupiendo—. Tu penalidad será permitir, durante las veces que me dé la gana, practicar nudos contigo. ¿Qué tal?

Ella había llevado la mano al pecho, el cual le latía sin cesar, quería

que su mamá la abrazara y le dijera que todo estaba bien. Pero no podría explicarle el motivo por el cual estaba agitada y aterrada. Así que se había levantado de la moqueta.

—¿Qué clase de nudos y por qué? —había preguntado cruzada de brazos, porque era su manera de contener los temblores de su cuerpo. Quería arrancarle los ojos a este idiota y mentecato—. No eres marinero y tienes que terminar el instituto. Lo que deberías estar haciendo es estudiando, en lugar de fastidiándome la vida.

—Nudos. Punto. Porque —le había dicho presionado un dedo sobre el ceño de Arienne imitando el gesto de una pistola—, como bien sabes, niña torpe, mi tiempo en esta casa va a terminar cuando cumpla dieciocho años. En dos meses con exactitud.

—¿Y?

—No he tenido tiempo para practicar lo que me enseñó mi familia en el desierto: nudos para que las personas que apresamos, porque nos intentaron robar o nos ofendieron o nos insultaron, no puedan escapar. ¿Entiendes? —había preguntado en un tono críptico—. Hay aspectos que uno tiene que mantener frescos en la práctica. No puedes estar en desventaja, así que es necesario que yo recuerde bien.

Ella no había entendido cuál era la necesidad de Khanul al respecto.

—Aquí en Nariem vivimos en la civilización, tanto en el desierto, indistintamente si eres de una tribu o no, como en la ciudad. No vas a apresar a nadie, porque si lo hicieras serías un criminal. Los criminales van a la cárcel, Khanul —había replicado con saña—. Dime, ¿qué significaría practicar nudos conmigo?

—Que vas a cerrar la boca y serás mi asistente para aplicar nudos en tus muñecas y tus tobillos. ¿Es que todo tengo que deletréartelo?

—No —había dicho ella—. Tengo una condición para aceptar tu tontería.

—¿Además de que no haga sufrir a tus padres amados? —había preguntado en un tono ponzoñoso, mientras agarraba una toalla grande y se secaba. Era un adolescente bastante majadero que vivía perennemente resentido. Como un animal salvaje que había sido extraído de un hábitat equivocado y era transplantado al correcto, pero era incapaz de adaptarse, a pesar de los intentos de sus custodios.

—Mantendré mi palabra, Khanul, siempre que tú también mantengas la tuya y no los hagas sentir mal o hagas cosas que puedan lastimarlos. Si te permito que practiques esos nudos, entonces también

quiero que me expliques cómo deshacerlos —había dicho. Porque había escuchado a su padre decir que en toda negociación, sin importar quién llevaba ventaja, se necesitaba ganar algo. Quizá tenía doce años, pero no tenía retardo mental y sabía que su hermano no podía llevar todo el pastel.

Khanul la había mirado con el ceño fruncido. Luego asintió.

—Tenemos un trato. Ahora, ve a cambiarte y nos vemos en el cobertizo, después de cenar —había señalado el sitio de techo alto en el que se guardaban las herramientas de mantenimiento de la casa—, para que empieces a pagar la apuesta.

Desde esa noche, los días en que él no tenía tarea o prácticas de básquet con sus amigotes, la retaba a una competencia en la piscina. No era tan frecuente, pero el miedo que se sembraba en Arienne, cada vez, era lo que conseguía que la sola mención de que iban a nadar, la llenara de ansiedad y angustia. Inclusive tenía pesadillas.

Arienne siempre perdía, no porque fuese falta de talento o porque no intentó aprender natación, sino que simplemente él era más ágil y rápido en el agua. Al ser la perdedora implicaba que ella tenía que sentarse, mientras él hacía nudos para inmovilizarle las manos o los pies o ambos. Luego, la retaba a que intentara zafarse. Si no lo conseguía, le tapaba la boca con un pañuelo, le vendaba los ojos y luego la dejaba encerrada por horas en la oscuridad. Cuando alguien preguntaba en dónde estaba Arienne, él tan solo decía que estudiando y que no quería que la molestaran. Khanul solo la iba a buscar cuando se aburría y la encontraba aterrada y temblando.

Pocas veces, porque al parecer decidió cumplir su parte del trato inicial, le mostró cómo desatarse. En casa, su actitud con los Al-Kahaleel era civilizada y reinaba la armonía aparente de una familia que estaba compenetrándose con lentitud. Tan solo por esa razón, porque él no había roto el pacto, Arienne continuaba callada sobre las tétricas ocasiones en que la dejaba por horas en el cobertizo. Empujado por la arrogancia y en tono jactancioso, Khadul le decía los nombres de los nudos que le habían enseñado en el desierto, a medida que se los iba aplicando. Le hablaba sobre cómo funcionaba la dinámica de su tribu y cómo sobrevivían. No para compartir o buscar empatía, menos para ganarse el aprecio de Arienne, no. Lo hacía para tratar de presumir de que él sí pertenecía a un lugar de verdad, y ella no pertenecía a Nariem.

Arienne tan solo lo escuchaba. Le daba igual.

La mayor parte de las veces, cuando estaban en el cobertizo y Khadul hacía los nudos, él le preguntaba qué tanto dolía la tensión que estaba aplicando e iba cambiando los movimientos de la soga, pero luego la desataba. Sin embargo, en otras ocasiones la retaba a desatarse. Las primeras veces fue difícil, pero pronto logró salir airosa más veces de las que Khadul podría admitir. La razón era fácil: Arienne aprendía rápido todo lo que él le explicaba. Aparte, ella buscaba también, en los libros que tenía en la biblioteca de la escuela, sobre los nudos de los que él le hablaba. Pero, claro, la victoria no le duró mucho, porque Khadul se aburrió y optó por subir la varilla del desafío. Fue entonces cuando ocurrió la peor parte. Esto sucedió cuando él le ató las muñecas, a una de las vigas del techo, mientras ella estaba de pie sobre la silla.

—Esta es tu prueba final —le había dicho—. Este es el nudo de pescador doble y es el más difícil de deshacer de todos los que he practicado contigo —había dicho con malicia—. Si logras desatarte, sin moverte demasiado, no solo lograrás bajarte de la silla, sino que cesarán las competencias. ¿Qué tal?

—¿Lo dices en serio…? —le había preguntado, pero con temor. Porque había sentido los brazos doliéndole y la posición, para desatarse, era casi imposible.

—Por supuesto —había replicado—. Tienes dos horas para lograrlo. Si pierdes, entonces volveremos a hacer una última prueba. Es un método que utilizan los militares en muchas partes del mundo para obtener información. Claro, yo de ti no quiero nada, porque no tienes nada importante qué decir, pero es un modo superdivertido que vi hacer a mi padre, en la tribu, con un ladrón. Sin embargo, nunca me dejaron practicar con nadie. ¿Adivina qué, Arienne? —le había preguntado.

Ella se había guardado las ganas de patearlo.

—¿Qué…?

—Tú, serás el conejillo de indias adecuado —había sonreído—. Ahora te dejo para que te desates. Creo que será una noche larga. Pide ayuda si quieres.

—Espera… —había dicho algo ansiosa, porque llevaban en este ridículo asunto dos meses. Estaba agotada. Quería que se detuviera. Ella siempre trataba de encontrar el modo de llegar al lado bondadoso de Khanul, porque creía que sí existía. Lo notaba a ratos, cuando él parecía arrepentido al reparar en las marcas rojas que le dejaba la soga en la piel blanca. Pero luego parecía recapacitar y le decía que se pusiera

hielo y se cubriera, hasta que desaparecieran las huellas. No le apretaba la cuerda hasta el punto de dejarle magulladuras, no. El fin de Khanul era atormentarla, mas no crearle cicatrices físicas. Lo que no sabía era que siempre le dejaría las psicológicas—. Hay algo que quiero preguntarte y es importante que me respondas, Khanul.

—¿Qué quieres, mocosa? —había preguntado, con fastidio, antes de salir del cobertizo. Siempre elegía la noche, en los días en que sus padres viajaban, y el staff de la casa dormía, para decirle a Arienne que era hora de pagar la apuesta. Daba igual si la carrera tenía lugar dos o cuatro días antes. Khanul escogía el momento que quería.

—En cinco días es tu cumpleaños dieciocho. Es una fecha importante —había murmurado—. Nuestros padres han planeado un viaje a Marruecos en un resort.

—¿Y?

—Amenazaste con irte de la casa cuando cumplieras esa edad —había murmurado. Al tener las muñecas atadas a la viga del techo, le habían empezado a doler los brazos, así que tenía que ser rápida para intentar desatarse—. ¿Lo harás?

—No es de tu incumbencia —había replicado.

—Mis padres se sentirían decepcionados… Al menos, si te marchas, ¿les dejarías algo para que siempre te recuerden y puedan contactarte?

—Por supuesto, hermanita, les dejaré un recuerdo inolvidable —había dicho con una sonrisa falsa, mientras cerraba la puerta del cobertizo dejándola sola.

Con todos esos antecedentes, la voz de Khanul, preguntándole si estaba lista para tener una competencia en la piscina, la alteraba y le causaba temor. Ante sus profesores, así como en los eventos a los que iba con los Al-Kahaleel, Arienne se mostraba siempre sonriente. Pero, cuando estaba sola en casa, se moría de miedo y tenía ataques de pánico. Sabía que si les decía a sus padres lo que sentía, ellos querrían que les explicase qué ocurría. Al hacerlo, Arienne tendría que delatar a Khanul. Lo anterior implicaría que él rompería su parte del acuerdo de no causar embrollos.

Su hermano adoptivo, cuando se enteró de que sus padres eran

diplomáticos, y que la llevaban a ella a eventos elitistas, había rechazado tajantemente acompañarlos. Les exigió a los Al-Kahaleel que, si de verdad querían que se sintiera cómodo, no le hablaran de él a nadie, menos lo llevaran a esas fiestas o convenciones. Entonces, durante ese período de dos años, solo Arienne asistió a actividades sociales.

La niña sabía que esta vez no había ninguna competición, porque lo que le tocaba hacer, al no haberse podido librarse del último nudo, era ser el conejillo de indias de la supuesta técnica militar que Khanul mencionó. Este era el día del cumpleaños de su hermano adoptivo. Ella esperaba que, aunque se marchara al desierto como tanto anhelaba, cumpliera su palabra de dejarles un recuerdo y un modo de contactarlo. No para ella, porque si pudiera borrarlo de su vida lo haría, sino por sus padres que tanto se habían esforzado para que ese ingrato fuera feliz.

—¡Aquí estás! —exclamó Khadul con una sonrisa. A Arienne le pareció demasiado contento para su estándar, porque jamás sonreía tanto—. ¿Qué tal estuvo tu día? Seguro que ya has pensado en qué vas a regalarme por mi cumpleaños —dijo mirándola—. La cocinera hizo el pastel de chocolate que es mi preferido. Mira cómo me consienten en esta casa. Y ahora, tú, hermanita tienes que pagar la última apuesta.

Arienne se cruzó de brazos y enarcó una ceja. No le iba a dar a entender cuán nerviosa se sentía ante la incertidumbre de lo que estaba planeando.

—Me prometiste que no harías nada para lastimar a nuestros padres, Khanul, y hasta ahora lo has cumplido. ¿Qué es lo que vas a hacer? Porque esta actitud de persona feliz no te la creo. Has sido cruel conmigo y estoy cansada de tolerarte —dijo Arienne con total franqueza. Porque era la verdad. Se sentía exhausta de intentar mirar hacia otro lado cuando solo quería contarles a sus padres lo que estaba sucediendo.

—Te dije que me iría de la casa, pero que les dejaría un recuerdo. Deberías confiar en mi palabra, hermanita —expresó, mientras caminaban hacia el cobertizo—. Por cierto, qué mala eres, no me has deseado feliz cumpleaños. ¿No me felicitas?

Ella tan solo hizo una mueca. No iba a felicitarlo salvo para aparentar ante sus padres. No le apetecía desearle felicidad en un día en el que ella no la sentía.

—Sé que algo tramas —replicó de pie ante la puerta de madera de la

caseta.

Khanul solo se encogió de hombros. Y le hizo un gesto para que entrara.

—¿Por qué hay un tanque de agua? —preguntó asustada y se giró para salir, pero él se interpuso. Ella empezó a patearlo y forcejear. Khanul era más fuerte—. ¡Quiero irme de aquí! No me vas a ahogar en ese tanque, ¡voy a gritar con todas…!

No terminó la frase, porque Khanul le tapó la boca y la echó al piso, bocabajo, inmovilizándola. Arienne pataleó y trató de salir de debajo de su hermano sin éxito.

—Te voy a contar una historia, hermanita —dijo presionando la rodilla sobre la espalda de la niña—. Si te callas, entonces te dejaré marchar. ¿Vas a escuchar?

Arienne respiraba con dificultad, pero trataba de no llorar. Mostrar debilidad no era una reacción que pudiera concederse a sí misma, porque él se aprovecharía.

—Sí… —susurró. Estaba dispuesta a decirles a sus padres todo lo ocurrido.

—No te voy a meter en ese tanque de agua, pedazo de idiota, voy a aplicarte una técnica para saber cuánto eres capaz de resistir el ahogamiento —dijo él.

—¡¿Qué?! —preguntó con terror.

—Te vas a sentar en la silla de siempre, atada de manos y pies, la cabeza echada hacia atrás, mientras te cubro la cara con una toalla. Te voy a echar mucha agua sobre la toalla como si te estuvieras ahogando. Quiero que me digas lo que sientes.

—Eso es retorcido y horrible, ¡eso hacen en las películas de policías! ¡Tú no eres un policía y yo no soy una criminal, Khanul! —gritó moviéndose—. No quiero. No voy a hacerlo, así que aquí termina mi posición de buena voluntad. ¡Suéltame!

—Pues qué mal —dijo apartándose. Ella de inmediato se levantó como si hubiera sido activada por un resorte y puso la mayor distancia posible—. Mi intención tan solo era largarme esta madrugada y llevarme el precioso huevo Fabergé que tienen guardado en el estudio. — Arienne lo miró con horror, porque esa joya había pasado de generación en generación en la familia de su padre. El valor sentimental era altísimo. Jamil siempre lo estaba limpiando o contando historias de sus ancestros, diplomáticos también de profesión, que tenían pactos y

alianzas con los rusos—. Sin embargo, tu negativa para ayudarme a entender los efectos de esta técnica militar, no me deja otra opción que dejarles un recuerdo diferente y más entretenido al que había contemplado en un inicio —sonrió mirándola—. Qué falta de cooperación la tuya.

Arienne respiraba agitadamente y sudaba por los nervios.

—¿De qué hablas…? —le preguntó frunciendo el ceño.

Se alegraba de que él planeara largarse de la casa. A sus padres les dolería descubrir que Khanul, cuando despertaran, se habría ido para siempre sin despedirse. Ella podría alertarlos, pero eso implicaría que tendría que seguir tolerando los juegos crueles. Arienne no se sentía capaz de continuar esa rutina. Solo esperaba que, cuando les dijera la verdad a sus padres, no se sintieran desilusionados, porque ella les había ocultado, a propósito, una información que podía ayudarlos a detener a Khanul.

—Ya lo verás, hermanita —dijo encogiéndose de hombros y abriendo la puerta del cobertizo—. Solo recuerda que no quisiste mantener tu parte del trato.

—¡Lo hice! —le gritó, frustrada y cansada de él.

—Todo será tu culpa —replicó con una sonrisa y la dejó atrás.

Arienne se despertó cuando su padre la agarró en brazos. Ella estaba somnolienta y no comprendía hacia dónde iban, al menos hasta que sintió un calor abrasador y aspiró humo. No solo lo aspiró, sino que notó una densa humareda que cubría el corredor superior. Empezó a toser y miró hacia atrás. Su madre, con una maleta en mano, iba corriendo desde la máster suite *a toda prisa hacia ellos. Bajaron las escaleras, la planta aún estaba intacta, pero el fuego no tardaría en expandirse.*

—Necesito que te quedes aquí —dijo Jamil dejando a Arienne de pie, descalza, sobre el suelo exterior de cemento—. ¿De acuerdo? —preguntó mirándola y con el cabello despeinado. Su expresión era de extremo desconcierto y también nerviosismo.

En una esquina se divisaba el coche de los bomberos y la policía. Desde la calle, Arienne contempló el piso superior de la casa envuelto en

llamas.

—No puedes regresar, papá —dijo en tono angustiado—, por favor. No te quiero perder. Ya vienen los bomberos, por favor, no te vayas —rogó.

—Necesito entrar para buscar a tu hermano —replicó Jamil soltándose de su hija, pero ella fue más rápida y lo abrazó con fuerza, impidiéndoselo—. Arienne, tengo que encontrar a Khanul. Él ya vivió un incendio —tragó saliva—. Debe estar aterrado.

—Arienne tiene razón, Jamil —murmuró Tarina, tosiendo. Ella se había despertado primero y alertó a su esposo. Después fue con rapidez a la habitación de su hijo, pero no lo encontró; fue a la planta baja, al cobertizo y recorrió el patio, y no hubo rastro de Khanul. Así que subió corriendo a la máster suite*, mientras Jamil agarraba a Arienne, para guardar lo que necesitarían estando fuera de casa—. Aquí tengo nuestros pasaportes, documentos y tarjetas de crédito —dijo agitando la pequeña maleta—. El resto es recuperable. Lo más seguro es que Khanul haya huido para buscar refugio en alguna parte. Pero sé que volverá más pronto que tarde. El pobrecito —dijo con la voz rota—, debió revivir el trauma de aquella ocasión…*

Como diplomáticos que solían visitar sitios en conflicto, Tarina sabía que en situaciones de peligro lo único que importaba, además de su familia, eran sus identificaciones y dinero para sobrevivir, hasta que hubiera mejores circunstancias. Así que había actuado con el cerebro y tratando de ser lo menos emocional posible. Lo anterior no había sido nada fácil, pero fue la única manera de no aturdirse.

Jamil miró a su esposa con desconcierto e hizo una negación vehemente.

—Tengo que regresar a buscarlo, Tarina… Tiene que estar en el estudio o escondido —dijo tratando de apartar a Arienne—. No puedo dejar que se quede y crea que los abandonamos, no otra vez —expresó con un nudo en la garganta.

—¡No! —gritó Arienne agarrándolo del brazo y forcejeando para que no lograra alejarse. No quería perderlo—. Él se fue para siempre, papá. Se fue para siempre —insistió—. No merece la pena que regreses, por favor, no regreses allí.

—¿Qué dices, cariño? —preguntó Tarina tosiendo, mientras los paramédicos los llevaban a la ambulancia y los bomberos armaban las escaleras para tratar de combatir el incendio—. Sé que no se llevan tan

bien como quisiera, pero…

—¡Estoy diciendo la verdad! —gritó entre lágrimas, horrorizada, al entender las últimas palabras que la había dicho Khanul. «Este incendio fue porque no quise seguir su juego estúpido», pensó con un peso inmenso en el corazón. Por su egoísmo, la casa estaba siendo consumida por las llamas—. Mamá, esto es mi culpa… —rompió en un llanto incontenible. Los Al-Kahaleel no sabían qué le pasaba—. Lo siento tanto… Yo, intenté, lo prometo —hipó—, lo intenté… Pero sé que fue mi culpa.

—¡Ya revisamos la casa! —gritó uno de los bomberos—. No hay nadie dentro.

—¡Nuestro hijo, falta nuestro hijo! —exclamó Jamil yendo hacia el bombero, pero este lo detuvo cuando el segundo piso pareció consumirse por completo.

—Le acabo de decir que, mis compañeros y yo, inspeccionamos la casa —replicó otro bombero en un tono paciente, pues estaba acostumbrado a esta clase de situaciones de estrés—. Si su hijo estuviera dentro o si hubiera un hallazgo que representara vestigios humanos, entonces lo habríamos sacado o dado aviso.

Arienne no dejaba de llorar. Jamil se mesaba los cabellos. Tarina estaba confusa. Este era un escenario desastroso e impregnado de una pérdida irreversible.

—No sabemos en dónde está… —murmuró Tarina—. Apenas anoche celebramos su cumpleaños. Estaba sonriente y dejó que lo abrazáramos fuerte.

—Lo lamento, señora Al-Kahaleel —dijo el bombero, mientras sus compañeros aplacaban las llamas e intentaban que algo se pudiera salvar—. Si hay una persona perdida, entonces tendrá que reportarlo con la policía. No sabemos cuánto nos pueda tomar apagar por completo el incendio, así que les sugiero que busquen refugio si lo tienen o, en caso de no ser así, les proveeremos una lista de albergues.

—Podemos ir a un hotel —replicó Tarina, siempre tan pragmática y pensante. Curiosamente era Jamil el más emocional de los dos—. Gracias, oficial.

El hombre de barba oscura, y uniforme azul con blanco, asintió.

—Si los paramédicos les dan el alta, entonces podrían acercarlos al hotel que deseen o uno de nuestros bomberos puede hacerlo —dijo con amabilidad.

—Queremos quedarnos por si regresa nuestro hijo —replicó Jamil—, gracias.

—Lo que ustedes decidan —replicó el hombre—. Lo que sí lamento decirles es que, probablemente, la casa quede en escombros cuando terminemos de aplacar las llamas. Luego haremos un peritaje para determinar la posible causa del incendio. Les sugiero llamar a la empresa aseguradora —miró la maleta de Tarina—. Me alegro que haya tenido tiempo de sacar ropa. Usted es una mujer muy pragmática al parecer.

—No tengo ropa en este

carry-on

—replicó Tarina con una sonrisa triste—, solo nuestras identificaciones. Cuando vi las llamas esparcirse tan rápido supe que no habría modo de recuperar nuestra casa. Solo espero recuperar a nuestro hijo.

El bombero asintió y regresó para coordinar las acciones con los demás.

Arienne se limpió las lágrimas. Tenía los ojos irritados. Se arrebujó bajo la cobija que le habían entregado. Ella y sus padres contemplaban la casa.

—Papá, mamá —dijo Arienne en un tono fuerte—, Khanul no volverá.

La pareja apartó la mirada de la casa para fijarla en su hija.

—¿A qué te refieres, Ari? —preguntó Jamil en tono incrédulo.

—¿Qué es lo que sabes, cariño? —preguntó Tarina al mismo tiempo.

Arienne tomó una profunda respiración y bajó por un instante la mirada. Al cabo de unos segundos elevó el rostro y posó su atención sobre sus padres, mientras la casa seguía ardiendo en llamas. A continuación, les contó sobre Khanul. No el chico que aparentaba sonreír o ser menos hostil en las comidas; el que jugaba con Jamil al béisbol durante las idas al parque, el que comentaba sobre la afición al cine de terror con Tarina o el que miraba a Arienne como si le cayera bien. No. Claro que no les habló de esa versión, sino de la real. Aquella que la había aterrorizado durante meses.

—Así que, no solo lo que pasó hoy es mi culpa —dijo en un sollozo, al terminar el relato, mientras Jamil la abrazaba con fuerza—, sino que Khanul escapó al desierto.

—Como tiene mayoría de edad, ya no podemos enviar a buscarlo con las autoridades —susurró Tarina, sin dudar de la palabra de su

hija, al tiempo que abrazaba a la niña y también a su esposo—. Oh, hija, perdónanos tú, a nosotros.

—Lo siento, mamá…

—Este incendio no fue tu culpa. Si crees que fue Khanul quien lo provocó, entonces el peritaje de las autoridades nos dirán exactamente de qué forma —dijo Jamil con lágrimas sin derramar—. Siento haberte fallado, Ari. Debí estar más atento a las señales, pero creía que ambos estaban empezando a congeniar mejor.

Arienne se sintió aliviada de que le hubiesen creído. Soltó una exhalación.

—Khanul aceptó portarse bien con ustedes y no lastimarlos, haciéndoles desplantes, intentando huir otra vez o sacando malas notas, a propósito al menos, si yo aceptaba sus condiciones. Él cumplió solo una parte de lo acordado, aunque yo cumplí la mía por completo. No es tu culpa, papá, porque yo opté por quedarme callada… No podía decírselos —murmuró—. Entre la familia nos protegemos… Ustedes me cuidan siempre, así que yo quise devolverles un poco de alguna manera…

—Oh, mi tesoro —dijo Jamil limpiándole los lagrimones con los dedos—. Eres una niña tan noble y generosa. No tienes que devolvernos nada. Nada. La alegría que nos has dado, desde que eres nuestra hija, no tiene precio. ¿Comprendes eso?

Arienne hipó e hizo un asentimiento.

—No tenías que protegernos, Ari —dijo Tarina—. Tampoco tienes ninguna deuda con nosotros. Ninguna. Entiéndelo. Lo que queremos de ti es que seas feliz.

—Gracias… —susurró la niña con emoción en la voz—. Supongo que ahora somos los tres solamente. A pesar de todo, no quiero que le pase nada malo a Khanul. Ojalá esté bien.

Jamil y Tarina estaban profundamente dolidos, pero tenían esta hija a la cual seguir cuidando, amando y protegiendo. Siempre echarían de menos a Khanul, sin embargo, él había elegido su camino lejos de ellos. Esta era una etapa dura de asimilar.

Los tres Al-Kahaleel se quedaron en silencio al ver que los bomberos salieron corriendo de la casa, antes de que el segundo piso se cayera sobre el primero. Arienne ahogó un grito de espanto; Tarina soltó una exhalación de pesar; Jamil afianzó los brazos alrededor de su esposa y su hija. Permanecieron varios minutos contemplando, atónitos, lo que

había sido su hogar por tanto tiempo. Los bomberos los miraron con resignación y con una expresión de impotencia, porque ya no había nada más que se pudiera hacer. Aunque las llamas estaban más bajas, la casa no quedaría ni siquiera para el recuerdo. Estaba hecha trozos, literalmente. El oficial principal, les dejó saber que terminarían de extinguir el fuego, pero el área se cerraría para el peritaje.

Finalmente, la familia fue llevada a un hotel de lujo cercano. Los Al-Kahaleel podían pagarlo. Además, Tarina necesitaba comprar ropa en una boutique*, porque no tenían nada qué usar, y solo los grandes hoteles de Carpal poseían una que estuviera abierta las veinticuatro horas. Alquilaron una* suite *por cinco noches, pues en ese lapso tenían que hablar con las autoridades para que el caso quedara sellado. No querían que hubiera un archivo abierto del incendio o que se mencionara a Khanul. Ellos lo podían conseguir con discreción, porque tenían contactos en los sitios correctos.*

Tarina no quería que su hijo fuese perseguido. Ella creía la versión de Arienne. Si la niña sospechaba, luego de toda la barbarie que le contó, que Khanul fue el que propició el incendio, Tarina sabía que no estaba inventándoselo o que era algo disparatado. Sí, como padres amaban a Khanul, pero también a la niña. Esta última era la que merecía su atención, ahora más que antes, y saber que confiaban en ella. Les esperaba un largo tramo para reconstruirse desde esta gran herida, pero lo harían.

Después de que se ducharon y cenaron, Jamil se acostó a dormir, mientras Tarina se acercaba a la otra cama, queen size, en la que estaba Arienne. Le acarició los cabellos rubios y le dio un besó en la frente, después le acomodó el cobertor. Se acostó junto a la niña por un instante. Quería que se sintiera reconfortada y apoyada.

—Mi pequeña Ari —dijo—, eres una persona muy valiente. Sé que es difícil lo que hemos pasado hoy, así como lo que hemos perdido. Sin embargo, quiero que sepas que me siento orgullosa de ti, porque te decidiste a contarnos la verdad. Fuiste valiente y no permitiste que Khanul te hiciera esa horrenda estrategia de ahogamiento.

—Pero permití el resto… —murmuró mirando a su madre. Se sentía segura y protegida de nuevo. Sus padres le habían creído, en lugar de juzgarla o pensar que estaría diciéndoles mentiras. Esto significa mucho para ella—. Tenía miedo, mamá.

—Lo sé. Te pido disculpas por no haber estado más atenta, Ari.

—No podías saberlo… —murmuró.

—Quizá porque quería pensar que de verdad Khanul estaba acoplándose a la nueva vida, así que ignoré las señales y, en el camino, tú creíste que tenías que protegernos cuando, en realidad, tu padre y yo somos los que te protegemos a ti —dijo en un tono contrito—. Te prometemos, Ari, que todo estará mejor ahora.

La niña esbozó una sonrisa débil, pero creía a su mamá.

—Está bien… —dijo abrazando a Tarina. Aspiró el aroma a limpio y el calor de su mamá la hizo sentir resguardada—. Pronto encontraremos otra casa.

Tarina sonrió y la miró al apartarse.

—Lo haremos en los próximos días, sí. Decoraremos como te gusta, pero no tendremos piscina. Sin embargo, sí creo que, con el paso del tiempo y cuando te sientas mejor, podrías aprender a nadar. Sin miedo. Yo misma te enseñaré. ¿Qué te parece la idea? —Arienne tan solo se encogió de hombros—. Bueno, esa también es una respuesta. Lo iremos mirando poco a poco. —Arienne asintió—. Por cierto, hay dos detalles que quiero compartir, antes de dormir. El primero es que voy a llevarte a hablar con una psicóloga. Quiero que hables de todas aquellas cosas que pasaron con Khanul, lo que sentías, pero que no podrías contárnoslo a tu padre o a mí.

—Les conté los más importante…

—Sí, pero no es un asunto que se tome a la ligera. La señora a la que le cuentes lo sucedido no lo podrá replicar, porque será un secreto entre ustedes dos. Así, con el paso del tiempo, te sentirás mejor sobre muchos aspectos. ¿De acuerdo?

—Puede ser, mamá, pero no me gusta contar mis cosas a extraños.

—Lo puedo entender, pero ella es una profesional que habla con niños y adolescentes, así que está capacitada para entenderlos, sin juzgarlos. La finalidad es que comprendas de dónde vienen tus pensamientos y quitarte la ansiedad de la que nos hablaste. Inténtalo un par de veces, por favor. Si no te gusta, lo hablamos.

Arienne hizo un asentimiento.

—¿Cuál es el segundo detalle, mamá?

—Quería agradecerte por haber pensado en nosotros al intentar de corazón incluir a Khanul en tu vida. Pero si él no fue un buen hermano para ti, entonces no te merece, cariño. Tú eres una persona muy valiosa, así que, cada vez que sientas miedo, enfréntate a ese miedo con valentía

y demuéstrate, a ti misma, que puedes vencerlo.

—Vale. ¿Qué crees que le pasará a Khanul…? —preguntó en un susurro.

Tarina sintió los ojos llovidos, pero no dejó caer las lágrimas.

—No lo sé, mi vida —dijo mirando hacia la ventana de la suite*, como si el desierto, que quedaba a varios kilómetros de distancia y no era visible, pudiera enviarle alguna respuesta—. Solo espero que encuentre, en esas dunas, su destino.*

—La verdad creo que nunca más lo volveremos a ver —murmuró en tono quedo—. No sé si sea capaz de mirarlo y no darle un puñetazo, mamá. Fue un idiota.

Tarina soltó una risa suave e hizo una negación.

—Ya lo dirá la vida, tesoro mío —dijo sonriéndole, pero intenta que la violencia no sea la respuesta a tus frustraciones—. Vamos a descansar. Mañana tendremos que empezar a rehacer nuestra rutina y encontrar una nueva casa.

—Suena complicado —dijo bostezando.

—La vida es solo para quienes se atrevan a desafiarla de verdad —dijo Tarina, luego le hizo un guiño y después apagó las luces de la suite *—. Intenta dormir, Ari.*

—Buenas noches, mamá —murmuró cuando todo se quedó a oscuras.

—Que descanses, tesoro —replicó Tarina acostándose junto a su esposo.

Durante varios minutos, los ojos de Arienne se habituaron a las sombras. Contempló la oscuridad, a través de la ventana un largo rato, por simple inercia. Al fin, todo parecía estar en calma. No existían más posibilidades de juegos crueles.

—Espero no volverte a ver nunca más, Khanul, y que el desierto te castigue —susurró por lo bajo. Después, cerró los ojos y relajó el cuerpo, sin saber cuán proféticas resultarían esas palabras para su hermano. Porque sí, el desierto lo castigaría.

Arienne acomodó el rostro sobre la almohada y, finalmente, se quedó dormida.

CAPÍTULO 14

El vestido de Arienne era largo, en un tono blanco marfil con detalles dorados; los pliegues, en general, eran suaves y caían con elegancia. Sobre los hombros llevaba una capa de tela fina y que llegaba hasta el suelo. El cabello rubio se lo había arreglado creando bucles leves y delicados; unos mechones los tenía sueltos, otros en un tocado que se complementaba con vinchas en forma de hojas de laurel doradas. Su maquillaje destacaba la forma y color de sus ojos. Se había aplicado labial de tono palo rosa. Esta noche era la diosa griega Atenea y no le costó mucho encontrar un antifaz que la representara. De hecho, aprovechó la tarde para recorrer un poco la capital.

—La importancia de contar con una amiga que tenga negocios de joyería —dijo Malin desde la pantalla del teléfono. Estaban en videollamada—. Ese juego de pendientes, cadena y brazalete de oro, te hacen parecer, en serio, una diosa. Creo que Zarik se va a caer de bruces, porque va a tener la lengua en el piso cuando te vea.

Arienne soltó una carcajada. Claro que le había contado que se besó con el príncipe y que todo fue subiendo de tono, pero no ahondó en los cómos, a pesar de que Malin era cotilla e intentó que le diera detalles. En estos dos días, él la había llamado, desde Petra, para saber cómo estaba de salud y recordarle que no tenía autorización para trabajar. Fueron dos llamadas breves y concretas. Ella notó el pragmatismo en la voz, así que contuvo las ganas de hacer conversación, porque imaginaba que estaba con otras personas. Esa clase de viajes, aunque aparentaban ser de relax y un parón en la agenda, podían ser bastante estresantes y demandantes.

—Nunca lo he visto en una fiesta privada, así que ignoro si

actuará tan formal como suele ser o si acaso se permitirá un poco más de naturalidad —replicó—. Pero, no te preocupes, si él no reconoce lo guapa que estoy, entonces otro lo hará.

—¡Já! Esa es la actitud, Ari, veo que esos besos te han hecho bien. Pide más.

—¡Te pasas! —dijo riéndose—. Aunque confieso que sus besos son adictivos.

—Bah, pierde cuidado, la adicción siempre tiene una cura —le hizo un guiño—. Además, aún no has esclarecido nada con Zarik sobre lo que quieres o si acaso lo quieres, más allá de unos increíbles orgasmos —se rio—. Así que aprovecha esta fiesta, porque son de aquellas oportunidades que se dan una vez en la vida. ¡Ufff, lo que yo diera por cotillear en un evento súper mega exclusivo como ese!

Arienne esbozó una sonrisa.

—Malin, después de lo que ocurrió en el bar del hotel —dijo, mientras agarraba la bolsa
L'Afshar
—, entendí que pude morir de sobredosis…

—Pues no sabes el susto que me diste al contármelo —replicó en tono serio—. Tuviste muchísima suerte de que contar con atención médica oportuna.

—Fue terrible, pero me sirvió para darme cuenta de que todas las decisiones que he postergado, porque siempre espero un mejor momento o un mejor lugar o un mejor estado emocional, pudieron ser grandes oportunidades si hubiese elegido arriesgarme —dijo meditabunda—. Zarik ha abierto un lado protector y considerado para que yo lo conociera, uno que es esquivo a los ojos de la gente, pero lo tuvo conmigo. Esperó a que me despertara, cuando pudo enviar a alguien que le informara sobre mi salud. Ha sido discreto en público, después de lo que ocurrió en el avión, dándome la certeza de que si aceptara un *affaire* con él, todo quedaría en secreto.

Los ojos de Malin se abrieron de par en par al ver la resolución en Arienne.

—¿Le dirás que sí al *affaire*? ¡Cuéntame, Ari! —le preguntó la pelinegra con una sonrisa. Ella le había enviado las alhajas, con el servicio de currier que usaba su esposo para paquetes exclusivos y

costosos, así como también el vestido, hasta Asmán.

—Sí, creo que le diré que sí —replicó riéndose—. Pero, primero quiero hablar con él y plantearle el porqué de mis reticencias. Necesito que lo entienda. Zarik está en una posición de poder. Si bien yo soy consciente de todo su entorno, antes de arriesgarme tengo que marcar algunos límites y saber si él está de acuerdo. Si no…

—Haz lo que necesites y no te conformes. Pero procura seducirlo esta noche —interrumpió en tono conspirador—. Este es el único hombre al que le has dedicado más pensamientos que a ninguno y también al que le has permitido que te acaricie en la cabina de un avión, ¡por favor! Si te atreves a rechazarlo, te dejaré de hablar.

Arienne soltó una carcajada. Su amiga siempre la hacía sentir mejor.

—Deséame suerte, amiga —dijo saliendo de su habitación. Su dama de compañía, Pamsin, se había marchado esa mañana cuando Arienne le aseguró que podía desenvolverse sola y que estaba perfectamente. En el exterior del palacio, como parte de las cortesías al ser una invitada a esta fiesta exclusiva, la esperaba un chofer.

—¡Bah, estás divina, solo necesitas osadía! Diviértete, Ari, sigue tus instintos.

Arienne guardó el teléfono y bajó las escaleras.

Desde el pasillo vio a Kirian saliendo del palacio, lo cual era inusual porque, hasta donde tenía conocimiento, el resto del equipo de Zarik estaba quedándose en el hotel. Salvo que se hubiese convocado una reunión extraordinaria a las nueve de la noche. Arienne no quería quedarse con la curiosidad, así que apresuró el paso. Abrió la puerta principal y vio al asistente del príncipe, a punto de subirse a un coche. Pero él no notó su presencia y ella tampoco hizo esfuerzo alguno para alcanzarlo a tiempo.

Sin darle más importancia, Arienne subió al automóvil que tenía asignado.

Una vez que la guiaron al salón interior, en el que tenía lugar la fiesta, se sintió a gusto y también asombrada con la magnificencia arquitectónica que la recibió. Este era un sitio que no constaba en ninguna fotografía de registro. Se sintió privilegiada por haber sido invitada. El piso era de mármol blanco de Calacatta y mezclado con

un mosaico de piedras preciosas incrustadas; era como estar pisando un tesoro bellamente convertido en un espacio para caminar. El techo era alto y tenía intrincados diseños de yeso resaltado con detalles de oro. En el centro pendía una gigantesca lámpara de cristales; en las esquinas había jarrones y esculturas delicadas.

Los sofás, las mesas bajas decorativas, las cerámicas, los espejos y las luces, ligeramente tenues, así como los toques de incienso, ofrecían un escenario soberbio digno de una mascarada al puro estilo de la realeza. Pero, en esta ocasión, moderna. El ambiente se sentía relajado y vivaz al mismo tiempo. Todo lucía espléndido.

Alrededor había más o menos cien invitados, ataviados con vestidos y trajes impresionantes, así como con antifaces elaborados con increíbles detalles. Algunas personas estaban en el interior del salón y otras en el jardín exterior. No había cuarteto de música, sino el mismísimo DJ Tiësto. La música estaba muy en boga y había gente bailando. La mayor parte había optado por antifaces de los dioses y diosas griegas.

Ella no tenía problema en mezclarse entre personas que le eran desconocidas en eventos formales, pero en una celebración como esta era diferente. Así que empezó a buscar a Zarik con la mirada. No creía que le sería difícil reconocerlo, porque no era una fiesta de disfraces y él era un hombre que sobresalía entre la multitud. Sin embargo, no lo vio en el salón. Cuando ella estaba a punto de dirigirse hacia el patio, la reina, soberbiamente vestida con el antifaz de Isis, se acercó. La mujer no estaba sola, sino con un apuesto hombre que Arienne conocía, a través de revistas y también los estudios que había realizado de la casa real jordana, el príncipe heredero.

—Doctora Johansen, me complace verla esta noche, gracias por venir —dijo la reina, mientras su invitada le hacia una leve reverencia—. Lamento muchísimo lo que le ocurrió. Espero que eso no evite que nos visite nuevamente en un futuro.

—Su majestad —replicó Arienne con una sonrisa—, me siento muy bien. Fue una experiencia de vida bastante amarga, pero jamás lo relacionaría con la falta de seguridad u hospitalidad de Jordania. De seguro volveré a su hermoso país.

—Cuánto me alegra saberlo —sonrió—. Quiero presentarle a mi

hijo, el príncipe Saed. —Apartó la mirada de Arienne y la posó sobre su primogénito—: Saed, ella es la doctora Arienne Johansen, la asesora política del proyecto progresista del príncipe Zarik, Insignia Regional. Además, está trabajando también en el cargo oficial de asesora política durante esta visita. Es una de las profesionales más jóvenes en tener la posibilidad de cambiar el rumbo de Nariem. Sin duda, encomiable.

—Encantado de conocerla —dijo él, extendiendo la mano y estrechando la de Arienne—. Mi madre ha tenido solo halagos para usted. Le ha dejado una grata impresión —expresó en tono encantador—, eso es algo bastante difícil de lograr.

Arienne soltó una risa suave e hizo un asentimiento. El príncipe tenía el cabello negro y los ojos de color ámbar con café. El traje de Kiton le quedaba perfecto. «Sin duda era de aquellos que iba dejando corazones rotos a su paso», pensó ella.

—Gracias, su alteza —replicó soltándole la mano con suavidad.

—¿La puedo llamar Arienne? —preguntó el príncipe, porque era un casanova consumado y cuando veía a una mujer hermosa, como la que tenía ahora frente él, no podía evitar derrochar encanto—. Esta fiesta es la antesala a mi cumpleaños, así que siendo un evento informal, prefiero no tratar tan protocolariamente a los invitados. Espero que no le importe y sé que mi madre estará también de acuerdo —dijo.

—Sí, su alteza, puede llamarme Arienne —dijo con un asentimiento.

Ella notaba la mirada de interés masculino del príncipe, así como la expresión amable de la reina. No creía que la mujer estuviera jugando a Cupido, porque su hijo tenía que casarse bajo unas normas específicas. Aunque, a diferencia de Nariem, la esposa del heredero jordano podría ser, al igual que en España o Inglaterra, una plebeya. El príncipe Saed tenía veintiocho años y estaba en edad de casarse.

—Entonces, por favor, tutéame y llámame Saed —replicó.

—De acuerdo, su al… Saed —dijo con un asentimiento y sonriendo.

—Mi hijo es un gran anfitrión, doctora Johansen, espero que disfrute la velada. Estoy segura de que usted podrá darle una visión fresca sobre temas políticos y sociales. Siéntase como en casa —

intervino la reina con una amplia sonrisa—. Por cierto, aún no he visto llegar al príncipe Zarik, aunque me confirmó su asistencia.

—Oh, él está aquí —intervino Saed, antes de que Arienne pudiera decir algo—. Llegó hace unos minutos, pero está en el jardín exterior con la princesa Rihanon.

—Ah, la princesa de Mubián. Una mujer sofisticada y de buen gusto —intervino la reina. Luego miró a Arienne—: Gracias de nuevo por venir.

—A usted por invitarme, su majestad —replicó, porque si bien era una fiesta informal, ella no era la mejor amiga de semejante mujer. Había una diferencia.

Arienne conocía todo sobre las casas reales por su trabajo, sin embargo, en relación a Mubián no sentía especial afinidad. Ella tenía conocimiento de que el rey Pasco Al-Diharel se comportaba de manera soberbia cuando se trataba de negociar ciertos asuntos, en especial los agrícolas. No obstante, la relación entre Mubián y Nariem no era tensa, sino un poco compleja. Por otra parte, en días anteriores y casi por accidente, ella había escuchado a Hamur mencionarle a alguien que la princesa Rihanon Al-Dirahel era la persona más idónea para ser la futura reina de Nariem.

Esta última era la razón de que, al escuchar que Zarik y Rihanon estaban en el jardín exterior, sintiera un nudo en la garganta. Ahora comprendía por qué no lo había visto por ningún sitio. Obviamente, él estaba ocupado. Lo que sentía Arienne se podría describir como una mezcla de celos y decepción. Había esperado ver a Zarik, pero nunca se le cruzó por la mente que él pudiera estar interesado en este festejo, porque estaría la mujer con la que su visir consideraba que hacía una buena pareja. «¿Fue esa la razón de que no la hubiese buscado al llegar de Petra? ¿En ese *tour*, a la antigua ciudad jordana, también estuvo invitada Rihanon?», se preguntó, fastidiada.

Si él pretendía besarla y tocarla íntimamente, al mismo tiempo que cortejaba a otra mujer, Arienne se alegraba de no haberle dicho que aceptaba el *affaire*. No le importaba si su amante era el príncipe del inframundo o el dueño de los cuerpos celestiales, menos la etiqueta que tuviera la relación, pero no iba a acostarse con alguien que, al mismo tiempo, iba de cama en cama o cortejaba a otra. Esta noche, ella estaba vestida de Atenea, una diosa griega

astuta y valiente, así que le haría honor.

La invitación a la fiesta había sido personalizada y Arienne no dependía de Zarik para divertirse. Iba a disfrutar un buen rato, vivir la experiencia y luego, cuando estuviera satisfecha, regresaría fabuloso palacio en el que estaba hospedándose. Según la agenda actualizada, a la que pudo acceder, quedaban cuatro días más de este viaje. El último destino del itinerario sería Bhamiera. Este era un país que poseía uno de los mayores puertos pesqueros y con el que se pretendían entablar lazos comerciales.

Arienne ya no estaba a cargo de la asesoría en ese viaje, así que enfocaría su trabajo en la Cumbre Global Shara. La programación se había retrasado un par de semanas, porque recibió la orden de Zarik de que se invitaran a representantes de tres países que no estuvieron contemplados en un inicio. Esto implicaba reorganizar las agendas de los invitados previos, así como coordinar las de los nuevos. Un desastre.

—Arienne —dijo Saeb sacándola de sus pensamientos sin saberlo —, si viniste sola, entonces no vas a quedarte sin compañía alrededor. Me jacto de ser un gran anfitrión, así que parte de mi misión es que todos la pasen genial, en especial, porque en pocas horas cumpliré veintinueve años. Qué suerte tengo porque, además, estoy conociendo a una mujer que viene de muy lejos, tan inteligente y guapa.

Ella no pudo evitar reírse. Nunca había visto en persona a Saed en un evento protocolario, pero dudaba mucho de que actuara de este modo tan espontáneo.

—Supongo que es interesante conocer un aspecto más relajado de los integrantes de la realeza y ratificar que son como cualquier otro ciudadano —dijo.

—Oh, pero, Arienne —se llevó una mano al corazón de forma dramática—, ¿es que acaso estás tratando de decirme que soy un hombre común? Me hieres.

—No sabía que un príncipe necesitaba pescar halagos, Saed — replicó en un tono jocoso y meneando la cabeza con una sonrisa. Le era difícil mantenerse seria con este hombre que parecía dispuesto a entretenerla esta noche—. Estoy segura de que tienes muchos ángulos que te sacarían del hombre promedio, pero no te conozco —dijo con humor. Iba a enfocarse en pasarla bien y Saed era la

clase de persona que, sí o sí, podía sacarle sonrisas e instarla a enfocarse en que esta noche fuese genial.

—Ah, pero eso lo podemos remediar conversando un poco más, sin duda. Quiero que la pases muy bien y te lleves la mejor impresión de las fiestas que hacemos en este palacio. Así, la próxima ocasión que yo visite Nariem, tú serás la anfitriona y me puedes mostrar sitios únicos de la capital —dijo mirándola. Arienne le parecía bellísima, además de que tenía una mente rápida. No flirteaba, sino que era amable, aunque él intentaba que flirteara de regreso. Además, a él le gustaban las mujeres rubias mucho más que las morenas. Que ella, además, se hubiera ganado el favor de su madre, le parecía un asunto casi exótico. Probablemente no la vería de nuevo. Lo anterior implicaba que aprovecharía al máximo esta velada para divertirse—. Te voy a presentar a mis amigos, pero, antes, quisiera pedirte que bailes conmigo. ¿Aceptas?

—Creo que sería una terrible negociadora si no aceptara bailar con un príncipe.

—Oh, ¿es solo por mi título y no porque soy el cumpleañero? —preguntó.

Arienne tomó el brazo que Saeb le ofrecía para llevarla a la pista. Ella estaba segura de que si él conociera a Lucianno, los dos serían buenos amigos de juergas.

—Quedan aún unas horas para tu cumpleaños, según me acabas de decir —dijo en un tono risueño—. Acepto bailar contigo. Solo espero que no me pises.

Saeb soltó una carcajada ante la pulla.

—Yo espero que no insistas en querer bailar conmigo toda la noche, ya sabes, monopolizar mi atención cuando te des cuenta de que soy un excelente bailarín —dijo, mientras la guiaba hacia el jardín exterior. En el camino, le fue presentando a varios invitados. El reloj corría con velocidad. Alrededor reinaba la euforia y risas.

Una vez que estuvieron en la pista, Arienne dejó todas las preocupaciones, los miedos, las responsabilidades e inseguridades. Solo se permitió que la música la guiara, mientras su acompañante la entretenía con sus anécdotas. Ella no recordaba haber reído tanto con alguien al que apenas conocía. La estaba pasando genial, en especial cuando los amigos de Saed se acercaban y empezaban a bailar entre todos; coreando las canciones. Arienne conversó, en la

medida que la música lo permitía, a gusto.

Sin embargo, la sonrisa se le quedó congelada cuando su mirada chocó contra unos potentes ojos negros. Ella desvió un instante la atención hacia la que mujer que parecía demasiado cómoda junto a Zarik. Él llevaba el antifaz de un halcón, la representación de Horus, el dios egipcio de la protección y la justicia. La princesa Rihanon, en cambio, llevaba el antifaz de Medusa, la diosa del peligro y el poder. «Pues qué original y elocuente», pensó Arienne, mientras volvía su atención hacia Saed.

Zarik se contuvo de apartar a Rihanon, porque las personas que lo rodeaban, si bien la fiesta era privada, poseían gran influencia en los diferentes ámbitos sociales, políticos y económicos. Aunque los cotilleos jamás trascendieran fuera de estas paredes, lo anterior no implicaba que dejarían de influenciar en las conversaciones, amistosas o comerciales o políticas, que él pudiera tener con estas personas en un futuro. Si notaban un desplante, un desaire o un acto que lo percibiesen como una ofensa, entonces todo aquello lo considerarían en las decisiones en otros ámbitos.

La lista de invitados a esta fiesta, porque todos mantenían un protocolo de seguridad y necesitaban saber con quiénes iban a tratar, aunque fuesen o no amigos, había sido distribuido esa misma mañana. Zarik había regresado de Petra muy entrada la tarde y su primera opción fue buscar a Arienne, pero recibió una llamada que lo mantuvo ocupado en su *suite*. Esto le restó tiempo para leer bien la lista. Pero cuando finalmente leyó los nombres convocó de inmediato a Kirian y a Hamur al palacio.

Su visir le sugirió aprovechar la ocasión para tener un acercamiento con la princesa Rihanon. La idea era analizar de manera sutil las opiniones que pudiera tener ella sobre Nariem, así como indagar en detalles que le permitieran tomar una decisión sobre elegirla o no como su futura esposa. La ocasión permitía optimizar el tiempo y evitar viajar a Mubián para el mismo propósito que podría resolverse en la fiesta.

Aunque Zarik no podía trasladarse hasta el palacio de los reyes

de Jordania con Arienne, él había planeado pasar por la *suite* de ella para verla antes de marcharse. Su intención era constatar que estaba bien y, por supuesto, robarle algo más que un beso. Pero su reunión con Hamur y Kirian acabó un poco tarde. Cuando le preguntó a su equipo de seguridad por Arienne, le informaron que ya se había marchado al evento.

Zarik llegó a la fiesta y lo rodearon varios amigos a los que no veía hacia varios meses. Juntos fueron al patio exterior. Uno de ellos, propietario de dos aerolíneas internacionales, le empezó a hablar sobre los nuevos aviones que estaban diseñando. La conversación fue interrumpida un instante cuando Rihanon llegó y Zarik supo que era el momento de seguir el consejo de su visir. Él reconocía que la princesa era bonita, pero le provocaba la misma emoción que tener que usar el *keffiyeh*: indiferencia.

—Cuánto tiempo sin vernos, Zarik —había dicho ella con una amplia sonrisa. Llevaba un vestido negro con verde, joyas de oro con esmeraldas y el cabello negro recogido en un tocado alto—. Qué hermosa coincidencia estar en la fiesta de Saed.

El príncipe había esbozado una sonrisa amable.

—Al menos, ahora tenemos la posibilidad de saludarnos —había replicado. Recordaba que Hamur, semanas atrás, ya le había dicho que ella estaba saliendo con un empresario, pero de manera discreta —. ¿Qué proyectos nuevos tienes en el horizonte? —preguntó, pero ambos sabían con exactitud de qué estaban hablando.

—Seguir trabajando para la fundación que ayuda a los niños pobres de Mubián. Aunque he estado hablando con un amigo empresario —dijo refiriéndose a su novio—, que me ha estado enseñando el negocio de los medios de comunicación. Es propietario de una cadena de televisión —sonrió—. El asunto de la prensa y la publicidad es bastante curioso. ¿Lo preguntas porque crees que estaría mejor si me dedicase a vincularme más en temas de mis responsabilidades como princesa?

Zarik había notado desde hacía tiempo, porque los dos se conocían al ser parte de los mismos círculos sociales elitistas, que ella aparentaba ser superficial. Lo hacía como una estrategia para conseguir lo que de verdad quería. Si otros menospreciaban su inteligencia, entonces no estarían alertas cuando ella asestara el golpe y sacara ventaja. Por eso, el príncipe mantenía sus dudas

sobre si podría lidiar con la cercanía de una persona como ella y que llevara su anillo. Sabía que los beneficios de casarse con Rihanon serían idóneos para Nariem, pero, a nivel personal, no estaba tan seguro.

—Sí, lo pregunto por eso. Las responsabilidades que tenemos como miembros de realeza están por delante de otras experiencias cotidianas. Además, me han comentado que ese amigo del que hablas ya lleva bastante tiempo alrededor —había replicado—. ¿Hay afecto de por medio? Porque sería interesante que lo analizaras.

Ella había soltado una carcajada. Sabía que Zarik le preguntaba si estaba enamorada de Tarek y si esto sería un impedimento en un posible matrimonio.

—Sí, pero sé que cuál es mi destino. Puedo prescindir de ciertas compañías y renunciar a lo que me es conocido, si merece la pena lo que voy a ganar —había replicado mirándolo con un brillo inequívoco de interés sensual en la mirada—. Y tú, en cambio, pareces estar rodeado de una muralla de secretismo desde tus días de juerga. Mi equipo es incapaz de seguirte la pista, porque tu hermetismo lo impide.

Zarik había sonreído. Rihanon parecía plantear que las lealtades dependían de la oferta del mejor postor. Esto implicaba que no se sentiría satisfecha con un acuerdo matrimonial establecido, sino que querría renegociarlo cada dos por tres. Él le ordenaría a su visir que revisara en profundidad las conexiones del círculo más íntimo de ella. De todas maneras, le quedaba todavía otra persona con la que iba a hablar. Lydia Al-Calimathi, la princesa de Thethuan, un país con salida marina y petroleo.

—Entonces, ¿dejarías también un corazón roto para asumir ese destino? —le había preguntado, pues trataba de entender qué tan enamorada estaba ella del empresario. En una hipotética posición como su esposa, Rihanon no podía tener vínculos emocionales con otro hombre. No porque a Zarik le importara, sino porque estratégicamente sería un problema. Los fantasmas siempre regresaban a crear líos.

—Los corazones se arreglan, el destino es ineludible y puede traer más o iguales satisfacciones —había contestado Rihanon—. Supongo que ambos, así como el resto de amigos que nos rodean

esta noche, sabemos que la lealtad es con nuestro país. Lo que ocurra con las relaciones interpersonales es irrelevante. ¿O no?

Zarik no había respondido a esa pregunta, porque su mente perdió por completo el hilo al mirar hacia la entrada del jardín. Con un vestido espectacular, que parecía estar flotando sobre el suelo, en lugar de caminar como cualquier otro mortal, Arienne robaba el aliento con su belleza etérea. Si alguien podía ser una reina, pues ciertamente no era ninguna de las mujeres de esta jodida fiesta; mujeres que tenían el mundo a sus pies, fortunas incalculables, títulos reales y abolengo generacional.

Él no creía que poner una corona en la cabeza de Arienne la podría hacer ver más diosa y reina de lo que se veía en estos instantes. Pero el impacto le duró poco, al notar que la sonrisa de ella estaba dirigida hacia el hombre que la llevaba del brazo. Saed la guio a la pista de baile y le presentó a varios amigos. Arienne parecía decidida a ignorar todo lo que no fuese ese príncipe de pacotilla. Zarik se distrajo cuando Rihanon posó la mano sobre su hombro y le dedicó una amplia sonrisa.

—Esa respuesta es un poco complicada —dijo el príncipe apretando los dientes—. En todo caso, Rihanon, será mejor que, por ahora, disfrutemos la fiesta.

—¿Qué te parece si bailamos? —le preguntó ella—. Si quieres ahondar un poco más sobre lo que hemos conversado, no solo hoy, sino en otras ocasiones, será mejor que empecemos en este ambiente de gente conocida y más permisivo.

—Podemos bailar, sin duda, Rihanon —replicó con diplomacia. Al fin y al cabo, su propósito era hablar con ella, lograr un acercamiento y analizar si podría o no tolerarla muchos años como esposa. No iba a hacerle un desplante, pero tampoco tenía una decisión definida—. ¿Qué proyectos tiene tu padre en materia energética? Leí que acabaron de invertir en una megaplanta y le comprarán electricidad a Eshala. Es una movida inteligente, porque ese país vende la energía más barata.

—El controlado y reservado príncipe Zarik evita temas personales —dijo ella con una sonrisa de suficiencia. No sentía restricciones para hablar, pues podía aprovechar que nadie estaba fijándose en lo que los demás hacían para divertirse o si las mujeres estaban o no muy cerca de los hombres. Para ella, su cultura era

hipócrita, en lo concerniente a la clase social alta y a la realeza. Las reglas, para ellos, eran una apariencia de cara al público, pero jamás se seguían en la vida privada. A diferencia de los ciudadanos comunes que seguían las normas y la moral como borregos idiotas.

—Los temas estatales y cordiales no son jamás una conversación personal —replicó riéndose—. En este caso me interesó hablar contigo, porque nos conocemos desde hace tiempo y estoy analizando posibles alianzas para Nariem. En diversos temas.

—¿El matrimonio, por ejemplo? —preguntó enarcando una ceja.

—Por ejemplo —dijo el príncipe sin ahondar más en el asunto—. Avancemos hacia la pista, porque con tus tacones hundiéndose en el césped no vas a poder bailar.

Rihanon esbozó una sonrisa, pues se sentía halagada de que el príncipe la estuviera considerando como una persona que podría ser su esposa. No se lo había dicho abiertamente, claro, pero ninguno de los dos era idiota y sabía de qué iba el asunto de la conversación en esta fiesta. La princesa se sintió complacida.

—Tienes razón —dijo caminando del brazo del príncipe.

Por otra parte, las ganas que tenía Zarik de estampar su puño en la cara de Saed eran bastante potentes. Le parecía que estaba demasiado cerca de Arienne, al menos para ser dos completos desconocidos que se acababan de encontrar. Salvo que ella, por sus viajes en otros tiempos, ya hubiese hablado con ese imbécil. «Si era así, ¿habrían flirteado o quizá hubo algún tipo de vínculo más allá de la amistad?».

Lo único que evitaba que él actuara en consecuencia, sobre esas ganas de pegarle a Saed, era que no tenía ningún motivo o argumento sólido. Además, sería un terrible error de cálculo de su parte en este entorno. Se abrió paso entre la gente y se acercó con suavidad al sitio en el que Arienne y Saed estaban bailando. Rihanon le hablaba de la remodelación de la mansión que tenía en los alpes suizos, así como todos los cambios que podría hacer en Mubián si su padre le diese más libertad.

—Zarik —dijo Saeb de repente y deteniéndose por completo. Extendió la mano y el otro príncipe la estrechó—. ¡Qué gusto verte en esta doble fiesta de mi familia! Me recuerda todas las ocasiones en que coincidimos en *pubs*. Qué buenas épocas aquellas entre Europa y Asia, ¿no? —sonrió—. Hace tiempo no te veo en las

grandes celebraciones de los amigos que tenemos en común, en especial en Ibiza.

—He parado un poco el ritmo para dedicarme más a mi trabajo en Nariem. Quizá podrías considerar hacer lo mismo. Al final, somos los herederos de la próxima generación de reyes de este lado del mundo. Ibiza es genial, pero no creo que me den un certificado que me avale a ser un buen rey, salvo para las juergas, así que por ahora prefiero enfocarme en mi proyecto de modernización —dijo en tono sardónico.

Saeb soltó una carcajada desenfadada. Asintió.

—Me tomo mi trabajo en serio, pero cuando tengo que divertirme, no conozco límites. Eso no es nada nuevo, porque tú sabes cómo son los buenos momentos —dijo dándole una palmada en el hombro a Zarik—. Menos mal, hoy, he recordado que tomarme un descanso me permite conversar con personas interesantes como Arienne. Sus opiniones son refrescantes y sensatas. Lástima que haya preferido trabajar para ti, pero consideraré hacerle una oferta laboral imposible de rechazar en un futuro cercano —dijo sin ser consciente de que Zarik iba corto de paciencia.

—Creo que una de tus debilidades, Saed, es hablar demasiado. Ahora recuerdo el porqué encontrarme contigo en las fiestas resultaba más bien un dolor de cabeza —dijo Zarik, y Saed soltó una risotada—. Sé muy bien la calidad profesional de Arienne y ese es el motivo de que continúe trabajando en mi equipo de asesores. Sus principios no están regidos por el dinero, sino por los retos de un proyecto —dijo, y luego miró a Arienne—: ¿Me estoy equivocando en mi apreciación? —preguntó.

—No, su alteza —dijo Arienne, llamándolo por su título tan solo para marcar la distancia que necesitaba—. Está en lo correcto. Aunque, si Saed —lo llamó a propósito con el nombre de pila—, me hace una propuesta laboral interesante que, además, tenga un excelente salario, al terminar mi contrato en Nariem podría considerar la experiencia de colaborar para la casa real de Jordania —dijo sonriendo.

Zarik quería agarrarla de los hombros, atraerla contra su cuerpo y besarla frente a toda la maldita fiesta. Quería que dejara de mirarlo con altiva distancia. Parecía como si, de repente, hubiera

erigido esa firme barrera que él creyó debilitar días atrás.

—Qué bueno que mantengas la reflexibilidad, Arienne. Y ya sabes que puedes tutearme en este entorno. No estás en horas laborales —dijo apretando los dientes.

—¿A qué te dedicas? —interrumpió Rihanon mirando a la mujer rubia.

—Oh, es que ustedes nunca se han visto —intervino Saed con su habitual sonrisa desenfadada—. Arienne, después de contarme un poco de su vida como hija de diplomáticos, pareciera conocer este entorno mejor que yo. Qué tontería pensar que ya te conocía. Rihanon, princesa de Mubián, te presento a Arienne Johansen, asesora política de Zarik en Nariem —expresó mirando a una y luego a la otra.

—Encantada de conocerte, Rihanon —dijo Arienne, aprovechando la informalidad, porque no le apetecía hacerle ninguna clase de saludos protocolarios. A propósito ignoró a Zarik —. Nunca he visitado tu país, pero he escuchado historias interesantes sobre los aspectos de desarrollo agrícola y renovación de aguas.

Rihanon se sorprendió por el comentario e hizo un asentimiento.

—Igualmente —replicó estrechando la mano de la otra mujer—. Espero que en algún momento lo visites, Arienne, te gustará. Quizá —sonrió y miró a Zarik—, en un futuro cercano, los vínculos políticos y sociales de Nariem y Mubián se unan.

—Eso sería muy interesante de presenciar —dijo con fingida amabilidad, y agradeció tener tanta práctica en situaciones que no le gustaban—. ¿Te quedarás mucho tiempo en Jordania? Esta mañana estuve en los comercios buscando un antifaz al que pudiera agregarle complementos. Fue un paseo muy entretenido.

El problema era que la princesa estaba siendo agradable y no daba razones para considerarla antipática. Su única equivocación, ante los ojos de Ari, era estar demasiado cómoda con Zarik e insinuar que el asunto del matrimonio estaba ya en conversaciones. Ahora Arienne comprendía, o adquiría más sentido para ella, el motivo de la presencia de Kirian en el palacio, horas atrás. Se alegró de no haberle dicho a Zarik que quería conversar con él o, Dios la librara, aceptado tener ese *affaire*.

—Aunque tengo excelentes amigos en este país, lastimosamente

mañana temprano debo volver a Mubián. Mi agenda es ajustada —sonrió con sinceridad.

De repente, la conversación fue interrumpida, porque todos los invitados se concentraron en el jardín y empezaron a corear el cumpleaños feliz, mientras, el chef y varios ayudantes, llevaban un pastel gigante para festejar los veintinueve años del príncipe. La reina y el rey, así como los otros dos hermanos de Saed, se ubicaron cerca de la tarta. De inmediato, el príncipe heredero fue hasta su familia y se dejó envolver por la gente que estaba alrededor, aplaudiendo y cantando. Las luces del exterior se tornaron muy tenues, se encendieron las velas del pastel, mientras en el cielo refulgían variados juegos pirotécnicos. Los asistentes estaban vitoreando al homenajeado.

Arienne no quería marcharse de la fiesta, porque se la había pasado estupendamente. Pero esta no era su gente, ni ella pretendería creer que podrían ser amigos y menos que volvería a verlos. La experiencia había sido genial. Sin embargo, no quería trasnochar tanto, porque necesitaba anticipar trabajo para la cumbre global.

Cuando tuvo la intención de empezar a alejarse, e intentar hacerse un espacio en el montón de personas que estaba alrededor, una mano firme la sostuvo del abdomen. La haló con firme rapidez. Ella sintió la fuerza del hombre que la sujetaba. Nadie podía notarlo, porque estaba semioscuro y la atención estaba en la familia real.

—¿A dónde crees que vas? —le preguntó Zarik, al oído, en un tono profundo y sensual. Ella sintió la piel erizándosele y su cuerpo se sacudió ligeramente como si hubiesen usado desfibrilador—. Tu nuevo amigo está ocupado y ya le deseaste feliz cumpleaños. No has bailado conmigo, Arienne, así que espero que lo hagas.

—Suéltame, Zarik —dijo entre dientes. Estaba enfadada. No quería que la tocara, menos después de hubiera estado flirteando con la princesa de Mubián. Estaba siendo irracional, quizá, pero tenía derecho a sentirse como le diera la gana—. No voy a bailar contigo y tampoco tengo intención de entablar una conversación. Así que déjame marchar, porque quiero ir a descansar. Ya he bailado suficiente con Saed.

—A veces, no hace falta música —murmuró en tono tenso y

moviéndose de forma sutil con ella—. Saed es un idiota; no creas ni la mitad de las sandeces que salen de su boca —dijo como si estuviese saboreando un líquido ácido y amargo. La familiaridad con la que el otro príncipe había hablado y bailado con Arienne lo cabreó.

Arienne sentía cómo la mano de Zarik le acariciaba el abdomen en movimientos leves, mientras le besaba el cuello con delicadeza. Así como también era consciente de la erección que presionaba contra sus nalgas. No podría saber si ella era la que estaba provocando ese efecto o si lo habría causado Rihanon y Zarik pretendía que fuese el reemplazo de esa princesa. El pensamiento le sentó fatal.

—Saed no está ofreciéndome acostarse conmigo, mientras coquetea con la mujer con la que está analizando casarse en unas semanas —dijo y apartó la mano del príncipe—. Si estás caliente por Rihanon, entonces intenta que ella misma te quite la calentura. No soy el reemplazo de ninguna mujer, Zarik. ¿He sido clara? —preguntó.

Él no hizo esfuerzos para retenerla en esa posición, pero sí la giró con rapidez y le agarró el mentón con los dedos. Le elevó el rostro. Necesitaba aprovechar que nadie reparaba en ellos, así como la semipenumbra en la que se hallaba el jardín.

—Arienne —dijo mirándole la boca y en un tono de voz peligrosamente calmado—, en este instante, tan solo para castigar tu insolencia, sería capaz de arrancarte las bragas y sentarte sobre la primera superficie plana para devorarte el sexo. —Ella abrió y cerró la boca—. Gritarías tan alto y fuerte mi nombre que todos entenderían la razón por la que estaría cometiendo una acción prohibida y que es castigada severamente por las leyes. Un pecado de las más escandalosas latitudes. Pero no me importaría. Lo único que me detiene es que los sonidos de tu cuerpo, tu placer y tus besos, los quiero todos para mí. *Todos*. La razón de mi erección y mis fantasías sexuales tiene tu nombre muy marcado. Así que no te equivoques al pensar que algo tiene que ver Rihanon o cualquier otra mujer en mi estado de excitación —zanjó.

Ella se quedó mirándolo varios segundos sin poder decir nada.

—Eso no me importa —dijo al cabo de un rato—. No voy a tener esta conversación aquí —se apartó y él la dejó, porque las luces se

acaban de encender por completo—. No es el lugar y prefiero regresar al palacio Raghadata. Además, Rihanon está mirando hacia acá con la intención de acercarse. Si esta era una fiesta para hacer un análisis de tus potenciales futuras esposas, Zarik, pudiste decírmelo.

—Arienne —dijo en tono de advertencia.

—Habría venido de todas maneras, por supuesto, pero no hubiese sentido la incomodidad de darme cuenta de que pretendes jugar a dos bandos —continuó en tono bajo mirándolo y hablando con rapidez, porque alguien se empezaba a acercar con la intención de saludar a Zarik—. Es decir, encontrar una prometida, que será pronto tu esposa, al mismo tiempo que buscas una amante. ¿Y lo mejor? —preguntó retóricamente con sarcasmo—. Que ambas están en la misma sala. Eso es insultante.

Zarik apretó los dientes y respiraba con dificultad por el enfado. Esta mujer iba a enloquecerlo, primero de deseo, luego de rabia. Estaba confundiendo todo, pero él no tenía la oportunidad de darle más explicaciones, porque un amigo se acercó. No tuvo más remedio que saludarlo y presentarle a Arienne. La conversación fluyó rápido. Los temas variaron en cuestión de minutos pasando del arte a bienes raíces.

—Me tengo que marchar —dijo Arienne de repente—. Ha sido un placer conocerte, Enzo —le dijo al italiano que construía superyates para los billonarios.

Sin mirar atrás, Arienne empezó a caminar entre la gente que, ahora, estaba bailando, bebiendo y riéndose como si fuese una fiesta de Occidente, en lugar de Oriente Medio. Esta clase de contrastes le parecían desconcertantes y fabulosos al mismo tiempo. Se acercó a la reina para despedirse y agradecerle por todas las consideraciones que se había tomado con ella. Una vez que salió del palacio, el mismo chofer que le habían asignado para traerla, la asistió para que subiera al coche.

El trayecto lo hizo con la mente a mil por segundo por las palabras de Zarik. Su cuerpo estaba muy despierto. Ese príncipe endemoniado tenía una lengua que no solo creaba una explosión en sus sentidos, sino que, cuando verbalizaba sus intenciones sexuales, la excitaba. El mayordomo le abrió la puerta del palacio Raghadata. Ella subió las escaleras y agradeció el silencio que la rodeaba.

Después de estar rodeada de personas o hacer vida social, Arienne necesitaba encontrar calma.

Entró a la *suite* y lanzó la bolsa a un lado, después cerró la puerta. Sin embargo, esta se abrió, abruptamente, casi al instante. Por acto reflejo se giró para ver qué rayos pasaba, pero no tuvo opción a emitir ni una sola queja o hacer preguntas. Zarik le tomó el rostro con las manos y acercó la boca para fundir los labios con los suyos.

CAPÍTULO 15

Arienne enterró los dedos entre los cabellos de Zarik, sujetándole la cabeza con firmeza, mientras sus bocas se asaltaban mutuamente. Estaba abrumada por la fuerza del beso, pero pronto esa sensación se convirtió en un gemido. Un gemido que para Zarik era uno de sus sonidos favoritos desde que los emitía la mujer que estaba entre sus brazos. Tres días sin besarla y este era el resultado: hambre voraz.

La quería toda; pieza por pieza, suya, entera, en este instante. Que otro hombre la tocara mínimamente, que lograra obtener sus sonrisas y desenfado, lo había cabreado en unos niveles insoportables. Los labios de ella eran suaves, cálidos y llenos; podía perderse con tan solo besarlos y mordisquearlos, tal como estaba haciendo ahora. Sus lenguas danzaron, tentándose, retándose y rindiéndose a la conquista. Zarik le arrancó la capa del vestido y esta cayó a los pies de Arienne con facilidad. Él no pidió disculpas por haber roto parte del atuendo, y ella no protestó. Continuaban demasiado vestidos para el gusto el otro, pero no actuaban en consecuencia, aún.

Zarik tenía una dolorosa erección pulsando contra sus pantalones. Sin embargo, retrasó lo que necesitaba hacer con Arienne, porque la urgencia de beber de esa boca era su prioridad. Sus manos acomodaron la cabeza de cabellos rubios para profundizar más la conexión con ella, porque nada le parecía suficiente. Quería más.

Arienne contoneaba las caderas, consciente de que esos movimientos creaban fricción contra el miembro viril y al mismo tiempo estimulaba su propio sexo, tan húmedo, creando una

delirante sensación de anticipación. La fuerza del deseo era tan potente como una tormenta de arena que se levantaba furiosa y era capaz de arrasarlos. Las manos de Zarik le acariciaron los pechos, sobre la tela del vestido, con movimientos que parecían pensados para enloquecerla. El calor que de él emanaba era confortable, protector y altamente sexual. Ella deseaba volver a mirar ese formidable cuerpo musculoso, desnudo. Esta vez su intención era acariciarlo, mordisquearlo como él hizo con ella en el avión; quería atreverse a probarlo con su boca y explorar esa parte de su anatomía que le parecía virilmente perfecta. Arienne quería sentir sus pieles frotándose, estimulándose, hasta que todo explotara en partículas de éxtasis.

Todas estas sensaciones eran nuevas para ella. Ningún beso podría compararse a los que compartía con el príncipe. Lo que existía entre ambos era una pasión ilícita, al margen de las normas, rompiendo los esquemas de las posibilidades entre dos personas que no podrían estar juntos de otro modo que no fuese este: a escondidas, en secreto, en privado. Quizá esos factores convertían este interludio, así como los previos, en uno muy estimulante. Arienne era una mujer que seguía las reglas, así como Zarik, pero, al parecer, solo bastaba reconocer la eléctrica atracción sexual que se cocía entre los dos para reescribir el manual a conveniencia. Para romper las reglas.

Sin embargo, las normas no tenían importancia. Aún no establecían ningún pacto en concreto. Este beso estaba en la línea entre lo ilícito y lo permitido; pero era una zona gris. Al final, lo único que importaba, en este preciso instante en el que sus bocas arrasaban la del otro, era dejarse llevar a través del camino de la complacencia. Los besos de Zarik eran para Arienne como una droga: adictiva y dulce. Las caricias robadas entre ambos eran abrumadoras, pero también una tentación inevitable.

—Tus besos, Arienne, los quiero para mí —dijo mordiéndole el labio inferior. Le agarró las nalgas con ambas manos, clavando los dedos. Su miembro estaba tan duro que resultaba incómodo mantenerlo reprimido sin alivio—. Solo para mí.

—Los tienes ahora… —replicó sintiendo el cosquilleo de la excitación vibrando por su piel. Sus pechos estaban de repente más pesados, sus pezones erectos, su sexo mojado y la presión de su

pelvis contra la de Zarik la enloquecían. No quería parar, porque lo que necesitaba era algo mucho más intenso. Solo tenían el presente.

—He pasado toda la jodida noche queriendo tenerte solo para mí —dijo, zambulléndose de nuevo entre los labios que le daban la bienvenida—, con urgencia.

Esa frase fue el recordatorio para Arienne del porqué estaban en esta posición, en esta *suite*, besándose con rabia y también con descarnada necesidad de poseer al otro, como si fuesen dos caníbales y la contraparte, el festín. Los antecedentes de la fiesta de la familia real jordana resonaron en ella como un gong. Su mente pareció salir, por breves segundos, del letargo al que había sido sometida con pericia y al que se rindió voluntariamente. Un letargo al que quería volver, pero ante el que no podía sucumbir. Su cerebro le ganó la batalla a los instintos, aunque no sin dificultad.

Arienne apartó la boca de Zarik, jadeando, y lo empujó para que le diera espacio. Tomado por sorpresa, el príncipe cedió y la observó con el ceño fruncido.

—No, Zarik. Espera… —dijo meneando la cabeza y cruzándose de brazos para no tener la tentación de regresar a los de él—. Quería hablar contigo, antes de la fiesta, pero las circunstancias no me dieron esa posibilidad. Y, después de lo que presencié hoy, no puedo quedarme callada. Quiero que me escuches —exigió.

Zarik se pasó los dedos entre los cabellos. Detenerse era lo último que habría esperado, pero no podía continuar si ella necesitaba hablar. Hizo un asentimiento.

—Eres de las pocas personas que tiene mi número de teléfono personal y sabe cómo contactarme con rapidez, Arienne —dijo contemplando los labios sensuales inflamados por sus besos. El cabello le caía en cascadas alrededor. Ella era un ángel seductor—. Pero si hay algo de Insignia Regional pendiente, entonces dilo pronto. Porque ahora —dijo acariciándole la mejilla—, lo único que me interesa eres tú.

Arienne notaba el cabello desordenado de Zarik, la mirada llena de pasión y la manera en que la observaba: como un águila que estaba a solo pasos de arrasar a su presa. Una presa a la que estaba probando, sin misericordia, y deseaba devorar.

—No tiene que ver con trabajo, sino con la propuesta personal que me hiciste —dijo mirándolo con determinación—. Quizá tener

affaires sea lo cotidiano en tu modo de vida, Zarik, pero mi forma de verlos puede que sea muy diferente.

La mirada masculina cambió de sensual a una irritada. No consideraba que Arienne tuviera el derecho a intentar hacer esta clase de generalizaciones.

—No es lo cotidiano, porque acostarme con una mujer no es un deporte —replicó con dureza y acortó más la distancia con Arienne —. Llevo una vida sexual bastante saludable. Así como de seguro la llevas tú, pero no me interesan esos detalles —dijo esto último con rabia al imaginar los hombres que la habrían tocado en la intimidad. Ella no lo corrigió—. ¿Cuál es tu forma de ver un *affaire*? —preguntó enarcando una ceja y recorriéndole con dureza el labio inferior con el pulgar.

Arienne contuvo las ganas de morderle la yema del dedo. Pero no podía dar el mensaje erróneo cuando lo que necesitaba era seriedad y respuestas claras.

—No me gusta la idea de tener sexo con una persona que, a la par de que esté conmigo, también tenga a otra, que supla la misma necesidad, si yo no estuviera alrededor —dijo Arienne—. ¿Tener varias amantes a la vez suele ser tu estándar de un *affaire*? —le preguntó. Imaginarse a Zarik con otras mujeres no era agradable.

—Soy un hombre que viaja muchísimo, pero no llevo a ninguna amante conmigo, porque no es una relación sentimental, sino un acuerdo de placer. Si estoy en otra ciudad y me apetece, entonces estoy con otra. Sin embargo, mi tiempo suele ser siempre muy limitado, así que mis elecciones están entre el sexo y solucionar los puntos de trabajo en mi agenda. Esto último siempre termina ganando. Ahora, el tema de varias amantes, en diferentes ciudades o en la misma ciudad, no es la norma, sino la excepción, pero ha ocurrido —replicó con franqueza, porque no iba a mentirle. Arienne quiso apartarle la mano, pero él no se lo permitió. La retuvo, sujetándola de la cintura, y le tomó el mentón con los dedos—. Arienne —dijo en tono firme—, no he terminado. —Ella enarcó una ceja con altivez—. Aparte de ese intento fallido que presenciaste en mi palacete, yo no he estado con nadie en un buen tiempo.

—Ay, por favor, Zarik —dijo riéndose—. No estoy auditando tu pasado.

La mirada oscura del príncipe relampagueó con enfado. Le

sujetó las mejillas con una sola mano. Lo hizo con firmeza y bajó la cabeza para morderle la boca. Ella soltó un inevitable gemido. Le devolvió el mordisco y al hacerlo sintió el sabor metálico de la sangre. ¿La suya o la de él?, se preguntó. Jamás había actuado de este modo tan inconsecuente con su carácter mesurado. Ambos estaban agitados. Esta conversación estaba caldeando los ánimos de por sí exacerbados. Él apartó la boca.

—Arienne —dijo—, eres una fierecita. ¿Sabes lo que haré contigo? —preguntó lamiéndose el dedo con el que le acababa de limpiar la gota de sangre de la boca. La mujer estaba presionando sus límites. Esta era la primera vez que actuaba de este modo, hasta el punto de permitirse un beso que lastimaba mutuamente.

—Tener coito no, evidentemente —replicó con altivez.

Zarik soltó una carcajada ronca. Le agarró la nuca y la acercó a su boca. No la besó, sino que habló para que ese movimiento acariciara los labios de ella al hacerlo.

—Domaría tu placer y convertiría tus gritos de éxtasis en la música que vas a querer repetir en la alcoba, una y otra vez. *Mí alcoba*, Arienne —expresó en un tono profundo que ofrecía una promesa—. Así que no habría terceras personas —dijo en un tono intenso—, pero no solamente de mi parte, sino también de la tuya.

Arienne sintió un ligero temblor recorriéndole el cuerpo. Ella detestaba todo lo que tuviera que ver con imposiciones y dominio sobre su libertad, en cualquier posible sentido. Por eso no comprendía que la idea de que Zarik prometiera domar su placer la excitara tanto y estuviera más que dispuesta a permitírselo. O pedírselo.

—Soy consecuente con lo que exijo. No soy desleal —replicó.

—Lo sé —dijo con naturalidad. Zarik confiaba en la integridad de Arienne—. Pero ya que has abierto este tema de conversación, entonces prefiero aclararlo.

Arienne, conforme con la explicación, hizo un asentimiento.

—¿Qué hay de mi trabajo? —preguntó a continuación, mirándolo. No era fácil hablar de estos temas, menos si él estaba rodeándola con su calidez y fuerza.

—No habrá cambios en tus roles. Eres la asesora política de Insignia Regional. Lo que ocurra fuera de las horas laborales, Arienne, sería asunto tuyo —dijo.

—No quiero que un posible error o desacuerdo o mal entendido, en ámbitos privados, repercutiese en la forma en que se califica mi desempeño en la oficina —expresó su preocupación—. Estoy comprometida con el proyecto, porque quiero contribuir a tener un mejor país, pero al mismo tiempo es mi trampolín profesional para encontrar mejores oportunidades en mi carrera. Eso no lo pondría en riesgo bajo ninguna circunstancia. Quiero tu palabra, Zarik, de que serías justo —pidió.

Él esbozó una sonrisa. Le gustaba la frontalidad de Arienne, a pesar de que la sentía agitada entre sus brazos. Sabía que ella no estaría contemplando esta conversación si no estuviera dispuesta a aceptar, abiertamente, que lo deseaba.

—Soy consciente de las diferentes posiciones de poder que ocupamos —replicó acariciándole la mejilla—. Nunca pondría en riesgo tu reputación y te lo he demostrado en este viaje. —Ella asintió—. Si aceptas ser mi amante, Arienne, tienes mi palabra de honor de que la misma lealtad que le ofreces a Nariem, a través de Insignia Regional, te la brindaré yo a ti como artífice del proyecto y tu jefe. Sin importar lo que pudiera suceder entre los dos, tu puesto de trabajo estará seguro.

Arienne lo miró unos segundos y leyó la verdad en sus ojos.

—Gracias —dijo con un leve asentimiento—. Ahora, el tema de Rihanon.

Él ladeó ligeramente la cabeza y enarcó una ceja con curiosidad.

—¿Estabas celosa de Rihanon? —preguntó acariciándole la cintura, trazando círculos como si estuviera tranquilizándola a ella, pero en realidad estaba haciéndolo con él mismo. Su sangre bullía como la lava de un volcán a punto de hacer erupción. Así que la cercanía de Arienne era la única manera de apaciguar su rabioso deseo.

—Sé cuáles son tus responsabilidades como heredero —dijo evitando responder, pero no hacía falta, porque ambos sabían la respuesta—. Pero si tu intención es cortejar a Rihanon, o a cualquier otra, lo cual implica besarla, tocarla y tener citas con ella, para conocerla mejor y saber si tienen química, eso la convertiría en una tercera persona. Algo que, como te acabé de comentar, yo no aceptaría.

—Para cortejar a una mujer, en el cargo de futura esposa,

porque para mí siempre será un trabajo y un grillete a mi libertad, no tengo que besarla o tocarla. —Ella frunció el ceño, porque jamás habría pensado que él considerara el matrimonio de esa manera. Pero suponía que tenía sentido—. Lo que me interesa, además de que sea tolerable, es el aporte que pueda dar a Nariem y a mi legado como heredero.

Arienne hizo un breve asentimiento.

—Con o sin la presencia de Rihanon esta noche, yo planeaba tener esta conversación contigo, Zarik. Pero, después de verte con ella, consideré que no tenía ningún sentido y pensé en dejar en el pasado las experiencias que compartí contigo —dijo con una mueca —. Si no hubieras irrumpido por esta puerta, como acabaste de hacer, ya no te habría permitido que volvieses a tocarme o besarme —confesó con abierta franqueza—. ¿Por qué no me dijiste que esa princesa estaría esta noche?

Zarik le acarició la mejilla con el dorso de la mano.

—Revisé tardíamente la lista de invitados —dijo mordisqueándole el labio inferior, luego se alejó, solo un poco, para mirarla a los ojos—. Acepté la sugerencia de mi visir de aprovechar esta fiesta para hablar con Rihanon. Esto evita planear una visita exclusiva, que despertaría especulaciones innecesarias, a Mubián. Fue una conversación para saber si ella está en la capacidad de ser reina de Nariem.

—Desde mi óptica pareció más bien que estaban analizando si tenían química en la cama —replicó sin contenerse, porque jamás lo había hecho, menos con él.

Zarik soltó una carcajada profunda.

—Entonces, sí estabas celosa —murmuró besándola con suavidad.

Con la mano izquierda le sujetó la nuca, masajeándola; la mano derecha la dejó en la cintura. Esos labios eran cálidos e invitadores; su sabor, único. Zarik disfrutaba de los soniditos que ella hacía, mientras él invadía su boca, recorriéndola, mimándola. Podría pasarse horas besándola, de eso estaba seguro, como también estaba convencido de que con nadie había disfrutado tanto un beso como con Arienne.

—No es así —replicó ella rompiendo el contacto—. Estaba haciendo una observación lógica que cualquiera, que hubiera

prestado atención, habría notado.

Zarik le mordisqueó el labio inferior y le hizo un guiño.

—Ah, Arienne, regresamos a las mentiras —dijo sonriendo—. Yo admito que no me gusta que otro hombre te toque y Saed tuvo suerte esta noche de no empezar su cumpleaños con un hueso roto o la nariz sangrante —replicó acariciándole los costados, subiendo y bajando las manos, deteniéndose justo en la parte baja de los pechos. La sintió temblar—. No habría terceras personas; tu estabilidad laboral no se mezclaría con los asuntos que pudiéramos llevar en términos personales, ¿algo más?

—No creas que tengo gran experiencia en la cama, Zarik… —murmuró apartando la mirada. Pero él le tomó la mejilla para que continuara mirándolo al hablar—. Mis conocimientos no son los de una amante sofisticada —dijo expresando su mayor inseguridad. Una que, por supuesto, él no entendería a cabalidad. Aún.

—Las únicas experiencias que necesito que recuerdes son las que tendrás conmigo —dijo en tono posesivo—. ¿Ese era el último tema del que querías hablar?

—Sí… —murmuró, porque la confesión sobre su virginidad la calló.

Él hizo un breve asentimiento. La clase de excitación que esta mujer le provocaba pertenecía a una categoría especial. Parecía calar bajo su piel. Esto era diferente a lo que le ocurría con las mujeres y *crushes* que tuvo en el pasado lejano, y reciente. Con Arienne la pulsación de la atracción era carnal, visceral e indómita; parecía moverse a un ritmo esquivo e imposible de controlar. Esa era la razón de que Zarik necesitara recordarse, continuamente, que esta atracción caducaría pronto.

—Dejaré de asumir temas sobre ti, si tú lo haces sobre mí, ¿qué te parece, Arienne? —preguntó antes de inclinarse para morderle el lóbulo de la oreja.

—Estoy de acuerdo —murmuró con la piel erizada por el contacto.

—Mmm, eso me gusta —replicó él mordisqueándole el cuello esta vez—. Tu aroma natural me enloquece y las ganas de chuparte el sexo me ha mantenido despierto más horas de las que debería —confesó con sensualidad.

—Eres crudo al hablar conmigo.

—¿Te molesta? —preguntó agarrándole ambos pechos con las manos.

—Zarik…

—Responde —insistió jugueteando con los pezones sobre la tela del vestido.

—No, la verdad es que me excita —replicó con un gemido quedo.

—Supongo que dejaré al descubierto tu verdadera esencia sexual, Arienne —dijo moviendo la pelvis y marcándola con ligeros besos en el rostro—. ¿Huh?

Ella esbozó una sonrisa trémula y asintió. Había encontrado sinceridad en las respuestas del príncipe. Sabía que jamás podrían tener un vínculo más allá de lo que estas semanas venideras pudieran ofrecerles, antes de que se cumpliesen los tres meses impuestos por el rey a Zarik para que eligiera una prometida. Entendía que este hombre era complejo, porque se debía a dos partes importantes: Nariem y a sí mismo.

En este lapso de libertad, él estaba preponderando sus deseos personales. Con ella. Arienne apreciaba la magnitud de esa implicación, porque también significaba un beneficio para sí misma, al vivir la experiencia sexual que buscaba. Zarik ya le había dado una importante muestra del placer carnal que podría vivir a su lado.

—Creo que es una buena idea, aunque no perfecta en la práctica —replicó.

—En este escenario específico, sí —expresó con certeza—. Entonces, Arienne Johansen, ¿me deseas tanto como yo a ti? —preguntó. Ella hizo un asentimiento y se sonrojó—. Qué interesante —murmuró en tono profundo—. ¿Qué opinas, ahora, sobre tener un *affaire* conmigo? —preguntó agarrando el zipper lateral del vestido para removerlo. Al hacerlo, la prenda se aflojó. Los tirantes y la parte superior del traje de noche se deslizaron hacia abajo, pero quedaron atrapados en la cintura, revelando un sujetador de encaje color melocotón—. Arienne, termina con esta miseria y responde —dijo en tono gutural, mezclado con frustración, porque ella se quedó en silencio.

Ella deseaba a este hombre con una vehemencia casi irracional. No se reconocía a sí misma. En las noches, al tocarse, sus fantasías tenían el rostro de Zarik. Su decisión no tenía vuelta atrás, porque si

lo hacía implicaría mentirse a sí misma.

—Quiero tener un *affaire* contigo, Zarik, el tiempo que dure —dijo moviendo las caderas ligeramente para que el vestido terminara de caer por completo al suelo.

Se quedó frente al príncipe en bragas y sujetador. Le encantó notar el hambre en la mirada masculina, porque la hacía sentir sensual, bella, deseada y única. No le importaba el pasado ni el futuro. Esta vez, sí tenía las respuestas que necesitaba. Iba a ser pragmática; iba a divertirse y a explorar las posibilidades sexuales con Zarik.

—Al fin escucho la verdad de tu boca —replicó quitándole el sujetador y maldiciendo por lo bajo, porque esta mujer, definitivamente, tenía su cordura en las manos—. Me fascinan tus tetas, Arienne, son del tamaño perfecto para mi boca y para llenar mis manos de ellas… —murmuró y se inclinó para lamer las areolas, luego las sopló ligeramente—. Y este coño —dijo arrancándole las bragas con un movimiento rápido y fluido—, posee un sabor adictivo —le introdujo un dedo y ella jadeó—. Mojada —gruñó, hundiendo un segundo dedo, antes de bajar la cabeza para succionarle los pechos—. Mmm —mordisqueó los costados de las tetas de piel de seda, mientras las caderas de Arienne se ondulaban con abandono pidiéndole que le diera todo de sí.

—Zarik… —jadeó, agarrándose de los hombros del príncipe, cuando él le frotó el clítoris y empezó a entrar y salir de su sexo; los dedos se resbalaban con facilidad, moviéndose con pericia—. Lo que siento es tan… Oh, Dios… Más…

—Tan húmeda —dijo bajando la cabeza para succionarle los pezones—, deliciosamente mojada, Arienne —murmuró mordiéndole uno de los picos sensibles con fuerza. Ella gritó y le clavó las uñas en el hombro. Él volvió a hacer lo mismo con el otro pico suave, pero al instante apaciguó el escozor con suaves lametazos.

—Quiero más de ti, quiero verte, Zarik… —pidió ella agitadamente, su cuerpo cimbraba al compás de la partitura que solo este príncipe parecía conocer.

El pálpito en su sexo henchido y receptivo era innegable, así como esa tensión previa que se forjaba como antesala al orgasmo. Estaba tan cerca, tan cerca, pero aún así no quería correrse de este

modo. Lo que buscaba era sentirse llena de la forma más íntima y básica. Anhelaba que él rompiera el velo de su inocencia física. Estaba preparada para él y no se sentía capaz de esperar más tiempo para tenerlo.

—¿Dónde me quieres, belleza? —preguntó en tono sensual.

Sabía lo que ella buscaba, pero quería que se lo dijese. Quería escuchar palabra por palabra, porque él había padecido suficiente tortura estas semanas, en vilo, por una respuesta. Ahora que tenía a Arienne a su merced iba a disfrutarla al máximo.

—Te quiero tener dentro de mí… —confesó abiertamente.

No quería restricciones, sino que todo lo que pudiera vivir con él, en estas semanas, fuese libre y espontáneo. No existía vergüenza, ni tampoco temía ser juzgada por lo que ella pidiese o eligiese. Su instinto estaba alineado con el de Zarik.

Él apartó la boca de los pechos, pero no la mano. No. Él adoraba las tetas de una mujer, pero las Arienne eran de una categoría diferente; merecían ser veneradas. Iba a correrse en ellas apenas tuviera la oportunidad. Por ahora, su interés estaba en enloquecerla, castigarla por haberlo torturado haciéndolo esperar tanto por una contestación sincera a su propuesta. Quería penetrarla profundamente, hasta que estuviera tan llena de él que no habría espacio para dudas, sino solo gozo y éxtasis.

—Me alegra saber que tenemos la misma idea —replicó con arrogancia. Al instante, sus dedos empezaron a moverse rápidamente en el interior de ese cuerpo. Una silueta que era el barro con el que sus manos moldeaban el camino del placer—. Mamarte las tetas —dijo haciendo precisamente eso—, verlas agitarse, a medida que penetro tu sexo mojado, me excita como no puedes imaginar, Arienne. No sé qué carajos has hecho conmigo, pero tu cuerpo me tiene jodidamente embrujado.

—Me gusta tu boca en mis pechos… —gimió cuando él le mordió el pezón—. Dios, la forma en que tus dedos me tocan es una locura… Ahhh, Zarik —jadeó en el instante en el que él pellizcó el clítoris suavemente. Este hombre era puro fuego.

—Eres hermosa, Arienne, y tan receptiva… —gruñó de gusto.

En este proceso de prepararla y torturarla, antes de fundirse en ella, se estaba matando a sí mismo. Pero merecería la pena cuando la escuchara y viera alcanzar el orgasmo. Cuando Arienne se corría

era el espectáculo erótico más sublime. Sabía que, mirarla de nuevo en ese trance, esta vez con su pene anclado en ella, sería apoteósico.

Arienne le tomó el rostro entre las manos, porque quería alargar un poco más estas caricias antes de correrse, así que lo instó a que apartara la boca de sus pechos. Lo hizo a regañadientes. Que un hombre pudiera acariciarla de este modo, y enloquecerla, era un descubrimiento que necesitaba revivir reiteradamente. Quería besarlo, porque la boca de Zarik sobre la suya creaba un ardor indescriptible.

Él entendió lo que buscaba Arienne. Sus labios colisionaron con una descarga eléctrica que sacudió los sentidos de ambos con la fuerza de una tempestad. Ella empezó a desabotonar la camisa masculina con movimientos torpes, porque lo quería desnudo; quería tocarlo, probarlo y sentirlo; quería provocarlo, así como él estaba haciendo con ella. Una y otra vez. El príncipe continuaba masturbándola, entrando y saliendo de su interior, con los dedos, y también le frotaba el clítoris con el pulgar. Arienne le abrió la camisa y apoyó las manos sobre la piel caliente de los pectorales.

Le encantó la sensación de los músculos flexionándose bajo su toque, a medida que presionaba sus dedos en ellos. Este hombre no le daba tregua con sus caricias. Le tocaba la vagina como si él fuese el maestro de una orquesta sinfónica capaz de dirigir cada pequeña fibra nerviosa en la intensidad correcta. Arienne se sentía desesperada por el clímax. Ninguna fantasía con este príncipe podría compararse a la realidad.

—Zarik, voy a correrme… —susurró cuando sintió un cosquilleo recorriéndole la columna vertebral, el calor de su sexo se expandió y todas sus terminaciones nerviosas se confabularon para palpitar en la antesala del clímax—. Pero, esta vez, no quiero hacerlo sin ti… Quiero que te corras conmigo…

Sin embargo, en ese preciso momento, cuando estaba al borde del acantilado y dispuesta a saltar; cuando solo hacía falta un ligero movimiento más de los dedos de Zarik en sus labios íntimos, o un mordisco en sus tetas o más fuerza en el beso que estaba devorándola, el cretino se detuvo por completo. Ella abrió los ojos de par en par, jadeando, frustrada, y sin comprender por qué demonios se había detenido.

—Me encantará complacerte, Arienne —dijo extrayendo los

dedos del delicado sexo. Se lamió los dedos y le hizo un guiño. Ella temblaba por el deseo no satisfecho y su cuerpo se rebelaba, desesperado. Hizo el intento de tocarse a sí misma, pero él le agarró la muñeca—. Acabas de pedirme que me corra contigo. ¿O no?

—Me estás torturando a propósito —le dio un puñetazo suave en el hombro. Nunca se había sentido tan fuera de sí. Tan dispuesta a hacer cualquier cosa para que él continuase tocándola. Estaba demasiado cerca del éxtasis—. ¡No juegues…!

Zarik soltó una carcajada ronca. La agarró con fuerza de la nuca y estampó su boca contra la de ella, le deslizó las manos hasta las nalgas, le apretó la carne con lascivia. Le susurró al oído que lo desnudara. Arienne no esperó dos veces y empezó a quitarle la ropa a trompicones. Él la ayudó, hasta quedar gloriosamente desnudo, agitado. Su erección, rabiosa y palpitante, golpeaba contra su abdomen. Cuando Arienne lo tomó con ambas manos, él la apartó con rapidez. La agarró en volandas y caminó con ella los breves pasos que los separaban de la cama
king-size
.

La dejó sobre el colchón y contempló la sensualidad que emanaba de ella. No existían dudas en esos ojos en los que ahora podía reflejar su propia lujuria. Le gustaba notar las marcas de su barba en la piel del valle de los pechos; los pezones rosáceos de un tono más intenso a causa de sus succiones y mordiscos; las caderas con la huella de sus dedos; el cabello rubio, esparcido en la cama, estaba alborotado por cómo él había enredado en ellos sus manos para besarla. Bajó la mirada hacia el pubis, depilado, tan solo dejando una leve franja rubia; extendió un dedo y rozó la hendidura que llevaba al paraíso del éxtasis. La acarició y Arienne arqueó la espalda.

—Yo tengo el control esta vez, Arienne —dijo con fiereza.

—¿Es eso lo que crees? —le preguntó con una valentía que no tenía que ver con la experiencia, pero sí con la osadía que impulsaba la adrenalina del deseo.

Zarik respondió separándole los muslos con las rodillas. Con una sonrisa, Arienne abrió más las piernas exponiéndose, desvergonzada y sensualmente. Le gustó ver cómo los ojos del príncipe brillaban con crudo interés. Este era Zarik Al-Sarkham, por completo ajeno a

las cadenas del deber o la responsabilidad; en él solo se contemplaba la naturaleza humana más primitiva, la que conquistaba y saqueaba para obtener un bienestar altísimo que se llama éxtasis. En esta ocasión, lo compartirían.

—Me gusta esta versión desinhibida de ti —dijo él, mientras se agarraba el pene con la mano. Posicionó el glande en la abertura mojada. En lugar de penetrarla de una sola embestida, le frotó el sexo de arriba abajo con la punta roma—. Mmm. Jugar contigo de esta manera, verte agitada y desesperada por tenerme dentro de ti es magnífico —dijo hundiéndole solo el glande en el sexo. Lo hizo para tentarla y ella elevó las caderas para intentar tenerlo más profundo—. Eres preciosa —expresó mirándole el sexo—, rosada, lubricada y palpitante para recibirme. ¿Estás lista?

—Sí, pero llegará el momento en el que vas a pedirme que yo te dé placer, Zarik, entonces, voy a devolverte el calvario sexual que estás aplicándome —dijo en un tono resentido. El príncipe soltó una carcajada ronca—. Tómame, maldición.

Arienne no era mojigata. En Inglaterra había sucumbido a la curiosidad de mirar porno, porque quiso tener un vistazo explícito y sin tabúes, aunque fuese falso y fantasioso, del sexo. Por otra parte, su experiencia personal de los arrumacos que tuvo con dos o tres chicos, siendo todos aún estudiantes universitarios, así como los toques íntimos sin importancia, eran incomparables con lo que vivía en este instante.

Ella sabía que Zarik cabría en su cuerpo, aunque fuese grande, pero temía el dolor que podría causarle. Sin embargo, no quería romper esta atmósfera sensual y erótica que se había fraguado entre los dos. Volvió a callar sobre su inexperiencia.

—Ah, ahora vas comprendiendo lo que he sentido al no tenerte —dijo con una media sonrisa que guardaba la tortura autoimpuesta —. ¿Verdad, belleza?

—Eres insoportable —replicó enfadada y frustrada.

Él esbozó una sonrisa impregnada de sensual lujuria. Apoyó ambas manos en el colchón, a cada lado de los hombros de Arienne, y se inclinó para besarla. Ella le rodeó el cuello con los brazos y se dejó llevar, hambrienta, mientras él incendiaba su cuerpo. Arienne le mordió el labio inferior cuando Zarik empujó en su sexo suave.

Esa intrusión inicial le provocó un ligero dolor que ya esperaba.

Le mordió el labio de nuevo con fuerza, mientras lo veía tensar el cuerpo musculoso ante el modo en el que su vagina lo empezaba a acoger. Arienne respiraba agitada e inquieta. Lo que vendría a continuación le provocaba una mezcla de excitación, temor y adrenalina.

—He esperado demasiado para entrar en ti —gruñó él. Se introdujo un poco más el pasadizo—. Estás tan estrecha —dijo. Salió un instante de la entrada resbaladiza y luego, con ímpetu, penetró completamente la carne húmeda.

Arienne soltó un grito inesperado de dolor, uno que había tratado de reprimir, pero fue imposible al sentir cómo Zarik rasgaba la barrera en su interior. No era un dolor desgarrador, pero la fuerza de la embestida fue intensa. Su sexo palpitaba.

Zarik abrió los ojos de par en par, jadeante, mirándola sorprendido. Permaneció quieto y ella hizo lo mismo. No se dijeron nada por varios segundos. El único sonido que los acompañaba era el de sus respiraciones trabajosas. Arienne, con la mano temblorosa, porque no sabía cómo interpretar la mirada del príncipe, le acarició la barba. Él cerró los ojos como si le hubiesen clavado un puñal.

—Tú eres mi primer amante… —le susurró.

—Arienne… —murmuró con incredulidad. Virgen. Esta belleza indómita era virgen y no se lo había dicho. Un inconmensurable arrepentimiento lo invadió por haber sido tan impetuoso en su forma de tomarla—. Debiste decírmelo. ¿Te lastimé? —preguntó en un tono preocupado—. Por Alá, mujer, si hubiera sabido…

—No me lastimaste más de lo que siempre supe que ocurriría mi primera vez —susurró tomándole el rostro con ambas manos. Movió ligeramente su pelvis, tratando de acomodarse al tamaño, y esbozó una sonrisa leve, tímida inclusive—. Si lo hubieras sabido, Zarik, tal vez no habrías querido ser mi amante —dijo.

Zarik apoyó la frente contra la de ella. El instinto de posesión que se apropió de él, si antes era alto en lo que a Arienne se refería, ahora resultaba abrumador.

—Esto no es algo que pueda responder ahora con certezas —dijo maravillado por lo que acababa de descubrir de Arienne—. No merezco este honor… —dijo apretando los dientes, porque la estrechez que mantenía su miembro viril cautivo era demasiado cálida y perfecta. Sus neuronas estaban haciendo un esfuerzo

sobrehumano para poder usar el sentido común—. Necesito que te habitúes a mi tamaño e intrusión, antes de penetrar en ti otra vez, no quiero lastimarte de nuevo.

Ella esbozó una sonrisa y movió las caderas para instarlo a continuar. Sí, claro que le había escocido la sensual invasión en su interior, pero fue algo inevitable.

—Eso lo voy a decidir yo, Zarik —replicó haciéndole un guiño —. Me habituaré a ti en la medida en que continúes moviéndote dentro de mí.

Esa frase fue todo lo que el príncipe necesitó para avivar el fuego y convertirlo en una llamarada ardiente. Sus ojos negros prometían todos los pecados de la carne y este sería solo el principio. Los labios de Zarik se fusionaron con los de Arienne, la besó hasta que las bocas de ambos estuvieron inflamadas. Se apartó tan solo dos segundos para decirle al oído que era la mujer más *sexy* que conocía. A continuación salió del interior de Arienne para luego entrar de nuevo con un empellón suave.

Su pene se deslizó con facilidad, porque ella estaba húmeda y lista. Luego, empezó a aumentar el ritmo de sus acometidas, así como la insistencia y la fuerza. La manera en que el cuerpo de Arienne lo recibía, apretándolo debido a la tierna estrechez, lo enloquecían. Quería ir suave, pero ella movía las caderas con ímpetu y le dejaba claro de cómo deseaba que fuese la intensidad de este interludio apasionado.

Ella veía reflejados en esos ojos negros la lujuria que sentía, mientras su corazón palpitaba desbocado y golpeaba su pecho como si quisiera escapar, porque el placer mezclado con el dolor era una combinación inesperadamente erótica. Zarik le recorrió el cuello con sus besos, le mordió los pezones, mientras sus embestidas la ensanchaban una y otra vez, acostumbrándola a la intrusión, a dilatarse para recibirlo por completo, hasta lo más profundo. Él le acarició el clítoris con el pulgar. En ningún instante, Zarik, apartó la mirada de Arienne. Esto era más íntimo que el acto en sí.

El príncipe se sentía eufórico, su cuerpo temblaba de lujuria, mientras tenía las piernas de Arienne rodeándole las caderas y los talones clavados en sus nalgas. Ella intentaba que llegara más profundo, quería más de él, y Zarik se lo estaba entregando todo con el mismo ímpetu con el que Arienne salía al encuentro de sus

acometidas. El movimiento de sus cuerpos impulsaba a que las tetas se bambolearan.

Él la observaba hipnotizado por su hermosura; agitado por las sensaciones y por la manera en que encajaban juntos en esta danza tan antigua como el mismo universo. Saber que era el único hombre que había penetrado este cuerpo le provocaba euforia y sentido de posesión, así como la necesidad de consumirla como si fuese la última botella de agua disponible en el desierto. Él quería beberla. Toda.

Bajó la cabeza para besarle los pechos, los hombros, el cuello, las mejillas; luego la besó en la boca. No detuvo sus embestidas y ella no perdió el ritmo. Sus cuerpos se balanceaban en una cadencia que mezclaba notas de jadeos, gemidos y gruñidos. Sus pieles se frotaban; compartían la esencia humana primaria; las sensaciones crudas.

Arienne sentía cómo su cuerpo se estrechaba, adaptaba, y buscaba el placer. Arqueó la espalda y soltó un gemido cuando Zarik le mordisqueó el cuello, luego el lóbulo de la oreja y finalmente se bebió sus jadeos con la boca sensual. Ella le clavó las uñas en la espalda, encantada de cómo los músculos se movían bajo su toque. Los gruñidos de satisfacción, casi animales y primitivos que emitía Zarik, la impulsaban a dejarse ir con el mismo abandono; a gemir y pedir que acelerara el ritmo. Su cuerpo respondía al príncipe de Nariem como si estuviera bajo su mando. Lo estaba, sí.

—Oh, Zarik, me encanta lo que haces… Sí, así, más de prisa… Voy a…

—Eres tan exquisitamente sensual, *sahirat jamila*, hermosa hechicera —dijo frotándole el clítoris con el pulgar. Sus cuerpos tenían una pátina de sudor.

Arienne sintió el orgasmo desplegándose desde la base de su columna como un calor ardiente que templaba cada terminación nerviosa. Le recorrió el estómago, cálido y dulce, deslizándose por sus piernas, sus pechos y sus brazos. El deseo le lamió cada pulgada de la piel. Sus músculos se tensaron, sus paredes íntimas empezaron a contraerse alrededor del grosor de Zarik, sus caderas se elevaron más y su espalda se arqueó, mientras dejaba escapar un gemido largo y de absoluta entrega al clímax.

Sus respiraciones eran una brisa de la tormenta sexual que los envolvía y alejaba el mundo. Zarik deslizó las manos para agarrarle las nalgas, separarlas ligeramente y elevarle más la pelvis. El golpe de sus cuerpos chocando con hambre resonaba en la habitación. Él, con una última embestida, perdió el control por completo y se corrió más fuerte que nunca. Dejó en ella todo su simiente, el fervor de su cuerpo, la vibración de su sangre y su lascivia. No importaba si sus caminos se separaban, porque sabía que todo esto dejaría una marca en Arienne para siempre. ¿Si acaso ocurriría lo mismo en su caso? Totalmente. Daba igual si había fecha de expiración para ellos.

—Arienne —gimió el príncipe hundiendo el rostro en el cuello femenino.

—¡Zarik…! —exclamó con un grito desgarrador de puro frenesí.

Ella sintió cómo el pene vibraba en su interior, sacudiéndose, vertiéndose con fuerza. Arienne abrazó a Zarik, maravillada con el peso de los músculos, clavándole las uñas en la espalda; luego, acariciándola. Sus últimos espasmos siguieron contrayéndose alrededor del miembro viril. Ambos permanecieron en silencio unos instantes, porque la intensidad de lo que acababa de ocurrir lo necesitaba.

Al cabo de varios segundos, el príncipe le besó el cuello a Arienne y poco a poco se apartó, apoyándose sobre las palmas de las manos, para mirarla. Le dedicó una sonrisa complacida y saciada. Notaba que ella lucía igual de satisfecha. Esta mujer, daba igual si estaba desnuda o vestida, para él siempre sería su sueño húmedo.

—¿Estás bien, Arienne? —preguntó con suavidad.

Debió darse cuenta de que la resistencia de ella no fue por simple estrechez, pero jamás había estado con una mujer virgen. Su única certeza siempre fue que no podía ser un salvaje el día en el que tuviera que yacer con su futura esposa. Claro, con su experiencia de los años, ahora sabía que todo estaría bien para la mujer que llevara su anillo. Pero jamás imaginó que una de sus amantes, antes de él casarse, sería virgen.

—Estoy bien, no estoy dolorida, solo siento un ligero escozor —susurró. No sabía qué clase de protocolos se seguían en estas situaciones. La mirada de Zarik era una mezcla de orgullo

masculino y también sincero interés por su bienestar.

El príncipe se inclinó y le besó la punta de un pezón; después el otro. Arienne le acarició los cabellos, antes de recibir la boca del príncipe sobre sus labios. El beso no fue salvaje ni descarnado, como el encuentro que acababan de tener, pero sí dominante, porque esa era una de las características de la personalidad de Zarik.

El contacto fue casi reverencial. Él continuaba hundido en Arienne, pero mantuvo quieta la pelvis, a pesar de que estaba excitado y su pene empezaba a endurecerse de nuevo. Sabía que los labios íntimos continuaban muy sensibles y si él se movía, tal como quería hacerlo, la lastimaría. No quería propiciar algo así. Le sujetó ambos lados de la cabeza, acariciándole las sienes, y detuvo el beso paulatinamente.

—Voy a salir de tu interior y puede que eso te incomode un poco —murmuró besándole el cuello con suavidad. Luego se apartó despacio. Al hacerlo notó la sangre en su miembro. La miró a los ojos posesivamente—. Si me hubieses dicho que eras virgen, te habría tomado con menos fuerza para amortiguar un poco el dolor.

—¿No te hubieras detenido y preferido alguien con experiencia? —preguntó en un susurro quedo, porque esta sí era una inseguridad. No iba a cometer la idiotez de preguntarle si lo habría o no complacido, porque las señales indicaban que sí.

—No lo habría preferido de otro modo, hubieses o no tenido experiencia, Arienne, porque a la que deseo es a ti. Pero me alegro de ser el primero —dijo en tono fiero—. Ningún otro hombre va poner un solo dedo sobre ti, ¿queda claro?

Ella soltó una risa suave por el tono casi dictatorial en el que lo comentó.

—Eres muy posesivo, Zarik, pero la virginidad no es un trofeo.

—En la época medieval sería un trofeo, para mí, hoy, es un privilegio —dijo. Ahora comprendía todo lo que en verdad había estado en juego para ella y las razones de sus reticencias para aceptar tener un *affaire* con él. No solo era la reputación y el empleo, sino la decisión de elegirlo o no como su primer amante—. Ahora, responde.

—Sí, Zarik —murmuró con una media sonrisa—, queda claro.

—Ven aquí —dijo, mientras la instaba a que se acomodara sobre

su cuerpo.

Él había asumido erróneamente que, al vivir en Inglaterra y poseer una visión más cosmopolita de la vida, ella habría tenido experiencias sexuales. Vaya sorpresa acababa de llevarse. Por lo general, él follaba y se apartaba. La faena no consistía en arrumacos, sino en conseguir un orgasmo. No podía hacer lo mismo con Arienne.

—¿Siempre es así el sexo? Es decir, ¿tan intenso que lo sientes en cada poro de la piel? —preguntó. La sensación que acababa de vivir le parecía conmovedora.

Él esbozó una sonrisa e hizo una negación. Le acarició la espalda.

—No, Arienne, la conexión que tú y yo tenemos es difícil de encontrar —murmuró. Ignoraba cuánto tiempo necesitaría para saciarse de Arienne o si acaso eso sería posible de verdad. Solo era buen sexo y tenía que recordárselo, porque su destino estaba trazado. Este era un interludio temporal, pero iba a disfrutarlo al máximo—. Te deseo de nuevo, pero no voy a penetrarte aún, porque estás muy sensible.

—Quizá el dolor y el placer no sean una combinación tan mala —dijo.

Zarik se frotó el puente de la nariz.

—Joder, Arienne, no me puedes decir esas cosas. Estoy tratando de hacer lo correcto para ti —replicó con una sonrisa, mientras la agarraba en brazos y la llevaba al cuarto de baño. La dejó en el suelo, luego agarró una toalla y la humedeció en el agua tibia del lavabo—. Separa las piernas un poco —pidió con suavidad.

Ella lo miró indecisa, pero accedió a este acto que también era muy íntimo. Él le limpió el sexo, con delicadeza, de los leves rastros de sangre y también de su simiente. Al hacerlo, Zarik se quedó con la mano estática varios segundos. Jamás se le cruzó por la mente, tan imbécil había sido, que olvidó lo más básico; el principio indispensable en un hombre que era el heredero de un vasto país. Protección.

—¿Zarik? —preguntó ella en un susurro, cuando el príncipe elevó la mirada. No existía pasión en ellos, sino algo parecido al horror y contrariedad—. ¿Qué pasa?

—No usé protección —dijo entre dientes, maldiciendo. Dio un

puñetazo contra la pared—. Fui irresponsable, Arienne, y no tengo justificación. Yo soy el que tiene experiencia, sin embargo, me dejé llevar como un adolescente con calentura.

Ella se mordió el labio inferior. Nerviosa. Extendió la mano y la apoyó sobre el hombro del príncipe. Había secretos que guardaba, sí, pero no era necesario que se los contara a él, porque no tendría importancia cuando estaban destinados a separarse.

—Zarik —dijo elevando la mano para ahuecarle la mejilla—. Mírame.

Él estaba cabreado, porque si ella quedaba embarazada, iba a armarse un caos en su vida. Jamás se perdonaría dañar a esta mujer, en especial porque, como príncipe heredero, nunca podría reconocer a su propio hijo si este estaba fuera del matrimonio.

Esto destrozaría a Arienne, porque, ahora que la conocía mejor, sabía que ella lucharía por sus derechos y los de su descendencia. Pero lo peor sería la reputación de Arienne como mujer y profesional. Una madre soltera era mal vista en Nariem. Sus oportunidades de trabajo quedarían anuladas y Zarik, más allá de abrir una cuenta bancaria en Europa con suficiente dinero, no podría abogar por ella ni ayudarla.

—Tendremos que esperar para…

—Cállate, Zarik, y escucha —interrumpió. Él se quedó en silencio. Esta era la única mujer que podía plantarle cara y no tener consecuencias—. Mi período menstrual es irregular, así que mi ginecóloga me recetó anticonceptivos hace años —explicó sonrojándose. Ella jamás se había visto en la necesidad de dar esta clase de explicaciones a nadie. Fue un lapsus de su parte no haberle pedido a Zarik que usara protección, pero, siendo honesta consigo misma, su cabeza no estuvo en la capacidad de razonar cuando él la había tocado y besado como lo hizo—. Todo está bien…

Él la miró con una expresión de alivio. Nunca tenía sexo sin usar primero un preservativo. Prefería evitar sorpresas inconvenientes con rostros que eran pasajeros. En el caso de Arienne, su cabeza al parecer perdía la lógica y sentido común.

—Joder —dijo atrayéndola contra su cuerpo y la abrazó con fuerza—. Estoy limpio, Arienne. No he estado con nadie en varios meses. Además, no te pondría en riesgo a propósito. Sé que comprendes lo que sucedería si tú quedaras…

Arienne le rodeó la cintura con los brazos. Elevó la mirada.

—Sí —interrumpió ella—, sé las implicaciones, Zarik. Lo sé. Todo está bien.

Él bajó la cabeza para capturar los labios de Arienne, sin dejar de acariciarla, y entraron en la ducha. El agua caliente cayó sobre ellos. Zarik le pidió que no se moviera, mientras agarraba el jabón líquido y empezaba a enjabonarle el cuerpo.

Los gestos eran eficientes, pero también sensuales. Le recorrió los brazos, la espalda, las caderas, las nalgas, el pubis, las piernas y los pies. Arienne gemía ante las caricias, en especial cuando él le empezó a frotar el sexo, dándole toques suaves. La tentaba comprobando que estuviera lista y resbaladiza. No la penetró, sino que la masturbó, insistentemente. Le acarició los contornos de los labios vaginales, le pellizcó el clítoris e hizo un recorrido, arriba y abajo, con dos dedos, sin entrar en ella.

Arienne se aferraba a la boca de Zarik en un beso ardiente, al tiempo que movía sus caderas al ritmo que él marcaba en su sexo. Ella le acarició la espalda y también, en un acto osado, probó a agarrarle las nalgas firmes, tal como él hacía con las suyas. Le clavó las uñas y lo sintió sonreír contra su boca, así que continuó tocándolo. Después le tomó el pene con ambas manos y empezó a masturbarlo. Ella quería probarlo, porque nunca le había hecho sexo oral a un hombre. Quería saber qué se sentía y cómo era posible estar de rodillas, pero ser quien tenía el verdadero control.

—Zarik… —susurró Arienne cuando, antes de verbalizar lo que quería, el orgasmo empezó a formarse en sus sentidos. Él bajó la boca para morderle un pezón y chupárselo; luego, el otro. Eso fue todo lo que hizo falta para que su cuerpo se derritiese entre los brazos masculinos y su sexo empezara a contraerse en espasmos.

—Eres tan *sexy* —dijo él contemplando cómo ella sucumbía al éxtasis.

Arienne abrió los ojos, los dedos de Zarik seguía en su sexo, pero esta vez la penetró con suavidad. Ella se mordió el labio inferior y luego le sujetó la mano.

—No —espetó apartándole los dedos. Él se quedó quieto—, Zarik, quiero probarte. Deseo tenerte en mi boca, pero no lo he hecho antes, así que no…

Zarik estaba gloriosamente erecto y solo hacía falta que esta

mujer le hiciera semejante oferta para que la falta de alivio, en este instante, le doliera aún más.

—Por Alá, Arienne… —dijo apretando los dientes al verla ponerse de rodillas, agarrándole la base del pene con una mano y frotándole el glande con la otra—. ¡Joder! —exclamó cerrando los ojos cuando ella se lo llevó a la boca y dio una larga succión.

—Dime lo que te gusta —murmuró ella antes de volver a chuparlo.

Él le agarró los cabellos húmedos con fuerza, pero no la instó a que lo tomara con profundidad, ni tampoco la apartó. Esta mujer era una caja de sorpresas. La falta de experiencia, la compensaba con entusiasmo y sensualidad en la forma en que lo lamía y chupaba. Las uñas femeninas le acariciaban los testículos. Él estuvo a punto de correrse, pero se contuvo, porque quería disfrutar un poco más de esa boca.

—Que tengas mi pene en tu boca, mientras tus tetas se agitan con los movimientos que haces me está volviendo loco… Sí, chúpame más fuerte —dijo—. Apretate los pezones Arienne, duro, tal como quisieras que yo lo hiciera… Sí…

Ella lo lamió como si fuese un helado y no quisiera desperdiciar el sabor que lo rodeaba: masculinidad, esencia de sándalo y el toque propio del miembro erecto. Le gustaba escucharlo dándole instrucciones y seguirlas. Le encantaba la forma en que su propio cuerpo volvía a arder de deseo. Si hubiera sabido todo lo que estaba perdiéndose por esperar al momento correcto, ella habría tenido sexo mucho antes. Pero comprendía que con ningún otro hombre la experiencia hubiera sido tan brutal.

—Si no quieres que me corra en tu boca apártate ahora, Arienne.

La respuesta de ella fue dejar de acariciarse los pezones, agarrar el pene con ambas manos, masturbarlo con más rapidez y succionarlo, una y otra vez, con fuerza.

—¡Arienne! —gritó Zarik echando la cabeza hacia atrás, mientras su miembro se agitaba contra la garganta femenina. Ella lo siguió chupando y lamiendo, hasta dejarlo por completo limpio. Al cabo de un instante, cuando recuperó el resuello, el príncipe agarró a Arienne de los brazos y la levantó del piso—. Eso fue increíble.

—¿Sí…? —preguntó con un brillo pícaro y complacido.

—No tienes comparación —dijo dándole un azote en el trasero y

besándola.

Siguieron jugueteando entre ambos, tocándose y besándose.

Zarik la apoyó contra la pared, le separó las piernas, y le hizo sexo oral desde atrás. Arienne, exhausta, gritó de gozo. Luego, en silencio, porque sus mentes, ahora que sus cuerpos estaban saciados, empezaron a lanzar un sinnúmeros de hipótesis que no compartirían con el otro. Lo que acababan de hacer no era solo sexo, no podría serlo, porque el tipo de conexión que existía entre ellos iba más allá. Pero ambos callaron sus pensamientos, mientras se secaban y salían del cuarto de baño.

El príncipe se vistió con movimientos elegantes y eficientes. Ella tan solo agarró la salida de cama y se envolvió en ella, mientras contemplaba a Zarik. Pero al instante se dio cuenta de un detalle muy importante. La sábana estaba manchada.

Con rapidez, Arienne deshizo la cama ante la mirada curiosa de Zarik, hasta que él entendió qué era lo que estaba pasando. Se acercó y le quitó la sábana de las manos con diligencia. Luego encendió la chimenea y esperó a que se avivara el fuego, después lanzó la tela y esta empezó a consumirse rápido. Zarik abrió las ventanas de la habitación. El viento frío se coló en el interior llevándose el calor que había existido entre los dos durante esas horas, y también se llevó el aroma de la chimenea.

—No quedan pruebas de nada —dijo él tomándole el mentón entre los dedos—. Mañana saldremos a nuestro último destino, antes de volver a Nariem.

—De acuerdo —susurró Arienne, aliviada. Ella misma pediría que le llevaran sábanas nuevas, pero haría su propia cama—. Sé que vamos a Thehuán, ¿a qué?

Zarik tenía la tentación de quedarse con Arienne y reafirmarla de alguna forma. Aunque se mostraba valiente y segura de sí misma, él podía notar la vulnerabilidad en su expresión. Pero el príncipe sabía que era necesario marcar distancia. Lo que había ocurrido era más de lo que hubiera esperado. Acostarse con ella y abrazarla, más tiempo del que lo hizo momentos atrás, le podría dar el mensaje equivocado. Las mujeres eran más susceptibles en temas de sexo y emociones, en especial si era la primera vez. No estaba pensando de un modo machista, sino pragmático.

—Kirian coordinó la visita a la casa real de ese país. Un asunto

protocolario. Nos quedaremos unos días, porque tendré un itinerario bastante variado.

Ella comprendió lo que no estaba diciéndole de manera directa. A pesar de que habían acordado de que no habría terceras personas, lo anterior no implicaba que él dejaría de hablar con otras mujeres, fuesen o no de la realeza, que el visir le sugiriese como potenciales perfiles para ser reina de Nariem. ¿Celos? Sí, y ya no fue una ramalazo leve y agitado, sino una ola furiosa y gris la que envolvió a Arienne.

—Ah, comprendo, la princesa Lydia Al-Calimathi —dijo en tono quedo—. No sé qué dinámica pretendes que tengamos —se señaló a sí misma y luego a él—, pero insisto en la discreción. Si sientes atracción sexual por una de esas mujeres, te agradeceré que tengas el suficiente sentido común para no acercarte a mí. Tampoco se te ocurra pedirme información política sobre ellas o sus conexiones. Lo puedes considerar una rebeldía de mi parte, aunque es realidad es autorespeto. Aparte, no creo que puedas continuar el legado de los Al-Sarkham si te convierto en eunuco.

Zarik soltó una carcajada, pero no la tocó. Si lo hacía jamás se marcharía.

—Aplícalo contigo también, Arienne, pero en tu caso, el perjudicado será el hombre que crea que puede tocarte o invadir tu espacio personal con intenciones que no sean profesionales —replicó perdiendo la sonrisa—. Por cierto, no soy tan cretino para pedirte información de mujeres que mi visir está considerando para que sean la próxima reina de nuestro país. Jamás te faltaría el respeto de ese modo, Arienne.

—No te he hecho preguntas al respecto —dijo—. Confío en que honres el pacto que tenemos, así como espero que confíes en que yo honraré mi parte —sonrió.

La expresión de Zarik se relajó e hizo un asentimiento.

Quería quedarse con ella, quería volver a deslizarse en su interior, pero no era posible. Su sentido de supervivencia estaba activado y este lo empujaba a marcharse; a poner la mente en frío. El sexo con Arienne fue como ninguna otra experiencia que hubiera tenido. Por eso debía distanciarse, al menos durante el resto de la madrugada.

—De acuerdo, Arienne —dijo atrayéndola de la nuca y

plantando un beso profundo y rápido—. La próxima vez que te toques, piensa en mí.

—¿Qué te hace creer que no lo he hecho? —preguntó con descaro.

Zarik sonrió y meneó la cabeza. Sí, necesitaba la mente en calma.

—Buenas noches… —dijo mordiéndole el labio inferior.

Ella no quería despedirse, lo que deseaba era que la rodeara con sus brazos. Quería saber cómo era sentirse envuelta en el calor de Zarik toda la noche. Pero suponía que era parte del acuerdo que habían trazado: sin ataduras y con límite de tiempo. «Quizá solo tiene que ver con el hecho de sentirme algo vulnerable», pensó.

—Adiós, Zarik —murmuró apartando la boca y dándole la espalda.

Se ocupó en recoger el vestido y el resto de prendas del piso. No quería verlo ni quería que le dijese que esto era solo una aventura y que más le valía recordarlo. Tan solo cuando escuchó que la puerta se cerraba, Arienne soltó una exhalación.

Contempló la chimenea, mientras los últimos trozos de la tela se quemaban; la prueba de su primera noche, después de haber tenido un sexo increíble. No podía esperar a hablar con Malin, pero, antes, necesitaba asimilar toda esta experiencia y pensar en que no era amor, sino solo placer carnal lo único que tendría con Zarik.

Llamó al servicio de mucamas, porque estaban a disposición 24/7, y cuando le subieron las sábanas nuevas, ella misma hizo cama. Una vez que estuvo apagada la chimenea, las ventanas cerradas y el silencio se esparció como una silenciosa compañía, Arienne se quedó contemplando un largo rato el techo. Soltó un suspiro.

Su vagina estaba ligeramente inflamada, pero era una sensación que, a pesar de ser un poco incómoda, también resultaba estimulante. Los pechos tenían las huellas de la barba y los dedos de Zarik. El hombre, en verdad, disfrutaba chupándole los pezones y haciéndola gritar de gozo cuando prendía su boca en ellos. Este era el motivo de que ahora, ante el simple roce de la tela de la ropa, le doliesen y la excitaran. Cada movimiento, por más inocente que fuera, le generaba una reacción que la instaba a recordar todo lo que había sucedido en estas horas. Zarik era insaciable.

Cuando ya estaba quedándose dormida, lo hizo con una sonrisa en los labios.

Estaba satisfecha y su curiosidad sexual se había disparado. Quería vivir más orgasmos; más toques sensuales; quería explorar más a Zarik y tener encuentros furtivos. Sabía que necesitarían ser muy cautelosos. «¿Se sentiría Zarik tan afectado como ella?». Quizá, en algún momento, podría preguntárselo. Ella tenía la certeza de que no se había equivocado al aceptar el *affaire* con el príncipe. No creía que hubiera encontrado un amante más generoso, considerado y apasionado como él.

En la vida, Arienne había tenido grandes momentos de alegrías, pero cuando llegaban aquellos oscuros, la fuerza de estos podía destruirla. Sin embargo, se había levantado ante cada una de esas batallas y pruebas del destino. Ella no era fatalista por naturaleza, pero se enfadó consigo misma al no poder quitarse la incómoda idea de que todo momento de éxtasis conllevaba una caída igual de monumental.

—Todo está bien. Todo estará bien —murmuró para sí.

No podía esperar a ver de nuevo a Zarik, a solas, y perderse entre sus besos.

Quizá, en otra vida, Arienne hubiera podido ejercer de adivina o tarotista con mucho éxito. Porque, sin saberlo, sus corazonadas no estaban siendo fatalistas, sino inclinadas a la premonición certera. El detalle consistiría en determinar qué tan fuerte sería ella, esta vez, para afrontar el tornado que se fraguaba, silencioso, en las dunas.

CAPÍTULO 16

Zarik terminó la cena en casa de los monarcas de Thethuan y el resultado de sus conversaciones le pareció inesperado. Los reyes le dieron la impresión de que querían deshacerse lo antes posible de la princesa. Esto le causó curiosidad, pero durante todo el encuentro él mantuvo una actitud estoica. A diferencia de Rihanon, Lydia aparentaba ser más bien callada e inclusive sumisa. No lo miró a los ojos en ningún instante y parecía tener miedo del rey Yasar. Fue esa la razón de que Zarik hubiera pedido, considerando el decoro, una audiencia privada con la princesa.

Una petición como la anterior, entre hombres poderosos, no era una situación inaudita. Pero, en un escenario común, podría considerarse fuera de lugar. El rey Yasar y la reina Noria, dieron su beneplácito para que hablara con Lydia y le asignaron dos acompañantes. Sin embargo, Zarik sospechó que a propósito los llevaron a una sala bastante alejada del ala principal. Los acompañantes, apenas él y Lydia se sentaron, se esfumaron de repente. El príncipe se preguntó si los reyes creían que lo pillarían en algún acto comprometedor para tratar de forzarlo a casarse, sí o sí.

Lydia poseía rasgos elegantes y era agradable a la vista, pero Zarik no era capaz de encontrar ninguna característica especial, porque su cuerpo y su mente estaban embriagados de Arienne. Además, esta era una visita clínica, pragmática y lógica para analizar perspectivas considerando la orden de su padre, el rey Soldon. En estos días en Thethuan, su itinerario incluyó visitas con varios magnates petroleros, largas cenas y espectáculos artísticos nocturnos; encuentros con empresarios del campo minero y también

con el gremio de corporaciones pesqueras. Si no podía considerar a Lydia como una candidata idónea, al menos aprovechó en trazar lazos de negocios.

Zarik quería largarse de este palacio lo antes posible.

Lo único que tenía en la mente era la imagen del cuerpo desnudo de Arienne bajo el suyo, mientras ella gemía su nombre y pedía más de él. Quería tentar los límites que podría presionar con Arienne y así amoldarlos para seguirse disfrutando con intensidad. Pero no había sido posible estar a solas en los días que llevaban en Thethuan, al menos no como la primera vez, sino que solo tuvieron a duras penas un instante robado. A eso se sumaba que el viaje previsto para cinco días, en esta zona de Oriente Medio, se había extendido mucho más de lo contemplado inicialmente.

Arienne estaba hospedándose en un hotel con el resto del equipo de trabajo, y Zarik en una mansión de lujo frente al mar. Frustrado y también sobrepasado con la usual demanda de llamadas, videoconferencias y reuniones, él decidió apaciguar, aunque fuese unos instantes, las ganas de estar con ella. Las miradas que se cruzaban podían incendiar los sitios en los que se reunían a trabajar y eso no era nada saludable, en especial si alguien era suspicaz para hacer una lectura de esa clase de sutilezas.

Así que una tarde, el príncipe le pidió a ella frente a sus principales asesores, para crear una cortina de humo y disimular, que le entregara un reporte detallado de los avances del evento Cumbre Global Shara. Lo hizo en un tono demandante y altivo.

—Doctora Johansen, necesito una actualización de las conexiones políticas, así como sus posibles efectos para Nariem, de los invitados que ordené agregar para la cumbre. Le voy a dar una audiencia de veinte minutos. Estoy muy ocupado, así que procure ser breve en su explicación —había ordenado—. Kirian la instruirá para encontrar mi oficina en esta mansión. —Luego había mirado al resto de ejecutivos—: Necesito economizar tiempo. Si tienen requerimientos lo hablan con Hamur.

A nadie le había parecido extraña esta petición, porque sabían que Arienne atendía asuntos de Insignia Regional, y ya no sobre lo concerniente a Thethuan. Además, al ser la única mujer con alto rango entre los ejecutivos, y considerando que el príncipe era un hombre progresista, no se les ocurría hacer comentarios machistas

ni tratar a Arienne de manera diferente. Sabían que llegaría una amonestación de ser el caso y además quedarían mal ante el príncipe. Por otra parte, en asuntos laborales, la prioridad eran los resultados, mas no las vías que se emplearan para conseguirlos.

—¿Era necesario que me hablaras de ese modo, príncipe arrogante? —le había preguntado Arienne, altanera, mientras Zarik la tenía apoyada contra la pared, en la oficina temporal. Los vitrales gigantescos daban al mar y las olas se movían furiosas.

—Si quieres que continúen en la creencia de que no me interesas —había murmurado besándole el cuello—, mi modo de tratarte será indiferente. Si aprovecho un poco esas ocasiones para que aprendas a comportarte es un valor agregado.

—Eres insoportable cuando quieres serlo de verdad… —había susurrado dándole un empujón suave. No podían hacer ruidos, así que hablaban muy bajito.

Él había sonreído de medio lado, mientras se quitaban la ropa. Zarik dejó a un lado la túnica, el pantalón y el bóxer. Luego le subió la falda a Arienne, hasta la cintura, para remover las bragas. Romperlas no había sido una opción. Después deslizó las manos bajo la tela de la blusa de seda azul, se la sacó por la cabeza, y se deshizo del sujetador para que los pechos quedaran libres. Se inclinó y besó los contornos.

—Lo único que me interesa ahora es que te corras —había dicho él, mientras abría un preservativo. Pero ella lo agarró y lo hizo a un lado haciendo una negación—. ¿Estás segura de que quieres que sea de ese modo…? —había preguntado.

—Sí… No quiero ninguna barrera entre tú y yo —había murmurado, mientras lo atraía para besarlo. Capturó sus labios con dureza y él pareció absorber todo el aire de Arienne para insuflarle el suyo. Sus lenguas se habían encontrado dándose un mutuo festín. Las sensaciones explotaron apoteósicamente. Se devoraron como dos animales que sabían que tenían el tiempo prestado. Veinte minutos o quizá menos.

Zarik la había agarrado de las nalgas, instándola a elevar las piernas para que le rodease la cintura. Después alineó la punta roma de su pene en la abertura húmeda.

—No he dejado de pensar en este magnífico coño —le había dicho antes de entrar en ella con una potente embestida. Arienne

iba a soltar un gemido, pero Zarik le apresó la boca con la suya, para beberlo—. Tan estrecha y mojada por mí… Shhh —había murmurado meciéndose en ella, embistiendo—, no hagas ruido.

—Han sido dos días desde esa noche… Me gusta explorarnos… Quiero más —había confesado, entre jadeos, cuando él bajó la cabeza para chuparle los pezones.

Ella le había sujetado la cabeza para instarlo a besarla. El golpe de sus cuerpos, chocando entre sí, invadía la estancia prístina y lujosa. Si pudieran escuchar el mar, el sonido era similar al de las olas rompiendo en las rocas. Esta era la clase de encuentro prohibido que incitaba a los amantes a buscar más formas de desatar la adrenalina.

—Dos días de tortura… Estás tan apretada que me vuelves loco —había susurrado, entrando y saliendo de ella, besándola y bebiéndose sus gemidos. Hablaban entre susurros, porque a pocos pasos de la puerta, aunque lejos del sitio en el que follaban, permanecían los encargados de seguridad asignados—. Eres una delicia.

Él había tapado la boca de Arienne con la mano, porque la mujer era inquieta y ruidosa durante el sexo. Esto le encantaba a Zarik, pero no cuando estaban en una posición arriesgada. En una sociedad machista lo aplaudirían, seguramente, si supieran lo que había estado ocurriendo en esa oficina. Pero él había acordado con Arienne que iba a protegerla de las habladurías, así que intentaba ser coherente con ello.

Después de llegar al clímax juntos, Zarik la había ayudado, tal como hizo la primera vez, a limpiar los rastros del placer compartido. Ella le había rodeado la cintura con los brazos, mientras ambos recuperaban el aliento. Luego se vistieron con rapidez. Arienne había abandonado la oficina tan solo cuando estuvo completamente segura de que su atuendo y su apariencia estaban impecables. Pero, por supuesto, antes de que pudiera salir, el príncipe le había dado un último beso, largo y profundo.

Eso había ocurrido tres días atrás.

Zarik enfocó su atención en la sala en la que se hallaba ahora.

La pasión compartida con Arienne no vendaba sus ojos ante la realidad de lo que estaba ocurriendo en estos instantes, o sospechaba, en el palacio real de Thethuan. Zarik tenía claras sus

responsabilidades y este era el último punto de su agenda, antes de regresar a su país. La visita a los Al-Calimathi lo hizo sospechar de que la dinámica de esa familia real no era natural. Le parecía demasiado perfecta y él, que conocía el sistema monárquico y protocolario de memoria, sospechaba que ocultaban algo.

Zarik conocía rasgos de abuso cuando los veía, porque había estudiado un grado de psicología en su afán de entender cómo funcionaba la mente humana. El miedo disfrazado, la manera de moverse, el nerviosismo que no se lograba controlar del todo, los tics, la evasión de la mirada. Todo esto lo hacía sospechar de que algo no iba bien con la princesa Lydia. Ella era una mujer sin relevancia en su mundo, al ser la segunda en la línea de sucesión al trono, en lugar de la princesa heredera; pero Thethuan poseía recursos naturales y conexiones que serían idóneas para Nariem. Sin embargo, eso no la hacía una elección acertada para ser su esposa. Estaba seguro de que Hamur, a juzgar por la mirada que le dedicó en la cena, tuvo la misma opinión.

Lydia estaba en su plena juventud, mas su mirada parecía cargar el peso del mundo. Zarik sabía que había algo que no encajaba en todo esto. Por eso, antes de abandonar el palacio real, quería cerciorarse de que su intuición estuviera en lo correcto. Solo así podría darle a entender a Lydia que él era un aliado y no un enemigo. Podría marcar una diferencia y ofrecerle ayuda si acaso, en verdad, la necesitaba.

La calefacción estaba encendida en la sala y la temperatura era agradable.

Llevaban sentados unos segundos, pero ella mantenía la mirada baja.

—¿Podrías mirarme a los ojos, por favor? —preguntó Zarik, tuteándola. Lydia fijó su atención en el príncipe—. No vine aquí para proponerte matrimonio, sino tan solo para conversar sobre esa posibilidad. Mi decisión no es personal, sino un asunto de Estado. Hay muchos factores que tengo en consideración. ¿He sido claro?

—Entiendo, príncipe Zarik, eres frontal —susurró muy bajo. Su cuerpo tembló, porque sabía lo que le esperaría ante este nuevo rechazo. No era el primer hombre que se presentaba para hallar la manera de establecer una alianza con su país, a través de ella, así como tampoco el primero que la rechazaba. Daba igual si Zarik no

extendía una propuesta formal o si la palabra «matrimonio» no surgió durante la cena. Sus padres no eran idiotas y un príncipe no hacía esta clase de visitas, a una princesa soltera, tan solo para recibir una recepción lujosa—. No hay inconveniente.

Él notó la manera en que los nudillos de las manos se le pusieron blancos. Lydia estaba apretándose los dedos entre sí con más fuerza de lo usual. No era normal.

—En toda la cena no dijiste ni una sola palabra de lo que en verdad piensas. Te limitaste a asentir o a estar de acuerdo con tus padres. Pero tienes veintisiete años, eres la segunda en la línea de sucesión al trono, tu hermano ya se casó y tiene herederos, así que tienes un poco más de libertad para bosquejar tus propias reglas. ¿Me puedes decir, ahora que estamos los dos, lo que piensas tú del matrimonio?

Ella frunció el ceño y ladeó ligeramente la cabeza.

—Mi opinión es irrelevante cuando mis padres han decidido lo que buscan para mí y eso implica casarme, príncipe Zarik —murmuró en un tono tímido.

—Lydia —dijo llamándola por su nombre de pila, porque su tiempo estaba a punto de agotarse—, no soy tu enemigo, no estoy tratando de incomodarte y tampoco voy a forzarte a hacer algo que no quieras. —Ella miró hacia otro lado ante esta última frase. Zarik creyó deducir lo que estaba pasando—. ¿Por qué parecen tan interesados los reyes en que te cases? —preguntó conteniendo el enfado por sus sospechas.

La princesa de ojos negros bajó la mirada y apretó la mandíbula.

—No sé por qué habría de importarte, príncipe Zarik. Me acabas de decir que no vas a proponerme matrimonio, entonces no volveremos a vernos —susurró.

Zarik pensó en Arienne y en lo que ella hubiera hecho si tuviera la sospecha de que una mujer estaba sufriendo abusos. La respuesta: no dejaría de buscar la manera de ayudar o intentar hacer escuchar su voz ante la situación. Él podría estar de camino al sitio en el que se encontraría con Arienne, pero su conciencia le impedía marcharse y darle la espalda a esta mujer que compartía su mismo estatus real.

—Porque, en algún modo, al igual que tú, yo también estoy atrapado por las normas y designios de las tradiciones de mi país.

La diferencia es que en un mundo machista, yo no soy castigado ni abusado… —dijo esta última frase con cautela—. Te acabo de conocer hace dos horas. Me marcharé y no volveremos a vernos, salvo que en los próximos diez minutos quieras contarme algo que amerite mi ayuda. Ese es el tiempo que me queda para que no se malinterpreten mis intenciones contigo.

Los ojos de Lydia se llenaron de lágrimas sin derramar. Esta era la primera ocasión que alguien se interesaba por ella como ser humano, en lugar de tratarla como un objeto transaccional. Sabía que sus padres la estaban dejando sola, a propósito, porque los acompañantes no servían más que de simple adorno. Si el príncipe de Nariem pasaba más de veinticinco minutos en esta sala, sus padres lo considerarían una ruptura de la moral, y podrían exigir que se casara con ella. Sería injusto.

Lydia tomó una larga respiración para armarse de valentía. Sabía que esta era su única oportunidad de hablar sin que tuviera repercusiones. No confiaba en nadie, pero también esta era la primera ocasión en que sentía que una persona se interesaba sinceramente por conocer sus ideas. Ni siquiera le importaba a su madre, porque Noria sucumbía a la opresión del rey y se guiaba por el peso de las apariencias sociales.

La princesa de Thethuan hizo un asentimiento.

—Mi hermano Keyan, heredero al trono y cinco años mayor que yo, me violó cuando yo tenía dieciséis —dijo en voz trémula—. Cuando lo comenté a mis padres, por supuesto, no me creyeron. Me llamaron de todo y me acusaron de haber tentado a Keyan. Fui sometida, en un castigo privado, a latigazos y a días sin comer.

—Por Alá… —masculló—. Lo lamento, Lydia… Siento que vivieras algo así. —Ella solo hizo un asentimiento con expresión triste—. No quise interrumpir…

—Fruto de esa violación quedé embarazada, pero fui obligada a abortar. Perdí mucha sangre y estuve a punto de morir. Durante el tiempo de mi convalecencia nadie de mi familia me visitó, así que solo veía a los médicos y enfermeras —continuó en un susurró al recordar esos días tan llenos de pesadillas y horror—. Keyan me llamó traidora… —apartó la mirada—, y durante un viaje familiar me llevó engañada a una fiesta con sus amigos… Me llamó cotilla e impura. Me entregó a sus amigos para que hicieran conmigo lo que

quisieran durante horas… No fue la única ocasión en la que mi hermano abusó de mí y tampoco en que sus amigos lo hicieron. Jamás se lo comenté a nadie, porque sabía que no me creerían. Mis padres me consideran una mercancía averiada y también una casquivana que no respeta los lazos sagrados de la familia. No les importa con quién me case. Quieren librarse de mí a toda costa.

Zarik se quedó atontado por la crudeza y vileza contra Lydia. Él conocía la reputación del príncipe Keyan y era un patán; lo sabían en todos los círculos de la realeza. Nunca se le hubiera cruzado por la mente que, además, fuese un jodido violador. Pero que los reyes consideraran culpable a Lydia resultaba atroz.

Que la hubieran castigado, humillado y vejado, tampoco tenía nombre. Zarik no podía quedarse sentado ni un segundo más en este lugar. Se puso de pie con rapidez. Al hacerlo, Lydia bajó la cabeza como si temiera que él pudiera golpearla.

—Lydia, no voy a lastimarte ni a golpearte. Lamento profundamente el infierno que has vivido y la injusticia que tu propia familia perpetró contra ti. Te creo, creo en tu relato, y creo en tu inocencia —dijo Zarik con suavidad, a pesar de estar consternado profundamente. Ella elevó el rostro y esta vez dejó caer las lágrimas que llevaba años conteniendo—. Voy a ordenar que envíen a tu familia una invitación para un evento, que está organizando mi asesora política, se llama Cumbre Global Shara. Estará especificado que tú tienes que asistir y debes hacerlo. ¿Tienes tu pasaporte?

—Sí… —susurró limpiándose las lágrimas—. Tengo todos mis documentos en regla e inclusive, gracias a una religiosa católica que conocí en un viaje a Noruega, poseo una cuenta bancaria de la que mi familia no sabe… Por favor, no lo menciones.

Zarik asintió y luego miró el reloj. Le quedaban dos minutos.

—Voy a coordinar con mi equipo de asesores y de seguridad, sin mencionar nada de lo que acabas de confiarme, para que, una vez que pises suelo nariemu, te sea concedido un asilo político indefinido. Firmarás una carta de intención como que ha sido todo tu idea. No volverás a Thethuan y prohibiré la entrada de tu familia. Toda. Le ordenaré a mi equipo de temas políticos y diplomáticos que se encarguen discretamente. ¿Estás dispuesta a ir a Nariem y aceptar mi oferta? —preguntó.

—Sí, príncipe Zarik —dijo con emoción en la voz—. Te estaré por siempre agradecida si logras sacarme de este país y permitirme vivir en el tuyo.

Él hizo un asentimiento solemne. Solo había una persona que podría tener la empatía y agilidad mental suficiente para hacer un rápido barrido de perspectivas y posibilidades para evitar un desastre político con Thethuan. La única que mantendría las razones en secreto: Arienne. Pero también confiaba en Hamur, así que les encargaría a ambos que trabajaran en una vía rápida para ejecutar este proceso.

—Serás una refugiada política. Tendrás libertad. Ayuda. Una nueva vida en la que no tendrías ninguna obligación de casarte con nadie. No serás perseguida. Nariem está cambiando y modernizándose. Te invito a ser parte de ese cambio. Puedes buscar, a través de organismos internacionales, justicia. De un miembro de la realeza a otro, Lydia, puedes utilizar mis abogados. ¿Estás de acuerdo? —Ella hizo un asentimiento firme y tomó una profunda respiración—. Quedan pocas semanas para ese evento. ¿Crees posible que puedas resistir un poco más, hasta volar a Nariem?

Lydia esbozó su primera genuina sonrisa. Luego asintió con solemnidad.

—Que Alá bendiga tu corazón, príncipe Zarik —dijo con voz firme.

Él tan solo hizo un asentimiento y luego abandonó el palacio real, acompañado de su comitiva, con una sensación agridulce. Esta clase de situaciones le parecían aberraciones de la humanidad. No importaba si los abusos se fraguaban en una guerra, entre desconocidos o en una jodida familia, pero ningún ser humano debía sufrir la monstruosidad que Lydia había soportado. Esperaba que ella tomara ese avión.

El príncipe subió al coche, pero no sin antes informarle a Hamur, con discreción, que Lydia iba a recibir asilo político, auspiciado por él como príncipe heredero y que no podía ser su esposa. Le ordenó que manejara todos los protocolos con Arienne y un discreto grupo de especialistas para el caso. El visir tan solo asintió, sin cuestionar razones, porque Zarik tampoco no iba a dárselas. La única capaz de tener empatía genuina con la princesa

sería Arienne. Él no podía esperar a verla.

Al coche de Zarik lo siguió una caravana de seguridad propia y otra asignada por Thethuan. En uno de los coches iban cuatro de sus asesores. Si bien la cena había sido privada, él no asistía a esta clase de reuniones sin respaldo, porque siempre eran necesarios los testigos ante cualquier mal entendido o para atender imprevistos.

En el trayecto a su destino final, para encontrarse con Arienne, el príncipe recibió la llamada de su hermano. Bursit no solía contactarlo salvo que fuese durante alguna festividad familiar o para alguna clase de consulta emergente. No se veían desde la reunión en el palacio real de sus padres. Hasta donde Zarik tenía conocimiento, su hermano estaba de viaje en Nueva Zelanda. Pero la agenda de Bursit era tan espontánea, o a menos eso parecía a ratos, que no podría estar seguro.

—Hermano, entiendo que estás de viaje en Thethuan —dijo Bursit. Sobre las agendas de trabajo o viajes de los príncipes y la princesa, daba igual si eran laborales o personales, estaban al corriente todos los Al-Sarkham. Esta era una exigencia de la reina, porque, después del secuestro de Zarik, quería saber en dónde estaban sus hijos—. Espero que pronto me presentes a mi futura cuñada —se rio—. ¿Cómo estás?

—Ocupado, como es lo habitual —replicó sin hacer comentarios a la pulla de su hermano—. Espero que no hayas creado un *impasse* y yo tenga que ayudarte a solucionarlo —dijo con ligereza. Aunque escuchaba a Bursit relajado, Zarik notaba algo diferente en el tono de voz. Pero no tenía ánimos de entrar en cuestionamientos.

Del otro lado de la línea resonó una carcajada desenfadada.

—Ah, siempre tan generoso —replicó el otro príncipe—. Voy a ser breve, Zarik, porque estoy en la pista de un aeropuerto privado de Brisbane.

—Creía que estabas en Nueva Zelanda —se rio—. No sé qué carajos haces en Australia, a menos que tengas pensado traer canguros o koalas al desierto.

—De hecho, este país es un sitio idóneo para conseguir capitales de inversión en asuntos de tecnología. Te enviaré una lista de las corporaciones que están interesadas en tu proyecto de Insignia Regional. Así que, como puedes escuchar, no solo estoy abogando por mis asuntos cotidianos, sino por los tuyos —replicó de buen

humor y con altivez—. En todo caso, mi llamada tiene que ver con los avances de las conversaciones del tema de armas. Los empresarios han acordado cerrar un precio y surtir armamento, así como carros blindados, por dos años a las filas militares de combate táctico de campo. Si quisiera subir de categoría y tecnología, manteniendo el mismo precio, porque son unos hijos de puta, me dieron como condición que incluyas a algunos de esos empresarios como invitados a la Cumbre Global Shara.

Zarik se pasó la mano sobre el rostro.

—¿Por qué carajos querrían algo así? Te han mantenido por largos meses en ascuas, desde que hice claras mis intenciones de cambiar Nariem, así que debe existir una razón importante —dijo, mientras el coche avanzaba por las calles.

—Quieren tener la oportunidad de entablar lazos con los representantes de los países que van a asistir a esa cumbre —dijo Bursit—. La campaña de comunicación que pusiste en marcha resonó, así que no creo que sea una petición descabellada. Los tres magnates, interesados en asistir, poseen conexiones claves en países de difícil acceso. Además, si tienen una buena experiencia la replicarán en Qataram. Bien sabes que no existe mejor campaña que aquella recomendación de persona a persona.

Zarik frunció el ceño, mientras se frotaba la barba, pensativo.

—Estratégicamente es viable, pero también quiero algo a cambio —replicó, porque no confiaba en las súbitas inclinaciones de apoyo —. Diles que tienen que participar en una publicidad para televisión avalando mi proyecto de modernización. Lo que deban decir se lo comunicará mi grupo de trabajo —concluyó.

Bursit reclinó hacia atrás la cabeza y cerró los ojos brevemente. No podía decirle la verdadera razón de la presencia de estos hombres, que eran más que simples empresarios, a Zarik. Si ponía en aviso a su hermano, él utilizaría alguna táctica que alertaría a las personas equivocadas y arruinaría el plan que tan cuidadosamente había bosquejado desde la emboscada de Zarik en el desierto, meses atrás. Los motores de su *jet* privado se activaron y el capitán anunció que era momento de despegar.

—No te preocupes, Zarik, así se hará. ¿Tengo tu beneplácito para decirles que van a recibir una invitación para la Cumbre Regional Shara? —preguntó.

—Sí, la tienes. La publicidad deben grabarla un día previo al evento —replicó—. Si no cumplen su palabra, Bursit, te haré responsable. Este proyecto no es un juego de alianzas caprichosas. Si fallas, exhortaré a nuestro padre que elija otra persona como embajador de la casa real, en este tema de armamentos, y te reemplace.

Bursit sintió una rabia descomunal. Toda la puta vida siempre era Zarik quien resaltaba. Parecía que sus malditos esfuerzos para mostrar su valía como príncipe nunca eran suficientes. Inclusive de pequeños siempre era su hermano mayor el centro de atención, perfección y éxito. Dhalia era la consentida y la mediadora. Pero él merecía reconocimiento, así que esa era la razón para no contarle toda la verdad detrás de la visita de estos magnates a Nariem. Cuando todo saliera a la luz, Zarik se daría cuenta de lo imbécil que había sido al menospreciarlo. O quizá, solo para darle una lección, Bursit lo dejaría que se revolcara en la incertidumbre cuando todo explotara.

—No me gustan las amenazas, Zarik —dijo en tono serio—. No soy tu jodido lacayo, sino tu hermano. Aún no eres rey, pero al paso que vas, en tu arrogancia, tal vez nunca llegues a serlo por creer que tienes todo controlado. Cumpliré mi parte.

Zarik se apretó el puente de la nariz y soltó una exhalación.

—He tenido un día de mierda. Guárdate tus comentarios absurdos, porque, en verdad estás empezando a cabrearme. Si eso es todo, Bursit, me despido.

—Lo es. Adiós, hermano —replicó el otro príncipe y cerró la llamada.

El príncipe heredero dejó el teléfono a un lado.

No eran frecuentes los roces de carácter con Bursit, pero su hermano solía tener una actitud altanera cuando se le metía una idea en la cabeza. No comprendía esa necesidad de recibir aprobación a toda costa. La familia sí se daba cuenta de lo que él era capaz de lograr; sabían que Bursit era el que poseía la personalidad encantadora, lograba sonrisas en momentos ácidos y convencía a otros de aliarse por una causa. El problema era que trataba de abarcar más de lo que era capaz de manejar y eso lo llevaba a fallar más veces de las que debería. Zarik sospechaba que su hermano estaba ocultándole algo y la sensación no le sentaba

nada bien. Lo dejaría estar por ahora, porque no tenía ninguna base para cuestionarlo y no le apetecía crear riñas.

Sin embargo, mantendría la atención en su hermano más de cerca. Si Bursit tenía planeado algo que pudiera perjudicarlo, Zarik no tendría contemplaciones. Amaba a sus dos hermanos, pero no iba a permitir que cruzaran la línea de las atribuciones que les correspondía, menos toleraría la posibilidad de una traición. Les aplicaría la penalidad más severa que pudiera existir y sabía que su padre lo avalaría.

Zarik tomó una profunda respiración para calmarse. Prefirió pensar en la belleza de cabellos rubios con la que iba a encontrarse en breves minutos.

CAPÍTULO 17

Esta era su última noche en Thethuan y Zarik le había dicho que enviaría un chofer en un Maybach color negro, distinto a los vehículos oficiales que eran Rolls-Royce, a recogerla al hotel. La consigna era que ella utilizara la puerta de emergencia, porque así pasaría desapercibida y no habría opción a que se encontrara con sus colegas. Daba igual si Arienne estaba en la torre A del hotel y ellos en la torre B.

Zarik le había comentado que, al no poder ir personalmente a recogerla por razones obvias, le asignaría tres guardaespaldas, le gustara o no, porque la capital de Thethuan no era la más segura. Arienne le preguntó si tenía esta clase de actitudes dominantes con todas sus amantes. La respuesta de Zarik fue decirle que estuviera lista a tiempo, murmuró un «hasta luego», y a continuación cerró la llamada.

Arienne llevaba el hiyab, porque era obligatorio, pero también porque, al ser rubia, no quería llamar la atención sobre sí misma. No era ni mínimamente conocida, sino tan solo una ciudadana anónima entre muchas, pero detestaba cuando la quedaban mirando como si fuese mono de circo. La mujer promedio en Oriente Medio no tenía ojos verdes, ni tez blanca ni cabellos dorados en conjunto.

El lugar de encuentro era un famoso mirador local que había sido edificado por un arquitecto italiano, un siglo atrás. No obstante, este no fue el primer sitio en el que habían acordado verse. La opcional inicial fue un oasis que estaba a una hora de camino en coche, pero, súbitamente, cuarenta minutos atrás, el príncipe le envió un mensaje para decirle que hubo un cambio y que se verían en el mirador.

Ella no perdió el tiempo preguntándole la razón, porque prefería aprovechar el tiempo estando juntos, pues en estos días no hubo posibilidades de verse a solas. Además, esta noche Zarik tampoco iría a visitarla al hotel, y ella no cometería la imprudencia de acordar ir a escondidas a la mansión en la que él se hospedaba. Ninguno tenía dieciocho o veinte años para cometer esa clase de imprudencias.

En esos días, ella había echado de menos la posibilidad de volver a disfrutar la intimidad y el tiempo a solas con Zarik. Le gustaba que la complicidad que se formaba entre los dos, cuando tenían sexo, al tocarse y acariciarse, le diese confianza de pedir y entregar lo que le apeteciera. Ella solo tenía que evocar el recuerdo de cómo se sentía la boca y el cuerpo del príncipe, fundido con el suyo, para anhelar tenerlo de nuevo. Arienne no creía que fuese un asunto de novedad, sino de química y conexión.

Sin embargo, los últimos días había estado en perenne frustración, porque el príncipe solía asistir a reuniones, hasta altas horas de la noche, y ella se amanecía para que la Cumbre Global Shara se desarrollara a tiempo y exitosamente. ¿Cómo sabía que Zarik llegaba tarde? El muy pícaro le enviaba un mensaje de texto breve, entrada la noche, diciéndole lo que haría con ella apenas la tuviera a solas y en privado.

Ella todavía podía recordar vívidamente la intensa sesión de sexo en la oficina de la mansión, mirando el mar, mientras en la sala del piso inferior trabajaban sus compañeros. Arienne estaba descubriéndose más a sí misma en el aspecto sexual. Además, correr pequeños riesgos y danzar en la línea de lo prohibido la excitaba. Esto era totalmente ajeno a su forma de ser, siempre lógica y centrada, pero suponía que en la búsqueda del placer era la naturaleza humana más instintiva la que predominaba. Coquetear con la adrenalina era un subidón que era perfecta antesala del sexo.

El coche llegó al destino final y ella sonrió ante la expectativa de ver a Zarik.

El mirador se llamaba Stellina y era Patrimonio Cultural de la Humanidad. En el exterior había una valla gigante que señalaba que estaba cerrado al público, porque el área se encontraba en reparaciones. Sin embargo, cuando ella avanzó varios pasos más, dos de los guardaespaldas habituales de Zarik le abrieron la verja

principal como si este sitio fuese una extensión de los dominios de Nariem. Ella esbozó una sonrisa y caminó por el sendero de piedra. Pequeñas lámparas de suelo estaban encendidas.

La vegetación era escasa y había uno que otro árbol. Lo espectacular de este lugar era el pasamanos de cemento, bellamente adornado con detalles en yeso, que se extendía por todo el perímetro del mirador. Zarik le envió las instrucciones de cómo encontrarlo, así que ella las siguió con facilidad. El área era bastante descampada. El cielo estaba marcado con pinceladas de estrellas, una media luna y tres luceros.

Entonces, lo vio.

Sentado en una banqueta de piedra, mientras el viento de la noche fresca le agitaba el *keffiyeh* y también movía ligeramente la túnica de color negro, estaba Zarik. De lejos podía admirar el perfil del príncipe, tan guapo y atractivo. Si a eso le sumaba que era un amante espléndido, no era de asombrarse que su pulso estuviera acelerado, su corazón palpitara más fuerte y su cuerpo se sintiera vibrante. Arienne se acomodó el hiyab y avanzó con suavidad para saludarlo. Él notó su presencia y apartó la vista del horizonte para posarla en ella. Arienne esbozó una sonrisa, mientras se acercaba.

Al pensar en que él regresaba de su encuentro con la princesa Lydia, que seguramente lo habría mirado con interés o quizá, inclusive, habría flirteado con él, perdió un poco la sonrisa. Zarik se puso de pie y sin darle tiempo a hablar, la tomó de la cintura, la acercó contra su cuerpo y la besó. El contacto la tomó desprevenida y se tardó un par de segundos en responder, pero cuando lo hizo se dejó llevar.

El beso fue intenso, casi desesperado de parte de Zarik, mientras la sostenía como si temiese que Arienne pudiera desaparecer de entre sus brazos. Ella se abrazó a la cintura masculina y mantenía el rostro elevado recibiendo las caricias de los labios cálidos y sensuales. Al cabo de un rato, paulatinamente, Zarik rompió el contacto.

El viento frío pareció lanzarle un poco de sentido común a ella. Alarmada miró alrededor en búsqueda de las expresiones de sorpresa que, imaginó, tendrían los guardaespaldas que estaban al servicio de Zarik. Pero antes de que pudiese protestar, el príncipe le agarró el mentón entre los dedos y la instó a que lo mirase solo a él.

—Zarik… Yo… —se humedeció la boca—. Nos pudieron haber visto.

—Arienne —dijo mirándola a los ojos—, los guardaespaldas están en la periferia ocupándose de su trabajo, pero lejos de nuestra vista. Ellos firman contratos con penalidades más fuertes en materia de confidencialidad, porque pertenecen al ejército de Nariem. La caravana de seguridad de Thethuan no está alrededor.

Ella soltó una exhalación e hizo un asentimiento.

—¿Por qué elegiste venir aquí, en lugar de ir al oasis que sugeriste inicialmente? —preguntó—. No eres de los que suele cambiar planes de manera súbita. Así que intuyo que algo debió suceder para que lo hicieras. Si quieres contarme, pues te escucho. Pero si prefieres no hacerlo, entonces podemos bajar a caminar a la arena.

—No hay luces en la playa y no creo que sea una buena idea —replicó.

—El silencio también es una buena compañía —dijo ella con sinceridad. En innumerables ocasiones, durante sus sesiones de terapia, tan solo se sentó frente a la psiquiatra sin hablar. Cuando acababa la hora, después de ese silencio, inexplicablemente se sentía mejor—. Las palabras suelen sobrar en ocasiones.

A pesar de que Malin le había advertido que necesitaba marcar distancia entre lo físico y emocional, Arienne quería capturar más retazos sobre Zarik. Retazos únicos que él no mostraba a otras personas, pero le había dejado entrever a ella. Si bien ambos tuvieron numerosas interacciones a lo largo de los años, esta versión de Zarik era diferente, más madura e interesante. Este era el príncipe en una faceta más íntima, cómplice, relajada, sin frialdad, y también apasionada. De hecho, su opinión sobre él había cambiado drásticamente desde que le exigió que dejara de sabotearla, criticando de forma injusta su trabajo, ante sus compañeros de Insignia Regional. Había notado su ética de trabajo, la pulcritud de sus procesos, la forma determinada con la que comandaba una reunión, la seguridad y el aplomo con los que tomaba decisiones, pero también su lado sensato, flexible y humano. El príncipe era un peligro para su cordura, eso ya lo sabía, pero no solo porque era atractivo, sino debido a su alta inteligencia.

Para Arienne no existía nada más *sexy* que un hombre

inteligente.

—Consideré regresar a la mansión y excusarme contigo para no verte —admitió Zarik abiertamente. Ella lo miró con los ojos abiertos de par en par—. Estaba demasiado enfadado con esta sociedad de mierda. No podía tocarte en el estado en el que me hallaba. Ni contaminarte, porque no me parecía justo —dijo meneando la cabeza—. Pero de algún modo cuando estás a mi alrededor me das calma.

—¿Aún cuando soy una enfurecedora e irreverente mujer? —preguntó.

Zarik sonrió de medio lado y le ahuecó la mejilla con la mano.

—En especial cuando lo eres, en privado, porque eso incrementa el fuego que dejas en la cama cuando tenemos sexo —replicó con desparpajo. Ella se sonrojó—. Aunque te deseo, Arienne, hoy ha sido una noche horrenda de muchas maneras. Si no puedo primero sacar la rabia que llevo dentro, entonces penetrar tu cuerpo sería un exorcismo de frustraciones a causa de terceros. Lo que te ofrecí fue placer, pero no uno mancillado con sombras de otros —dijo con sinceridad y apartó la mano.

Arienne se quedó estupefacta ante sus palabras. Asintió. La nobleza de ese comentario resquebrajó una de sus murallas de protección. Esto no era saludable si quería terminar las próximas semanas con su corazón tal como ahora: intacto.

—Entonces, ¿querías verme porque te calma mi presencia o porque sientes que puedes compartir conmigo aquello que te ha provocado tanta rabia? —preguntó.

Él le frotó el labio inferior con el pulgar. Cerró los ojos un instante.

—Ambas, pero en especial porque sabes qué decir en los momentos exactos.

—Ah, eso implica que soy una excelente aprendiz de diplomáticos —dijo con una sonrisa refiriéndose a sus padres—. Quizá debería solicitar un incremento salarial.

—Eres muy buena en tu trabajo, Arienne —dijo Zarik con seriedad—, pero esta vez quiero tu mente para analizar las aristas de un asunto delicado. Privado.

Ella perdió la sonrisa y Zarik dejó de tocarla.

—¿Tiene que ver con la princesa de Thethuan? —preguntó en

tono tenso. Pensar que otra mujer disfrutaría en libertad de derechos con Zarik, que conocería la pasión de su cuerpo y la ambrosía de su boca, la asqueaba—. Si es así, te recuerdo que te dejé claro que no estaba dispuesta a darte mis puntos de vista al respecto —dijo elevando el mentón—. ¿Por qué no hablas con Hamur? Es tu visir.

Él pareció comprender lo que pasaba y meneó la cabeza.

—Sí, tiene que ver con los Al-Calamathi, pero no es lo que crees. Además —dijo con una sonrisa leve—, aunque verte celosa es bastante interesante, acordamos que no te preguntaría por consejos políticos de temas vinculados a mi matrimonio.

—No estoy celosa, Zarik, así que no te hagas ideas ridículas en la cabeza —replicó con arrogancia—. Hay ciertos límites que no voy a cruzar. Eso es todo.

El príncipe se inclinó y le mordió suavemente el labio inferior.

—Si tú lo crees, entonces yo también —dijo mirándola a los ojos con una expresión burlona. Luego sus facciones de volvieron serias —. Sobre el otro asunto, en cambio, no vas a traspasar ningún límite escuchándome en relación a lo que ocurrió hoy. Al contrario, lo que harás, probablemente, sea marcar una diferencia.

Él guio a Arienne, apoyándole la mano en la espalda baja, y caminaron hasta el barandal. Se quedaron uno junto al otro mirando el horizonte. Ante ellos se desplegaba la capital del país que estaban visitando, en forma de pequeñas e incontables luces, casas de todo tamaño y edificios. Miles de familias e historias contenidas entre calles y avenidas. Cientos de sueños y anhelos echados a la suerte.

—¿Cómo puedo marcar una diferencia si no es un tema político? Ese es mi lado de expertise… —murmuró frunciendo el ceño—. Salvo que se haya tratado de un tema que te afectara de una manera más personal, pero, aún así, está tu visir…

Él esbozó una sonrisa que no tenía alegría e hizo una negación ligera.

—Hamur es pragmático y sabio, pero carece de empatía, porque en la posición laboral en la que se encuentra, la mente precede a la emoción. Si no fuese así, entonces sería imposible que me brindara un asesoramiento imparcial. En general, no estoy rodeado de ejecutivos que logren insertar el factor humano en sus diligencias —

murmuró observando el parpadeo de las luces de los coches que circulaban a lo lejos—. Si bien es un tema personal, pues no tiene que ver conmigo exactamente.

Su decisión de cambiar una noche de placer en el oasis, que había reservado bajo estricto secretismo y seguridad, por esta conversación, tuvo que ver con la necesidad de un soporte que no estaba en el sexo, sino en las palabras y compañía que Arienne podía ofrecerle. Esta decisión debió encender sus alarmas y retroceder, porque estaba yéndose contra los principios básicos de un *affaire*. Dos amantes, sin ataduras, no buscaban confort, fuera del sexo, en el otro. Pero Zarik no fue capaz de pensar en otra persona que pudiera comprender escucharlo y ofrecerle sinceridad.

Ella apartó la mirada del horizonte y la fijó en el príncipe.

Se miraron frente a frente.

—Supongo que puedo ser empática y pragmática —murmuró.

Él hizo un leve asentimiento y la observó con franqueza.

—Después de estar con Lydia, lo que buscaba era otra clase de contacto y por eso quise verte —dijo acariciándole la mejilla—. Lo que escuches es un secreto, más allá de tu contrato, es un asunto realmente íntimo. Necesito llevar a Lydia a Nariem.

Arienne frunció el ceño, pero tan solo hizo un leve asentimiento.

—¿Qué pasó? —preguntó notando la rabia en esos ojos negros y la tensión que de él emanaba—. He leído algunas notas sobre las casas reales y la de Thethuan parecía bastante acorde a lo que nuestro país está buscando con una alianza, matrimonial o no —dijo con renuencia. No creía que esta fuese una conversación ligera. De hecho, la expresión contrariada de Zarik le daba a entender que este asunto no estaba vinculado a la idoneidad de Lydia para ser o no la futura reina de Nariem.

Zarik se apretó el puente de la nariz con los dedos.

—Keyan la violó cuando tenía dieciséis años —dijo apretando los dientes al recordar el relato reciente—. Cuando lo habló con sus padres no la creyeron. Fruto de esa violación quedó embarazada. La hicieron abortar y casi muere desangrada. El hijo de puta de Keyan, porque no merece el título de príncipe heredero ni ser humano siquiera, se enteró de que Lydia había hablado con sus padres. En retaliación la humilló durante años y también la entregó a sus amigos para que la violaran en grupo reiteradas ocasiones. Ella ha

sido vejada y humillada. La quieren casar a toda costa, porque están avergonzados de su existencia, y cuando recibe un rechazo de algún candidato para casarse, la castigan dándole latigazos; la dejan sin comer por días.

Arienne lo quedó mirando, estupefacta, ante la atrocidad sufrida por esa mujer. Que, además, le echaran la culpa y la vejaran físicamente era una barbarie. No se dio cuenta de que estaba llorando, hasta que él le limpió las lágrimas con los pulgares.

—Oh, Zarik, pobre Lydia —susurró—. Lo que sufren las mujeres en silencio, en especial en Oriente Medio, me hace perder las ganas de tener fe en que aún queda gente buena en el mundo —dijo mirando la expresión sombría del príncipe.

—Le prometí que le daría asilo político. Hamur está informado, pero no de las razones detrás. Esas solo las vas a conocer tú, Arienne. Tendrás que trabajar con mi visir y el equipo, muy confidencial, para ultimar detalles sin crear un *impasse*.

Arienne hizo un asentimiento. Por supuesto que ayudaría a la princesa.

—Pero, Zarik, si dijiste que ibas a hacer una oferta de matrimonio, entonces eso significa —se llevó la mano a boca—, oh, estás preocupado, porque seguramente la van a castigar por tu rechazo. ¿Es eso? —preguntó tocándole el brazo.

—Les hice creer que regresaría pronto a una segunda visita —replicó—. No sé si cuente con el tiempo suficiente, porque esa familia es una mierda absoluta, para tramitar de forma correcta e inexpugnable el asilo político que le prometí a ella. Mi consternación no solo son los hechos de abuso en sí, sino quiénes lo perpetraron.

—Me aflige lo que ha vivido Lydia. Está rodeada de gente ruin —susurró.

—Su propia familia, Arienne, su círculo de confianza; las personas a las que ama, y que debieron protegerla, le fallaron estrepitosamente. Mancillaron su confianza. Su vida y sus ilusiones —dijo con rabia—. La traición es la peor bajeza que puede darse en un círculo personal. Eso es algo que yo jamás perdonaría —dijo.

Arienne hizo un asentimiento. No podía llegar a imaginar el dolor sufrido por esa princesa a lo largo de los años. Detrás de los oropeles, lujos y sonrisas, a veces se escondían monstruos y

dolorosas verdades que ninguna fortuna podría borrar.

—En muchas sociedades árabes asumen que una mujer que es violada o maltratada tiene la culpa, en lugar del que perpetró o los que perpetraron las ofensas físicas o verbales —dijo—. ¿En qué momento la religión se volvió estupidez? ¿Cómo continúan manteniendo el esquema arcaico de que la mujer es menos que un hombre? —preguntó retóricamente—. Amo Nariem, pero me siento afortunada de saber que siempre estará el Reino Unido como el país al que puedo regresar si lo necesito.

Zarik consideró el comentario muy válido e hizo un asentimiento.

—El relato de Lydia me ha instado a considerar hacer *lobbying* para reformar el sistema legal de Nariem en lo relacionado a los delitos de violación y abuso doméstico. Me ganaré más enemigos de los que tengo, pero no puedo mantenerme indiferente.

Arienne notó la determinación en su expresión. Zarik sería un gran rey.

—Lydia no puede esperar, menos si están maltratándola, porque no encuentra esposo —dijo ella meneando la cabeza—. Si el proceso de asilo político va a tardar mucho en ejecutarse por las vías diplomáticas correctas, entonces tenemos que hallar la manera de sacarla de Thethuan mañana mismo, Zarik, si es posible —dijo con preocupación por la mujer. Su mente empezó a fraguar ideas—. Yo tengo algunos contactos, aunque no tan influyentes como los tuyos, pero puedo organizar una excusa creíble que impulse a salir a Lydia del palacio y no volver a ese infierno.

Zarik le puso el dedo en los labios para que hiciera silencio. La espontánea reacción generosa de Arienne, su genuina preocupación y empatía por una completa extraña, lo hacían comprender que su adicción por ella, lejos de disminuir como creyó en un principio, aumentaba. Esta situación era peligrosa cuando las responsabilidades que pesaban sobre sus hombros debían prevalecer ante sus intereses privados.

—Arienne, puedes marcar una diferencia, porque vas a colaborar con Hamur en el proceso de asilo político, en el cargo de asesora. Necesito que utilices todos tus recursos y tu ingenio para lograr una transición exitosa. La importancia de mi promesa a Lydia solo la podías comprender si yo te contaba el trasfondo. —Ella hizo

un asentimiento—. No es posible compartir esto con nadie más, así que eres la primera persona en la que pensé que lograría entender lo que me estaba agobiando.

—Lo hago y agradezco tu confianza… —murmuró, conmovida, mientras el viento agitaba la ropa de ambos. La temperatura empezaba a descender con rapidez.

—Lo que existe detrás de la necesidad de ese asilo político es importante. Hamur solo sabe que tiene que ejecutar ese proceso, pero tú tienes la información esencial de los delicados motivos —expresó el príncipe. Al notar que Arienne parecía tener frío, a pesar del abrigo que llevaba, él se quitó el suyo para rodearle el cuerpo con la prenda. Fue un gesto espontáneo, al igual que lo fue tomarla de la cintura para abrazarla y pegarla a su cuerpo. Ella esbozó una sonrisa suave y elevó el rostro hacia él—. La vía para hacer posible el viaje de Lydia a Nariem, creando la menor cantidad de conflictos, es la Cumbre Global Shara. Quiero que coordines, mañana temprano, el envío de una invitación oficial a nombre de la princesa y su comitiva de asesores.

Ella miró a Zarik con una inesperada dulzura. Le acarició la mejilla.

—Eres un príncipe bastante contradictorio —sonrió—. Todos piensan que eres inalcanzable e indiferente, pero, aún así, hallas la manera de que tu pueblo se sienta encandilado contigo cada que haces una aparición pública. Si supieran que, además, tienes una gran calidad humana, y te preocupas por otros de un modo tan personal, lo más probable es que quieran que tu padre abdique a tu favor —dijo.

Él se echó a reír con suavidad.

Después de hablar con Arienne se sentía ligero; quizá era la forma en la que ella lo miraba, como si observara de verdad al hombre que estaba detrás del título, los privilegios y la fortuna que lo acompañaban. No la deslumbraba su riqueza y ella fue la que insistió en tener un perfil bajo, cuando otras mujeres habrían presionado por lo opuesto. De hecho, Zarik estaba convencido de que Arienne rechazaría cualquier obsequio que sobrepasara un precio razonable. O quizá no lo aceptaría del todo.

—Qué curioso que digas todo eso —dijo en tono burlón y sensual. Le sujetó las mejillas entre las manos—. Porque has pasado

los últimos años considerando que soy un engreído e insoportable príncipe, ¿o mal interpreté tus opiniones? —preguntó.

Arienne soltó una carcajada. No habían sido opiniones directas, pero sus palabras fueron expresadas para que Zarik las entendiese con claridad. Ella se sentía confortada por los brazos que continuaban rodeándola. Estaba envuelta por el aroma de la costosa colonia masculina impregnada en el grueso abrigo. Le daba igual qué etiqueta tenían ambos: amantes, amigos con derecho a roce, o lo que fuese, pero jamás se había sentido tan segura como cuando estaba entre los brazos de Zarik.

—Creía que ya habrías olvidado mis comentarios de hace tiempo —susurró.

Él esbozó una sonrisa oscura. El viento empezó a soplar con fuerza.

—Me dediqué a conocer a otras mujeres, porque no me agradaba la idea de pensar en la fierecilla que, cada vez que tenía la oportunidad, decía lo que se le cruzaba por la cabeza en un tono dulce, pero agudo —confesó ante una atónita Arienne—. Logré mi propósito de mantenerte fuera de mi cabeza durante largos años, hasta que Hamur te contrató —sonrió—. ¿Acaso no es irónico que ahora quiera tus opiniones? Pero también tus besos y todos los orgasmos que pueda provocar, yo, en ti.

Ella enarcó una ceja y se rio con suavidad.

—El karma hace su trabajo, no tengo dudas —replicó—. Por otra parte, a diferencia de ti, la idea de olvidarte no fue un propósito, sino algo natural en mí.

Zarik soltó una carcajada, porque no esperaba menos de ella.

—Siempre tan competitiva y descarada —murmuró sonriéndole.

—O tan sincera —dijo—. ¿Sabes, príncipe Zarik? Creo que te gusto —dijo en tono bromista con un guiño, mientras le apoyaba las manos sobre los pectorales.

—No me gustas, Arienne, me encantas —replicó mirándola a los ojos—. En especial, cuando tus paredes íntimas me succionan y tú estás gritando mi nombre.

—Oh… —murmuró sonrojándose bajo la intensidad de esa mirada oscura. Quizá la temperatura estaba en cinco u ocho grados Celsius, pero el calor de la cercanía y las palabras de Zarik eran más eficientes que un calentador—. Lo tomaré como un cumplido, en

especial ahora que reconoces abiertamente que mis opiniones tan frontales son, y han sido, indispensables para entender que el mundo no gira a tu alrededor. —Él se rio por la osadía—. Además, tú no estás nada mal en la cama.

El príncipe bajó la cabeza y frotó la nariz contra la de ella. Un comportamiento que no era su estándar con las mujeres con las que se acostaba. Esto era más que un jodido *affaire*, pero Zarik no estaba interesado en aceptarlo o reconocerlo, porque eso daría pie a que su mente empezara a indagar si existiría algo más profundo detrás.

—Vaya, me hacía falta tu reafirmación, gracias —dijo Zarik. Ella le hizo un guiño—. Mañana regresamos a Nariem muy temprano, pero en nuestro país encontraré más oportunidades y lugares discretos para tenerte desnuda junto a mí.

—Sé que soy irresistible… —bromeó, perdida en la electrizante química que vibraba entre los dos. Mirar los ojos de Zarik, tan llenos de deseo y promesas sensuales, era zambullirse en una laguna que la mecería en vaivenes de lascivia.

—Lo puedes ser si no estás desafiándome todo el tiempo, pero quizá, uno de estos días, pueda enseñarte el placer de la obediencia —dijo en un tono sensual, después bajó la boca para tomar la de Arienne y ella lo recibió con un suave gemido.

No fue un beso brutal ni desesperado, porque Zarik no podría dar rienda suelta a sus instintos, así que prefirió controlar las llamaradas que siempre surgían cuando besaba o tocaba a Arienne. O lo intentó. Desnudarse o quitarse alguna prenda de ropa sería imprudente, por el clima y el lugar, así que optó por devorarle la boca y usar el fuego que creaban para calentarse, porque el consumirse mutuamente lo dejaría para Nariem. Él quería tomarse su tiempo cuando estuvieran a solas; sin interrupciones para recorrerla; devorarla; poseerla. Además, esta noche no había buscado algo sexual, sino empatía y soporte intelectual en una mujer que era mucho más que una cara bonita. Esa gran diferencia estaba respaldada por el hecho de que él confiaba en Arienne. Lo anterior era un privilegio que Zarik entregaba rara vez en su entorno.

Ella disfrutó el beso y absorbió la esencia masculina. El beso fue dulce y pecaminoso; intenso y demoledor; electrizante y tentador.

Las manos del príncipe le sujetaban el rostro con firmeza, mientras Arienne, osadamente, le recorría la espalda y las nalgas presionando sus uñas. Lo escuchaba gruñir contra sus labios. Ella se sentía envalentonada y libre para acariciarlo, le gustaba provocarlo y sentir su dureza.

No podían enterrarse los dedos en el cabello del otro, como solían disfrutar hacer al besarse o en la cama, porque él tenía el *keffiyeh* y ella el hiyab. Rompieron el beso cuando un ventarrón los sacudió dándole a entender que el tiempo se agotaba. Aunque el delicioso contacto terminó, las sensaciones continuaban cosquilleándoles la piel y el calor en sus partes íntimas no se apaciguaría. Ella se pasó la lengua sobre los labios y Zarik soltó una exhalación cálida que formó un vaho en el aire.

—Gracias por guardar la confidencia sobre Lydia, pero, en especial, por haber escuchado su historia —dijo, y ella tan solo asintió—. Te acompañaré hasta el coche que envié a comprar para esta noche —expresó, y luego empezaron a caminar.

Ella lo miró atónita y se detuvo abruptamente por el último comentario.

—¿Por qué hiciste tal cosa si ha sido tan solo para unas horas? —preguntó consternada—. Salvo que pienses en devolverlo, porque ese coche es costosísimo.

—Porque fue la manera más rápida de mantener tu seguridad y privacidad. En los coches oficiales siempre llevan una lista de personas, que reportan, para controlar mi protección. Preferí evitar preguntas imbéciles que no iba a responder, así que ahorré, además, tiempo —replicó sonriendo—. No voy a devolver el coche, sino que di la orden de que mañana, cuando me marche, sea subastado para recaudar fondos en un proyecto que tiene como finalidad crear un refugio para animales de la calle.

Arienne lo quedó mirando, incrédula. No podía creer que este hombre hiciera algo tan descabellado para asegurarse de que ella no se sintiera expuesta ni insegura. Su corazón empezó a latir más de prisa, pero optó por ignorar las razones. No le apetecía rasgar la superficie de las emociones que empezaban a abrirse paso. No podía.

—Seguramente el reino de Thethuan agradecerá el gesto —murmuró, mientras empezaba a caminar el largo sendero hacia la

salida del mirador. Pero antes de alcanzar la verja, Zarik le sujetó la muñeca con suavidad, deteniéndola de repente—. ¿Qué?

—No es ostentar… —murmuró creyendo que estaba enfadada.

—Eres billonario, un príncipe con un modo de vida peculiar, y tu forma de actuar no tiene relación con los ciudadanos de a pie, como yo —dijo tocando el ceño fruncido de Zarik, con el dedo, para borrarlo—. Pero en mi realidad, aquella tan lejana al modo en que fuiste criado, comprar un coche para unas horas resulta una locura —se rio con suavidad—. Sin embargo, entiendo el gesto y lo aprecio de verdad.

Él le tomó el mentón entre los dedos e hizo un asentimiento. Le acarició la boca con el pulgar. Le gustaba saber que tenía la libertad de tocarla; y ella, a él.

—Me distraes más de lo necesario, Arienne —dijo mirándola fijamente.

—¿Es ese un problema? —preguntó en un susurro.

—Más de lo que puedes imaginar.

CAPÍTULO 18

—¡Comando del ejército llamando a Ari! ¿Holaaa? —dijo Malin con una sonrisa, chasqueando los dedos frente al rostro de su mejor amiga—. Baja de esa nube.

Arienne parpadeó y se echó a reír meneando la cabeza.

—Lo siento, sí, me estabas contando sobre algo relacionado con los negocios de Ramma. ¿Qué era con exactitud? —preguntó en un tono de disculpa.

Las últimas cuatro semanas que llevaba de regreso en Nariem habían sido un torbellino. El trabajo era una vorágine de responsabilidades continuas. Al ser la encargada de proveer los lineamientos políticos para la cumbre global, las consultas y llamadas no cesaban en su oficina. A eso le sumaba el tema de Lydia que ya se estaba resolviendo con Hamur y un equipo de seis abogados. Solo dependía de que la princesa dejara todo atrás y subiera al avión que enviaría Zarik en unos días.

—Mi esposo acabó de comprar una mina de en el Congo, les brindará a los empleados una paga justa, además también contrató una empresa de seguridad de alta inteligencia, porque hay muchos conflictos en el negocio de los diamantes —replicó sonriendo. Estaban en su casa, porque Ramma organizó una barbacoa para varios amigos, no eran más de veinte personas, y así pasar un rato agradable—. Por eso te estaba preguntando si tendrías tiempo de analizar la clase de ideologías políticas y sociales que rigen en ese país y cuáles son las debería evitar mencionar mi esposo. Quiero que haga buenas elecciones de sus aliados en sus transacciones —concluyó.

Arienne le devolvió la sonrisa e hizo un asentimiento.

—Claro. Puedo hacer un barrido general de la situación del Congo y darle una lista a Ramma de los principales actores políticos y sus conexiones. Así evitará dar un mal paso que podría costarle mucho dinero o que lo expulsen del país —expresó Arienne—. No son regiones amigables en absoluto y hay que tener cuidado.

—Oh, gracias, Ari —replicó en un tono de alivio—. Sé que estás bastante liada con la Cumbre Global Shara, ¿es en pocos días, verdad? —preguntó.

—Sí, pero está todo a punto para ejecutarse. Los temas logísticos y el evento en sí, ya es responsabilidad de las comisiones de relaciones públicas, seguridad, *marketing*, protocolo y comunicación. Me queda esperar a que todo salga bien. Mi parte está hecha, pero siempre hay imprevistos —dijo antes de comerse una gamba.

Malin asintió brevemente.

—Sé que será un éxito. Has trabajado incansablemente por este proyecto. No conozco a alguien más responsable y decidida que tú —dijo—. Sé que ese espaldarazo profesional que buscaste, al aceptar este empleo, está ahora al alcance de tu mano.

Arienne esbozó una sonrisa y miró a su amiga con cariño.

—Gracias por tu voto de confianza, Malin. Significa mucho para mí.

—Solo es la verdad, porque te conozco. De hecho, esta última es la razón de que pueda darme cuenta de que no solo estás distraída, sino que pareces un poco contrariada. Pero sé que no está relacionado con el trabajo —dijo con tiento.

Arienne torció el gesto, porque era verdad. Después de que regresara de Thethuan, sus encuentros con Zarik se habían convertido en una adicción. No podían mantener las manos lejos del otro. Aunque verse a solas ya no era tan difícil, como cuando estuvieron de viaje, el riesgo de encontrar momentos de privacidad persistía. Sin embargo, Zarik sabía cómo organizar el tiempo y las circunstancias para tenerla a su lado. Arienne no creía que Hamur sospechara de su *affaire*, y si acaso lo hacía, jamás lo había dado a notar. El anciano no la trataba de manera distinta y la respetaba.

—Tal vez, la búsqueda del equilibrio, en la parte personal con la profesional, me tengan un poco al borde del colapso —expresó tratando de quitarle peso a lo que de verdad la mantenía distraída y

le preocupaba. Pero sabía que Malin iba a notarlo.

—Ari, han pasado algunas semanas desde que aceptaste ser amante del príncipe —dijo mirándola con franqueza. El resto de invitados seguía conversando, comiendo y escuchando música. Pero las dos estaban un poco alejadas para hablar sin ser interrumpidas ni escuchadas—. Sé que el tiempo se agota, porque es inminente que él elija una esposa, ¿cómo te sientes al respecto? —preguntó con suavidad—. Porque te conozco de toda la vida y sé que la parte laboral, aunque agotadora, siempre la has sabido llevar como una campeona. Pero la parte de una pareja es diferente, porque, primero no tienes mucha experiencia en temas de sexo; segundo, no estás teniendo una aventura sexual con un hombre común, sino con el príncipe heredero.

Arienne bajó la mirada y tomó una bocanada de aire.

—El tiempo juntos se agota y es como la espada de Damocles esperando a caer —murmuró. El inminente anuncio de Zarik sobre la elección de la mujer con la que iba a casarse, le provocaba un malestar indescriptible. Daba igual que hubiese sabido este factor cuando aceptó el *affaire*—. Las emociones que tengo son confusas. Me imagino que todo tiene que ver con el hecho de que él es mi primer amante.

Arienne agarró su copa de Merlot y bebió un largo trago, mientras su mejor amiga se recostaba contra el respaldo de la silla y la observaba inquisitivamente.

—Aunque yo nunca tuve un *affaire*, te puedo asegurar, por los aspectos que me has contado, que la dinámica que existe entre tú y Zarik no es la de una aventura estándar. De hecho, se asemeja demasiado a una relación en toda regla salvo la exposición pública regular —dijo Malin con suavidad—. Él tiene más experiencia que tú, pero en lugar de marcar una distancia, el hombre es bastante posesivo contigo.

Arienne meditó un instante las palabras de su amiga antes de continuar.

—En cada ocasión, en la que supe que él iba a reunirse con una mujer que podría ser la idónea para ser su futura esposa, las ganas que tenía de asistir a ese banquete o cena, me sobrepasaban. Me daba igual saber que no ocurriría nada más que una simple conversación de Estado y que él siempre estaría rodeado de otras

personas, incluyendo a su visir o su *staff* —confesó de mala gana al recordar esas ocasiones—. Pero me controlé y evité mostrar mi malestar, Malin, porque nuestro acuerdo con Zarik fue siempre claro —suspiró—. Así que yo también me siento posesiva con él y es un problema, porque sé que las líneas están algo desdibujadas.

—¿Algo desdibujadas? —preguntó burlona, señalando a su amiga con la copa de vino—. Me contaste que Zarik estuvo a punto de ordenar que supriman la licencia de funcionamiento de una cadena de zapaterías de lujo, ¡la más famosa de Nariem! Solo porque el hijo del propietario estaba en la tienda matriz el día en el que tú fuiste a comprar, se quedó encandilado contigo y te envió flores para invitarte a tomar un café —dijo riéndose—. ¿Te parece que un hombre que tiene un acuerdo de sexo se comporta de esa manera? Ari, las líneas entre ustedes no solo están borrosas, sino que la situación es más que solo de amantes. No sé cuál de los dos está más en negación.

El corazón de Arienne empezó a latir con celeridad. Meneó la cabeza.

—Zarik es un hombre territorial —se encogió de hombros—, y puede actuar de manera ridícula a ratos, pero probablemente fue igual con otras personas con las que acordó tener un *affaire* —dijo recordando el episodio que mencionaba Malin.

El príncipe la había ido a ver, cuando todo el palacete estaba vacío, y encontró el ramo de flores. Le preguntó quién carajos era Aksel Boudour y ella le contestó con la verdad. La respuesta de Zarik fue besarla, hasta dejarla sin resuello, después subieron hasta la *suite* del príncipe. Se siguieron besando, hasta que el único lenguaje permitido había sido el de sus cuerpos. Fue un sexo rápido, intenso y posesivo. Pero antes de permitirle que se corriera, Zarik le había dicho que si no rechazaba esa invitación y devolvía las flores, haría que la cadena de zapaterías desapareciera de Nariem. Obviamente, ella le dijo que estaba demente y que era un neandertal obtuso.

Pero él la había acallado con un beso que derritió sus sentidos. Al final, Arienne logró que Zarik desistiera de cerrar el negocio, y utilizó su cuerpo para recordarle que no estaba interesada en otro hombre. Eso zanjó la discusión aquella noche y durante el resto de las horas juntos, el príncipe se dedicó a recordarle quién era el que

creaba la música que el cuerpo de ella necesitaba para alcanzar el éxtasis, una y otra vez.

—Zarik es solo algo territorial —murmuró Malina conteniendo la risa.

—Exacto. Todo tiene perfecta lógica —replicó encogiéndose de hombros.

Malin abrió los ojos de par en par y no pudo aguantar soltar una carcajada.

—Ah, ¿entonces tú firmaste el acuerdo de confidencialidad del que me hablaste y que suele rubricar prácticamente todo el que cruce una palabra con Zarik? —preguntó son sarcasmo y siendo consciente de que estaba acorralando a Ari con sus preguntas. Su mejor amiga era una de las mujeres más inteligentes que conocía, pero cuando intentaba ser obtusa, y evitar aceptar lo que era obvio, la desesperaba.

Arienne se quedó mirando a Malin un instante.

—No… —susurró. Porque el príncipe jamás le mencionó un acuerdo de confidencialidad cuando le propuso tener un *affaire*—. Quizá no fue necesario, porque ya tengo uno muy blindado en materia de mis asuntos laborales. No es gran cosa.

—Oh, por Alá, Arienne. No me puedo creer que no quieras darte cuenta —dijo meneando la cabeza—. Un hombre que solo te mira como un cuerpo follable no organiza un viaje al desierto de dos días, a pesar de tener una agenda brutal de trabajo, para pasarlo contigo. Tampoco te lleva en helicóptero a otra ciudad para comer Halva de Damasco, porque le comentaste que era tu dulce favorito y solo lo vendían en una tienda específica. Tampoco decide que abran a medianoche el museo nacional, el planetario o los restaurantes de más alta gama de este país, porque, en lugar de tener sexo, quiere tener otra clase de interacciones que incluyen escuchar tus opiniones sobre todos los temas que se le puedan ocurrir en una conversación. Da igual si esas ocasiones implicaban o no la antesala de una sesión de sexo. ¿Me estoy explicando? —le preguntó sin darle tregua a objetar—. La confusión que tienes es una mezcla de negación a lo que está pasando contigo. No puedo hablar por él, porque no somos amigos, pero sospecho que su cabeza debe estar tan en conflicto como la tuya.

Arienne soltó una exhalación e hizo una mueca.

—Sí, te explicas… —dijo, porque todos estos sentimientos que estaban rompiendo sus barreras, esas que había erigido, no deberían estarla invadiendo—. Él, el insoportable y arrogante hombre que yo no podía tolerar, en realidad es alguien de una personalidad profunda, un corazón generoso y una inteligencia admirable. Malin, Zarik tiene claras sus prioridades: Nariem y su legado. Y yo tengo claras las mías: avanzar profesionalmente. Aún si decidiera indagar en estos sentimientos encontrados que me embargan, no marcaría ninguna diferencia. Hablarlo con él tampoco tendría sentido, porque nuestros destinos no están hechos para encajar.

Arienne había disfrutado semanas memorables en brazos del príncipe. Cuando se quedaban conversando, ella aprendía más de lo compleja que era la vida de privilegios y el alto precio que se pagaba: el escrutinio, las expectativas, la obligación al silencio, la persecución de detractores y la prensa; las críticas y la alta responsabilidad de representar toda una nación. Pero también descubría más de la personalidad de Zarik, su esencia, lo que conseguía que riera, lo que hacía que se enfadara, lo que disfrutaba comer, beber o leer; sus gestos y tonos de voz. El hombre era fascinante.

El sentido del humor de Zarik era negro, a ratos, y contrastaba con el suyo. Sus momentos hilarantes solían terminar en besos profundos y caricias sensuales. Habían tenido sexo, hasta que ninguno de los dos eran capaces de moverse. La forma en que Zarik la llevaba al clímax, con su miembro, los dedos o la boca, la volvía febril y desvergonzada. Una vez que el palacete se vaciaba, el ala privada era para ambos. Tenían sexo en el *jacuzzi*, contra la pared, en la cama, sobre el sofá, en el mesón de la cocina; daba igual la superficie, porque el ardor, lejos de apagarse, aumentaba.

—Oh, Arienne —dijo con cariño—. Las circunstancias cambian, así como las personas que se someten a ellas. Si algo cambió en ti, en todas estas largas semanas a su lado, entonces no puedes quedarte callada. Necesitas asumirlo y aceptarlo.

—¿Asumir qué, Malin? —preguntó con un nudo en la garganta.

—Que te enamoraste de él —murmuró en un tono dulce y empático.

Arienne no quería llorar, así que cuando una lágrima resbaló por su mejilla, la limpió de inmediato. Se recostó contra la silla y miró

hacia el cielo azul de Carpal. Ella había tratado de negar con todas sus fuerzas, la verdad que Malin acababa de decirle.

El día en el que supo que estaba enamorada de Zarik su corazón se rompió, porque entendió que no podría tener a un hombre que estaba destinado a cambiar toda una nación, y no sería capaz de corresponderla. Un hombre con el que había acordado tener un vínculo sexual con un límite de tiempo. Por eso decidió ignorar sus sentimientos y negarlos; y prefirió aprovechar cada instante y cada beso.

Siempre supo que, tarde o temprano, Malin se daría cuenta de que algo no iba del todo bien con ella y la instaría a que se enfrentara a la verdad. Tal como acababa de hacer en este instante. Pero la tristeza de Arienne, al reconocerse enamorada de un hombre que le estaba prohibido para compartir en reuniones, eventos, y en libertad, iba más allá de una diferencia de roles o clases sociales o estatus. Su mejor amiga era la única que sabía al respecto. De hecho, esa fue, en parte, la razón de que Malin la animara a aceptar el *affaire*. Además de la experiencia sexual, con un hombre guapo y que tenía fama de ser un gran amante, nunca habría consecuencias irreversibles.

—Aún si él me correspondiese; aún si existieran las vías necesarias para cambiar las estructuras del Estado, con respecto al perfil de la mujer que debe elegir Zarik, lo cual tomaría años; yo estoy en desventaja. Una que es imposible de modificar, Malin —dijo agradecida de que los asistentes a la barbacoa estuvieran lejos y entretenidos con sus propias charlas. Se limpió con resignación las lágrimas.

Malin acercó la silla a la de su amiga.

—Ari, tan solo quería que te dieras cuenta de lo que estás sintiendo, porque si no aceptas ni reconoces lo que ocurre contigo, no sabrás cómo entrenar tu mente y tu corazón para tomar decisiones —dijo con suavidad y extendió la mano para posarla sobre la de su amiga—. La meta no era que te enamoraras, pero tampoco se vale entristecerse por ello. Has pasado unas semanas magníficas con él, ¿verdad? —preguntó con cariño. Arienne hizo un asentimiento—. Entonces ese es el recuerdo que te llevarás. Pero, hay un aspecto que no estás considerando en todo este asunto.

—¿Cuál…?

—Si el príncipe siente lo mismo por ti, si tiene los cojones suficientes para enfrentar esas emociones, quizá tengan una oportunidad —dijo reflexiva.

Arienne agarró la copa y giró el líquido rojo con movimientos leves. Malin no comprendía los entresijos de los círculos de poder político, las tradiciones y las expectativas que existían en una familia como la de Zarik. No importaba que él reconociera si sentía algo más que lujuria por ella, en el caso de estar interesado en reflexionar al respecto, porque sus rutas de vida eran diferentes. El príncipe anteponía sus responsabilidades a su vida personal; Nariem era la prioridad, así como el bienestar de los ciudadanos, porque su apellido debía continuar. El *affaire* de ambos, ahora Arienne lo comprendía mejor, era el último guiño de Zarik a la soltería, antes de que, tal como se lo comentó en el mirador de Thethuan, le pusiera grilletes a su libertad.

—Malin, uno de los motivos por los que yo opté por no utilizar protección en la cama es porque, primero, Zarik está sexualmente limpio y no tener barreras entre los dos es algo indescriptible —confesó abiertamente—. Segundo, porque yo estoy tomando anticonceptivos. Tercero, porque nunca podré quedar embarazada —dijo con un hilillo de voz y sintió un nudo en la garganta—. Esto último lo sabes muy bien… —Malin asintió con pesar—. Aparte de las emociones, más allá de la lujuria, posesión y protección de él hacia mí, no sé si existan otros sentimientos profundos. Pero tampoco quiero explorarlos, porque podría decepcionarme. Así que he optado por aprovechar el tiempo que nos queda, pues es lo más saludable para mí —dijo.

—No puedes decepcionarte de algo que no conoces, Ari, habla con él.

Ella hizo una negación vehemente. Eso sería un suicidio emocional. Ver la expresión atónita o incomodidad de Zarik, la mataría. Con el paso del tiempo, así como le había ocurrido en otras circunstancias de la vida, lo podría olvidar. Conocería a otra persona, a la que no le importaría su infertilidad, y tendría una familia normal. Inclusive la idea de adoptar le parecía estupenda, porque ella también era adoptada.

—No, Malin, jamás podría ser la mujer que él necesita como pareja, aún si el mundo se volviese loco y él pudiera elegir a alguien

sin título nobiliario o conexiones de poder internacional. El legado Al-Sarkham no está basado en la riqueza, el poder o las conexiones socio mercantiles, sino en la descendencia —concluyó—. Mi idea de familia no podrá incluir jamás hijos biológicos y ese es el sello de una monarquía.

—El síndrome de insuficiencia ovárica no es determinante, Ari —murmuró en un tono afligido al ver sufrir a su mejor amiga—. Ve a buscar un especialista nuevo. Alguien que te pueda brindar nuevas perspectivas. No por Zarik, sino por ti. Para que tengas una esperanza de que podría ser diferente, con él o con otro, ¿qué opinas?

Arienne soltó una risa amarga y decidió sincerarse con Malin.

—Años antes de que mis padres murieran, le pregunté a mamá si podría llevarme a otra ginecóloga para que revisara de nuevo mi condición —dijo con una exhalación—. Yo escuchaba a mis amigas de la universidad hablar de sus planes de tener una gran familia y yo siempre quise ser madre. Lo quería con todo mi corazón. Me negué a continuar aceptando ese diagnóstico que me dieron cuando tenía diecisiete años —dijo—. Fui con mi mamá a cuatro ginecólogas de centros especializados. Dos en Francia y dos en Suiza. Las resoluciones fueron las mismas.

—Oh, lo siento tanto, Ari, lo siento tanto —dijo incorporándose para abrazar a su mejor amiga—. Sé que en algún momento te enamorarás de alguien que no tenga una maleta a cuestas tan pesada y que tener hijos no sea un requisito para estar contigo.

Arienne se apartó con una sonrisa leve. Ella había aceptado su vida tal como el universo la había dibujado. A ratos podía tener la posibilidad de borrar ciertos rasgos y crear unos nuevos; a ratos, simplemente, le tocaba conformarse. Como ahora.

—Lo más importante es que encuentre un hombre que también se enamore de mí, así como yo podría estarlo de él. Así todo sería más llevadero —sonrió, porque no quería pensar en la imposibilidad de que Zarik pudiera corresponderla.

En ese instante, Ramma le hizo una seña a su esposa y a Arienne para que se acercaran a agarrar el plato de comida recién salida de la parrilla.

—Ari —dijo Malin caminando hacia donde estaba el resto de amigos—, sé que eres una mujer valiente y valiosa. Si antes de

terminar el *affaire* decides decirle a Zarik lo que sientes, entonces, quizá encuentres respuestas inesperadas. O quizá, el solo hecho de expresarlo te brinde más libertad —sonrió—. ¿Lo verás, hoy?

Arienne consideró el consejo, pero no creía que pudiera aplicarlo. El riesgo de un rechazo de Zarik, sí le dolería; además, también existía la posibilidad de que él se sintiera presionado o que la acusara de romper las reglas y terminase el acuerdo de manera abrupta. Ella prefería concluir el *affaire* de forma amigable y eso implicaba callar sus sentimientos, disfrutar los días por venir, y crear memorias con él. Punto.

—Sí… —dijo con una sonrisa—. En el riad de su ala privada del palacete.

—¿Es más viable quedarte a dormir en ese lugar? —preguntó Malin, porque sabía que una de las principales preocupaciones de Arienne era que alguien, que no estuviera bajo estrictos cánones de confidencialidad, sospechase que existía un vínculo más allá del plano laboral con Zarik—. Entiendo que la discreción es prioritaria.

Arienne hizo un asentimiento breve.

—Hemos amanecido juntos pocas veces —confesó al hacer un recuento mental rápido—. En mi casa es imposible, porque siempre puede aparecer un vecino cotilla de manera imprevista. Zarik viaja con una comitiva de seguridad numerosa. Pero, hay días entre semana o fin de semana que, si él no tiene que viajar o su agenda está un poco menos ajustada, les da libre a los empleados del palacete, menos al chef y a los encargados de protegerlo, y puedo pasar la noche —dijo con un brillo en la mirada, al recordar esas pocas mañanas en la que despertaba entre los brazos de Zarik, sintiendo sus besos en el cuello, las caricias de sus manos y la fuerza de su cuerpo.

—El príncipe se toma muchas molestias para proteger tu privacidad. ¿Todavía crees que él solo siente lascivia por ti, Ari? —preguntó sonriendo.

Arienne puso los ojos en blanco e ignoró el comentario de Malin. Prefirió dedicarse a disfrutar de la barbacoa, bailar, entablar conversaciones con personas que no veía hacía mucho tiempo, pero, en especial, optó por olvidar los motivos por los que jamás podría ser una pareja adecuada para el hombre que pintaba sus encuentros de placer. Estas eran las ironías de la vida y el toque ácido que

acompañaba la dulzura. Todo tenía un precio, el suyo era mirar al hombre del que estaba enamorada comprometiéndose con otra mujer. ¿Lo volvería a pagar por estar con Zarik? Sí.

Las olas del mar jamás eran iguales. Ella había decidido sumergirse en la que consideró que le brindaría el ritmo, la frescura y la intensidad que buscaba. Sin duda, se estaba manteniendo a flote y pretendía continuar ese ritmo, hasta llegar a la orilla.

Una vez que pisara de nuevo tierra firme, entonces se embarcaría hacia otro rumbo. Jamás olvidaría la ola que había surfeado, pero aprendería de esa experiencia para poder navegar nuevas posibilidades. Quizá en otra playa, quizá en otra vida.

Zarik caminó de un lado a otro sobre la alfombra de la biblioteca del palacete. Esta era una estancia a la que solía retirarse al final de la jornada para leer, al menos veinte minutos, alguna novela de John Grisham o cualquiera que tuviese que ver con crímenes o *thrillers*. Esa era su manera de desconectar. No le apeteció salir de su biblioteca, para ir a la oficina, cuando Hamur le solicitó que lo recibiera un instante.

La reunión que estaba llevándose a cabo no estuvo contemplada dentro de la agenda, pero su visir no necesitaba registrar una cita previa cuando existían temas importantes. En este caso era que los reyes de Thethuan declinaron la invitación a Nariem, porque entraba en conflicto con las fiestas de la fundación de ese reino. Pero, a través del secretario del rey, le informaron que Lydia sí asistiría. Esto era para Zarik un triunfo, porque podría darle a la princesa un alivio al calvario sufrido. Por eso, cuando Hamur le comentó que tenía novedades del caso, Zarik le ordenó que se presentara de inmediato al palacete para dialogarlo en persona y tomar decisiones.

No se esperaba que su visir trajera consigo al equipo completo que había estado trabajando en crear el estatus de asilada política para Lydia. Pero le daba igual. Siempre que tuviera la posibilidad de que Arienne estuviese alrededor, su estado de ánimo recibía un subidón. Parecía como si ella llevara consigo una dosis de calma y

sensualidad al mismo tiempo, y supiera en qué instantes emanar cada una. O tal vez era simple percepción de él. Por otra parte, estaba convencido de que la necesidad de tocarla, aspirar su aroma, palpar su cuerpo, acariciar su piel y disfrutar sus besos no iba a extinguirse, tal como pensó que ocurriría en un inicio. Esto representaba un gran problema, porque la idea de no poder tocarla de nuevo lo enfurecía y frustraba.

Zarik no estaba solo físicamente cautivado por ella, sino que le gustaba escucharla y entender cómo funcionaba su mente. Una charla con Arienne era muy estimulante, en la cama, sí, pero en especial fuera de ella. La mujer lograba encontrar los puntos más importantes que él dejaba pasar de largo cuando hablaban de política, sociedad, cultura o economía. Ella podría reemplazar a cualquier jodido asesor en el Estado, pero las restricciones de su país lo impedían. Además de que aún le quedaban varios años para adquirir más experiencia laboral. Sin embargo, él se sentía contento de que ella pudiera explotar sus capacidades profesionales en Insignia Regional.

Las opiniones de Arienne eran siempre agudas y sensatas. Varias noches, cuando no estuvieron juntos por viajes que él tuvo que realizar, no pudo dejar de llamarla para compartir los eventos de la jornada, porque anhelaba escuchar su opinión. Su voz. En un entorno en el que primaba la hipocresía, en el afán de complacerlo y ganarse su beneplácito, a ella solo le importaba hacerse escuchar y decirle la verdad sin demoras. Eso era refrescante y un baño de realidad que, alguien en su posición de poder y privilegio, necesitaba. Pero, sobre todo, confiaba en ella.

En las últimas semanas, además de los momentos en los que ambos rasgaban la piel del deseo para encontrar el punto de inflexión que los empujaba hacia el clímax, Zarik había compartido con ella otras actividades, pero con un perfil bajo y rodeados de otros colaboradores. Aunque en público no le hablaba, tampoco la miraba o tocaba, menos se acercaba demasiado, saber que ella estaba alrededor era suficiente.

Esas ocasiones consistieron en visitar algunas ONG y también tribus empobrecidas del desierto para llevarles víveres y ofrecerles, a los niños, becas escolares. Él le preguntó si querría acompañarlo a estas actividades, pues podría incluirla dentro de la comitiva como

asesora, para así no crear sospechas ni miradas suspicaces. Ella, ni bien Zarik terminó de contarle la propuesta, aceptó sonriente.

En una de esas tardes, una ventisca del desierto había empezado a levantarse en la zona de tribus, afines al Estado y al régimen, que estaban visitando. Su comitiva estaba en una escuela local entregando ordenadores y presentando a los capacitadores que los introducirían al mundo digital. Se había dado la orden de que nadie saliera del aula de clases, hasta que pasara la ventisca. Eso incluía el grupo de trabajo de Zarik.

Sin embargo, Arienne había desobedecido, porque en el exterior escuchó que un niño estaba llorando. Así que había salido, sin dar tiempo a reaccionar a nadie, y luego había cerrado la puerta del aula tras de sí. Zarik se movió a toda velocidad para seguirla, seguido de sus guardaespaldas, pero fue imposible alcanzarla, porque la tormenta de arena estaba en todo su apogeo. De hecho, cuando él abrió la puerta ligeramente, un montón de arena entró en el aula y los niños gritaron de miedo.

Cabreado por la situación, él había empujado de nuevo la puerta de fierro, y se dedicó a contarle historias a los pequeños para tranquilizarlos. Después de todo, él era el referente de seguridad, aplomo y serenidad en esos momentos. Así que hizo lo que estaba entrenado para hacer: ejercer un rol de autoridad, mantener la calma y transmitirla a otros. Zarik creyó que había envejecido una década, en unos minutos, con la imprudencia de Arienne, porque una ventisca podía ser mortal en el desierto.

Mientras el viento bramaba en el exterior y la arena golpeaba los vidrios, Zarik, por dentro, estaba desesperado. Se había sentido impotente y mortalmente asustado ante la imposibilidad de poder ir a buscar a Arienne; experimentó terror por la perspectiva de que estuviera herida o de que pudiera perderla. Ella era la única que lograba interrumpir su concentración durante el día; por ella, él modificaba su ruta de responsabilidades y trabajo, en el afán de hallar el tiempo para verla; Arienne era la persona, cuyos pensamientos más anhelaba conocer. Fue entonces cuando un tirón en el pecho, fuerte y contumaz, lo sacudió con rudeza. La emoción le era desconocida y desconcertante, porque nunca había experimentado, por ninguna otra mujer, la visceral necesidad de poseerla y protegerla a toda costa. La potencia de la ventisca había

sido la perfecta metáfora de lo que ocurrió con sus sentidos en esa tarde.

Cuando el breve fenómeno pasó, sin repercursiones graves debido a que fue relativamente leve, Zarik, junto a sus guardaespaldas, había salido del aula. Le resultó titánico el esfuerzo de controlar las ganas de salir corriendo, para gritar el nombre de Arienne, y saber si ella estaba bien. Mientras caminaba entre la polvareda, apenas asentada del exterior, esa emoción desconocida que había sentido momentos atrás, en el aula, fue reemplazada por una certeza que lo golpeó en el plexo solar al encontrar a Arienne de una pieza; sin aparente daño. Estaba junto a la casita de juegos, abrazando al niño, ambos llenos de arena, mientras ella le limpiaba las lágrimas.

Cuando los integrantes de su equipo de seguridad habían querido acercarse para agarrar al niño e instar a Arienne a entrar en uno de los coches oficiales de la comitiva, Zarik levantó la mano con una orden silenciosa, deteniéndolos. No había considerado óptimo asustar más al niño, porque era evidente que estaba en *shock*. Sin embargo, el príncipe sí se había acercado a los dos, con sigilo, para no interrumpirlos. Se mantuvo a una distancia prudencial, hasta que el pequeño diera signos de calmarse.

—Mira qué valiente eres, pequeño —le había dicho Arienne al niño. El hiyab había desaparecido. Los cabellos rubios estaban revueltos y con arena, así como la ropa de su dueña—. Hemos pasado una gran aventura. Tú fuiste muy valiente.

—Sí, lo fui, pero la maestra me va a castigar —había murmurado el niño limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano—. No lo logré salvar, Ari.

Debido a la agitación ninguno de los dos había reparado que tenían compañía. Además, Arienne solo mantenía su enfoque en lo que el niño dijera o necesitara.

—No lo hará, Bilahi, porque tú solo querías asegurarte que Caifán estuviera a salvo, ¿verdad? —había preguntado y el niño asintió—. Solo debes recordar que los gatitos, en especial estos que son silvestres, tienen muchos recursos para salir ilesos y poseen reflejos muy rápidos para sobrevivir. Él está de seguro en algún sitio de la escuela jugando o durmiendo. Lo volverás a ver, en verdad, más pronto que tarde.

—¿Me lo prometes, Ari? —le había preguntado con esperanza en su mirada.

Arienne había esbozado una sonrisa amplia y sincera. Al parecer, en ese lapso en el que duró la ventisca, intercambiaron nombres y formaron un lazo mutuo.

—Tú y yo, Bilahi, seremos siempre amigos. Los amigos no dicen mentiras. Así que, sí, te prometo que Caifán está más que bien, ¿me crees? —había preguntado.

—Sí… —había murmurado Bilahi—. ¿Nunca tuviste mascotas?

—No, porque mi familia viajaba mucho, pero amo los animalitos así como tú —había sonreído—. Quizá, si en algún momento lo decides, podrías ser veterinario.

La expresión del niño se había iluminado.

—¡Eso sería genial! —había expresado—. ¿Crees que el príncipe Zarik se enfade, porque no obedecí? Las personas dicen que es un hombre muy estricto.

—El príncipe Zarik, alguna vez también fue un niño como tú. Uno muy valiente que desafió las normas y se libró de un grupo de secuestradores. —Bilahi había abierto de par en par los ojos—. ¿Sabes cómo lo consiguió? —había preguntado, y el niño hizo una negación—. No permitió que el miedo condicionara su vida y ahora utiliza su fortaleza para lograr cambiar el país que tanto ama. Eso incluye ayudar a que niños de gran corazón, como tú, tengan una mejor educación. El príncipe Zarik es un hombre noble, inteligente y que nunca dejará de trabajar para que, cuando sea rey, los nariemus tengan una mejor vida. Eso te incluye a ti.

—Creo que me cae bien el príncipe —había murmurado.

Arienne había soltado una risa suave.

—A mí también, Bilahi.

—¿Volveremos a vernos? —le había preguntado frunciendo el ceño.

—Bilahi, te doy mi palabra de que hallaré la manera de volvernos a saludar.

—No estás usando tu hiyab y pueden castigarte —había murmurado el niño de repente y extendiendo la mano para tocar la cabeza de Arienne—. No quiero que te pase nada, porque ahora somos amigos. Los amigos se cuidan, ¿verdad?

Ella había hecho un asentimiento.

—No me van a castigar —había sonreído—, porque se darán cuenta de que he estado con un niño muy valiente que ha sido el que me protegió de la ventisca.

—¿Eso hice? —había preguntado con una expresión de gran emoción.

—Por supuesto, yo solo vine a acompañarte, pero si no me hubieras contado la historia de cómo conociste a Caifán, entonces no habría sido posible yo que dejara atrás el miedo de que me llevara la ventisca —había dicho haciéndole un guiño.

—Ari… —había murmurado el niño elevando la vista y luego regresándola a su nueva amiga—. Mmm, creo que tenemos compañía. Muchas personas, de hecho.

En ese instante Arienne se había dado la vuelta para encontrarse frente a frente a Zarik. A varios metros de distancia, detrás de él, estaban los guardaespaldas. Los cobardes de sus compañeros de trabajo, en cambio, se habían metido a los coches.

—Bilahi —había dicho Zarik acuclillándose junto a Arienne para estar a la altura del niño—, gracias por haber cuidado de la doctora Johansen. Ella es una integrante muy importante en mi equipo de trabajo. Quiero que conozcas el palacio real de Nariem. Así que pronto, unos encargados especiales, contactarán a tus padres para llevarte a visitar los alrededores. ¿Qué te parece la idea? —había preguntado.

—¡Eso es megaincreíble, príncipe Zarik! —había exclamado, en su inocencia, lanzándose a los brazos de la importante figura masculina. Luego se apartó.

—Doctora Johansen —había murmurado Zarik mirándola. Ella había apartado su atención de Bilahi—, eres mucho más de lo que hubiera esperado.

Kirian había interrumpido la respuesta de Arienne al acercarse para limpiar la túnica del príncipe. Pero este no le había hecho caso, sino que, a cambio, le dio instrucciones de que contactara a los padres de Bilahi y le consiguiera una frazada a Arienne para que se sintiera más cómoda, después del incidente que había vivido.

Luego de aquel episodio, la sensación que se mantuvo en el príncipe fue de realización y *shock*. Estaba en serios aprietos, porque esa mujer de temperamento decidido, que había arriesgado la vida por un niño desconocido, solo en el afán de protegerlo,

rompió las cadenas con las que Zarik siempre mantuvo cercado su corazón. La generosidad y empatía de Arienne la hacían su compañera ideal en todos los aspectos. Después de haberse entrevistado con al menos cinco princesas, desde que su padre le dio el ultimátum, ninguna de ellas encajaba en sus estándares. La razón era muy simple, ahora lo comprendía, y es que ninguna era Arienne Johansen.

Zarik no tenía la más jodida idea de cómo carajos iba a lograr casarse con una mujer tan solo por conveniencia y negocios, aún cuando ese era su deber y él lo supo desde siempre, cuando deseaba fervientemente a otra que, el Consejo de Ley y las reglas de la tradición, nunca aceptarían. En una semana más, él tendría que notificarle a su padre su decisión. La sensación al respecto era similar a caminar hacia la guillotina.

Necesitaba pasar todo el tiempo que pudiese con Arienne.

La anterior era la razón por la que quería que esta reunión con Hamur acabara lo antes posible. Zarik tenía preparado un momento diferente con Arienne esta noche. Además, necesitaba conversar sobre un asunto muy importante. Solo ella podría comprenderlo y darle una opinión certera e imparcial. Pero, antes, tenía que finiquitar esta reunión. El caso de Lydia era humanitario y, por ende, merecía atención.

—¿Cuánto tardará en concluir el asunto del asilo? —preguntó. En la sala no solo estaba Arienne, sino también los seis abogados que trabajaban en el caso.

—Una vez que la princesa de Thethuan llegue a suelo nariemu, adquirirá automáticamente el estatus de invitada diplomática. Luego pasará un lapso de cinco días, para registrar la carta de intención que debe traer la princesa, y finalmente tiene que recibir su sello, su alteza, así como el de su majestad, el rey Soldon o su majestad, la reina Esme —explicó Vardam, el abogado principal del caso—. La estrategia legal que diseñamos es impenetrable y sólida. No existe riesgo de impugnación o querella.

El príncipe hizo un asentimiento conforme.

Este equipo de abogados asesoraba de manera personal a Zarik, es decir, asuntos de inversiones, portafolio de bienes raíces, contratos particulares, posibles demandas, así como vínculos con corporaciones en las que el príncipe era socio. Todo esto sin

involucrar el trabajo propio de su rango como miembro de la realeza de Nariem. El caso de Lydia, sin embargo, él lo consideraba personal. Sentía que estaba ayudando a un igual, pero también a un ser humano que había sido defraudado una y otra vez. Si la princesa hubiera estado bajo el escrutinio que le hubiesen hecho los abogados regulares de la corona, al saber que buscaba asilo político, habría sido una crueldad. Esto Zarik jamás lo habría permitido. Se alegraba de estar ayudándola.

—¿Hamur, crees que esto provoque repercusiones adicionales a las previstas? —preguntó refiriéndose al ámbito político, pues el legal, Vardam lo había aclarado.

—No, su alteza —replicó el anciano—, la doctora Johansen se ha encargado de guiarnos en materia política muy acertadamente. Los detalles están cubiertos, así como las medidas de contingencia considerando los escenarios diversos.

—De acuerdo, señores, y doctora Johansen, si eso es todo…

—Disculpe, su alteza, queda un tema pendiente —dijo Hamur con suavidad—. ¿Podría concederme unos minutos adicionales de su tiempo, por favor?

—Por supuesto, pero es el último asunto que voy a tratar por hoy —expresó sin mirar a Arienne. Ella estaba vestida de manera impecable con un traje sastre negro y blusa interior *beige*; era epítome de la elegancia y profesionalismo. No podía esperar a quitarle esa ropa y despertar en ella la pasión que aguardaba por ser domada.

—Sí, su alteza —dijo el visir—. Si usted ya ha elegido a su prometida, apreciaría su generosidad en compartir conmigo el nombre. Solo así se podrá dar inicio a los procesos de protocolo y redacción de documentos oficiales de petición de matrimonio. Además, sus abogados también podrán ejecutar la cláusula de separación de bienes y protección de su patrimonio personal. Los abogados de la monarquía se encargarán de delimitar el patrimonio estatal y negociar con el país de origen de su prometida. —Zarik apretó la mandíbula, pero su expresión se mantuvo impasible. Esto no era lo que hubiera esperado escuchar, menos con Arienne presente—. Queda un mes, o quizá menos, para que se cumpla el plazo de su majestad, el rey Soldon.

Arienne quería salir corriendo lo antes posible de este lugar.

Que Hamur la hubiera llamado para una reunión de urgencia, en un fin de semana, le causó intriga, pero cuando el anciano mencionó que tenía que ver con la princesa Lydia, a Arienne no le importó laborar horas extras. Al fin y al cabo, ella y Zarik ya tenían planeado reunirse en el palacete. Lo único que ocurrió fue que cambió el horario del encuentro debido a temas laborales. Por otra aparte, el príncipe le había dicho por teléfono que tenía en mente una experiencia especial por compartir y que de seguro iba a encantarle, pero no le reveló de qué se trataba. No obstante, las ganas de descubrir de qué se trataba se esfumaron cuando Hamur mencionó el matrimonio.

Después de su conversación con Malin en la tarde, reconociendo que estaba enamorada de Zarik, lo que Arienne estaba escuchando en esta biblioteca se asemejaba a un millón de aguijones de abejorro punzándole la piel. Ella había esperado con ilusión verlo, pero ahora solo prefería marcharse. Estaba segura de que ni siquiera él esperaba que el visir sacara a colación este asunto en particular.

—Comprendo, Hamur —expresó Zarik en un tono de voz tenso. Notó que Arienne tenía la mirada fija en algún punto distante de la estancia—. Creo que la elección siempre ha sido obvia, en especial, después de haber conversado en persona con cada una de ellas —dijo con simpleza—. Sin embargo, ya que aún tengo tiempo, prefiero enfocarme en que primero concluya el proceso de asilo político de la princesa.

—Por supuesto, su alteza —replicó el visir—. Entonces, si no está usted inclinado a conversar con el rey, todavía, ¿podría proporcionarme el nombre, por favor? De esa manera, podríamos empezar a delinear los aspectos vinculantes a esta clase de ceremonia y, cuando llegue el momento, no quedará ni un detalle al azar.

Justo cuando Zarik iba a abrir la boca para decirle a su visir que dejaría el asunto para la mañana siguiente, Arienne se incorporó del asiento con elegante rapidez. Todo quedó en silencio y fijaron su atención en ella. Zarik tan solo la observó, consciente del malestar que de seguro estaría experimentando, porque Arienne jamás quiso discutir esta clase de temas. El príncipe no podía reprender a su visir, porque el anciano tan solo estaba haciendo su trabajo y velando por sus intereses.

—Su alteza, príncipe Zarik —dijo ella en un tono serio. No podía aguantar más tiempo en la biblioteca, el corazón le iba a mil y sentía la bilis en la garganta. Necesitaba una excusa creíble para largarse de una buena vez—. Señores —dijo mirando a los otros presentes—, ha sido un gusto haber colaborado en este proceso para su alteza, la princesa Lydia de Thethuan. Cualquier detalle lo podremos conversar durante los días laborales —sonrió—. Salvo que haya algo pendiente al respecto.

—No, doctora Johansen —replicó Vardam con una sonrisa amable.

—No, doctora Johansen —intervino Hamur—. Su colaboración en temas políticos ha sido un gran aporte. Invitarla a esta reunión tuvo como finalidad que su alteza, el príncipe Zarik, también supiera que usted ha sido una excelente asesora. Además de que compartiese con nosotros otros análisis y puntos de vista del caso.

Arienne no sabía si sonreír o llorar, así que tan solo asintió, sin mirar a Zarik.

—Ha sido un gusto participar en esta conversación y aprecio que me hayan incluido por mi profesionalismo, caballeros —dijo dándose una palmadita mental de felicitación, porque su voz no se había quebrado—. Entonces, puesto que el inminente compromiso matrimonial de su alteza, el príncipe Zarik, no está dentro de mis responsabilidades como asesora política, y dado el secretismo de un tema tan importante, considero óptimo y discreto retirarme. Aún tengo pendiente revisar unos detalles de la Cumbre Global Shara —mintió—, así que me retiro. —Luego miró a Zarik, aunque le doliera hacerlo—: ¿Tengo su permiso, su alteza, para marcharme?

Él hubiera querido acercarse, decirle que no se fuera de la biblioteca, porque eran los demás los que tenían que largarse de inmediato. Quería tomarla en brazos y decirle que cualquier nombre, que sacara de las mejores listas de novias potenciales, jamás podría equiparársele. Quería besarla y borrar esas sombras que habitaban en sus ojos verdes que, ahora que la conocían tan bien, podía notarlas con claridad.

Entendía que estuviese enfadada y se sintiera incómoda, pero, aunque este no fuese el mejor escenario, Zarik sabía que era un recordatorio de su destino. Aún con todo el poder que tenía entre manos, el patrimonio por heredar, su patrimonio personal de

respaldo, las conexiones, el poder, el nivel de influencia y el estatus, Zarik estaba atado por las invisibles anclas de la responsabilidad y la lealtad a Nariem.

—Doctora Johansen, la cumbre se llevará a cabo pasado mañana. Así que, cuando acabe esta reunión, quiero escuchar sus comentarios sobre esos detalles que acaba de mencionar que va a revisar del evento —dijo con una altivez que no sentía, pero no podía decir nada más al tener testigos alrededor—. Agradezco que haya accedido a la solicitud de Hamur para venir a trabajar un sábado en el caso de la princesa Lydia —expresó—. Ahora, con respecto a su pregunta, sí, puede retirarse.

Un brillo desafiante destelló en los ojos de Arienne al notar el tono de voz arrogante de Zarik. Si no hubiera otras personas, le habría lanzado un almohadón. Pero sabía a qué respondía la actitud arrogante de él. En este espacio, ante otros, ella era solo una asesora política, no su amante. Él, la estaba protegiendo como siempre.

Arienne quería gritarle a Hamur y decirle que dejara de insistir en el nombre de la futura esposa de Zarik, porque la sola idea la destrozaba. Pero ella estaba en una situación que le exigía actuar tal como sus padres le enseñaron en los momentos espinados: diplomáticamente. Reaccionar por instinto era contraproducente.

—Gracias por su amabilidad, su alteza —dijo con un sarcasmo que solo él comprendería. Luego miró a sus colegas, a Hamur y a Kirian—: Buenas noches.

Todos murmuraron una despedida, pero pronto se enfrascaron de nuevo en la conversación que había quedado suspendida en el aire por la interrupción. Arienne bajó las escaleras y miró la hora. El reloj no solo marcaba el tiempo de la noche, sino también cada segundo como si se tratase del latido de la cuenta regresiva de un adiós que sería inevitable. Una sensación de desolación e impotencia se apropió de ella. «Hubiera sido más fácil si su corazón no hubiese decidido abrirse a Zarik».

No necesitaba encerrarse en la oficina, porque su trabajo para la cumbre ya estaba casi listo. Tampoco tendría actitudes infantiles como evitar a Zarik o enfadarse con él, porque el príncipe no había cometido una infracción. Ella en realidad estaba furiosa con las circunstancias. De hecho, su abrupta necesidad de alejarse de la

biblioteca había sido impulsada por la urgencia de oxigenar sus pulmones, porque sintió que, súbitamente, las paredes se cerraban sobre ella. La sola idea de poder escuchar a Zarik mencionar el nombre de la mujer con la que iba a casarse, discutir el asunto y planear, superficialmente, ciertos detalles, le provocaba arcadas y fastidio.

Arienne continuó caminando y limpiándose las lágrimas.

El palacete, durante el fin de semana, solía contar con un número reducido de empleados. Pero considerando que Zarik la había invitado a pasar la noche, tal como ocurría cuando planeaban estar a solas, el lugar estaba libre de empleados. Ella sabía que solo quedaba el chef, y el equipo de seguridad en las periferias y puntos clave. En conclusión, Arienne tenía privacidad y libertad para deambular por el palacete.

Una vez que abrió las puertas que daban al gigantesco jardín, fuera de todas las áreas comunes, Arienne aspiró una bocanada de aire. Profunda y largamente. Se sintió mejor y el viento de la noche le secó las lágrimas de frustración y pesar. Caminó unos pasos y luego se sentó en una de las banquetas de mármol blanco tallado. Tenía ante ella la inmensa piscina, rodeada de palmeras, tumbonas, luces tenues y un cielo parcialmente nublado. La brisa que corría era fresca, pero ella no tenía abrigo. Le daba igual. Por ahora, lo único que tenía que hacer era entrenar a sus emociones, tan frescas en el descubrimiento de su enamoramiento de Zarik, para que no la traicionaran.

Jamás haría algo para que él se sintiera presionado a confesarle que la correspondía o acorralado si acaso no lo hacía. Arienne no era esa clase de mujer. Ella hizo un acuerdo, basado en las no expectativas y sin promesas de por medio, así que iba a cumplirlo. Que se hubiera enamorado de Zarik no era culpa de él, ni suya. Ella seguiría aprovechando cada instante que les quedara juntos, antes de que el príncipe hiciera el anuncio formal de la mujer a la que le entregaría su anillo. Ese día, bien lo sabía Arienne, sería el final del *affaire*. Su corazón solo podía aceptar en silencio la sentencia de un amor prohibido en una tierra marcada por las tradiciones.

Arienne esbozó una sonrisa y miró al cielo. Quedaba un lucero a la vista. Siempre existía una pequeña posibilidad de transitar la oscuridad sin ser absorbida por su falta de color. Porque el negro no

era un color, sino la ausencia de luz. Arienne siempre se había sobrepuesto a las situaciones inesperadas y adversas. Solo esperaba que en esta ocasión, en la que se había entregado sin culpa, ni arrepentimiento, ni esperando más de lo que acordó con Zarik, el final no la destruyera por completo.

CAPÍTULO 19

Zarik sabía que Arienne no tenía ningún trabajo en la oficina y que no se había marchado. Quizá era absurdo, pero él podía sentir cuando ella estaba alrededor. Así que tan solo revisó las cámaras de seguridad para saber en qué parte del palacete se hallaba con exactitud. Se acercó al jardín con paso lento, sintiendo la brisa de la noche; ya se había quitado el *keffiyeh* y también la túnica. Llevaba pantalones de lino y una camisa azul, remangada hasta los codos. Su visir, Kirian y los abogados, se habían ido luego de que les informara el nombre de la princesa con la que estaba considerando casarse. Zarik tenía planeado hablar con su padre e informarle su decisión final en los próximos días, aún cuando la perspectiva de esa reunión le causara desazón.

Aunque su elección más obvia fue Rihanon, todo su ser se rebelaba ante la posibilidad de entregarle su anillo, su apellido y su simiente. Daba igual que ella tuviese todas las cualidades para reinar, inclusive que fuese guapa, y que su país fuese el aliado perfecto para Nariem. La persona que necesitaba junto a él era la belleza que estaba en estos instantes de espaldas a él, contemplando el agua de la piscina, en silencio.

Zarik no podía dejar marchar a Arienne de su vida. Necesitaba encontrar una vía alterna, porque perderla implicaría que una parte de su alma se quedaría siempre en oscuridad. Él nunca había cuestionado ni reprochado su posición en la jerarquía monárquica, pero esta ocasión era diferente. Por ella. Esta realización le provocaba un enorme conflicto, porque fue aleccionado para reinar, para servir a un país y seguir las expectativas que pasaban de una generación a otra en su linaje. Ahora, no obstante, estaba en

disyuntiva lo que él, como un hombre común, quería con todas sus fuerzas: la mujer de la que se había enamorado, a su lado, en una relación sin ocultarse.

No quería continuar este *affaire*, porque no lo era más; quizá empezó con la idea de una aventura, pero eso cambió radicalmente tiempo atrás. Lo que él y Arienne tenían era intenso y con una conexión profunda difícil de encontrar. Por eso quería hallar el modo de hacer pública su relación, aunque esta fuese atípica, dado su estatus real y el bagaje personal de ella; aunque hubiese un montón de seguridad adicional y escrutinio público. Él protegería a Arienne, ante otros, tal como lo hacía ahora en privado. No permitiría que la redujesen a la «novia del príncipe», porque ella se había ganado el espacio en Insignia Regional por méritos propios. Aún si Arienne no le correspondiese, él encontraría la manera de enamorarla y convencerla de que podría existir una vía para estar juntos, a pesar de las estructuras tradicionales vigentes.

Lo anterior implicaría un reto para Zarik, porque involucraría desafiar a todas las instancias estatales, siglos de rituales, y planes socio-políticos estipulados. Pero lo intentaría, armaría una estrategia funcional y realista, si Arienne le daba el más mínimo indicio de que también estaba dispuesta a asumir el riesgo de estar juntos, no solo en privado, sino de cara a la sociedad. Cuando Zarik estaba con ella, la carga de tareas que pesaban sobre sus hombros se volvía más ligera, pues solo le bastaba un beso suyo para aliviar un mal día y convertirlo en uno mejor. Sin embargo, Zarik el príncipe estaba verdaderamente cabreado con la disyuntiva de lealtades que estaba viviendo. Su mente le exigía estoicismo, pero las emociones en su pecho le pedían lo opuesto.

—No fue mi intención hablarte de manera arrogante, pero sé que comprendes el motivo detrás —dijo Zarik sentándose junto a Arienne—. ¿Estás enfadada?

Ella apartó la mirada de la piscina y la posó sobre el príncipe. Las luces del entorno se entremezclaban con la noche y le daban a él un aspecto misterioso. Su barba recortada, que parecía no habérsela afeitado en cinco días, lo hacían parecer siempre devastadoramente atractivo. Esos labios carnosos invitaban a mordisquearlos. Los cabellos negros, sedosos y espesos, eran su

ancla preferida cuando él embestía en su interior, llenándola, y arrancándole sensaciones indescriptibles que la enloquecían.

—Estoy bien, Zarik —replicó en tono suave. Lo que de verdad le ocurría no era posible confesarlo—. ¿Ha quedado todo claro con tus asesores? —preguntó.

Él estudió la expresión de Arienne. Sabía lo que estaba preguntándole. Extendió la mano y le acomodó un mechón de cabello dorado detrás de la oreja.

—Nunca me había parecido una tortura cumplir con una orden de mi padre —dijo y se sentó a horcajadas sobre el asiento de mármol. Arienne giró el torso para mirarlo frente a frente. No había casi distancia entre ambos—. Esa es la verdad.

Arienne sopesó las palabras del príncipe. Estaba segura de que, meses o años atrás, este comentario jamás habría salido de su boca. No quería fingirse ciega o torpe, pero lo que Malin le había dicho era la verdad. Un hombre que la miraba con lujuria, mas la trataba como una pieza de la colección Ming, no solo buscaba sexo. Sin embargo, sabía que cualquier otro vínculo distinto a un *affaire* sería imposible para ambos. Lo más probable es que Zarik se preocupara por ella, sí, pero el amor era una palabra demasiado fuerte y profunda. Él no parecía inclinado a esa clase de emociones.

—¿Quién es…? —preguntó en un susurro, aunque sabía la respuesta.

—Rihanon —dijo apretando los labios.

Arienne quiso llorar, Dios, cuánto quiso dejar rodar las lágrimas por su rostro. Pero tan solo aceptó la situación. Extendió la mano y cubrió la mejilla del príncipe.

—Sé que será una excelente reina para Nariem —replicó, incorporándose.

No quería continuar hablando de ese tema, porque equivalía a que una daga cortara su piel y empezara a desangrarse. Menos quería imaginarse a la morena, ataviada con un suntuoso traje de novia del brazo de Zarik, aplaudida por el pueblo.

—Arienne… —empezó, porque no sabía cómo explicarle que estaba enamorado de ella. Que Rihanon sería siempre una pobre sustituta—. He tenido algunos días para pensar sobre este asunto de mi matrimonio. Creo que es impor…

—Me invitaste al palacete, porque había algo que querías

compartir conmigo. Siento curiosidad —interrumpió de inmediato, mientras los insectos nocturnos cantaban sus ininteligibles sinfonías de fondo. Utilizar otra clase de conversación, para olvidar el trago amargo de hacía un instante, era preciso—. ¿De qué se trata?

Zarik planeaba que esta noche marcara un antes y un después en esta relación. El incidente de la biblioteca había sido desafortunado, pero, por ahora, iba a dejar que Arienne cambiara de tema. No obstante, podía deducir que si tanto la había afectado este choque de realidad, al saber quién era la mujer con la que él iba a casarse, entonces significaba que Arienne también tenía emociones más allá de la complicidad del sexo y las conversaciones que compartían. Zarik iba intentar explorar más esa teoría.

Él se apartó de la banqueta y la agarró de la cintura. La pegó a su cuerpo.

—La más importante es que te eché de menos —dijo mirándole la boca.

Arienne agradeció que él hubiera aceptado el cambio de tópico. Este tiempo era prestado, aunque, mientras durase, el príncipe Zarik Al-Sarkham sería solo suyo.

—¿Ah, sí? ¿A pesar de que nos vimos ayer? —preguntó ella con una sonrisa.

Zarik le quitó la chaqueta y esta cayó sobre la moqueta. Después retiró, una a una, las vinchas que sostenían el cabello dorado para que quedara libre al viento.

—Por supuesto, nunca tengo suficiente de ti —replicó Zarik con picardía.

—Entonces es mutuo —susurró, mientras él la instaba a que se quitara el pantalón. Se quedó en bragas y sujetador frente a Zarik—. Si tus guardaespaldas…

—Está prohibida la entrada a este jardín —interrumpió mirándola de arriba abajo con hambre sexual y también sintiéndose afortunado de tenerla—. Joder —dijo con un gruñido al reparar en los pezones erectos que eran visibles, a través de la tela de seda del sujetador. La prenda no cubría nada y hacía imposible mirar hacia otro lado. ¿Cómo se atrevía esta mujer a ser tan arrebatadoramente provocadora?—. Tú vas a ser mi perdición, Arienne —dijo, mientras le quitaba el sujetador.

El pene vibró contra los pantalones, erecto y henchido en su

grosor, cuando Zarik vio los pechos desnudos. Los pezones duros eran una invitación que no iba a rechazar. Bajó la cabeza para tenerlos cerca de su boca, el sitio al que pertenecían, y cubrió, hambriento, los picos sensibles con sus labios. Al hacerlo, la escuchó gemir su nombre, en un tono que lo enloquecía. Podría correrse, en ese instante, tan solo con el sonido de esos quejidos de necesidad de Arienne. Las manos de ella le sostenían el rostro, mientras él mamaba de sus tetas con ansias. Zarik elevó la mirada hacia Arienne, sin dejar de chupar y juguetear con los pechos. Cuando ella conectó con sus ojos, él lamió el contorno de la areola y luego mordió un pezón, provocándola.

—Zarik —susurró, su mirada estaba oscurecida de deseo—, cada vez que me tocas, los pensamientos coherentes solo están enfocados en lo que me haces sentir…

—Esa es la idea —replicó a gusto en su paraíso personal: ella.

—Quítate esto —farfulló Arienne apartándolo de sus pechos para removerle la camisa. Él la ayudó con prisa, luego ella se debatió con el botón del pantalón. Zarik soltó una risa gutural al notarla tan desesperada. Pronto quedó desnudo—. Qué hermoso eres… —susurró admirándolo en su espléndida desnudez. El pene largo y grueso con la punta roma, humedecida de líquido preseminal, vibraba contra los abdominales. Las piernas firmes y cada detalle de esa musculatura estaba construida a base de entrenamiento. Ella quería mantener estas imágenes grabadas para siempre.

Él soltó una risa sensual que pronto se convirtió en un gruñido cuando Arienne le agarró el miembro con las manos. Lo acarició con un firme agarre y él echó la cabeza hacia atrás, mientras disfrutaba de los dedos suaves y decididos alrededor. La dejó maniobrar varios tortuosos segundos, luego la tomó de la nuca, y bajó la boca para cubrir la de ella, al tiempo que le arrancaba las bragas. Arienne lo masturbaba y él hacía lo mismo, acariciándole los labios íntimos y penetrándola con dos dedos.

—Tan caliente y mojada, belleza mía —dijo en tono posesivo y gutural, mordisqueándole el labio inferior. Sus bocas se enredaron en un cúmulo de gemidos y palabras sucias; palabras dulces; palabras reverentes. Con la mano libre, él le recorría las curvas, presionando sus dedos en la carne tersa y disfrutando de ese

contacto.

Sus bocas creaban fuego al tocarse, incendiando sus sentidos e irradiando ese calor a cada célula. Los labios de Zarik estaban diseñados para saquear los de Arienne.

—Oh, me voy a correr… —dijo ella en un hilillo de voz.

—Aún no vas a hacerlo —gruñó él, retirando los dedos del húmedo canal, apartando las manos de Arienne de su pene, mientras se lamía la huella del deseo femenino, mirándola a los ojos. Ella abrió y cerró la boca con lujuria y desconcierto—. Las manos sobre la banqueta de mármol, de espaldas a mí, ahora —dijo en un tono que no admitía reproches y que enchinó la piel de Arienne por la anticipación.

Ella empezó a hacer lo que le pedía, su sexo latía y su cuerpo estaba tenso. Se acercó a la banqueta, sintiéndose desvergonzada, libre y deseada, como siempre que estaba con Zarik. Apoyó las palmas de las manos sobre la superficie plana y fría. Se inclinó hacia adelante consciente de que, en esa postura, quedaba muy expuesta.

—¿Zarik…? —preguntó con un murmullo. Miró ligeramente hacia atrás, en la medida en que esa postura se lo permitía. Notó el brillo posesivo y la expresión de lascivia en él, contemplándola. Tragó saliva cuando lo vio avanzar hacia ella, seguro, portentoso y como todo lo que siempre sería: un príncipe con el cuerpo de Adonis.

—Qué culo tan provocador —dijo dándole una nalgada. Ella gimió—. Te gusta esto, ¿eh? —preguntó y volvió a darle otro azote, la carne vibró. Sintió una satisfacción primitiva al notar la huella de sus dedos en cada nalga de Arienne.

Esta era la primera vez que la azotaba más de un par de veces. ¿La verdad? Ella se había sentido un poco tímida para pedirle que repitiese este contacto, pero, ahora que estaba experimentado el contraste, entre lo dulce y salvaje, iba a decírselo.

—Sí, me excita —murmuró, mientras él volvía a nalguearla reiteradamente. En cada ocasión, él aliviaba el azote con una caricia leve de los dedos. La vibración de cada golpe reverberaba en los labios íntimos—. Todo lo que me haces me enloquece… —jadeó—. Tus azotes me excitan, porque siento una descarga que me provoca un pálpito inesperado. Quería que lo hicieras de nuevo para

confesarlo…

Zarik se sorprendió gratamente y soltó un gruñido de satisfacción.

—Me matas, Arienne, me matas —repitió—. Separa más las piernas, belleza —exhortó, y ella obedeció—. Demonios —dijo mientras observaba el brillo del deseo—, esta sí es una vista privilegiada. Tu sexo es tan delicioso y bonito. Inclínate más hacia adelante. Quiero que tus pezones topen el mármol frío. Sí, así, ¿qué sientes?

Ella soltó un gemido cuando él volvió a azotarle el trasero. Esta vez no fueron dos o tres, sino continuamente, hasta que las nalgas quedaron bien marcadas. Rosáceas. En ningún instante le pidió que se detuviera, pero sabía que Zarik lo habría hecho si ella expresaba incomodidad o un escozor que fuese intolerable. Poco a poco, en este tiempo, él había ido probando sus límites, tentándola; tomando y entregando. Arienne gozaba con la libertad que Zarik también le daba para explorarlo a gusto.

—Calor y frío… Dolor y placer… —murmuró en un tono entrecortado—. Estoy a punto de correrme y mi sexo está demasiado sensible. Tómame… —pidió entre jadeos cuando él le recorrió los labios íntimos con el glande, de arriba abajo, a lo largo de su abertura—. Que me hagas esperar es una tortura —dijo frustrada.

La respuesta de él fue otro azote que la hizo gemir. Ella contoneó el trasero.

—Paciencia, belleza, paciencia —replicó aplicando una ligera presión en el anillo estrecho que aún era virgen—. ¿Puedo entrar aquí con mi dedo? —preguntó.

Arienne se quedó un instante en silencio. El corazón le bombeaba a toda velocidad, su piel tenía una pátina de sudor y sus pechos estaban algo doloridos.

—Solo un poco —murmuró con curiosidad—, pero sé gentil… Por favor…

—No te haré daño, no entraré por completo, es solo una estimulación adicional que va a gustarte —dijo en tono ronco, mientras le acariciaba la vagina, y con esa misma humedad lubricaba el círculo angosto y pequeño—. Dime si está bien —pidió entrando suavemente, hasta penetrar con el primer nudillo del dedo

—. ¿Más?

—Sí —acordó, porque la sensación era intensa; le gustó—. Suficiente…

Él detuvo la penetración al instante. Estaba muy excitado.

—Dos nudillos, entonces —dijo inclinándose para morderle una nalga—. Me encantas —murmuró y a continuación, con un empellón, entró en el sexo mojado.

Ella soltó un grito y aferró las manos al borde de la banqueta. Zarik entraba y salía de su interior. En su orificio más estrecho, él era cuidadoso y no penetró más de lo que ella aceptó. En cambio, el miembro viril dominaba su sexo con una fuerza que se equiparaba a su loca necesidad de alcanzar el clímax. A medida que Zarik empujaba en su interior, Arienne movía con ímpetu las caderas hacia atrás para afianzarse.

Se mantuvieron en un vaivén de movimientos. Sus gemidos y jadeos se entremezclaron con el choque de sus cuerpos. Esto era sexo crudo, pero estaba impregnado de un amor que ninguno de los dos aún le confesaba al otro. Arienne sentía que todas sus emociones se mezclaban: deseo, añoranza, tristeza, lujuria, delirio, pasión y un irrevocable amor. Cada embestida, la marcaba más como suya. Ella era consciente de la sensación de pertenencia y posesión mutua en este intercambio.

—Oh, sigue así, más rápido —pidió. Él le rodeó la cintura con la mano libre y le tocó el clítoris. Acariciándoselo. Ella podía sentir la firmeza del pene, la textura caliente y aterciopelada, el grosor de los surcos de las venas, la llamarada del glande henchido. La sensación de él deslizándose en su interior era una mezcla de humedad y ardor. Le gustaba ser ensanchada y llenada por Zarik—. Por favor, voy a…

Zarik le dio un último azote y eso fue todo lo que ella necesitó para explotar.

El príncipe sintió el sexo de Arienne contrayéndose a su alrededor. En ese instante, una descarga le recorrió la columna vertebral, apretó los dedos en las caderas femeninas, echó la cabeza hacia atrás y empujó más en la abertura delicada. Sintió la tensión en su cuerpo y su pene contraerse en espasmos, mientras ella lo apretaba.

—Arienne, eres mía… —dijo con un gruñido y perdió por

completo, durante nanosegundos, la noción del tiempo y el espacio. Todo se volvió partículas cegadoras de un inconmensurable éxtasis y que lo catapultó a cotas abrasadoras de gozo.

Con la respiración agitada, una vez que remitieron las sacudidas del clímax, Zarik tomó una bocanada profunda de aire y salió despacio de Arienne. Ella permanecía inclinada sobre la banqueta, tratando de recuperar el resuello, así que él la agarró de la cintura para levantarla. Después la abrazó contra su cuerpo y enterró el rostro entre los cabellos rubios. Aspiró el aroma del *shampoo*, una mezcla de almendras con vainilla, el mismo toque que tenía el perfume que ella siempre utilizaba.

Arienne se abrazó de la cintura de Zarik. El aire enfriaba sus cuerpos.

Con renuencia, al cabo de un instante silencioso y en el que no era necesario hablar, ella apartó el rostro de los pectorales y elevó el rostro. Él la miró con una sonrisa de picardía y saciedad, pero también con un toque de determinación que ella no logró comprender. En ningún instante la soltó, sino que empezó a caminar hacia atrás con ella, lentamente. Arienne no comprendía, hasta que él le hizo un guiño.

—¿Qué haces…? —preguntó de repente asustada cuando el príncipe llegó al borde de la piscina—. Zarik, espera, por favor. No puedes meternos ahí…

Él soltó una risa suave y le besó los labios brevemente.

—Nadar desnudo contigo y follarte en el agua me apetece mucho. No me sacio de ti —replicó confundiendo el temblor en la voz de Arienne con la excitación—. Las toallas están ahí cerca —hizo un gesto con la cabeza hacia la habitación en la que estaban todos los implementos de la piscina—, y nuestra ropa no está mojada. ¿Lista, belleza? —preguntó abrazándola de la cintura y besándole la punta de la nariz.

Arienne no era capaz de hablar, porque estaba en *shock*. Estaba, de hecho, aterrada, porque la piscina era el último sitio al que hubiera querido entrar. Podía contemplar una alberca, el mar o un lago, pero, ¿lanzarse a la profundidad? Jamás.

—Yo…

—Venga, muñeca, vamos juntos. A la de tres —dijo acariciándole la espalda.

—Zarik… —balbuceó con un nudo en la garganta, agitada y turbada.

—¡Tres! —exclamó el príncipe en tono juguetón, sin contar realmente, pues su idea era divertirse un poco a costa de Arienne y zambullirse rápido en la piscina.

El agua los cubrió a ambos de inmediato.

Arienne no podía respirar, sentía que sus piernas estaban paralizadas al igual que sus brazos; quería moverse, pero era imposible. Empezó a tragar agua. Los recuerdos de Khanul y sus torturas la invadieron como pirañas. No sabía dónde estaba Zarik. La piscina estaba perfectamente iluminada, pero ella la veía oscura. No veía, claro, porque tenía los ojos cerrados con fuerza. Creía que iba a morirse. Pero antes de que su ataque de pánico la destrozara, unos brazos fuertes la agarraron de la cintura.

CAPÍTULO 20

Zarik se había deslizado hasta el otro lado de la piscina esperando a que Arienne lo siguiera y le hiciera alguna zancadilla para cobrarle la revancha. Pero cuando se giró, ella no estaba en la superficie. Esa no era la reacción de una persona competitiva como Arienne, así que nadó con rapidez y la sacó del agua. Cuando la agarró de la cintura, ella estaba temblando y lo miraba, pero sin verlo en realidad.

—Cariño —dijo en susurro, llamándola por primera ocasión con un apelativo tan personal. Estaba asustado—. Arienne, háblame. ¿Qué sientes? ¿Qué fue lo que pasó? Te quedaste inmóvil. ¿Te dio un calambre? Dime algo, por favor —preguntó en tono angustiado subiendo las escaleras con ella en brazos. El corazón le latía con fuerza. «¿Sufría de ataques de epilepsia y no le había dicho nada? ¿A qué se debió la súbita parálisis? ¿No sabía nadar?». Se sentía horriblemente culpable de que un intento de pasar un momento *sexy* se hubiera convertido en una escena sombría. Una vez que estuvieron de pie en la moqueta, ella escupió el agua que había tragado. Tosió varias veces, mientras Zarik, atormentado y preocupado, le daba palmadas en la espalda—. Arienne… —le acarició la nuca, luego le apartó el cabello mojado del rostro.

Ella carraspeó y empezó a llevar bocanadas de aire a su cuerpo. Los brazos de Zarik la sostuvieron con firmeza; ella estaba temblando, pero no era de frío. Eso no podía saberlo el príncipe que, sin encontrar qué más hacer, la acomodó en la tumbona más cercana. Le besó las mejillas, la nariz y frente con delicadeza.

—Voy a llamar al servicio de emergencias —dijo en tono eficiente e intentó alejarse con la intención de agarrar el móvil,

pues lo había dejado sobre la ropa.

Arienne tan solo hizo una negación. Le sujetó la muñeca para detenerlo.

—No… —dijo y la voz le salió como un graznido. Él no tenía la culpa de lo que acaba de ocurrir—. Ya se me va a pasar. No llames a nadie, por favor. Estoy bien. Solo tragué un poco de agua. No hace falta que venga nadie a revisarme… Gracias.

Arienne estaba temblando, así que Zarik fue corriendo al sitio en el que estaban implementos como botellas de agua, flotadores, protector solar y toallas. Agarró una botella de agua, dos toallas grandes, y regresó para cubrirla de inmediato. Él se anudó la suya a la cintura. Le entregó el agua y Arienne bebió varios sorbos largos. Zarik se acomodó en la tumbona con la espalda en el respaldo y acomodó lateralmente a Arienne sobre sus piernas, para abrazarla contra su pecho y poder mirarla al hablar.

—Lo que menos quise fue lastimarte —dijo, mientras apoyaba la mano izquierda sobre la cadera de Arienne y con la mano libre le acariciaba la mejilla—. Por favor, dime qué puedo hacer para que te sientas mejor y para que me disculpes.

Ella lo miró a los ojos y soltó una exhalación leve. El vaho del agua caliente de la piscina se elevaba sobre la superficie. Arienne no podía contarle la verdad a Zarik, porque implicaría traer a colación el nombre de Khanul. Ese episodio, para ella, estaba cerrado a pesar de que hubiera situaciones que, como esta, detonaran el trauma.

Durante un verano en la universidad, en Inglaterra, Arienne había aprendido a nadar. Lo hizo por supervivencia y como rebeldía a aquellos horribles momentos que Khanul la hizo padecer. Tomó cursos con una profesora que jamás la dejó sola e inclusive nadó a su lado, en cada clase, para que lograra llegar de un lado a otro de la alberca. Sin embargo, a pesar de saber deslizarse en el agua, nunca, por voluntad propia, se sumergía en una piscina, mar o lago. Arienne no dominaba la técnica, pero sabía que podría salvarse en el caso de que hubiese un incidente que lo ameritarse. Nunca se había pintado un escenario en la mente, en el que alguien la lanzara al agua y su cuerpo no tuviera la capacidad de reaccionar o moverse para salir a la superficie.

—Solo abrázame, tal como lo estás haciendo ahora —murmuró.

—¿Me disculpas, por favor? —pidió en un tono apesadumbrado.

—Sí, Zarik, sé que solo estabas jugando. No te culpo —replicó conmovida por la humildad del príncipe de pedir disculpas y notar que se preocupaba por ella.

Él hizo un asentimiento, aliviado parcialmente. Aunque quería entenderla.

—Me gustaría comprender lo que te ocurrió, pero si prefieres no…

—Sé nadar —dijo interrumpiendo y poniendo un dedo sobre los labios de Zarik—. Pero hace muchos años había un muchacho en la secundaria que me hacía *bullying* —comentó tratando de ser lo más cercana a la verdad, aunque sin revelarla por completo. Khanul y ella iban a la misma secundaria—. Yo estudiaba en una institución para hijos de ejecutivos, políticos y diplomáticos extranjeros, así que estudiaban niños y niñas. A diferencia de las regulares que exigen separarlos.

Zarik hizo un leve asentimiento.

—¿De qué forma te hacía *bullying*? —preguntó sintiendo rabia por el mequetrefe que se había atrevido a fastidiar a Arienne, hasta el punto de aterrorizarla.

—Yo tenía diez años y todavía no sabía nadar, pero él era ágil. Así que me retó a hacer una carrera. Me comentó que si perdía, entonces yo tendría que hacer todo lo que me pidiera —murmuró con una mueca. Estando rodeada por la fuerza de Zarik no tenía miedo, sino que se sentía protegida—. Nunca he sido de las personas que se acobardan ante un reto, así que acepté. Me lancé al agua con ganas de demostrarle que podía competir y que era valiente. Aunque se dio cuenta de que estaba pasándola mal, que prácticamente me estaba ahogando, él esperó un rato para sacarme.

—Arienne… —meneó la cabeza y le acarició los brazos desnudos. Sintió rabia al imaginar a la versión infantil de ella, llena de miedo y en desesperación, ante la crueldad de un hijo de perra. La crueldad muchas veces no contemplaba edades.

—Las penalidades que yo pagaba consistían en entrenar con él estrategias de defensa personal —dijo, porque en teoría el asunto de los nudos era un tema de supervivencia para Khanul—. No me gustaban. Me causaban angustia y ansiedad, porque cada vez era más difícil el entrenamiento. Cuando amenacé con decirles a mis

padres, él me hizo una contra amenaza asegurándome que les causaría daño si me negaba a continuar siendo su conejillo de indias. Yo amaba a mis padres, Zarik, así que continué sometiéndome a esas competencias estúpidas. Me aterrorizaba la perspectiva, el fondo del agua, la imposibilidad de defenderme… —continuó—. Fue una época horrible. Solo terminó cuando él se marchó de la escuela al graduarse.

Zarik abrazó a Arienne con más fuerza contra su cuerpo. Le besó el cabello.

—Maldito niñato hijo de puta. Cuando acabemos esta conversación me vas a dar su nombre —espetó en tono autoritario. Arienne tan solo le acarició la mejilla a modo de respuesta—. Cuando me lancé al agua contigo, ¿reviviste todo eso? —preguntó contrariado, mientras la observaba con atención. Los ojos verdes ahora lo observaban de verdad. Ya no estaban enfocados en un punto remoto del pasado.

—Sí, fue como si mi cuerpo hubiese regresado a esa época. Al entrar en el agua, de golpe, me invadió una gran desesperación. Mi mente gritaba que tenía que moverme, pero mi cuerpo era incapaz de obedecer —murmuró y un temblor ligero le recorrió el cuerpo. La temperatura estaba fresca—. Me sacaste a tiempo, Zarik.

—No te dejé explicar el motivo por el que no querías entrar al agua y tampoco tuve el sentido común de preguntarte si sabías nadar. Lo asumí simplemente —dijo en tono recriminatorio contra sí mismo—. Te saqué porque seguí mis instintos, Arienne, pero bajo ninguna circunstancia debí hacer lo que hice contigo esta noche.

Ella no quería que Zarik se torturase por esta situación. No iba a permitir que el pasado empañara más su presente. Lo ocurrido no llegó a consecuencias desastrosas, así que era todo lo que importaba. Si no hubiese sido Zarik, sino cualquier otra persona que la lanzara al agua, su reacción quizá habría sido igual. Pero, tal vez, no habría tenido la suerte de que la sacaran a tiempo. Arienne soltó una exhalación.

—¿Podemos olvidar este incidente? No quiero que nuestros días juntos queden marcados por recuerdos amargos —dijo ella con suavidad.

—Quiero el nombre de ese muchacho, Arienne —exigió—. Una persona de esa categoría no cambia. Así que debe estar,

probablemente, fastidiando a otros. Si no recibió una lección en su momento, entonces ordenaré que lo busquen y la reciba.

Ella quiso decirle que el abusón era su hermano adoptivo y que lo más seguro es que ya estuviera muerto, porque difícilmente habría logrado cruzar el desierto solo. Khanul había sido un chico ingenioso para conseguir lo que se le daba la gana, pero también era arriesgado, majadero, necio y orgulloso. No creía que estuviera vivo.

Arienne esbozó una sonrisa dulce y le rodeó el cuello a Zarik.

—No merece la pena —dijo—. Mejor cuéntame el plan que tenías para hoy.

El príncipe la instó a ponerse de pie. Después, él hizo lo mismo. La tomó de la mano, mientras caminaba hacia el sitio en el que estaba la ropa de ambos. Con facilidad agarró las prendas y las sujetó en un brazo, sin soltar a Arienne. Luego empezó a avanzar hacia el interior del palacete sin importarle estar en toalla.

—Zarik… —murmuró halándolo de la mano para que se detuviera.

—Esta es mi casa, Arienne, y tú puedes estar alrededor como se te dé la gana en los horarios de oficina o fuera de ellos —dijo deteniendo el paso, en la escalera que daba a la máster *suite*, y mirándola intensamente—. No tengo intenciones de esconderme. Tú no eres un sucio secreto ni me avergüenzo de ti. ¿He sido claro?

Ella tragó saliva y miró esos ojos negros que brillaban con algo indescifrable.

—Todo lo que está en juego es demasiado frágil —dijo con incredulidad—. Tenemos un acuerdo. Los *affaires* no incluyen exponer lo que está sucediendo, menos cuando está involucrada una persona con un estatus monárquico, y otra persona, cuyo prestigio profesional depende del secretismo con el que se maneje ese vínculo.

Zarik no tenía ganas de explicarse en la mitad de su gigantesca propiedad.

Solo existía una manera de callar a Arienne y, al mismo tiempo, reprimirse unos instantes más antes de sincerarse por completo. Le soltó la mano para agarrarle la nuca con suavidad, antes de cubrir la boca sensual con la suya. Ella se acercó más a su cuerpo y le rodeó la cintura con ambos brazos. Zarik deslizó su lengua para

enredarla con la de Arienne, tentándola, jugando y seduciendo. Arienne arqueó la espalda y soltó un gemido quedo de abandono. El beso se volvió intenso y pasional.

Este contacto mezclaba la dulzura con la rudeza; la frustración con el alivio; el deseo con el amor. Zarik la besaba como si estuviera reverenciándola, pero al mismo tiempo arruinándole la posibilidad de creer que podría repetir esta clase de sensaciones, tan solo en un beso, con otro hombre. Él le masajeaba la nuca con suavidad y ella le clavaba las uñas en los músculos de su espalda desnuda. Para Zarik, los besos con Arienne eran igual a encontrar agua cristalina y pura, después de haber deambulado por un paraje árido durante décadas. Beber de su boca era ambrosía.

Cuando ella fundía sus labios con los del príncipe era el equivalente, si acaso los consumiera, a ingerir una alta dosis de alucinógenos. Lo que menos quería era que la sensación desapareciera. Por eso se aferraba a su boca, porque su mundo había despertado a un espacio más brillante de posibilidades de expansión de placer. Quería seguir en la búsqueda de ese sentimiento y seguir viviéndolo, hasta el final de los tiempos. Pero solo tenían este instante y, tal vez, otros robados. Su beso duró una eternidad y un segundo a la par. Ella sonrió contra la boca de Zarik y él le mordisqueó el labio inferior, luego lo haló con suficiente presión haciéndola gemir.

—Vamos, cariño —murmuró con suavidad ralentizando el beso.

—Es la primera vez que llamas de ese modo —susurró con el corazón galopándole en el pecho. Zarik la agarró de la mano—. Me gusta escucharlo…

—La segunda, porque la primera estabas en *shock* al salir del agua —dijo. Eso le recordó lo que necesitaba hacer en ese momento —. Salgamos de aquí.

Ella, aún procesando las palabras de afecto de Zarik, subió las escaleras. Lo hicieron con rapidez, riéndose como si fueran dos adolescentes cometiendo travesuras a escondidas. Pero se trataba tan solo de la libertad de corretear alrededor, a gusto, sin nadie que estuviera entrometiéndose; siendo ellos mismos con el otro.

Cuando entraron en la máster *suite*, Zarik le quitó la toalla con suavidad y ella hizo lo mismo con la de él. Con besos reverentes, desperdigados por todo el cuerpo femenino, el príncipe agitó la piel

de Arienne. Entraron en la ducha. Aunque estuviera erecto y ella lo acariciara, la intención de Zarik no era tener sexo con ella ahora.

—¿Por qué no puedo tocarte? —le preguntó cuando él le sostuvo la mano para detenerla o iba a correrse—. Todo está bien y ese beso lo demostró —sonrió.

—Lo llevo claro —dijo haciéndole un guiño—. Quiero remediar lo que causé en ti, aunque no hubiera sido a propósito, así que, por favor colabora con mi libido.

Arienne soltó una carcajada, porque sabía lo mucho que le costaba a Zarik mantener las manos lejos de su cuerpo. Se empinó con las puntas de los pies y le besó la barbilla con suavidad, después le atrajo el rostro para besarlo en los labios.

—No necesitas hacerlo… —dijo con dulzura y una sonrisa pícara.

Zarik soltó un gruñido. Resistirse a ella era más difícil que escalar el Everest.

—Lo sé —replicó apretando los dientes e intentando mantener su objetivo en curso—, ahora, señorita, haz silencio. Déjame hacer a mí —ordenó dándole un azote en el trasero. Después agarró un poco de *shampoo* y lo frotó en las manos—. Ubícate bajo el grifo de agua, cierra los ojos y relájate, Arienne —dijo mordiéndole el cuello, mientras le masajeaba el cuero cabelludo. La escuchó emitir un ronroneo de gusto.

Zarik continuó enjabonándole el cabello con suavidad y paciencia. Después limpió el producto, hasta que la cortina de seda quedó libre de *shampoo*. Luego la giró para que estuviera frente a él. Le costó una gran dosis de autocontrol no apoyarla contra la pared y follarla, hasta quedarse sin aliento y verterse en ella. Pero se obligó a quitarle el resto del cloro de la piscina frotándole la piel con una esponja y jabón.

—¿Me dejarás hacer esto contigo? —preguntó en un susurro, mirándolo bajo las gotas de agua que caían sobre los dos. Las manos de Zarik eran cuidadosas.

—No, porque ya estoy bañándome al mismo tiempo que lo hago contigo —replicó, frotándole la esponja sobre el pubis—. Además soy el que está a cargo esta noche. Pues, no sé si lo recuerdes, fui yo quien te invité a mi palacete. Así que el único requisito es que, en este instante, estés quieta y me dejes cuidar de ti. ¿De acuerdo? —

preguntó sin esperar una respuesta. Se concedió la indulgencia de acariciarle levemente los labios íntimos con los dedos y ella emitió un gemido.

La caricia acabó ni bien había empezado; el clímax no era el fin. Zarik frotó cada parte del cuerpo femenino con mimo como si estuviese memorizando la piel. Una vez que concluyó la tarea permitió que el agua se llevara los restos de jabón. Luego cerró el grifo dorado y la tomó de la mano para ayudarla a salir de la ducha.

—Estoy bien, pero aprecio el gesto tan bello y sensual… —susurró, mientras él le secaba el cuerpo. Arienne sabía que Zarik estaba a punto de explotar, porque el pene vibraba, grueso y henchido, contra el abdomen. Lo que acababa de decirle él, que estaba cuidándola después del incidente en la piscina, a pesar de que ella le aseguró que estaba todo bien, la emocionó hasta el punto tener los ojos llovidos—. Ahora, cuando lleguen a mi mente recuerdos de esa época, lo único en lo que voy a pensar es en la manera en la que me abrazaste, me escuchaste y me mimaste hoy, Zarik.

—Entonces has comprendido la razón de este gesto —dijo sonriéndole, mientras le permitía, ahora sí, que secara su cuerpo tal como él había hecho con ella.

—Sí… —susurró con emoción—. Lo he comprendido. Descubro en ti facetas que jamás pensé que podrías tener, Zarik, y me encanta cada una de ellas.

—A mí, me encantas tú —dijo haciéndole un guiño que la hizo sonrojar.

Salieron el baño y la máster *suite* solo tenía encendida las luces con censores de movimiento instaladas en las esquinas. Zarik y Arienne se besaron, lenta y tortuosamente, mientras sus cuerpos se movían, hasta que las piernas de ella tropezaron con el borde de la cama y cayó de espaldas con Zarik sobre su cuerpo. Él los acomodó a ambos, hasta quedar confortables en el centro del colchón. No hablaron, porque sus miradas decían todo, y sus cuerpos empezaron a unir los compases de la música que solo ellos podían escuchar y replicar estando juntos.

Zarik besó a Arienne con dulzura, sin prisas, y ella le rodeó el cuello con los brazos, mientras las vibraciones rugientes en sus torrentes sanguíneos aumentaban. Él profundizó el beso, le acarició

el cuerpo con las manos; le pellizcó los pezones con dureza, pero los alivió luego con su lengua; sus gemidos se mezclaban con los de ella, en movimientos sutiles y ardientes. Las pieles de ambos se frotaban, acompasadas. Sus dedos eran incapaces de saciarse de la carne del otro; presionarla y acariciarla.

El príncipe estaba perdido en la marea verde, agitada, dulce, convulsa, y también imbuida de un profundo deseo, que eran los ojos de Arienne. Ella estaba conmovida por la forma en que Zarik había intentado resarcir el evento del chapuzón en la alberca. Ahora, al tenerlo cubriéndola con su cuerpo, se sentía en el mejor lugar del mundo. Pero en lo más profundo, en aquella ligera estela que se deslizaba entre el deseo y el anhelo sexual, también estaba afligida porque él se casaría con otra mujer.

—Estás pensando demasiado —dijo Zarik besándole la punta de la nariz, mientras le separaba los muslos con los suyos. Su pene quedó justo en el vértice mojado. Él apoyó los antebrazos a cada lado del delicioso cuerpo femenino—. ¿O me equivoco? —preguntó bajando la cabeza para succionarle un pecho y luego el otro.

Ella se removió bajo sus caricias, mientras le rodeaba las caderas para instarlo a tomarla. Pero él mantuvo a raya las ganas de introducirse en la mojada hendidura.

—No, no te equivocas… —murmuró mirándolo a los ojos, le acarició los brazos musculosos con los dedos. Le encantaba sentir el peso de Zarik, mientras hacían el amor, aunque también disfrutaba al cabalgarlo y enloquecerlo—. A veces me asusta que puedes leerme mejor que ninguna otra persona —dijo.

—¿Eso es malo? —preguntó mordisqueándole la boca, mientras con la mano le acariciaba los muslos, que estaban enroscados en su cadera, para luego subir hasta agarrarle un pecho y estrujarlo—. ¿Hmm? Porque siento que tú has logrado traspasar barreras que no le he permitido a nadie presionar, hasta poder echarlas abajo.

—No, no es malo… —gimió cuando él se inclinó para morderle el cuello. Sus sentidos estaban en alerta máxima y cada poro de su piel vibraba de anhelo por él.

—Arienne —dijo empezando a entrar en ella con tortuosa lentitud—, hay un aspecto muy importante que tienes que saber y al que vas a tener que habituarte.

Ella arqueó la espalda cuando sintió el pene deslizándose muy

profundo. Pero él lo hizo centímetro a centímetro, ensanchándola de a poco, tomándose su tiempo.

—Zarik… —gimió cuando él empezó a moverse—. Oh, me encanta… Sí.

El miembro viril se introducía deliciosamente. Ese cuerpo varonil y fuerte era la manta perfecta para protegerla del mundo exterior, pero, al mismo tiempo, para transformar el ardor sexual en una llamarada incontrolable. Estaban íntimamente unidos, pero a ella no le parecía suficiente. Quería siempre más; y él la complacía.

—Ninguna mujer, escúchame bien, *ninguna*, va a poder reemplazarte, Arienne —dijo saliendo de ella y entrando de nuevo con una fuerte acometida que la hizo vibrar. Se quedó anclado en su interior; esta vez no se movió. La miró fijamente.

—No me pidas ser la otra… —dijo con la voz entrecortada.

La expresión de Zarik se volvió ceñuda. Estaba haciéndolo todo mal. «Pero, ¿cómo carajos se lidiaba con emociones que jamás había sentido antes?».

—No te irrespetaría de una manera tan atroz, Arienne —zanjó, mientras se inclinaba para besarla largamente. Se movió en su interior, rápido y luego lento. Ella le agarraba las nalgas y se perdieron varios segundos en un frenesí que ansiaba alivio.

—Gracias… —susurró ella rompiendo beso. Sus paredes íntimas solo necesitaban un ligero estímulo adicional para correrse. Pero Zarik no se movía—. ¿Qué pasa…? —preguntó moviendo las caderas. No le importaba si les quedaban dos semanas o dos minutos. Quería todo lo que este magnífico hombre pudiera darle.

Él apretó la mandíbula. Apoyó la frente contra la de ella. Sus cuerpos estaban bañados en una ligera pátina de sudor. Sus pieles vibraban de sensibilidad.

—Arienne, la idea de no poder estar contigo de nuevo, las veces que ambos queramos y en la manera que lo deseemos, me mata —susurró, y volvió a entrar en ella lentamente, como si estuviera marcando sus palabras en ese pasadizo del que se sentía tan posesivo. Después le tomó el rostro entre las palmas de las manos, mientras los codos los apoyaba sobre la almohada que sostenía la cabeza de Arienne. Su rostro estaba separado del de ella apenas por unos centímetros—. Mi necesidad por ti es lo único que tiene verdadero sentido en mi existencia. Lo que otros puedan pensar o

necesitar no me importa —dijo con fiereza, ante la mirada conmovida de Arienne—. Cuando me sonríes, la forma en que te entregas a mí, la generosidad con la que actúas, la integridad bajo la que diriges tu vida profesional, la risa sincera, tus réplicas rápidas, tu ingenio, tu sensualidad y tu intelecto, todo eso, te hacen más reina que cualquier mujer. Si alguien merece llevar la corona de mi país eres tú. Solo la perspectiva de que no puedas compartir la vida conmigo me destroza. ¿Sabes por qué, cariño?

Arienne tenía los ojos llovidos. Extendió la mano y le ahuecó la mejilla con dulzura. Él estaba en lo más profundo de su cuerpo, pero sus palabras se colaban en su corazón como una estela de energía lumínica que lo hacía latir aceleradamente.

—¿Por qué, Zarik? —preguntó en un susurro con los ojos llovidos.

—Porque estoy profundamente enamorado de ti, Arienne Johansen —dijo en un tono de fervor. Al hacerlo experimentó una sensación de asombrosa libertad—. Desde el primer día en el que te besé, el *affaire* fue un título interesante para mantener a raya mis emociones, pero, en realidad, nunca tuve posibilidad de evitarlas contigo.

Ella sintió que sus sentidos fueron invadidos por un tornado. Un cúmulo de cosquilleos le acariciaron la piel ante la declaración tan franca y desnuda, literal y figurativamente. No podía repetir esas palabras de amor regreso, aunque las sintiera en cada recodo de su ser. Si alentaba a que la relación de ambos prosperase, el caos llegaría y Zarik estaría arriesgando sus planes futuros. Ella no podía ser egoísta.

—Oh, Zarik —dijo entre lágrimas sin derramar, abrazándolo con fuerza, mientras él empezaba a moverse con suavidad en ella—. No sé qué decirte, porque…

Él frotó la nariz contra la de ella. Arienne le acarició los contornos del rostro. Le gustaba dibujarlo, una y otra vez, con la yema de los dedos. En algún modo, la calmaba, pero sabía que al príncipe también le gustaban esta clase de gestos.

—Porque no estás preparada para decir de regreso esas palabras, pero no hace falta, cariño, lo puedo leer en ti —completó con una sonrisa, sin resentimientos, porque notaba el reflejo de su amor en la mirada de Arienne. Podía ser paciente y en el ínterim, él hablaría

con su padre para hallar una vía de convertir a la única mujer que lo hacía feliz en la que llevaría, algún día, la corona de Nariem—. Cuando sientas que es el momento y estés lista para decir lo que sé que también sientes por mí, entonces, ese día, será uno de los mejores instantes de mi vida —dijo con convicción.

—Me siento conmovida y emocionada como no puedes imaginar con lo que me has confesado —dijo en un susurro entrecortado. Sentía que estaba envuelta en el fuego de un dragón, cuyo corazón se abría noble y voluntariamente a ella, después de haber estar protegido tras una fortaleza inexpugnable—. Tu amor es un regalo… No dejes de hacerme el amor, Zarik —murmuró antes de instarlo a besarla.

—Eres mía, Arienne, recuérdalo siempre —dijo devorándole la boca, posesivamente, antes de salir de ella para luego embestir con movimientos firmes.

Nada lo detenía, menos cuando había visto el amor brillar en los ojos verdes. Podía confiar en Arienne y darle tiempo para decirle esas dos palabras, hasta entonces, él hallaría el modo de cambiar las reglas del juego para estar juntos. No quería a ninguna jodida mujer que no fuese la que, en este instante, le clavaba las uñas en la piel, contoneaba las caderas al ritmo de sus acometidas, y yacía bajo su cuerpo.

Los pechos femeninos se agitaron. Ella se meció al ritmo que ambos iban creando rápido, insistente y desesperado por el otro. La fricción de los pezones erectos contra la piel masculina le provocaban a Arienne un delicioso estímulo.

—Lo soy… Soy tuya —gimió arqueando la espalda. No podía mentir, menos cuando cabalgaban la ruta en la que se olvidaba todo, menos el éxtasis. En ese espacio existía una franja sutil en la que los secretos salían a la luz y las verdades brillaban.

Los talones de Arienne en los glúteos de Zarik, lo instaron a hundirse más profundo en su cuerpo. En pocos segundos, la resbaladiza humedad de la que él entraba y salía con ímpetu, empezó a contraerse alrededor del miembro viril. El inicio del orgasmo de Arienne fue el catalizador para lanzar a Zarik al borde del abismo. Sus testículos se apretaron y él se vació en ella con la fuerza provocada por la mezcla del sexo y el amor. Ella rompió el beso, sin dejar de tocar levemente los labios de Zarik con los suyos

a medida que respiraban. Se miraron a los ojos en ese preciso segundo, durante aquel vórtice que lo transformaba todo, y gimieron el nombre del otro.

Horas más tarde, después de haberse amado un par de veces más, con la misma pasión, pero con la certeza de que ya nada sería igual entre los dos, bajaron a la cocina a comer un bocadillo. Apenas habían dormido tres horas. El reloj marcaba las cinco de la madrugada. Arienne solo tenía la camisa de Zarik como única prenda, pero bajo la tela estaba desnuda. La posesividad en él era inevitable, porque no concebía que pudiese haber un mejor atuendo que ese en Arienne. Por otra parte, él tenía un plan pendiente y esa era la razón de que, en una esquina del mesón de mármol, reposaran varias bolsas de ropa de tiendas de gran prestigio. Él las tomó y las dejó frente a ella.

—¿Esta es la sorpresa que me tenías anoche? —preguntó con una sonrisa. Se sentía ligera, saciada y feliz. Sabía que tendría que dejar marchar a Zarik, pero no sin antes haber consumido cada pequeño beso, caricia y sonrisa del hombre que amaba.

—No, cariño —dijo dándole un beso en cuello—. Quería que pasaras la noche conmigo, porque me encanta tenerte entre mis brazos. Pero, en este caso, mi plan consiste en que me acompañes al amanecer a la explanada sur del desierto —sonrió.

Ella abrió con curiosidad cada bolsa. Encontró un pantalón largo, camiseta verde, chaqueta negra de cuero, botines de tacón bajo, un hiyab de tela delicada y ropa interior. Todo era de su talla y absolutamente divino. Arienne lo miró con intriga.

Ya se había acostumbrado a los gestos de Zarik: adquirir un coche por unas horas, viajar en helicóptero para comprar un dulce, cerrar lugares públicos para tener privacidad, así que, que hubiera estas bolsas con ropa y accesorios de su talla, no la sorprendían. Pero sí la intrigaban, pues no tenía idea para qué podrían ser. Su ropa de la noche anterior podría servir y nadie repararía en ese detalle, al ser día domingo.

—¿Al desierto a esta hora? —preguntó terminándose el café.

Ella creía que, luego de desayunar, regresarían un rato más a la cama. Le gustaba estar con él.

—Sí, merece mucho la pena —sonrió y miró el reloj—. Me encantaría devorar tu delicioso coño para complementar mi café. —Ella soltó una carcajada—. Pero no puedo romper mi promesa de un plan especial contigo. Además hay algo que quiero conversar y sé que eres la que podrá guiarme de mejor modo —explicó con un guiño.

Ella enarcó una ceja y ladeó la cabeza.

—Ah, entonces, ¿me estás dando obsequios para trabajar un día domingo? —preguntó riéndose. Zarik se acercó con rapidez y saqueó su boca, hasta que ella empezó a sentir la esperada humedad entre sus muslos. Los dedos masculinos juguetearon entre los pliegues de su vagina con sensualidad. Pero no llegó a alcanzar el clímax, porque él dejó de tocarla—. Si esta es tu revancha, porque anoche te hice esperar, para que te corrieras en mi boca, pues no está funcionando —rezongó.

Zarik se rio e hizo una negación. Cuando estaba con Arienne se sentía más vivo que nunca. Ella era la calma y también la energía que necesitaba para sobrevivir en un mundo de manipulaciones e hipocresía. Arienne era su oasis personal.

—No voy a conversar con mi asesora política, hoy, cariño —dijo mirándola con profundo afecto—, sino con la mujer de la que estoy enamorado. A la que puedo tolerarle ciertos descaros —murmuró dándole un último beso—. No tardes.

Estar a quinientos metros sobre el desierto era una experiencia tan impresionante como aterradora. Notar cuán vasto era el planeta, con un vistazo desde las alturas, hacia la ciudad y las dunas, podía lograr que cualquiera se sintiese humilde.

En el globo aerostático solo estaban Arienne y Zarik, además del aerotatista que, según le había contado el príncipe, era sordo. Él había elegido una persona con esa experiencia de trabajo y que además tuviera esa discapacidad, porque lo que iban a hablar era confidencial. No podían estar solos, porque si bien Zarik tenía

muchas características y habilidades de supervivencia, estas no incluían manejar un globo.

Arienne sentía que estaba en una burbuja con Zarik. Dormir entre los brazos fuertes del príncipe, le brindaba confort y seguridad. Ahora que sabía que estaba enamorado de ella, la situación era todavía más especial. Esa madrugada, cuando él la despertó a besos para bajar a desayunar, pareció como su tuvieran una relación tan normal como la que podrían vivir sus amigas en Londres. Por eso, durante esas horas juntos, Arienne deseó que Zarik no fuese príncipe, ni ella asesora legal de Nariem.

Ella añoró la posibilidad de que solo fuesen Zarik y Arienne; un hombre y una mujer que se amaban. Inclusive se sentía resentida con el destino por haberle puesto al amor de su vida en el camino, pero sin la opción de poder tenerlo de verdad. Pero no importaba cuánto se enfadara, las circunstancias para ambos eran complicadas.

Antes de llegar a la explanada, desde la que salían los globos aeroestáticos, él le preguntó si sentiría incomodidad si algunas personas, que podrían estar a punto de usar también este modo de entretenimiento, los veían llegando juntos tan temprano. Arienne se había rebelado por unos instantes del altruismo y lo que era correcto. «Solo un instante, universo, déjame sentir que sí existe un futuro para nosotros», pensó y le dijo la verdad: que se sentía orgullosa de tener un hombre tan *sexy* y ligeramente insoportable a su lado. Él había soltado una carcajada, antes de besarla con fuerza, para luego empezar a caminar hacia la estación. En la explanada solo estuvieron ellos.

La seguridad de Zarik actuó de manera muy discreta y los agentes se desperdigaron en los alrededores. Ninguno de esos hombres se atrevía a mirarla a los ojos, ni a hablarle salvo que fuese imperioso. Ella sabía que el príncipe la protegía, no solo físicamente, sino también en cuanto a su reputación. Este pequeño viaje en globo aerostático era el único riesgo que habían tomado en lo referente a estar en público, en una perspectiva personal y en horarios que no estaban relacionados al trabajo.

—Debe ser trascendental lo que quieres hablar comigo —dijo ella con la cabeza apoyada en el hombro de Zarik. Él la tenía abrazada de la cintura, desde atrás, mientras contemplaban desde lo alto el espectáculo natural del amanecer.

—Sí, es un plan que he estado trazando durante algún tiempo, pero no lo he comentado con nadie, porque he preferido trabajarlo con sigilo y a solas. Ni siquiera Hamur está al corriente, aunque tendré que hacérselo saber más pronto que tarde, porque implica situaciones que podrían volverse complejas —expresó el príncipe.

Ella giró el rostro un poco hacia atrás para mirarlo.

—¿Por qué quieres hablarlo conmigo antes que con tu visir? —preguntó.

—Porque confío en ti, Arienne, y sé que, aunque Hamur es sabio, a veces pretende que me arriesgue más de lo debido para adquirir cierto temple en determinados campos —dijo con honestidad—. Pero en este caso, lo que necesito es una visión de alguien que me conoce como hombre, como príncipe y como estratega.

Arienne esbozó una sonrisa e hizo un asentimiento.

—Me honra tu confianza, Zarik —dijo emocionada—. ¿De qué se trata?

—La estrategia Tadmin es una división dentro de Insignia Regional, en alguna forma, pero que solo será de conocimiento de pocas personas. Todo el trabajo está en mis manos, pues tiene que ver con mis conexiones de poder e influencia, en las sombras, para infiltrar profesionales en cargos del Estado y organizaciones clave. He estado reclutando extranjeros de alta preparación académica y en campos de diversa índole. Los distribuiré en plazas discretas, pero será de manera reservada. Ellos estarían cerca de quienes ostenten el poder, aunque sus cláusulas serán especificadas, para fines del contrato laboral, como de bajo alcance —explicó—. Esa es la pantalla que necesito que tengan ante el público o sus otros compañeros de trabajo.

—¿Cuál es la finalidad? —preguntó con un toque de preocupación—. Porque Nariem es ultranacionalista. No acepta que extranjeros ocupen cargos públicos, porque no quieren influencias de otras culturas o ideologías en cómo se manejan las instituciones de poder. De hecho, Zarik, lo considerarían como un insulto si llegasen a enterarse que hay foráneos en posiciones de autoridad, aunque estén camuflados con figuras legales que digan lo contrario —expresó haciendo conjeturas—. Si llegase a saberse que eres tú quien estás detrás, avalándolo, las protestas serán inminentes.

Él hizo un leve asentimiento, porque sabía que esto era parte del riesgo.

—La finalidad es cambiar la visión de los métodos de trabajo e inyectar una mentalidad más abierta. Es preciso establecer también nuevos sistemas que hayan funcionado, en ámbitos varios, en los países de donde provienen los expertos —dijo.

—Zarik, es peligroso —dijo girándose entre sus brazos para mirarlo—. Te podrían acusar de traicionar los valores básicos de Nariem y querer erradicarlos. Eso también echaría abajo el propósito y arduo trabajo que has hecho con Insignia…

—Hemos —interrumpió—, porque tú y el resto del equipo han colaborado en mi gran idea. Sin un buen grupo de profesionales, Insignia Regional no hubiera cobrado la fuerza que ahora posee, ni se estarían implementando sus directrices. Da igual si vamos a paso lento, lo importante es que la gente empieza a aceptar el cambio.

Arienne se preocupó por esta estrategia que él tenía en mente.

—Sí, pero la resistencia sigue firme, aunque haya ligera flexibilidad en alguna parte de la población al respecto. Queda mucho trabajo en Insignia Regional, porque es el inicio de un largo tramo, Zarik. Pero lo que Tadmin implica es más complejo. ¿Cuándo piensas empezar las contrataciones? —preguntó ella ladeando la cabeza.

—Ya empecé hace dos semanas. Hay tres especialistas distribuidos en la cartera de cultura y economía —replicó—. Otros han sido invitados a la Cumbre Global Shara. —Ella abrió y cerró la boca—. Fueron las personas que te pedí que agregaras la semana pasada, pero no son los que vienen de Qataram. Estos últimos son parte de las idioteces de mi hermano, aunque espero sacar provecho de ello.

Arienne hizo un asentimiento. Su cabeza iba a mil por segundo, mientras pensaba en todos los posibles escenarios, catastróficos y exitosos, que podrían originarse a partir de esta estrategia de Zarik. Aunque lo estaba intentado de verdad, la perspectiva no pintaba hacia el lado optimista. El problema era el nacionalismo.

—¿Planeas anunciarlo de alguna manera en algún momento? —preguntó.

—Sí, pero no en público, sino a mi padre, Hamur y mi equipo de abogados; además del grupo de operaciones especiales, que trabaja

directamente para mí, y que controla los asuntos terroristas —explicó—. He trazado los planes de seguridad en caso de protestas. Todo está delimitado, Arienne. Cuando Insignia Regional esté anclada por completo, y todos los infiltrados también se hayan fusionado adecuadamente, la manera en que Nariem va a despuntar será magnífica —dijo.

Arienne notaba el orgullo en la voz de príncipe, así como las buenas intenciones detrás de esta estrategia, Tadmin. Pero ella solo veía problemas.

—Supongo que querías hablarme de esto para saber mi opinión y considerarla en este proceso, ¿correcto? —Él hizo un asentimiento —. Las protestas que se dieron cuando iniciaste Insignia Regional han bajado de intensidad, pero es porque las estrategias se han ido aplicando poco a poco. Se ha intentado no abrumar y darle un cariz ligero. Pero, Zarik, no es lo mismo que enterarse que el mismísimo príncipe heredero ha ido contra la cultura más importante: el poder en Nariem tiene que ser dirigido, moldeado y preservado por las mentes nariemus —expresó con sensatez—. Ese es un precepto sumamente conflictivo en la ecuación. Si alguien se enterase de Tadmin, antes del momento previsto, te hallarás en un caos como nunca antes. Porque ya no se trata de que quieras modernizar Nariem, sino de rasgar los cimientos de una ideología local que rechaza las extranjeras por considerarlas contaminantes.

—La línea de tiempo está bien trazada y la hice para que, cuando se enteren, el impacto de las posibles protestas sea disperso, leve y fácil de diluir con la fuerza.

—Mi recomendación es que suspendas ese plan durante, al menos, un año —dijo apoyando la mano sobre el abrigo del príncipe, en el sitio en el que latía el corazón—. Ya te han intentado matar, Zarik, y esta sería una causal para alborotar a tus detractores todavía más. No quiero que nada te suceda —dijo con un temblor en la voz, porque no soportaría que algo malo le ocurriese—. El problema no sería solo en las calles, sino que podría retrasar tus negociaciones con las carteras de Estado que suelen autorizar presupuestos, contrataciones y vinculaciones específicas, para lo que resta de Insignia Regional. Estarías sumando más enemigos —continuó con voz firme, mientras él la escuchaba—. Además, también está el tema de Mubián. Un matrimonio en medio de un

caos, cuando el príncipe puede ser acusado de traicionar la tradición ideológica de Nariem, sería impopular y perjudicaría ese proceso.

Zarik apretó los dientes. Ella tenía razón, pero el plan estaba en marcha. De hecho, al siguiente día iba a incorporarse un asesor nuevo que acababa de llegar de Suiza. Este iba a encargarse de asuntos de inmigración y sistemas fronterizos. Había muchos rebeldes de otros países que cruzaban la frontera y obtenían los beneficios de un nariemu. Esto era algo que Zarik quería frenar, aunque no fuese su competencia. La única manera de hacerlo era de infiltrar a su contacto en ese departamento.

—Lo que ha sido iniciado ya no puedo detenerlo ni retroceder, pero acepto tu consejo de esperar un año para seguir con lo restante —dijo consciente de que Arienne le estaba dando razones sólidas. Ella soltó una exhalación y asintió—. Ahora, en cuanto a mi matrimonio —dijo agarrándole las mejillas con una mano—. Eso es lo que menos me interesa. Solo lo he anticipado por el ultimátum de mi padre.

—Zarik…

—¡No, Arienne! —dijo agarrándole la mano y posándola de nuevo en el sitio en el que bombeaba su corazón—. Esto es tuyo. ¿Lo comprendes? No quiero que vuelvas a mencionar el jodido matrimonio —expresó, porque se sentía atrapado entre la lealtad con Nariem, y la lealtad hacia sí mismo—. Hallaré la forma de reorganizar todos los asuntos que me importan a la par de trabajar mis proyectos progresistas.

—No podemos tenerlo todo en la vida, Zarik —dijo al recordar su pasado.

Aceptaba que su tiempo con el príncipe se acortaba, pero eso no implicaba que en algún lugar de su corazón, e inclusive su mente, no abrigara la esperanza de que estar juntos fuese posible. Arienne tenía la intención de quedarse con él el suficiente tiempo para amarse, hasta que la flama continuara ardiendo. O hasta que las circunstancias de la realidad, y las responsabilidades de él, lo permitiesen.

—Si es un reto, Arienne, lo aceptó con gusto —replicó con fiereza.

Ella esbozó una sonrisa que encubría su pesar e hizo una

negación.

—Eres obstinado —susurró dándole un beso, antes de girarse para continuar contemplando el horizonte, pero, en especial, para que él no notara sus lágrimas.

Si Arienne hubiese sabido que, al siguiente día, todo se tornaría una pesadilla hecha realidad, ella habría optado por nunca bajarse de ese globo aerostático.

CAPÍTULO 21

La Cumbre Global Shara era un éxito y la cobertura de la prensa, local e internacional, se estaba haciendo eco de la presencial de altos representantes de las naciones que buscaban aunar esfuerzos para fortalecer la liga de países árabes. El evento se llevaba a cabo en un auditorio circular que había sido rediseñado para la ocasión. El techo estaba recubierto con vidrios blindados antibalas y el despliegue de seguridad era muy discreto, pero altamente reforzado. El equipo de expertos de Insignia Regional, que residían en otras ciudades ajenas a Carpal, estaban presentes.

Todo el grupo de trabajo había dado lo mejor de sí para que la cumbre tuviera el impacto trazado inicialmente. Las delegaciones de los países dialogaron sobre nexos en común y temáticas de beneficio comercial, educativo y tecnológico. Las reacciones eran positivas y, según lo que le decían sus compañeros a Arienne, las posibilidades de contribución directa al proyecto de Zarik, en materia económica, eran altas.

El proceso de *marketing* y comunicación había sido arduo, pero se evidenciaba ahora. No hubo roces políticos, salvo inconformidades propias de los egos por la ubicación dentro del auditorio. En todas esas largas horas de ponencias y diálogos, Arienne veía de lejos al príncipe con orgullo. La imposibilidad de estar a su lado, más allá de su título de asesora política, le escocía ligeramente. Pero se conformaba con el regalo más impensado y bonito que él le dio la noche anterior, al confesarle lo que sentía por ella. Aún estaba tratando de asimilar la fuerza de sus palabras y la vehemencia de su mirada cuando se lo confesó en la cama. Todo su cuerpo se había estremecido. Nunca antes su corazón, su cuerpo y

su alma se sintieron tan llenos.

Ahora, al ver al príncipe actuar con aplomo, entre la gente, así como reparar en la manera en la que Zarik infundía respeto y dominaba todo el espacio con natural autoridad, ella sintió que su decisión de no verbalizar que lo amaba fue la acertada. El príncipe tenía amplios frentes por atender, en lugar de una relación sentimental. Por más de que ella deseara que las circunstancias fuesen diferentes, y por más de que supiera que merecían estar juntos, la realidad para ambos era bastante compleja.

Por otra parte, se alegró de haber conocido a la princesa Lydia de Thethuan. Le pareció una mujer de modales gentiles y gran amabilidad, pero también llena de sombras que difícilmente se evaporarían. La carta de intención de solicitud de asilo ya había sido firmada por Zarik; tan solo faltaba la rúbrica de uno de los dos reyes. Así que quedaban varios días críticos por delante para saber cómo reaccionaría Thethuan, cuando se enterasen de que la princesa no regresaría al país. Sin embargo, este ya era un asunto con el que Hamur, los abogados y Arienne lidiarían más adelante.

Las ponencias y la cumbre llegaron a su final, luego de casi cuatro horas. Los doscientos invitados se pusieron de pie, la mayoría al menos, y conversaban sin tanta rigidez protocolaria. El siguiente punto en la agenda del día, en honor al evento, era un banquete en el palacio real. Los convocados eran los líderes de cada delegación, mas no sus ayudantes. Se trataba de un asunto exclusivo y elitista. Algunos de los invitados adicionales eran integrantes de la realeza que, aunque no participaron en la Cumbre Global Shara, el rey Soldon tenía en alta estima. Aparte, la participación de ellos en el banquete era una excusa para mantener las relaciones aristocráticas. Arienne sí estaba invitada, así como sus colegas asesores de Insignia Regional.

—¿Crees que estas protestas se incrementen? —le preguntó Oriol a Arienne.

—Existe una alta probabilidad, a medida que se conozcan más de los planes que tiene el príncipe por desarrollar —dijo ella, mientras procuraba no fijar su atención más tiempo del necesario en Zarik. Él llevaba una túnica negra con dorado, el *kuffiyeh* era blanco y los nudos que lo sostenían estaban hechos de hilos con oro. Lucía irresistible—. El problema no es la protesta, porque tienen

derecho a hacerla, sino la violencia —continuó—. Escuché rumores de que en algunas zonas han empezado a incendiar botes de basura en las calles, lanzar botellas de vidrio contra comercios y a saquear —meneó la cabeza—. Tontos. Están perjudicando a su propia gente, cuyos negocios se ven afectados por el vandalismo. Me aflige esto, Oriol.

—Hay algunos detenidos, pero, al menos, los desmanes no son tan fuertes aquí en Carpal. Entiendo que otras ciudades no han tenido la misma suerte —dijo él.

Arienne asintió, pensativa, recordando el asunto de la estrategia Tadmin. Zarik le aseguró que no infiltraría más profesionales extranjeros, por una temporada, pero ella tenía la seguridad de que resultaría un gran caos cuando él lo comunicara. No importaban las estrategias para decírselo al pueblo, lo tomarían a mal, porque estaba metiéndose con la parte más compleja del ser humano: una creencia arraigada.

—Sí, supongo que sí… —dijo—. Por cierto, los hombres de negocios de Qataram, que el príncipe Bursit solicitó adherir al evento, me han parecido un poco sospechosos —comentó, porque Oriol era discreto con las opiniones que compartían—. Nadie me solicitó revisar sus perfiles, sino que los integrara a la lista de asistentes. Punto. Pero, tan solo por curiosidad, yo hice una pequeña búsqueda.

Oriol soltó una risa suave, porque sabía lo precavida que era ella.

—¿Acaso no son negociantes de producción armamentística? —preguntó.

—Sí, Oriol, pero hice una correlación de algunas estadísticas, pasadas y presentes, así como de las conexiones que poseen, y el tema de armamento parece la parte superficial de sus negocios. No soy un *hacker*, así que no tengo acceso a indagar con profundidad, pero tengo un sexto sentido —sonrió—. Sospecho que hay algo más complejo detrás de los negocios de armas de esos billonarios —dijo.

—¿Cómo qué? —preguntó en voz baja, mientras caminaban, delante del resto de sus compañeros de Insignia Regional, hacia la salida de emergencia para evitar a los protestantes del exterior—. Si el príncipe Bursit solicitó que viniesen, pues tuvo de seguro la mejor intención para beneficiar a su hermano, ¿no lo crees?

—Mis padres me enseñaron a entender el lenguaje no verbal de las personas —comentó, consciente de que el calor de la mirada de Zarik le besaba la nuca, pero ella no podía voltearse; y el príncipe tampoco podía fijar su atención en ella más que unos breves segundos. Pero esa mirada era suficiente para que sintiera el cosquilleo en la piel, ante la certeza de que él la observaba, en este caso, marcharse—. La manera en que se mueven y hablan no es solo de hombres de negocios. Están muy alertas de su entorno como si buscaran una amenaza o planearan algo. No me gusta.

Oriol frunció el ceño ligeramente. Alrededor, la seguridad de la familia real empezó a escoltar a los dos príncipes y al rey Soldon, así como a la reina Esme, hacia la salida. En los edificios aledaños estaban apostados francotiradores e integrantes de los equipos tácticos militares que acompañaban a los Al-Sarkham en espacios abiertos.

—Estoy seguro de que la fuerza policial de Nariem neutralizará cualquier posible amenaza que pudiera surgir. Si los empresarios pasaron los filtros, entonces es porque no son un riesgo. Quizá, Ari, solo estamos muy estresados. Han sido largas semanas sin resuello para llegar a este evento —dijo con su habitual tono ligero.

Ella soltó una risa suave y asintió. En ese instante, sus demás compañeros de Insignia Regional los alcanzaron, y empezaron a hacerles conversación. Los encargados de desmontar el evento no eran ellos y el deber había sido cumplido. Había dos coches asignados para el equipo, así que se dividieron para ir al palacio.

A lo largo del trayecto, mientras sus colegas contaban algunas anécdotas de vida, Arienne no podía quitarse de la mente la impresión de que esos empresarios, invitados por el príncipe Bursit, eran más que simples mercaderes de armas. Lo había notado inclusive en la manera en la que hablaban con el hermano de Zarik; parecían estar alrededor para analizar, mas no para negociar; como si tuviesen un plan en mente y el auditorio fuese el mapa sobre el que tomaban alguna decisión. No era paranoica. Pero la corazonada de que existía una pieza equivocada en este escenario era fuerte.

Sentía que algo no estaba bien del todo, aunque, tal vez, como decía Oriol era el estrés jugándole una mala pasada. Por ese único motivo, ella se obligó a desechar las sospechas y conjeturas de su cabeza. De hecho, le pareció más productivo imaginar lo que haría

Zarik, cuando la viese con el *sexy* juego de lencería que quería estrenar.

Cuando ingresó al gran salón, la línea para saludar a la familia real parecía eterna. Pero era parte del proceso, así que tuvo que esperar su turno con paciencia.

La lista de invitados para esta recepción estaba delimitada solo para sesenta personas. Ella se sentía afortunada de haber contribuido a sacar adelante la cumbre, en especial, porque en el material informativo del evento constaba su nombre como asesora política. Desde esa perspectiva profesional, Arienne se sentía exultante de que su nombre fuese conocido en los selectos círculos de poder local e internacional.

Ella saludó a cada integrante de la familia real. Aunque en el evento no estuvo Dhalia, sí estaba ahora en la recepción. Su amiga le sonrió con calidez al estrecharle la mano. No podía romper el protocolo dándole un abrazo. Arienne hizo los saludos respectivos con el resto de los Al-Sarkham, hasta que le tocó hacerlo con Zarik.

—Doctora Johansen —dijo la voz profunda del príncipe estrechándole la mano. La descarga eléctrica que sintieron fue inmediata. La voz masculina le recorrió la piel a Arienne como si se tratase de una caricia. El contacto acabó casi al instante, porque era el protocolo. Quedaba gente a la espera—. Ha hecho un excelente trabajo.

Ella esbozó una sonrisa e hizo un asentimiento.

—Gracias, su alteza —replicó mirándolo con un amor que no necesitaba palabras. Era consciente de que este saludo debía ser breve—. Ha sido un honor.

—Me encargaré de que su esfuerzo no pase desapercibido —dijo, él, solemne.

Pero Arienne, porque lo conocía, notó el brillo pícaro en la mirada oscura.

—Aprecio sus palabras —murmuró con suavidad.

—No son solo palabras, doctora Johansen —replicó con intensidad, pero pronto apartó la mirada de su hermosa asesora y atendió a la siguiente persona. «Lo que habría dado por estampar su boca en la de Arienne. Tendría que esperar».

Zarik había decidido no dilatar más tiempo el asunto sobre su matrimonio. Permanecer otras dos semanas, quizá menos, ignorando el tema era contraproducente. Quería aclarar su postura ante su padre y expresar que, si bien había cumplido su ultimátum y tenía el nombre de la mujer que cubría las exigencias para ser reina, él no concebía la posibilidad de estar con otra que no fuese Arienne. Aparte, su lado más ridículamente neandertal, y que solo existía con ella, no podía continuar presenciando que otros hombres, tal como ocurrió en el auditorio horas atrás, se creyeran en el derecho de poder mirarla o tener la osadía de hacerla sonreír.

Obviamente, esa mañana Zarik no había podido acercarse a los imbéciles que la habían mirado, con disimulado interés predatorio, y preguntarles qué mierda creían que estaban haciendo, porque esa mujer tenía dueño: él. Públicamente no podía reclamarla como su pareja y era lo que más lo frustraba. Desde que su imagen de *playboy* se había reformado, ante la percepción de la sociedad, él no quiso que lo asociaran con ninguna mujer. Por eso, le parecía una paradoja de la vida que estuviera cabreado ante la imposibilidad de hacerle saber a todos que tenía una relación con Arienne.

En el afán de no actuar como un inadaptado, en lugar de un príncipe heredero con autocontrol, y para evitar darles una paliza a los hijos de perra que trataban sutilmente de llamar la atención de Arienne, Zarik optó por enfocarse en el desarrollo de la Cumbre Global Shara. Él utilizó el tiempo para dialogar con los invitados, según las prioridades estratégicas que podrían representar para Nariem. Pero también se interesó en los tres empresarios de Qataram que estaban presentes por petición de Bursit. Aunque su hermano se mostraba relajado y encantador, Zarik sí notó que existía una tensión subyacente en la conversación que habían tenido.

—Mi hermano insistió en que este sería un espacio idóneo para conversar mejor sobre el contrato de armamento que, al parecer, van a firmar con Nariem —había dicho Zarik a Mazur, el que lucía más como el líder de los empresarios—. Sin embargo, espero que recuerden mi generosidad, al abrirles un abanico de contactos —había dicho expandiendo los brazos para señalar las personas de alrededor, cuyas fortunas en conjunto podrían erradicar la pobreza

en Latinoamérica—, y cumplan su parte del acuerdo a cabalidad. La subida excesiva de precios no será bien recibida.

Los tres habían notado la amenaza directa del príncipe.

—Por supuesto, su alteza —había dicho Mazur—. Acordamos con el príncipe Bursit que solo queríamos tener acceso a este evento como parte del trato. Así que agradecemos vuestra generosidad. —Zarik había asentido—. Hemos notado que hay una alta seguridad en el exterior, a pesar de las protestas, y es encomiable que sea usted una persona tan decidida a marcar un cambio radical por su país —concluyó.

—Mi hermano tiene las prioridades claras —había intervenido Bursit, mirando a Mazur, Usso y Tergis, los tres empresarios—. La seguridad es uno de los puntos más importantes en Nariem, en especial por las protestas a causa de Insignia Regional. El armamento que hemos negociado es parte de un proceso en conjunto.

—La clave es desmantelar los grupos subversivos —había expresado Mazur con convicción—. Al parecer, según tengo entendido, hay un vínculo entre las células rebeldes de Qataram y Nariem. Son rumores que se han esparcido en mi país, lo cual es alarmante. Por eso espero, su alteza, que nuestro armamento contribuya en la seguridad. La calidad de material que entregamos es óptima y de alta resistencia.

—El análisis de la idoneidad de las piezas de armamento, así como las cláusulas contractuales finales, son potestad del Estado y del ejército —había dicho Zarik, indiferente y suspicaz. Estas personas le provocaban la ligera sospecha de que eran más que solo fabricantes de armas. Esperaba que su hermano no estuviese metido en líos—. Sin embargo, agradezco los buenos deseos para el bienestar de Nariem —había respondido—. Mazur, si tiene alguna información que quiera compartir conmigo, en lugar de hablar en clave, puede decírmela —había dicho en un tono frontal y que no admitía réplicas que intentasen desviar el tema—. ¿De acuerdo?

—No lo ofendería de ese modo, su alteza —había replicado Mazur en tono de disculpa—. La información que circula es que se están armando planes de desestabilización para ambos países, bajo la dirección de los subversivos. No existen detalles claros al respecto, aún así, han causado incomodidad en nuestros clientes.

Zarik sí había escuchado esos datos, pero, por estrategia, a veces prefería darle a la contraparte la idea de que sabían más que él. De ese modo, los otros se sentían sabihondos y trataban de impresionarlo dándole más información de la necesaria o, casi siempre, confirmando o descartando las sospechas que él ya tenía.

—Los rumores, a veces, suelen tener un alto porcentaje de verdad, al menos en estos temas —había intervenido Bursit. Él no tenía planeado a asistir a la cumbre, aunque cambió de opinión a último minuto—. Pero gracias por comentarlo, Mazur.

Zarik no había podido quedarse hablando con ellos, para intentar descifrar qué clase de dinámica en realidad tenían esos tres, porque no eran los únicos invitados. Pero, por supuesto, esperaría a conocer los resultados del plan de Bursit con ese trío.

Quería saber, con certeza, cuál era la idea que se le habría metido en la cabeza a su hermano menor, para insistir, tan fervientemente, en negociar con el sector privado de armas de Qataram. El príncipe heredero se apartó, porque su atención se dirigió hacia la persona con la que de verdad necesitaba hablar. Se trataba de un hombre clave para la estrategia Tadmin y al que Zarik invitó de último minuto.

Oleg Petrossian era un armenio experto en manejo de crisis sociales provocadas por bandas delictivas y rebeldes. Él era también el último infiltrado que, tal como reconoció Zarik ante Arienne, contrataría para Nariem. Petrossian había sido parte de la inteligencia secreta, luchó en varias guerras, y decidió convertir sus conocimientos tácticos, y habilidades como mercenario, en un negocio. Brindaba asesoría a los gobiernos para identificar y desarticular células terroristas y subversivas.

No era nada fácil lograr espacio en su agenda, menos en un cargo durante varios meses. Pero Zarik tenía conexiones, un estatus importante, y además, claro, le había ofrecido no solo una fortuna para trabajar encubierto, sino libertad de acción, temporal, en el ministerio de defensa. El propósito era neutralizar a los rebeldes, en especial aquellos radicales: Istam, Jafa, Pasih y los Pamisaj. Petrossian tenía un currículo implacable y estadísticas de éxito contundentes, lo cual convertía sus servicios profesionales en unos muy cotizados. Zarik apostaba por el éxito.

Pero, en estos momentos, ya en la recepción del palacio real, lo

único que le interesaba era dialogar con sus padres en privado. Por esa razón estaban reunidos en la sala de música y alejados de los invitados. Zarik les había pedido unos minutos de tiempo, antes de que diera inicio el banquete oficial, al rey y a la reina. Aunque esta era una conversación más propia entre rey y heredero, Zarik amaba a su madre. Ella era fiel a las tradiciones y por eso, él, sentía que era importante que lo escuchara.

—¿Querías hablar conmigo, Zarik? —preguntó el rey Soldon.

—Sí, padre —dijo sentado frente a él—, y también con mi madre.

—Adelante, hijo, te escucho —dijo el hombre con un asentimiento.

—Me diste hace casi tres meses un ultimátum para elegir una esposa —empezó—. En este tiempo, a pesar de mi ajustada agenda regular, mi visir organizamos algunas reuniones con las personas que me parecieron que podrían cumplir con las características más adecuadas para ser la futura reina de Nariem.

El rey se acarició la barba abundante. Soldon era un hombre alto, fornido y de aspecto intimidante, pero su porte real era innegable. El pueblo lo amaba, porque sus acciones eran justas. Sus detractores habían tratado en una ocasión de derrocarlo. Ante las circunstancias, el rey actuó sin compasión: los envió a la silla eléctrica. Fueron quince personas que pasaron bajo la justicia, pero no sin antes ser azotados. Las leyes arcaicas, en cuanto a penalidades, a juicio de Soldon, eran mejores que las modernas.

—Me complace esta noticia. Si estás aquí, antes de los tres meses, entonces implica que ya tienes un nombre elegido. ¿Quién es? —preguntó inquisitivamente.

—Oh, Zarik, son grandes noticias —intervino la reina con una sonrisa.

—La persona que cumple los requisitos estatales, financieros, diplomáticos y de linaje, es la princesa Rihanon Al-Diharel de Mubián —expresó. Pero antes de que su padre hablara, él continuó —: Pero no es la que quiero para compartir mi vida.

—¿A qué te refieres? —preguntó el rey frunciendo el ceño—. Explícate.

—Soy consciente de mis deberes padre, así como la importancia de preservar el legado de nuestra familia. Pero la única que no

cumple ninguno de esos requisitos, y expectativas de terceros, sino que cumple con aquellos que me importan a mí, como persona, y me impulsan a ser un mejor hombre, es Arienne Johansen Al-Kahaleel.

La reina se llevó una mano a la boca. El rey frunció el ceño.

—¿La hija de los Al-Kahaleel, nuestros amigos diplomáticos? —preguntó ella con sorpresa al recordar a sus viejos amigos. Conocía a Arienne desde que era una adolescente y siempre le había parecido una chica educada, además de carismática.

—Sí, madre —replicó con una sonrisa, consciente de que su padre estaba en silencio y eso no auguraba nada bueno—. Ella es una mujer brillante. A pesar de que no posee el abolengo exigido, ni las conexiones, ni bienes materiales, sí tiene integridad, inteligencia, su formación académica es impecable y, gracias a sus difuntos padres, fue también educada bajo los mismos cánones multiculturales que yo. No existiría mejor compañera para mi vida, ni mejor reina para Nariem que Arienne.

Los reyes se miraron unos instantes.

—¿Qué es lo que quieres, Zarik, desafiar las tradiciones por una súbita realización? —preguntó el rey en tono severo—. Tu historial con las mujeres, si mal no recuerdo, tuvo que ser, prácticamente, limpiado con cloro de los tabloides.

El príncipe apretó los labios.

—Es el pasado, Soldon —dijo la reina con suavidad. Aunque era una mujer ecuánime y flexible se hacía escuchar de su esposo, al menos en privado. De cara al público parecía una reina complaciente, pero no lo era en absoluto. Esme elegía bien sus batallas—. No puedes achacar a Zarik sus errores de otros tiempos.

—Estamos hablando de la descendencia de Nariem, el legado y un sinnúmero de rutas por recorrer. Nosotros no estamos antes que la lealtad a esta tierra.

—¿Y qué es la lealtad a tu pueblo, si no lo eres contigo mismo, padre?

—Mi matrimonio con tu madre fue arreglado y tuve la suerte de que congeniamos y pudimos crear una familia sólida —expresó—. Tu abuelo nunca me dio la opción a elegir, pero he sido generoso y procuré ser diferente contigo. Has optado por el egoísmo, en lugar de pensar en tu país, Zarik —dijo furioso.

—He optado por la sinceridad, padre, y es por eso que estoy aquí —replicó en tono firme, pero respetuoso a pesar de su enfado —. Egoísmo es atar a una mujer a mi vida, tan solo para que tenga mis herederos, como si esa fuese su única capacidad válida. Estoy tratando de modernizar Nariem, pero pensar en el pasado, para vivir el presente, es una contradicción que solo lleva a círculos de fracaso, padre.

—¿Le has pedido ya matrimonio a Arienne? ¿Es ese el motivo por el que te has decidido a querer vernos a ambos, Zarik? —preguntó Esme con tiento.

—No, primero, por respeto, quise comentarlo con ustedes —dijo.

—¿La amas? —preguntó la reina. Sabía que Zarik y Arienne se conocían desde hacía muchos años, e inclusive la hija de los Al-Kahaleel era amiga de Dhalia. Esme siempre había creído que su hijo y Arienne se detestaban. Así como cuando ella y Soldon cuando recién se conocieron—. Porque esa es una respuesta importante.

—Sí, madre. La amo y ella lo sabe —expresó con una sonrisa.

—¿Te ama ella a ti? —preguntó Esme con alegría. Porque si bien era reina, lo primero en su vida, al menos a su edad, era el rol que tenía como madre.

Zarik tragó saliva. Él sabía que sí lo amaba, pero, aunque no debería importarle, las palabras que aún no escuchaba eran un aguijonazo incómodo en el pecho.

—Ella sabe que nuestras posiciones son complicadas, pero sé que siente lo mismo. Que no me haya dicho esas palabras no implica que no me corresponda —replicó defendiendo su postura. Hablar de sus sentimientos más importantes y profundos con sus padres era incómodo. Pero tenía que hacerlo, porque eran los reyes y en alguna medida, al intentar romper las tradiciones, les debía una explicación.

Soldon soltó una risa incrédula. Luego se puso de pie.

—Zarik —dijo mirándolo—, me estás pidiendo que acepte que le propongas matrimonio a una plebeya, con un pasado que ignoras…

—Arienne es una mujer digna —replicó apretando los puños a los costados, ante la referencia velada de su padre sobre la necesidad de que su esposa tenía que ser virgen y que Arienne, al haber vivido en Inglaterra con muchas libertades, quizá se habría acostado con otras personas. El rey no era soez, ni empleaba

palabras crudas para expresar lo que pensaba, pero era experto en dejar entrever el sentido de sus intenciones—. De hecho, ella es más respetable que cualquiera —expresó, porque algunas mujeres de sus culturas, que debían llegar vírgenes a matrimonio como exigencia del ritual, tenían solo sexo anal para mantener el himen intacto. Así que el comentario de su padre era una hipocresía, pero no podía decírselo. Era el rey.

—¡Déjame terminar! —bramó Soldon—. Estás rebelándote ante tus obligaciones y esa alianza que tanto bien le haría a Nariem. No solo eso, Zarik, sino que el Estado y el Consejo de Ley se opondrán a que una plebeya lleve la corona de este país. Ya tienes suficientes frentes abiertos con Insignia Regional. Apruebo la elección de Rihanon de Mubián como tu futura esposa —expresó con tono severo.

—Soldon —murmuró Esme moviendo la cabeza.

—¿Es esa tu última palabra, padre? ¿Vas a preferir que sea infeliz, en lugar de hallar el modo de que Arienne forme parte de mi vida y sea la gran reina que el futuro Nariem, moderno y progresista, merece? —preguntó en un tono de voz controlado.

—Anunciarás tu compromiso en dos semanas —replicó el rey—. Estoy siendo magnánimo, después de este exabrupto de tu parte, así que en este tiempo medita bien la situación. Los enamoramientos son pasajeros. Las mujeres, a diferencia de tu madre a quien respeto mucho, pueden tener mil artimañas para atraparte. Sé que te terminarás dando cuenta de que el deber como heredero prevalecerá. La señorita Al-Kahaleel rehará su vida con otra persona, pero tu destino, hijo mío, es reinar —dijo y salió del salón de música dejando a Zarik, lleno de furia, y a su esposa, reflexiva.

El príncipe estuvo a punto de salir cuando Esme le tocó el hombro.

—Tu padre es un hombre que nació, como tú, para ser rey. Pero a él jamás le dieron opción a decidir para sí mismo, sino para Nariem. Nuestro matrimonio fue complicado en un inicio y solo llegué a enamorarme de él con el paso de los años, por su integridad e inteligencia —dijo mirando la frustración en su hijo mayor—. Tienes dos semanas para cambiar tu destino o asumir el que te fue impuesto, Zarik. Sé que eres un hombre con recursos para hallar soluciones —expresó con cariño.

—Estoy dispuesto a enfrentarme al sistema, madre, con tal de hallar una manera de que las tradiciones no sean un grillete —dijo con convicción—. Arienne es una mujer honorable y, en gran parte, gracias a ella, la cumbre de hoy fue un éxito.

—Confía en la decisión que te dé más paz, hijo, y si crees que Arienne merece la pena todos los impedimentos que estás dispuesto a sobrellevar, por ella, adelante.

Zarik hizo un asentimiento y abrazó a la reina.

Después salieron juntos para dirigirse hacia el lugar en el que se llevaría a cabo el banquete. Aunque la conversación con su padre había terminado en su contra, al menos se sentía satisfecho de haber dejado claros sus puntos de vista. Cuando Zarik llegó al salón vio a Arienne. Esta mañana se había puesto un vestido violeta de oficina, estilizado, que mezclaba discreción con elegancia; los zapatos de tacón alto eran *beige* y el maquillaje resaltaba sus pómulos altos. Llevaba el cabello en una coleta alta.

Quería abrazar a su sirena rubia en esos instantes, pero ella estaba demasiado lejos y era, además, impropio ante tanta gente. Un día instauraría una jodida nueva tendencia en la que un miembro de la realeza podría tomar de la mano a su pareja, sin causar un escándalo. No eran títeres, coño, sino seres humanos que, si bien tenían privilegios, también tenían aflicciones a causa del alto precio de dichos beneficios.

Zarik pretendía aprovechar estas dos semanas para encontrar una fisura en el sistema y cambiar las reglas. La adrenalina que bullía en su cuerpo, ante la perspectiva de echar abajo las malditas estructuras obsoletas, que le impedían tener a su lado a la mujer de la que estaba enamorado, le dieron un propósito adicional. Ninguno de sus planes en la agenda era tan importante como lograr que Arienne le dijera que estaba enamorada de él, además de imponer una nueva tradición, para futuras generaciones, en la que el heredero o heredera al trono fuese libre de elegir con quién casarse.

Lo cabreaba que, esa noche, tendría una cena de Estado para despedir a los invitados que pertenecían a las casas reales y tenían estatus aristocrático. Esta clase de actividades solía terminar con una presentación en vivo de bailes tradicionales. Luego continuaba una ronda adicional de comida, hasta cerrar la velada alrededor de la medianoche. Después, se llevaba a cabo el protocolo de

despedida que consistía en un breve discurso de agradecimiento. En este caso, al ser él el mentalizador de la cumbre, tendría que darlo. No podría ir a buscar a Arienne como tanto deseaba.

Una vez que se sentó a la mesa, el príncipe la buscó con la mirada. Ella elevó la suya. La conexión duró tres segundos, pero fue suficiente para tocarse sin hacerlo.

Durante el banquete, ella se quedó con la extraña impresión de que Zarik parecía contrariado. Tanto él como los reyes se habían ausentado un instante de los alrededores. Por esa razón los invitados esperaron, casi media hora, para que se autorizara el paso hacia el salón especial del banquete. Nadie había osado quejarse.

Cuando finalmente se inició el camino, aburridamente ceremonioso, para que cada uno de los presentes se acomodara en la larguísima mesa en forma de U, coronada por la presencia de los Al-Sarkham al completo, Zarik la había mirado unos pocos segundos. Aunque el ardor en su mirada era inequívoco, ella, porque lo conocía bien ahora, podría decir que algo lo había enfadado en ese lapso en el que se ausentó.

Una vez que concluyó el banquete fueron invitados a trasladarse al salón contiguo. Las conversaciones, entre unos y otros, tuvieron lugar, aunque sin demasiada profundidad, porque no era el sitio para algo como aquello. Por otra parte, Arienne conoció a Oleg Petrossian, porque Zarik se lo presentó durante la reunión. Oleg le pareció una persona con ideas pragmáticas e interesantes sobre cómo mantener la seguridad en un país convulso. No hablaron demasiado, claro, porque era indecoroso monopolizar la atención de las personas en un entorno como aquel.

En cuanto a ella y a Zarik, además del saludo inicial al llegar al palacio real y la presentación de Oleg, no volvieron a acercarse para hablar. Fue preferible mantener un perfil conservador y ceñirse a las normas durante este evento. Arienne se resignó a mantener su distancia y charlar con sus compañeros, hasta que llegó la hora de despedirse para no extender la estancia más de lo que se consideraba adecuado.

Su mejor amiga le escribió, cuando estaba fuera del palacio y esperando el coche, para preguntarle cómo iba todo con Zarik. Arienne le contó de forma breve los últimos acontecimientos incluyendo lo increíble que fue la Cumbre Global Shara, pero también de las protestas que se habían suscitado. Le mencionó las partes emotivas, el paseo en el globo, y la manera en que Zarik la trataba; los gestos que tenía con ella y lo distinto que era de la imagen que otros tenían de él. Sin embargo, evitó mencionar temas puntillosos, como el de la piscina y el plan Tadmin. Arienne confiaba muchísimo en Malin, pero eso no implicaba traicionar la confianza de otra persona.

> **Mal:** *¡Vas a ser la nueva reina de Nariem! *Emoticón cabeza con humo* Puedo morir de amor, ¡que te ha dicho que te ama! *Emoticón ojitos de corazón**

Arienne le había dicho en un largo mensaje anterior de la confesión de Zarik. Pero no le detalló las circunstancias o cómo se dio, pero imaginaba que Malin lo intuiría. Antes de responder entró en el automóvil y se ajustó el cinturón de seguridad.

> **Arienne:** *Ja-ja-ja. Sabes que eso no es posible, pero estoy aprovechando el tiempo que tengo a su lado. Tal como acordamos tú y yo que era lo mejor. *Emoticón de estrellita**
>
> **Mal:** *No, querida mía, tú puedes arriesgarte a hacer la apuesta más alta. ¡Hazla!*
>
> **Arienne:** *Esta no es la vida de una persona normal. Me ha dicho el nombre de la mujer que encaja en los cánones exigidos por los carcamales que integran las instituciones de Nariem.*
>
> **Mal:** *Pero también te dijo que nadie va a equipararse a ti, ¡así que déjate de buscar excusas a mis razonamientos! *Emoticón boca fruncida hacia abajo* Alguien tendrá que*

*romper el molde y Zarik siempre ha tenido fama de rebelde. ¿Cuándo vas a decirle que también lo quieres? Porque es ridículo que creas que decírselo va a atarlo a ti y que se va a olvidar de sus responsabilidades. No tiene sentido *Emoticón cara roja de enfado*. Él deberá decidir si desafía las normas por ti y entonces, tú también, sabrás a qué atenerte. Es una ruleta rusa, pero en la medida en que estés dispuesta a aceptar cualquiera de los resultados, en lugar de evitar jugar, todo estará bien *Emoticón guiño**

Arienne: *Lo haces parecer todo fácil *Emotición mueca de lado**

Mal: *Yo soy la voz de la razón y el pragmatismo * Emoticón beso**

Arienne: **Emoticón risa con lágrimas**

Mal: *Por cierto, tontorrona, un hombre que se siente atrapado no es tan bobo para decirte que te quiere, sino que hace lo imposible para cortar la relación o marcar la mayor distancia posible y salir petando de todo lo que implique vulnerabilidad o compromiso. Así que, ¡dile lo que sientes! Oh, tengo que abandonar el chat, porque Ramma tiene una invitación al hipódromo*.

Arienne: *Dale mis saludos, ¡diviértanse! *Emoticón caballito de carreras**

Mal: *Ten mucho sexo ardiente, ¡y dile que tus huesitos se derriten por él! *Emoticón berenjena* Puedes demostrárselo también, eh, que los hombres entienden mejor ese lenguaje *Emoticón de lágrimas de risa* *Emoticón de*

guiño *Emoticón de fuego**

Arienne: *Si alguien leyera estos chats sería una vergüenza *Emoticón risa**

Mal: *Bah, ¡espero vernos pronto! *Emoticón cara feliz con manitas* ¡Te quiero!*

Arienne: *Yo también te quiero.*

Mal: *¿Ves? ¡No es difícil decirlo! Ahora practica con el buenorro de Zarik.*

Arienne soltó una risa suave y guardó el teléfono en el preciso instante en el que el coche aparcaba en el exterior de su casa. Se despidió del conductor que Zarik le había asignado, porque él insistía en que no condujera sola, y rebuscó las llaves en su bolsa. Le apetecía muchísimo llenar la tina con agua caliente y esencia lavanda. El cielo ya se había oscurecido ligeramente, pero quedaba algo de luz para aprovechar en regar las pocas plantitas que tenía sembradas en el jardín. Esto último la relajaba.

Apenas puso un pie en la casa y cerró la puerta, la sujetaron desde atrás y le taparon la boca con una mano. El agarre le impedía gritar. Intentó debatirse, pero se detuvo de manera abrupta cuando sintió el cañón de una pistola en el costado. Estaba aterrada y el corazón parecía salírsele del pecho. Sentía que se le iba la sangre a los pies. No entendía cómo alguien pudo entrar, pues su sistema de seguridad era sólido y debió emitir una alarma para alertar que había un intruso en el interior. La pregunta más importante era, ¿qué rayos querría de ella la persona que estaba sujetándola?

—Shhh —dijo la voz masculina—. Te voy a soltar, pero si intentas algo te disparo. Ahora, quiero que muevas la cabeza y me digas si has comprendido. Tampoco intentes correr o alejarte. Las balas son más rápidas que el ser humano.

Ella asintió. Poco a poco, la mano se apartó de su boca. Arienne se giró rápidamente con la intención de saber quién era el intruso, memorizar sus rasgos y luego poder describírselos a la policía, si acaso sobrevivía. Dio varios pasos atrás.

—¿Qué…? ¿Qué quieres? —preguntó—. ¿Quién eres…?

El hombre se quitó el pasamontañas. Arienne sintió que iba a desmayarse.

—Hola, hermanita, cuánto tiempo sin verte.

CAPÍTULO 22

Arienne no creía que estuviera alucinando, porque el hombre que tenía ante ella poseía los mismos ojos burlones y maliciosos de su hermano adoptivo. Uno que creyó que habría muerto en el desierto años atrás. Pero, evidentemente, no era así. Estaba atónita y también consternada. Esta situación era surrealista y sacada de alguna galaxia paralela con deplorable calidad. «¿Cómo sabía en dónde vivía ella? ¿La habría seguido? ¿Por qué? ¿Qué podría querer al buscarla, después de tanto tiempo?».

No había ya ningún rastro aniñado en el rostro de Khanul, porque las facciones ahora pertenecían a las de un hombre rudo. La barba recortada era tupida y tosca, tenía una cicatriz marcada en la sien izquierda y otra en el lado lateral del cuello. Su físico lucía blindado de músculos. Los dedos, que sostenían el arma, estaban tatuados. La altura física y energía de peligro que emanaba, mantenían a Arienne en alerta.

No conocía en realidad a este hombre, aunque supiera su nombre y compartieran un pasado traumático y familiar, pues había transcurrido más de década sin verlo. Ignoraba las vivencias que tuvo en estos años. Las personas cambiaban, sin duda, pero, a juzgar por la vibra oscura que le daba Khanul, él tan solo parecía haberse convertido en la peor versión de sí mismo. Arienne ignoraba las reacciones que pudiera tener él y por eso necesitaba mantener la calma. Esta situación la desesperaba y también la enfadaba, ¿qué derecho tenía este imbécil de presentarse en su casa?

Khanul era la viva imagen de un rebelde mercenario del desierto. Sus rasgos eran los de un hombre que conocía la muerte de

cerca y que también la había provocado. Un frío gélido le recorrió la columna vertebral a Arienne. Estaba atemorizada, por supuesto, pero ya no era la misma niña que Khanul había atormentado años atrás. Ahora, ella era capaz de disimular su miedo y camuflar sus emociones. Este cretino había dejado suficientes secuelas en su vida como para permitirle crear nuevas. Estaba decidida a no darle el poder de volver a atormentarla.

El *shock* inicial en Arienne empezó a desvanecerse. Mas no el enfado.

—Creí que cuando te largaste dejando en escombros la única casa que te ofrecieron nuestros padres, unos que jamás mereciste, había sido para siempre —dijo con un tono venenoso. Khanul era una sabandija—. Si has venido a matarme —señaló la pistola que él sostenía en la mano izquierda—, entonces aprieta el gatillo de una buena vez. Siempre te gustó amedrentar a otros. Hazlo. Dispara, cobarde.

Khanul soltó una carcajada y ladeó la cabeza. Se acercó lentamente a Arienne y elevó la mano en la que tenía el arma, apuntándola. Ella, en lugar de retroceder, se aproximó, hasta que el cañón de la pistola presionó en el centro de su pecho. ¿Temeraria o estúpida? No tenía idea, pero en este escenario existían solo dos salidas. O era valiente y lo enfrentaba en su mismo juego o podía gritar y pedir clemencia, algo que le causaría entretenimiento al sádico de Khanul. Optó por lo primero.

—Puedes tratar de parecer intrépida, pero siempre serás, ante mis ojos, una niña idiota necesitada de amor —dijo mientras subía el cañón, hasta ponerlo en la boca de Arienne. Ella mantuvo los labios cerrados—. Todos estos años, mientras tú disfrutabas de una privilegiada vida, estudiando en el extranjero y recibiendo la herencia de los Al-Kahaleel —expresó con desdén—, yo defendía a mi familia de una época de rencillas y hambruna entre tribus del desierto. Pero a causa de las malas políticas de la monarquía y el Estado, la desatención y el olvido, así como la persecución, por considerarnos indignos de recibir ayudas, las peleas entre tribus se volvieron una carnicería por sobrevivir. Mi familia murió. Me quedé huérfano —dijo con rabia—. Mientras tú, seguramente, seguiste viviendo entre viajes y comodidades entre la clase alta. Esto —se señaló con la mano libre las cicatrices del rostro—, es la huella de

la supervivencia. Pero, ¿qué puedes saber tú, una inútil e ignorante furcia?

Ella apretó los dientes. En un acto imprudente apartó el cañón de la pistola de su boca. Khanul, en lugar de golpearla o dispararle, bajó el arma. «Entonces si no quiere matarme ni herirme, ¿qué carajos es lo que busca aquí?», se preguntó ella.

—No tengo la culpa de tus desgracias personales o las elecciones erróneas o los pasos incoherentes que diste. Tú, estuviste a punto de matarnos a todos con ese incendio, porque resultó evidente que fuiste el culpable. Si lo que pretendes, al venir aquí, es compasión o empatía, para tu chico interior de dieciséis años con traumas, no vas a encontrarlas —replicó con fastidio—. Explícate, ¿por qué me buscas? Han pasado largos años, en los que he estado libre de tu molesta presencia, ¿por qué ahora?

Él esbozó una sonrisa infame y llena de satisfacción malévola.

—La información de lo que ocurre en todos los rincones del desierto de Nariem llega a mí —dijo con suficiencia y guardando la pistola, en un tono de voz que mezclaba mofa y odio. Ambos sabían que si él quería lastimarla ya lo habría hecho—. Eso incluye las personas que lo visitan, los eventos que se llevan a cabo alrededor o, inclusive, los patrullajes de la guardia nariemu. Me llevé una gran sorpresa cuando me informaron que el petrimete que pretende modernizar el país, destrozar nuestras tradiciones y erradicar las prácticas de enseñanzas ancestrales de Nariem, estaba alrededor. ¡Zarik Al-Sarkham en globo aerostático! —se carcajeó.

Arienne comprendió a lo que estaba refiriéndose y sintió un nudo en la garganta, pero lo dejó continuar. No le gustaba el rumbo de esta «charla».

—Creía que te era indiferente la realeza —replicó con aburrimiento. Al parecer, el rechazo de Khanul hacia los reyes y el Estado continuaba intacto.

—Pero a ti no, porque te abres de piernas para él, ¿verdad? —preguntó. Aunque vio venir la bofetada de Arienne no le importó. Era un simple cosquilleo en comparación con las heridas de cuchillo, balas y palazos—. Oh, he tocado una fibra sensible al parecer, hermanita —se rio—. El destino me ha dado la oportunidad de oro que estaba buscando para detener los destrozos que Zarik causa a Nariem.

—Estás mal de la cabeza —rezongó con fastidio, pero temía escuchar lo siguiente que este malnacido tuviera que decirle. Esta no sería una conversación ligera—. Siempre tuviste una habilidad para retorcer la realidad según tus complejos.

—Mis ideas siempre son más ambiciosas que las tuyas —rio con desdén—. Así que, después de verte con él, bajando del globo, empecé a hacer indagaciones. ¡Y encontré el maravilloso evento de hoy! —dijo con sarcasmo—. Las protestas son cortesía de mi parte, así que espero que te sientas halagada. No están diseñadas para matar, sino tan solo para ilustrar nuestro hartazgo a las estupideces que hace Zarik.

—Tus protestas, como quieres llamarlas, llenan de miedo a la gente inocente.

—No estoy interesado en tus reflexiones. Pero sí te contaré que he estado analizando el panorama social, porque, después de fallar en el primer intento para borrar del mapa a Zarik —dijo ufano—, preferí tener una aproximación diferente.

Arienne lo miró con estupor.

—¿Fuiste tú el que intentó matarlo en el desierto, meses atrás? —preguntó sin poder evitar el tono de horror en su voz—. ¡Eres un malnacido! Ese hombre al que tanto detestas, sin ningún motivo coherente, está tratando de darle un mejor nivel de vida a la gente. Está tratando de crear oportunidades. ¿Cómo es posible que te hayas dejado lavar el cerebro, todavía más, al parecer en estos años, y no entenderlo?

Khanul ladeó ligeramente la cabeza y miró a Arienne con fastidio.

—Mi misión es salvaguardar las tradiciones y la esencia de Nariem, el precio a pagar me da igual —dijo con rabia—. Además, mi grupo y yo, hemos estado buscando la oportunidad ideal para atacar de nuevo, pero desde una aproximación diferente. —Ella abrió y cerró la boca—. Una opción más ajustada a la sutileza, que tanto les gusta a los imbéciles que tú idolatras, pero más letal. No podrán preverlo de ningún modo.

—Vaya, qué ilustrativa esta conversación contigo —dijo con fastidio.

Khanul la observó inquisitivamente con mofa.

—Oh, pero aquí viene la parte más importante de este

preámbulo —replicó en un tono que se mantenía burlón—. Después de ver que eras la furcia de Zarik, y al leer la información en la que te mencionaban como asesora política en esa Cumbre Global Shara, supe que era una señal de mis ancestros. Así que realicé un par de indagaciones y, ¡taraaaán, aquí estoy, hermanita! —exclamó con una sonrisa sarcástica—. Aquella oportunidad que estaba esperando llegará a través tuyo.

—Estás mal de la cabeza —dijo con desdén—. No tengo nada para ti.

En su mente, sin embargo, se empezaron a unir las piezas de las noticias de la emboscada sufrida por Zarik. Los detenidos habían sido identificados como integrantes de los Pamisaj. «¿Qué rol jugaba Khanul en ese grupo de malnacidos?».

—Vaya vida tan interesante que has tenido —dijo haciendo caso omiso del comentario de Arienne—. Realizaste estudios en Inglaterra, te doctoraste en no sé qué mierda, tienes amigos influyentes, te volviste huérfana nuevamente —se rio con crueldad —, te hiciste millonaria, o casi, y además eres la viva imagen de los Al-Kahaleel: estás trabajando como lameculos de la realeza y el *status quo* —dijo.

—Unos aprendemos a hacer limonada con los limones que nos lanza el destino, pero otros, como tú, prefieren vivir amargados e inadaptados —replicó. Ella jamás habría pensado que el único riesgo que tomaron con Zarik públicamente, como ir a un jodido globo aerostático al amanecer, hubiera traído esta consecuencia: el imbécil de Khanul en su casa, amedrentándola. Tomó una profunda respiración.

Él esbozó una media sonrisa, cruel.

—¿Qué tanto valoras la vida del hijo de puta que ocupa el cargo de príncipe heredero? Porque, considerando que no solo lo follas, sino que además trabajas para él, entonces debes conocer muchos secretos —dijo—. Mira qué ambiciosa has sido.

Arienne apretó los dientes. Prefirió no responderle al respecto.

—Aunque hayas entrado sigilosamente en mi casa, hay una cámara que registra todo lo que ocurre, salvo que yo la desactive al llegar. Pero, ¿qué crees? —preguntó complacida consigo misma al recordarlo—. No la desactivé, porque tú me impediste moverme. La única manera de borrar la cinta es ir a la central de la empresa de

seguridad, pero, en estos instantes te quedan pocos minutos antes de que llegue la policía. ¿Acaso no es hermoso cuando te equivocas? Te podré identificar como la persona que se les escapó y que es culpable de la emboscada al príncipe, meses atrás. Tus líderes de los Pamisaj, porque deduzco que esa es tu agrupación de resentidos sociales, ignorantes e inadaptados, no estarán muy contentos cuando te apresen. Pero a mí, me hará feliz contarles a las autoridades detalles de tu vida, Khanul Al-Kahaleel.

Él montó en rabia y le dio un empujón a Arienne que la hizo caer de nalgas sobre el piso. Ella intentó incorporarse, pero la bota de combate que llevaba el hombre le presionó el abdomen. Lo hizo con fuerza. Arienne contuvo un sollozo. No iba a darle la satisfacción de quejarse, así que se mordió el interior de las mejillas.

—¡Maldita perra, ignorante! —le gritó—. ¿Crees que he vivido en el desierto como un común matón? —preguntó en tono colérico —. Nosotros somos un grupo de personas, familia, que luchamos por el bienestar mutuo, a pesar de que el Estado y la monarquía nos mantienen en perenne olvido. Tenemos el propósito de mantenernos en libertad de derechos y preservar nuestras tradiciones ancestrales.

—No he tenido pensamientos sobre ti, simplemente —dijo con dificultad. Khanul volvió a presionar la suela de la bota y la movió causándole más dolor—. ¡Nadie les prohíbe sus tradiciones, lo que se busca es darles nuevas opciones, idiota!

—Mi nombre ya no es Khanul —dijo con satisfacción al verla torcer el gesto de dolor—, me lo cambié cuando me adoptó una nueva tribu al morir mi familia en el desierto, soy Bostan Tajari. — Arienne se quedó estupefacta. Eso significaba que él era uno de los dos líderes de los Pamisaj. «Quería llamar a Zarik, Dios, necesitaba verlo»—. Mi hermano del desierto es Gassmal Tajari, y mi padre, el hombre que me dio cobijo, después de quedarme a la deriva y mal herido, fue Mohelo. Él murió y mi hermano Gassmal y yo acordamos liderar juntos los Pamisaj. Así que no, maldita furcia e ignorante mujer impura, los que atentaron contra Zarik fueron mis soldados. Yo no me ensucio las manos y mi plan especial, de hecho, lo ejecutarás tú.

Arienne sintió que le ardía la garganta por las ganas reprimidas

de llorar. Khanul apartó la bota y sacó de nuevo el arma, girándola entre los dedos, sonrió.

—Eres un asesino —dijo con incredulidad—, y yo no voy a ayudarte.

—¿Asesino? —rio—. Sí, pero siempre amparado en hacer la justicia de Alá y de los Pamisaj —dijo con soberbia—. Mis hermanos y yo somos la ley. Nadie escapa de ella. —Arienne sintió repulsión por Khanul, más que antes—. ¿Recuerdas la noticia de la mujer que encontraron desmembrada en un parque de Carpal, hace un año? —preguntó en tono pagado de sí mismo. Arienne tragó en seco e hizo un asentimiento—. Era una impura, como tú, y estaba casada con uno de nuestros soldados, pero descubrieron que había sido infiel. Así que le aplicamos el castigo de la tribu: la flagelé frente a todos, hasta que no pudo mantenerse en pie. Después su marido la violó, le echó ácido en la cara y la dejó morir al sol. Yo la desmembré y dejé los restos de su cuerpo adúltero a la vista de los que pasaran por el parque. A su amante, lo maté de un disparo por traidor; entre los Pamisaj no nos traicionamos.

Arienne recordaba esa noticia brutal y sanguinaria. Se habló al respecto, durante varios días, debido al horror de lo ocurrido a la víctima. Los medios de comunicación señalaron que los autores eran los Pamisaj, porque la mujer tenía una nota, pegada a la frente, que decía que había insultado el honor de esa tribu.

Ella sintió arcadas, pero se contuvo de vomitar. Jamás imaginó que Khanul pudiera, primero seguir vivo; segundo, llegar a cotas de violencia y vileza tan atroces. Sabía que él no estaba contándole esto por ser anecdótico, sino para que supiera de lo que era capaz. Era una amenaza. «Quiso llorar, oh, Dios». Pero solo la fortaleza que siempre la había sostenido en pie evitó que le castañearan los dientes. Nada deseaba más en ese instante que tener los brazos de Zarik, rodeándola y protegiéndola.

—Sí supe de esa barbarie —replicó manteniéndose seria—. Khanul, soy una ejecutiva de asuntos políticos. Pero no trabajo con criminales ni asesinos.

—Oh, claro que lo harás, ¿acaso crees que el príncipe es invencible? —preguntó agachándose para agarrarla de los cabellos con fuerza, zarandeándola. Luego la soltó. Ella gritó de dolor—. Mereces que te flagelen por furcia y por traer tus costumbres

promiscuas de Occidente a este país —dijo con repudio apartándose —. Si te niegas a ayudarme, más allá de ver correr la sangre de quienes te importan, sentirás la furia de los cielos. Te llevaré con mis soldados y ellos te darán una lección. Sé que van a divertirse pasándote de mano en mano. Terminarás destrozada, hasta el punto que vas a pedir clemencia y que te maten para acabar con tu tormento. Lo más fácil, *hermanita*, es que contribuyas a mi gran misión: desestabilizar a los Al-Sarkham y hacer prevalecer los verdaderos legados de Nariem. Es decir, los de las tribus.

Ella contuvo un temblor ante la horrenda y vil amenaza.

—Nadie es invencible ni indispensable, es especial tú —replicó con fingida altivez. Si hubiera tenido un arma blanca cercana se habría lanzado a atacarlo, sin importarle nada. Aunque estaba aterrorizada, ella sabía que Khanul la necesitaba viva.

—Eso ya lo veremos —sonrió con suficiencia—, furcia barata. ¿A cuántos más te habrás llevado a la cama, corrompiéndolos con tu cuerpo e ideas progresistas y
anti-nariemu
? —preguntó desdeñosamente—. Eres una afrenta social y una vergüenza.

Las palabras de Khanul, a ella, no le afectaban, porque sabía que formaban parte de un discurso machista extremo. En el caso de las tribus desérticas, el patriarcado era más elevado debido al aislamiento de la sociedad civil, el terrorismo ideológico, el uso de la religión como una bandera de abuso y la falta de educación.

—Que vivas en la era de piedra con tus ideas opresoras contra la mujer, ¡es tu maldito problema y el de esta jodida sociedad retrógrada! Pero eso está cambiando, va a cambiar por completo desterrando el pasado con Zarik, y eso es lo que te duele. Te duele, porque implica que tu ideología de abuso perderá poder. Será penalizado que apoyes los crímenes contra tantas mujeres utilizando el honor y una religión como excusas. ¿Te parece bien que haya
niñas-novias
en las tribus? ¿Te parece mal que un hombre mayor de edad y una mujer mayor de edad tengan los mismos derechos sexuales? ¡Retrógrado ignorante! Eso es lo que eres y tu cruzada sin sentido va a perder, porque gente como tú merece desaparecer —replicó sin

guardarse nada.

—Usa mi nombre correcto al dirigirte a mí, furcia, soy Bostan Tajari —le gritó en un tono de desprecio—. Si quieres preservar aquello en lo que tanto crees, pecadora de mierda, entonces vas a tener que obedecer todo lo que te diga.

Arienne se movió hacia atrás y apegó la espalda contra la pared. La persona que la miraba era un asesino que se sentía orgulloso de sus crímenes. No lo ocultaba. Tanto era el desprecio hacia la Corona y el Estado que asesinar era su finalidad. Poco a poco, se levantó del piso. Se acomodó la ropa. Estaba frustrada, enojada y también temerosa. El temperamento de Khanul era volátil, ahora mucho más que hacía años, pero ella tampoco podía contenerse. Si no era capaz de defenderse con un objeto cortopunzante o un arma, entonces lo haría con lo mejor se le daba: las palabras.

Khanul le lanzó un sobre mediano. Le ordenó que lo abriera. Arienne revisó las fotografías. Las imágenes eran de Zarik en sitios abiertos y también en áreas cerradas. Pero el factor común consistía en que eran lugares a los que el público común no tenía acceso, de hecho, no se trataba de actos públicos, sino reservados. Una de las tomas, bastante pixelada, era la imagen del globo aerostático.

—¿Qué quieres que haga con esto? —preguntó dejando las fotos de lado—. La única manera de obtener estas imágenes, aunque tienen una pobreza en cuanto a calidad, significa que tienen tecnología. No tan buena, claro, pero están usando todos aquellos elementos, para espiar a Zarik o a cualquiera, a los que se oponen que otras personas puedan tener acceso. Qué hipócritas son los Pamisaj —dijo enarcando una ceja—. Mientras mantienen a sus filas de soldados en la ignorancia, los líderes la utilizan. Eso no te hace mejor que los políticos o reyes a los que tanto criticas.

—Las cámaras son lo único que nos ha servido en cuanto a tecnología…

—La tecnología que tanto rechazas —interrumpió en tono burlón.

—… y porque podemos seguir a nuestros objetivos con más facilidad —continuó para defenderse de las acusaciones de ella—. Pero eso da igual, porque tú eres la pieza clave en este plan innovador que me ha surgido como una epifanía.

—No sabía que conocías palabras elegantes para hablar —se

mofó ella.

—Ignoras muchos asuntos, pero no te culparía, porque es tu condición de mujer. Supongo que Zarik no lo nota, porque está muy interesado en usarte de furcia —se encogió de hombros. Arienne consideró que darle otra bofetada no iba a ayudarle en nada—. En todo caso, he decidido que no voy a organizar un ataque o una nueva emboscada contra el Estado o la realeza, porque no quiero poner en riesgo a mis valientes soldados. Pero utilizaré otra manera más al estilo diplomático: tú —dijo soltando una risotada que irritó a Arienne—. Así que vas a ayudarme.

Ella soltó una carcajada incrédula por la desfachatez de este torpe.

—¿A hacer qué, según tú, Khanul? —preguntó enarcando una ceja. Continuaba rehusando llamarlo por el nombre de Bostan, algo que notaba que lo irritaba, pero si él se mostraba hostil, ella también lo haría. ¿Qué? ¿Iba contra las normas regulares de sus aprendizajes de negociación? A estas alturas no importaba.

—Me darás la información que logrará crear caos, pero que surgirá desde dentro de la organización y con un mayor alcance de destrucción —dijo.

Arienne deducía que él estaba mal de la cabeza, pero no a estos niveles. No comprendía lo que estaba tratando de decirle. No tenía sentido su balbuceo.

—Soy asesora política, no agente de inteligencia militar, ignorante —dijo esta última palabra con énfasis, porque Dios, se lo merecía con creces, porque lo era.

—Oh, entonces, ¿me puedes explicar qué hacía Oleg Petrossian en la cumbre que, según consta en el material informativo, tú ayudaste a estructurar? —preguntó.

Ella frunció el ceño y se cruzó de brazos.

—¿Qué hay con él? Fue un invitado de último minuto —replicó. Khanul esbozó una sonrisa de suficiencia y Arienne entendió que le había dado una respuesta que necesitaba—. No puedo hablar contigo en acertijos. Dime qué carajos buscas.

—Oleg Petrossian, pequeña mierda de mujer, es un mercenario. La única razón por la que sale de su cueva en Armenia, a un evento público o para visitar un país o ciudad, es si tiene planes de asesorar, a quien sea que lo haya contratado, en temas bélicos,

inteligencia militar o estrategias contra grupos subversivos —replicó.

—¿Y…? —preguntó y lo miró con furia. Él parecía inquieto mirando el reloj de pared recurrentemente. Arienne sabía que la policía no iba a llegar rápido, porque esa era una de las deficiencias del sistema: la lentitud. Solo dependía de que alguien en la agencia de seguridad insistiera para que se diera prisa. Khanul y ella llevaban hablando varios tortuosos minutos, pero parecían horas—. Ignoro lo que hace con su vida.

—Oleg posee un perfil bajo y trabaja encubierto, en las sombras —dijo—. Su presencia no es una coincidencia. Después de nuestra emboscada corrió el rumor de que el príncipe tenía un gran proyecto para la erradicación y detención de nuestra gente, los Pamisaj y demás tribus. Para darnos caza. Como si fuésemos animales.

—¿Esperabas que se quedara de brazos cruzados? ¿Esperabas que dijera «ay, los pobrecitos Pamisaj, mejor los ignoro y los dejo que sigan atacando»?

Khanul elevó el brazo y disparó al techo. Arienne se acuclilló para cubrirse la cabeza. Desde su posición lo observó sonreír con satisfacción. Ella volvió a pararse.

—¡No estoy bromeando por la gran puta! —gritó—. ¿Entiendes?

—Sí —replicó Arienne apretando los dedos los pies, dentro de los zapatos, para evitar que el resto del cuerpo le temblara y no demostrarle miedo—. Sigue.

Él bajó y guardó el arma en el *holster* que tenía a un costado.

—Si quieres que Zarik mantenga su cabeza sobre los hombros y evitar un baño de sangre en Nariem tienes dos opciones. Me vas a dar toda la información de lo que él planea, al haber traído a Oleg, o los noticieros anunciarán la decapitación del príncipe heredero. Esto no es un juego. Las medidas de seguridad siempre tienen un fallo y no nos costará encontrarlo de nuevo, así como lo hicimos en la emboscada que le tendimos. Tienes cinco días para decirme qué plan tiene tu amante. Considera que esos —señaló las fotos esparcidas en la alfombra— son solo unos cuantos ángulos que podemos encontrar para usar francotiradores. Te lo comenté en un inicio y te lo vuelvo a decir: nadie es infalible y toda seguridad tiene siempre una brecha.

Arienne ató los cabos en su mente y sintió que se le iba la sangre al piso. «La estrategia Tadmin», pensó con horror. Oleg quizá era una de las últimas personas que Zarik estaba considerando para infiltrar en una plaza laboral. Al menos, después de toda la información del perfil, que Khanul acababa de darle de Oleg, tenía sentido.

—¿Me pides que busque información sobre Zarik a cambio de perdonarle la vida, pero al mismo tiempo quieres destruir sus planes para ayudar Nariem? —preguntó con una expresión de incredulidad. El nivel de esta pesadilla era infumable.

—Correcto. Los amantes tienen una comunicación más personal.

—Me sobreestimas —replicó. «¿Dónde está la policía?», se preguntó inquieta.

—No intentes pasarte de lista, Arienne, si Jamil te enseñó a leer las señales corporales, también lo hizo conmigo —dijo—. Entendí bien lo que vi en las tomas del globo aerostático. Además, aunque saliste por la puerta de emergencia del auditorio, hoy, cuando la familia real saludó a los simpatizantes, Zarik cometió el error táctico, al menos ante alguien como yo que tiene información, de buscar con la mirada el coche en el que te marchaste. Fue sutil, pero a mí nada se me pasa por alto. Estar camuflado, entre los manifestantes, siempre tiene una excelente ventaja —concluyó.

—No sé qué información quieres —replicó—. Lo que único conozco está vinculado a mi trabajo diario: datos políticos, mas no supuestos planes secretos.

Khanul extrajo su teléfono. Marcó un número y dijo «activar».

—Revisa tu teléfono, pero no intentes nada gracioso —ordenó. Arienne miró la alerta de noticias y soltó una expresión de horror, llevándose la mano libre a la boca. Dos coches bomba acababan de explotar en el centro de Carpal—. Ese es el inicio de varios atentados, Arienne, si no me das lo que busco. Quiero saber por qué Oleg Petrossian está en Nariem y qué plan tiene Zarik contra nosotros, los rebeldes.

—¿A cambio de dejar de matar gente? —preguntó descorazonada. Solo quería que la jodida policía llegara lo antes posible. Lo ideal sería que se llevaran a Khanul, pero, ¿bajo qué cargos? Tal como era justicia en Nariem, para la mujer, lo más probable es que la acusaran a ella de cometer actos impuros

permitiendo la entrada de un hombre, que no era su esposo ni familiar, a la casa estando sola—. ¿Eh?

—Por hoy, las noticias reportarán unos cuantos heridos sin gravedad y un muerto —replicó con calma—. Los atentados son planificados con cuidado. Este ya estaba previsto, en honor a la Cumbre Global Shara —sonrió—, y tan solo he decidido el momento de detonar los coches: ahora. Dame la información que quiero o la próxima vez que veas a tu amante será en una ceremonia de sepultura con honores de Estado —dijo con perfidia —. Por cada día que tardes en darme lo que busco, lo que verás en las noticias serán disturbios más contundentes y coches bomba con más víctimas mortales. Será tu culpa. Así que más te vale obtener esa información. Salvo que puedas lidiar en tu conciencia con tanta violencia y muertes —dijo sonriente.

Arienne sentía la desesperación rasgándole la piel. La presencia de Khanul era un recordatorio que nadie escapaba del pasado. «Si ella no hubiera aceptado el *affaire*, entonces su hermano adoptivo jamás la habría buscado y, por ende, no hubiesen explotado los coches bomba de hoy, ni la vida del príncipe correría peligro».

—Aún si encontrara la supuesta información que asumes que existe —dijo al pensar en todo lo que sabía de Tadmin—, ¿cómo podría tener garantías contigo? No has hecho más que mentir, amenazar y causar destrozos por los sitios que pasas.

—Los subversivos tenemos honor —replicó, casi ofendido.

—Quiero una prueba, Khanul —dijo a cambio con entereza, porque, ante esta amenaza, no tenía más qué perder—. Me pides algo casi imposible —mintió, porque claro que conocía la información que él quería, pero necesitaba ganar tiempo—. Además, amenazas con afectar la paz del país, insistes en que habrá más víctimas inocentes, y que la guadaña de la muerte pesa sobre el príncipe heredero si no consigo saber sobre el tal Oleg o qué planea, según tú, Zarik. Entonces, quiero garantías de que vas a cumplir con no lastimar a nadie más, si logro obtener lo que buscas —dijo.

—No estás en posición de negociar, Arienne —replicó con sorna.

—Tu anhelo de desprestigiar a la monarquía, a causa de tu estúpido resentimiento social, te desbordaban. Siempre ha sido así y veo que no ha cambiado —dijo—. Sé que vas a concederme lo que te pida, porque tu otra opción es seguir frustrado, hallando maneras

para atacar con éxito a la familia real, pero no vas a conseguirlo. Porque, en estos momentos, has decidido que yo tengo lo que buscas. ¿Ves? Debiste escuchar a papá y entender que no puedes dejar ver tus cartas.

El hombre la miró con tal desprecio que ella creyó que iba a dispararle. Pero el arma, aunque tembló en la mano de Khanul, no la apuntó otra vez. Ella respiró.

—Habla de una buena vez qué es lo que quieres, mujerzuela —dijo.

—Me estás pidiendo que traicione a Zarik, al buscar datos que no están dentro de mi acceso regular, y lo entregue a una célula rebelde que ha causado muchos destrozos y que, además, intentó matarlo. Así que a cambio de buscar la información quiero dos cosas —dijo tomando una decisión, porque no existía otra salida para ella. En todas terminaría perdiendo—. La primera, una carta escrita por ti, como Khanul Al-Kahaleel, firmada, y en la que aceptas que incendiaste la casa de mis padres y las razones por las que actuaste de ese modo —dijo, porque esa carta era un cierre para su vida. No tenía que ver con Nariem—. La segunda, que me entregues el dije de mando de tu organización —siguió. Todos los integrantes de grupos rebeldes recibían un dije de oro con las marcas y simbologías de la tribu; era un honor llevarla. El dije de los líderes pasaba de padres a hijos—. Esas son mis dos condiciones.

Khanul contenía apenas la rabia. Podría destrozarla a golpes, pero no le serviría. Arienne sabía algo que no quería decirle. La carta mugrosa le daba igual, él imaginaba que era parte del sentimentalismo ridículo de Arienne. En el caso de entregarle el dije que le había obsequiado Mohelo durante sus horas de agonía, una mitad era suya y otra de Gassmal, merecía la pena darlo si podía herir a la monarquía. Khanul sentía que honraría a su tribu y a sus hermanos Pamisaj. Al finalizar todo, no dejaría viva a Arienne, así que, más pronto que tarde, él recuperaría su valiosa joya.

El hombre hizo un asentimiento breve.

—Tú serás el caballo de Troya en la monarquía de Nariem. Si cumples tu parte, Arienne, no volverán las protestas, porque Insignia Regional se caerá a pedazos a la par que su príncipe heredero —se rio—. Te buscaré de nuevo en cinco días. Tendré la puta carta y el dije conmigo. Solo tienes un camino, hermanita,

¿eliges salvar la vida de tu amante y dar tranquilidad a un pueblo o prefieres la muerte de Zarik y sumir a Nariem en un caos de actos vandálicos con protestas violentas, con tu silencio? Si el día en el que vuelva a contactarte no tienes esa información, entonces empezará un suceso diario de nuevos atentados públicos, muertes y caos. Todo será tu culpa.

Arienne enarcó una ceja. Le dolía la parte del abdomen en la que él puso su grotesca bota. «Dios, ¿qué pesadilla es la que estoy viviendo?», se preguntó. Aparte se sentía mal luego de ver explotar esos dos coches y leer sobre las víctimas mortales. Ahora, ella tenía la posibilidad de evitar nuevos ataques a gente inocente, pero a costa de su propia felicidad. Estaba atrapada. Si sus padres supieran en la clase de monstruo en la que se había convertido Khanul sufrirían lo indecible. Estaban mejor en el cielo.

—En cinco días lo sabrás —replicó ella. El sonido del coche de policía parecía ya muy cerca—. Ahora, lárgate de mi casa y regresa al hoyo del que saliste.

Él le hizo una venia burlona y volvió a ponerse el pasamontañas. Salió por la puerta trasera que daba al patio con agilidad. Arienne soltó una larga exhalación. Estaba cansada, no solo por el evento, sino por este horrendo encuentro. Si fuese una bebedora activa, entonces un vaso de Vodka le vendría fantástico para emborracharse e intentar olvidar esta experiencia. Cuando llegaron los agentes de seguridad, manteniendo el protocolo de estar fuera de la puerta, ya Arienne estaba sola. Les explicó que el jardinero le había dado un susto de muerte, pero que todo estaba bien.

Los hombres no hicieron más preguntas y se marcharon.

Al instante, Arienne llamó a la empresa de seguridad y les pidió enviaran a un experto para que reforzara la valla eléctrica que acordonaba el patio trasero. Ella no necesitaba que le diesen el registro del video, porque tenía la aplicación de monitoreo en el teléfono y podría buscar el *timeline* de lo ocurrido y dejarlo guardado. Sus ganas iniciales de regar sus plantitas, al llegar a casa, se habían evaporado del todo.

Se dejó caer sobre el sofá y la envolvió el silencio de su soledad.

El aire había quedado cargado de desdén y perfidia, golpeándola como el insistente vaivén de las olas de un mar ennegrecido a causa de una tormenta. Sus ojos no guardaron más las lágrimas y estas

empezaron a caer una tras otra. «¡Khanul era uno de los líderes de los Pamisaj!». La trayectoria de violencia y malas intenciones de ese grupo era muy conocida. Que hubiera sido él, o Bostan como prefería llamarse, junto a Gassmal, los que fraguaron el plan para asesinar a Zarik, le revolvía el estómago. Sería imposible que ella le pidiera ayuda al príncipe y le contara lo que acababa de suceder, porque él podría considerar que todo este tiempo ella había estado en contacto con Khanul. Podría inclusive creer que los momentos juntos habrían estado manipulados o eran fruto de una mentira premeditada. Sin embargo, sí podría recurrir a su mejor amiga y pedirle consejo. «Malin la ayudaría. Sí».

Arienne estaba ante decisiones que implicarían sacrificar su lealtad con el hombre del que estaba enamorada, pero al mismo tiempo le estaría salvando la vida. En ninguno de los dos escenarios ganaba ella. El panorama era trágico, sin duda. Al darle la información del plan Tadmin a Khanul, la imagen de Zarik quedaría por los suelos ante los nacionalistas. Eso le acarrearía inconvenientes en diferentes ámbitos.

Por simple efecto dominó, lo anterior quitaría fuerza a Insignia Regional, lo que se traducía en que Arienne estaría defraudando a sus compañeros que, al igual que ella, invirtieron lo mejor de sí mismos durante incontables horas de trabajo para sacar adelante esta primera gran etapa del plan. Lo más doloroso sería que Zarik la despreciaría, porque sabría que ella estaba detrás de haber filtrado los datos de Tadmin a los rebeldes. Quizá, le daría un castigo ejemplar. La silla eléctrica era el precio para los traidores, pero nada le dolería tanto como saber que él dejaría de quererla.

Tal vez, el único punto positivo de esta situación era que Zarik cumpliría, sin mirar atrás, su deber como heredero de la corona. Sin distracciones y sin recordarla. Se casaría con Rihanon y tendrían los hijos, la descendencia, que Arienne jamás podría darle. Ella estaba convencida de que él, por su espíritu guerrero, superaría el *impasse* que podría provocar la divulgación del plan Tadmin, antes del tiempo previsto. Arienne, aunque era capaz de sortear grandes desastres, jamás había estado frente a uno que significaría perder para siempre al amor de su vida. Un amor prohibido que, desde siempre, estuvo destinado a terminar por un fin mayor: el legado de Nariem.

Aparte de la parte personal, ella también estaría salvando la vida de un potencial número de víctimas inocentes de los desmanes que, estaba muy segura, crearían los Pamisaj si Khanul no obtenía lo que quería. Sabía que su hermano adoptivo, ese monstruo desagradecido y vil, no había fanfarroneado. Ella no entendía cómo un ser humano, que recibió amor y reconocimiento, se mantenía hostil y vengativo, a pesar del paso de los años. La elección final de Arienne marcaría una diferencia entre el caos o la relativa calma, pero a costa de la pérdida de su propia vida.

CAPÍTULO 23

Zarik llevaba una hora dialogando con Hamur sobre su inminente matrimonio obligado con Rihanon. No había podido hacerlo previamente, porque después de la cumbre, cuatro días atrás, tuvo que viajar a dos premiaciones culturales a otras ciudades. En esa ocasión estuvo acompañado de Dhalia. Le gustó compartir tiempo con su hermana menor, porque no solían coincidir con frecuencia en temas de trabajo. Así que aprovecho la ocasión para saber los planes que tenía ella, una vez que recibiera el título de doctora. Dhalia era carismática de una manera dulce, así que era el arma perfecta de relaciones públicas para fomentar la imagen de calidez de la casa real.

—¿Mantuviste en secreto tu relación este tiempo? —le había preguntado, mientras cenaban en la ciudad de Yumatha. Él asintió —. Me parece tan impropio de tu carácter, Zarik, e inclusive de Ari —había dicho riéndose—, pero me encanta que haya pasado. No sabes cuánto me alegro que dejaras de lado las mujeres superficiales y eligieras una que de verdad tiene un gran corazón. Además, claro, te dice sus opiniones sin reprimirse. Alguien tiene que ponerte un freno —Zarik había enarcado una ceja—. Siempre supe que la profesión era importante para mi amiga. Si se arriesgó a estar contigo, en verdad, le gustas. Así que más te vale que no la lastimes.

—Sospecho que siente por mí algo más que un gusto —había contestado él, riéndose—. Pero ahora estoy en una encrucijada que tengo que resolver.

Dhalia había puesto la mano sobre la de él con cariño. Su rostro era serio.

—Hermano, sé que mi padre es ante todo el rey. Pero también sé

que puedes encontrar una salida. Si de verdad crees que Arienne es la compañera que necesitas a tu lado, como príncipe y como hombre, entonces lucha por ella, Zarik —había dicho y luego se apartó para tomar un poco de zumo de uvas—. Además, Rihanon me cae pésimo. Si terminaras casándote con ella, yo evitaría su presencia como si fuese una leprosa. La mujer tiene la reputación de maltratar a sus empleados. Es antipática.

—Lastimosamente, antipática o no, cumple con los estándares esperados para ser mi esposa —había replicado—. Sin embargo, haré lo posible por cambiar esa orden de nuestro padre y poder estar con la persona que he elegido para mí.

—¿Cómo harás para conseguir el anillo de Nariem? —le había preguntado.

Esa joya había pasado durante siglos de un rey a su reina; de un príncipe heredero a su prometida. Se trataba de un anillo de oro de 24 quilates con intrincados diseños geométricos que representaban la herencia nariemu. En el centro había un diamante rosado de 10 quilates engastado en un montaje de cuatro puntas. Debajo tenía un halo de diamantes blancos en una banda de platino. La combinación creaba un contraste hermoso. El anillo estaba valuado en cuarenta millones de dinares.

—El mismo día del evento, antes de que yo me marchara, mamá me llamó para entregarme el anillo —había sonreído al recordar la expresión generosa y sincera de Esme—. Me dijo que debía tenerlo en mi poder, pero que el destino y mis elecciones determinarían quién sería la mujer que, al final, iba a llevarlo.

—Vaya… —había expresado—. Pero, Zarik, existe una diferencia entre tener una relación contigo, secreta, y exponerse a una vida pública con todas las implicaciones que ya conocemos. Esos menesteres son naturales para ambos, pero Ari, aunque haya sido hija de diplomáticos, probablemente se sentiría abrumada.

Zarik había esbozado una sonrisa.

—Encontraré el momento adecuado para hablar con ella. Arienne es muy inteligente y sé que sabrá adaptarse a las circunstancias —había replicado.

—El factor más importante, mi arrogante hermano, es si te dará un «sí» —había dicho dejando a Zarik en silencio—. Intento ser realista. Le estarías pidiendo que renuncie a algo que siempre ha

sido importante para ella: su privacidad. Está de por medio la dedicación que ha puesto en ser una de las pocas asesoras políticas. En todo caso, tú eres un gran ser humano, así que confío en que ella te acepte.

Zarik había soltado la tensión de los hombros y se carcajeó.

—Gracias, supongo —había dicho con una sonrisa. Luego cambiaron de tema.

Él le había confiado lo que ocurría con Arienne, en rasgos generales, porque no tenía un mejor amigo o una mejor amiga. Lo anterior tenía que ver con la manera en la que había sido criado: resolver por sí mismo sus emociones. Sin embargo, con el paso de los años descubrió que podía hablar, ocasionalmente, con su hermana.

Aunque también podría haber conversado con Bursit, este no se tomaba las cosas en serio. Además de que era ambicioso, pero desde un punto de vista en que no le importaba si sus acciones afectaban a otros. Por eso, la posibilidad de confiarle un tema delicado sería un error, pues de seguro Bursit sacaría provecho de alguna manera y lo cabrearía o perjudicaría. Zarik todavía estaba a la caza de algún indicio sobre la verdadera clase de vínculos, aparte de la compra de armamento, que tenía él con los hombres de Qaratam. Aunque no le gustaba sospechar de su propia familia, el instinto le decía que su hermano guardaba más información de la que daba a entender.

Por otra parte, durante los días en que estuvo fuera de Nariem, Zarik habló con Arienne cada noche. Sin embargo, había percibido algo distinto en ella que no logró identificar con claridad. No sabía si eran conjeturas equivocadas de su parte, pues durante las conversaciones que tuvieron, ella continuó siendo aguda en sus respuestas, flirteó y bromeó con él. Así que consideró que lo más probable es que solo estuviera más agotada de lo normal, porque la segunda etapa de Insignia Regional estaba en marcha. Lo anterior consistía en la implementación del sistema de internet por fibra óptica, además de instalar antenas en las zonas más descampadas. La ayuda vendría a través de un convenio con Australia, lo cual implicaba tratos con empresarios. Pero también en áreas políticas. Ese era el terreno laboral de Arienne.

No obstante, nada de eso importaba por ahora.

Esta noche, después de que terminara de hablar con Hamur, Zarik se reuniría con Arienne para cenar en el jardín trasero del palacete. Pero, en estos instantes, ella estaba recibiendo un masaje relajante en la sala que él solía utilizar para hacer terapia física, después de su entrenamiento diario. No podía esperar para volverla a tener entre sus brazos. Contaba ya noventa y seis horas sin probar ni trazar las líneas de su cuerpo sensual; tenía sed de ella. Arienne le había dado algo único: su confianza y su inocencia, pero también la llave para romper las cadenas que rodearon su corazón. Unas cadenas que él nunca quiso deshacer, hasta que tocó a Arienne por primera vez.

Zarik era consciente de que el espectro social del país no era el más adecuado para desafiar las tradiciones más importantes: las sucesorias. Pero, precisamente a causa de todo lo que se avecinaba, quería aprovechar la calma de la privacidad de la que aún podía gozar con Arienne. Por eso había ordenado a sus empleados que dejaran preparada una mesa para dos con comida griega. Su plan inicial fue reservar, al completo, uno de los restaurantes preferidos de Arienne. Pero debido a las protestas en las calles que aún continuaban, a causa de la cumbre, sumado al incidente de dos coches bomba que explotaron en Carpal días atrás, él había optado por la prudencia.

Zarik sabía que esta clase de amedrentamientos ocurrirían, pero las pérdidas humanas le dolían, porque amaba a su pueblo. La gente civilizada, aunque podía diferir de sus planes, no tenía por qué sufrir las salvajadas de los rebeldes. Él era consciente de que ninguna reforma social profunda se conseguía de manera pacífica, aunque la intención lo fuese, pero no dejaba de enfadarlo la inconsciencia del egoísmo.

No era un asunto de Oriente Medio, sino de historia universal, y aún se replicaba en las grandes metrópolis. Siempre habría detractores violentos, inhumanos y sanguinarios. Pero el servicio de inteligencia de Nariem estaba ahora más alerta que antes. De hecho, capturó a los cuatro soldados de los Pamisaj culpables de los coches bomba. No iban a tener un juicio, sino que serían llevados directo a prisión. Las entidades estatales tenían la consigna de ignorar los derechos humanos de los terroristas, porque, al atentar contra personas inocentes, no merecían recibirlos.

Pero la seguridad del país era responsabilidad de los organismos vinculados a esa clase de asuntos. Él era un príncipe, mas no un presidente, así que su trabajo consistía en abogar por la mejora de Nariem, en la medida que le fuese posible, y hallar los modos de crear planes competitivos para un mejor futuro de su tierra.

En estos instantes, Zarik estaba enfocado en preservar el legado Al-Sarkham. No podría concebirlo sin Arienne, así que necesitaba resolver ese tema con su visir.

—¿Cuál es tu resolución a lo que acabo de plantearte, Hamur? —preguntó Zarik—. Considera que estoy dispuesto a enfrentarme a cualquier legislador, integrante del Consejo de Ley e inclusive a mi propio padre, si intentan oponerse a mi decisión. Sin embargo, primero quiero que me digas si existe una vía alterna, amparada en la legalidad, para evitar impugnaciones y así legitimar mi decisión.

El visir había escuchado todos los pros y contras explicados por el príncipe en esta reunión. Entendía la clase de situación, tan compleja, en la que él se hallaba. Sin embargo, la alternativa que iba a darle como consejero era una ruleta rusa. Porque no había otra forma de poder calificarla. No obstante, Hamur no podía intervenir y decirle qué hacer al príncipe heredero, primero, porque sería una falta de respeto. Segundo, porque su trabajo era dar opciones y los posibles resultados de cada una.

—Su alteza, más allá de una resolución, se trata de una vía legal, pero que jamás ha sido utilizada y es muy antigua —expresó el anciano—. Fue establecida ciento cuarenta años atrás por su ancestro, el rey Abdala Waheed bin Brecano Al-Sarkham. Se trata de la Ley de Disposición Hereditaria —dijo—. Pero jamás ha sido utilizada.

Hamur siempre estaba preparado para cualquier situación. No se sabía todas las normativas de Nariem, pero era muy observador. Por eso, cuando se había dado cuenta de que la doctora Johansen y el príncipe Zarik tenían una sutil y diferente manera de mirarse, tomó la decisión de empezar a investigar sobre los asuntos sucesorios. Se alegraba de haberlo hecho, porque ahora podría ayudar al príncipe.

—Si no ha sido utilizada, entonces, ¿será difícil que la acepten?

—Al contrario —sonrió—, será complicado que la impugnen, porque si ha durado tanto tiempo vigente tiene un peso sobre las leyes que pudiesen tratar de aplacarla. Ni siquiera el rey tendría

tanto poder si usted decide acogerse a esta ley.

—Me gusta la perspectiva, pero, ahora, explícame en qué consiste —ordenó.

—El heredero del reino de Nariem puede acogerse a esta ley si, por principios humanos y personales, no está conforme con la mujer que le ha sido asignada para tomar por esposa. Sin embargo, para tener esa libertad, el heredero tendrá que poner a disposición del rey en funciones, así como ante el representante principal del Consejo de Ley, la Cámara de Representante y el Senado, su título real, los privilegios que vienen con él, así como la herencia, ajena al patrimonio que pudiera haber construido por sí mismo —explicó el anciano lo más breve y conciso que pudo.

—En conclusión, ellos pueden elegir aceptar mi petición para que Arienne sea mi esposa. Pero, yo perdería mis derechos dinásticos como príncipe heredero. ¿Correcto? —preguntó en tono tenso, porque sus planes para su pueblo, la ambición de darle un porvenir lleno de oportunidades, y volverlo competitivo, penderían de la decisión de cuatro personas, entre las que se incluía su padre. Eso era un desastre.

—Correcto, su alteza —murmuró el hombre—. Sin embargo, no existen castigos como la ruptura de los lazos con su familia, y podría mantener una propiedad de residencia. Su boda no sería una celebración con los protocolos de la ocasión.

—¿Perdería mi línea de sucesión, y mis hermanos ascenderían? —preguntó, porque no le importaba una gran celebración o una jodida residencial real. Él era billonario gracias a sus múltiples inversiones a lo largo de los años—. Explícame.

—Sí, su alteza, en este caso el príncipe Bursit sería el nuevo heredero al trono —dijo Hamur—. Sin embargo, sería su primogénito, y no el del príncipe Bursit, en el hipotético caso de que todo esto ocurriese, quien iría primero en la línea de sucesión. Aún si su hermano fuese coronado rey, el día en el que su hijo cumpla la mayoría de edad podrá desplazarlo. La ley es muy antigua y no contempla la posibilidad de una primogénita como heredera en derechos —explicó con sencillez—. Si fuere el caso, la descendencia de su hermano prevalecería en la línea de sucesión al trono.

Zarik se frotó las sienes e hizo un asentimiento. No estaba

interesado en conocer la historia detrás de la creación de esa ley, sino en encontrar la manera de estar con Arienne. Por otra parte, lo que se estipulaba que tendría que sacrificar era, prácticamente, toda su vida. Todo aquello por lo que había vivido y trabajado; los sueños que quería ver cumplidos para Nariem. Zarik soltó una larga exhalación.

—No comprendo algo, Hamur. Si renuncio a mis derechos como heredero y mis privilegios, ¿por qué mi primogénito los heredaría? —preguntó, confuso.

—Porque la renuncia tiene que ser voluntaria, mas no obligada por detractores, calumnias, escándalos de corrupción o actos de traición al país —explicó—. Su renuncia estaría motivada por decisión personal, sin presiones ni coerciones. Por ese motivo, la sangre de su descendencia no se verá afectada y recibirán títulos reales.

El príncipe hizo un breve asentimiento.

—Solo mi padre y tú, saben el asunto de Tadmin. ¿Podría ser considerado como traición? —le preguntó con el ceño fruncido—. Esto es también importante.

—No, su alteza, porque el rey está al corriente y no ha vetado esta estrategia. Si su majestad hubiera negado su decisión de infiltrar extranjeros, a pesar de la finalidad progresista, pero aún así usted hubiera persistido, sí habría sido traición.

—Entiendo —murmuró pensativo. Su mente estaba agitada.

—Lo que está en la línea de juego es trascendental, su alteza —dijo.

—Mi padre no acepta a Arienne, porque no tiene el abolengo de Rihanon. Pero, tal como te comenté, mi madre está de acuerdo con la elección que yo haga. Dime, ¿de qué manera afectaría el voto negativo de mi padre cuando yo ponga a disposición mi título real, mis privilegios y mi herencia ancestral? —preguntó.

—El voto del rey anula a los demás. Si el representante del Consejo de Ley, el de la Cámara de Representantes y el del Senado dan un sí, pero el rey da un no, entonces no hay apelación posible. Usted estaría obligado a casarse con la persona que su majestad, el rey Soldon, designe —contestó con suavidad a notar la contrariedad que se formaba en la expresión del príncipe. Él, como visir durante tantos años junto al joven heredero, comprendía la encrucijada en

la que se hallaba—. Si los tres líderes dan un no, pero su majestad, el rey Soldon, da un sí, entonces se hará la voluntad del rey. Una respuesta positiva, su alteza, implica perder sus derechos. Esa sería la conclusión más clara, bajo la que podría exponerle esta antigua ley.

Zarik no podía quedarse sentado más tiempo. No le importaba el título, la herencia o los privilegios, pero sí perder las oportunidades de hacer un cambio verdadero por su gente. Sin embargo, la mujer que amaba era Arienne. Juntos podrían hallar otra manera de ayudar a Nariem, aunque en una escala más discreta. Pero su mayor incógnita era que si ella estaría dispuesta a arriesgarse con y por él.

—¿Puede mi padre obligarme a casarme, aún cuando he invocado una ley para exigir mi libertad de elegir a la mujer que yo quiera? —preguntó frunciendo el ceño.

—Sí, y si usted no lo hace sería considerado un traidor —dijo Hamur.

—Eso es arcaico… —farfulló con rabia por todo este puto enredo.

—Esta ley arcaica también es la que puede salvarlo, su alteza, pero para llegar a la resolución final, que usted anhela, tendrá que pasar por la aprobación del rey. La apuesta que haría es altísima —replicó sin agregar más detalles. No le correspondía.

Zarik empezó a caminar de un lado a otro.

—¿Cuál es tu opinión de Arienne? —le preguntó a su visir por curiosidad.

—La doctora Johansen es la mejor candidata para ser la reina de Nariem, sin importar las exigencias sociales. Posee un alto grado de integridad e inteligencia, no distingue su trato por clases sociales, derrocha empatía, logra que las personas confíen en ella, y está alineada con su visión progresista. Ha tenido un pasado complejo, pero también gracias a los señores Al-Kahaleel, posee una educación similar a la que podría tener la princesa Rihanon, la princesa Lydia o cualquier otra aristócrata —replicó—. Aunque pueda resultar obvio, me gustaría expresar que, indistintamente de la resolución con respecto a la Ley de Disposición Hereditaria, la doctora Johansen no perdería sus derechos, ni su empleo, menos sus posibilidades de seguir en Nariem.

Zarik hizo un asentimiento y soltó una exhalación aliviado.

—¿Trabajarías conmigo, Hamur, aún si dejara de ejercer mi rol como heredero al trono? —preguntó a su visir—. Porque estoy dispuesto a invocar a la Ley de Disposición Hereditaria. Quiero que Arienne sea mi esposa. No quiero a otra. Si el precio que tengo que pagar son mis privilegios, lo haré, porque ella lo vale.

El anciano esbozó una sonrisa. Estaba orgulloso de que este joven tuviera la capacidad de luchar por otros, pero también por sí mismo. El príncipe Bursit era muy inteligente, pero no poseía las agallas ni la madurez para reinar. Si el rey Soldon le negaba la posibilidad al príncipe Zarik de casarse con quien deseaba, entonces estaría clavándole un puñal a un joven que siempre lo daba todo por Nariem. Por supuesto, Hamur jamás podría expresar, ni siquiera a su esposa, esta clase de opiniones.

—Sería un honor para mí, su alteza, continuar a su servicio y al de su familia. Indistintamente si es en su condición como integrante de la línea de sucesión al trono o como un hombre de familia que ha elegido la lealtad hacia sí mismo —replicó.

Zarik miró a su visir con sincero aprecio y esbozó una sonrisa amable.

—Gracias, Hamur —dijo con convicción. Arienne era todo lo que él necesitaba, el resto de sus planes los podrían hacer juntos—. Ahora, quiero que hables con Kirian para convocar a una reunión urgente con mi padre y los principales representantes de los organismos necesarios. Quiero a mi equipo de abogados.

—Por supuesto, su alteza, ¿qué día desea hacerlo? —preguntó.

—Organiza esa reunión para dentro de cuatro días. Gracias por tu ayuda, Hamur —dijo el príncipe. Primero, necesitaba pedirle matrimonio a Arienne. No era algo que iba a hacer a la ligera, porque no se trataba de un ítem banal en su agenda.

—Estoy para servirle, su alteza —dijo con una inclinación de cabeza—. Mañana hablaré con los abogados para que empiecen a preparar los detalles de todo su portafolio, así como las respectivas diligencias con Kirian para la reunión.

—Bien, Hamur, buenas noches —dijo abandonando la oficina.

Al príncipe le daba igual lo que pudiera suceder con su estatus monárquico. En el caso de que obtuviera los votos de los representantes, pero su padre los anulara, él hallaría alternativas para continuar aportando a su país desde otros ángulos, aún si

tuviera que marcharse de Nariem. No aceptaría casarse por una imposición. Zarik comprendía que, en realidad, la pérdida más grande sería no luchar por Arienne. Por eso su elección era ser leal a las emociones que había descubierto en él, gracias a ella.

Arienne miró con una sonrisa al príncipe cuando él entró en la *suite*. Esta sería su última noche con Zarik, antes de hablar con Khanul, así que haría todo lo posible para guardar el mejor recuerdo de ambos. Después del magnífico masaje, ella había ignorado la cena y prefirió ducharse, porque quiso sorprenderlo. A juzgar por la expresión de deseo que notaba en él, su misión había sido exitosa. Ella llevaba el cabello lacio, gracias al secador; lencería negra y estaba descalza. La tela del sujetador era de malla con bordados dispersos que dejaban entrever las areolas y los pezones; lo erótico consistía en mirar, pero no al completo. Las bragas tenían el mismo material, pero el centro, en el que convergían sus labios íntimos, estaba semicubierto. Él podía notar su pubis, totalmente depilado, mas no lo que el bordado elegante guardaba.

Zarik estaba de pie como un guerrero del desierto, oscuro y decidido, fiero y sexual. Llevaba pantalón negro y camisa de lino gris. No tenía el *keffiyeh*. Esos ojos eran fascinantes y parecían devorarla viva, desgarrándola pieza por pieza, escrutando cada trozo de su cuerpo a la vista. Este hombre no era solo guapo, sino letal en su viril belleza. Poco a poco, él empezó a caminar hacia ella, sin dejar de observarla, al tiempo que se quitaba la camisa; el calzado; los pantalones y luego el bóxer.

Gloriosamente desnudo y erecto se detuvo frente a Arienne.

—Han sido cuatro días sin verte —dijo en tono gutural, mientras con ambas manos le agarraba los pechos—, sin tocar tus tetas, sin escuchar tus gemidos —le apretó los pezones y ella gimió—, mmm, sí, ese sonido es la música que me hacía falta. Pero, en especial, sin probar la delicia que es tu boca —masajeó los pechos—. Has sido descarada al desobedecerme. Tuve que mirar las cámaras de seguridad para saber qué rumbo habrías tomado, al no encontrarte

en el jardín —concluyó.

—Zarik —susurró, mirándolo, agarrándole el pene con ambas manos para acariciarlo con suavidad consistente—, tan solo quise sorprenderte esta noche.

—Siempre me sorprendes con tu belleza, pero hoy, cariño, eres una tentación irresistible —murmuró. Aprovechando que ella entreabrió los labios, deslizó su lengua en esa boca. Arienne tembló ligeramente, porque él continuaba masajeándole los pechos, tal como sabía que a ella le gustaba—. Me encantas… Cada parte de ti.

—Te deseo, Zarik —susurró, antes de que él la hiciera perder el sentido de cualquier circunstancia que no consistiera en zambullirse en este delicioso beso.

Se besaron con una pasión lenta, intensa y carnal, pero que contenía toques de añoranza, posesión y dulzura. La mezcla era la droga que los mantenía adictos al otro. Sus labios se movían, recorriéndose, arrancándose jadeos y marcando la boca del otro con suspiros de fuego. Él deslizó las manos para agarrarle las nalgas, apretándolas codiciosamente, mientras disfrutaba cómo ella le acariciaba firmemente el pene.

Permanecieron en este febril estado de controlada provocación, que subía y bajaba de ritmo; las manos de ambos recorrían, apretaban, acariciaban y maniobraban con el cuerpo del otro. Pero en ningún instante, aunque lo deseaba, él le quitó la lencería. Al cabo de un largo, larguísimo rato, cuando Arienne sentía que sus bragas estaban empapadas y sus dedos podían palpar el líquido preseminal, ralentizaron el beso. Zarik esbozó una sonrisa y le mordió juguetonamente el labio inferior, halándolo con fuerza para luego calmar el escozor con su lengua. Ella le tomó el rostro entre las manos, en un gesto que parecía desesperado y pasional al mismo tiempo; como si tratara de memorizar sus rasgos y la crudeza sexual de su mirada. Zarik le besó la boca una vez más y no logró contenerse, así que le arrancó las bragas.

Respirando agitadamente, Arienne echó la cabeza hacia atrás cuando Zarik le introdujo un dedo en el sexo, luego dos, y empezó a masturbarla con pericia. Él besaba su cuello y lo mordisqueaba, mientras con la mano libre le recorría las curvas. Ella apoyó las manos sobre los hombros del príncipe, para mantener el equilibrio. En un gesto inesperado, Zarik apartó los dedos y la giró de la

cintura. La espalda de Arienne quedó apoyada contra los pectorales masculinos. Desde atrás, él le desabrochó el sujetador y los pechos cayeron libres. Ella podía sentir el pene ardiente justo sobre sus nalgas; contoneó las caderas y eso le valió un azote y una inmediata caricia.

—No sé qué has hecho conmigo, pero he caído bajo tu embrujo —le dijo al oído y luego le mordisqueó el lóbulo de la oreja—. Estas tetas magníficas me tienen loco, Arienne —murmuró agarrándole ambos pechos desnudos, jugueteando con las puntas sensibles, mientras ella llevaba la mano hacia atrás para tomarle el pene y masturbarlo—. ¿Qué tanto necesitas correrte? —le preguntó en tono provocador.

—Con la misma urgente necesidad que tú —replicó apretando con fuerza la punta roma. Sonrió al escucharlo gruñir contra su oreja y luego mordérsela—. Sígueme acariciando el sexo, Zarik —le pidió y él la complació. Le agarró el pubis, acariciando la carne del Monte de Venus sin vello, luego le frotó el clítoris.

Sus cuerpos se movían en esta postura cómoda y *sexy*. Las nalgas de Arienne tentaban el miembro de Zarik. Él le sostenía una teta con la mano, pellizcándole insistentemente el pezón, al tiempo que sus dedos entraban en la húmeda hendidura. Estuvieron contoneándose, susurrándose guarradas, gimiendo, hasta que el clímax empezó a surgir como la lava de un volcán, cuya erupción sería brutal e inminente.

—Arienne, quiero correrme dentro de ti —susurró, a duras penas conteniendo las ganas de verterse en la mano que lo acariciaba—, si no te detienes, entonces no…

Ella se apartó y se giró, le tomó el rostro, y le mordió la boca con rudeza. Después soltó una risa suave al notar la expresión de tormento frustrado de Zarik. Lo agarró de la mano y lo instó a que la llevara a la cama. Con fluidos movimientos, él cubrió el cuerpo de Arienne con el suyo, perdido en esa sonrisa, en los ojos de brillantes esmeraldas y en los atributos físicos de una Diosa y hechicera a la par.

—Hazme el amor, príncipe Zarik Al-Sarkham —susurró mirándolo. La manera tan visceral en la que él la deseaba, la hacía sentir única y especial.

—Siempre será un placer —replicó separándole los muslos.

Arienne le acarició la mejilla y cerró los ojos con un gemido, mientras sentía cómo la punta roma empezaba a empujar en su interior. Soltó un suspiro entrecortado cuando Zarik, centímetro a centímetro, la colmó con su cuerpo. Hasta el fondo.

—Mírame, Arienne —dijo apoyando las manos a cada lado de la cabeza femenina, sosteniéndose. Ella le rodeó la cintura con las piernas—. Sí, me gusta verte cuando gimes de placer, cuando mueves tu cuerpo —salió y entró en ella con tortuosa lentitud—, mientras te lleno una y otra vez —dijo haciendo precisamente eso.

—Me gusta sentir cómo me ensanchas y colmas mi sexo con el tuyo… Sí, así… —gimió arqueando la espalda a medida que él embestía, anclándose en su cuerpo. El sonido de la unión de ambos se unía a los gemidos y sus respiraciones.

El sexo era apasionado y embriagado de amor, necesidad, lujuria y fiereza. No era un apareamiento salvaje, pero sí impetuoso en una comunicación sublime de eufórico erotismo. Se tomaron su tiempo, en un vaivén eléctrico; sus bocas se besaban con dulce posesión. Los labios de Zarik se deslizaron hacia abajo para disfrutar chupándole los pechos; los torturó lo suficiente, hasta que estuvieron inflamados con las marcas de su barba y dolorosamente erectos de sus succiones vehementes.

—Arienne —gruñó cuando sintió que las paredes femeninas empezaban a contraerse a su alrededor—. Estoy cerca de correrme… —dijo llevando una mano hacia el sitio en el que sus cuerpos se unían y le frotó el clítoris con insistencia.

—Sí, más rápido, Zarik… —jadeó—. Oh, en ese punto… Ahí… Así… Oh.

Sus miradas estaban conectadas. El corazón de Zarik golpeaba contra su pecho, porque la clase de vínculo que sentía con Arienne era único. Estar con ella era el equivalente a tomar una bocanada de aire, después de haber pasado tiempo a punto de ahogarse. Pero, en este instante, anclado a su cuerpo, sabía que sacrificar su vida como príncipe le daría la recompensa que jamás pensó que podría encontrar: amor.

Zarik soltó un gruñido, apretando los dientes, sin dejar de mirarla, porque ella tampoco apartaba su atención de él. Apenas se distraían para contemplar cómo se unían sus cuerpos, pero regresaban la mirada hacia el otro. Él empezó a embestir con más

rapidez. Los brazos de Arienne le rodeaban el cuello y sus caderas salían al encuentro de las acometidas. Ella sintió cuando el pene empezó a vibrar en su interior.

—Arienne… —dijo él mirándola con intensidad fiera.

—Sí, sí… —jadeó enterrándole los dedos entre los cabellos con fuerza.

—Cariño… —gimió Zarik cuando las contracciones femeninas fueron más rápidas y ella gritó al alcanzar el clímax. Solo entonces, él perdió la resistencia y dejó que su simiente caliente se vertiera. Cerró los ojos y apoyó el rostro en el cuello femenino. Aspiró el aroma que le era conocido, una mezcla de dulzura y picardía.

Ella soltó una exhalación y esbozó una sonrisa. Lo abrazó con fuerza, mientras él continuaba en su interior y le daba besos en el cuello. Se quedaron así, acompañados por sus respiraciones, la sensación de placidez y plenitud compartida. Paulatinamente, Zarik se movió, sin salir de ella, hasta que la acomodó sobre su cuerpo.

Arienne elevó la mirada.

—Hola, princesa —dijo Zarik, porque eso era ella para él.

Ella dejó escapar una risa suave.

—Viniendo de un príncipe es todo un halago —le hizo un guiño. Él se rio—. Hola, Zarik —susurró al instante delineándole la boca con la yema del dedo—. Te extrañé, ¿sabes? En tu ausencia me hicieron falta tus besos y sentirte en mi interior.

Él le acomodó unos mechones de cabello detrás de cada oreja.

—Si ausentarme unos días implican un recibimiento como el de hoy, pues quizá merezca la pena hacer viajes con más frecuencia —dijo haciéndole un guiño.

Ella soltó una risa suave. Sentía euforia, pero también una gran tristeza.

—Prefiero no echarte tanto de menos, nunca —susurró con sinceridad.

Arienne había hablado con su mejor amiga. La conversación fue larga, compleja y dura, por todas las revelaciones que había hecho de su familia y Khanul. Malin no le recriminó el silencio de esos años al respecto, sino que le agradeció que hubiera decidido mostrarle esa parte de su vida, al fin. Después le insistió, varias veces y utilizando diversos argumentos, que considerara hablar con Zarik para explicarle lo que estaba sucediendo, porque quizás él

podría encontrar la manera de entender lo ocurrido. Le reiteró que un acto de traición en Nariem era una falta gravísima.

Pero Arienne le explicó que, considerando las circunstancias y la perfidia de los Pamisaj, si ella quería salvar la vida de Zarik y, además, evitar muertes de inocentes a manos de los rebeldes, la única vía era pactar con Khanul. Malin, con renuencia, porque sabía las implicaciones de una alta traición a la Corona, la había abrazado con fuerza. Arienne había llorado horas. Finalmente, su mejor amiga le propuso que hiciera de su última noche con el príncipe una de las más inolvidables de su vida.

Después hablaron del espinoso tema de la silla eléctrica, al ser el castigo por traición, y fue otro trago amargo. Malin le sugirió que llamara a Lucianno y le pidiera que enviara su *jet* privado al hangar de Carpal. Arienne lo hizo. Su amigo no le pidió explicaciones y le prometió que su avión estaría esperándola al siguiente día. No solo eso, sino que insistió en que se quedara con él en su mansión de Londres. Arienne echaría de menos a Malin y su vida en esta ciudad, pero tenía que escapar para que el príncipe no pudiera condenarla a muerte. Zarik no tenía compasión por los traidores, lo recordaba muy bien, porque se lo había dicho en el mirador de Thethuan.

—Arienne, si yo no tuviera títulos reales, propiedades y privilegios; si yo fuese un empresario o un gestor de proyectos como cualquier otro. ¿Seguirías conmigo? —preguntó de repente en un tono suave, mientras le acariciaba la espalda.

—Aunque estuvieses en la bancarrota —replicó con franqueza—. No me interesa el dinero, pero sí un hombre que tenga ambición y enfoque para conseguir sus metas. Un hombre que tiene claras sus ideas, y sabe cumplir un plan, puede lograr grandes cosas. Si es pobre, volverse abundante. Si ha fracasado, reinventarse —sonrió.

Zarik miró con admiración profunda.

—Entonces, por ejemplo, ¿tampoco te importaría si tú tuvieras títulos reales?

Arienne no sabía a qué venían estas preguntas, pero solo sonrió.

—Siempre que esté contigo, la etiqueta da igual —replicó inclinándose para besarlo en los labios. Él profundizó el beso y ella lo sintió endurecerse en su interior. Con una risa suave se apartó y frotó la nariz contra la de Zarik—. ¿Sabes por qué, príncipe mío? —

preguntó en un tono emocionado. Sentía los ojos llovidos.

Él le sostuvo las mejillas entre las manos.

—¿Por qué, cariño?

—Porque yo también estoy enamorada de ti —dijo dejando escapar una lágrima, porque sabía que, después de esta noche, él la odiaría—. Te amo, Zarik.

Él se quedó un instante en silencio, asimilando esa confesión y absorto en ella. Arienne no era bonita, sino la definición de belleza. Lo más hermoso era que parecía ajena a esa gran realidad. Zarik esbozó una brillante sonrisa y la apretó más contra su cuerpo, abrazándola. En este instante, él entendió que la decisión de desafiar al rey, así como darle la espalda sus derechos dinásticos, era acertada. Si era el precio a pagar por estar con una mujer como Arienne, entonces estaba dispuesto a aceptarlo.

—El privilegio es mío —dijo antes de besarla con dulzura. Fue un beso suave, reverencial y con un toque de pasión—. Me has hechizado, cariño —expresó haciéndole un guiño que la hizo reír. La noche siguiente día, le pediría que se casara con él. Las votaciones sobre su herencia, y título como príncipe heredero, serían un trámite que no cambiaría la euforia que sentía al saber que Arienne lo amaba.

—Zarik —susurró ella mirándolo a los ojos—, hazme el amor de nuevo.

Él esbozó una sonrisa sensual y la complació durante largas horas. Horas en las que no fueron necesarias las palabras, porque sus cuerpos, en el silencio roto por los gemidos del éxtasis, se encargaron de transmitir lo que sus almas clamaban.

Veinticuatro horas después

Se reunió con Khanul a las siete de la mañana, en una cafetería de mala muerte y poco concurrida para un lunes de ajetreado trabajo en oficinas, y le contó sobre la estrategia Tadmin. Le explicó que no estaba segura qué haría Oleg con exactitud, pero su presencia coincidía con el perfil que buscaba el príncipe heredero.

Una vez que obtuvo todo lo que quería, el hijo de perra de su hermano adoptivo le entregó la carta y el dije pactados. Ella sabía diferenciar una joya real de una falsa. Esta era legítima.

—Estás en mi radar, Arienne —había dicho—. Ojalá no te consideren una traidora y te atrapen, porque eso tiene un castigo, ¿no? —preguntó carcajeándose.

—No te tengo miedo, Khanul. Solo me importaban las personas inocentes que pretendías lastimar por una estupidez. Sé que todo es efímero, en especial la vida. Nunca sabes cuándo vas a perderla y da igual si es violenta o pacíficamente. Piérdete en los confines del infierno al que perteneces —había replicado saliendo del café.

Esa mañana, ella le escribió a Kirian para comentarle que se tardaría un poco en llegar a la oficina, pero que todos los pendientes de la jornada habían sido resueltos. Lo cual era verdad. La mentira era que no regresaría al palacete. No volver a ver a Zarik de cerca, abrazarlo y besarlo, eso iba a dolerle durante toda la vida. Pero sabía que, en algún momento, lograría reponerse y seguir su camino. No había otra opción.

Que la condenaran a la silla eléctrica era lo esperado. Sin embargo, Arienne sentía que este era un sacrificio altruista y que no merecía morir por salvar al hombre que amaba y evitar muertes innecesarias a manos de los rebeldes. Pero eso no borró el horror que sintió cuando leyó las alertas de las noticias en el teléfono. En tan solo unas pocas horas, el bastardo de Khanul, había logrado introducir sus putrefactos tentáculos y la noticia del plan Tadmin estaba en todos los noticieros nariemus.

Su alteza real, de príncipe playboy a príncipe traidor.

Zarik Al-Sarkham, príncipe de Nariem, traiciona sus raíces.

El príncipe Zarik conspiraba para derrocar a su padre.

El príncipe heredero de Nariem pretende borrar la cultura de Nariem, infestándola de extranjeros

infiltrados.

La gran sorpresa: el príncipe Zarik Al-Sarkham conspiraba contra su propio pueblo e Insignia Regional fue solo una pantalla falsa.

Príncipe de Nariem contrata mercenarios para erradicar las tribus del desierto que no se ajustan a sus dictámenes.

Arienne se sintió morir al leer la tergiversación de la información. Pero no había nada que ella pudiera hacer. Khanul había empezado la maquinaria para echar por tierra la imagen Zarik, así como el esfuerzo construido para Insignia Regional. Limpiándose las lágrimas, ella terminó de guardar los objetos de valor sentimental, porque luego iría al hangar, donde la esperaba el avión de Lucianno. Malin le había dicho que se encargaría de mantener su casa a buen recaudo, hasta que encontrara un corredor de bienes raíces que pudiera conseguirle un precio justo para venderla.

No sabía cuándo volvería o si acaso lograría pisar de nuevo Nariem.

Cuando escuchó un coche aparcando en el exterior de su casa, agarró sus dos maletas y se echó el bolso al hombro. Pero al abrir la puerta no pudo ver el taxi, pues cinco policías estaban observándola y apuntándola con un arma cada uno. Ella se quedó en *shock*. Se le atoraron las palabras en la garganta. El pulso se le disparó.

—¿La doctora Arienne Charlotte Johansen Al-Kahaleel? —preguntó el que parecía ser el líder del grupo—. Responda de inmediato. Confirme su identidad.

Ella dejó caer las maletas a un costado. «Zarik había sido más rápido».

—Sí, soy yo… —susurró—. ¿Por qué están aquí? —preguntó retóricamente.

—Está arrestada bajo los cargos de conspiración, terrorismo y traición a la Corona y a Nariem —dijo el agente en un tono hostil —. No tiene derecho a un abogado ni tampoco a hablar si no recibe una pregunta directa. ¿Entiende?

Mientras hablaban, los otros agentes entraban en la casa para constatar que no hubiera nadie más dentro. Una vez que consideraron que todo estaba bien, salieron.

—Entiendo —susurró con expresión derrotada. No tenía miedo de morir.

—Manos detrás de la espalda —ordenó el mismo agente.

Arienne obedeció y sintió las esposas cerrándose alrededor de sus muñecas. Si sus padres la vieran en este instante, conociendo sus razones para haberle dicho la verdad de Tadmin a Khanul, no se avergonzarían de ella. Ese pensamiento le brindó entereza. Se afligía, porque ni siquiera podría llamar a Malin o a Lucianno. Estaba sola.

Una vez más, el círculo se repetía. Lo había perdido todo. Ahora, el hombre al que amaba la enviaría sin piedad a la pena de muerte por traidora, así como también, probablemente y para vengar el daño causado, la sometería al más viejo de los castigos que, aunque no se solía utilizar, continuaba vigente para los que eran acusados de conspiración para causar daño a la Corona. Se trataba de la flagelación pública.

No importaba que tuviera la nacionalidad británica, porque su gobierno no tendría tiempo de intervenir por ella. En especial, cuando este agente le acababa de decir que no tenía derecho a un abogado. La posibilidad de justicia para ella era nula.

—Entre al coche —le gritó el agente cuando Arienne no se movió para caminar—. Si tengo que repetir las órdenes, el castigo que va a recibir será peor.

—Lo siento… —susurró con lágrimas sin derramar. Entró en el vehículo.

CAPÍTULO 24

—¿Sobre qué quieres hablar conmigo, Oleg? —le preguntó. Él ya estaba infiltrado, trabajando, en el ministerio de defensa. Si el hombre quería verlo, entonces se trataba de algo muy urgente, porque Oleg era la clase de profesional que no perdía el tiempo—. Siéntate —dijo Zarik con un gesto—. ¿Ordeno que te traigan café?

—No, su alteza, gracias —replicó con tono serio. Esta era su marca registrada, según había notado el príncipe—. Quise venir en cuanto contrasté mis fuentes y verifiqué que estas tomas fuesen verídicas —le entregó un sobre—. Las imágenes se realizaron con teleobjetivo. El identikit de uno de los líderes de Pamisaj coincide con el rostro de las fotografías que recibí hace una hora. Quise venir lo antes posible.

—¿Cuál de los dos líderes? —preguntó aún sin abrir el sobre.

A lo largo de las negociaciones para traer a Oleg al país, este le había dado al príncipe un estudio que elaboró sobre las estructuras de las tribus subversivas en Nariem. Lo hizo en conjunto con la estrategia que sugirió que el Estado podría agregar, a las ya existentes, para recabar información y neutralizar a estos grupos, al menos a los más agresivos. Esto lo hizo Oleg para darle una garantía a Zarik de que el precio que estaba pidiéndole, como honorarios profesionales, así por el tiempo que pasaría fuera de Armenia, no solo era justificado, sino que su *expertise* era legítima.

—Bostan Tajari. El otro, Gassmal, no se ha acercado a la capital o al menos no ha sido visto, según los datos que tengo, desde hace cinco años. Pero sí va a otras ciudades. Ellos manejan todo desde el desierto. Los que entran a las ciudades son los soldados. Me llamó la atención que Bostan hubiera estado hoy en Carpal —dijo.

—¿A qué crees que responda su descuido? —preguntó frunciendo el ceño.

—Jamás es un descuido, siempre es intencional, su alteza. Pero debe tener un plan mayor entre manos para haberse presentado en un café, aunque hubiera sido en un área de mala muerte de la urbe, consciente de que lo buscan las autoridades.

El príncipe hizo un asentimiento. Meditabundo.

—Entonces será más rápido geolocalizarlo —replicó Zarik, complacido, mientras abría el sobre y sacaba la primera fotografía. Se quedó estupefacto. Esto no era lo que esperaba. Se dio prisa y sacó una imagen tras otras, hasta la última. Se trataba de un total de diez tomas en diferentes ángulos. En ninguno era posible negar que la mujer rubia y de ojos verdes era aquella que él llevaba bajo la piel—. ¿A qué hora y cuándo ocurrió este encuentro? —preguntó en un tono casi asesino.

—Esta mañana a las siete. La reunión duró un total de cuarenta minutos. No se tiene registros de encuentros previos entre ambas personas. Es la primera vez que Bostan se muestra abiertamente en público. Quizá no teme lo que puede ocurrirle. Estoy cien por ciento seguro que el de las fotos es él. La persona que lo acompaña…

—Sé quién es, Oleg —interrumpió, ya eran las diez de la mañana—. Gracias. Síguele la pista a Bostan y haz lo necesario para darle caza. Eso es todo.

El armenio se incorporó del asiento.

—Su alteza —murmuró con una inclinación de cabeza y se marchó.

Una vez que estuvo a solas, Zarik sintió un frío gélido llenar la estancia. Toda posibilidad de calidez en él acababa de apagarse. Miró de nuevo las fotografías y al tocarlas sentía que las manos le temblaban, porque el cabreo superaba a cualquier otra emoción. El dolor en pecho fue inesperado, pero también el equivalente a recibir una puñalada que tenía un veneno que empezaba a entremezclarse con lentitud en su torrente sanguíneo. No iba a matarlo, no, pero estaba despertando una necesidad de castigar a Arienne y de vengarse de ella. La niebla roja que cubría su mente le impedía analizar con claridad. Lo que más vibraba en él eran sus instintos asesinos.

En un gesto impropio de su carácter, porque esta puta mañana

las jodidas circunstancias lo atormentaban como aves de rapiña, barrió con lo que estaba sobre el escritorio. Todo se quebró con estrépito. Después, con la fuerza surgida del desengaño, dio un puñetazo contra la ventana de vidrio, madera y metal. Esta se resquebrajó y el material voló como esquirlas. Los nudillos empezaron a sangrar, pero no era capaz de registrar el dolor. Apoyó ambas manos sobre el alféizar de la ventana destrozada, y dejó caer la cabeza hacia abajo. Intentó llevar oxígeno a sus pulmones.

Necesitaba recuperar el control para poder lidiar con esta situación.

Llamaron a la puerta. Él preguntó en un tono de voz, que parecía salido de los infiernos, quién mierda era; le respondió Kirian para preguntar si estaba todo bien o si necesitaba de su asistencia. Zarik no le respondió, sino que se apartó de la ventana y revisó las cámaras de seguridad. La embustera de Arienne no había llegado. Así que le gritó a Kirian exigiéndole que entrara, porque no tenía toda la jodida mañana para protocolos ridículos. El asistente principal entró con una expresión de cautela.

—¿Dónde está Arienne Johansen? —preguntó a bocajarro.

Kirian, que jamás había visto al príncipe perder el control, notó los nudillos con sangre y la ventana destrozada. Sin embargo, no hizo comentarios al respecto. No creía que fuese el mejor momento para sugerir alcohol o algodón, menos reparar la ventana. «Lo que sea que hubiese causado este estado al príncipe debía ser grave».

—La doctora Johansen me comunicó que tardaría en llegar a la oficina, su alteza, pero que los pendientes del día estaban cubiertos y resueltos —replicó.

Zarik hizo un asentimiento y se pasó los dedos entre los cabellos.

—Puedes marcharte —dijo en un tono tenso.

—A sus órdenes, su alteza —murmuró y se alejó cerrando la puerta.

El príncipe apoyó las manos sobre la madera del escritorio, porque el vidrio que lo cubría estaba roto en varios pedazos sobre el suelo de parqué. Cerró los ojos. No tenía idea de cuánto tiempo habría pasado en esta posición, pero fue suficiente para que la espalda se sintiera más tensa de lo usual. Le dolía la mandíbula debido a la fuerza con la que estaba apretando los dientes. Se movió y echó la cabeza hacia atrás. Abrió y cerró los dedos de la mano,

después giró el cuello un par de ocasiones.

«Qué ufana era la vida», pensó. La primera ocasión en la que creía que existía la posibilidad de equilibrar sus anhelos personales para Nariem y que, al mismo tiempo, era posible amar a alguien que no estuviera contaminada por la ambición del poder o los privilegios o el dinero, la bofetada de la realidad le mostraba lo opuesto.

Jamás debió perseguir sus instintos ni dejarse llevar por esa estupidez por la que tantos hombres, durante siglos y siglos, en incontables leyendas griegas y orientales, habían perecido. Una estupidez llamada amor. Nunca debió aceptar la llave invisible que Arienne le dio para liberar su corazón, porque lo había dejado vulnerable.

Sin embargo, en su necia estupidez, su raciocinio aún quería encontrar una explicación lógica a las imágenes que había recibido de Oleg. Su mente y su cuerpo no eran capaces de reconciliar la idea de que la mujer que le había dado los mejores días de su vida, que lo ayudó a encontrar falencias en sus estrategias de trabajo, la que expresaba sus opiniones sin contenerse y no buscaba halagarlo, la que le entregó su virginidad, la que lo hacía sentirse valioso por ser un hombre a su lado y no por su título; era la misma mujer que estaba junto a un terrorista, compartiendo un café, dialogando como si fueran amigos o ¿quizá amantes? ¿Había sido Arienne una infiltrada de los Pamisaj todo este tiempo? ¿Tan hábil fue ella y los Pamisaj para pasar los filtros de contratación del palacio? «¿Acaso no decían que el amor volvía imbéciles a los hombres?», se preguntó y luego meneó la cabeza. Soltó una exhalación larga.

Al cabo de un instante, su teléfono empezó a sonar con insistencia.

Zarik quería explicaciones, pero para buscar a Arienne tenía que calmarse. Sin embargo, no fue posible hacerlo cuando agarró el móvil y abrió los titulares. Releyó la información, como si tratara de cerciorarse de que sus ojos no estaban jugándole una mala pasada. Pero no tenía problemas de visión ni de comprensión lectora, no.

Todas las noticias eran sobre el plan Tadmin, las motivaciones e implicaciones. Lo retrataban como un traidor que usó Insignia Regional como escaparate de mentiras, mientras su verdadera intención era desestimar y cambiar las tradiciones ancestrales, en

especial de las tribus desérticas. Otros artículos estaban a favor del secretismo del plan Tadmin, porque el país merecía un cambio y los métodos, siempre que hubiera resultados, daban igual. Pero de esta clase de noticias había pocas.

La prensa iba a darse un festín, durante semanas, con esta información. Mientras tanto, a él, le tocaría trabajar con su equipo para hacer un control de daños. El escándalo generaría protestas, así como también implicaría que otras áreas del Estado empezarían a realizar cuestionamientos. Además, Insignia Regional se vería afectada, pero Zarik no tenía intención de detener nada. Iba a enfrentarse a toda esta mierda que acababa de salpicarle. No iba a torcer el brazo ni iban a someterlo unos putos titulares. Si sus antepasados se habían batido en guerras sangrientas en las tierras locales y extranjeras, entonces él podría enfrentarse a ríos de tinta negra y perfidia.

Eso no implicaba que no se sintiera embargado por una sensación lacerante de rabia, profunda decepción y amargura por la mujer que estaba en las imágenes de las fotos. No podía creer que tan solo horas atrás, ella le hubiera dicho que lo amaba; que hubieran hecho el amor como si hubiese un futuro real entre ambos; que hubiera pensado en pedirle matrimonio y arriesgarlo todo por ella. Mientras todo este puto tiempo, Arienne utilizaba su trabajo en Insignia Regional para encontrar información suficiente que lograra hundirlo. ¿Por qué lo hizo, maldita fuera, si sabía lo importante que era este proceso para crear un mejor país? ¿Por qué lo traicionó y apuñaló por la espalda? ¿Qué de todo lo que le había dicho a él fue verdad y qué fue mentira?

Ella no solo había traicionado a la Corona, sino a Nariem, y a él.

Zarik no necesitaba preguntarle a su visir si era él el bocazas, y sería un imbécil pensar que su padre hubiera comentado, aunque fuese en confidencia, a otra persona sobre Tadmin. Las pruebas de quién era la culpable de este puto desastre, nacional e internacional, estaban desperdigadas en el suelo de su oficina en forma de fotografías.

¿Qué le había ofrecido Bostan y qué le habría dado ella a cambio? ¿Cómo era posible que, aún consciente de que ese hijo de puta lo emboscó en el desierto para tratar de matarlo, ella hubiera estado en contacto con él? ¿Desde cuándo hablaban? Mientras él

ideaba la manera de estar juntos, reuniéndose con su visir, eligiéndola por sobre su valioso legado de siglos de antigüedad, Arienne estaba confabulándose con el esquivo hombre que intentó asesinarlo. Bostan Tajari. El príncipe estaba tan dolido como contrariado. Pero en su país, las leyes se cumplían y la traición se pagaba.

—Kirian —dijo llamando a su asistente por teléfono—, quiero que envíes a arreglar mi oficina y reemplaces la ventana, así como el vidrio del escritorio. Coordina también una reunión de emergencia con los jefes de los equipos de relaciones públicas, comunicación de crisis, estrategas diplomáticos, y convoca a mi consejero.

—Por supuesto, su alteza. El visir Hamur está aquí en mi oficina e iba a contactarse con usted, ¿tengo autorización para ponerlo al teléfono? —preguntó.

—No, en este instante no tengo tiempo para hablar con él. Lo haré después, en la reunión. Organízala en el salón azul. Tienes treinta minutos. No quiero retrasos y no voy a incurrir en una pérdida de tiempo de explicarte de qué se trata todo esto. Infórmate y pon a trabajar a la gente a la que le pago una fortuna para resolver problemas. Quiero soluciones, proyecciones y un plan de acción de cada una de las personas convocadas —dijo enfático—. ¿Ha quedado todo claro, Kirian?

—Sí, su alteza —replicó el hombre, solícito.

—Eso es todo, hasta luego —dijo cerrando el teléfono.

Zarik no iba a perdonar a Arienne. Le arrebataría lo que más valoraba, así como ella acababa de lanzar una bomba, casi mortal, no solo a él, sino a la Corona. Entre sus opciones de castigo tenía la flagelación pública y la silla eléctrica. Zarik se apretó el puente de la nariz y se cabreó consigo mismo por ser un imbécil. La posibilidad de matar a Arienne, le provocaba el mismo placer que beber de una cloaca.

Que la flagelaran, con la espalda desnuda, mientras un verdugo con el rostro cubierto le laceraba la piel de seda, le causaba dolor a sí mismo al solo pensarlo. ¿Por qué carajos sentía remordimiento en querer actuar en consecuencia con la magnitud de la traición? ¿Por qué no podía, después del nivel de daño que le estaba causando ella, sentir satisfacción al poder aplicarle los castigos que exigían las

leyes contra un traidor? ¿Es que así de absurdo era cuando se amaba tanto a una mujer? ¿Cómo podría arrancarse el corazón para dejar de sentir y regresar a la indiferencia con la que vivía, antes de haber estado con ella? Todas las preguntas, en un hombre que no estaba habituado a realizar autocuestionamientos de esta clase, le parecían abrumadoras.

Zarik se preparó para la reunión, pero no sin antes llamar al jefe de la ASN, agencia secreta de Nariem, Wamed Barr. Se trataba de un grupo altamente entrenado para torturar, hacer incursiones y realizar misiones de rescate, así como para combatir en guerras. Eran el equivalente a los Navy Seals de Estados Unidos de América.

Este grupo solía trabajar independiente de cualquier área del Estado, pero no con civiles, sino directamente con objetivos militares. Para lo que necesitaba Zarik podría recurrir a la policía estándar. Pero su sentido común, contaminado por el recuerdo de los besos de la traidora, lo instaban manejar esta situación fuera de las instancias regulares. Lo haría en un ambiente discreto para evitar especulaciones.

Al final, ¿qué podrían pensar si la asesora política de Insignia Regional estaba en una estación de policía y el príncipe heredero se presentaba en las inmediaciones? Ese sería un error táctico, porque daría a entender quién era la sospechosa de filtrar la información, cuando los reportajes habían señalado que la fuente era anónima. Él no iba a darles en bandeja de plata el dato que les faltaba. Necesitaba ser cauteloso.

Su equipo de comunicación tenía la posibilidad de crear una estrategia para voltear la narrativa y hacerla parecer como calumnias de la prensa. Esta era una alternativa viable para intentar aplacar este desmadre, cuyo impacto era altamente daniño. Zarik no dudaba de que su padre lo llamaría a pedir explicaciones, pero no lo acusaría de traición, porque el rey sí conocía de la estrategia Tadmin. De hecho, quizá y con suerte, él podría inclusive convertirse en quien lograra zanjar todo este circo.

Del otro lado de la línea, la voz eficiente del jefe de la ASN resonó.

—Su alteza, buenos días, ¿en qué puedo servirle? —le preguntó Wamed.

—Anota la dirección que voy a darte. Hay una persona que debe

ser detenida. Arienne Charlotte Johansen Al-Kahaleel —dijo—. Sin uso de la fuerza. Espósenla. Si alguien pone un dedo de más en ella, me encargaré de que sea dado de baja.

—¿Dirección de destino una vez capturada? —preguntó con eficiencia.

—Las bases de interrogatorio de la ASN. Nadie la veja y nadie la toca —bramó, pero era un enfado consigo mismo. «¿Por qué mierda seguía preocupado por ella?».

—Consigna comprendida, su alteza.

—Estaré en la base cuando me desocupe —dijo cerrando la llamada.

Durante el trayecto no podía ver el exterior, porque los vidrios oscuros le impedían hacerlo y el vehículo tenía un compartimento que la aislaba del conductor y del copiloto. Arienne sabía lo suficiente de protocolos y asuntos de seguridad para entender que quienes fueron a buscarla no eran policías comunes. Según los relatos que su padre alguna vez le comentó, los agentes especiales atormentaban a las personas detenidas, las vejaban y humillaban. Ella solo tenía las esposas impidiéndole mover las manos, así que la ansiedad era todavía mayor, porque esto podría implicar que las torturas o latigazos serían ejemplares. Las lágrimas rodaban por sus mejillas. Ella solo podía limpiarlas moviendo el hombro para usar la tela de la chaqueta.

Inclusive su ropa era la de una ciudadana que viajaría a Occidente. No cumplía ninguna de las expectativas de decoro de Nariem, porque su intención había sido llegar al hangar. «¿La castigarían también por esto?», se preguntó, mientras el coche seguía su camino. Ella se había duchado y cambiado de ropa apenas regresó de la reunión con Khanul, porque se sintió sucia. Tres veces se restregó el cuerpo para tratar de borrar su cercanía. Su atuendo consistía ahora en un par de *jeans*, botines bajos y blusa celeste con cuello en V. El cabello lo tenía recogido en una coleta. No llevaba maquillaje y tenía sus dos pasaportes en el bolsillo de la chaqueta de cuero. No solo el pasaporte nariemu, sino el británico. Nunca

viajaba sin ambos documentos.

Recordó con una sonrisa la noche anterior con Zarik.

Pensó en la forma tan dulce y sensual que él usó para amarla; el torrente de besos y la fuerza de su virilidad. Ella se había ido del palacete, pocas horas antes del amanecer, pero no sin antes reiterarle al príncipe cuánto lo amaba. Lo dijo en un tono ferviente e impregnado de una desesperación que, camuflada entre los murmullos y gemidos de un largo beso, estuvo segura de que él no logró comprender. No se arrepentía de haber aceptado el *affaire*, porque fue una experiencia que la había marcado, en cada célula y átomo de su cuerpo; redimensionado su concepto de lo que implicaba amar desinteresadamente. ¿Lo mejor de todo? Había logrado quebrar las barreras de un hombre que escondía un corazón de oro y una sensualidad adictiva.

El coche se detuvo abruptamente. Ella tomó una profunda respiración.

Un hombre, distinto al que la había detenido, abrió la puerta instándola a que se moviera. La agarró del brazo para que no se diera de bruces. Después, la guiaron con rapidez a través de un pasillo largo. Los pisos estaban impolutos, las paredes pintadas de gris con blanco y el entorno parecía muy moderno. Ella imaginó que la llevarían a un sitio deplorable, pero esto era lo opuesto. La llevaron a una oficina que tenía vidrios polarizados y una abertura del tamaño de dos cajas de zapatos, una junto a la otra. Le exigieron que dejara todo lo que no fuesen prendas de vestir en una bandeja negra. Arienne obedeció: móvil, aretes, pasaportes, dinero y reloj.

—Avance rápido —le ordenó el hombre y abrió una puerta—. Entre. Ahora siéntese en la silla de metal. —Ella lo hizo—. Nadie va a venir a auxiliarla o ayudarla. Puede gritar todo lo que se le dé la gana. Permanecerá en este sitio, hasta que se decida lo contrario y bajo las circunstancias que se dicten. ¿Tiene alguna pregunta?

El cuarto tenía una gran lámpara de luz blanca en el techo, no había ventanas, ni mesas, ni ningún otro objeto más que la silla en la que Arienne estaba sentada. No existía nada que diera a entender que alguna vez este espacio fue acogedor. De hecho, parecía diseñado para ser una sala de interrogación nada sutil. A juzgar por las cinco diferentes clases de látigos que pendían de la pared, ella no creía que se equivocara.

—Quisiera, por favor, escribir una carta para su alteza, el príncipe Zarik Al-Sarkham —dijo en un susurro. No se le ocurría pedir que la escuchara, pero al menos intentaría dejar un testimonio que le explicara sus razones para haberlo traicionado.

—Esa no es una pregunta. No tiene derecho a hacer solicitudes.

Arienne hizo un asentimiento. Ninguna de sus curiosidades iban a recibir respuestas, así que se resignó a esperar lo que le pudiera deparar el destino. No era un panorama alentador, porque estar en zozobra era bastante desmoralizante. Asintió.

—Deseo un poco de agua, pero no tengo preguntas, gracias —murmuró.

El agente se acercó y le quitó las esposas. Ella de inmediato se frotó las muñecas y movió los brazos, pero no se le ocurrió ponerse de pie. Miró al intimidante hombre con suspicacia. Se ajustó más la chaqueta. Estaba segura de que la orden de detenerla era de Zarik, pero no sabía qué clase de consigna les habría dado.

No la habían revisado para saber si portaba armas, tampoco la cachearon por si escondía objetos cortopunzantes, sino que tan solo la habían embarcado en un coche. Este procedimiento era diferente al que hubiera esperado dadas las circunstancias. Inclusive, cuando dejó todos los objetos en la bandeja negra, tampoco la chequearon para constatar que ese era todo el contenido. «¿A qué estaban jugando?». Porque sabía que los agentes podían realizar acciones para confundir, despistar o intimidar de alguna manera, por más sutil que fuese, a quienes detenían.

—Este lugar está herméticamente cerrado y custodiado —dijo él, mientras abría la puerta—. Nadie puede escuchar sus gritos o llamados. Alguien vendrá, supongo, en algún momento a hablar con usted. Pueden ser horas o días. No tiene derecho a acceder a un vaso de agua ni tampoco comida. No es una invitada. Se encuentra en una base militar en las afueras de Carpal. Quizá vea la luz del sol, pero ninguna persona que entra aquí permanece viva lo suficiente para disfrutarla.

—Lo comprendo —susurró consciente de que intentaba aterrorizarla.

El agente mantuvo una expresión hermética y luego abrió la puerta. El eco de la fuerza del metal chocando la hizo dar un salto. Completamente aislada, Arienne se incorporó de la silla. Empezó a

hacer ejercicios mentales para contar el tiempo. Llegó a calcular dos horas, hasta que se cansó. Intentaba no entrar en un estado de pánico.

Al menos la habitación no era a oscuras, como cuando Khanul la encerraba para practicar nudos, así que procuró recordar momentos felices de su vida con Malin y Lucianno. Trajo al presente aquellas anécdotas que siempre le provocaban sonrisas. Este ejercicio también duro poco, pues recordó la última conversación que tuvo con Malin y le empezaron a arder los ojos. Se acercó al sitio en el que estaban los látigos.

Uno era el convencional de cuero con una tira y mango sólido extremo. Había un *flogger*, que consistía en múltiples tiras de cuero de diferentes anchos unidas al mango. Un *bullwhip*, que era largo y pesado con una trenza de cuero estrecha hacia el extremo; producía un fuerte estallido sónico si era balanceado correctamente. Ella lo sostuvo e intentó hacer el gesto para que sonara, luego volvió a dejarlo en su sitio. Otro era el látigo de serpiente, este tenía tiras onduladas y flexibles, pero contaba con pequeñas puntas afiladas incrustadas en los extremos. El último era un látigo con tiras de metal con cuero entrecruzado y tenía bolas de púas, pequeñas, dispersas de manera desordenada en cada una de esas tiras. Arienne tembló al pensar cuál de estos instrumentos utilizarían para flagelarla. Les dio la espalda y volvió a la silla.

Podría empezar a caminar dando vueltas para mantenerse activa, pero estaba muerta de sed y eso solo incrementaría su desesperación. Apoyó las palmas de las manos sobre los muslos y dejó caer la cabeza hacia adelante. ¿De qué le servía llorar?, se preguntó, limpiándose las lágrimas. Un desahogo, seguro, pero solo iba a desgastarse y necesitaba mantener fuerza para lo que sea que habrían ordenado hacerle. Khanul le había quitado tantas cosas, pero este fue el golpe más doloroso.

Arienne cerró los ojos. El silencio estaba ahogándola.

Al cabo de lo que ella creía que eran largas horas, la puerta se abrió con un estruendo y se cerró con la misma fuerza. Ella elevó la cabeza rapidísimo y se quedó de piedra. No creyó que volvería a verlo, pero aquí estaba, imponente, altivo y señorial, el príncipe Zarik. Estaba ataviado con una túnica blanca con bordes dorados. El *keffiyeh* era azul y lo sostenían cordones dorados. Lucía tan guapo

que dolía mirarlo.

Sin embargo, los ojos de Zarik se posaron en su boca y permanecieron en ella por un breve segundo. Después la miró a los ojos y Arienne sintió la tormenta que anidaba en ellos; promesas de castigos y carentes de toda calidez. No se parecía en nada a la forma en que solía verla: deseo, tentación, dulzura y amor. Se abrazó a sí misma tratando de esconderse de la intensa mirada que tenía la capacidad de convertirla en escombros. Quiso decir algo y romper el ácido silencio, pero calló.

Ella sabía que Zarik podía leer sus emociones y expresiones mejor que cualquiera. Sus fortalezas, debilidades, sueños, objetivos, alegrías, dolor y pasión. Él sabía las maneras de arrancarle una sonrisa y gemidos de placer. Él sabía cómo maniobrar para llegar a su corazón, avivarlo, y también cómo consolar sus lágrimas.

La había desnudado, física y emocionalmente; conocía algunas de sus heridas, pero no la más importante, porque ella nunca se la confesó. Zarik la había sostenido cuando sus pesadillas la invadieron y reemplazó un recuerdo amargo por uno hermoso. Le había hecho el amor incontables ocasiones derritiendo todas sus resistencias. Ella era consciente de que él la amaba y podía reconocer que, en este momento, la expresión que Zarik le dedicaba era la de un hombre inalcanzable. Estaba ante el príncipe heredero de Nariem, una autoridad distante, y eso era todo.

—¿Por qué? —preguntó Zarik. Su voz resonó como un trueno. Le lanzó las fotografías, que le había entregado Oleg esa mañana, a los pies. Verla cabizbaja y con una expresión desolada no debería afectarlo, así que recordó todo el avispero que ella había agitado y mantuvo su expresión hostil—. ¡Explícame y no se te ocurra tratar de decirme mentiras! —exclamó, mientras ella observaba las fotos sin decir una sola palabra, pero los ojos verdes lucían afligidos—. He tenido cuatro jodidas horas para encontrar la forma de empezar a limpiar toda la mierda que, gracias a ti, salpicó la gestión por la que he estado trabajando incansablemente. ¡Empieza a hablar!

—Zarik… —dijo incorporándose y caminando hacia él.

—Soy el príncipe de Nariem para ti, así que refiérete a mí con el respeto que merece mi título. Aprende tu posición en la escala de jerarquías —zanjó, mientras extendía una mano para que no avanzara—. ¡Responde mis jodidas preguntas! ¿Por qué carajos me

traicionaste? ¿Qué maldita clase de relación tienes con ese terrorista?

Arienne contuvo un sollozo. Él la miraba como si fuese una extraña y esta fuera la primera ocasión en la que estuvieran encontrándose; peor aún, como si ella representara solo una mota de polvo en su zapato. El tono frío y las duras palabras le atenazaron el corazón. Pero sabía que estaba dolido, porque lo había traicionado.

—Su alteza —murmuró elevando la mirada sin importarle que sus lágrimas rodaran, una tras otra, sobre sus mejillas. Elevó una mano inconscientemente para tocarlo, pero él se alejó de inmediato. Ni un disparo le habría dolido tanto. Arienne tragó saliva y bajó la mano—. Bostan Tajari estaba entre el público que protestaba en las calles, disfrazado, el día de la Cumbre Global Shara. Reconoció a Oleg Petrossian. Los subversivos, según me comentó él, en diferentes puntos de Oriente Medio han escuchado de Petrossian, pero pocos, lastimosamente uno de ellos es Bostan, conocen los rasgos físicos del armenio. El rebelde me buscó cuando leyó que yo era asesora política, me acorraló en mi casa, y amenazó con matarlo a usted, su alteza, así como escalar la violencia para asesinar civiles, si yo no le decía por qué estaba Petrossian en Nariem y la clase de vínculos que tenía con la casa real —explicó—. El día en el que explotaron esos dos coches bomba, Bostan estaba frente a mí dando la orden. Yo no habría sido capaz de lidiar en mi conciencia con su muerte, su alteza, ni la de otros.

Zarik la observó un largo instante. Sus ojos negros no dejaban entrever cuán devastado se sentía por la deslealtad de Arienne. La forma en que notaba cómo ella se abrazaba a sí misma y cómo dio un respingo con una expresión dolida, cuando intentó tocarlo, pero él se apartó, fue para Zarik el equivalente a que le hubiesen dado un puntapié en el plexo solar. Las emociones que tenía eran contradictorias.

Quería besarla y rogarle que le dijera que no era culpable, pero las pruebas eran irrefutables. Al mismo tiempo quería castigarla, hasta extraer la última de sus lágrimas, pero se sentía incapaz de lastimar a una mujer que amaba más que a su propia vida. «¿En qué puto instante sus decisiones se habían convertido en paradojas?».

—Lo llamas por su primer nombre —dijo él apretando los

dientes—. ¿Qué te dio, a cambio de que me traicionaras de esta manera, Arienne? —preguntó.

Ella había querido reírse. ¿Khanul dándole algo a cambio? Ufff. Ese imbécil estaba hecho para ser una sanguijuela: extraía lo mejor de otros y luego se largaba.

—Salvar su vida y no atentar contra la de otros, su alteza —murmuró.

Su corazón saltó, palpitó, se retorció, retumbó y se agitó en una mezcla de nervios, angustia, dolor y la urgente necesidad de que Zarik la abrazara una última vez. La falta que le hacía el calor de su cuerpo, el ardor de su boca y un «te amo», era similar a un náufrago a la espera de recibir unas cuantas gotas de agua dulce.

—¿Asumes que voy a creerte? —preguntó con rabia—. Me traicionaste, joder.

—No tuve otra opción. Estaba acorralada y tenía poco tiempo para maniobrar —dijo al pensar que el dije de Khanul y la carta que permanecían en las maletas que se quedaron en su casa, cuando la detuvieron, horas atrás—. Actué sin egoísmo al tomar esa decisión. No me llevo nada. No gano nada. Todo lo opuesto… —murmuró con voz entrecortada—. Esa es la verdad. No estoy inventando argumentos.

Zarik soltó un gruñido animal. Un gruñido de un animal en modo de ataque.

—Te acostaste conmigo anoche, gemías y rogabas por un orgasmo, mientras me arañabas la espalda y convulsionabas sobre mi pene. Pero todo eso lo hacías sabiendo que hoy ibas a traicionarme —expresó con desprecio—. Me confesaste cínicamente que me amabas, pero una persona que ama jamás actúa como tú lo hiciste. Quizá, en lugar de ser asesora política, Arienne, deberías dedicarte a la actuación.

Ella abrió y cerró la boca, anonadada y profundamente dolida.

—Por favor, no digas algo así, no insultes lo que ocurrió entre los dos. Porque lo que te dije es cierto, Za… Te amo —dijo entre lágrimas—, y sé que te he perdido para siempre. Pero si no hubiera hablado con Bostan, entonces habría continuado buscando modos de atentar contra tu vida y agitando la paz en Nariem —explicó con la voz entrecortada. «Qué difícil era todo esto»—. Saldrás airoso de este horrendo escenario, porque tienes un gran equipo de trabajo

como respaldo. Lo siento… Siento haberte lastimado al quebrar tu confidencialidad… Por favor, entiéndelo.

El príncipe tragó saliva. Su expresión era una mezcla de tormento y pesar.

—Pudiste hablar conmigo de esta supuesta amenaza y pedir mi maldita ayuda, pero elegiste la vileza de pisotear la confianza que te di. ¿Acaso no te jactas de ser una mujer que dice frontalmente lo que piensa? —le preguntó, ciego de enfado.

Él necesitaba mantener la distancia, porque si la tocaba, tan solo levemente, perdería el control por completo y haría algo de lo que no se sentiría orgulloso. Como follarla vertiendo en ella su simiente de lujuria tintada de encono y venganza. Destrozándole la ropa para que, al terminar, todos los agentes que la viesen entendieran lo que hubiese ocurrido. Pero humillarla de ese modo para lastimarla, si bien podría satisfacer su ego herido, también lo haría sentirse como una rata.

—Me acaba de decir que no cree lo que acabo de contarle, ¿qué de diferente hubiese sido el otro escenario, su alteza? —preguntó con resignación.

No volvería a tutearlo como hizo en su comentario anterior. No volvería a decirle que lo amaba, porque estaba convencida de que él hallaría la manera de pisotear sus palabras; Arienne no era masoquista, así como tampoco tenía más fuerza en ella. Todas las palabras de Zarik, la manera en que él estaba tiñendo de gris los momentos que habían compartido la noche anterior, le dolían lo indecible. No era una víctima, porque comprendía a la perfección la gravedad de su decisión, pero se acogía en el refugio de que su intención al traicionarlo fue altruista. Eso era todo.

—¡Que no estaría en riesgo Insignia Regional ni mi reputación! Los titulares me llaman traidor. Los nacionalistas quieren una puta explicación. Mi padre dará un mensaje a la nación, algo que solo hace una vez para desear feliz año nuevo, expresando que Tadmin era de su conocimiento y que no busca dañar las tradiciones, sino crear nuevas. ¡Todo un maldito enredo que va a costarme un alto precio!

—No puedo excusar mis acciones más de lo que he intentado hacer… —susurró. Se alegraba de la información que él estaba dándole, porque implicaba que, si el rey intervenía, entonces el

pueblo iba a calmarse. Las relaciones públicas entrarían en el tablero, así como todo un entramado de negociaciones, para restaurar la imagen de Zarik. Sabía que iba a ser un proceso que tomaría varias semanas—. Lo siento.

—¿Tajari trucó el sistema para que tú ingresaras a la selección de Hamur?

—No, su alteza. Los resultados de mi gestión hablan por sí solos —dijo ofendida, pero se guardó sus comentarios al respecto. Entendía que él estuviera dispuesto a lanzar veneno sin contemplaciones—. Todo fue por merecimiento.

—¿Te acostaste con Tajari? —preguntó apretando los puños. Cuando notaba que otro hombre miraba con deseo a Arienne, lo desquiciaba. Pero la posibilidad de que ella lo hubiera engañado, entregándole su cuerpo y lealtad a otro, voluntaria y premeditadamente, lo volvía un maldito lunático irreconocible—. ¿Es tu amante?

Arienne abrió de par en los ojos, lo miró rogando que no hiciera esa clase de conjeturas, pero la expresión de él no se suavizaba. La estaba mirando con disgusto. Así que decidió decirle todo aquello que, hasta ahora, solo Malin sabía. No tenía nada qué perder, porque la traición y el daño causado por su decisión estaban expuestos.

—No.

—¿Entonces no hay riesgo de que me digas que puedes estar embarazada y pretender que crea que es mío, no? —preguntó en tono de burla y venenosamente.

Arienne bajó la mirada y mantuvo a raya un sollozo.

—Sería imposible, su alteza, porque desde hace años sé que no puedo tener hijos —replicó mirándolo a los ojos. Notó el *shock* en él—. Esa es una información privada y personal que no pretendía jamás compartir con usted. Pero me obliga a hacerlo. Al final, príncipe Zarik, la relación que teníamos jamás habría podido ser de largo tiempo. Usted tiene obligaciones, entre esas, tener herederos. Algo que yo jamás podría darle. Esa fue parte de las razones de aceptar el *affaire*. El único gran riesgo no era quedar embarazada, sino perder mi corazón. Y ya ocurrió —susurró.

Zarik se quedó en silencio por la revelación. Si él le hubiera propuesto matrimonio, entonces nunca habría tenido descendencia.

El legado de Nariem jamás hubiera llegado en la forma de niños o niñas que llevaran la sangre Al-Sarkham. Se pasó los dedos entre los cabellos. Todo esto era demasiado de asimilar. Demasiado.

—Si te hubiera propuesto matrimonio, ¿hubieras aceptado? —preguntó de repente, cabreado por hacer esta pregunta, pero necesitaba saber. La miró fijamente.

—No. La razón más importante, al menos por su posición como heredero al trono de Nariem, se la acabo de explicar —dijo cruzándose de brazos—. ¿Algo más?

Zarik asintió brevemente. No iba a indagar más los motivos, porque no estaba aquí para hacer reflexiones de vida. Pero eso no quería decir que le escociera saber que ella le hubiera dicho que «no», y la razón detrás de esa posible negativa. ¿Lo que más lo cabreaba? Que, aún conociendo esta información, habría buscado un «sí».

—No respondiste si Tajari es tu amante —dijo apretando los puños.

Arienne pensó que los hombres o eran muy estúpidos o muy básicos.

—Bostan Tajari es una persona a la que conocí hace muchos años, su alteza —dijo en un tono derrotado, sin mirarlo—. Pero utilizaba otro nombre: Khanul Al-Kahaleel. Siempre ha sido cruel e insensible. Vengativo. Hace años escupía palabras venenosas contra mí. Esta vez, amenazó con matarlo a usted, desatar actos violentos contra inocentes, y, además, secuestrarme para entregarme a sus soldados para que pudieran hacer conmigo lo que les diera la gana, si yo no colaboraba. Ha cambiado físicamente y su capacidad de maldad se ha elevado a cotas inimaginables. Así que, como le acabé de decir, su alteza, me dejó entre la espada y la pared —expresó.

Zarik no pudo contenerse, sorteó la distancia y le agarró el mentón entre los dedos. Le elevó el rostro de manera abrupta. Las lágrimas de Arienne lo mataban. Pero no hizo ningún otro amago de tocar otra parte de su cuerpo. Inclusive, el simple roce de su piel de seda, la porción más mínima, era como su kriptonita.

—¿Qué carajos estás diciendo? —preguntó embravecido.

—Mis padres adoptaron a un niño que aparentemente murió en un incendio. No lo hizo, sino que fue rescatado por tribus del desierto. En ese lapso de su ausencia, Jamil y Tarina me adoptaron

en Inglaterra. Luego, las autoridades lo encontraron y lo trajeron a casa. Yo tenía diez años, él, dieciséis. No nos llevábamos muy bien por decirlo de una manera amable —explicó—. Fue adoctrinado para odiar la monarquía, el Estado, y tenía un pensamiento radical. Cuando cumplió dieciocho años incendió la casa, con mis padres y conmigo dentro. Logramos escapar. Él dejó nuestra vida en ruinas y se perdió en los confines del desierto. Lo creía muerto, hasta el otro día.

Zarik le soltó el mentón. Se pasó los dedos entre los cabellos.

—¿También eres creadora de historias? —preguntó riéndose con sarcasmo.

Arienne sabía que daría igual lo que le confesara, él encontraría la manera de mofarse, tergiversar o lanzarle alguna pulla. Tal como estaba haciendo ahora. Zarik no podría entender el estado de terror que ella atravesó. Optó por no agregar que fue Khanul el culpable de sus pesadillas, tormentos y el ataque de pánico en la piscina.

—No, su alteza, solo una asesora política.

—Ibas a escaparte, porque mis agentes te encontraron con unas maletas en el momento de tu detención —dijo cruzándose de brazos —. Además, eres cobarde.

Ella soltó una risa suave, pero que se entremezcló con un sollozo. Todo su relato había sido recibido por una estatua de mármol, demasiado bella para ser tocada, demasiado perfecta para ser incomodada, tan remota y distante. Se llevó la mano al sitio en el que latía su corazón como si intentara mantenerlo palpitando, porque parecía haberse roto. Sabía que lograría recomponer las piezas algún día. Hoy, no.

—Supongo que lo soy, su alteza, por intentar salvar mi vida del castigo que, conozco, se aplica a las personas a los que se acusan de traidores. Como yo. Sé que no necesito un juicio, sé que nadie sabe en dónde estoy y sé que la inteligencia militar, autorizada por cualquier persona de alto poder, como usted, puede crear una historia convincente sobre mi súbita desaparición. Entonces, si no es un abuso de confianza —se limpió las lágrimas con el dorso de la mano—, me gustaría saber si es posible solicitar que no me flagelen —apartó la mirada—, e ir directamente a la silla eléctrica. Mi mejor amiga, Malin, podrá encargarse de mis asuntos. Ella está nombrada, desde hace años, como mi única heredera en el caso de que algo me

ocurra…

El único hilo que mantenía el autocontrol de Zarik en relación a Arienne se rompió. Él príncipe le agarró la nuca con firmeza, estampó su boca en la de ella con un gruñido que mezclaba reclamo, frustración y rabia. Le devoró la boca, la arrasó con una brutalidad que solían tener bajo estándares de dulzura o placer en la cama, mas no en condiciones como las que los rodeaban ahora. Arienne aferró los dedos entre los cabellos de Zarik, mientras se mezclaba la saliva de sus bocas y sus lágrimas.

Él saqueó esos labios, le amasó los pechos y la escuchó gemir; le apretó las nalgas y luego le sujetó el rostro, con firmeza, como si de ese modo se pudiera contener de ir más allá de solo este beso castigador. Ella podía saborear el odio y la decepción en él por todo lo que estaban atravesando en estos momentos, así como la duda del príncipe sobre su relato respecto a Khanul; pero Zarik también podía saborear en ella, el arrepentimiento por la deslealtad, el dolor por las palabras que él le acababa de decir, y la resignación a su destino. El beso era posesivo, animal y controlador; Zarik llevaba las riendas y Arienne dejaba que el cauce la guiara. Saborearon el toque metálico de la sangre del otro ante los mordiscos fieros.

Pero con el mismo ímpetu con el que empezó el beso, también terminó. Zarik se apartó, jadeando, y, ante el estupor de Arienne, se limpió la boca con el dorso de la mano. Como si intentara borrar el contacto turbulento que acababan de intercambiar. Ella retrocedió varios pasos y lo miró esperando la sentencia final.

—Nadie va a flagelarte —dijo apretando los dientes. Enfadado por no ser capaz de soportar mirarla sin besarla. Por saber que era una traidora y no enviar a que la ejecutaran, porque, ¿cómo podría hacer eso si amaba tanto a esta mentirosa?

Arienne soltó una exhalación leve e hizo un asentimiento.

—La silla eléctrica será…

—No quiero volverte a ver, Arienne —interrumpió—. Pero tampoco me llevaré el peso de tu muerte en mi conciencia. —Ella lo observó sin hablar—. Te quitaré lo que más amas: jamás volverás a tener la capacidad de ejercer tu profesión en Nariem. Removeré tu nombre de Insignia Regional, porque, al final, traicionaste al proyecto como efecto colateral de tus acciones. Quedarás vetada de entrar a este país y utilizar tu pasaporte nariemu. Emitiré una orden

para que se cumplan mis dictámenes al respecto —dijo con seriedad y dureza—. A partir de hoy serás exiliada y declarada persona *non grata*. Te irás con lo que viniste a este centro de detención.

—Me estás perdonando la vida… —susurró mirándolo.

—No, Arienne —dijo con crueldad—, te estoy borrando de la mía.

Sin más, el príncipe abandonó el cuarto y cerró la puerta con firmeza.

Arienne se quedó varios segundos tratando de darle sentido a todo lo que había ocurrido en este largo intercambio con Zarik. Se llevó la mano a los labios y acarició así el último beso. Daba igual el motivo por el que la había besado, pues la intención dejada en su boca, con una marca de dolor, sería otro recuerdo de su toque.

Intentó tomar una respiración, sin embargo, lo que salió fue un sollozo entrecortado. Zarik no entendía que lo que más amaba y que le había quitado no era su carrera, sino él. Su inhalación aguda pareció rasgarle los pulmones y el sonido equivalió al de un animal herido, mitad lamento mitad jadeo audible, pero se trataba en realidad los últimos pedazos de su corazón cayéndose con estrépito.

Arienne se sentó en la silla, aunque no por mucho tiempo, porque tres agentes entraron en el cuarto y le ordenaron que se pusiera de pie. Salió escoltada y la llevaron a un automóvil, pero no sin antes entregarle sus pertenencias. El trayecto duró, según su reloj, treinta minutos. Cuando se detuvo el vehículo, y ella bajó, uno de los agentes la acompañó hacia el *jet* privado del príncipe en el hangar. Ni siquiera en estas circunstancias, notó ella con tristeza, él dejaba de protegerla. La pudo enviar en un vuelo comercial, pasando la vergüenza de que su pasaporte nariemu fuese roto por las autoridades, pero, a cambio, un agente lo hizo en la privacidad de este espacio.

Una vez que el avión, que le recordaba a aquella sensual noche que pasó con Zarik, empezó a elevarse sobre le cielo nariemu, las lágrimas, que contuvo desde que salió de aquel edificio militar, la desbordaron. A medida que ganaba altura la aeronave, también lo hacía la fuerza de las emociones en ella y las razones de sus lágrimas. La tristeza, la decepción, el corazón roto, la despedida de la tierra en la que había vivido con sus padres y a la que jamás podría regresar. La carrera profesional que no podría retomar para

ayudar a su país, uno en el que era *non grata*. Los momentos que ya no compartiría con su mejor amiga, los sitios conocidos, el silencio del desierto, lo brazos de Zarik… Dejaba toda una vida detrás, pero siempre podría comenzar otra.

Londres, Reino Unido

Cuando Lucianno la fue a recibir al aeropuerto, Arienne corrió a sus brazos con el corazón roto y sin ser capaz de sostenerse un instante más por sí misma. Su mejor amigo, consciente del estado en el que se encontraba, la sostuvo contra su cuerpo. La sintió temblar entre sollozos quedos, así que la abrazó con fuerza. Le dijo al oído que todo iba a estar bien. A él no le importaba si estaban interrumpiendo el paso, porque un Moretti jamás daba explicaciones, menos cuando alguien a quien consideraba parte de su familia estaba en un estado de quebranto. Le dio varios golpecitos en la espalda, mientras empezaba a instarla a caminar con él a la salida.

Arienne movió los pies por simple inercia. No quería ver alrededor, sino tan solo llegar a la casa de Lucianno y esconderse. Quería quedarse en la cama y hacerse un ovillo, hasta que pasaran los días o hasta que un milagro reconstruyera los pedazos de su corazón. Estaba de regreso en el sitio en el que los Al-Kahaleel cambiaron su vida: Londres, pero, a diferencia de otras ocasiones, volvía profundamente rota.

Sus amigos también eran su familia y se alegraba de contar con ellos. Pero no fue capaz de escribirle mensajes explicativos a Malin, así que tan solo le comentó brevemente que estaba en suelo británico, a salvo, y que la llamaría pronto. Su amiga le dijo que la quería y que esperaba ir pronto a Londres para encontrarse con ella.

—Ari, mírame —dijo Lucianno, mientras salían de la terminal. Los esperaba el chofer del magnate—, aquí tienes —le entregó un pañuelo de tela—. Como no traes equipaje debo asumir que hay una larga historia detrás, con ese príncipe, ¿correcto? —preguntó entrando en el automóvil. Le hizo una señal al conductor y este

puso el coche en marcha. Ella hizo un asentimiento—. Cuando estés lista, si te apetece hacerlo, me gustaría saber con exactitud lo que ha ocurrido. Detesto verte en este estado, tan impropio de la Ari que conozco, pero todo pasa, *cara ragazza*.

—Creo que voy a necesitar un poco de
lucianno-terapia
—murmuró.

Él esbozó una sonrisa y enarcó una ceja.

—Cualquier mujer que diga eso me daría pie a considerar que flirtea conmigo —dijo dándole indicaciones al conductor para que se detuvieran en *Burberry*—. Pero viniendo de ti, asumo que tendré que ejercer mis dotes de psicólogo, y también de gran anfitrión para que, cualquier mierda que haya pasado en Nariem, duela cada vez menos. ¿Estoy en lo correcto, *cara*? —preguntó haciéndole un guiño.

Arienne se rio, por primera vez en todo este larguísimo día, y asintió. Pero esa risa terminó en un sollozo entrecortado. Lucianno le dio una botellita de Evian. Ella bebió poco a poco, hasta que pareció calmarse por completo. Arienne se sentía un absoluto desastre. De seguro tenía los ojos hinchados. Miró a su amigo.

—Estás en lo correcto —dijo y miró por la ventana cuando se detuvieron ante una tienda que, en otra circunstancia de su vida, le habría encantado visitar—. Lo último que me apetece es tener contacto con otros seres humanos e ir de compras, Lucianno, y *Burberry* está fuera de mi presupuesto. Además, podría conformarme con un saco de patatas como prenda para dormir —murmuró con una mueca—. Tampoco tengo conmigo tarjetas de crédito, ni dinero en efectivo. En conclusión soy un desastre —dijo con una sonrisa, pero que más bien salió como una mueca—. Acepto un préstamo para comprar algo en Amazon, *online*, ¿te parece bien? —preguntó—. Hasta entonces, tal vez, podrías prestarme alguna de tus camisas nuevas.

Lucianno la miró como si hubiese dicho que dos zapatos izquierdos eran la elección perfecta para correr una maratón. Arienne se rio por lo bajo.

—Las prendas de bajo presupuesto no suben el ánimo, *cara*.

—No seas esnob, Luc —dijo llamándolo por el apelativo cariñoso —. No todos somos unos Moretti. Yo prefiero cuidar mi

presupuesto. ¿Vale?

—Oh, mi querida amiga, no hace falta que seas una Moretti de nacimiento, te considero *famiglia* —dijo dándole una palmadita en la mano—. Has escuchado durante largos años mis historias —le hizo un guiño—, y tus palabras siempre han sido un bálsamo para mí. Déjame compensarte con un nuevo ropero, facilitándote de nuevo el acceso a tus cuentas bancarias lo antes posible, y permitiéndote disfrutar de mi hospitalidad el tiempo que te apetezca. Si no quieres bajarte, no hay problema, una asesora de la tienda irá a mi mansión. Así podrás elegir lo que necesites —dijo.

—Lo que me ofreces es demasiado, pero, gracias… —susurró.

—En las buenas y en las malas, especialmente, siempre hemos estado para el otro, *cara* —replicó—. Eso sí, Arienne, te dejaré llorar tus penas un par de días. Me contarás lo que ha ocurrido, si te apetece, pero luego dejaremos todo atrás.

—¿Es esa una promesa? —preguntó con la voz entrecortada.

—Un propósito y haremos lo posible para cumplirlo. ¿Qué te parece?

Ella esbozó una sonrisa, pero sus ojos estaban llovidos.

—Que me siento agradecida de tener amigos como tú y como Malin.

Carpal, Nariem
Oriente Medio

El príncipe Zarik intentó, sin éxito, recordar el número de botellas que había abierto esta noche. No recordaba haber bebido tanto, pero, por primera vez en su vida, estaba feliz de estar completamente ebrio. La única certeza con la que contaba era que se hallaba en la vinoteca de su palacete y estaba sentado en la mesa con un par de bandejas de quesos, olivas, jamones, dátiles y bocadillos exóticos. Suponía que era él quien se había comido todo eso, pero le daba igual. Si creyó que embotar sus sentidos de alcohol lo ayudarían a olvidar la mirada herida, la expresión de

angustia y las lágrimas de Arienne, entonces había realizado un pobre trabajo. Porque, en lugar de tener recuerdos borrosos de su bella traidora, estos parecían demasiado nítidos.

Pero no volvería a verla, porque su brillante cerebro había decidido exiliarla de Nariem y declararla persona *non grata*. Al final, tal vez, fue lo mejor. No podía ser un príncipe y permitir una traición sin castigo. Pero quitarle la vida a una mujer con tal belleza, inteligencia y sensualidad, sería un pecado. En especial cuando ella era quien lograba que su jodido corazón funcionara a derechas. «Aunque resultaba triste ser un puto príncipe sin la mujer que amaba. ¿O no?», se preguntó entre sus sinnúmeros de desvaríos. Giró el rostro hacia la izquierda. Frunció el ceño. Él no había llamado a Hamur. El propósito de estar en la vinoteca era embriagarse solo y a gusto.

—¿Qué ha… Qu… Qué haces… Qué hacezzz aquí? —preguntó.

—Su alteza, usted me llamó para informarme que iba a embriagarse, hasta el punto de intoxicación. No podía permitir que eso ocurriese. Aún no llega a niveles de gravedad, así que no hay de qué preocuparse —dijo el anciano—. Cuando vine aquí, usted me invitó una copa, muy generosamente, pero la rechacé. Así que usted continuó bebiendo y solicitó que Kirian consiguiera unos bocadillos para comer.

Zarik frunció el ceño. Suponía que estaba haciendo un papelón, pero le pagaba lo suficiente a Hamur para que no lo juzgara y fuese su aliado. «Él sí era su aliado».

—La exilieeé… —farfulló sirviéndose otra copa. Cada botella de este pinot noir, Romanée-Conti Grand Cru 1945, costa casi veintidós mil dólares americanos.

—Lo sé, su alteza, me pidió que procesara discretamente su orden.

—¿Hice bien? —preguntó girando el líquido rojo en la ropa.

—La respuesta depende de cómo se siente usted al respecto.

—Como la mierda, pero no podía dejarla sin castigo —replicó.

—Mostró clemencia al perdonarle la vida, su alteza. Las razones que haya tenido la doctora Johansen, a juzgar por su integridad, tuvieron que ser importantes. Una persona con esos altos valores de lealtad no actúa sin una motivación válida.

Zarik se terminó todo el contenido de esa copa en varios tragos.

—¿Estás jusfiti… Jus… jusfiti… juusfiticando la traición? —preguntó. No estaba seguro de pronunciar correctamente esa maldita palabra. Su mente parecía no querer coordinar las letras que se formaban en su cabeza y luego salían de su garganta.

—No, su alteza —replicó el anciano con una sonrisa discreta. Era evidente que el príncipe estaba muy dolido por lo ocurrido, pero confiaba en que hubiera una solución. Por ahora, la estrategia era cambiar la narrativa y decir que todo era una calumnia de una fuente falsa. El problema era lo que vendría a continuación: la exigencia del rey de que el príncipe se casara con la princesa de Mubián—. Tan solo emito mi criterio, como su visir, considerando que la doctora Johansen es una profesional respetada. Me apena que no pueda ejercer su profesión de nuevo.

Zarik sintió que era una recriminación del visir, pero podía estar equivocado.

—Sí, pero a mí me duele perderla… —murmuró para sí mismo.

CAPÍTULO 25

Semanas después
Carpal, Nariem
Oriente Medio

Cuando Zarik llegó a la base militar encontró a Bostan Tajari de pie, con signos de haber sido golpeado, sin camisa y descalzo, en el centro del cuarto de torturas. No tenía libertad de movimiento, porque estaba atado formando una X con el cuerpo. Los agentes habían instalado barrotes especiales para poder restringirlo y atarlo de esa manera. Tenía la cabeza gacha y había rastros de sangre en el piso. Le habían rapado el cabello largo, pues este solía ser el símbolo de la masculinidad de los Pamisaj.

El trabajo de inteligencia para localizarlo fue meticuloso y sigiloso, porque, aunque los soldados de los Pamisaj podían ser descuidados con sus movimientos, los dos líderes eran diferentes. Se trazó un operativo potente, gracias a la nítida definición física obtenida de las fotografías entregadas por Oleg, a lo largo de todo Nariem. La planificación milimétrica había requerido de cinco días para prever contingencias. No solo se apuntó a los Pamisaj, sino también a los Istam, Jafa y Pasih, tribus que mantenían el mismo concepto de rebeldía e intentos de desestabilización social.

Una vez que los equipos tácticos se desplazaron hacia los puntos claves, durante cuatro días intensos, se llevaron a cabo varias incursiones. Las zonas eran de acceso remoto y complicado. Los recursos económicos invertidos fueron muy elevados, pero necesarios. No era posible seguir con una actitud estatal equilibrada o diplomática, menos transar otro acuerdo de paz, ante la amenaza que estos rebeldes empezaban a desatar cada vez con más violencia

y con más peligro para los civiles.

En los diversos operativos hubo pocas bajas en el lado de las autoridades, pero numerosas en los grupos rebeldes. En cada una de las siete incursiones ejecutadas se detuvieron alrededor de quinientos subversivos. Estos fueron distribuidos en prisiones de diferentes ciudades. No los enviaron a la silla eléctrica, sino que los obligarían a trabajar de sol a sol en las construcciones de los grandes proyectos viales que se avecinaban, trabajarían para el progreso que ellos tanto odiaban, en el país. Sería un escarmiento y una humillación ejemplar de sus creencias inútiles. No tendrían garantías de ser alimentados ni condiciones salubres; tampoco acceso a médicos. El desenlace sería el esperado, la muerte, pero bajo otros parámetros de ejecución.

Las autoridades habían descabezado a los Pamisaj, y los otros grupos pendían de un hilo ante la más mínima provocación que tuvieran. Las fotografías de las detenciones habían circulado por todos los medios de comunicación. Gran parte de la población que, luego de firmarse el acuerdo con Australia para la instalación de la fibra óptica, ya empezaba a beneficiarse del servicio de un internet funcional, pudo seguir de cerca la noticia en el buscador autorizado por Nariem, Brubol. La moraleja de los operativos fue clara: se habían terminado las treguas. Cualquier acción violenta recibiría, en lugar de la habitual intención de mediación, un ataque directo a matar.

El proceso de logística, ejecución y captura, lo coordinó el ministerio de defensa, pero Zarik habló con el ministro para que el equipo de la ASN también formara parte de las misiones. Sin embargo, la información más valiosa llegó de la persona menos esperada en todo esto: Bursit. Este había cambiado por completo la dinámica entre hermanos y tuvieron una conversación breve, pero consistente, sobre las sospechas de Zarik y el resentimiento que, por años, el otro príncipe mantuvo.

—¿Vas a quedarte sentado como un león sin salida y convertido en una sombra del hombre que se espera que asuma el trono algún día, porque prefieres callarte lo que sientes? —le había preguntado Bursit, seis días después de la partida de Arienne, en su despacho. Su hermano no necesitaba audiencia, así que se aprovechaba de ese privilegio para fastidiarle la existencia—. Siempre has creído que

soy despreocupado o superficial —había dicho dejándole sobre el escritorio un *pendrive*—. Ábrelo.

—¿Qué mierda sabes tú de lo que siento? Tengo un montón de asuntos por resolver, en lugar de estar paseando por el mundo y sonriendo —había replicado.

La situación con Arienne lo había hecho sentir como si hubiese sido enterrado vivo. Su armadura se había desintegrado, porque ella lo había dejado expuesto, desnudo, sin nada que pudiera protegerlo de este desconocido mundo de las emociones y ese maldito sentimiento que prefería no volver a nombrar. Su actitud regular en su entorno se volvió brusca y distante, salvo en los eventos públicos.

Los especialistas de Insignia Regional le habían preguntado por Arienne, pero él les dijo que si ella había renunciado tendría sus motivos. Cuando Oriol comentó que una mujer tan inteligente y carismática era una pérdida terrible para el equipo, Zarik había estado a punto de darle una golpiza solo por mencionarla. Pero, aún, a pesar de la traición, él no le había dicho a nadie que fue Arienne quien filtró la información de Tadmin a un líder de los rebeldes. Tan solo Hamur lo sabía.

—Me importa una mierda que seas el príncipe heredero, Zarik, pero estoy harto de que creas que lo que hago no es suficiente —había dicho dando un puñetazo sobre el escritorio de su hermano—. Así que abre la carpeta de ese *pendrive*, porque es la única manera de que entiendas todo lo que he estado haciendo por ti, desde el día en que estuvieron a punto de asesinarte en el desierto. ¡Esos son los resultados!

Zarik lo había mirado con fastidio, pero insertó el *pendrive* en el ordenador, mientras Bursit lo observaba con una expresión seria. Había leído el largo informe y observó las fotografías. Las mismas que le había entregado Oleg. Pero también había un video que lo dejó aturdido y estupefacto; colérico y con el corazón sangrante. Bostan había estado en el interior de la casa de Arienne, maltratándola, gritándole y aplastándole el abdomen con la bota; zamarreando el cabello rubio con furia; pero no había audio. Aunque no hacía falta, porque las imágenes habían sido elocuentes.

Zarik había entrado en un estado colérico sin parangón; las ganas de asesinar a Bostan no tenían límites. Pensó en cómo

Arienne le había explicado que no tuvo salida y en cómo vio que el corazón de ella se rompió frente a sus ojos. Sin embargo, había seguido incrustando el cuchillo con palabras llenas de veneno, rabia, decepción y ponzoña. La traición existía y era innegable, contra la Corona y contra él, pero la diferencia, gracias a ese vídeo, había sido constatar la motivación y la verdad detrás.

La gravedad de lo que ella había vivido, lo hizo sentir impotente por no haber estado para protegerla. Arienne decidió no pedirle ayuda, sino optar por darle a Bostan lo que quería, porque había considerado que era lo menos perjudicial para Zarik. Arienne había sido altruista al sacrificarlo todo por él. ¡Había pensado en él y en Nariem y en su gente, aún cuando Bostan la golpeaba; aún cuando sabía que lo perdería todo, y que podían asesinarla como castigo por traidora! Ella había tratado que él creyera en su explicación, pero Zarik no estuvo ni mental ni emocionalmente listo para asimilarla, sino solo para recriminarla, despreciarla y desterrarla de su vida.

El resto de documentos relataban las torturas, vejámenes y crímenes, entre los mismos integrantes de los Pamisaj y contra otras tribus, cometidas entre Gassmal y Bostan. A medida que había leído se sintió más enfermo por la capacidad de crueldad de esos hijos de perra. Cuando terminó de leer había mirado a Bursit, atónito. Se había levantado del escritorio, yendo de un lado a otro; intentando calmar la furia en él.

Luego se había detenido, al cabo de un rato, frente a su hermano.

—¿Cómo obtuviste todo esto y por qué recién me lo entregas? —había gritado.

—Las negociaciones con los tres empresarios de Qataram eran más que un tratado de armas, Zarik —había dicho con arrogancia —. Los tres trabajan directamente con la CIA, FBI, el M16 y también con la inteligencia rusa. Por eso su negocio de armas es lucrativo. Conocen información de primera mano de asuntos que, otros comerciantes, jamás podrían alcanzar. Cuando me ofrecieron venderme información, además de armas, fue justamente una semana después de tu emboscada.

—Por la grandísima puta, Bursit —había dicho agarrándolo de la túnica y dándole una fuerte sacudida—, ¡siempre haciendo mierdas

a mis espaldas!

Burstil le había dado un empujón y lo señaló con el dedo.

—Déjame terminar a ver si así se te quita la imbécil idea de que tengo o he tenido alguna vez la intención de traicionarte, hermano —había replicado.

Zarik se había pasado los dedos entre los cabellos meneando la cabeza.

—Tú y tus puñeteras inseguridades… ¿Cómo no voy a sospechar de ti, pedazo de idiota, si actúas de una manera extraña y tus actitudes son misteriosas?

Bursit se había limpiado un polvo inexistente de la túnica.

—Porque a ti solo te sirven las pruebas y eres incapaz de creer en las personas, porque eres un desconfiado de mierda —había gritado—, así que yo tenía que hallar la forma de encontrar las respuestas que no tenías y demostrarte que no solo estoy de tu lado, sino que también soy un príncipe funcional e importante en esta familia. Esa información que viste, la conseguí gracias a mi trato con Mazur, Usso y Tergis.

Zarik se había frotado el puente de la nariz, frustrado, cabreado y harto.

—Mierda, Bursit —había murmurado el príncipe meneando la cabeza. Luego había soltado una exhalación—. Siempre compitiendo por estupideces. Eres mi hermano, mi sangre, pero no has hecho más que darme razones para sospechar de ti. Pudiste explicarme lo que estabas haciendo —había dicho—. Eres valioso para la familia, así como para el país. Pero si dejaras de intentar abarcar demasiado, entonces tendrías más alcance de éxito y no necesitarías demostrar nada. Lo único que tienes que hacer es seguir cumpliendo con tus responsabilidades, en lugar de buscar otras.

Bursit se había encogido de hombros.

—En todo caso —había replicado—. Les dije a los de Qataram que podía darles un contrato de veinte años como proveedores de armas a Nariem, pero a cambio también de una comisión económica para mí. Sé que estos detalles te parecen mal, pero negocios son negocios, y no estaba yéndome fuera de la ley.

—Sigue hablando, Bursit, sigue hablando…

—Mazur, Usso y Tergis estaban preocupados por tu visión progresista, porque eso generaba más inestabilidad y sus

informantes podrían correr peligro. Quisieron venir a la cumbre, porque era la manera de entrar al país desapercibidos y concretar la verificación de ciertas pistas de los perfiles de los Pamisaj. Mi acuerdo con ellos fue claro: encontraban a las cabezas de ese grupo, principalmente, pero también datos de otros rebeldes peligrosos. Esa información la acabas de leer también. Lo consideré un acuerdo bastante interesante y un precio justo por veinte años de ser proveedores.

Zarik lo había mirado con agradecimiento y también incredulidad.

—Jodido ambicioso y tonto hermano —había dicho con afecto —. ¿Fueron entonces los informantes de Qataram los que le dieron las fotos a Oleg?

—Sí —había replicado—. Sospeché que había algo entre tú y Arienne hace tiempo, pero lo terminé de confirmar al ver esas fotografías, así como al notar esta actitud de mierda que tienes desde que ella dejó de trabajar para Insignia Regional. Deduzco que fue ella quien habló sobre Tadmin. —Zarik no había respondido ni con palabras ni gestos—. Vi toda la información de ese *pendrive*. Los padres de ella, tal como acabas de leer, sí emitieron un informe sobre Khanul o Bostan, como sea que se llame, pero luego del incendio de la casa sellaron esos documentos. Hicieron de cuenta que no existían, además tampoco lo presentaron en eventos públicos, sino solo a Arienne, como su hija —había relatado la última parte con serenidad—. Yo, con mis privilegios de príncipe, exigí que reabrieran los archivos sellados. Lo hice, después de las pistas que me dieron los informantes de mis contactos en Qataram. Ahora que tienes estos datos, Zarik, tal vez cambies tu actitud de mierda…

—Estoy sobrepasado. Han sido seis días demasiado complejos.

—Usa esta información para trazar un plan y atacar a los Pamisaj. Ya tienes las fotografías del rostro de Bostan, algo que jamás habían conseguido por lo esquivo que ha sido ese rebelde todos estos años, así que revierte todo el escándalo que tienes encima como traidor. Porque no lo eres, hermano. El discurso de padre ha ayudado muchísimo, pero le hace falta la cereza del pastel: encontrar a los Pamisaj.

Zarik, en un gesto inusual entre hermanos, se acercó y abrazó a

Bursit.

—Lamento haber dudado de ti —le había dado una palmada en la espalda y recibió otra a cambio. Luego se apartó apoyando las manos sobre los hombros de su hermano—. Eres valioso para mí, pero deja de hacer mierdas por tu cuenta.

Bursit se había reído.

—Espero que puedas perdonar algún día a Ari. Sé que no la mataste —le había hecho un guiño—, porque en algún lugar de ese cuerpo de guerrero idiota tienes un corazón. Supongo que ella es la que ha conseguido trastocar tu mundo. Nunca creí que vería el día. —Zarik había achicado los ojos con fastidio—. ¿Quieres conocer de qué forma supe que no la exiliaste? —había preguntado retóricamente—. Pues, muy fácil, porque Dhalia la vio en Londres. Me apena que Arienne no esté trabajando en lo que tanto ama: asesoría política. Entiendo que hizo un gran trabajo con Insignia Regional. ¿Sabes, Zarik? Quizá Arienne sea la reina que merece Nariem. Al fin y al cabo es la única que se ha atrevido a desafiarte y a arriesgar su vida altruistamente.

—Nuestro padre quiere que Nariem se una con Mubián —había dicho sin responder al comentario directamente—. Primero tenemos que parar a los Pamisaj.

—Después, ¿qué harás, Zarik?

—Hallar la manera de cumplir mi verdadero destino —había murmurado.

Esa conversación reveladora, emocional y también catártica, ocurrió nueve días atrás. Seis después de que Arienne hubiera volado fuera de territorio nariemu. Eran quince malditos días sin ella; días de trabajo sin descanso, ruedas de prensa, entrevistas, viajes súbitos, reuniones con el equipo de la ASN, y cumplir con una agenda social. Todo, mientras, cada noche que regresaba a su palacete se sentaba en la cama con una gran sensación de agotamiento y un vacío irreemplazable en el pecho. Nunca en su vida se había sentido tan perdido sobre cómo arreglar todo esto. Los sentimientos o emociones, fuera del patriotismo o la lealtad, le parecían confusos. Pero sabía que tenía que buscar el modo de organizar el caos que tenía entre manos.

Ahora, Zarik contemplaba el resultado más importante de las incursiones en el desierto, realizadas por el equipo de inteligencia

militar y seguridad de Nariem: Bostan Tajari, apresado, golpeado y con la vida pendiendo de un hilo. El príncipe había ordenado que lo capturasen vivo. Finalmente, el bastardo estaba a su merced.

El príncipe agarró un látigo de serpiente con púas de metal. Bostan llevaba en este lugar dos días. Sin agua y con ruidos intermitentes, chirriantes y estruendosos, para evitar que se durmiese. Lo habían atormentado, pero no para matarlo. Aún. Los organismos de derechos humanos estaban pidiendo pruebas de que el subversivo estuviera con vida y que tuviera garantías de derechos básicos. Desde Nariem el comunicado había sido breve: en su país, los terroristas no tenían derechos.

—Finalmente nos encontramos —dijo Zarik con arrogante desprecio—. Has tratado de matarme para llamar mi atención, pero, esta vez, preferí darte una audiencia personalizada —expresó, sarcástico, antes de agitar el látigo y pegarle en las costillas. Este instrumento también tenía pequeñas porras con agujas dispersas en las tiras.

Bostan apretó los dientes al sentir las púas lacerándole la piel. Elevó el rostro.

—Ah… el príncipe traidor —expresó con voz profunda, pero débil—. La prensa se ha entretenido mucho durante estos días… —dijo respirando con dificultad—. Hasta que me usaste como medida de distracción… ¿Dónde está enterrado el cuerpo de la furcia de mi *hermanita* Arienne? —preguntó con malicia.

Ante la mención de ella, Zarik vio todo rojo y agitó el látigo cuatro veces. Las marcas rojas en las costillas, ahora seguramente rotas por la fuerza de los golpes, sangraban. Bostan tosió un par de veces, pero volvió a levantar la cabeza sonriente. Había perdido dos dientes delanteros y tenía la nariz rota; los ojos amoratados. Pero nada de eso le estaba causando tanto daño como los latigazos con púas de metal.

—Gracias a que te encontraste con Arienne en ese café, hoy estás aquí —replicó Zarik sin responder a la pregunta de ese bastardo—. Un gran error táctico de un supuesto líder, como tú, y que te llevó a que las autoridades destruyeran los Pamisaj. Por cierto, mis condolencias por la muerte de tu hermano, Gassmal.

Bostan le lanzó un escupitajo a Zarik y este le dio un puñetazo que le voló otro diente. Luego le siguieron más golpes, uno tras

otro, tras otro. Después, paró. Este hijo de puta también había recibido una dosis especial de manicura y pedicura: le habían extraído varias uñas de los dedos de las manos, así como de los pies.

—¿Me… vas a… matar… pronto…? —preguntó Bostan. Estaba al límite, pero sabía que podrían continuar, durante días, manteniéndolo con vida. En ese tiempo seguirían las torturas—. Has… destruido mi gente… Hijo de puta… No tengo nada que pueda interesarte… —dijo y escupió saliva con sangre al piso.

—Puedo degollarte o dispararte… Khanul —replicó Zarik con una calma asesina. Él estaba entrenado para matar, pero nunca había utilizado esas habilidades.

Bostan esbozó una sonrisa de medio lado.

—Ah, la pecadora de Arienne te habló de mí, ¿eh? —dijo riéndose—. Siempre… Siempre tuvo tendencia a sacrificarse por otros… Imagínate mi sorpresa —lo tuteaba porque era su forma de continuar rebelándose ante lo que él representaba, pero a Zarik no le importaba un condenado a muerte—, cuando vi a Oleg y también el nombre de mi *hermanita* en Cumbre Global Shara…

El pecho del príncipe subía y bajaba con enfado.

—¿Qué le ofreciste a cambio? —preguntó, porque Arienne era una negociadora por excelencia. No habría entregado información o dado algo tan valioso a cambio sin buscar el máximo provecho de esa conversación. Si bien sus motivos para traicionarlo estaban claros para él, sentía curiosidad por saber qué le habría pedido a cambio a este cretino—. Porque los datos que te dio fueron clasificados.

Bostan se carcajeó y luego tosió varios segundos.

—Vaya, así que la patética de Arienne llamó de verdad tu atención… —Zarik le volvió a dar un latigazo, pero esta vez en las piernas. Bostan aulló de dolor—. Una furcia que no sabe negociar… —murmuró y su cuerpo empezó a sacudirse.

Zarik llamó a los agentes. Estos le lanzaron agua helada a Bostan, le dieron un chute de adrenalina y a los pocos minutos, el hombre volvió a abrir los ojos. Los agentes solo se marcharon cuando estuvieron seguros de que continuaría vivo.

—Responde, cabrón, ¿qué le ofreciste a cambio de la información que te dio?

Bostan respiraba dificultosamente, pero su instinto de lucha era

firme.

—Nada… No sabe negociar… —agachó la cabeza y Zarik le dio una patada en la cadera para que espabilara. Bostan elevó la cabeza —. Me pidió… Me pidió que te dejara en paz y cesara los atentados un tiempo… Supongo… Supongo que no le gustó la idea… La idea de ser llevada ante mis soldados para que la follaran en grupo… —soltó una carcajada, pero se atoró con su propia saliva y sangre—. Ella y su lealtad.

Zarik no le dio otra patada, porque el comentario de Bostan equivalió a recibirla él. Arienne le había dicho la verdad. Este hijo de perra la había amedrentado. El video lo había cabreado, pero escucharlo de la boca de este malnacido era peor.

—Siempre fue así… Incluso con nuestros padres… La idiota aceptó ser mi conejillo de indias —se rio—, haciendo competencias…

—¿Competencias de qué malnacido? —le preguntó dándole un puñetazo.

—No sabía nadar… Yo, necesitaba practicar nudos con soga para regresar al desierto… Han pasado tantos años —murmuró cerrando los ojos, luego los volvió a abrir—. Estuvo a punto de ahogarse varias veces —se rio con malicia al recordarlo—, pero siguió la dinámica. Ella perdía la competencia en la piscina… A cambio dejaba que yo la atara y practicara nudos con su cuerpo… —dijo—. ¿Sabes… oor qué…? —preguntó. Su cuerpo se balanceaba con las cuerdas. Estaba dolorido.

—No soy una caja de respuestas, sigue hablando —gritó, pero en ese grito contenía la desesperación y el dolor, al asociar la manera en que Arienne había reaccionado la noche en que sufrió un ataque de pánico en la piscina del palacete. Ahora comprendía todo—. ¿Tú fuiste el culpable de su fobia al agua?

—He tenido mejores honores, pero sí —se rio—. Lo más gracioso es que la imbécil… La imbécil se calló para que sus padres no sufrieran… Exactamente como hizo contigo… Te traicionó para que yo dejara de atentar contra tu vida, pero tú la mandaste a la silla eléctrica —se carcajeó—. Esa furcia y sus lealtades suicidas… Supongo… Supongo que es justicia retorcidamente poética que la mataras… —rio.

Zarik sintió un alivio que no tenía nombre al no haber

sucumbido a la idea de dejar a Arienne en manos de oficiales, declararla traidora, y que sufriera la justicia común. Jamás habría sido capaz de perdonarse si la hubiesen llevado a la silla eléctrica y él hubiera recibido, no solo la información de Bursit, sino la confirmación de este hijo de puta. Ahora que conocía la verdad detrás de la fobia de Arienne a entrar en una piscina, ahora que entendía quién había sido el culpable de esa situación, su rabia por el tormento sufrido lo instaron a darle puñetazos a Bostan. Le dejó la cara irreconocible, un amasijo de sangre con moratones, labios y cejas rotas.

—Arienne es una excelente negociadora, así que —dejó el látigo y agarró la porra eléctrica. Se trataba de un fierro fino que tenía enroscado un alambre con pequeñas puntas, casi invisibles, pero que al activarse causaban un dolor inmenso—. Tengo este nuevo juguete —dijo agitando el mango de la porra—. ¿Qué otra cosa, además de lo que acabas de confesar, te pidió ella, cobarde de mierda?

Bostan, al ver el aparato, intentó zafarse de las cuerdas. Esto era imposible, por supuesto, así que empezó a gritar cuando Zarik acercó la punta a su cuello.

—Una… una carta… y… —murmuró nervioso—, y mi dije de Pamisaj.

—¿Estabas tan patéticamente desesperado por arruinar mi reputación, causar caos y lleno de odio por lo que representamos los Al-Sarkham, que le entregaste un dije que es la insignia más valiosa de un terrorista? —preguntó, vil, carcajeándose.

—Planeaba buscarla… y matarla… para recuperar lo que me pertenecía… —dijo agitado. Zarik le dio otro puñetazo, esta vez en las costillas. Dio la vuelta para aplicarle la descarga eléctrica en la espalda. Bostan gritó—. ¡Bas… basta… basta…!

Zarik apartó la porra y dio la vuelta para encararlo de nuevo. Se detuvo con las manos sobre los muslos, respirando agitado, cabreado. Este cabrón le había servido como saco de boxeo. Bostan era musculoso, un monstruo tatuado que destilaba perfidia, y golpearlo resultaba satisfactorio. Mejor terapia que emborracharse. Zarik llamó a Wamed Barr, el jefe de la ASN, y le pidió que encontraran la carta y el dije. Después, Zarik salió para tomar aire, porque estos cuarenta minutos con Bostan o Khanul, o como

mierdas fuese que se llamaba, lo contaminaba de odio y asco.

Esperó una hora y llegó uno de los agentes de la ASN.

Zarik no tenía interés en saber cómo encontraron los objetos, pero ya los tenía en la mano. Abrió la carta y leyó horrorizado la confesión de Bostan a Arienne. Se trataba en un inicio de la confesión del crimen que este hijo de puta cometió al incendiar la casa de los Al-Kahaleel. ¿La razón? Apoyaban a la Corona y jamás los consideró sus verdaderos padres. También explicaba las torturas, en lugar de disculparse se había vanagloriado, aplicadas a Arienne. Le confesaba lo mucho que se divirtió torturándola en la piscina y luego dejándola a oscuras, atada con cuerdas, para que intentara desatarse. Cada letra destilaba veneno. Le decía a ella cuánto la odiaba y lo mucho que deseaba llevarla al desierto para que la violaran sus soldados. Había escrito que sabía que la ley de Alá estaba en contra de las mujerzuelas y que Arienne tenía los días contados. Amenazaba con empalarla y dejar su cadáver expuesto. Zarik hizo trozos la carta y el sobre, luego los lanzó a la basura. Rogaba que Arienne no hubiera abierto la carta, porque ella no merecía leer una asquerosidad como esa.

Cuando regresó al cuartillo, que apestaba a suciedad, sangre, meado y heces. Pero esta vez, lo hizo junto con dos agentes. Unos que llevaban a cabo las torturas y eran bastante sádicos. A Zarik no le importaba. Bostan elevó la cabeza y notó que el príncipe tenía en la mano el dije de su tribu, el que le entregó su padre Pamisaj.

—Mira lo que encontraron —dijo Zarik, burlón—. Muy bonito y tú planeabas recuperarlo, ¿verdad? —preguntó con una sonrisa de medio lado, perversa—. Una lástima que no vayas a tener la posibilidad de recuperarlo o tocarlo.

—Eso me pertenece… Tengo el derecho…

—¡No tienes putos derechos! —gritó Zarik. Dejó el dije en el cemento, agarró un soplete, que estaba entre los implementos de la mesa de tortura, y empezó a derretirlo—. ¿Acaso no es bonito cómo se derrite el recuerdo de tu insignificante padre adoptivo? Murió bajo su propia ley, la de los desadaptados, insurgentes, asesinos, violadores y terroristas. —Bostan se agitaba gritando e insultado al ver cómo se hacía nada ese dije—. Ahora no tienes nada. No tienes el recuerdo de nadie. Morirás como un anónimo. Nadie sabrá en dónde enterraremos tu cuerpo. Poético.

—¡Malnacido! —exclamó.

—Desnúdenlo —le ordenó a los agentes, mientras agarraba la porra de metal. Bostan abrió de par en par los ojos. Se agitó contra las cuerdas con más desesperación.

—No… No… ¡Príncipe Zarik, no puedes ir contra el honor!

Zarik soltó una risotada. Esta parte vengativa y cruel no era propia de su carácter, pero con un demonio no se podía combatir sin la misma clase de medicina.

—¿Acaso no violaste incontables mujeres? —preguntó ladeando la cabeza, acercándose—. ¿Acaso no quisiste empalar a Arienne y dejarla en el desierto?

—Fue… Fue solo una carta… Fueron letras… Las otras mujeres… Ellas eran pecadoras y merecían… Merecían un castigo… —dijo nervioso, meándose.

—Ah, la semántica —dijo deteniéndose frente a él—. La mujer a la que lastimaste, amenazaste y atormentaste es la más importante en mi vida. No está muerta, pero tampoco aquí para verte sufrir. Además, tiene un corazón demasiado generoso y probablemente te habría perdonado. Pero yo no lo haré —sonrió con malicia y le entregó la porra a uno de los agentes—. ¿Quién soy, Bostan?

El agente con la porra, bajo una seña de Zarik, dio la vuelta y se puso detrás de Bostan. El hombre intentaba moverse, rogaba y lloraba que prefería una bala.

—¡Responde quién soy yo y podría reconsiderar el siguiente paso! —gritó.

—Su alteza, el príncipe Zarik Al-Sarkham —dijo temblando de miedo. Sabía que sus esperanzas estaban perdidas, no le quedaba espíritu de lucha, estaba roto.

—No, no lo dijiste con suficiente entusiasmo —dijo Zarik. Luego miró al agente que estás detrás de Bostan—. Entierra esa porra, hasta que se desangre.

—¡Nooo! ¡Nooo…! —gritó el subversivo.

Los gritos de dolor fueron apagados cuando Zarik salió y cerró la puerta tras de sí. No le interesaba ver cómo acabaría. Una vez que salió del centro militar le pidió a su chofer que lo llevara a su oasis. Quedaba a treinta minutos del sitio en el que se encontraban. Se sentía en paz, a pesar de la brutalidad de lo que acababa de ocurrir. En la Tierra, el ser humano pretendía dejarle la justicia al destino.

Sin embargo, existían individuos que merecían el castigo en vida y no en posibilidades abstractas.

No se arrepentía de lo que había hecho con Bostan, porque estaba seguro de que, en alguna medida, vengó a las pobres mujeres que él y su gente destrozaron; a las
niñas-esposas
que obligaron a perder su infancia por unas tradiciones criminales; a las víctimas de los atentados; a los secuestrados y a los aterrorizados bajo los Pamisaj.

Zarik bajó del coche y pidió a sus empleados que le preparan ropa limpia.

Después fue al oasis privado, a solas, y se sumergió en el agua. Permaneció en ella durante largas horas, en comunión con el silencio, las dunas y el cielo. Él era el heredero de toda esta tierra y pretendía honrar a sus ancestros con el legado que dejaría para ellos. Pero el legado de las dunas que Zarik dejaría sería muy diferente. Por ahora no podía pensar al respecto, porque aún le quedaban asuntos por resolver.

Estos quince días habían sido infernales, y todavía tenía que hablar con su padre sobre el asunto de su matrimonio por contrato. Por otra parte, el escándalo de su supuesta traición al país había amainado considerablemente, gracias al discurso del rey en el que expresó que la fuente anónima, que informó a la prensa sobre Tadmin, estaba equivocada. El rey Soldon comentó que este plan era para mejorar Nariem y expandir sus lazos con otras naciones y culturas amigas. El monarca tenía un alto nivel de popularidad y credibilidad. Pero Zarik, consciente de que fue el gestor y creador de Tadmin, y con el respaldo de su padre, se había reunido con los líderes de las tribus amigas, así como con los de las principales instancias del Estado, para encontrar la vía de asimilar la presencia de expertos de otros países en espacios de poder nariemu.

Él sabía que sería un camino espigado y tomaría tiempo transitarlo. El plan Tadmin, tal como Arienne le había sugerido, debió detenerse para esperar un período de más consistencia social. Pero fue la necedad de Zarik que lo instó a hacer la última contratación: Oleg, y esto había resultado en el factor detonante de este caos.

Zarik salió del oasis y entró a su lujosa tienda beduina para

vestirse. Pasaría la noche en este lugar, recuperando las energías y recordando que el propósito más importante por cumplir, aunque no dependía de él, requería de mucha determinación.

Semanas después
Londres, Reino Unido

Cuando un corazón estaba roto, el mundo parecía también haberse quebrado en pedazos alrededor. Todo lucía menos colorido, llamativo o interesante. Daba igual estar en una de las ciudades más bellas del mundo. Arienne sentía como si la hubiesen puesto en piloto automático, porque no era capaz de encontrarle sentido o gusto a nada. Su apetito había disminuido y su cuerpo protestaba cuando ingería algún alimento saludable. Solo parecía estar ávido de chatarra. Pero Lucianno insistía en que dejara los chocolates, helados y hamburguesas, y decidiera darle un descanso a su estómago de tanta porquería. Así que la invitaba, casi todas las noches cuando él no tenía reuniones en la oficina, a cenar en diferentes restaurantes. No se marchaban, hasta que Lucianno se sentía satisfecho de que ella hubiera terminado su plato.

Su mejor amigo tan solo le permitió pocos días de duelo, tal como él había denominado a este proceso, para llorar, quejarse, sentirse como le diera la gana, y quedarse en la cama hecha un ovillo viendo Netflix o mirando al infinito inconexo. Los siguientes días, la instó a tomar un *tour* por la ciudad como si fuese una turista, en lugar de una británica. A regañadientes, ella empezó a salir, cada día, a visitar un sitio diferente de Londres. A veces tomaba un bus muy temprano e iba a pasar el día en Oxford y regresaba en la noche. Un fin de semana compró un boleto para ir a Stonehenge y a Bath. Intentaba distraerse y sonreír si alguien le sonreía, pero al regresar a casa, cuando se acostaba en la cama y cerraba los ojos, la envolvía la nostalgia. En las ocasiones en que veía a parejas sonriéndose, tomados de la mano o compartiendo una conversación, ella sentía los ojos llovidos, así que optaba por

apartar la mirada y tomar otro camino. En cada calle y en cada minuto; en los taxis o el metro; en los buses o en la mansión de su amigo, extrañaba a rabiar a Zarik.

Lucianno había escuchado su historia, las partes importantes y sin los aspectos íntimos, y la sorprendió diciéndole que era mejor amar una vez, con todas sus fuerzas, aunque, al final, terminara siendo defraudada por un error propio o ajeno. Después, para aligerar ese comentario, él había procedido a contarle de su nueva conquista, Gillian. Su amigo era una caja de acertijos, pero no lo juzgaba. Sabía que siempre podría contar con Lucianno Moretti como aliado y eso era lo más importante.

Por otra parte, Arienne había recuperado el acceso a sus cuentas bancarias, pero su cerebro no estaba en condiciones de buscar un empleo. La motivación de su vida profesional no era el dinero, sino la diferencia que podía marcar en una persona o grupo de personas con su trabajo. Esto, lastimosamente, ya no sería posible. Su profesión como asesora política necesitaría de un par de meses para reconstruirse en esta ciudad, porque la dinámica era diferente. Londres era ultracompetitiva y los jugadores en el tablero resultaban más complejos de descifrar. Ella tendría que crear una nueva plataforma de contactos; una nueva imagen; aprender en profundidad la política británica, así como trazar un plan de acción nuevo. Esto la motivaba, pero no estaba lista para empezar esta clase de exploraciones profesionales. Aún no.

En estos instantes de su vida necesitaba reconciliarse con la traición que había cometido y el dolor que le causó a Zarik. Por eso se permitió llorar y asimilar la pérdida del hombre que siempre tendría su corazón, pero que jamás volvería a ver; un hombre que probablemente la odiaba. Quizá, algún día, ella lograría aceptar a otra persona, aunque estaba segura de que las detestables comparaciones estarían presentes.

La distancia física y emocional con Zarik estaba corroyéndola por dentro y era una situación de la que no podía escapar. Se despertaba varias veces en la madrugada, porque no lograba conciliar el sueño, al recordar la tarde en la que se habían despedido. Extrañaba el sonido de su voz, la manera en que la protegía, cómo lograba sacar lo mejor de ella, sus reflexiones estoicas y aquellas desenfadadas; su sentido del honor y el deber;

cómo comandaba una habitación con autoridad; su sonrisa cautivadora. Extrañaba el aroma de su cuerpo, la textura de su piel, su risa ronca y masculina, el sabor de sus besos y cómo podía llevarla a tocar el cielo con sus caricias de fuego. Su alma estaba dolida ante la falta de su afecto, porque era irremplazable.

—¿Has pasado mejor estos últimos días, verdad *cara*? —le preguntó Lucianno, mientras preparaba un café y le extendía una humeante taza a ella. Arienne asintió—. Lo único que puede salvarte de cualquier momento difícil es la actitud. El filtro con el cual mires tu realidad puede volverla catastrófica o convertirla en una oportunidad para sacar tus mejores cualidades. Sé que este es un trago amargo, pero he visto cómo, día a día, tu semblante es más sereno y menos afligido. Me da gusto, Ari —sonrió.

Estaban en la inmensa cocina. En el exterior llovía, así que ambos habían optado por quedarse en casa viendo una maratón de *Peaky Blinders* en Netflix.

—Gracias, Luc —dijo con emoción y se acercó a darle un abrazo —. A pesar de que han sido cuatro semanas, desde que estoy aquí, el tiempo se me ha ido muy lento, pero lo he aprovechado. Me hizo bien salir cada día y tratar de disipar mi mente, mezclarme entre la gente, entrar en una galería de arte, visitar la Torre de Londres, caminar por Hyde Park, y pretender que era una turista en mi ciudad natal. Creo que «pretender» es la palabra correcta. Llega un punto en el que te crees el rol que haces.

Luciano bebió un par de sorbos de café. Hizo un asentimiento.

—¿Qué rol es el que estabas jugando, *cara*?

—El de una persona que tiene derecho a empezar una nueva vida y que también tiene el mundo a sus pies —replicó, porque era la verdad. Necesitaba creerse esa historia para convertirla en realidad y asumirla como propia—. De hecho, me he inscrito en clases para hacer esculturas. Siempre quise explorar mi lado artístico.

—Oh, eso es perfecto, *cara ragazza*, porque justamente quería saber, ¿qué planes tienes para este jueves en la noche? —preguntó —. Uno de mis clientes es arqueólogo y acababa de inaugurar una sala de exposición con objetos de arte vikingo. Algo similar al que está en el museo de Oslo, pero este tiene toques especiales, porque incluirá un área inmersiva de uno de los barcos que usaban los

escandinavos.

—Suena fascinante, a mi madre le encantaba contarme historias de la mitología nórdica —dijo con entusiasmo—. ¿Qué pasó con Gillian? —preguntó sonriendo.

—Ah, no puedo llevar de acompañante a una chica que cree que el Everest es lo mismo que la marca de agua Evian —replicó con una expresión de horror. Arienne se rio—. Prefiero ir contigo, porque no solo nos divertiremos, sino que, como en los viejos tiempos, me harás quedar como un tío inteligente con tu charla aguda.

—Luc, eres muy inteligente, no seas ridículo. Dime en verdad, ¿por qué quieres que vaya contigo? —preguntó, porque conocía cuando él tramaba algo.

Lucianno esbozó una sonrisa y se encogió de hombros.

—Dicen que un clavo saca a otro clavo —sonrió—. No pretendo que tengas un romance, pero sí que, al menos, intentes conversar con alguien del sexo opuesto sin actuar como si estuvieras siéndole infiel a Zarik —replicó con franqueza—. Mi amigo es un tipazo o si no, ni siquiera te lo presentaría. En serio, Ari. Le gusta apoyar causas culturales y por eso forma parte de los patrocinadores del evento.

—Lucianno… —dijo en tono de advertencia.

—Anoche que fuimos al *pub*, tú, estabas tan ensimismada, lo cual no está mal porque finalmente te vi sonriendo con la música y la pasamos bien como en los viejos tiempos, que no te diste cuenta en detalle de tu alrededor. Cuando te presente a Brennan, me parece que solo murmuraste un saludo, le diste la espalda y me pediste que siguiéramos bailando que la música estaba estupenda —dijo. Se echó a reír al ver la expresión desconcertada de ella—. Mi amigo se quedó intrigado contigo y me habló de la exposición que va a llevarse a cabo —sonrió—. Me pidió que te invitara.

Arienne sabía que Lucianno tenía una vida social muy activa. El día anterior, la había convencido de ir a un *pub* a bailar y cambiar el escenario rutinario. Ella consideró en negarse inicialmente, pero recapacitó. Llevaba muchísimo tiempo sin ir de fiesta a un *pub* inglés, además Luc la cuidaría. Así que se esforzó en arreglarse, vestirse guapa y, por primera vez en treinta días, desde que terminó su relación con Zarik, se sintió más en su piel. Lucianno le presentó

a su grupo de amigos, pero ella no les prestó mayor atención, porque prefirió dejarse llevar por la música. Durante un par de horas fingió que su mundo era perfecto. Y lo fue, hasta que regresó a la mansión y al despertarse de repente, en la madrugada, recordó que no estaba Zarik.

—Me dejas en una posición complicada, porque no estoy lista…

—Hey —dijo poniéndole la mano en el hombro—, Ari, no es una cita. Brennan McKellen es un inversor y filántropo muy conocido en el medio empresarial. Vas a ser mi acompañante de esa noche, así que considera que conversar con él sería, más bien, acceder a un contacto profesional que podría ayudarte en un futuro. ¿Vale?

—Pero si te pidió que me invitaras es porque le debí gustar, entonces…

—Arienne —dijo esta vez con firmeza—, lo dejaste impactado, porque esa fue la palabra que utilizó, pero no tienes que acostarte con él. No tienes que salir con él en una cita. Un clavo saca a otro clavo también implica que te permitas conocer a una persona, flirtear un poco, y reconocer que existen cualidades que podrían gustarte.

—Lo que me sugieres no resulta fácil para mí, porque implicaría sentir que estoy engañando a Zarik —murmuró con un nudo en la garganta—. Luc…

—Recordar que puedes encontrar en otro hombre aspectos interesantes y reconocerlos como tales no es engañar, pero intentar ser fiel a un fantasma sí es un suicidio en vida, Arienne —explicó con sinceridad—. Tienes que desestructurar tu cabeza para que también libere tu corazón poco a poco. Eso de «darle tiempo al tiempo» es un consuelo de gente que se rehúsa a hacerse cargo de sí misma.

Arienne bajó la mirada. Entendía lo que Luc estaba tratando de decirle. Su mejor amigo no se caracterizaba por las medias tintas ni las sutilezas, pero con ella siempre hacía excepciones si acaso lo necesitaba. Si este comentario hubiera venido de Malin, que a veces tenía ideas disparatadas, le habría dicho que no. Pero Lucianno era pragmático y tomaba decisiones complejas a diario para avanzar en sus metas.

—Sí, tienes razón, Luc —dijo elevando la mirada—. No me vendría mal empezar a tener contactos en Londres y, tal vez, hacer

nuevos amigos.

Lucianno esbozó una sonrisa e hizo un asentimiento.

—Solo ven conmigo al evento. Pásala bien. Conoce a Brennan. ¿Tienen química? Genial, pueden ser amigos o no. ¿No tienen química? Genial, pueden ser amigos o no. ¿Conoces a otro hombre? Lo mismo. Así de simple, *cara ragazza*. Después, regresas a casa, y sentirás que progresaste un poco más, y así cada día.

—Tienes un método extraño de ayudarme —se rio—, pero funciona.

—Lo sé, porque te conozco —replicó acabándose el café. Miró la hora—. Aunque Gillian no sea la cita perfecta para un evento cultural —agarró las llaves del Jaguar azul—, tiene cualidades que en este momento me interesan explorar.

—¿Te da igual la lluvia? —miró hacia la ventana—. Llueve a cántaros.

—Eso es solo un reto en la búsqueda del placer —le hizo un guiño.

Arienne soltó una carcajada, porque Lucianno era un mujeriego incorregible.

Una vez que su amigo se marchó, ella fue a darse una ducha rápida. Consideró que, en comparación a cómo llegó a Londres un mes atrás, ahora estaba relativamente mejor. Sentía que podía seguir por su propia cuenta y empezar el proceso de construir su nuevo destino en la ciudad. No podía continuar en esta mansión, aunque fuera gigantesca y Lucianno insistiera en que permaneciera el tiempo que quisiera. Quería su espacio para crear un ambiente que fuese solo suyo. Sabía que su mejor amigo iba a enfadarse, pero terminaría comprendiendo su necesidad de independizarse.

Salió de la ducha y soltó un suspiro de gusto. Un baño siempre hacía bien.

Para agarrar las toallas de los anaqueles de vidrio tenía que empinarse un poco. Al hacerlo y volver a asentar los pies, en ese movimiento, sintió un dolor en los pechos cuando estos se agitaron. Se preocupó. No era la primera ocasión que experimentaba esta sensación de que sus senos estaban sensibles, pero había preferido ignorarlo. Estaba haciendo yoga en las mañanas, con tutoriales de YouTube, y algunas posiciones requerían trabajo de resistencia en los brazos. Lo había atribuido a que no estaba en forma, ya que

había dejado el gimnasio por falta de tiempo, y asumió que sería muy normal que todo le doliera un poco. Los pechos eran grasa y músculo.

Sin embargo, ya llevaba dos semanas con el tema del yoga, así que su cuerpo debería estar habituado. Por eso, al sentir esta molestia Arienne entró en pánico. «No podía ser posible que, a todas sus desgracias, tuviera que sumársele un posible cáncer de mama», se dijo en estado de súbita ansiedad. Se secó el cuerpo rápidamente, después anudó otra toalla alrededor del cabello. Sus períodos eran irregulares y nunca presentaban sintomatologías. Así que no podía ser que llegaría la menstruación. Pensó en que había sido descuidada, porque no se había hecho exámenes de las mamas en dos años. «Así que esta era otra de las jodidas idioteces de la vida por superar».

Agarró el móvil y marcó a su mejor amiga.

—¡Ari, qué lindo escucharte! —exclamó Malin respondiendo la llamada—. ¿Cómo va todo en Londres? Quiero que me cuentes de tus últimas excursiones por Covent Garden. A ver si encontraste alguna curiosidad *vintage* para comprar.

—Tengo cáncer… No, espera, me duelen los pechos. No es normal —dijo en un tono atolondrado yendo de un lado a otro sobre la alfombra—. Malin.

—Ari, cálmate —dijo al escucharla respirando agitadamente y con la voz entrecortada—. Eres una doctora en ciencias políticas, así que usa el raciocinio. Vamos, respira conmigo. Uno. Dos. Tres. Eso es, repite. Uno. Dos. Tres. Ahora, escúchame —pidió con suavidad —. Por si no lo sabías, a veces, las mamas duelen cuando una mujer está sometida a mucho estrés, como tú, por ejemplo. ¿Te hiciste un autoexamen? —preguntó. Su amiga le dijo que sí—. ¿Tienes un bulto raro?

—No lo sé… Estoy muy nerviosa, pero parece que no —farfulló.

—Ari, ¿existe la posibilidad de que estés embarazada…? —preguntó con cautela—. No es algo que deberías descartar, así que considéralo una posibilidad.

—No lo estoy —dijo con seguridad—, ya te expliqué que no puedo tener hijos. Por eso, la única opción es el cáncer… O quizá, lo que dices, el estrés —murmuró.

—Agenda una cita médica mañana con una ginecóloga y hazte

un examen completo. ¿Cuándo fue la última vez que te hiciste uno? —preguntó.

—He hecho los de rutina, pero siempre sale todo bien. El eco de las mamas no me lo he hecho en dos años y acabo de caer en la cuenta al respecto —dijo con enfado contra sí misma—. No salgo de una y entro a otra —rio con amargura.

—Entonces, ve mañana, y sal de dudas. Pero, Ari, no te hagas un examen de rutina, hazte uno completo y así te quedas tranquila. Seguro que es estrés —dijo.

Arienne se acostó de espaldas sobre la cama y soltó una exhalación.

—Sí… —murmuró cerrando los ojos—. Malin, ¿has escuchado de Zarik? —preguntó en un hilo de voz. Porque había obviado indagar sobre él durante todo este tiempo y su mejor amiga lo sabía, y por eso jamás se lo mencionaba en sus charlas.

—¿Quieres escuchar lo que ocurrió con él, después de que te marchaste y salió a la luz el asunto de Tadmin? —preguntó dándole la opción de elegir.

Arienne no había tenido la valentía de mirar los periódicos, ni noticias internacionales, menos buscar de manera voluntaria sobre lo que ocurría en Nariem. Esa fue su manera de blindarse ante el dolor de lo que sabía que, probablemente, habría sido un circo mediático contra la Corona. Le pidió a Luc que, si escuchaba u observaba las noticias extranjeras en alguna parte y se mencionaba a Nariem, tampoco le hiciera mención de lo que ocurría en ese país. Así que, sí, su nivel de negación era alto, pero necesario. No conocía aún a una mujer que le gustara el masoquismo.

—Sí… —murmuró—. Siento que estoy lista para saber lo ocurrido.

Malin le contó todo en un resumen. El mensaje del rey. La rueda de prensa de Zarik. Que se comunicó que un anónimo dio el chivatazo de Tadmin. Que Insignia Regional continuaba y el pueblo, poco a poco, parecía interesado en la visión que tenía el príncipe heredero, a pesar del escándalo de los infiltrados. Le dijo de la captura y muerte de los Pamisaj. Las alianzas que estaban formándose con otros países.

—Estoy segura de que el trabajo, que hubo detrás para lograr que no se fuera todo el carajo con esos titulares de traición contra

Zarik, debió ser brutal. El Estado y la monarquía se ganaron al pueblo al desarticular a los rebeldes —concluyó Malin.

Arienne sintió un ligerísimo pesar por Khanul, pero había encontrado el destino que él mismo construyó. Alguien como él tenía los días de vida contados.

Por otra parte, quería hacerle a Malin la pregunta que le quemaba las entrañas y cuya respuesta más temía escuchar. Había pasado un mes desde su exilio, pero el tiempo que el rey Soldon le dio a Zarik para casarse ya había expirado semanas atrás. Se armó de valor, porque no podía permanecer siempre en negación. Prefería la verdad. Sería imposible reconstruir su vida si estaba en perenne ignorancia.

—Malin, ¿Zarik se casó…? —preguntó en un tono casi inaudible. Se hizo un incómodo silencio del otro lado de la línea—. ¿Malin? —susurró.

—Todavía no —replicó, mientras le enviaba un enlace al móvil —. Léelo. Estoy aquí, hasta cuando termines de revisar el artículo. ¿De acuerdo? —preguntó.

—Sí… —dijo dando *click*—. Oh —susurró.

Arienne tragó saliva. *El príncipe Zarik parece haber elegido a su futura esposa*. Ese era el titular sobre una nítida fotografía de Zarik sonriendo junto a Rihanon. Ambos estaban vestidos de gala, uno junto al otro, en una toma de la Fiesta de las Espadas. Una actividad anual que celebraba la independencia de Nariem, en la que el rey de aquella época decapitó a su oponente y le ganó la batalla por el mando del reino. A este festejo se invitaban a representantes de varios países de Oriente Medio. Arienne, cuando sus padres vivían, había asistido en tres ocasiones y la experiencia fue linda.

Se bebió la imagen de Zarik con avidez y no pudo evitar las lágrimas. Estaba tan apuesto y elegante con su túnica negra con bordes de oro, el *keffiyeh* dorado, y el porte de alguien que ostentaba el poder y era consciente del respeto que causaba. La sonrisa de Rihanon y la expresión amable de Zarik dejaban el mensaje de que pronto anunciarían un compromiso. Existía cercanía en esa imagen, a pesar de que ambos estaban separados por una prudencial distancia. Rihanon llevaba un vestido hermoso color azul que resaltaba su figura y el aspecto de una mujer con clase y abolengo.

Arienne sintió una puñalada de dolor rasgándole el corazón, reabriendo la herida todavía tan fresca. Imaginarse a Zarik tocando a Rihanon, acariciándola íntimamente y mirándola, como alguna vez hizo con ella, la destrozaba. Pero ese era el destino que él tenía que cumplir. Suponía que la idea de engendrar herederos sería menos un deber y más un placer si su esposa era una mujer como la princesa.

—¿Ari…? —preguntó Malin con suavidad al notar que llevaban veinte minutos en el teléfono sin hablar—. No quería contártelo, pero es lo que se rumora.

—Si la prensa lo menciona como un rumor, entonces implica que pronto lo harán oficial —dijo limpiándose las lágrimas de mala gana—. Prefiero saberlo. Así el proceso de tratar de sanar su ausencia, tal vez, sea un poco más leve…

—Lo siento —susurró—. Me gustaría estar allá contigo y abrazarte.

—Que me escuches es el equivalente a un abrazo también —dijo con cariño.

—Tú eres fuerte, Ari, sé que todo va a estar bien. Te quiero.

—Yo también te quiero a ti… —dijo cerrando el teléfono.

Apenas Arienne cerró la llamada se sintió inundada por esos viejos amigos que disfrutaban mezclándose con sus lágrimas. La tristeza. La decepción. El dolor. La desesperanza, al fin, porque no existía modo de recuperar el amor de su vida. Al cabo de un rato, ella se levantó de la cama y fue a lavarse la cara. Apoyó las manos a cada lado del lavabo y se contempló en el espejo. Ya había llorado lo suficiente. Zarik tenía todo el derecho de rehacer su vida y mantener su legado. Ella tenía todo el derecho de rehacer la suya e intentar ser feliz, hasta que lograra suturar la herida de su alma.

—Arienne Johansen Al-Kahaleel —se dijo a sí misma—, tú eres una mujer resiliente. Ya has hecho limonada y naranjadas con toda la mierda que te ha lanzado la vida. Mereces sonreír y dejar la carga de la culpa en el pasado. Mañana puedes ir a visitar los pisos que te han gustado. El jueves irás a ese evento del brazo de tu mejor amigo, y si te presenta a Brennan, Lloyd, Jacob o quien sea, la vas a pasar bien.

Después se apartó del espejo y tomó una profunda respiración.

El consultorio de la doctora Hycinth Jones era pequeño, pero sofisticado. Estaba ubicado en Harley Street. Arienne estaba esperando a que regresara con los resultados de las pruebas. Le había pedido, tal como le sugirió Malin, un chequeo completo e íntegro. Así se quedaría más tranquila y no tendría que volver, hasta el siguiente año. Ir al médico, cualquiera, era de las actividades que menos le gustaban.

—Muy bien, ya estoy de regreso, Arienne —dijo la doctora con una sonrisa. Era de ascendencia hindú y tenía unos chispeantes ojos cafés. Su expresión era amable y amistosa, lo cual generaba confianza—. Después de las pruebas que hemos hecho, te puedo asegurar que no tienes cáncer de mamá, ¿de acuerdo? —preguntó.

Arienne soltó una sonora exhalación e hizo un asentimiento.

—Me siento tan aliviada, gracias —expresó con una sonrisa—. La verdad es que lo pasé fatal ayer haciéndome un montón de ideas trágicas en la cabeza.

La doctora asintió con amabilidad.

—He revisado tus exámenes de sangre y los marcadores más importantes están correctos. Pero tengo una pregunta: ¿cuándo fue la última vez que asististe al ginecólogo a causa de tu síndrome de insuficiencia ovárica primaria?

—Quizá unos seis o siete años más o menos —replicó—. Siempre tuve la idea de que quería tener hijos, pero me detectaron esta condición. Mi madre me llevó a cuatro centros especializados y todos dijeron que no había manera de revertirla.

—La tecnología ha cambiado desde entonces y puedes ser mamá con fertilización asistida —dijo—. El síndrome que te diagnosticaron se produce porque los folículos ováricos no funcionan bien, lo que impide que produzcan cantidades normales de la hormona estrógeno o tienen algún problema que hacen que dejen de liberar óvulos para la menstruación. Sin embargo, según lo que me has dicho, tú has tenido varios períodos, ¿correcto? —Arienne entrelazó los dedos de las manos entre sí e hizo un asentimiento—. Hasta un 5-10 % de las mujeres con tu condición, Arienne, pueden llegar a tener un embarazo de manera natural. Sin

asistencia. No solo eso, sino que por el hecho de que el SIO ya dificulta la capacidad para ovular, la eficacia de los anticonceptivos hormonales podría verse afectada. Y no funcionar.

—¿Eso qué significa…? —murmuró en un hilillo de voz.

—Que formas parte de ese porcentaje que tiene la dicha de estar embarazada. Felicitaciones, Arienne, vas a ser mamá —dijo con una sonrisa sin ser consciente del torbellino que acababa de soltarle a su nueva y joven paciente.

—¿Cuánto tiempo…? —preguntó llevándose las manos al vientre de manera protectora. De repente todo empezaba a tener sentido. La somnolencia. Los antojos que le daban de comer tonterías. Sus pechos sensibles y también ligeramente más grandes. Aún no se le notaba la tripita, pero, aparte de las circunstancias de su vida, estaba más emocional de lo usual—. ¿Cuándo tiempo tengo de embarazo, doctora?

—Dos meses —dijo—. Te voy a prescribir vitaminas y los controles que debes realizarte. Si tienes tiempo, me gustaría hacerte un ultrasonido, para reconfirmar.

—Sí, estoy de acuerdo en hacerme un ultrasonido —replicó en un susurro.

Treinta minutos después, Arienne salió del consultorio con el equivalente a la fotografía de su bebé. Su corazón estaba embargado de una sensación de júbilo que no podría explicar, porque la vida que crecía en su interior sí era el fruto del amor, la pasión, el placer y las ilusiones. Este sería el recuerdo más bello que tendría de Zarik para el resto de su vida. Le dolía profundamente no poder comunicárselo, porque tenía roto todo acceso al círculo íntimo de Zarik; y también, porque este niño o niña, que empezaba a formarse en su cuerpo, era el natural heredero de amado príncipe, pero jamás tendría posibilidad ni de conocer a su padre ni de conocer su legado.

Arienne se abrazó a sí misma, mientras iba en el taxi hacia la casa de Lucianno. Miró el cielo de Londres que, curiosamente, esta mañana estaba azul. Ella no era capaz de resumir con palabras lo que estaba sintiendo en ese momento. Solo tenía la certeza de que protegería a su bebé con su vida y sería la mejor madre que pudiera ser, así como Tarina y Jamil fueron con ella. Esta noticia implicaba demasiadas emociones. Iba a ser mamá. Lo que siempre añoró, pero

estuvo segura de que no era posible.

Este bebé era un milagro suyo y de Zarik. Se preguntaba a quién se parecería. Si acaso tendría sus ojos verdes o esos profundos ojos negros del desierto; si sería rubio o rubia o llevaría una cabellera teñida del color de la noche. Cuánto le habría gustado compartir esas hipótesis con Zarik y vivir los meses que se avecinaban juntos.

Las lágrimas que derramó fueron de emoción absoluta. Quería contarles lo antes posible a sus mejores amigos. Sabía que la apoyarían en todo el proceso. Esperaba que Malin pudiera viajar a Londres, dentro de siete meses, cuando naciera su bebé. Lucianno, por otra parte, sería un tío magnífico y protector. Arienne se distrajo durante el trayecto, hacia la mansión, pensando en las posibilidades y planes; sobre qué podría empezar a comprar, si zapatitos o accesorios. De repente, su vida acababa de recobrar un brillo especial y único, porque no solo tenía que ser fuerte por ella, sino por su bebé. No cabía en sí de la alegría. Le envió un mensaje al corredor de bienes raíces para cancelar la cita que tenía hoy y le pidió que, en lugar de un piso sencillo, le diera opciones de uno con dos habitaciones. Después esbozó una sonrisa. Sería mamá soltera, pero su propósito era ser la mejor del mundo para este bebé.

Cuando llegó a su destino final, le pagó al taxista y bajó del coche.

El mayordomo de Lucianno le abrió la puerta de la mansión con actitud servicial. Gaminno era un hombre bonachón y amable. Le sostuvo la chaqueta. Arienne llevaba una bolsa de vitaminas, así como otra con un par de libros sobre maternidad. Antes de venir a la mansión se había detenido en una librería en Marylebone. Quería empezar a leerlos de una buena vez, pero al mismo tiempo quería llamar a Malin para contarle la buena noticia. Empezó a caminar para ir al salón, porque le quedaba más cerca y además era un área muy cómoda para leer.

—Señorita Al-Kahaleel —dijo el mayordomo con suavidad. Ella detuvo el paso y lo miró con una sonrisa por sobre el hombro—. Tiene una visita que está esperándola hace media hora en el salón principal —informó el anciano de bigotes.

—No estoy esperando a nadie —murmuró confundida.

—Pero yo sí te estoy esperando a ti —dijo la inconfundible voz de Zarik.

CAPÍTULO 26

Arienne se quedó estupefacta y sintió que el corazón se le salía del pecho. Dejó las bolsas con cautela a un costado. Como si este gesto pudiera ayudarla a entender que estaba en la realidad y no imaginándose situaciones que añoraba su alma. Elevó la mirada y esta conectó con los ojos negros que poseían la capacidad de envolverla en un halo de amor, pero también de fría distancia. Ella estaba tan anonadada que no podría definir con exactitud qué ocultaba la mirada de Zarik. Él lucía tan atractivo e imponente como siempre. Estaba vistiendo ropa occidental. Un traje que estaba hecho a su medida y resaltaba la fortaleza de su físico. Era un guerrero del desierto ataviado con una armadura de Occidente. Se abrazó a sí misma con desconfianza.

Zarik absorbió la imagen femenina como lo haría alguien que estuvo viviendo décadas en un búnker y, por primera vez, salía a la superficie a respirar aire fresco, natural y limpio. Volverla a tener frente a él, después de cuatro largas semanas, insufló a su cuerpo una fuerza brutal que hizo palpitar su corazón con alegría. Fue como revivirlo. En todo este tiempo, él había intentado resolver un montón de mierdas, en especial, después de la información que había descubierto de Bostan. Tuvo que negociar con su padre y solo cuando pagó el precio que le puso el rey, Zarik organizó de inmediato su viaje a la capital inglesa. Notaba la expresión de duda en Arienne y no podría culparla, en especial por cómo acabó su último encuentro.

—Hola… —susurró ella y apartó la mirada—. ¿Por qué estás aquí? La última vez que hablamos dejaste claro que no querías nada que ver conmigo. Me exiliaste. Tuviste razón en hacerlo, pero no

comprendo tu presencia en Londres, Zarik —dijo rehusándose a llamarlo por su título real. Estaban en Occidente. En su territorio.

Él empezó a caminar hacia ella. «Cuánto la había extrañado».

—Tu amigo Lucianno y yo, tuvimos una conversación telefónica esta mañana. Además, acordamos que la única razón por la que conserva la cabeza sobre los hombros es porque ha cuidado de ti en este tiempo —expresó entre dientes. Cuando se enteró que Arienne estaba viviendo con Moretti, los celos le nublaron la razón. Aunque sabía que su actitud era una estupidez, pues fue él mismo quien le dijo que la quería fuera de su vida—. Aun así, aunque te hubiera asignado veinte guardaespaldas, no me gusta que vivas bajo el mismo techo que otro hombre —dijo mirándola.

Ella lo observó con incredulidad y después soltó una risa suave.

—Lucianno es un amigo desde hace muchos años y el hermano que nunca tuve —murmuró—. Pero no tendría que importarte nada de eso, Zarik, menos cuando vas a casarte con la princesa Rihanon. Malin me envió la fotografía del Festival de las Espadas… —dijo tragando saliva y sintiendo el conocido picor en los ojos—. Dime qué buscas aquí o qué respuestas crees que te debo. Puedes despreciarme u odiarme, inclusive, pero no soy de hierro… Tu presencia aquí… —meneó la cabeza limpiándose de las lágrimas—. Solo hay un nivel de dolor que una persona es capaz de soportar… Verte aquí y saber que estás comprometido con otra… ¿Qué buscas?

Él acortó la distancia, hasta que solo los separaron pocos centímetros. Las lágrimas de ella lo destrozaban. La expresión de dolor y resignación era demasiado.

—Arienne —dijo con dulzura y tomándole el rostro en las manos. Ella soltó un sollozo—, *habiba*, mi amor. Han sido semanas eternas sin ti. Me arrepiento profundamente de haberte lastimado con mis palabras aquella tarde en la base militar —le secó las lágrimas con los pulgares. Tocarla de nuevo era lo más cercano a recibir un indulto del universo por sus errores, pero no lo suficiente —. Estaba fuera de mí…

—No puedes excusar que cometí una traición —susurró mirándolo, absorbiendo sus palabras de cariño como un náufrago que recibía un salvavidas. Sentir el calor de las manos de Zarik, escuchar su voz profunda y estar rodeada de la fuerza que emanaba su cuerpo, le devolvía a su alma el candor del que había sido

privada.

—Pero puedo entender las razones por las que la cometiste. Debí creerte, pero la situación era demasiado complicada para atender razones. Por no haber confiado en ti, cuando jamás debí dejar de hacerlo, también me disculpo, *habiba*. Quiero hablar contigo en otro lugar, no aquí, y explicarte muchas cosas —dijo—. Entre esas el motivo por el que no estoy comprometido, ni lo estuve, ni me casaré con Rihanon.

Arienne lo miró desconcertada.

—¿No lo estás? —preguntó en un susurro esperanzador, aunque no debería estarlo, porque de todas maneras eso no significaba nada para ella. Seguía siendo una mujer inadecuada para estar con el príncipe en condiciones públicas—. Oh…

Todo lo que el príncipe necesitaba expresarle se retorcía en su pecho, mientras su mirada absorbía cada pequeño detalle de Arienne. Estaba hermosa, sensual en derecho propio, apetecible, dulce y cautivadora. Quería hacer algo más que hablar con ella, pero necesitaba zanjar aquellos temas que se precisaba aclarar entre los dos.

—Ven conmigo, Arienne, no quiero hablar de temas personales en la casa de un desconocido —dijo acercándose, hasta que sus labios casi toparon los de ella—. Siento mucho que nuestro último beso haya estado marcado de rabia y desdén.

Los ojos de ella seguían llovidos y se mordió el labio inferior al recordarlo.

—Yo también… —susurró con un nudo en la garganta.

—¿Me dejarías besarte de nuevo? —preguntó con amor.

—Sí…

Arienne lo reafirmó con un leve asentimiento y los labios de Zarik, en lugar de posarse sobre su boca, le empezaron a recorrer el rostro suavemente. Le besó las cejas, los párpados, bebió sus lágrimas, besó las mejillas, la frente, la nariz, el mentón y finalmente capturó sus labios entre los de él. Ella le rodeó el cuello con los brazos y se abrió gustosa, anhelante, y rendida a la lengua de Zarik. El sabor conocido de dulzura, ardor, sensualidad y cariño impactaron en ambos como una droga potente que, con una sola dosis, los volvía adictos. La electricidad entre ambos era más fuerte que la razón, que el pasado y el presente. Solo bastaba un toque

para desatar un huracán de emociones tan potentes que podía devastar el entorno, pero no a ellos.

El cuerpo de Arienne se encendió como una hoguera que había tenido solo leves vestigios de calor, pero al fin una flama potente la calentaba entera. El ardor se esparció en cada poro de su piel y vertió un bálsamo sanador en las emociones que creía rotas para siempre. Estaba aferrada con pasión a la boca del hombre que no pensó que volvería a ver. Por eso necesitaba tocarlo, como estaba haciéndolo; hundir sus dedos entre los cabellos oscuros, contonear las caderas y sentir la dureza contra su suavidad; mordisquearle la boca y recibir la misma caricia en respuesta; tocarlo como si no fuese capaz de abarcarlo y temiera que se desvaneciera. Que fuese todo una ilusión. Pero esto era muy real, en especial por cómo él la tocaba intensamente.

Zarik bebía del único oasis capaz de calmar su espíritu y domar sus emociones. Tocaba a Arienne con reverencia, placer y un amor inconmensurable. El beso que empezó como un clamor de perdón se había convertido en una declaración de posesión y pertenencia. Sus manos se deslizaron por el cuerpo curvilíneo, le agarró los pechos, masajeándolos; bebiéndose los gemidos de Arienne. Le apretó la cintura, le sostuvo las nalgas, mientras él movía la pelvis y la hacía consciente de cuánto la deseaba. Le acarició la espalda, la apretó más contra él, y saqueó su boca sin descanso.

Arienne no sabía qué clase de situación era en la que se hallaban, pero su cerebro, aquel que estuvo trabajando a tope este mes para evitar que sus emociones tomaran el control más de lo necesario, le pidió que detuviera el beso. Que hablara con él y entendiera qué era lo que estaba pasando. En qué posición la dejaba esto. Sí, amaba con locura a Zarik, pero ya no estaba sola. Por esa vida que crecía en ella, que siempre dependería de las decisiones que Ari tomara, necesitaba respuestas.

Ella rompió el beso con suavidad. Ambos jadeaban. Mirándose. Se decían con los ojos, lo que sus cuerpos acababan de comunicarse, pero no con las palabras.

—Extrañé tus besos, cariño —susurró Zarik apoyando la frente contra la de ella. Le acarició el labio inferior con el pulgar—. Eres tan hermosa, Arienne.

—Gracias —murmuró—. Necesito entender todo esto.

Él se apartó e hizo un asentimiento. Le extendió la mano y ella la tomó.

—Vamos a mi mansión de Belgravia y hablaremos —dijo—. Aquí, no.

—De acuerdo, pero tengo que subir, porque hay algunas cosas que necesito. El cargador de mi móvil y también quiero dejar estos libros que compré y…

—Todas tus pertenencias están en mi casa. —Ella abrió los ojos de par en par sin comprender—. Ese es otro detalle que acordé con Moretti. Insignia Regional sigue funcionando y nos vendría bien un asesor externo en temas de tecnología. Sé que tu amigo tiene una corporación multimillonaria que se encarga de proveer servicios de seguridad digital. ¿No? —Arienne asintió—. Parte de las estipulaciones del contrato, aparte de la negociación de varios millones de libras esterlinas, era que mi equipo viniera a recoger tu equipaje y lo trasladara a mi mansión aquí en Londres.

—¿Por qué habrías hecho algo así? —preguntó frunciendo el ceño—. ¡Pero, qué le pasa a Lucianno! —exclamó con desconcierto. Su amigo era un cotilla.

—Yo estaba apostando alto a que, tal vez, no rechazarías hablar conmigo. A veces se gana, a veces se pierde, pero me alegro no haberme equivocado en esta ocasión. En cuanto a Moretti, él sabe lo que le conviene a su mejor amiga y también a sus negocios —replicó con un tono de suficiencia, mientras se subían al coche y el chofer guardaba las dos pequeñas bolsas de las compras de Arienne en el maletero.

—Par de insoportables —farfulló cruzada de brazos, mientras Zarik se reía y la abrazaba contra su cuerpo. Le dio un beso en la sien y no la dejó apartarse.

Toda su ropa y pertenencias estaban perfectamente arregladas en la suntuosa *suite* de la mansión de Zarik. Él la contemplaba con una expresión que mezclaba deseo y amor, desde el umbral de la puerta. Arienne se descalzó y luego se sentó en el borde de la cama. El príncipe se quitó la chaqueta, desabrochó los botones de la

camisa y se remangó cada manga, hasta el codo. Agarró una silla y la ubicó frente a Arienne, muy cerca, de tal manera que, cuando se sentó, sus rodillas se toparon. Si él extendía la mano podía tocarle el rostro con facilidad. La quería lo más cerca posible, pero si se sentaba con ella en la cama, lo que menos haría sería tener esta charla.

—Han hecho un trabajo muy eficiente —murmuró, algo nerviosa. Quería decirle a Zarik del bebé, pero primero necesitaba saber por qué la había buscado.

—Cada día sin ti fue una agonía —dijo ignorando el comentario de ella—. Cada maldito día, la imagen de tu rostro dolido me mataba un poco más, Arienne.

Ella bajó la mirada y tragó saliva. Se mordió el labio inferior.

—¿Acaso crees que yo la he pasado bien? —preguntó en un susurro—. Me devastaste, Zarik, a pesar de que estuve consciente de que obré erróneamente.

Él se pasó los dedos entre los cabellos, despeinándolos y apretó los labios.

—Será algo que llevaré conmigo siempre… Pero también necesitas saber que te disculpo, Arienne, lo hago de verdad. Ahora entiendo tus razones para haber tomado la decisión de exponer el plan Tadmin. No tenías salida. Lamento no haberte creído y haberme mofado de ti cuando tratabas de darme tus argumentos —dijo con una mueca de enfado contra sí mismo—. Desplegamos un operativo por todo el país para capturar a los Pamisaj. Mi hermano estaba trabajando con un equipo de inteligencia que, al igual que el Estado, les seguía la pista desde el día en el que me emboscaron para matarme, en el desierto. Bursit consiguió el video del día en el que Bostan se metió a tu casa para amedrentarte. Vi la forma en la que te amenazó y se atrevió a lastimarte —dijo apretando los puños al recordarlo—. También tuve la carta que te escribió Bostan en mis manos, así como el dije que te había ofrecido. —Ella murmuró que jamás la leyó—. Me alegro de que no la hubieras leído, porque contenía pura mierda que tus ojos no merecían leer. Lo hice pagar a Bostan, personalmente.

—Oh, Zarik… —murmuró mirándolo con asombro.

—Por el tormento que te causó cuando eras pequeña y el que te causó ahora que eres adulta. Lo castigué, porque sus acciones

dañaron a mucha gente, mujeres, familias e inocentes. Pero no dejé de lado a tus padres —dijo y extendió la mano para limpiar las lágrimas de Arienne—. Recibió su merecido por haber incendiado tu casa.

Ella no iba a preguntar cómo sabía todo eso, porque un hombre con el alcance de poder e influencia de Zarik podría obtener lo que se le diera la gana. Ella se sentía profundamente conmovida, porque un príncipe jamás se ensuciaba las manos, sino que lo hacían los militares o el equipo táctico. Pero que él estuviera confesándole que fue quien hizo justicia por ella, a pesar de lo que implicaba una tortura, era impactante. En especial, porque había incluido a sus amados padres en ese castigo a Khanul.

Arienne se incorporó de la cama y se sentó a horcajadas sobre él. Abrazándolo con fuerza. Él la rodeó con sus brazos y la sostuvo acariciándole la espalda. Permanecieron de ese modo largos minutos en silencio. Como si este abrazo estuviera sanando las piezas rotas, recuperando aquellas perdidas y uniéndolas de nuevo.

—Gracias, Zarik —dijo ella apartándose. Apoyó las manos en los hombros del príncipe—. Por creerme, da igual el tiempo transcurrido, pero lo hiciste. Gracias por hacer justicia, no solo por mí, sino por los nariemus y mis padres.

—¿Cómo podría ser diferente si tú eres la mujer que amo, Arienne? Por ti, estoy dispuesto a renunciar a todo y a enfrentarme conmigo mismo con tal de hallar la manera de que podamos estar juntos. No vas a volver a separarte de mi lado.

Ella le acarició el rostro.

—Zarik —dijo en un susurro—, no puedo ser tu amante. Las circunstancias ya no son las mismas y mis prioridades tampoco, porque hay algo importante que…

—No es eso lo que te he pedido —interrumpió con suavidad y la besó—. Me tardé en venir a buscarte, primero, porque necesitaba zanjar de una buena vez todo el asunto de los Pamisaj, trabajar con el equipo de comunicación y relaciones públicas por Insignia Regional, contratar un nuevo asesor político, aunque tú seas la mejor, cariño. Segundo, lo más importante, fue que tuve una conversación con mi padre.

—¿Ha decidido elegirte esposa él mismo? —preguntó, porque esa era una opción posible. El rey era un hombre bastante estricto y

determinado.

Quizá Zarik creía que ambos podrían tener unos meses más para estar juntos y ser amantes, como al principio, antes de que la orden del rey Soldon se cumpliera. Pero para Arienne ya no podría ser nunca más una opción viable. No podría pasar de nuevo por una situación en la que perdería a Zarik, esta vez para siempre. No sería su amante. Prefería una ruptura limpia hoy, aunque doliese. Le diría sobre el hijo de ambos, claro, pero era consciente de que un bebé nacido fuera de un matrimonio monárquico jamás podría ser reconocido, ni visitado por su padre biológico, ni recibir privilegios. Arienne prefería evitar todo ese dolor antes de que pudiera suceder.

Zarik soltó una risa suave e hizo una negación. Él le acarició los brazos desnudos. Ella llevaba una blusa roja de tiras gruesas y cuello en V, falda blanca y larga de algodón, sandalias de tiras amarillas y el cabello sujetado en media coleta.

—Lo que viste en esa fotografía, en el Festival de las Espadas, fue un ramo de olivo para Mubián y para mi padre —dijo Zarik—. Fue el precio que tuve que pagar por mis decisiones. En conclusión, mi asistencia con ella fue una manera de apaciguar las aguas y dar a entender que, si bien no voy a casarme con esa princesa, tenemos una relación amable. Pero mi padre ya había estado en conversaciones con el de Rihanon para vincular nuestros países, a través de un matrimonio. Era necesario dejar claro el mensaje de que Rihanon y yo nos llevamos bien, pero eso es todo —dijo.

Arienne se encogió de hombros.

—Parecía muy a gusto sonriéndote —farfulló con una mueca.

Zarik soltó una carcajada e hizo una negación. Le acarició el labio inferior.

—Estaba contenta, porque ella tiene un novio, Arienne. Saber que no debía casarse todavía, conmigo o con cualquiera, implicaba más tiempo con él —dijo.

—Pero es tu obligación casarte, Zarik, entonces, ¿a quién eligió el rey?

—Él no eligió a nadie, *habiba*, elegí yo. Te elegí a ti, Arienne —confesó.

Ella lo miró con asombro e hizo una negación.

—¿A mí? Pero, no puedes Zarik, yo no tengo el abolengo, las conexiones, la fortuna y tampoco poseo una familia que sea

influyente —susurró—. Requieres esas alianzas por el bienestar de Nariem. El rey se pondrá furioso y sería terrible para ti.

—Mi padre ya lo sabe y es la razón de que esté aquí —replicó, mientras le besaba el cuello y empezaba a desabotonarle la blusa, botón por botón. Le gustaba tenerla en esta posición tan íntima y cercana; podía aspirar su delicioso perfume—. Jamás lo habría desafiado, pero necesitaba decirle mis motivos y razones.

—¿Ya sabe qué, Zarik? —preguntó. No podía creer lo que estaba escuchando. Él le dijo al rey Soldon que no iba a casarse con una princesa, rehusando cumplir órdenes, porque prefería estar con ella. Aún sin saber si le habría dado la oportunidad de escucharlo o volverlo a ver. Aún sin saber si ella ya no estaría saliendo con otro.

—Que tú eres la mujer con la que quiero casarme —replicó dejándole la blusa abierta y el sujetador de seda azul a la vista. Le tomó ambos pechos con las manos y acarició los pezones erectos sobre la tela. Ella gimió suavemente. Le quitó la blusa por completo, después le desabrochó el sujetador. Los pechos magníficos quedaron a la altura de su boca, el lugar exacto en el que deberían estar siempre—. Así de simple.

—¿Lo hiciste aún bajo el riesgo de que pueda decirte que no? —preguntó.

Zarik sonrió de medio lado.

Ella respiraba de manera agitada, sabía que su sexo estaba mojado y, en la posición en la que se encontraba, notaba cuán duro estaba Zarik por ella. En un gesto de necesidad, así como natural, lo instó a quitarse la camisa. Arienne apoyó las palmas de las manos sobre los pectorales firmes y recorrió las abdominales. Estos músculos magníficos, a los que había echado de menos, eran una obra de arte cincelada.

—Aún no te lo he preguntado oficialmente, pero me esforzaré en que me digas que sí —dijo haciéndole un guiño. Ella se rio—. No volveré a defraudarte ni a dejar de confiar en ti cuando me expliques las razones detrás de decisiones que, en un inicio, me parezcan brutales, complejas o incomprensibles. Pero tú también tendrás que confiar en mí, en que, sin importar qué tan grande sea el desastre, estaré de tu lado.

Escuchando sus palabras, Arienne volvió a enamorarse de él.

—¿A cambio de qué, el rey aceptó que te negaras a casarte con

Rihanon o con cualquier otra princesa? —preguntó preocupada, porque sabía que, inclusive en la familia real, existía un intercambio de beneficios entre sus integrantes. Todo era una negociación, altruista o no daba igual, eso se lo enseñó su padre—. Cuéntame.

Zarik agarró los pechos y jugueteó con ellos. Quería hacerla esperar, pero prepararla para que estuviera tan húmeda que, cuando la penetrara al fin, estuviera deliciosamente resbaladiza para él. Estar de nuevo con Arienne le daba paz. La lujuria era un factor increíble que compartían, así como la química innegable, pero era la sensación de calma, aquella que solo ella le brindaba, la que equilibraba su mundo. Además, también quería distraerla y olvidar las razones, porque solo necesitaba sentir. Después de días desérticos, literalmente, sin ella, necesitaba de la miel de su cuerpo.

—Un detalle sin importancia —dijo halándole los pezones entre los dedos. En la votación de los tres representantes, todos los hijos de puta votaron que no. Pero fue su padre, el rey, sorprendiéndolo, quien dio luz verde para que él pudiera elegir a Arienne—. Por ahora, la única que necesita mis atenciones eres tú, dulzura.

—¡Zarik, no me distraigas, quiero saberlo! —exclamó apartándole las manos. Lo hizo a regañadientes, porque le encantaban las caricias del príncipe. Las había añorado cada noche, cada minuto, pero necesitaba saber qué estaba ocurriendo.

—Shhh. Es que tus tetas son muy tentadoras —susurró antes de inclinarse y agarrar un pico entre los dientes, después lo chupó. Aplicó el mismo tipo de caricia al otro, mientras amoldaba los pechos con las manos. Unió los dos montículos y se dedicó a succionar y lamer con hambriento deseo. Arienne gemía entre sus brazos, de hecho, parecía más sensible, pero respondía con el mismo ímpetu que lo volvía loco.

—Zarik… Por favor, dime qué diste a cambio de poder estar aquí.

—Invoqué la Ley de Disposición Hereditaria ante mi padre —dijo apretándole los pechos y mirándola a los ojos, ahora teñidos de deseo. Pero ni bien terminó de pronunciar la última palabra, esos ojos cambiaron a un tono verde que mostraba desconcierto, incredulidad y enojo. Él la miró enarcando una ceja—. ¿Qué pasa?

Arienne se apartó de él por completo y se intentó poner de pie, enfadada, porque sabía con exactitud de qué se trataba esa ley. Ella

había estudiado en profundidad todo lo concerniente a Nariem, pero siempre era su padre o su madre quienes le contaban sobre leyes secretas, arcaicas, inusuales o antiguas. Lo hacían como quien relataba los misterios detrás de los castillos o sobre leyendas urbanas.

—¡Zarik! ¿Cómo pudiste hacer algo así? —le gritó y se debatió entre sus brazos, mientras él se reía al verla enfadada. La sujetó con bastante facilidad y cayeron juntos sobre el colchón—. Ese es tu país, tus raíces y tu responsabilidad —dijo.

—Tú eres mi destino, mi universo y mi corazón —replicó a cambio sosteniéndole ambas muñecas con las manos sobre la cabeza —. Asumo que conoces la ley y por eso estás tan molesta, ¿verdad, cariño? Siempre pensando en el bienestar de otros, antes que el tuyo. Pero esta vez, mi amor, tú estás sobre cualquier legado.

Ella no quería llorar. Dios, parecía que una fuente de agua gratuita la perseguía constantemente. Pero fue inevitable. Dejó correr las lágrimas por el sacrificio que había hecho este hombre al enfrentarse al rey; no podría jamás llegar a imaginarse la clase de discusión que habrían tenido. Todo lo que implicaba la Ley de Disposición Hereditaria iba a quitarle el propósito de lo que representaba su vida: servicio a su país, renuncia a su título como príncipe heredero, renuncia al puesto en la sucesión al trono de Nariem, renuncia a sus privilegios y a heredar propiedades ancestrales.

—Te confesé que no podía tener hijos. ¿Aun así invocaste esa ley? —le preguntó con una emoción indescriptible y asombro, porque la descendencia de los Al-Sarkham era la continuidad de la monarquía para los años por venir—. Renunciaste a aquello que le dio una razón de ser a tu vida desde tu nacimiento —dijo.

Él se encogió de hombros y la besó larga y profundamente. Sus lenguas se enredaron en una deliciosa balada, mientras, poco a poco, empezaban a desnudarse. Cuando quedaron piel con piel, Zarik apoyó las manos sobre el colchón, a cada lado de la cabeza de Arienne, mientras su pene estaba alineado en la entrada húmeda.

—Te necesito mucho más a ti —replicó—. Aunque renuncié voluntariamente a todos mis privilegios, *habiba*, mi padre es el que tiene el voto decisivo. Si me hubieras dejado continuar mi relato —dijo mirándola—, entonces te habría terminado de decir que

mantuvo todos mis privilegios. —Ella respiró con alivio, pero consciente de que lo arriesgó todo; lo apostó todo y era una suerte inmensa que el rey Soldon no lo hubiera despojado de sus derechos dinásticos—. Me expresó que estaba orgulloso del hombre en el que me había convertido y que solo un príncipe heredero que es capaz de sacrificar todo por amor, es capaz de reinar con entereza y empatía por su pueblo. Sobre la parte de la descendencia dijo que analizaría la sucesión…

—Zarik, no tienes que analizar nada al respecto —interrumpió rodeándole el cuello con los brazos e instándolo a entrar en ella. Él lo hizo lentamente, abriendo su carne centímetro a centímetro, mirándola a los ojos. Ella elevó las caderas.

—¿Cómo así, *habiba*? —preguntó, distraído al ver cómo cambiaban las emociones en los ojos verdes, pasión, deseo, secretos, anhelo y amor. Él empezó a entrar y salir de ella con más rapidez. Los pechos femeninos se agitaron y Zarik bajó la cabeza para lamerlos y succionarlos, después le devoró la boca, famélico.

La pregunta quedó flotando en el aire, porque ambos estaban perdidos en las sensaciones, los sonidos y los intercambios de sus cuerpos. El pene se lubricó en la esencia femenina. Los movimientos en la abertura estrecha fueron intensos y llegaban hasta lo más profundo de Arienne. Pero ella lo sorprendió, empujándolo, para cambiar de postura y cabalgarlo. En esta posición, Zarik podía admirar el cuerpo de Arienne meneándose sobre el suyo. La sostuvo de las caderas encontrando el ritmo para encajarse con delicioso tormento. El cabello rubio se agitaba al compás de los movimientos que hacía ella. El príncipe sabía que era un jodido suertudo, porque tenía con él a la única mujer que lograría cumplir todas sus fantasías y llenar su alma.

Arienne sentía la plenitud y la libertad de haber encontrado solaz. Su sitio en el mundo y del que no quería marcharse jamás. Después de treinta días de tormento, soledad, angustia y dolor, la vida la compensaba devolviéndole a la única persona en el mundo que tenía la posibilidad de lograr que con un beso todo estuviera bien. Admiraba a Zarik, adoraba su integridad, se volvía loca por su cuerpo, pero era su corazón, noble y sincero, el que no pensaba devolver jamás, porque era suyo.

Ella continuó ondulando las caderas y se inclinó hacia adelante.

—Chupa mis tetas, Zarik —pidió ofreciéndole sus pechos a la boca masculina. El deseo relampagueó en los ojos negros. Él apretó los labios alrededor de los montículos. Jugó con ellos y con la otra mano amasaba la otra exquisita teta de piel como la seda. La mano libre la utilizó para frotarle el clítoris, alternando la rapidez de las caricias, a medida que sus cuerpos se mecían en esta unión íntima —. Oh…

—Tus pechos parecen más sensibles —dijo mordisqueándoselos. Le dio un azote en el trasero varias veces y ella jadeó, pero no cesó en la búsqueda del clímax.

—Es porque lo están… —gimió. Sus paredes empezaron a contraerse alrededor del miembro masculino. Su cuerpo en general estaba más fogoso de lo habitual y las sensaciones eran más intensas. Sabía que más allá de las hormonas y el amor, era la certeza de que estarían juntos. La certeza de que se tenían el uno al otro sin importar nada más—. Zarik… —susurró uniendo sus labios a los de él.

—Arienne… Voy a correrme… —gruñó abrazándola. Él continuaba elevando las caderas, en pulsaciones más rápidas, más violentas, más ansiosas, hasta que ella gritó. Hasta que él vibró en el interior suave, expulsando su cálido simiente con fuerza.

—Te amo con todo mi corazón —dijo ella—. Oh, Dios… Sí… —gimió cuando su clímax barrió con su conciencia y quedó laxa sobre el cuerpo de Zarik.

Permanecieron abrazados, jadeando y saciados.

Pasaron un par de minutos y Arienne apartó el rostro de los pectorales.

—Hola, cariño —dijo él acomodándole un mechón de cabello detrás de la oreja. Después le ahuecó la mejilla con la mano—. Eres magnífica.

—Lo sé —replicó ella y se rio cuando Zarik le dio un azote en las nalgas—. Mmm, hay algo que quiero decirte, pero tus caricias me distraen demasiado.

—¿Qué ocurre? —preguntó. Cuando Arienne empezó a apartarse, él la detuvo de la cintura—. ¿A dónde crees que vas? Tu lugar es aquí, conmigo —protestó.

Ella se rio e hizo un asentimiento.

—Lo sé, pero quiero mostrarte algo importante, en lugar de

decírtelo —dijo dándole un beso y él le permitió moverse. Arienne rebuscó en su bolsa y sacó la fotografía. Un poco nerviosa, aunque también emocionada volvió a la cama. Zarik se había acomodado contra el respaldo de madera. Ella se sentía cómoda en su desnudez y le gustaba la forma en la que él la devoraba con la mirada. Se acercó, uniendo los muslos y sentándose sobre los talones—. No necesitas cambiar las leyes de sucesión.

Él frunció el ceño sin comprender. Arienne le entregó el ultrasonido.

Zarik miró la imagen estático y después lo dejó con suavidad a un costado.

—¿Arienne? —preguntó en un susurro.

—Vamos a ser padres, Zarik —dijo con emoción en la voz.

Le contó rápidamente todo lo que le había dicho la ginecóloga esa mañana. Después, le explicó que no sabía cómo contactarlo para decírselo, porque todas sus formas de comunicarse con él estaban restringidas. No lo dijo como recriminación. Además, le comentó que, aunque se lo hubiera dicho, un hijo fuera del matrimonio monárquico no tenía los derechos. Que ella era consciente de cómo era el asunto.

—Me habías dicho que no podías tener hijos, pero el universo nos ha dado esta sorpresa, Arienne —dijo con emoción—. ¡Vamos a ser padres! Oh, cariño —expresó—. Ahora entiendo que por qué noté que tus pechos están más grandes —dijo y los miró—. Tus caderas… Y tú estás más emocional y sensible… ¡Mi amor, que estés embarazada es la noticia más hermosa que me has dado, después de decirme que vas a casarte conmigo! —dijo con una sonrisa de júbilo, atrayéndola contra su cuerpo para besarla con pasión, amor y también agradecimiento por este regalo.

Estuvieron acariciándose e hicieron el amor de nuevo. Esta vez, sus cuerpos se movieron con más lentitud, pero igual fogosidad. Solo que ahora existía un conocimiento nuevo, una realización, un milagro hermoso para ambos. Zarik estaba sobre ella, penetrando su cuerpo con reverencia, besándole la tripita y diciéndole lo afortunado que era por amarla y por saber que ella seguía amándolo. Cuando llegaron al orgasmo, él se bebió los gemidos de Arienne, después la llevó en volandas al cuarto de baño. Se sentían insaciables y ávidos de deseo. Habían pasado un mes alejados, así

que intentaron compensar lo mucho que se extrañaron. Se demostraron cuánto se necesitaban sin importar lo que ocurriera en el mundo. Ellos eran el mundo del otro, así como lo sería también para la vida que habían procreado con dulzura y placer.

—Zarik, espera, no podemos marcharnos sin aclarar un detalle importante —dijo ella al recordar un asunto de una de las conversaciones de esta mañana y tarde. Arienne llevaba un vestido violeta, largo, y zapatos cerrados muy chic. El cabello, después de usar el secador, lo usaba en una coleta alta. Se había aplicado maquillaje.

—¿Sí, *habiba*? —preguntó sonriéndole. Estaba vestido con una túnica blanca con bordes azules y filos de oro, así como el *keffiyeh* de cordones dorados. Él ya había llamado al piloto para que preparara el regreso a Nariem. Zarik le dijo a Arienne que su estatus de *non grata* había sido retirado y le entregó un pasaporte diplomático.

—Hay un dato equivocado que me dijiste hace un rato —murmuró.

Arienne había llamado a Lucianno, a pesar de la expresión de enfado de Zarik, para agradecerle por haber sido un gran amigo y lo invitó a Nariem a visitarla cuando quisiera. Esta última parte fue la que no le gustó al príncipe y, para demostrarle que solo existía un hombre al que tenía que recordar siempre, la apoyó contra la pared. La besó, hasta dejarla jadeante. Le subió la falda del vestido y le hizo el amor con tortuosa lentitud. El muy pícaro retrasó el orgasmo, a propósito, hasta que Arienne le rogó que la dejara alcanzar el clímax. Con expresión lasciva, él le había mordido el pezón, sobre la tela del vestido, al tiempo que embestía con fuerza y juntos llegaron a la cúspide.

—Un dato equivocado dices… —frunció el ceño—. ¿Cuál?

—Me agradeciste por haber aceptado ser tu esposa, pero no lo hice, porque no he recibido ninguna propuesta formal al respecto —replicó—. De hecho, príncipe Zarik, me parece muy arrogante de tu parte creer que te diré que sí —dijo con descaro, pero en un tono

bromista, mientras le echaba los brazos al cuello, sonriendo.

Él la miró y soltó una carcajada. La tomó de la cintura. La besó.

—Tienes razón, pero creía que hacerte el amor y escucharte gemir equivaldría a un sí —dijo en tono juguetón. Se sentía ligero, libre, amado y feliz. Iba a ser padre. ¡Iba a tener un hijo con la mujer que adoraba! No podía sentirse más pletórico.

Arienne soltó una risa, porque le gustaba verlo contento, porque también era el reflejo de lo que ella sentía en esos instantes. Su vida había recobrado el brillo.

Zarik introdujo la mano en el bolsillo de la túnica. Sacó una caja pequeña y de aspecto muy antiguo de madera con intrincados diseños tribales. Él borró la sonrisa de su rostro y se arrodilló ante Arienne. Abrió la cajita y le mostró el anillo.

—Estaba siendo un poco descarado al asumir que me dirías que sí, pero la verdad es que nunca daría tu amor por sentado, *habiba* —dijo mirándola a los ojos.

—Zarik, no pretendía que te sintieras en la obligación…

—Mi vida, yo iba a pedirte que te casaras conmigo en el avión, porque me recordaba al postre más delicioso que he probado —dijo y ella se rio.

—Eres incorregible —susurró.

—Arienne —dijo esta vez en tono serio—, jamás daría tu amor por sentado. Jamás volveré a permitir que agentes externos contaminen mi confianza ni la tuya. Que me vayas a dar un hijo es un tesoro por el que te agradeceré toda la vida. Pero si no hubiera sido posible, entonces no habría importado, porque te tendría a ti; aún si mi padre me hubiese quitado todos los privilegios, no me habría quitado el más importante que es el poder amarte. Aún si hoy me hubieses rechazado y rehusado verme, yo no habría dejado de luchar para estar a tu lado. Nunca voy a dejar de esforzarme para que sepas cuán amada y valorada eres. Mereces todos los sacrificios, pero también todas las alegrías. Soy un hombre más completo, empático y capaz de amar, gracias a ti. El mayor legado de las dunas de Nariem no es un hijo, no es una fortuna; el legado de las dunas es el amor que encontramos en el otro. Quiero que ese legado perdure para siempre, hasta mi último aliento —dijo besándole el dorso de la mano en la que se colocaba el anillo de compromiso. Ella no podía detener las lágrimas—. Arienne

Charlotte Johansen Al-Kahaleel, sería el gran honor de mi vida, si aceptaras ser mi esposa, mi princesa y mi reina. ¿Aceptarías casarte conmigo?

Arienne sentía un nudo en la garganta. Estaba tan feliz. La vida le había arrebatado muchos instantes, personas amadas y oportunidades. Sin embargo, todo eso la había preparado para encontrar el amor verdadero. Aquel que jamás se apaga.

—Zarik Al-Sarkham —dijo con la voz entrecortada—, sería el mayor honor de mi vida aceptar pasar el resto de mis días contigo. Te amo con todo mi corazón.

Él deslizó, con orgullo, el anillo de Nariem en el dedo femenino.

Después, la tomó en brazos y unió su boca a la de ella. Este fue el beso que condensaba el pasado, el presente y el futuro. Un beso que sanaba cualquier herida y abría horizontes de ilusiones y posibilidades. Un beso que contenía las enseñanzas del tiempo antiguo y las ilusiones del tiempo moderno, así como las esperanzas de los caminos futuros. Pero sobre todo era la suma de todos los besos que se les otorgaba a los amantes que tenían el privilegio de haber encontrado a su alma gemela.

EPÍLOGO

7 años después
Carpal, Nariem
Palacete del príncipe Zarik y la princesa Arienne

Alrededor de la piscina, los niños gritaban de alegría y jugaban. Otros, bajo el estricto monitoreo de un nadador profesional, estaban en el agua. Se trataba de los hijos de los hermanos Al-Sarkham, así como de los amigos de Arienne. Dhalia se casó con un magnate inmobiliario y tenía dos hijos. Bursit se casó con la princesa de un país petrolero y tenía tres hijos. Malin y Ramma tuvieron gemelos. Lucianno tuvo una hija, fruto de su matrimonio con una modelo que había logrado romper sus reticencias al compromiso. Los reyes continuaban al mando de Nariem y eran unos abuelos muy consentidores. Esta reunión privada y familiar era para festejar el aniversario número siete del heredero al trono de Nariem y su esposa. En lugar de celebrar con una fiesta fastuosa o un viaje, la pareja decidió invitar a las personas más importantes en sus vidas para disfrutar de una barbacoa en la piscina y crear memorias en familia.

El palacete había sido remodelado. Las oficinas de Insignia Regional estaban ahora ubicadas en un sofisticado edificio en el centro financiero de Carpal. La que dirigía, completamente, el plan era Arienne. Recuperar el espíritu del proyecto, después del caos de Tadmin y Khanul, tomó un año. Pero, poco a poco, la población no solo se educó sobre la importancia de la visión de Zarik, sino que, al estar al mando una mujer, comprendieron que la ruptura de esquemas no iba a detenerse. Arienne se ganó el respeto de los líderes tribales y viajaba junto a su esposo para explicar,

personalmente, las estrategias que se iban implementando paso a paso. Este acercamiento había rendido frutos, porque ya no los veían como una amenaza, sino como aliados que buscaban mantener las tradiciones, pero también ofrecer nuevas.

Por otra parte, la decisión de transformar el palacete en un sitio más familiar, en lugar de uno para fiestas o con discretas áreas de trabajo, respondía a la necesidad de Zarik y Arienne de criar a sus dos hijos en un ambiente más privado y con toques cálidos. Querían darles la sensación de protección y pertenencia. No era fácil intentar darles una vida «normal» a dos pequeños que nacieron con grandes privilegios.

Su primer hijo, Amir, era una dulzura. Obediente, responsable y cariñoso. Tenía el cabello negro de su padre y los ojos verdes de su madre. Además, tenía el título de príncipe y algún día llevaría las riendas del país, así como lo hacía actualmente su abuelo y, en un futuro cercano, también su padre. Su segunda hija, Odessa, tenía tres añitos y había nacido gracias a un proceso de fertilización asistida. La niña tenía el cabello negro y los ojos negros de su padre, pero la astucia y el carácter rebelde de su madre. Zarik daba la vida por Odessa y Amir, pero jamás olvidaba que la parte más importante era su esposa; ella era el centro de su mundo y el resto orbitaba alrededor. Amaba a Arienne y sabía que, sin ella, nunca hubiera logrado formar esta familia.

El día en el que Arienne regresó con Zarik desde Londres, con el anillo de Nariem en el dedo, Zarik la llevó al palacio real. Pidió una audiencia urgente con sus padres, así como también convocó a los representantes del Senado, la Cámara de Representantes y el Consejo de Ley. La finalidad fue presentar a Arienne como su prometida, así como dejar claro que ella era la única que podría llevar su anillo.

—La doctora Arienne Johansen Al-Kahaleel —había dicho mirando a todos, después de las respectivas introducciones protocolarias—, no solo es una brillante asesora política, sino también la mujer que he elegido para que sea mi esposa. Cuento con el voto positivo de mi padre, su majestad, el rey Soldon, y el de mi madre, su majestad, la reina Esme. Señores representantes, si a futuro quieren tener un rey aliado, en lugar de uno reticente a mostrar su confianza, aceptarán y respetarán a la mujer que está

aquí, junto a mí, y que algún día también reinará a mi lado.

—Así se hará, su alteza real —habían murmurado todos los líderes presentes.

Después de aquella declaración contundente de Zarik, la organización de la boda de ambos había empezado. Esta se celebró en una fastuosa recepción con quinientos invitados, incluidas todas las casas reales más importantes del mundo, además de políticos, celebridades y personajes influyentes en áreas de ayuda social. La única casa real que quedó excluida fue Thethuan. La princesa Lydia había recibido, cuatro meses después de adquirir la condición de asilada política, la nacionalidad nariemu. Ahora lideraba actividades para ayudar a las niñas y niños que habían sufrido abuso sexual. Se había casado con un doctor muy reconocido en el país.

Por otra parte, Arienne había recibido el título oficial de princesa real, el mismo día de la ceremonia de su matrimonio, así como la venia de los reyes. El rey Soldon, ya en un ambiente más familiar, le había expresado su agradecimiento porque sabía que, gracias a ella, su heredero era feliz. Esa conversación había conmovido muchísimo a Arienne, porque sabía cuán hermético y orgulloso era el rey.

Pero siete años habían transcurrido desde esa breve conversación. Siete años también que seguían siendo los más felices en la vida de Arienne. Además, podía ver con orgullo cómo sus proyectos, así como los de Zarik, en conjunto con otras áreas del Estado, habían transformado considerablemente a Nariem. Ahora era un país que aparecía con más frecuencia en la lista de sitios turísticos y los medios internacionales hacían reportajes de los bellos lugares que tenían las quince provincias que lo integraban. Además, el nivel educativo había recibido mejoras, gracias al acceso a sistemas a tecnología en constante actualización. Los sistemas agrícolas fueron rediseñados y reemplazados por maquinarias modernas. La infraestructura vial ahora gozaba de mejores puentes, caminos y nuevas vías de conexión entre ciudades. El avance había sido encomiable y ahora Nariem era más competitivo en la región.

—Tienes muy consentida a Odessa —dijo Arienne sonriendo cuando Zarik se acercó a ella y la besó en el cuello. Llevaba en brazos a la niña, que estaba dormida.

Estaban en el balcón de la máster *suite* observando, de lejos, a sus seres queridos riéndose y conversando como lo haría cualquier familia normal, aunque, por supuesto no lo era debido al entorno en el que vivían, así como la clase de roles que cumplían. Amir estaba jugando con sus primos, porque inclusive a la hija de Lucianno y a los hijos de Malin, les decían primos. Los mejores amigos de Arienne eran su familia elegida y como tal, ellos habían sido aceptados en la familia Al-Sarkham.

—Esta pequeña bulliciosa es la luz de mis ojos —replicó con amor, mientras iba con la niña hasta la cama
king-size
y la acomodaba entre varias almohadas.

Arienne se rio y meneó la cabeza. A los pocos segundos, Zarik volvió a su lado y la abrazó desde atrás. Ella soltó una exhalación de felicidad y apoyó su peso contra él. Posó las manos sobre las de Zarik y giró ligeramente el cuello para mirarlo.

—Siete años han pasado muy rápido, ¿no lo crees, mi amor? —preguntó ella.

—Dicen que es lo que suele ocurrir cuando la vida se disfruta de verdad —replicó besándola con suavidad. Nunca se cansaba de tocarla y besarla. La adicción a ella solo había aumentado con el paso de los años—. Te podría demostrar de maneras muy creativas esa teoría, pero tenemos a Odessa aquí, y a la familia alrededor. Me cabrearía mucho que interrumpieran los momentos en los que me gusta disfrutar de ti —le dijo mordiéndole el lóbulo de la oreja—, lenta, sensual y concienzudamente.

—Ah, príncipe Zarik, al parecer es usted insaciable —dijo sonriendo.

—No es mi culpa que tú seas mi único oasis —replicó pellizcándole un pezón sobre la tela—. Cada cambio que tuvo tu cuerpo en tus embarazos, por más mínimo, te ha hecho más *sexy* ante mis ojos, *habiba*, y me encanta recorrer tus curvas —dijo besándole el cuello—. Me encantas, esposa, y eso no va a cambiar. Nunca.

—Es que soy irresistible —murmuró meneando el trasero contra la erección.

Zarik soltó una carcajada ronca.

Sabían que estaban jugando con un fuego que no iban a poder

apagar, porque no podrían ausentarse una hora de la barbacoa. Todos sospecharían lo que estaba ocurriendo. Si bien eran una familia, Soldon y Esme seguían siendo reyes de Nariem. Existían cierta clase de situaciones que, hubiese o no la confianza, era mejor guardarlas para sí mismos, en lugar de darlas a entender a terceros. Menos a su familia. Apenas tenían en la máster *suite* quince minutos, pero ya era momento de ir con los demás y también de llamar a las dos niñeras de Odessa para que la llevaran a su habitación.

—Nunca lo he puesto en duda, cariño. Eres una hechicera de ojos verdes que me lanzó un conjuro para mantenerme cautivo —dijo sonriendo—. No entiendo cómo una mujer que fue tan osada y rebelde con un príncipe, ahora lo tiene a sus pies. Tal vez, debería denunciarte o castigarte —murmuró agarrándole ambos pechos. Nadie podía verlos, pero ellos sí tenían una vista privilegiada de todo el jardín.

Arienne se echó a reír entre gemidos. En todos estos años, Zarik había sido fiel a su palabra. La hizo sentir que ella importaba de verdad, que merecía ser amada y que lo era, pero, en especial, que su matrimonio era una prioridad. Él era su principal soporte cuando tenía un sueño o un proyecto que quería concretar, y ella no dudaba en unirse a las actividades en las que su esposo pudiera necesitarla. Aunque no todo había sido un recuento dulce, porque la diferencia de caracteres, y también la tozudez de Zarik, había propiciado grandes discusiones entre ambos. Sin embargo, lograron encontrar cuáles eran los detonantes del otro y procuraban ser menos impulsivos.

—Esta noche, cuando todo esté en silencio, nos tendremos a solas para disfrutarnos, entonces quizá puedas comprender ese misterio o también envolverme con ese mismo conjuro —dijo girándose entre los brazos de Zarik. Le rodeó el cuello con los brazos y le sonrió con amor—. Gracias por amarme y darme la familia que siempre quise tener, Zarik. Sigo tan enamorada de ti como el primer día —susurró.

—Amarte, mi hermosa princesa Arienne, será siempre el mayor honor de mi vida —dijo sinceramente, antes de bajar la cabeza para posar sus labios en los de ella.

Se besaron con calma, ardor y dulzura. Sabían que el legado de

las dunas no era la frase de un futuro, ni la aspiración de un ideal, sino un amor, como el de ellos, que era capaz de trascender el tiempo infinito del esquivo y suspicaz destino.

AGRADECIMIENTOS

¡Espero que te haya encantado la historia de Zarik & Arienne! La verdad es que han sido dos maravillosos personajes que me han acompañado varios meses, mientras me contaban cómo lograron desafiar los obstáculos para estar juntos.

Si tienes un instante disponible, quizá 30 segundos, te agradecería mucho si dejas tu reseña de **EL LEGADO DE LAS DUNAS** en la tienda Amazon.

Las reseñas, para una autora *indie* como yo, son una ayuda muy importante.

Besazos y mil gracias por elegir mis historias, ¡hasta la próxima!

Kristel

KRISTEL RALSTON (Guayaquil, 1984, Ecuador), es una escritora del género romántico y ávida lectora a quien le apasionan las historias detrás de los palacios y castillos de Europa. Le gustaba su profesión como periodista, pero decidió dar otro enfoque a su carrera e ir al viejo continente para estudiar una maestría en Relaciones Públicas.

Durante su estancia en Europa leyó varias novelas románticas que la cautivaron, e impulsaron a escribir su primer manuscrito. Desde entonces, ni en su variopinta biblioteca personal, ni en su agenda semanal, faltan libros de este género literario. La autora fue finalista del concurso de novela romántica Leer y Leer 2013, organizado por Editorial Vestales de Argentina y el blog literario Escribe Romántica, de este último ahora es coadministradora. Kristel vive actualmente en Guayaquil, Ecuador, y cree con firmeza que los sueños sí se hacen realidad.

En su tiempo libre se dedica a escribir novelas que inviten a los lectores a no dejar de soñar con los finales felices.